cor ad cor loquitur

Este ejemplar de

ValyTer. Primera Parte

fue encuadernado
a mano

su autor

Juan Garay

es buen amigo
de Cuba

y de la

ValyTer

JUAN GARAY

PRIMERA PARTE

Todos somos la misma energía

Thandabantu

ValyTer

PRIMERA PARTE

Para mi Padre

I

LOS BELOKI SIENTEN LA VIDA

Navarra, mayo, 1945

La firme marcha de los bueyes hundía el arado en las entrañas de las empinadas laderas de aquel apartado valle navarro. Agustín Beloki trabajaba su tierra, la de tantas generaciones de los Beloki como él alcanzaba a recordar.

El vetusto caserío acogía a todos los Beloki y ofrecía un hogar seguro a toda la familia, pero no escapaba a la tradición rural vasca: las tierras y el caserío eran heredadas por el varón primogénito, quien en los Beloki, siempre era de nombre Agustín.

Las hijas emigrarían al caserío de quien las desposase. Por un antiguo conflicto entre familias, sus pretendientes nunca debían llevar el apellido Zubidi entre los primeros cinco. Las tres hermanas de Agustín; Flora, Aránzazu y Maite; se habían casado con labriegos de otras comarcas vecinas.

Los cuatro hermanos menores habían seguido caminos diferentes. Jon llevaba ya doce años trabajando como pastor de ovejas en los verdes montes de Idaho, en Norteamérica. Allí se había casado con la hija de un emigrante vizcaíno y tenían tres hijos que hablaban el vasco con un extraño acento. Josu se había enrolado como marinero en un barco mercante de Bilbao y pasaba largas temporadas en alta mar, casi siempre frente a las costas de África del Oeste. Ángel había muerto en la guerra civil cuando luchaba con el bando repubicano en la defensa de Guernika. El pequeño, Patxi, estudiaba para cura en el seminario de Pamplona.

Para casi todos, sus vidas se habían alejado del caserío Beloki. Pero cada 14 de mayo volvían a celebrar el cumpleaños del abuelo Agustín.

Agustín Beloki llevaba dos horas surcando las negras tierras con el viejo arado y la pareja de bueyes que había comprado hacía dos años gracias al dinero enviado por Jon desde América. En tan breve tiempo había preparado cuatro arrobas para la siembra del maíz y aún no había amanecido. Al salir del establo donde abasteció de abundante alfalfa a sus preciados animales, sintió los primeros

rayos del sol que ya acariciaban el monte a espaldas del caserío. Se lavó con la fresca agua del pozo y se dirigió hacia el portón del viejo caserío. Su mujer, Milagros, ya había ordeñado las dos vacas en el establo y hervía la leche en la nueva cocina de leña que Josu había traído de Bilbao el pasado 14 de mayo.

Todo respiraba paz. La exuberante primavera en el valle rezumaba fuerza y pureza. A la algarabía del corral al que ahora se dirigía Patxi, y a los trinos de la orquesta alada de la mañana; se unieron las risas y juegos de los dos pequeños de la casa, Beatriz y Patxín. Sus carreras, bajando a trompicones la vieja escalera de madera, retumbaban en todo el caserón. Disputaban con alegría pero también con sentida competición quién llegaría antes a revolcarse en la poza del manantial y coger el primer «sapaburu» –renacuajo– del fondo. Sus hermanos mayores Agustín y Juan Mari bajaban poco despuès la misma escalera con aires de dignidad, como haciendo ver que entendían la trascendencia del día: 14 de mayo de 1945.

Fueron llegando todos los hermanos con sus familias. Agustín estaba sentado junto a su padre, que observaba con mirada atenta y grave cada movimiento. El abuelo Agustín llevaba quince años en una silla de ruedas desde que unas fiebres le dejaron paralítico, apenas sin habla y sin memoria. No había doctor alguno en la comarca y un médico de Pamplona había dicho que fueron las fiebres de Malta. Dijo que le consultaron demasiado tarde y su columna envolvió en pus al espinazo, o algo así entendieron. Milagros tenía un tío enfermero en Cruces que decía que «las Maltas no le dejaban a uno así». Pero lo que todos sus hijos sabían es que fuese cual fuese la causa de las fiebres, su padre se había quedado sin ganas de vivir desde que un año antes muriese su mujer, Ángela, después de dar a luz al menor de los hijos, Patxi; el del seminario.

Josu había planificado sus travesías para estar aquel señalado día en casa. Había llegado con su novia Fátima. Las hermanas la llamaban «la portuguesa». y esto le dolía mucho al pobre de Josu, aunque nunca lo comentó. Josu conoció a Fátima en una escala en Madeira, cuando su mercante llevaba una carga de placas de Uralita a la recién creada República de Liberia. Fátima servía ribeiro en un bar de Madeira cuando se conocieron, hacía ya un año. Desde entonces sólo la pudo ver dos veces más pero había decidido invitarla al caserío y presentarla en familia pues en su próximo viaje hacia África pretendía desposarla en Madeira.

Patxi vestía una sotana gris que le iba muy prieta. Llevaba las mangas arremangadas y se le notaba muy feliz. Saludaba efusivamente a los que iban llegando. Todos le querían de verdad y sentían cierto alivio al verle tan feliz. Su ingreso en el seminario había sido más bien dirigido por un acuerdo entre la familia y Don Armando, el cura del pueblo. No había dinero para llevarle a la escuela. Desde la muerte de Ángel había desarrollado una fobia enorme al ejército y tenía contínuas pesadillas sobre el servicio militar. Pero sobre todo, su padre aún veía en él el sufrimiento de la enfermedad y la enorme angustia de la pérdida de su mujer

Ángela. Aunque nadie lo quisiera reconocer, el abuelo no soportaba su presencia. A Agustín hijo, se le encogía el corazón al sentir el dolor y la rabia en la forma que su padre miraba a su hermano menor. Todos lo sabían. Y todos lo callaban.

Las hermanas ya estaban ajetreadas ayudando a Milagros en la cocina y los cuñados se habían unido a una tertulia en el porche. Hablaban del nuevo mundo que amanecía tras la Segunda Guerra Mundial. El acuerdo de Yalta repartía el poder entre el bloque sovietico, que ya invadía Europa del Este ante la complecencia de británicos, americanos, y sus aliados, que a su vez imponían la división de Alemania y el pago de veinte mil millones de dólares por los daños de la guerra. También presionaban a la Unión Soviética para acabar con Japón aunque EE UU se bastaría para ello meses después con el ataque más espantoso que nunca vio la Humanidad: las bombas atómicas de Nagasaki y de Hiroshima. En San Francisco, cerca de donde vivía Jon, ya preparaban la conferencia para la proclamacion de las Naciones Unidas, bajo las condiciones de los vencedores de la guerra y circulaban borradores sobre la declaración universal de los derechos humanos. La odiada Union Sovietica desde la España franquista, pedía un bloqueo a España por su complacencia con el régimen nazi, al que se opusieron los norteamericanos. Cada Imperio medía las dictaduras según sus intereses. Josu, desde sus viajes, y Patxi, por estar en contacto con comunidades de base unidas a los derechos de los trabajadores, veian el mundo con ojos más críticos que los que mostraban los medios de comunicación en la España franquista. Hacía dos semanas que los otros dictadores europeos, Hitler y Mussolini, habian muerto, suicidado uno, ejecutado el otro. Una cierta esperanza del mundo democratico en España, pronto sería suprimida por la severidad de un régimen dictatorial, que supo astutamente distanciarse de los otros fascistas perdedores en Europa. Como en tantas familias de España en la posguerra, las diferentes experiencias en la vida e informaciones del mundo, enfrentaban ideas contrapuestas. Pero todo aquello era distante, y al final podían más el afecto y la unión de la familia, lo próximo de la huerta, el hogar, los juegos, la sensación de sentirse unidos en la aventura de la vida. En la misma barca, la familia.

Una nube de chiquillos correteaba del pajar a la higuera. Los más crecidos como Ángel, Juan Mari y la mayor de Flora, María; decidieron dar un paseo hasta la encina. Ángel había notado que su hermano se ponía nervioso cuando venía María a casa o cuando se cruzaban en el pueblo. Incluso aquel día notó cómo se había cambiado tres veces de camisa. Le había dicho que la Santa Iglesia prohibía las relaciones entre primos. Juan Mari le contestó airado que no le interesaba María, pero se había quedado preocupado por la aseveración de su hermano y buscaba un momento adecuado para preguntarle sobre la cuestión al tío Patxi.

Sí. Los Beloki se sentían como una familia unida. Claro, había también envidias y rencores; pero había mucho más que les unía y hacía del 14 de mayo la

fecha más importante del año. Con permiso del cura Don Armando, aún más que la Navidad.

Eran veintitrés sentados a la mesa en el porche. Las mujeres habían traído un enorme puchero con *purrusalda* y los hombres se habían servido vino de la Rioja. Las risas de los chavales, que le habían puesto un renacuajo en la silla a María; y las conversaciones de los adultos sobre la situación en Alemania, fueron apagándose al ver todos cómo Patxi se había levantado y con las manos entrecruzadas y una mirada penetrante y plena de un inefable amor fraternal, se disponía a bendecir la mesa. El abuelo Agustín sintió una sensación muy especial. Todos los recuerdos atormentados de su mujer parecieron encontrar un lugar acogedor y devolverle paz. Todo el rencor injusto y disimulado durante tantos años hacia su hijo menor, pareció trasnformarse en un sentimiento nuevo que le desconcertó y le llevó a concentrar todos sus debilitados sentidos en aquel momento.

Patxi fue despegando su mirada tierna de los ojos de su familia y dejándose llevar por una suave y firme fuerza miró en la dirección de las montañas. Aunque su mirada llegaba mucho más lejos.

– «*Padre y creador de todo, desde nuestro humilde caminar te queremos hacer sentir otro día más nuestro agradecimiento por la vida que nos das, nuestro profundo amor de hijos. Pero hoy en especial te queremos demostrar nuestra profunda alegría por estar juntos, celebrar un año más de la vida de nuestro padre y sentirnos como una familia. Sabemos que Jon desde tierras lejanas y nuestra madre Milagros y nuestro hermano Ángel desde tu lado, estarán hoy también sentados a nuestra mesa. Todos juntos te queremos ofrecer nuestros esfuerzos, en los campos, en los estudios, en la mar; donde quiera que nos dirijas, danos siempre la fuerza del amor a la vida que nos brindas y haz que ese amor se refleje en todas nuestras acciones y pensamientos para con nuestros semejantes*».

Hubo un profundo silencio. Todos se sintieron más unidos. Aquello no era una oración como las salves y los rosarios de Don Armando. Ni siquiera se parecía a las tradicionales gracias por los alimentos recitadas de memoria tantas veces. La sinceridad con la que Patxi había hablado había penetrado en todos. Hasta los pequeños se habían quedado atentos y en silencio. Las hermanas le miraban con los ojos humedecidos de lágrimas. Sus hermanos miraban hacia abajo como aún sintiendo la fuerza de aquellas palabras. Agustín tenía los ojos cerrados y notó un frío en la frente que le hizo mirar a su padre. El abuelo Agustín pronto fue objeto de la atención de todos. Su actitud habitual, ausente y huraña, había cambiado. Sin poder expresarse con palabras debido a su enfermedad, sus ojos y sus brazos se dirigieron hacia su hijo menor reflejando un enorme grito de su alma que pedía un abrazo, una unión hacia quien más rencor había sentido y quien ahora le había hecho sentir un profundo amor y alegría de estar vivo. Sus ojos se llenaron de lágrimas cuando Patxi le rodeó con sus brazos y le deseaba un feliz cumpleaños. Por primera vez desde hacía cuarenta años, al abuelo Agustín se sintió feliz un catorce de mayo.

Nadie notó que entre los pequeños, Patxín se había quedado como hipnotizado por las palabras de su tío y aún tenía, sin darse cuenta, las manos entrecruzadas como él. Algo que él aún no entendía le había llenado de una alegría especial, muy distinta a la que sentía cuando atrapaba un renacuajo en la poza o cuando le ganaba a Beatriz en una carrera. Aquel momento quedó grabado en su memoria y aunque no recordaba lo que su tío había dicho, sintió algo muy bello en las miradas de sus padres, sus tías y en especial en la del abuelo. Pero aún después de muchos años recordaría una palabra de aquella oración, que tardó mucho tiempo en entender: «semejantes».

II

SIPHO BROTA DE LAS ARENAS DEL KALAHARI

Matabeleland, septiembre, 1955

La inmensidad de la sabana de Matabeleland.[1]?Las bellas siluetas de las acacias africanas. Los imposibles equilibrios de las formaciones rocosas de Matopos.[2]?Intensidad del amanecer, que tiñe todo de fuego. Chozas zulú en el horizonte.

El *kraal*[3]?de los Dube[4]?se enfrentaba, se entregaba quizás, otro día más al mundo. A su mundo. Pero este amanecer del final de la estación seca era diferente a otro cualquiera. Varias mujeres traían enormes haces de leña. Otras esperaban que unos hombres arrancaran agua a las entrañas arenosas del cauce seco del río Sanzukwi. Poco después llevaban también sobre sus cabezas, enormes calabazas secas llenas del preciado y escaso líquido. Sus esbozos en el horizonte armonizaban con la belleza y elegancia de las lejanas y grandiosas acacias planas. Su caminar con el cuello erguido y la barbilla elevada, las espaldas firmes, el casi se diría musical balanceo de sus brazos, como ausentes del leve equilibrio de tanto peso sobre tanta delicadeza…

De una de las chozas del *kraal* emanaba, como el agua de las arenas del Sanzukwi, una melodía que pareciese seguir el elegante caminar de aquellas mujeres. Fuera, alrededor de una hoguera, un grupo de hombres se fundían en la melodía con sus graves y profundos tonos, los inefables cantos zulú… mmm mmm… Poco después se oyó un llanto rasgar el viento. La pequeña Sipho llegaba al mágico mundo ndebele. Las mujeres que ayudaban a su madre llevaron en una tela

---

1 Matabeleland: región al sudoeste de Zimbabue, antigua Rhodesia del Sur, donde vive el pueblo ndebele, descendiente de los zulú de Sudáfrica.

2 Matopos: region al este y sur de Bulawayo, con formaciones graníticas y un parque nacional con abundante fauna Africana.

3 Kraal: grupo familiar de chozas zulú.

4 Dube: significa cebra en ndebele.

la placenta hasta un gran hormiguero cercano y caminaron sobre sus pasos sin mirar atrás, según la tradición ndebele. La abuela de Sipho, Dingolwasi («busca la sabiduría», repetía con emoción «*Amhlope*» a su hija Thembinkosi («confianza en Dios»), el agradecimiento a los antepasados.

Cinco días más tarde, su padre, según la tradición, entró en la choza y cogió en sus brazos a la pequeña. Su nombre anterior, Themba, ya no importaba, ahora a él todos le conocerían como Zaka-Sipho (padre de Sipho). Miró gravemente a Thembinkosi, ahora Naka-Sipho (madre de Sipho), y se fue sólo con la pequeña hasta el río. Allí frotó el resto del ya seco cordón umbilical contra una roca, siempre según la tradición. Los ndebele comprobaban si al hacer aquello los peces acudían a comer el polvo desprendido, como signo de bienvenida de los espíritus al nuevo miembro. Ahora Themba vivía en la seca y arenosa sabana de Bulila-Mangwe y el río seco parecía reírse de su destino. Al volver miró hacia arriba y vio como un águila negra sobrevolaba el *kraal*. Sintió miedo.

Zaka-Sipho recordaba las historias de su padre y se las contaba a sus hijos en las noches más cálidas y en las grandes celebraciones. Recordaba como su padre le hablaba de su abuelo, Nguni («venido del Sur», de cómo había luchado contra los zulú y más tarde contra los Boers, y había sido consejero del «Inkosi» (rey ndebele) Mzilikasi en la gran marcha hacia el norte hasta que cruzaron el Limpopo y se instalaron en la futura Matabeleland. El segundo hijo de Nguni, Mandhla («fuerza»), fue forjado como guerrero zulú y luchó bajo las órdenes de Lobengula en la primera guerra Chimurenga contra los colonos blancos de Rhodes. Además de la humillación de la derrota, poco después fue apartado de la nobleza ndebele por casarse, en contra de la tradición, con una mujer de las tribus «inferiores» dominadas.

La joven Masora pertenecía a la tribu kalanga. Fue hecha prisionera y esclava de la corte ndebele. No sólo su belleza, sino una fuerza interior que la llenaba de dignidad a pesar de su condición, doblegaron a Mandhla. Después de llevarla a su choza y nacer Themba, su primer hijo, Mandhla fue marginado de la nobleza ndebele, que aún recibía trato de favor de los colonos blancos en la administración de los *chiefdoms*. Además, se enfrentó a sus antiguos compañeros de lucha por los tratos humillantes que aceptaban de los «amakiwa» (blancos) y cómo ayudaban a oprimir a sus gentes aceptando cargos como «Induna» (jefes o alcaldes tradicionales) bajo los oficiales de distrito ingleses. Mandhla y su familia emigraron hacia «Bulilila–mangwe» («donde los leopardos lloran», una de las áridas zonas llamadas reservas y «concedidas» por los ingleses a los nativos, donde Masora se reencontró con su familia, cerca del Sanzukwi. Masora era la sobrina de una *nyanga* kalanga. Sus padres habían muerto en la lucha contra los invasores ndebele. Desde los ocho años, Masora había sido elegida para heredar los poderes sanadores de su tía, y había seguido un intenso entrenamiento.

Themba creció fuerte en Matabeleland. Aprendió a respetar a las culturas y lenguas kalanga y ndebele por igual, aunque a menudo con la marginación de ambas por su prohibida mezcla. Su padre le forjó en el espíritu guerrero ndebele para saber defenderse de los que habían desterrado a su familia, y en la caza de los impalas y kudus. Cuando Themba tenía doce años, su padre murió de una enfermedad que le mantenía somnoliento día y noche y le produjo enormes y dolorosos bultos en el cuello. A pesar de los intentos de Masora, su padre falleció en unas semanas despues de entrar en aquel extraño estado de sueño.. Su madre le enseñó la lengua kalanga y el mundo de los «amakhozi». , el cultivo del sorgo y del mijo y cómo encontrar agua en las secas sabanas de Bulilila–mangwe. Sin embargo, ni en Themba ni en ninguno de los tres hijos y cuatro hijas que le siguieron pudo ver Masora los designios para ser *nyanga*. Tres murieron jovenes y uno quedó afectado por la polio. Themba se hizo hombre, se casó con la hija mayor de una hermana del difunto padre de Masora y construyó su choza en el mismo *kraal* que su madre.

Cuando Themba le explicó a su madre la visión del aguila negra en el momento del nacimiento de su hija, Masora entendió que por fin su dios «Mkhulunkhulu» (el abuelo de los abuelos), le había enviado a su heredera. Al comprender Themba la alegría de su madre, le dio el nombre de «Sipho» (regalo) a su primera hija. Sipho nació con los designios naturales de ser *nyanga* en Bulilila–mangwe.

Era, según los colonos blancos que llamaban a esta zona de África «Rhodesia», el mes de septiembre de 1955. Einstein había muerto unos meses antes dejando un legado de conocimiento que prevalecería varias generaciones, el bloque sovietico se consolidaba en el Pacto de Varsovia y Churchill dejaba el poder en el Reino Unido. El Imperio inglés empezaba a hacer cesiones y Sudán conseguía, más por estrategia contra Egipto que por respeto a la soberanía del pueblo, la primera independencia africana. En América, Bell desarrollaba el primer transistor para la computacion y Kroc inauguraba el primer McDonald's, dos símbolos de la era que estaba amaneciendo en el mundo. Cajal describía la forma de los genes humanos y Salk descubría la vacuna contra la poliomielitis.

Ausentes de todo ello, los kalanga y ndebele luchaban por sobrevivir cada día en aquellas áridas tierras del Kalahari.

III

UNA MISIÓN EN LA SELVA AFRICANA

1963

Ricardo era un médico «tisiólogo» en la posguerra española. Procedía de una familia burguesa de la pujante industria textil catalana, y acudió a las mejores escuelas hasta entrar en la facultad de medicina. Durante sus estudios en el Hospital de San Pau destacó en su dedicación a los enfermos a la par que su agudeza clínica, y fue integrado en el servicio de tisiología, luchando contra la tuberculosis y convirtiéndose en uno de sus más reconocidos científicos y clínicos en la España republicana. Durante la guerra civil, sus ideas republicanas le marginaron de su puesto de médico adjunto y emigró con los ahorros familiares a Londres, donde estudió en la Escuela de Higiene y se adentró en el mundo exótico y a menudo épico de la Medicina Tropical.

Al tercer año, en 1961, era ya un reconocido investigador de los mecanismos de la tuberculosis. En ese año, el Papa Juan XXIII sancionaba, en su encíclica «Mater et magistra», la propiedad privada como derecho natural, y fundamentaba la conexion del catolicismo con el capitalismo y su lejanía del comunismo. Era algo que Ricardo no podia entender: La doctrina de Jesús, de la humildad y la igualdad, se aliaba con la avaricia del acaparar y se enfrentaba a la del compartir. El mundo también se radicalizaba en esas dos ideas y las dos potencias mundiales delimitaban sus áreas de control. Estados Unidos invadia la Bahía de Cochinos, en Cuba, y la Unión Soviética levantaba el muro de Berlín. Para distraerse, Ricardo seguía las primeras actuaciones de un grupo de música que empezaba a actuar en un lugar llamado «La Caverna» en Liverpool. Era abril de 1961. Un remoto país llamado Sierra Leona, del que Ricardo sólo había oído hablar por las expediciones de Ross y su descripción del ciclo de la malaria, obtenía la independencia del Reino Unido.

Poco después, su padre, arrestado por sus ideas republicanas, enfermó de gravedad. Ricardo sólo supo de su enfermedad cuando ya era tarde. Su madre

quiso evitarle la tristeza, la rabia y el peligro de ser arrestado a su vuelta, pero Ricardo se enteró por un colega y lo dejó todo en su pequeño laboratorio de filarias en Londres, y volvió para sacar a su padre de la cárcel donde se apagaba su vida. Visitó a un antiguo jefe del hospital. Aunque era próximo al régimen de Franco apreciaba de Ricardo su auténtica vocación de servicio. Consiguió que le aplicaran un artículo de la ley penitenciaria para presos enfermos de gravedad y lo pudo sacar de la cárcel. Era diciembre de 1961. Salió a tiempo para que oyeran juntos en la casa familiar y a través de la emisora radial «La Pirenáica» el discurso del Che Guevara en las Naciones Unidas. Se emocionaron al oírle decir «*esta gran humanidad ha dicho «¡Basta». y ha echado a andar. Y su marcha, de gigantes, ya no se detendrá hasta conquistar la verdadera independencia*».

Ricardo asistió a su padre en el hogar familiar venido a menos por los rigores de la guerra y la expropiación franquista de la fábrica de aquella familia industrial republican. El padre de Ricardo se extinguía de una tuberculosis que ya le invadía todo el cuerpo. Las bromas macabras del destino: Quizás el mejor tisiólogo del país, exiliado, asistía, con los puños cerrados por la rabia de la impotencia, a la muerte de su padre por el mal del cual a tantos cientos de pacientes había conseguido salvar. Consiguió estreptomicina de un amigo de la farmacia del hospital de Sant Pau, y con otros medicamentos, intentó salvar desesperadamente a su padre agonizante. Murió en sus brazos el día de Navidad. Tras la muerte de su padre, Ricardo se sintió vacío. Su profesión perdió todo el sentido. ¿De qué valía tanto estudio y esfuerzo si ni a su propio padre pudo salvar? Desesperado, caminaba largas horas por los montes del Mont Seny y a menudo dormía al raso mirando las estrellas. Ricardo decidió dedicarse a los más débiles, a los marginados del sistema, a los presos desahuciados. Así llego al albergue de San Juan de Dios en Las Ramblas de Barcelona. Allí se prestó como voluntario para lavarles, darles de comer, abrigarles. Apenas podía hablar, la tristeza del vacío por la muerte de su padre y la rabia de su exilio que le impidió salvarle la vida, atenazaban su vida.

Después de unos meses asistiendo como voluntario en el albergue de San Juan de Dios, Ricardo decidió postular como novicio de aquella Orden. Tenía ya 43 años y era un conocido médico, si bien marginado por el franquismo. Aquella vocación tardía fue recibida con escepticismo por el superior de la Orden. La mayor parte de los novicios ingresaban en la Orden cuando eran aún adolescentes y procedían de familias obreras o campesinas. Pero la dedicación y generosidad de Ricardo para con los enfermos le abrieron las puertas de la Orden. Pasó dos años de novicio estudiando, rezando y lavando a los enfermos psiquiátricos del «manicomio» de Sant Boi. También se opuso a que fueran sólo los inmigrantes andaluces, llamados «charnegos», los que limpiaran las letrinas del hospital y él se prestó voluntario a hacerlo. Tal estoica dedicación le hizo conocido. Nadie en la Orden, salvo el hermano Superior de la Orden, que indagó en su historia,

sabía que era médico. Un día, uno de los enfermos psiquiátricos se atragantó en el comedor y se estaba asfixiando cuando Ricardo acudió en su ayuda. Le apretó con sus brazos el vientre abrazandole desde la espalda hasta que expulsó el trozo de jamón que bloqueaba su respiración. Le reanimó dándole un masaje cardíaco e insuflándole aire en sus pulmones. El hermano superior de Sant Boi le hizo llamar al siguiente día a su despacho.

Al entrar en el despacho vio sentados al Hermano Pedro, superior de Sant Boi, y al Padre Pascual, Superior General de la Orden, habitualmente residente en Roma pero en esos días visitando los centros de la Orden por España. Ricardo vio una ternura profunda en los ojos de aquel hombre.

–Hermano Ricardo; he oído de su vocación y dedicación, de su humildad, y también de su valía como médico.

Dijo el Padre Pascual.

–No merezco esa fama, Padre.

–Eso sólo confirma su humildad. Hermano Ricardo, le necesito para una misión. Apenas va a acabar su periodo de novicio y tomará los votos el próximo mes, pero le necesito. La Orden le necesita.

–Padre. Haré todo lo pueda sea para alivio de los enfermos pobres y marginados.

–Hace un mes he recibido una carta de la Superiora de una orden religiosa de Irlanda. Han abierto un hospital en una zona del sur de una ex-colonia británica del Occidente de África. Me cuenta que la situación en el norte del país es de extrema pobreza. Es zona de influencia musulmana. Me dijo que el obispo, un irlandés a quien conocí en Roma este año, cede unos terrenos. Busca una orden hospitalaria que acepte el reto de instalar una misión con un hospital y ser testigos de la fede Dios en esa zona. Usted habla inglés, es buen médico y demuestra un servicio y entrega a los demás que me despeja toda duda para su lugar en esta misión.

Ricardo sintió en aquel momento su Fe debilitada. Su verdadera vocación era atender a los enfermos pobres y marginados del sistema. Como lo fue su padre. Y así entendía como su misión como cristiano. Pero tenía a menudo dudas sobre la existencia de Dios, sobre la historia de Jesús, sobre la supremacía de la religión cristiana. Su afán por la filosofía le hacía contrastar la lógica del pensamiento con los dogmas cristianos. Los pensamientos de un amigo de su padre, el filósofo José Luis López Aranguren, calaron hondo durante su juventud. Asistía en callada devoción a las tertulias en los viajes que Aranguren hacía a Barcelona. Ricardo se llevó a Inglaterra algunos libros de Aranguren que se atrevían a hacer crítica del catolicismo jerárquico y se inspiró en el sentido de que la fe necesita de las obras y la actitud religiosa necesita de la actitud ética. En el fondo, detestaba calladamente al Vaticano en su poder y lujos, y también a la Iglesia jerárquica

en España, aliada del franquismo que mató a su padre. Pero su dedicación a los enfermos le hacía relativizar e incluso ignorar esas dudas y desencanto del catolicismo oficial,y concentrarse en su misión como hombre, como cristiano, como médico. La entrega a sus «semejantes», y en ello, a los más necesitados.

Dos meses más tarde, Ricardo y cuatro hermanos más de la Orden, partían en un mercante inglés que hacía escala en Barcelona y se dirigía, bordeando la costa occidental Africana, hacia Ciudad del Cabo. Era diciembre de 1963, la ola de independencias africanas llegaba a Kenya y ya casi cubría todo el continente, salvo las colonias de Angola y Mozambique encadenadas a la dictadura portuguesa y la de Rhodesia del Sur sometida a un regimen racista. Parecía que la tension entre el capitalismo y el comunismo se reblandecía, se humanizaba. Se llegaba incluso a instalar el «teléfono rojo» en la Casa Blanca y Martin Luther King pronunciaba su famoso discurso «Tengo un sueño».

Sierra Leona estrenaba independencia en los años sesenta. Era uno de los países más pobres del mundo. Los ingleses la llamaban «la tumba del hombre blanco», y Ricardo había conocido a médicos militares en la Escuela de Higiene y Medicina Tropical de Londres que habían descrito todo tipo de plagas tropicales en aquellas costas. Había leído con pasión los escritos de Ross describiendo como los mosquitos transmitían la malaria, y fue precisamente en Sierra Leona, quizás el lugar del mundo con más transmisión de malaria del mundo, donde Ross describió que sólo las hembras del mosquito transmitían el parásito. Era la enfermedad que más había condicionado a la especie humana, su evolución y selección natural, sus asentamientos, migraciones, guerras y el incierto destino de África.

Llegaron a Freetown y fueron recibidos por el obispo Kevin, un hablador, bebedor, y,según las «malas lenguas» un mujeriego incorregible. Pero extremadamente afable y sincero. Llegaron unos días más tarde en carretas tiradas por búfalos domesticados por las tribus fula*s* del norte, a las sabanas y selvas del norte del país, las tierras *temnes*. Los *temnes* vivían humillados desde que los ingleses aplastaran la revuelta liderada por Bai Bureh. Eran marginados por el favoritismo colonial étnico perpetuado por los presidentes *mende* Milton y Albert Margai. Sufrían quizás la mayor selección natural de la especie humana, depauperados por las endemias tropicales. Eran también sometidos a los abusos del monopolio minero de De Beers, fundado por Cecil Rhodes, el mismo que ocupó y dominó las tierras luego conocidas como Rhodesia. Eran tratados en las minas de formas similar a la esclavitud en la que se cebaron los portugueses, holandeses e ingleses. Muchos les consideraban las gentes más primitivas y míseras de todas las colonias británicas.Y tras la independencia fue aquella la zona más pobre del país más pobre del mundo. Aunque no en recursos naturales.El Padre Esteban, superior de este grupo de fundadores, se dedicó a establecer la Iglesia y el plan de evangelización. El hermano Jaime, curtido labriego leridano también de tardía vocación, se

dedicó a organizar las huertas, los corrales y los talleres de la misión. El hermano José María, un murciano de apenas 20 años y con algunas nociones de enfermería, se dedicaría a ayudar a Ricardo en su labor médica. Comenzaron a construir unos pabellones para la consulta, el quirófano y una sala de ingresados. Ricardo trabó amistad con un joven *temne*, hijo de un jefe tribal, y quien hablaba inglés pues había estudiado en una misión de jesuitas de Freetown. Se llamaba David. Le enseñó a Ricardo el idioma *temne* local y el criollo dominante en la incipiente administración del país, ahogada por la corrupción y las mafias de poder de la tribu *mende*. Ricardo le enseñó a hacer curas, a ayudarle en las operaciones, a administrar los sueros, y a medir las constantes vitales de los enfermos.

Ricardo había llevado en un baúl, un aparato vaporizador de éter que habían desechado en el hospital de San Pau, unas cajas metálicas con el material quirúrgico esencial, su estetoscopio, un microscopio «McArthur» que consiguió en Londres, un esfigmomanómetro de mercurio, un tonómetro alemán para la presión ocular, un colposcopio para la exploración ginecológica y un otoscopio. Consiguieron unos pocos suministros de la misión irlandesa de Serabu: éter, formol, yodo, permanganato potásico, tinturas de Giemsa, unas cajas de quinina y otras medicaciones que Ricardo sólo conocía de nombre de sus estudios en Londres. Se trataba de antimoniales y derivados del arsénico, que ya no se usaban ni en veterinaria en Europa. Era lo único disponible para tratar las plagas locales de filarias y de parásitos que infestaban a prácticamente toda la población de aquel remoto lugar del mundo.

Así fundó el hermano Ricardo el pequeño hospital de Magbesseneh. Ricardo, *Jose Mari* y David atendían una consulta, una sala de mujeres con cuatro camas, otra de hombres con otras cuatro, una sala con seis cunas, un quirófano y un almacén. Lo llamó hospital de Saint Joseph, en honor a su padre Josep. Era septiembre de 1963, la estación de las tormentas eléctricas.

El hermano Ricardo fue trabajando de sol a sol cada día. Se fue corriendo la voz por la región de los *temne*s su dedicacion y poder de curar. También se hizo conocido en las tierras del norte las zonas fula, *koranko* y *mandingo* de Sierra Leona y Guinea Conakry y, hacia el este las zonas de los Limba, más allá de las cataratas de Bumbuna. Cada día venían más y más pacientes, casi todos andando desde largas distancias, a veces en improvisadas camillas de bambú. Acampaban por las noches si no eran urgencias vitales, o le despertaban al bueno de David quien ya sabia si debía ir preparando el quirófano o esperar al amanecer.

A los dos años, el hospital de Magbeseneh ya tenía tres salas de hombres, tres de mujeres y una gran sala de niños. En total, contaba con 60 camas pero la afluencia de enfermos era tal que dormían dos por cama y a menudo improvisaban mantas debajo de las camas donde admitían a más pacientes. Las cunas acogían hasta cuatro niños pequeños. Operaban con la luz de lámparas de queroseno, anestesiaban con el vaporizador de éter y cerraban las incisiones con las pocas suturas que les

mandaban desde Barcelona. Ricardo recibía una revista de pura supervivencia de médicos en situaciones remotas: *The Tropical Doctor*. Se la mandaba un galés algo más joven a quien conoció en Londres, Eldryd. Eldryd y Ricardo, desde sus orígenes protestante y católico, habían mantenido intensas discusiones sobre religión y ética. Ricardo siempre hacia referencias a Gandhi y sus experimentos sobre la verdad. Pero Eldryd, con el orgullo inglés dolido por aquel indio revolucionario, prefería cambiar de tema. Eldryd había ido a la vecina Ghana y había iniciado una facultad de medicina. Se intercambiaban las más apasionantes cartas de vivencias en África, de estudios sobre aquellas enfermedades tan terribles como desconocidas, de devoción al servicio a los más necesitados. Curiosamente el seglar Eldryd se inspiraba sobre todo por la imagen de Jesús mientras que el Hermano Ricardo simplemente veía, aunque no lo dijese, el rostro de su padre Josep en cada paciente.

Ricardo descubrió y describió las plagas locales de ceguera de los ríos provocada por una filaria que invadía los ojos. Con un simple pellizco con una navaja de afeitar estéril extraía una pequeña muestra de piel del tamaño de una lenteja, la ponía en un porta de cristal, le añadía unas gotas de agua con sal y observaba en su pequeño microscopio McArthur, miles de filarias salir serpenteando. Ricardo salía los domingos tras la misa en la misión a caminar por los pueblos de la zona. Llevaba su microscopio y enseñaba a comunidades enteras aquellos parásitos que invadían sus cuerpos de picores, nódulos y acababan por provocar cegueras. Así fue dibujando un plano de pueblos y proporciones de personas infectadas y ciegas.

Otro inglés, el Dr. Blacklock, había identificado en Sierra Leona en los años veinte una mosca que portaba las mismas filarias que veían en aquellas personas con lesiones de piel, nódulos y ceguera. Ricardo había leído con pasión sus manuscritos en la biblioteca de la escuela de Londres. En su libreta de campo hacia dibujos y planos de donde estaban los focos de la infección para intentar atacar a aquellas moscas que ahogaban todo futuro a pueblos enteros donde la mitad de las personas ya eran ciegas a los treinta años. De todas maneras, la esperanza media de vida apenas llegaba a los cuarenta años. Ricardo también se escribió con Sir Denis Burkitt intercambiando ideas sobre la malaria y su relación con terribles tumores óseos que deformaban las caras de cientos de niños.

Las tardes de los miércoles, el hermano Jaime tenía que ir a la capital de la región, Port Loko, a por diesel para la camioneta y el generador. Había instalado un generador que le había mandado en un contenedor una cofradía de payeses de su comarca leridana. Ricardo insistía en que no lo necesitaba, por su estoicismo y austeridad. Pero David y Jose Mari habían insistido pues notaban que Ricardo perdía vista, quizás ya infestado por aquellas filarias que enseñaba sin cesar a las comunidades los domingos. Necesitaban el generador para alumbrar mejor en las operaciones y así evitar el riesgo de explosión por la mexcla de las llamas

del queroseno con el vapor de éter. También era necesario para poder esterilizar el material de curas y operaciones en un autoclave que les habían prometido los hermanos de Sant Boi.

En el camino a Port Loko, Ricardo paraba cada miércoles en un pueblo diferente, con un maletín de curas, latas de quinina, penicilina y antiparasitarios, y su inseparable microscopio McArthur. Pero hacia el Sur, lejos de los rápidos que bajaban desde Bumbuna, Ricardo apenas encontraba casos de ceguera de los ríos. Lo que si empezó a ver fueron cientos de niños y adultos con terribles úlceras en las piernas. Algunas de las úlceras dejaban en carne viva toda la pierna. Ello, con la pobre higiene y tratamientos de hierbas locales que a veces provocaban la cicatrización pero a menudo infectaban los tejidos, provocaban gangrenas y Ricardo tenía que hacer frecuentes amputaciones. Empezó a hacer curas y cada miércoles le esperaban docenas, y luego cientos de personas, quienes sentadas sobre troncos de árboles que cortaban para sentarse todos en una larga fila, esperaban los cuidados del «Opoto» (hombre blanco). Ricardo fue observando como el azúcar de caña estimulaba la cicatrización y le daba tiempo a hacer injertos cutáneos con su dermotomo, y así prevenir cientos de amputaciones. También aprendió a improvisar con hormigas rojas para cerrar suturas cuando se acababa el catgut o la seda: los niños de Magbesseneh le cazaban hormigas rojas y el las guardaba en un jarro de cristal. Cuando necesitaba cerrar una herida o una incisión en quirófano, cogía una hormiga con las pinzas, exponía su cabeza a ambos bordes de la incisión, y la hormiga apretaba sus potentes mandíbulas acercando los bordes y sellándolos. En ese momento Ricardo tiraba con otra pinza del cuerpo y dejaba la cabeza inerte en aquel último acto suicida y sanador a la vez. También aprendió a fabricar sueros con agua de lluvia y esterilizarla con el autoclave que finalmente, con el generador, instalaron los hermanos venciendo la austeridad radical de Ricardo. Si. Ricardo era austero en su vida, parco en palabras, escueto en sonrisas, casi se diría que vivía al límite no permitiendo que nadie hubiese más pobre, ni más necesitado. Comía sólo el arroz que daban a los enfermos, tenía dos sotanas blancas y calzaba unas sandalias que el mismo se había hecho con restos de viejos neumáticos de camión. Pero, ¿era feliz?

IV

EL ESPÍRITU NYANGA ENTRA EN SIPHO

Matabeleland, noviembre, 1965

Era 1965, Estados Unidos, obsesionado en demonizar al comunismo, sembraba con napalm Vietnam e invadía la Republica Domincana. Algunas luces de esperanza alumbraban también al mundo: tras las marchas de Luther King, era reconocido el voto de los negros en Estados Unidos, comenzaba el servicio de salud Medicare y Medicaid para personas sin recursos y en la Universidad de Berkeley surgía la oposicion pacifista a la guerra de Vietnam quemando cartillas militares. Pero en Sanzukwi, nada de eso parecia afectar el día a día ni la mágica unión a los espiritus de los antepasados.

Themba observaba a Sipho y sentía cómo había crecido en Bulilila–mangwe con la libertad del vuelo de las águilas, con la fuerza de las raíces de baobab, la belleza de los movimientos del impala y la serenidad y cautela de su clan, los Dube (cebra).

Sipho tenía diez años y se había convertido ya en una hermosa jovencita. Ayudaba, como todas las niñas kalanga, en todas las tareas del *kraal*. Había aprendido a arrancarle el agua al cauce del Sanzukwi hasta en los días más secos del año, a ir a por la retorcida leña de aquella orilla del Kalahari, a ordeñar las pocas vacas que habían sobrevivido a la última gran sequía, a cuidar de las cabras, preparar los campos para la siembra, cocinar la pasta de sorgo y mijo con diferentes verduras locales y cuidar de sus tres hermanos menores. Disfrutaba de las historias que contaba la abuela Masora al lado del fuego por la noche, de los cantos en los juegos, las diferentes tareas o durante las ceremonias familiares, de los juegos con sus hermanos y vecinos, o de seguir sigilosamente a los impalas y kudus cuando reconocía sus huellas yendo a por agua al río.

Sipho aún no participaba de algunas actividades que le atraían con fuerza y curiosidad: ir con su padre a cazar impalas, kudus; a matar algún leopardo o babuino cuando desaparecía alguna cabra; o ahuyentar con los mayores del *kraal*

a los elefantes que se acercaban a los campos sembrados. Pero sobre todo le atraía con una fuerza misteriosa e irresistible espiar a su abuela cuando atendía a algún enfermo. Oía sus cantos a los espíritus, podía oler el aroma de las infusiones que preparaba, había seguido sus pasos clandestinamente y conocía alguna de las plantas que recogía del bosque, había observado entre las rendijas de la choza de su abuela cuando atendía a sus pacientes y había visto cómo usaba trozos de huesos, como invocaba a los espíritus y cómo hacía pequeños cortes en la piel en algunos casos. Incluso conocía ya alguna de las palabras ceremoniales de sus curas.

Sipho había aprendido desde niña a respetar a sus «*vadzimu*» (antepasados), que protegían al clan de los Dube. Para su familia, era esencial mantener la armonía con los antepasados, especialmente con el «mhondoro» responsable de mantener la fertilidad de los campos y de traer las lluvias. Aunque su abuelo paterno, Mandhla, había sido ndebele; su fidelidad a Masora y a los kalanga, y su valentía al enfrentarse a la cruel y corrupta nobleza ndebele después de las guerras Chimurenga, le habían merecido ser adoptado como hijo del espíritu mhondoro. El recuerdo de Mandhla no sólo estaba en los relatos de Themba, sino en cada ceremonia familiar y en sus rezos diarios a los espíritus. El espíritu de Mandhla era el «mudzimu», mantenía la paz en el clan y traía prosperidad.

Un día, Themba sintió en la mirada de su madre hacia Sipho una tremenda angustia. Esa noche, Themba le pidió permiso para entrar en la choza de su madre. Hacía más de treinta años que no entraba en ella.

–Madre, te veo. El sol se ha puesto.

Era el saludo ndebele, Themba hablaba ndebele con su familia aunque los demás hablaban kalanga entre sí.

–Sí, hijo. Cómo estás este atardecer?

–Tengo vida, madre.

–Pasa adentro, empieza a hacer frío.

Su madre extendió una piel de cabra se sentó en el suelo, mientras le ofrecía asiento a su hijo en un tronco tallado. En la tradición ndebele, las mujeres siempre se sentaban a un nivel inferior. Themba nunca pensó que ello supusiera humillación para ninguna mujer pero se sentía extraño cuando era su madre.

–Te damos las gracias, madre.

Themba siempre hablaba en plural, como queriendo representar a la vez el jefe de familia y la voz del espíritu de su padre.

–¿Qué es lo que te ha traído a mi casa, hijo mío?

–Madre, tengo una preocupación. Siento la tristeza y el miedo en tus ojos. Quiero ayudarte.

–¿Crees que he ofendido a nuestros antepasados, hijo?

–Madre, eres buena y amable siempre. La familia te quiere y nos haces sentir orgullosos. En todo Bulila-mangwe te respetan por tus poderes sanadores y cómo ayudas a los que sufren. El espíritu de mi padre te sigue amando como el día en que se enfrentó a Lobengula y te hizo su mujer. Pero hay algo en tus ojos que me preocupa y necesito saber que te entristece, madre.

–Hijo, necesito hablarte con el corazón. El espíritu de mi tía se introdujo en mí cuando sólo tenía ocho años. Mi destino ha sido cuidar de los males de nuestra gente y comunicarme con los espíritus para saber cómo estar en armonía con ellos. Empiezo a ver mal porque el espíritu de tu padre quiere tenerme a su lado. Mi misión ahora es averiguar quién de nuestra familia será elegido para ser *nyanga* y ayudarle a aprender todo lo que yo aprendí de la hermana de mi madre. Siento miedo de ver el tiempo pasar y no encontrar ese momento.

–Quizás, madre, los espíritus hayan decidido pasar tus poderes a otra familia.

–Esto me entristece, hijo. He pensado que los espíritus pueden haber decidido no darnos esos poderes por habernos unido a los ndebele. Me siento orgullosa de tu padre y sé que todos le respetan, pero el mundo de las tinieblas es cruel a veces con los que no guardan las tradiciones.

–Madre, intentaré hablar con mi padre, y pedirle su ayuda.

–Será lo que Mkhulunkhulu quiera, hijo.

Aquella noche, Themba caminaba hacia su choza cuando vio a un camaleón enterrándose en la tierra. Recordaba cómo éste era un signo entre los ndebele de que la muerte estaba cercana a un familiar.

Una luna después, Masora murió. En su semblante, Themba sintió de nuevo la angustia que le transmitió antes de morir. Al día siguiente, el *kraal* se llenó de adultos que acudían al duelo. Las mujeres se turnaban en estar junto a Masora, cantando y rezando a los espíritus. Los hombres estaban sentados fuera con la mirada grave. Un grupo sacrificó a un toro y preparaban la carne y la piel. Cuando cayó la noche, encendieron una gran hoguera delante de la choza de Masora y velaron su cuerpo toda la noche. Los cantos no cedieron en toda la noche. Aunque a Sipho, como sus hermanos, no les estaba permitido asistir al duelo; oían los cantos y sentían la dolorosa partida de la abuela. Sipho sentía algo más.

Al día siguiente, un gran número de personas partían en una larga fila hacia el cementerio. Los cantos acompañaban el triste sentimiento de todos. Introdujeron el cuerpo rodeado con la piel del toro en la fosa y cada uno fue echando una piedra, una rama o tierra mientras decía unas palabras de despedida. Themba le repitió en ndebele lo que le había dicho a su padre unos años antes:

–*Hamba kuhle, usikhonzele* (descansa en paz y recuérdanos).

Cuando Themba volvía con la comitiva hacia el *kraal*, vio como sus hijos corrían hacia él pidiendo ayuda. Sipho había perdido el conocimiento y se movía de forma extraña, hablando palabras incomprensibles. Con Themba, entró a

la choza de los pequeños, otro *nyanga* que había acudido al entierro. Sipho estaba en el suelo con los ojos cerrados y moviendo todos sus músculos de forma espasmódica. Su boca estaba tensa y por ella rezumaba una saliva espesa, pero hacía esfuerzos por articular una palabra:

–«*¡mum–bu—ri–we—dom——bo!*»

Themba nunca había oído aquella palabra. La expresión del *nyanga* se volvió tensa.

–¿Qué le ocurre a Sipho? ¿Qué dice?

Themba imploraba.

–Sipho estará bien. El espíritu de Masora está entrando en ella. Acaba de decir el nombre de una planta secreta que le llevará a los poderes de su abuela.

V

PATXI BUSCA SU CAMINO

Garai, País Vasco, octubre, 1968

Se acercaba el invierno de 1968. Los americanos seguían con su terror en Vietnam, simbolizado por la horrible matanza de campesinos en My Lai, y en su país fue asesinado Martin Luther King. En el otro lado del telón de acero, tropas soviéticas invadían Checolslovaquia y acallaban la «primavera de Praga». El nuevo Papa, Pablo VI, anunciaba la encíclica «Humana Vitae», donde condenaba el uso de anticonceptivos. Las reacciones de la Iglesia de Latinoamérica, como la protesta de «Iglesia Joven» en Chile durante la visita papal, sembraban semillas de la Teología de la Liberación. A pesar de todo, la Humanidad seguía avanzando. En San Francisco, Engerlbart desarrolla el sistema de «hipertexto», la base de lo que luego sería la comunicación por informática.

En el País Vasco, los años más duros de la posguerra habían pasado e incluso ya empezaban a enseñar el euskera en las escuelas. Pero ETA asesinaba a su primera victima, comenzando una época triste y negra. El abuelo Agustín había muerto la semana anterior de una neumonía doble. Su hijo menor Patxi había estado junto a él los últimos días y le había dado la extremaunción. Al entierro acudieron todos. Incluso Jon con su familia vino desde América. Llegó por sorpresa en un Seat seiscientos que alquiló en San Sebastián. Josu también había llegado un mes antes al saber de la gravedad de su padre. Vivía con Fátima y sus ya tres hijos en Madeira donde la mujer había montado una casa de comidas y él navegaba por los mares occidentales del África. En total ya eran dieciocho los nietos y cinco bisnietos los que el abuelo habría contado.

La hermana mayor, Flora, había quedado viuda al morir su marido de tuberculosis, pero su hijo mayor se había hecho cargo del caserío paterno en un cercano valle. Ángel se había casado y vivía con su mujer y los dos pequeños en el caserío donde ayudaba a su padre en todas las tareas. Juan Mari había estudiado derecho con la ayuda de su tío Jon desde América y vivía desde hacía cinco años

en un piso de Bilbao. Su padre Agustín le había retirado el saludo y llevaban cinco años sin verse hasta que vino al funeral montando una Vespa. Todos sabían que Juan Mari pertenecía a los polimilis de ETA y que sus viajes al sur de Francia no se debían a asuntos de trabajo. Su misma presencia en el caserío ponía en riesgo a toda la familia. Además, desde su romance con María; Flora y Agustín y sus respectivas familias no se hablaban. Beatriz tenía veintiuna primaveras y ayudaba en casa. Le rondaba el hijo mayor del sargento de la guardia civil, lo cual también era motivo de tensión familiar. Tuvo que fingir un enfado para que su novio no viniese al caserío durante el duelo y se corriese la noticia de la presencia de Juan Mari. Patxín se había convertido en un chicarrón fuerte y alegre. Era el mejor pelotari de la comarca y disfrutaba de su vida en el caserío aunque sabía muy bien que un día se tendría que ir y dejar a su hermano mayor Agustín seguir la tradición.

Después del funeral concelebrado por Don Armando y Patxi en la Iglesia del pueblo y el entierro en el camposanto, continuó la reunión en el caserío. A un limpio atardecer siguió una noche de luna nueva y cielo brillante y estrellado. Patxín había salido al porche y sentía rabia por ver a su padre y su hermano Juan Mari tan tensos. Con las manos en los bolsillos de su traje de los domingos y la mirada perdida detrás de los montes, sintió la fresca brisa de la noche en su rostro y pensó con dolor en el momento en que tendría que abandonar aquel valle que tanto amaba. Oyó unos pasos en el porche empedrado y sintió la mano de su tío Patxi en el hombro. Había entre los dos algo muy especial. Se encontraban muy bien juntos aunque sólo hablasen de pelota o de ciclismo, la otra pasión de Patxín. Sentía que necesitaba a su tío Patxi cerca en estos momentos en los que necesitaba tomar una decisión sobre su futuro, quizás la primera decisión importante de su vida.

–¿En qué piensas, Patxi ?

El era el único de la familia que ya no le llamaba con diminutivo.

–Sólo miraba a las estrellas, Aita.

–Son maravillosas, ¿no te parece ?

Patxín no respondió. Se quedó disfrutando de la sensación de paz en la noche y de un extraño sentimiento de seguridad que le daba la presencia de su tío y padrino.

–Las estrellas me recuerdan la inmensidad del universo, la grandiosidad de la Creación.

–¿Sabías, Patxi, que muchas de las estrellas que ves reflejan en nosotros ahora el brillo que tenían hace millones de años ? Nos recuerdan la inmensidad del tiempo, del Universo, de la creación, nuestra pequeñez y a la vez grandeza, al ser parte, seguro que única y esencial, de tan maravillosa Creación.

Patxín había oído algo así pero no lo llegaba a entender.

–¿También estudiaste cosas de las estrellas en el seminario, Aita?

–En el seminario me enseñaron a tener inquietud por todo lo que tiene que ver con la vida, Patxi. Pero, no hablemos de curas. Dime, ¿Qué planes tienes?

La pregunta le cayó como una losa. Flotaba en el ambiente. Patxín debía pensar en su futuro. Había terminado el bachillerato y llevaba tres años trabajando en el caserío. Era feliz trabajando con su padre y su hermano Agustín, reuniéndose con su «cuadrilla» de los caseríos cercanos, jugando a pelota los sábados, yendo hasta Tolosa cuando Tomás, el pretendiente de Beatriz le dejaba su bici, sintiendo la frescura del valle por las mañanas y los cambios de las estaciones. Pero sabía que esta forma de vida tocaba su fin y pronto se debería enfrentar a un futuro de responsabilidades que aún no veía claro. Apartaba de su mente la idea pues le producía ansiedad. Muchas noches se había repetido un extraño sueño en el que veía alejarse el caserío y a su familia en una gran barca con Josu al timón y él quedaba en una oscuridad y silencio que no podía soportar, intentaba gritar a su familia para que le esperasen pero no le salían las palabras, sentía atenazado todo su cuerpo y se despertaba entre sudores y palpitaciones.

–No lo sé, Aita. Soy feliz aquí.

–Tu padre me dijo que te gustaba la historia, pero no sabía si querías seguir estudiando.

–Aita, sabes que el tejado necesita un arreglo y eso va a costar mucho. Padre tendrá que pedir un préstamo. Beatriz quiere estudiar magisterio y quizás eso le aparte algo de Tomás, que ya sabes cómo le preocupa a padre. Además, de historia uno no vive, es carrera para hijos ricos de la ciudad.

–Y de mozas, ¿qué tal, bribón?

–Pues no se anda mal Aita. Las hay bien lindas en el valle, no será pecado decir eso ¿verdad?

–Si fuera pecado apreciar la belleza de la mujer, cambiaba de religión y de oficio. Pero alguna te parecerá algo más que «linda».

–Tú quieres tirarme de la lengua.

–Es broma Patxi, sólo me gusta hablar con mi sobrino y saber si necesitas un consejo.

–Aita, ¿tú eres feliz ?

–¿La verdad?

–Sí, la verdad.

–Con el corazón, Patxi. Soy muy feliz. A veces me preocupan ciertas cosas, como el mundo metido en guerras. ¿Has oído en la radio lo que está pasando en Vietnam, en Biafra ? No entiendo al hombre. Tampoco a veces me entiendo a mí mismo. Pero he aprendido a hablar con Dios y Él siempre me ayuda, me da paz,

me hace sentir algo muy grande, Patxi: la maravilla de la vida, de la naturaleza y la enorme felicidad que produce amar de verdad a los demás.

–¿Pero qué sientes? Déjalo, es una tontería.

–No me gustaría saber que mi sobrino no tiene confianza conmigo.

–Te quería preguntar si no te atraen las mujeres, Aita; y que Dios me perdone por hacerlo.

–Dios está contento de que no escondas tus sentimientos, Patxi. Y yo tampoco te los voy a ocultar. Las mujeres me gustan, claro. Y te aseguro que mantener el voto de castidad no es fácil. Más de una vez he pensado en romperlo, no se lo digas a nadie; es nuestro secreto ¿vale? Pero mi compromiso con Dios y transmitir su mensaje de amor a todos mis hermanos es más fuerte, mucho más. Y cuanto más se adentra en mí ese deseo, menos pienso en el deseo de una compañera o el de crear mi propia familia. Te aseguro que no he conocido un sólo hombre sabio en este mundo que no tenga dudas, que no tenga miedos, que no vea contradicciones en su vida. Cada uno elige un camino y no pienses que esa elección te hará feliz o infeliz. Tu actitud hacia la vida será lo más importante, no lo que te rodee. Pero no vine a soltarte un sermón, perdona. Cosas de curas.

Durante unos minutos se quedaron en silencio. Estaban sentados en la puerta del pajar. Aún sin luna, el brillo de las estrellas resaltaba mágicas sombras en el heno. Escuchaban los grillos y alguna lechuza. Había una leve brisa que hacía silbar al viejo castaño. El mundo era en verdad bello, pero para su Aita, la vida era apasionante como para pocos.

–Aita, ¿podría ir a ayudarte un tiempo en tu parroquia?

Dos meses después, el hijo menor de Agustín se despedía de su madre en el caserío. Llevaba una vieja bolsa de lona con la ropa y una de plástico con la comida del día: un buen bocadillo de queso del caserío con atún, su preferida. Milagros sentía algo especial por el pequeño y su mirada reflejaba el dolor de verle partir. Su instinto maternal le decía que algo iba a cambiar en la vida de Patxi. Su padre le acompañó hasta el cruce con la carretera comarcal, donde esperaría el autobús para Pamplona. Allí cogería otro hacia Bilbao y se bajaría en Durango. Desde Durango tenía diez kilómetros de camino hasta Garai, el pequeño pueblo vizcaíno donde su tío ejercía de párroco desde hacía siete años. Durante el camino, su padre le hizo prometer que no se pondría en contacto con Juan Mari. Al despedirse se dieron un fuerte abrazo. Le sorprendió ver cómo su padre se emocionó y se le escaparon unas lágrimas. Ni siquiera en la muerte del abuelo le había visto llorar. Sentía un enorme respeto por su padre y le dijo algo que sintió muy profundo y nunca olvidaría:

–Padre, haga lo que haga, siempre intentaré hacerle sentir orgulloso de su hijo menor.

Estaba llegando a Durango y se sintió embrujado por la belleza del señorial pueblo de Elorrio y su preciosa iglesia, pero sobre todo por la grandiosidad del monte del Anboto. Llegó a la plaza central de Durango donde su tío Patxi le dio la sorpresa y le estaba esperando. Fueron juntos hasta la iglesia de Sta. María bajo cuyos amplios porches había muchos labriegos con puestos de fruta y verduras. Aunque Patxi estaba bien abastecido de regalos de los caseríos de Garai, quería comprar más peras y miel; y prepararle a su sobrino su postre preferido: compota de peras.

Cogieron la ruta hacia Garai, subiendo por un empinado camino. Los prados eran más verdes que los de su valle navarro. En varios tramos del camino vio plantaciones de abetos, algo nuevo para él. Su tío le explicó que eran para la papelera y sintió lástima aunque no podía explicar porqué. Los caseríos tenían tejados más empinados y más bajos que los navarros que él conocía. La parte superior se limitaba a un granero y secadero de maíz, pero no destinada a vivienda como el de su familia. Casi todos tenían un porche en la entrada. Pero las empinadas huertas, las vacas, los carros de bueyes, las espigadas y robustas figuras de los labriegos, sus saludos a Patxi y los «Epa» al cruzarse: todo le hacía sentirse como en casa. Aunque precisamente todo este parecido le hacía recordar más la triste despedida de sus padres.

Llegaron al pequeño pueblo que consistía en la iglesia, la escuela, un frontón, un bar, el ayuntamiento, y cuatro o cinco casas. Enfrente del ayuntamiento había aparcados dos Seat seiscientos, uno pertenecía a los hermanos Zubiaude, dos pintores sordomudos que vivían en una de las casas; el otro era propiedad del alcalde. Al sur de la plaza había una pequeña explanada y varios bancos. Una sencilla baranda de madera protegía de la empinada pendiente y desde ella se veía una preciosa vista de montes, caseríos, bosques, prados, al fondo el monte Anboto y la cordillera que separaba Vizcaya de Alaba, a sus pies, la silueta de Durango con la torre de la iglesia de Sta. María. Algo perturbó la paz que empezaba a sentir rodeado de tanta belleza: clavado en un tronco había un cartel de la guardia civil en el que rezaba: «Se busca». Debajo había una foto de un joven y su nombre, seguido de «Peligroso terrorista perteneciente a ETA, autor de varios atentados contra la Unidad de la Patria». De repente se le vino la imagen de Juan Mari, la promesa a su padre, el pretendiente de su hermana, las guerras de las que le había hablado su tío, la muerte de su tío Ángel. Desde su valle navarro apenas había experimentado el lado violento del ser humano, sintió vergüenza por todo ello y quiso disculparse ante la bella naturaleza que asomaba en este grandioso rincón del mundo que empezaba a descubrir.

VI

LUCHANDO POR LA VIDA

Bombay, 1969

Era el 21 de julio de 1969, aunque Aimsa no sabía la fecha de los días que iba sobreviviendo. Estaba escondida, temblando, detrás de unas maletas y sacos apilados entre dos vagones del expreso que iba desde Bombay hacia Calcuta. Oía a unas personas decir que unos hombres de un lugar llamado America, habían llegado a la Luna, y pensó que cuántas mentiras eran capaces de inventar las personas. En medio de tanta pobreza, de basurero en basurero, y ahora angustiada por temer quedarse sola en el mundo, aquella idea le parecía imposible, casi cruel. No sabía que su propio gobierno ensayaba la bomba atómica en algún lugar de Siberia, mientras tres cuartas partes de su población carecían del alimento, agua y vivienda básicas para sobrevivir.

Recordaba cómo su madre, Kalindi Kamble, le contaba historias de su vida en una pequeña aldea al norte de Bombay. Cuando su madre le hablaba de aquel tiempo, se le encendía la mirada y se iluminaba su rostro y su sonrisa de la vida, que normalmente parecía ausente en ella. Se dedicó siempre a ayudar en su casa y en los campos. Su madre y ella pertenecían a la *jati* (casta) de los intocables. Por el sistema milenario de castas, Kalindi y Aimsa, y toda su familia, siempre serían considerados seres inferiores. Primero eran los sacerdotes –*brahmanes*–, luego los guerreros – *kshatriyas*, los agricultores y comerciantes –*vaisyas*– y los obreros– *sudras*– y, por último, ellas y su familia, los intocables –*harijans*–. Eran el último eslabón en la escala social. Su designio como *harijans*, les imponía con quien podían casarse, que profesión tener, que destino esperar en esta vida. Les quedaba la esperanza del *samsara* – la reencarnación–, a través de su karma y sus acciones en la vida. Pero sólo si habían cumplido su función limitada a su casta en la vida. Su madre tenía siete años, como Aimsa ahora, escondida y temerosa, cuando un pequeño y delgado abogado formado en Inglaterra llamado Gandhi, luchó contra el sistema de castas, en especial para abolir la designación de intocables, destinados a una vida peor que

la de los esclavos. Kalindi le contaba la historia a Aimsa de aquel pequeño hombre que con palabras suaves e inteligentes, con amor inasequible al rencor y con el uso de la no-violencia (Aimsa), revolucionó a seiscientos millones de indios, los independizó del mayor imperio de la historia y les hizo sentir su dignidad en libertad y paz. Cuando Kalindi comenzó a ilusionarse con un futuro diferente, Gandhi fue asesinado y el país cayó en luchas fratricidas. Los odios fijaron aún más el sistema de castas. A pesar de vivir en lo más inferior de la sociedad, de limpiar las suciedades y trabajar las tierras que nadie quería, Kalindi era, a su manera, una niña feliz. En aquella aldea rodeada de arrozales en el sur de la India, podía correr con otros niños de su casta, chapotear en el rio, subir a los gigantes laureles, perderse en aventuras en el bosque, ver las estrellas.

Era la tercera hija de una familia de tres hermanos. Los dos mayores eran varones y podían buscar su futuro. Kalindi– hija del sol–, por ser niña, debía ser desposada con gran esfuerzo para los padres pues debían pagar una dote elevada a quien se casara con ella. Sus padres habían envejecido muy pronto y apenas sentían fuerzas más allá de conseguir, a duras penas, el arroz para cada día. Kalindi apenas recordaba una caricia, ni siquiera una mirada tierna de sus padres. Eran hindúes, de la religión de los *vaishnavas*, creyentes del ser supremo eterno: el Brahmán (Dios) Visnú. Kalindi creció escuchando las historias de su madre de cómo detrás del universo visible *(Mâyâ)*, había otra existencia eterna y sin cambios. Su madre vivía obsesionada con salir de aquel destino indigno de *harijans*, para reencarnarse en otras vidas, o incluso salir de aquel infierno de *samsaras* –reencarnaciones– y diluirse en el universo espiritual, transcendiendo tiempo, espacio y materia, todo ello ligado a un profundo sufrimiento en la vida según la veía la madre de Kalindi. El padre de Kalindi, había emigrado hacía tiempo a Bombay, y venía unas cuantas veces al año con algunas rupias y muchas historias de su esforzada vida en Bombay. Con el tiempo fue viniendo menos, y poco después, dejó de venir.

Poco después de morir Gandhi, su madre murió de unas toses intratables, por las que fue expectorando sangre hasta extinguirse. En el fondo, soñaba con la reencarnación y otra vida diferente. Su hermano mayor se había casado ya con una mujer de la casta *vaisíyas*, desafiando el designio de las castas y los dioses. Kalindi se fue a vivir con la nueva familia de su hermano. Siempre notó que la mujer de su hermano la trataba con desprecio. En el fondo, mientras se vio obligada a casarse con su hermano por un embarazo inesperado, detestaba la idea de una casta inferior en su casa. Mientras el hermano de Kalindi había sido asimilado en maneras, costumbres, ropa y trabajo –en los arrozales– como *vaisiya*, ella era claramente una intocable, sucia, harapienta, sin modales y sin sofisticación alguna. Trabajaba como una esclava en aquella casa.

A la edad de 15 años, un grupo de jóvenes *vaisiyas* la persiguió una noche cuando volvía de traer agua del pozo. Ella corrió por entre los arrozales todo lo rápido que pudo. Cuando pensó que estaba a salvo, uno de ellos se le abalanzó

por detrás. Kalindi, malnutrida y temerosa de contacto alguno con otras castas, notó toda la fuerza sobre su frágil cuerpo y sintió el contacto violento hacia sus entrañas, horrible, doloroso, como si un palo le atravesara el cuerpo. Bendijo su vida de intocable sin contacto alguno con ese horror. Intentó resistirse y gritar pero un golpe seco en la cabeza la dejó inconsciente.

Volvió a la casa de su hermano esa noche sangrando entre sus débiles y temblorosas piernas, el cuerpo lleno de hematomas, los ya harapientos vestidos hechos trizas. Su hermano estaba viajando. Él ya era distante con ella, pero Kalindi esperaba algo de compasión de alguien. Su otro hermano hacía tiempo que había huido de aquel mundo. Fue a decirle lo ocurrido a la mujer de su hermano y ella le acusó de haber provocado a esos chicos con sus vestidos poco modestos. Le dijo que su presencia en aquella casa era una deshonra. Kalindi se acurrucó en un rincón del patio trasero toda la noche. Miraba las estrellas y pensaba en el mundo de la espiritualidad del que le hablaba su madre, donde quizás estuviera. Pero ella tenía ilusión por vivir, por reír, por ver los amaneceres y los atardeceres. Sabía la inmensa luz que transmiten las personas al sonreír con limpia generosidad. A pesar de todo, seguía confiando en la vida.

Cogió algo de comida en una bolsa de lona. Huyó de aquel infierno de odio. Anduvo durante cinco días por arrozales, caminos y selva. Estaba acostumbrada a comer sobras de las casas, pues dar limosnas a los intocables ensalzaba el Karma de otras castas. Llegó a Bombay sin saber a qué, ni para qué. Pero en aquel mar anónimo, podría huir del odio. Aunque fuera ahogada en indiferencia. Siempre con la esperanza del amor. Esa tenue luz que le recordaba a la inmensidad espiritual donde estaría su madre. Se dedicó durante unos meses a pedir limosna y a limpiar las acequias que rodeaban a una fábrica, por unas pocas rupias que apenas le daban para un poco de arroz, verduras y curry. Vivía en una pequeña estera de una acera de Dharivi, un atestado suburbio de Bombay. Cuando dio a luz, sola en su estera, se acercó una mujer a ayudarla. Era la única compasión que había sentido desde que muriese su madre.

Así nació una niña *harijan* –intocable. Durante una noche de diciembre de 1962 en una humilde acera de Dharivi. Su destino no sólo estaba maldito por su casta, sino por la condición de madre soltera de su madre. Kalindi, a pesar del dolor y rechazo que había sufrido siempre, llamó «Aimsa« a su hija, en honor a Gandhi y su lucha por la no-violencia.

La mujer que le ayudó en el parto conocía a las mafias que controlaban los basureros de Bombay y le ayudó a que fuera aceptada para trabajar en uno cercano a Dharivi. Kalindi pasó los siguientes años trabajando en un gigante basurero con su pequeña Aimsa a la espalda. Cuando Aimsa fue creciendo, ella empezó también, con tan sólo cuatro años, a recoger basura. En aquellos inmensos montones de desperdicios, ella podía escarbar y meterse en rincones para encontrar

los tesoros de ese mundo: ropa, botellas de plástico, cartón. Una vez encontró un libro con dibujos de dioses, que guardaba como un tesoro.

Cuando Aimsa tenía siete años, su madre empezó a toser. Kalindi sabía que era lo mismo que se llevó a su madre a otro mundo. En aquel libro de dibujos de dioses hindúes, su único tesoro, su madre sintió una llamada, de ir a lavarse al Ganges y encontrar una vida de luz para cuidar de su pequeña Aimsa. Kalindi no podía entender la complicada historia del castigo a Sagara y la lluvia de Ganga sobre los cabellos de Shiva y como el rio lavó las cenizas atormentadas hasta el mar. Pero algo le llamaba muy fuerte a la débil Kalindi a ir hacia aquellas aguas purificadoras.

Estaban a más de dos mil kilómetros y unas trescientas paradas de tren. Unas tres semanas de viaje. Sólo podían ir en el techo, hacinados con muchas otras personas, bultos, animales. Habían ahorrado recogiendo basura para aquel viaje anhelado por Kalindi, segura de que así le ofrecería a su hija una vida nueva de luz.

Cuando llevaban dos semanas de viaje, unos hombres en plena noche, intentaron abusar de Kalindi, quien se defendió con fuerza. En el forcejeo, Kalindi cayó a la vía en medio de campos de arroz. Aimsa dormía en otro rincón del techo, y no supo que pasó. Cuando se despertó, buscó a su madre por todo el tren. Recorrió angustiada cada vagón, cada tejado, debajo de los asientos, entre los amontonados equipajes. Con lágrimas en sus ojos repetía. ¿*Mâm,* mâm, Âpa kahâm *hai*? (¿Madre, madre, donde estás?). Dejó de comer y de beber. Se acurrucó entre unos bultos durante dos días. Pensaba en su madre y recordaba las historias de su vida. Su mirada profunda, sus caricias, las únicas que esperaba tener en esa existencia. ¿Qué le esperaba ahora? ¿A dónde iría?

A los dos días, queriendo morir con tan sólo siete años en aquel rincón entre bultos, tuvo un sueño.Vio a su madre liberarse bañada en las aguas del Ganges y diluirse en la belleza de las estrellas. Oyó que le decía: *Jñâna kî úôdha. Jñâna kç li'ç. Khuúî pâ.* (Busca la sabiduría, busca la sabiduría. Encontraras la felicidad.)

Llegó así Aimsa, con apenas siete años a la estación de Calcuta, sola, con su libro de dibujos de los dioses y con el eco del sueño de su madre como única guía en la vida.

VII

EL MIRADOR DE NOLWASI

Matabeleland, diciembre, 1970

Era febrero de 1970 y la minoría blanca de Rhodesia del Sur, se independizó del Reino Unido y proclamó una constitución racista.

Sipho llevaba tres días inconsciente. Su padre, Themba, no se separaba de su lado. Las palabras del *nyanga* amigo de su difunta madre, Masora, no conseguían aliviarle. No podía entender cómo aquel trance, su hija ausente del mundo, sin apenas beber y sólo cuando la forzaban, y con los ojos en blanco. era considerado un privilegio, un regalo de los espíritus, la herencia de un saber ancestral que se infiltraba en el frágil cuerpo de su hija. Se resistía a darle aquella planta que murmuraba constantemente en su extraño sueño y que el anciano *nyanga* no dejaba de traer del bosque. Aunque el *nyanga* decía que debían dársela en infusiones y ungüentos por la cabeza y las manos, Themba se resistía a hacerlo. Empezó a asociar aquellos mensajes mágicos con dolor y tinieblas, con aquella águila negra que vio sobrevolar y que parecía descender para llevarse a su pequeña hija a un mundo desconocido de dolor y oscuridad. Si no hubiera sido por el respeto que tenía a su difunta madre, le hubiera echado a aquel *nyanga* del pueblo.

A las cinco noches de la muerte de Masora y del trance en el que se habia hundido Sipho, Themba tuvo un sueño. Era tan real que aún sabiendo que estaba soñando, entendía todo lo que estaba ocurriendo, sabía que era tan verdadero o más como el otro mundo que le esperaba al despertarse. En algún momento el sueño parecía desvanecerse y él se agarraba dormido a su propio ropaje con fuerza para no volver a la realidad. Necesitaba entender. Estaba atardeciendo. El águila negra había descendido, se había posado en la choza de su madre, Masora, unos días antes de su muerte. El estaba sentado en una roca cercana, desde donde podía ver una parte del interior de la choza. El águila le miraba fijamente, aunque sentía que era parte esencial de lo que ocurría en el interior. Vio a su madre, Masora, hablar gesticulando. Estaba sentada sobre sus rodillas, y gesticulaba con sus brazos.

En su semblante y en sus ademanes pudo sentir paz, seguridad, sabiduría. Themba no podía oír la conversación, ni ver con quien estaba hablando su madre. Sigilosamente cambio a otra roca cercana desde donde podía ver por una rendija del barro de la choza, otra parte del interior. El águila no dejaba de observarle, aunque parecía, a pesar de su desafiante mirada, consentirle su presencia y su furtiva escucha. Cuando vio a quien hablaba su madre, su corazón vio un vuelco. Era su difunto padre, Mandhla. Sólo le vio por detrás, pero estaba seguro de ello. Su fuerte espalda, su actitud serena pero firme. No pudo reprimir la curiosidad, la necesidad de sentir a sus padres, ya en otro mundo, y se acercó con cuidado hasta la pared, apoyando su oreja sobre ella, para sentir la conversación. Desde esa posición, veía la sombra del águila, inmóvil, vigilante. Así, concentrando todos sus sentidos en las palabras que salían de la choza donde reencontraba a las personas que le habían dado la vida, empezó a escuchar la conversación.

–Mandhla, tienes que entender. Debo irme a tu lado, ya puedo dejar mi espíritu *nyanga* en Sipho, ella está destinada a cuidar de nuestro pueblo.

–Masora, mi querida esposa, te deseo a mi lado cada día, y vengo cada noche a abrazarme en tus sueños. Pero debes esperar a que Sipho crezca, a que le transmitas tus saberes, a que la acepten los *nyangas* de Matabeleland.

–Lo he pensado mil veces Mandhla, pero mírame. Estoy casi ciega, siento que mi corazón necesita tu calor, las estrellas ya no brillan para mí. Cada una es una lagrima, y el viento me pide ir dejando esta vida con la suavidad del anochecer. Sipho sentirá por mi espíritu el saber de los males de nuestro pueblo, las plantas para curarles, los consejos para traerles paz. Pero siento algo aún más fuerte en Sipho. Es tan fuerte que mi espíritu clama por entrar en su ser y por liberarme de esta vida. Cada vez que lo pienso, siento tu abrazo.

–Sé bien lo que dices, Masora. Aquí entre los espíritus de la otra vida, ya hemos hablado de ello. Sipho no es sólo una *nyanga*. Sipho salvará a nuestro pueblo de algo terrible que está llegando al mundo de los vivos.

–Necesitaba oírlo de ti, Mandhla. Sipho tiene los designios de una *sangoma*. Ocurre muy pocas veces y menos a esta edad, menos siendo niña y aún menos teniendo en su destino el poder de *nyanga*.

–Lo sé Masora. Pero me da miedo la responsabilidad que le inundará a nuestra pequeña nieta. Siento ya el temor que invadirá a Themba. Y me inquieta el entender por qué los amakosi le dirigen tanto poder a nuestra pequeña Sipho. Intentaba retrasar este momento, Masora, a pesar de amarte tanto.

–Todo está en manos de *Mkhulunkhulu*.

En ese momento el águila descendió al suelo, y se quedo a dos metros de Themba, mirándole fijamente, como diciendo «escucha ahora, este momento es el más trascendente de tu vida».

Se acercó a una pequeña grieta, sin dejar de sentir cada detalle de aquellos increíbles seres de su vida. Sentía la respiración de cada uno de ellos, el olor, hasta el calor de su aliento. Sentía de una forma extraña e incluso dentro de lo mágico del sueño, que el corazón de su padre palpitaba con fuerza.

–Estaba tan preocupado, Masora, que fui a buscar a *Mkhulunkhulu*. Le fui a buscar al final del mundo, en un viaje sin tiempo.

En ese momento Themba dudó de todo. *Mkhulunkhulu*, el abuelo de todos los abuelos, el espíritu que unía a todos los espíritus en la fuerza de la vida, junto a sus difuntos padres, el águila… Sentía que el sueño le estaba llevando tan lejos que quizás no podría regresar. Pero también sentía con toda claridad que aquel sueño era aún más real que la vida que le esperaba al despertarse. Necesitaba escuchar, entender.

Por la rendija vio como su madre miraba a su padre con una mezcla de terror y de admiración, sin atreverse a decir palabra, con su mirada fija y todos sus sentidos abiertos para escuchar la experiencia que nadie nunca había podido contar.

–No puedo explicar, ni si pudiera debiera, como *Le* sentí. Es una luz distinta a todo, que irradia un calor diferente al del sol. Sentí su pensamiento oyendo simplemente un viento que nubló con la arena del Kalahari aquella luz mágica en intervalos que repetían algo que comprendí sin saber cómo. Me pedía que mi espíritu volviese con Sipho y se uniese al suyo en la sabiduría más profunda que nuestro pueblo necesitaría para salvarse de un abismo al que se enfrentaba. Para esa unión, Sipho debería mantenerse en el limbo entre los vivos y los espíritus, durante siete días y siete noches, tomado unas hierbas que le inspirarán a su saber.

–Mandhla, mi espíritu *nyanga* puede quedar con los vivos y permitirme liberarme del cuerpo. Pero tu, ¿como podrás volver? He pasado todos estos largos años esperando unirme a ti y cuando ya llego a tu lado, ¿vuelves a este mundo que debo dejar?

–Viviré con tu espíritu de *nyanga* en Sipho y nos comunicaremos contigo para unir la fuerza de los espíritus al saber de la madre Tierra.

Masora lloraba serenamente y miraba fijamente a Mandhla. Entonces alargó su mano y le acarició su cara. Mandhla también lloraba.

Aquellas lágrimas se contagiaron a los ojos de Themba. Sintió como su visión se nublaba, como se desvanecían las figuras de su padres, como se esfumaban las palabras, y como se despertaba con un recuerdo vago de lo que había soñado, pero convencido de haber estado en un mundo mucho más real que al que volvía.

Sin entender muy bien por qué, al levantarse fue a ayudar al viejo *nyanga* a recoger la mágica hierba, a prepararla, a darle los ungüentos a su querida hija.

Ella, desde su trance, le sonreía y le agarraba fuerte con su mano. Desde aquel día, Themba llamaría a su hija, NoLwasi, la madre del saber.

NoLwasi despertó de aquella semana entre mundos. Fue dejando su infancia y entrando en una adolescencia algo solitaria, aunque nada ermitaña y aún menos huraña. Era amable con todos, participaba de las músicas, los cantos zulú, los bailes, las ceremonias, las aventuras con sus amigas y amigos en las áridas sabanas del Kalahari, o en ir a cazar impalas con su padre. Pero al llegar los atardeceres, sin decir nada a nadie, se iba hasta unas rocas a unos kilómetros por el cauce seco del Sansukwi. Allí, entre unas melaleucas , miraba la puesta del sol con una veneración profunda. Como ausente del mundo. Su padre Themba, intrigado, le había seguido alguna vez sin que ella se diese cuenta, y vio en su mirada y en la leve sonrisa que iluminaba su rostro, la misma expresión que en su semana de trance. Veía en ella más claramente que nunca a sus padres y algo en él se llenaba de paz.

Cuando el sol se ponía, Sipho, ahora NoLwasi para todos, quemaba frotando sílex, unas maderas y meditaba absorta en la luz del fuego. Después, con las tiznas de madera quemada, escribía en la corteza de las melaleucas códigos que no podía entender. Eran dibujos en torno siempre a un centro que asemejaba la forma de su mirador sobre el atardecer, sobre el mundo.

Pasaron los años y NoLwasi se convirtió en una preciosa mujer, mágica mezcla de la nobleza ndebele heredada de su abuelo Mandla, de la sabiduría serena de su abuela Masora, de la ternura de su madre Thembinkopsi y de la valentía de su padre Themba. NoLwasi tenía la piel brillante del ébano. Su andar y correr por las sabanas reflejaba la agilidad de las gacelas a quienes empezó a venerar y a rechazar cazarlas con su padre o comer su carne en las celebraciones. La expresión de sus ojos negros era profunda, no apartaba nerviosamente la mirada, como la mayoría de las personas. La expresión de su mirada, en si misma, denotaba una inmensa serenidad y transmitía una profunda paz. Su nariz era recta y suave, diferente a las achatadas kalanga, más próximas a los shona y bantú. Su boca era fina y casi siempre con una línea suave, como el horizonte del Kalahari. Una sútil expresión en sus extremos transmitía sus sentimientos, como los clics ndebele cuando los demás hablaban. Los aprendió de su padre, transmitidos por su abuelo. Le permitían estar en las conversaciones y expresar cuando así lo sentía, sus sentimientos. Pero sin apenas hablar. Eso era algo que diferenciaba a NoLwasi del resto. Apenas hablaba. Escuchaba con atención y hasta se diría que con ternura. Sobre todo escuchaba a la naturaleza, a los sonidos del viento, a los de los animales, a las sensaciones imperceptibles para los demás, del atardecer, de las estrellas y de los olores que traía el viento.

NoLwasi no se interesó en su adolescencia por las carantoñas furtivas entre chicos y chicas en rincones del cauce seco. Sí que participaba, más tímida con el paso del tiempo, de los bailes, y de tocar los tambores en las celebraciones. Pero

lo hacía de una manera muy especial. Su sentir era tan profundo al expresar los sonidos, al mover su cuerpo, que al hacerlo, el resto del pueblo se quedaba como hipnotizado, escuchándola su ritmo mágico con los tambores y, observándola absortos en sus bailes que parecían expresar el saber y el sentir de cientos de generaciones.

Cuando tenía veinte años, casi todas las amigas de su edad en el pueblo y los alrededores estaban ya casadas por el rito kalanga. Muchos de sus maridos emigraban a Soweto, a unos quinientos kilómetros al Sur, en Sudafrica, «Egoli». La llamaban así por las minas de oro a donde iban los jóvenes de todo el Sur de Africa, en busca de un futuro que sus áridas tierras, a las que les habían marginado los «boers» racistas de Rhodes y sus sucesores, ahora liderados por Ian Smith, parecían negarles. NoLwasi sentía miedo al ver a sus amigas casadas con sombras de hombres que desaparecían hacia aquellas tierras lejanas, embrujados por el oro y el dinero. En todos los pueblos de Matabeleland empezaron a surgir casas diferentes a las chozas ndebele. El adobe vio paso a los bloques de hormigón y la paja de los techos, a placas de zinc. Dentro de aquellas casas,construídas con el dinero de los emigrantes a Soweto, se exhibían, como obras de arte, páginas de anuncios de periódicos de Sudáfrica que mostraban aparatos eléctricos, biberones, botellas de refrescos, mujeres con pelos alisados como las Boers, o incluso coches brillantes con gente sonriente en su interior vestidos como los «*baas*», los dueños de las fincas de las tierras fértiles de las que les habían echado o en las que trabajaban como esclavos.

NoLwasi sentía que algo terrible empezaba a ocurrir en su pueblo, en su gente, en su tierra, como una nube que oscurecía todo. Mientras tanto, cada vez sentía con más fuerza la llamada del atardecer, del fuego, y de escribir diagramas que no podía entender, y guardarlos entre las rocas de su mirador sagrado.

VIII

LOS SUEÑOS DE LOS TIGRES BLANCOS

CALCUTA, 1973

Aimsa esperaba sentada en una estera en un ashram en postura de meditación. Cerrados sus ojos y en profunda paz, pensaba en la magia de la vida que le había llevado hasta un ashram de Rishikesh al borde del Himalaya, en el norte de la India.

Siete años antes había llegado a la estación Sealdah de Calcuta. Con tan sólo siete años había perdido a su madre en el largo viaje desde Bombay, se enfrentaba sola a un mundo desconocido y hostil. Tan sólo contaba con la experiencia de recoger basura en los vertederos, las imágenes de algunos dioses hindúes y el recuerdo de su madre, Kalindi, ahora diluida en la luz de las estrellas. De ello no tenía ninguna duda.

Al llegar a aquella inmensa ciudad, estuvo vagando durante tres días sus calles, mendigando a los transeúntes y conductores para poder comer algo de arroz, y buscando donde dormir, en las atestadas aceras. En la tercera noche, se le acercó una niña, algunos años mayor que ella. Inaya llevaba tres años viviendo en las calles desde que su madre muriera de una fiebres. Vivía con un grupo de niños en Rambagan, el gran suburbio de las afueras de Calcuta donde se hacinaba más de un millón de personas sobreviviendo entre chavolas, acequias malolientes, caminos embarrados y ríos de gente buscando lo mínimo para sobrevivir un día más.

Eran ocho niños y niñas de edades entre los seis y los quince años. Vivian bajo una lona en un rincón entre dos caminos de Rambagan. Como ellos, había miles de niños sobreviviendo, o lentamente muriendo, en los atestados callejones de aquel suburbio. A veces el grupo tenía que defenderse de ladrones, borrachos y de otros grupos de niños que venían a robarles comida o sus pocas posesiones. Algunos afortunados eran «rescatados» con unos hombres con gafas oscuras que venían por Rambagan y les ofrecían ir a una escuela donde estudiarían y llegarían a ser ricos.

El jefe del grupo era un chico de unos catorce años. Se llamaba Anil (aire). Era alto, muy delgado, tenía una marca de una herida mal curada en la mejilla y

siempre llevaba una cadena plateada en el cuello. Inaya le presento a Aimsa, diciéndole que era nueva en Rambagan. Era tarde por la noche y el grupo estaba bajo la tienda. Anil la miro con recelo:

–¿De dónde vienes?

–Vengo de Bombay. Iba con mi madre a purificarnos en el Ganges, y desapareció en el tren.

–Tu madre te abandonó.

–No. Tenía que irse a las estrellas y desde allí alumbrarme un camino en la vida.

–¿Y te alumbró para venir aquí?

–Ahora sí.

–Y qué quieres hacer en la vida.

–Quiero luchar para que el mundo sea mejor y desaparezca tanto sufrimiento.

Todos los niños se rieron de ella. Pero al poco tiempo, Anil la miro fijamente. Aimsa no pestañeaba ante lo que acababa de decir. Anil sintió una fuerza en su mirada que le hizo estremecer. No entendía por qué.

–¿Y cómo vas a hacer eso?

–Mi madre, desde su luz en las estrellas, me guiará.

–Aimsa, aquí somos muchos ya, casi no tenemos sitio para dormir nosotros. Si quieres quedarte con nosotros, tendrás que conseguir una tela o plástico duro para ampliar la tienda, y darnos una rupia cada semana para tu protección.

–Lo haré.

El grupo lo formaban cinco chicos y tres chicas, ahora cuatro, con Aimsa. Cada uno tenía historias confusas sobre como acabaron en la calle. Tres habían llegado allí por la muerte de sus madres solteras, dos huyendo tras palizas en la casa, dos se habían perdido en los caminos mientras sus familias emigraban del campo a la ciudad y una niña de tan sólo siete años era sordomuda y nadie sabía como había llegado allí.

Anil trabajaba separando piedras de la arena en las obras. Algunos compraban incienso y lo vendían entre el trafico, otros limpiaban el suelo en cualquier lugar donde les daban alguna rupia o algo de arroz, o buscaban entre la basura algunos objetos que luego vender por las casas o entregar para reciclar a una empresa de cartones a las afueras de Rambagan.

No todo era tristeza y dura supervivencia. El grupo tenía sus códigos de honor en respetar a Anil, en protegerse entre ellos y su pequeño rincón, en ir a bañarse a las sucias acequias, o incluso en cantar y bailar juntos alguna canción que escuchaban en las radios de las casas. Se llamaban a si mismos los tigres blancos. Desde una casa cercana, un hombre ya mayor había conectado al alumbrado de la calle un televisor y un video, y se juntaban cientos de personas a ver los sábados

películas de Bollywood. Todos soñaban con convertirse en cantantes, actores y actrices famosas, ganar mucho dinero y comprarse grandes mansiones. En una de las películas más famosas, *El tren*, un policía investigaba misterios de crímenes en un tren, y Aimsa pensaba en su madre y dudaba a veces de su viaje a las estrellas.

Aimsa buscó como sobrevivir buscando trozos de cartón y papel en las basuras y cargándolos hasta un almacén de reciclaje a unos cinco kilómetros. Con ello podía pagar la rupia semanal a Anil y vivir tranquila en aquella pequeña tienda con los tigres blancos.

Inaya se fue dedicando a entregar su cuerpo a hombres que venían a buscarla cada vez con más frecuencia, hasta que un día desapreció y nunca más supieron de ella. Un día vinieron dos hombres con gafas oscuras y se llevaron a dos de los niños, según decían, para estudiar y ser actores famosos en Bollywood. Tampoco volvieron a saber nada de ellos. Otro de los niños, que andaba con dificultad por una parálisis en una pierna por la polio, fue atropellado por un coche que no paro. Los niños llevaron su cuerpo a un lugar cercano al gran vertedero de Rambagan donde le incineraron. Ese día Aimsa hablo de los dioses y la reencarnación, de la energía que todo lo envuelve y transforma el dolor en luz. Todos empezaron a sentir un profundo respeto por ella. Se iban unos y venían otros. Aimsa acogía a todos con mucho cariño. Les tranquilizaba en sus pesadillas de las noches y les contaba la historia de su madre:

«Mi madre era una diosa, hija de Vishnu. Era muy bella. Sus ojos brillaban como las estrellas. Cuando sonreían parecían abrazarte con su brillo y llenarte de calor. Su pelo era suave y largo. Ondulaba con el viento como las alas de los pájaros. Su boca era fina y cuando sonreía todas las penas se esfumaban; Mi madre vestía saris de seda y al andar parecía flotar sobre el aire. Sus manos se movían con la delicadeza de las mariposas. Sus caricias, unidas a sus miradas y a la brisa de su sonrisa, reflejaban la belleza de los dioses y la inmensidad de lo que nunca acaba. Ella se fue con la belleza de las estrellas. Desde allí me alumbra mi caminar en la vida. Poco a poco me irá diciendo como aliviar el sufrimiento en el mundo».

Un día, Aimsa, estaba contando esta historia mientras imaginaba las relaciones de su madre con los dioses de su único tesoro: el libro de imágenes de los dioses que encontraron en el vertedero de Bombay. Observó que un hombre se había sentado a escuchar como contaba su historia a los pequeños. Todos reaccionaron con miedo, pero Aimsa notó algo en su mirada diferente a las actitudes de los que se llevaron a los otros niños o los que fueron engatusando a Inaya para llevarla al mundo de la prostitución.

Aimsa se levantó y le hizo el saludo de respeto hindú. El hombre le pidió que siguiera contando sus historias. Siguió viniendo tres noches a escuchar sus cuentos a los niños pequeños.

Aimsa ya tenía 14 años y llevaba siete sobreviviendo en Rambagan. Había visto la muerte, el hambre, la unión, el amor, la violencia, los miedos. Y sobre

todo, había visto cientos de noches a su madre en las estrellas. Sabía que le guiaría hacia la luz. Sabía que ella estaba destinada a aliviar el sufrimiento en el mundo.

A la tercera noche, aquel hombre le dijo a Aimsa que quería hablar con ella. Era un hombre mayor, tenía una larga barba blanca y una coleta recogía su melena. Vestía una tunica blanca y miraba con profundidad y ternura. Algo hizo que Aimsa sintiera mucha confianza en él. Aunque había visto a brahmanes en los templos, era la primera vez que veía a un maestro espiritual, un gurú hindú.

–Buenas noches, Aimsa, Me llamo Sri.

–Buenas noches, señor Sri.

–Aimsa, he estado escuchando tus historias estas noches. Son muy hermosas. Yo también sé que tu madre está en las estrellas y te alumbra con su belleza y sabiduría.

–Gracias.

Era la primera vez, desde que alcanzaba a recordar su vida, que un adulto que no fuera su madre le hablaba con respeto, incluso con ternura. Sintió un gran calor invadir su corazón.

–¿Dices que estás destinada a aliviar el sufrimiento en el mundo?

–Todos lo estamos. Yo lo sé.

El gurú Sri, se sintió fascinado por la fuerza del espíritu de Aimsa.

Sri era un gurú hindú del norte de la India. Llevaba veinte años dedicado al pensamiento espiritual y a la meditación en el *ashram* al borde del Ganges, cerca de *Rishikesh*, en el estado de *Uttarakhand*, cerca del Himalaya, en el camino a la ciudad sagrada de *Haridwar*. Sri le dijo a Aimsa que él era un *sannayasi*, dedicado a la meditación y que había estado en muchos *ashrams*. Con el tiempo Aimsa supo que había convivido un tiempo con el mahatma Gandhi, del que tanto le habló su madre, en Sabarmati. Sri le explicó a Aimsa la vida en el Ashram, la dedicación a la meditación y como allí recibían a personas de todo el mundo buscando la verdad (Satia). Pasados unos días, Sri le dijo que debería retirarse a meditar.

Unos días después, Aimsa ya pensaba que aquel hombre había sido un sueño en su vida y habría ido a las estrellas, con su madre. Pero volvió y le dijo que si quería ir con él al Ashram. Dijo que en su meditación había sentido como ella estaba destinada a irradiar una luz bella y sanadora en el mundo.

Se despidió de los tigres blancos. Anil ya llevaba un rickshaw por las calles de Calcuta y otro de los chicos de aquel grupo de valientes dirigía la pequeña tienda. Aimsa les quería con todo su alma y se despidió diciéndoles que nunca les olvidaría. Les dijo que pensaran que cada un de ellos eran lo más bello del universo y las estrellas les miraban a sus ojos con la misma fascinación que ellos a ellas.

Fue así como Aimsa llegó a aquel ashram donde ahora estaba pensando en cómo su vida le había llevado hasta aquel este rincón de paz y sabiduría espiritual al borde del Himalaya, y donde buscaba, bajo la luz de las estrellas, su camino.

IX

. LA MAR LLAMA A JONAY AL MUNDO

Gomera, septiembre, 1975

Jonay sentía algo estremecerse en su corazón. Estaba sentado en serena soledad sobre su roca preferida, casi secreta, en la playa de la cueva de San Sebastián. La mar estaba brava. Arremetían las olas contra la roca volcánica y salpicaban su bravura suicida en torno a él. Pero el sol brillaba. La mar solía despertar su bravura con los cielos cubiertos por la «panza de burra», o por los anticiclones y vientos de las Azores. Pero en este amanecer, el sol brillaba campante en un cielo azul intenso. En extraña alianza con la furia del mar, los primeros e intensos rayos del sol parecían también arremeter con fiereza sobre las sombras de lava. Jonay se sentía hipnotizado por tanta fuerza. En el espejo del mar arrugado por su agitación, el sol dibujaba miles de caprichosas figuras de fuego y nieve. Jonay imaginaba en una de ellas acercarse con sigilo a la princesa guanche Gara desde la isla del teide, quien según la leyenda se escondió en el estómago de un buey para atravesar el brazo de mar que le separaba de la isla de su amante prohibido. Jonay sentía que algo inexplicable le hablaba desde aquellas sombras. Algo fuerte y puro, bendecido por aquella naturaleza limpia y brava.

Era el otoño de 1975. Estados Unidos habia firmado la paz con Vietnam pero apoyaba a dictaduras sanguinarias en Latinoamerica. Allen y Gates fundaron Microsoft mientras en España Franco había ingresado grave en un hospital de Madrid, cedido los poderes al principe Juan Carlos y todo el país, incluídas estas rocas volcánicas nacidas del océano a más de dos mil kilómetros, estaba pendiente del ritmo cardiaco agonizante de un viejo dictador. Jonay era un adolescente soñador y sentía un afecto inmenso por la isla que vio nacer y mezclarse con la vida a varias generaciones de su madre Umbela. La isla de la Gomera. Allí reinaban caciques, desde que los guanches se despeñaron por sus barrancos antes de someterse al dominio de los militares y colonos españoles. Pero algo indómito había crecido en el pueblo llano gomero. El espíritu libre de los guanches se ha-

bía reencarnado en parte del pueblo sometido por los caciques del franquismo. Curiosamente, sangre descendiente de los colonos godos se amotinaba, como las aguas de aquel amanecer atlántico, contra el caciquismo e imperialismo europeos. Algo alumbraba por encima de las tinieblas de un pueblo zarandeado por la historia. Cada gomero sentía sus pasos vigilados por el Dios Teide. Aquel inmenso volcán era el corazón de la vecina isla de Tenerife y se erigía firme y grandioso en el horizonte. Jonay sabía bien que los primeros rayos del amanecer otoñal salían detrás de la figura del Teide. Aquel amanecer, sentado en su roca volcánica, embrujado por la furia del mar y el brillo y calor del sol, la silueta del Teide sobre un fondo de fuego, le hablaba. Le llamaba a un mundo, lejano.

Umbela, su madre, era la menor de una familia campesina del valle de Hermigüa. Su padre Ramón, y el padre y el abuelo de su padre, habían sido campesinos, «magos». Cultivaban pequeñas terrazas esculpidas sobre las laderas volcánicas de los barrancos del valle. Con noble esfuerzo transformaban su sudor y poco más que sus manos, en el maíz, el trigo, las papas, tomates y algunas verduras con las que hacer el pote diario. Las cabras daban el queso y una burra ayudaba en las duras y penosas tareas de los magos de las laderas. El molino vecinal molía el gofio y las colmenas de las laderas daban la miel. Sí que se precisaba algo de magia para sobrevivir en aquellos barrancos. Magia y esfuerzo. Varas y silbos. Sudor y fe.

Umbela nació en aquel valle. Su madre María tuvo unas fuertes hemorragias tras el parto y estuvo encamada durante casi un año. A Umbela la crió en parte su abuela Dionisia con la ayuda de leche de burra. Quizás fuera la mezcla de leches materna, de abuela y de la burra, lo que fraguó la hermosura de Umbela.

Umbela fue la primera joven del valle de Hermigüa que asistió al Instituto de la Gomera a realizar su bachiller. Desde muy pequeña había sentido atracción casi mística por la lectura. Los pocos libros de la biblioteca del ayuntamiento, de la parroquia de Don José y del hacendado Don Casimiro, habían bañado ya las frondosas orillas de su imaginación cuando aún no había irrumpido en ella la adolescencia. Su padre sintió siempre una fascinación por la mirada dulce y profunda de Umbela y se volcó en ayudarla en perseguir sus sueños. Por eso a las duras tareas de cultivar las terrazas de los barrancos, llevar a pastar a las cabras o buscar los berros en las laderas para el puchero, añadió ahora las de trabajador en la plantación de plátanos de una de las haciendas del valle.

Cuidaba de las plataneras y llevaba la carga en carretas de bueyes al puerto de Hermigüa cada primer martes del mes. Allí llegaba un pequeño carguero de Tenerife y amarraba en el pequeño dique. La mar arreciaba tan brava a veces, que el barco no podía atracar y había que llevar la cosecha en carros de bueyes hasta San Sebastián. Eran tres días de caminos empinados cruzando los tres barrancos.

Con aquel trabajo, Marcos conseguía diez duros al mes, suficiente para los libros y la matrícula del instituto y el internado en San Sebastián. Aunque sólo estaban a veinte kilómetros de caminos, la difícil comunicación por los barrancos

hacía que Umbela sólo viese a su familia por Navidad y Pascua. A eso se añadían como regalos del cielo las inesperadas visitas de Marcos cuando llevaba los plátanos a San Sebastián en tiempos de tempestades. Umbela rezaba a menudo a los dioses de los cielos broncos y los mares bravos.

Umbela fue madurando en el instituto de San Sebastián y se convirtió en la primera mujer de Hermigüa en completar el bachiller. El hijo mayor del hacendado de Hermigüa asistía también a este instituto. Desde joven había sentido atracción por la bella Umbela. Vivía en una noble casa de la Lomada y le llevaba un chófer cada mañana al instituto en uno de los cuatro Seat Seiscientos de San Sebastián. Umbela sentía repulsa por su arrogancia pero disimulaba su rechazo por no poner en peligro en empleo de su padre. Umbela recordaba las historias de su tío Adrián quien emigró a Cuba y estuvo enrolado en la revolución. Se solía escribir con él, ahora jefe de una sección del ministerio de la salud cubano. El joven Juan Manuel no podía entender como una hija de magos harapientos no se sentía deslumbrada por el heredero del valle.

Al acabar el bachiller, Umbela les pidió a sus padres quedarse en San Sebastián a trabajar como auxiliar de clínica en la casa de socorro de Nuestra Señora de Guadalupe. Aunque su sueño era estudiar enfermería en Tenerife, siempre lo mantuvo en secreto pues era del todo imposible para su condición y su padre se habría sentido miserable de no poder hacer cumplirse los sueños de su amada hija. Fue asistiendo en la casa de socorro como conoció a John.

Umbela estaba ayudando en las labores de la sala de curas a la hermana Catalina, cuando alguien llamó a la puerta. Era extraño, la gente solía irrumpir sin llamar. A través del cristal esmerilado, Umbela vislumbró la silueta de un hombre sujetándose el brazo y con la cabeza reclinada, seguramente por el dolor. Le ayudaba otro hombre sobre el que se apoyaba con el otro brazo. Se quedó hipnotizada unos segundos y su corazón palpitó de forma extraña. Abrió la puerta y ayudó al enfermo a pasar y sentarse en la camilla de la sala de curas. Su hombro tenía signos de estar dislocado y una brecha de casi un palmo surcaba su frente ensangrentada. El hombre que le ayudaba era el bueno de Tomás, pescador solitario del barranco de El Cabrito. Tomás le explicó a Umbela que encontró a aquel hombre a la deriva en un pequeño velero y le remolcó hasta la el puerto. Le dijo que volvería en dos horas.

Umbela intentó preguntarle cómo ocurrió y si tenía alguna otra lesión, pero John era inglés y no entendía el español. Umbela sabía unas cien palabras de inglés pero no consiguió hilar una frase y se comunicaron por gestos y por la mirada. Limpió la herida con alcohol y sujetó el hombro con un cabestrillo. La hermana Catalina mandó llamar a Don Ezequías, el único médico en la isla. Don Ezequías era un «chicharrero» afincado en Gomera y alternaba sus artes de la medicina primaria con su afición por la pintura. Don Ezequías hizo tumbarse a John en el suelo y morder un pañuelo empapado en ron. Se descalzó y ajustó

su pie derecho a la axila del hombro dislocado de John. Tiró con fuerza del codo y Umbela sintió el chasquido de huesos. El hombro volvió su lugar. Mientras Exequias le mostraba como sujetar el hombro, le explicó a Umbela que aquel método de reducir la luxación del hombro tenía más de dos mil años de historia y se atribuía a Hipócrates.

Mientras tanto, la hermana Catalina había preparado una batea con aguja e hilos y Don Ezequías le supervisó su esmerada costura de la frente de aquel inglés. El ténue efecto del ron apenas había mitigado el dolor de la manipulación de su hombro y de cada sutura sobre su frente. Umbela le cogió la mano y la apretó con fuerza como queriendo absorber parte de su dolor. Absorbió algo más que aceleraba aún más su corazón desbocado. Al rato, la hermana Catalina volvió a sus lecturas de Sta. Teresa y Don Ezequías a sus pinceles. Umbela se quedó a solas con aquel joven extranjero, aún débil para volver sobre sus pasos.

Entre palabras aisladas y gesticulaciones, John le explicó a Umbela cómo un fuerte golpe de viento mientras viraba, había girado violentamente la botavara golpeándole en la frente y tirándole contra la cubierta sobre su hombro izquierdo. Durante unos segundos, John y Umbela se quedaron mirándose. Sabían que algo mágico del destino había cruzado sus caminos y no sabían explicar por qué. Apenas en una hora y sin entenderse por el idioma ni conocer sus historias, ilusiones y miedos, Umbela supo que John sería su compañero en la vida. Cuando Tomás vino a recoger a John, Umbela se despidió con una sonrisa que expresaba todo su sentimiento. Notó que aún le palpitaba el corazón.

John llevó su velero al caladero del barranco de El Cabrito y se hizo un inseparable amigo del bueno de Tomás. Aprendió poco a poco español y a pescar. Se encontraba de vez en cuando con Umbela y fueron desvelándose sus historias. La familia de John procedía de una pequeña aldea de la península de Gower, en la costa sur de Gales. Su padre se hizo minero y se trasladó a vivir a Bridgend. John bebió de la vida en los campos de Gower, los acantilados galeses, las historias de la mina, las luchas sindicales y la soledad con su armónica. A los veinte años decidió restaurar un viejo velero abandonado al que llamo *Hope*. Un año después levó las amarras de su vida hacia el mundo y quiso vivir fuera de una sociedad a la que sus ojos de soñador veían viciada por el consumo y la violencia. Le acompañaba su perro Satia, su armónica y un libro muy especial en su vida: «La historia de mis experimentos con la verdad», del mahatma Gandhi.

A las historias de fascinación mútua siguieron los poemas, oraciones y promesas. La sociedad conservadora de la Gomera fue rechazando a Umbela por su relación con aquel «hippie sin oficio ni beneficio». La familia de Umbela se sintió marginada y Ramón perdió su empleo en la platanera. Pero su padre siempre le apoyó pues comprobaba en la mirada de su hija la felicidad y la ilusión por el futuro. Se casaron por el rito católico para intentar apaciguar los demonios sociales, con escaso éxito. Poco después, se fueron a vivir a la casa que reconstruyó John

en El Cabrito. Allí fueron acogiendo a personas venidas de diversos rincones del mundo, en busca de paz y amor en la naturaleza. La hermana Catalina asistió al nacimiento de Jonay bajo las estrellas que llenaban el barranco de mágicas sombras mecidas por los ecos nocturnos de las olas.

Jonay creció en el barranco, aprendió a pescar con Tomás, a navegar con su padre y a cuidar de los cultivos y las cabras con su madre. Hasta la edad de siete años convivió en El Cabrito con personas venidas de distintos rincones de Europa en busca de naturaleza y pureza. Satia fue su inseparable compañero. A los siete años, Umbela insistió en volver a San Sebastián y llevarle a Jonay a la escuela. John trabajaba en el puerto, enseñaba inglés y daba paseos en su viejo velero. Umbela asistía a Don Ezequías en su consulta y cuidaba del hogar. Jonay fue creciendo y aprendiendo en la escuela y el instituto. Su alma se dividía entre la llamada de las raíces de sus valles de Hermigüa y El Cabrito, y aquel mar y el mundo que hacía ya veinte años trajeron su padre a esas costas.

X

UN CUBANO EN ÁFRICA

1976

ADRIÁN, EL TÍO cubano de Umbela, les había escrito desde La Habana para pedir a Umbela que acogiese a un buen amigo a su vuelta de África hacia Cuba. Se trataba, según el modo cubano, de un «internacionalista». Había cooperado durante cuatro años en un hospital rural de un país llamado Sierra Leona, y volvía ahora a Cuba. Se llamaba Fernando Gracia. Llegó cuando Jonay estudiaba el bachiller con la sola idea vaga de ir a la llamada del mundo, aún misteriosa para él. Fueron a recogerle al mismo ferri en el que ahora viajaba Jonay de vuelta a casa y con una decisión trascendente que compartir con su padres.

Fernando se acercaba a los cuarenta y mantenía una juventud en su mirada y su sonrisa, limpias y plenas de sueños. Llegó con una simple mochila y el alma llena de fuerza. También venía pleno de experiencias, de conocimientos y de maravillosas ideas hacia un mundo más justo. Fernando había bebido de la revolución cubana. Estaba convencido de sus razones y de sus principios, pero no de sus formas. Ya en los tiempos de lucha se opuso en varios comités revolucionarios al uso de la violencia. Desde muy joven había sentido una profunda admiración por Ghandi y por Martín Luther King. Como adolescente llegó a exponer sus convencimientos pacifistas a Fidel Castro y al Che Guevara. Abogó por la resistencia no violenta ante la dictadura y la no colaboración con las actividades imperialistas y capitalistas americanas, pero se le acusó de colaborador yanqui y fue marginado por el sistema. Tuvo que esperar cuatro años a entrar en la facultad de Medicina. Le negaban el acceso por no haber colaborado en la revolución, pero fue demostrando por sus trabajos comunitarios y su dedicación voluntaria hacia los más necesitados, su compromiso real por los demás, más allá de su no afiliación al partido.

Curiosamente fue compañero de Aleida Guevara, la hija del Ché, con la que mantuvo largas tertulias sobre la revolución y la no violencia. Terminó la

carrera y se especializó en el Instituto Pedro Kourí de Medicina Tropical, con la ilusión de enrolarse en las brigadas internacionalistas de ayuda a países pobres de África. Seguía comprometido con el ideario de la revolución cubana y la solidaridad entre y dentro de los pueblos que la inspiraba. Sentía una enorme rabia y dolor frente al atentado de anticastristas, seguramente con la participacion de los servicios de inteligencia americanos, en el que habían derribado esos días un avión cubano en Barbados, muriendo setenta y seis civiles. Mientras tanto, como si no pasara nada, Carter era elegido presidente y se celebraba con toda gloria el bicentenario de Estados Unidos.

En España se respiraba un ambiente de ilusión hacia la democracia, tras 40 años de dictadura. Un exfalangista aliado de Franco, Adolfo Suárez, asumió la presidencia. A pesar de su pasado franquista mantuvo gran tolerancia para llevar a todos los partidos políticos, incluido el comunista, hacia la constitución de un país libre e ilusionado con su futuro al ritmo de los himnos de libertad de Jarcha y otros. El mundo acordaba un Pacto por los derechos sociales, económicos y culturales, mucho más concreto y vinculante que la declaración de los Derechos Humanos. Bueno, casi todo el mundo: Estados Unidos, para quien la salud no era un derecho sino un privilegio que exigía esfuerzo y responsabilidad, no firmó el pacto.

Umbela, John y Jonay disfrutaron durante dos semanas de las historias de Fernando con la no violencia en Cuba y con sus experiencias como médico de un hospital rural entre sabanas y arrozales de África Occidental. A los tres les fascinaba su sencillez y su entusiasmo por la vida, por creer y compartir con los demás, por algo que apenas brotaba en su pensar diario: la lucha por un mundo mejor. Compartía el cuarto con Jonay y largas caminatas hasta el barranco de El Cabrito a ver al bueno de Tomás y pescar con él. Un día fueron hasta el valle de Hermigüa a ver al abuelo Ramón, impedido ahora por una misteriosa enfermedad en las articulaciones. Fernando tomó notas y luego fue a preguntar a algunos campesinos que aún tenían cabras. Dijo que volvería para hablar con él. El abuelo Ramón les preparó bolas de gofio y miel y subieron hacia el Garajonay escalando entre los saltos de agua. Fernando no podía creer que aquellos hilos plateados de agua que caían por las quebradas de más de cincuenta metros, no proviniesen de manantiales. Jonay le hizo ver que provenían del rocío que exhumaban los brezos y laureles. Durmieron bajo los cielos estrellados y al despertar los acariciaba la misma niebla que empapaba la laurisilva de vida, de magia.

Poco después de au llegada a la casa de Jonay y sus padres, Fernando ya se había convertido en alguien muy querido de la familia y para Jonay. Era como una ventana a un mundo que antes le había querido hablar a través de las olas crispadas y las siluetas del Teide. Un día se fueron los cuatro en el viejo velero de John, hasta El Cabrito. Tomás les había preparado la cena con la pesca del día y habían traído gofio, miel y papas de Hermigüa. En torno a una hoguera y bajo

un sencillo chamizo de paja a la orilla de la cala pedregosa de tantos recuerdos de la infancia de Jonay, comenzaron a servirse la cena. Las estrellas brillaban como nunca y el rumor de las olas hizo a todos cerrar los ojos e imaginarse en las selvas y sabanas africanas.

Fernando se sentó sobre un tronco de sabina seca que John había pulido con el sudor de sus manos. Cada vez que volvía de pescar con el bueno de Tomás, gustaba de transmitir la sal del mar, el sudor de su esfuerzo y los aceites de las escamas a un tronco de sabina. La pequeña casa de El Cabrito donde creció Jonay estaba repleta de sabinas de todas las formas. Todas tenían un brillo natural. Todas decían algo. Todas tenían vida. Fernando se sentó en una que a Jonay siempre le hablaba de la valentía. No entendía por qué, pero cuando la veía, o la sentía con sus manos, parecían entrar en él las fuerzas de caminar hacia lo desconocido, escalar el Roque Nublo, nadar desde la Bahía hasta el Puerto como hacía con su padre cada nuevo año, y de decir lo que sentía sin miedo al ridículo o al rechazo, a la mirada bella de una chica del mercado que también traía miel de palma, desde lejos, muy lejo, donde se ve el sol ponerse en el otro lado de la isla. Bueno, no todas las fuerzas, pues eso, aún nunca lo llegó a hacer.

Jonay y sus padres, también Tomás, estaban sentados en el suelo. Le podían ver a Fernando con el mar al fondo acompañando sus palabras, las estrellas coronando su alma, la brisa meciendo una historia que para siempre cambiaría sus vidas.

Fernando comenzó su historia:

–Llegué a Freetown hace cuatro años, con la brigada de internacionalistas cubanos. Fui destinado a un hospital de misión en el norte del país, la zona «*temna*». Llegué allí con una mochila, tres pantalones de lino, tres camisas, unos pocos libros, mi estetoscopio, el diario de mi padre durante la revolución, unas pocas fotos de la familia y personas queridas, y mis útiles de aseo. Pero esos cinco kilos iban acompañados de un exceso de peso: mi mochila pesaba toneladas de ilusión, ganas de ayudar a esas gentes que nos habían contado nada tenían y morían desamparados de cualquier cuidado de salud. Mi mochila cargaba el mayor contrabando imaginable de revolución para un mundo más humano.

Fernando conocía bien el libro que John conservaba en la casita de El Cabrito y con el que naufragó en los mares para salvarse en los brazos de su madre.el de los experimentos con la verdad de Gandhi. Curiosamente, también Fernando llevaba ese libro en su mochila al África de sus sueños . Otro viaje, otro naufragio en el amor. Juntos recitaban partes de aquel diario en la cárcel de aquel escuálido indio que hizo sucumbir con su humildad todo el orgullo del mayor Imperio de la historia.

–El hospital de misión estaba en un pueblo remoto del norte llamado Magbesseneh. Era un hospital levantado diez años atrás por unos misioneros catalanes de la Orden de San Juan de Dios. Realmente era la idea y el empeño de un hom-

bre: el hermano Ricardo. Fui sabiendo de su historia a través de las tertulias con los otros hermanos en la misión, pero sobre todo por las historias de los *temnes* del lugar. Él nunca hablaba de sí mismo.

–Llegue el mes de enero de 1973 a Freetown. Un carguero canario que hacia escalas en los puertos de África occidental, había acordado con el cónsul Cubano llevarnos al grupo de quince internacionalistas cubanos para la región: ocho médicos generales, dos dentistas, tres ginecólogos y dos anestesistas. Se fueron quedando en Dakar, en Banjul, en Conakry y nos tocó a mi compañero Rodolfo y a mí en Freetown. Otros siguieron ruta hacia Monrovia, Abidjan y Accra.

«El capitán del barco, Josu, era un vasco muy entrañable. Gustaba hacer siempre la primera guardia de la noche al timón, y yo, desvelado por la emoción, me quedaba en la torre de mando charlando con él. Me habló de su familia, de su mujer y dos hijos en Madeira, y de las gentes que conocía en el comercio entre Europa y África. Me dijo que tenía un hermano cura y un sobrino que estudiaba en el seminario y sólo leía y sonaba con ir a África. Josu le confesó que el no podía creer en la religión, que las estrellas que veía desde su barco en la inmensidad del mar y del universo, eran mucho más misteriosas e inmensas que el pensamiento de unos cuantos hombres, y prefería simplemente «mecerse» en ese misterio. Como su barco en las olas del mar. Josu estaba indignado por el tráfico ilegal de diamantes que sabía existía desde Sierra Leona, enriqueciendo a unos pocos.

–Josu miraba al horizonte con la serenidad de quien no teme su destino. Había desembarcado varias veces con misioneros, y visitado algunas misiones. Se sentía impresionado por la pobreza que había visto en Sierra Leona. Durante seis años, había sentido necesidad de colaborar pero no sabía cómo. Simplemente no cobraba nada a los que iban a colaborar en misiones. En un viaje, coincidieron en su mercante un comerciante holandés de piñas y tres cooperantes holandeses, también, de un hospital de misión. Pertenecían a una organización llamada «Medicus Mundi». Durante las tertulias en la torre de mando, discutieron la idea de intentar cambiar piñas de Ghana a Holanda, por medicamentos de Holanda a Ghana. Aquella idea que parecía una utopía, fue cuajando, y ahora una vez cada mes, llevaba un cargamento de medicinas solidarias de una empresa llamada «IDA» que llegaban a Madeira en un barco camino de América. Las trasladaban a su mercante y el las llevaba hasta Accra. Allí esperaba un cargamento de piñas que iba hacia Holanda. Una cooperativa de la región Oeste de Ghana, recolectaba las piñas de todos los poblados de la región. Los medicamentos, eran distribuidos por la misma cooperativa en todos los centros de salud. Uno de los cooperantes holandeses termino por casarse con una ghanesa y vivía en Accra, coordinando este trueque mágico que daba vida, y acompañando a Josu en algunas de sus singladuras.

El hermano José María estaba esperándoles en el puerto de Freetown. Rodolfo fue hacia el hospital de Serabu en el Sur, con las monjas irlandesas.

Recuerdo aquel primer encuentro:

–Bienvenido Fernando. Soy el hermano José María.

Un *temne* llamado Abú, sonriente pero tímido, me cargó la maleta.

–Gracias, hermano. ¿Como están?

–Bueno, hay mucha tensión política con el gobierno *mende*, pero estamos bien. Hace dos semanas nos llegó el contenedor del año y estaremos bien provistos durante un tiempo.

¿Que tal el viaje?

–Bien, la *Reina de África* ha tardado una semana desde Las Palmas hasta aquí, parando en cada puerto a dejar a nuestros camaradas. En cada uno hemos celebrado con Ron. El capitán es un tipo muy interesante que nos ha contado todo tipo de historias sobre los mercaderes de estas rutas.

–Le conozco bien, Josu. Un día va a tener problemas por llevar, aun sin saberlo, mercenarios con diamantes de contrabando.

En el viejo Land Rover, Abú fue conduciendo por los caminos de tierra roja hacia el norte. No entendía por qué en lugar de esquivar los baches, los cogía acelerando, haciéndonos botar a todos violentamente. Jose Mari bebía agua sin parar. Entre sorbo y sorbo me explicó que sufría de cólicos renales y era la mejor forma de hacer bajar las piedras. Cuando los baches lo permitían, fue contándome la actualidad política del país, las luchas y tensiones tribales, las costumbres del obispo, las personalidades de cada hermano en la misión, y sobre todo, las formas de ser del pueblo *temne*.

Le pregunté sobre las sociedades secretas *poro* y *bundu*. Había leído en la biblioteca Pedro Kourí de La Habana, que estas sociedades dominaban las creencias, tradiciones y estructura social en la tribu *temne* de Sierra Leona. Eran menos conocidas aún que las misteriosas redes del vudú más al sur. Al preguntarle, Jose Mari cambió de expresión. Me dijo: «Fernando, sólo te voy a dar este consejo: no intentes inmiscuirte en ellas. Es muy peligroso».

–Llegamos al hospital. Una explanada de tierra roja separaba dos pabellones de tablas de madera de tejados de Uralita. Me pregunté si la Uralita la traía también Josu a este país.A la derecha, el pabellón de consultas, con un laboratorio y una farmacia. A la izquierda, las salas de ingresados y el quirófano. Bajé del Land Rover y Abú me dijo que llevaría mi maleta a la misión. Le dije a Jose Mari que quería quedarme un rato sintiendo las sensaciones que empezaban a invadirme. Todo era intenso. Era como si había aumentado el volumen de todos mis sentidos. El sonido era de un intenso bullicio. Una nube de niños me rodeaba entre sonrisas, gritos de «*Opoto*, *opoto*». y algunos entonaban una canción mientras daban rítmicas palmas. De la esplanada surgían los ruidos del ir y venir de pacientes

y familias; el conductor y ayudante de una vieja camioneta llamaba a los últimos pasajeros para terminar de llenar de una forma inverosímil el pasaje y partir. De los inmensos árboles que rodeaban la misión, surgían miles de sonidos de pájaros que yo no podía ver pero imaginaba en formas y colores exóticos.

Jonay miraba a Fernando, escuchaba atónito las historias épicas de esos mundos lejanos a los que lo llamaba la mar. En aquella noche de estrellas y olas, la historia de Fernando entraba en su alma con la suavidad y serena seguridad con que las olas acarician la orilla.

Prosiguió Fernando, quien miraba a las estrellas por encima de las sombras de los roques y barrancos, como leyendo de ellas la historia de la vida:

–Cuando parecía que todas mis células estaban ocupadas en escudriñar cada uno de esos sonidos de vida, un estruendo de gritos y llantos pareció aproximarse a mí. Del pabellón de ingresados, salió un grupo de mujeres expresando su dolor y duelo de la forma más histérica que nunca había visto. En mi trabajo en La Habana no era infrecuente ver plañideras, pero nunca había visto algo así. Entre gritos y llantos, y un canto desgarrado por algunas de ellas, una mujer se tiró al suelo y empezó a desgarrarse las telas que la cubrían quedando desnuda y polvorienta de la tierra roja que parecía pintar de dolor el lienzo de su piel. Un misionero salió a recriminar al grupo y pedir a la mujer que se vistiera y se calmara. A un lado, una docena de hombres que esperaban sentados sobre un tronco y con úlceras granuladas listas para injertos, contemplaban el suceso. Uno de ellos, el más viejo, me miró con sus ojos cansados, que parecían entrañar toda la sabiduría de un siglo de supervivencia. Su mirada grave y triste se quedó clavada en mi retina.

–Al poco tiempo, aún tenía la mirada de un universo de tiempo en mi retina, en mi alma quizás; cuando salió un hombre delgado, en una túnica blanca, algo encorvado, de mirada tan absorta en sus pensamientos como perspicaz a los guiños de la vida. Me miró de reojo mientras llevaba un niño en sus brazos hacia el laboratorio. Su andar de pasos cortos me hizo fijarme en sus sandalias burdas hechas de neumáticos viejos.

–¿Usted debe ser el doctor Fernando?

–Si, Hermano Ricardo. Estoy deseando conocerle.

–Eso puede esperar. ¿Me puede ayudar con una punción lumbar?

Mientras me pedía ayuda, miró levemente, como justificando su necesidad, a sus dedos, en las dos manos, cubiertos de vendas.

Ya me habían prevenido que mi venida era sobre todo necesaria para ayudarle, quizás sustituirle. Sus dedos sufrían las quemaduras de la radiación. Tras años diagnosticando casos de tuberculosis, se había corrido la voz y casi todos los enfermos de tos crónica en la región, fueron acudiendo a verle. Su asistente en el laboratorio, a menudo borracho de vino de palma, apenas veía un par de exámenes de esputo a la hora y aun así, Ricardo los debía supervisar. Era insos-

tenible seguir dependiendo de aquella técnica. Su antiguo jefe en el hospital de San Pau, que seguía sus pasos, le mandó un aparato de radioscopia. Ricardo lo utilizaba continuamente. Llegaba a diagnosticar más de veinte casos diarios. No reparaba en la protección de las ondas por no importarle su esterilidad. En lo que no reparó fue en el efecto que tanta radiación tendría sobre sus dedos. Fueron desarrollando un cáncer de piel e impidiéndole usarlos en la cirugía e incluso en las técnicas de diagnóstico como la punción lumbar que me pedía hacer.

–Los acompañé, y en una camilla hice la punción lumbar que demostró un líquido de pus que envolvía las meninges y mantenía a aquel niño en coma. En los siguientes meses se desencadenó una terrible epidemia de meningitis que diezmó muchos pueblos de sus niños menores de diez años. El clima frío del *harmattan* daba paso al aire que parecía posarse en la selva y conferirle una quietud. Era el invierno tropical. Así, las bajas presiones que dejaba en las alturas, traían vientos del Sahara con arenas del desierto que tapizaban de sequedad los paisajes y a los paisanos. También las gargantas de los niños, en quienes unas bacterias habitualmente inocuas en la humedad de sus mucosas, se tornaban agresivas, como buscando el lecho húmedo, e invadían los tejidos, llegando al cerebro. Aprendí todo esto, y a preparar y tratar en masa a las gentes de los pueblos afectados, con aceites de cloramfenicol, ya desechado en el resto del mundo. Aprendí tantas cosas de aquel hombre asceta, un santo para el mundo, un mártir desde su atormentada alma.

Jonay se dio la vuelta y vio a sus padres abrazados escuchando con solemnidad las palabras de Fernando. Tomás también lo miraba absorto mientras sus manos anudaban los desgarros de sus redes de pescador.

–Unos días después, cuando comprobaron que asistía sin dificultad las salas, las consultas, operaba de cesáreas, embarazos ectópicos, hernias estranguladas o amputaciones de piernas gangrenadas por las bambas negras, Ricardo dijo en la cena que se volvía a España para ser operado. Todos lo miramos y esperamos ver cierta tristeza en su mirada. Pero seguía fría, sólo contrariada por no seguir cuidando de los pobres. Él y todos sabíamos que volvería sin dedos. Pero también sabíamos hasta que le quedase aliento, seguiría cuidando de quienes más le necesitaban.

–A las pocas semanas, noté que la mayoría de los pacientes que acudían al hospital eran pobres de solemnidad. Calculé que dos de cada tres venían descalzos desde largas distancias andando. La mitad tenían anemias que en Cuba significarían transfusión de sangre Pero también había un pequeño grupo de pacientes que venían a la consulta en coche, bien calzados y vestidos y con enfermedades más bien «ficticias« o, al menos, no letales. Además, se las arreglaban para saltarse la cola de espera a la consulta con actitud displicente ante la «chusma» pobre que apiñaba los pasillos de espera. Apuré mis audacias para cobrar a algunos de aquellos «poderosos» que venían desde la vecina Guinea por una supuesta medica-

ción para una impotencia causada por poligamias exigentes, que en realidad eran simplemente vitaminas y así poder pagar los medicamentos para los más pobres. Se había corrido la voz que la «machine» del Hermano Ricardo lo curaba todo. Yo hacía como que los veía a conciencia encendiendo una luz roja, pero no me radiaba por ver a los «caprichosos de la salud». Entre eso, una prescripción de abstinencia un mes –lo cual los liberaba de la presión de sus mujeres– y vitaminas, se iban satisfechos. El problema es que el efecto placebo les daba tanta fuerza que pronto empezaron a venir todos los nómadas propietarios de manadas de búfalos del Norte. Bueno, así fui haciendo de «Robin Hood», transformando los pagos por caprichos en alivios de necesidad.

Fernando prosiguió su historia. Todos se habían trasladado a aquellos años de independencia, de pioneros, de luchas, de descubrimientos. Todo era épico. Vidas que descubrían, arriesgaban, vivían. Jonay veía sobre todo el brillo en la mirada de su padre, la empatía con la lucha por los ideales y el vivir intensamente cada momento. Era como sentir con solemnidad el paso de la vida: como cada ola que ya no vuelve en el mar. Miraban desde aquella playa de El Cabrito la silueta de Fernando y su hablar emocionado, gesticulando como si reviviese cada momento de la historia de aquellos misioneros pioneros. Le coronaban las estrellas brillantes. Las mismas que cubrían otro mundo. a unos cientos de kilómetros más al Sudeste, siguiendo la silueta del Teide. Más allá. Pero casi podían sentir, oler, oír aquel mundo que Fernando les dibujaba con la pasión de sus palabras.

Un día, traté a uno de esos cientos de enfermos de tuberculosis que veíamos en la consulta. Como apenas teníamos medicamentos y aún faltaba un mes para la llegada de un contenedor de medicamentos en el barco de Josu, tuve que apurar el sacar dinero de los ricos y sus caprichos para tratar a muchos pobres y realmente enfermos que llegaban cada día. El hombre al que vi aquel día tenía tos crónica y apenas unos harapos cubriendo su curtida piel. Debía tener unos 60 años, edad extrema en esos lugares. Cojeaba marcadamente de la pierna derecha en la que note una deformidad en los huesos. Tenía cicatrices en la frente, de algún rito tradicional. Su rostro mostraba las arrugas del tiempo, su mirada como frágil por sus cataratas incipientes, denotaba respeto, una especie de mi invitación a la mutual complicidad con la vida, algo que me sorprendió y no sabría explicar. Se llamaba Señor Conteh, y venía de un poblado a unos doce kilómetros por selva y arrozales.

Pude comprobar al auscultarle que sus pulmones estaban invadidos de infección e inflamación, y el poco oxígeno que filtraba a su cuerpo, hacía que apenas pudiera sostenerse en pie o terminar una frase. Comprobé por radioscopia tal invasión de sus pulmones, y vi en el laboratorio que su esputo estaba repleto de los bacilos de la tuberculosis. Necesitaba urgente tratamiento, y al menos una semana en el hospital para no infectar a su familia y para recuperar algunas fuerzas. Lo convencí de que se quedara. Le aseguré que le pagaríamos el coste, y empeza-

mos el tratamiento con tabletas de tioacetazona e inyecciones de estreptomicina, medicamentos ya no usados fuera de África. Allí seguían, a pesar de su toxicidad, salvando vidas. Fue mejorando. Cada día, como al resto de los casi doscientos de pacientes, muchos compartiendo camas, ingresados en el hospital, les pasaba la visita al amanecer, y les daba las buenas noches a la tenue luz de una lámpara de queroseno, al acostarme. En una semana el Sr. Conteh ya estaba mejor. Le habíamos enseñado a ponerse las inyecciones, habíamos comprobado que ya su tos no era infecciosa, y que podía andar. Como tantos a diario, se fue dejando el mejor salario que un médico puede recibir, una sonrisa de agradecimiento. Un mes después, era domingo, tocaban las campanas para la misa de la misión, me oí llamar por detrás, cuando volvia a mi cuarto tras pasar las visitas a las salas.

–¿*Odokotela*? «Dr. Fernando».

Me di la vuelta. Ahí estaba el Señor Conteh, a quien apenas recordé entre los muchísimos pacientes que tratábamos cada día.

–*Sheke*

–*Sheke you*.

–¿Cómo se siente, sigue la medicación? –pregunté en mi pobre *temne*, clarificándolo en criollo.

–Muy bien, estoy muy bien, gracias, la medicina es muy buena.

–¿Y su familia, y los cultivos, las lluvias?

Hay toda una ceremonia de preguntas de cortesía en la cultura *temne*, aunque él pertenecía a la etnia mende.

–Bien, gracias a Dios.

Comprobé en su expresión –*Alahamdudulai*– que no era católico. No había venido a misa. Andar doce kilómetros hasta la misión, un domingo, sin consultas, debía tener un sentido.

–¿Necesita algo.? ¿Que puedo hacer por usted?

–Vine para traerle esto de mi casa.

–Me mostró una roída bolsa de plástico, con una docena de plátanos en su interior. Me sentí abrumado por el valor de tal regalo, de tal aprecio. Aquel hombre, que habría sobrevivido a mil retos inimaginables para mi vida acomodada en Cuba. Había andado durante doce kilómetros para traerme aquel humilde regalo que tenía un inmenso valor…

–Muchas gracias –le dije.

–Se despidió cortésmente, repitió unas diez veces «Sheke» mientras se alejaba, dándose la vuelta cada cuatro pasos. y seguí con mis tareas.

–Dos semanas después, volví a oírme llamar. De nuevo el Señor Conteh. De nuevo un domingo.

Tras los ceremoniosos Shekes y sin saber el motivo de su largo viaje otra vez para verme, le pregunté que si necesitaba algo. Noté que no se atrevía a pedírmelo. Insistí. Con timidez y cierto apuro, como avergonzado, me dijo:

–¿Le gustaron los plátanos?

–Si, si, mucho, muchísimas gracias.

No podía creer que el largo camino tenía como objeto esa pregunta. Pero su fin era aún más sorprendente:

–¿Me podría devolver la bolsa?

XI

PATXI CUMPLE SU PROMESA EN URKIOLA

AGOSTO, 1977

PATXÍN AGUARDABA EN la sala de espera del padre Provincial de los jesuitas en Loyola, en la residencia San Ignacio de Bilbao. La última vez, hacia poco más de un año, Le había visto en la explanada del santuario de Loyola cuando fue ordenado sacerdote junto a otros quince compañeros.

Desde que llegó hacia ya nueve años con su tío a la parroquia de Garai, su vida se había transformado profundamente. Aquel muchacho alto y fuerte del caserío de los Beloki, destinado a pelotari y labriego de las tierras de su familia, vestía hoy una sotana negra y esperaba un destino en una misión lejana. Sabría dónde en unos minutos.

Mientras esperaba, con curiosidad pero sin ninguna inquietud, su destino, recordaba su vida de los últimos ocho años. Un amigo de su tío, el Padre Josu, era jesuita y maestro en el Colegio Ikastetxea de Durango. Solía venir a jugar frontón con su tío y luego charlaban sobre el sentido de la Iglesia en el mundo moderno. Así fue conociendo a los jesuitas y sintiendo como su vocación encontraba el eco en el libro de los ejercicios espirituales de San Ignacio. El mismo libro que llevaba ahora bajo el brazo y releía a menudo cuando tenía que viajar. Así empezó su noviciado y durante dos años residió en el seminario de Durango. Poco a poco fue adentrándose en los estudios de humanidades, filosofía y teología, combinándolo con las llamadas «practicas apostólicas» en colegios vascos y en trabajos sociales. Se dedicó a contactar con jóvenes independentistas y próximos a los círculos violentos de ETA, en las cárceles, los partidos abertzales, o las herriko–tabernas. También intentó hablar de ello a guardias civiles y políticos, que le rechazaron con displicencia:

–Hable usted a los violentos, Padre. Nosotros conocemos bien nuestro deber.

A su inspiración jesuita unía las lecturas de un libro que le había traído su tío Josu, el marino de Madeira. Se lo había dado un médico cubano cuando iba a

trabajar a una misión perdida en Sierra Leona: *Mis experimentos con la verdad*. Era el diario de Gandhi durante su tiempo encarcelado. Su mensaje de búsqueda de la verdad (Satia) y revolución no violenta (Aimsa) inspiraban sus conversaciones con aquellos jóvenes de grupos violentos, escépticos que la democracia tras la muerte de Franco fuese a respetar su libertad y deseos de independencia. No podía esconder que en su actividad pacifista abrigaba el deseo de reencontrarse con su hermano Juan Mari del cual no sabían nada desde hacía muchos años. Al terminar las charlas con aquellos grupos, o paseos por el monte, solía preguntar a alguno con quien sentía más confianza, si sabían de Juan Mari Beloki. Nunca nadie supo decirle nada, suponía que utilizaba un alias dentro de ETA. Una vez, el chico a quien le preguntó, un chicarrón de casi dos metros y aspecto de aizkolari, reaccionó de manera violenta, diciéndole que si estaba espiándoles para delatarles, encontraría su merecido. Esa misma noche cuando caminaba por los senderos hacia Garai para ver a su tío, le dieron una fuerte paliza. Nunca se quejó ni habló de ello. Siguió siempre hablando de paz y de amor, hasta en los agujeros más oscuros del odio y del rencor.

Mientras esperaba, sabía que el Padre provincial estaba hablando con el Padre Arrupe, el Superior en Roma, a quien vio por única vez cuando fue ordenado. Su destino estaba en esa conversación. Le abrumaba que su humilde aportación a la Iglesia y al mundo, robara el tiempo de personas de tan alta responsabilidad. No entendía bien por qué a Romale podía interesar un joven jesuita.

Vio noticias en los semanarios que había sobre la mesa sobre las primeras elecciones democráticas en cuarenta y dos años en España, ganadas por Adolfo Suárez. También vio con curiosidad que se habia diagnosticado, en Somalia, el que, según los científicos, podría ser el último caso de viruela en la Humanidad. Abrió al azar los ejercicios espirituales e intentó concentrarse en el silencio que debía siempre acompañar su lectura y su reflexión posterior, que ellos llamaban «desiertos». Pero lo distrajo una noticia en el periódico sobre la mesa de aquella sala de espera. Una pequeña columna le había llamado la atención pues hablaba de Manresa, el lugar donde San Ignacio había estado viviendo como un eremita y donde se inspiró en los ejercicios. La noticia informaba del fallecimiento de un hermano de San Juan de Dios, misionero médico en Sierra Leona. Aunque la noticia era triste, estaba escrita con la ternura de quien le conocía y apreciaba:

Ayer 16 de agosto, a las 9 de la noche, falleció el hermano Ricardo Prats, misionero médico de la Orden de San Juan de Dios en Sierra Leona. El Hermano Ricardo había sido un afamado tisiólogo y profesor, conocido también en Inglaterra por sus estudios de enfermedades tropicales, quien dejó una prometedora y lucrativa carrera profesional para tomar los hábitos de la Orden de San Juan de Dios. Tras sus estudios de religioso de la orden, y dar muestra de asombrosa abnegación y servicio a todos sus semejantes, y en especial a los enfermos mentales del hospital de la orden en Manresa, el Hermano Ricardo fue destinado

a fundar un hospital de misión en uno de los países más pobres del mundo, Sierra Leona. Durante los últimos 14 años se dedicó en cuerpo y alma al servicio de los pobres en aquel país. Su entrega y humildad serán siempre recordadas por los miles de enfermos destituidos a los que trató. Deja como única herencia sin siquiera pertenecer a su persona, sino a la orden, dos túnicas, unas sandalias que él mismo fabricó con neumáticos viejos, y un manuscrito: «Cincuenta consejos para los jóvenes médicos cooperantes en África».

Relacionó el origen del libro de Gandhi, la misión en África, la entrega a los más pobres y la palabra «semejantes», que desde hace tanto tiempo resonaba en su interior.

En ese momento se abrió la puerta. El Padre provincial, Padre Gabriel, lo invitó a pasar. Era un humilde despacho repleto de libros, con un crucifijo, una reproducción de San Ignacio, otra de San Francisco Javier, y una foto del Padre Gabriel con el Padre Arrupe en el Vaticano. El Padre Gabriel era bajo, rechoncho, con un gesto algo amargo en su expresión, compensado por una mirada profunda y tierna, como si pidiera afecto para aliviar su rictus amargo.

Patxi lo saludó arrodillándose, al estilo jesuita, y pronto pasaron a hablar sentados frente a frente en el despacho del Provincial.

–Padre Patxi, usted tiene cuarenta y cuatro años y hace ahora ocho años que entró en la orden y dos que se ordenó sacerdote. La orden lo destina a un lugar de difíciles retos y responsabilidades. No es normal que lo haga a alguien con tan corta experiencia pero hay razones para ello.

–Sabe, Padre Gabriel, que estoy al servicio de la Orden y dispuesto a asumir lo que Dios me pida a través de su consejo.

–Necesitamos a una persona fuerte, comunicativa, que hable bien el inglés, que pueda pronto aprender otros idiomas y costumbres locales, y, sobre todo, con profundo compromiso con la paz. Sus constantes esfuerzos por hablar de paz entre los mundos abertzales más radicales, han llegado incluso a oídos del Padre Arrupe.

–No hago nada extraordinario, Padre Gabriel. Transmito el mensaje de paz y amor de Jesús a los jóvenes que viven en el mundo de la violencia. Y muchas veces no consigo cambiar sus actitudes.

–Esa es la cuestión, Padre Patxi: no se trata de cambiar directamente y rápidamente las cosas, sino de su ejemplo de vida y la semilla que deja en tantas personas. Crecerá a su tiempo, fuerte y sólida. Eso está en manos del Señor. Sabemos que lo han amenazado y hasta agredido, y que sigue tratando con generosidad a los mismos que lo amenazan.

No supo qué decir. Le incomodaba ese halago. No era ningún santo. De hecho tenía a menudo dudas de su fe, del voto de castidad y hasta del pacifismo

a toda costa. Notó que el Padre Gabriel se disponía a decirle, casi con la gravedad de una sentencia, su destino.

–Hay un país al sur del África, Rodesia del Sur, que sufre una guerra civil contra el poder colonial desde hace doce años, y a la vez una incipiente lucha fratricida entre sus etnias. El país vive bajo un régimen racista, y las poblaciones locales sufren de una extrema marginación y pobreza. Hace unos meses, tres religiosos, uno de ellos un Padre jesuita, fueron asesinados por la guerrilla, en un lugar llamado Lupane. El Padre de quien le hablo, dirigía una escuela secundaria en una zona muy pobre del sudoeste del país llamada Matabeleland. Necesitamos a alguien fuerte y comprometido a perseverar en el mensaje de paz en aquella región, contra el apartheid, contra la guerra, contra el odio, por el amor. Además, las misiones protestantes están extendiéndose a esas zonas, y nuestra influencia se está empezando a diluir. El Padre Arrupe ha hablado con el obispo en Bulawayo. Lo necesitan allí cuanto antes.

–Estoy a su servicio, Padre, y al de Dios –dijo Patxi, aunque no le gustó nada el argumento de competencia entre credos…

–En dos semanas recibirá el billete de avión. Entre tanto, vaya ilustrándose como mejor pueda sobre la situación en aquel país, su cultura y tradiciones, la situación política actual, el sistema inglés de enseñanza. Encontrará algunos libros en nuestra biblioteca y en la del Episcopado. He hablado con un misionero de una orden conocida como Marianhill, bien asentada en la lucha contra el apartheid en Sudáfrica, quien está de paso por Madrid, para que se encuentren y hablen con detalle de lo que le espera. El misionero se llama Daniel.

Patxi salió de la residencia de San Ignacio, con un sentimiento profundo de que su vida se dirigía hacia unos retos que siempre había esperado. La mezcla de curiosidad por un mundo lejano y desconocido, el reto del mensaje de amor de Dios donde era tan necesitado, el enfrentarse a los horrores del apartheid y la guerra, el deseo de aliviar la pobreza de los «semejantes» más deshauciados, le aceleraba el corazón.

Pero sabía bien que no podía partir sin solucionar algo importante en su vida. Volvió a su pequeño cuarto, celda, en el colegio de Ikastetxea, cogió una mochila para andar por el monte unos cuantos días y dormir bajo las estrellas unas cuantas noches. Metió el libro de Gandhi. Partió por las cuestas hacia Garai. Encontró a su tío jugando pelota con Josu, ya ambos con más de setenta años pero en forma. Fueron juntos a la casa parroquial y tomaron purrusalda mientras Patxi les contaba su encuentro con el Padre Provincial y su inminente destino. Les dijo que tenía que ir a meditar en la naturaleza y estaría ausente unos cuantos días, pero que nadie, si preguntaban por él, debiera buscarle. Su tío le miró con gravedad:

–Patxin, yo sé lo que tramas, y te entiendo. Sólo te pido que seas muy prudente.

Al amanecer, Patxi salió por los caminos entre los pueblos del Duranguesado. Ese verano había llovido mucho y la naturaleza estaba exuberante. El día estaba nublado y hacia fresco, Patxi iba bien preparado con pantalón de lana, chirucas para la marcha y camisa de cuadros. Llevaba una cantimplora de agua, queso de Garai y una tartera con pimientos verdes preparados por su tío, esos pequeños y tiernos de la zona que tanto le gustaban. Anduvo durante unas cuatro horas hasta llegar a Mañaria. Al adentrase en aquel majestuoso valle se quedo un rato contemplando los montes de Mugarra y el Untzillaitz. Al fondo, el desfiladero de Atzarte, que comunicaba el Duranguesado y la meseta, lo esperaba desafiante. Preguntó en varios caseríos hasta que llegó al caserío de los Arrate. Estaba con el tejado muy dañado, casi caído, y la huerta en muy mal estado. Una ikurriña colgaba desde el pajar. Llamó a la puerta y abrió una mujer de unos cincuenta años pero que aparentaba más edad. Parecía amargada por la vida, despreocupada de su cuerpo, sin paz en su existencia.

–Epa, busco a Iñaki.

–¿Quien lo busca?

–Soy el Padre Patxi, él sabe.

Oyó algunos gritos dentro de la casa, y salió Iñaki, el chicarrón que le había dado una paliza hacia unos meses, por preguntar por su hermano e insistir en la paz.Entre asombro e irritación, salió de la casa y lo empujó amenazante:

–Qué haces aquí, insensato. ¡Traidor, españolazo! ¿Quieres que te mande con tu Dios bien rápido?

–Estoy aquí porque quiero hablar contigo. Y no quiero ninguna violencia ni hacer daño a nadie.

–Como me metas en algún lío, ¡te acordarás! Ya es hora de que tu Iglesia se enfrente al estado fascista. No tenéis nada que ver con el mensaje revolucionario de Cristo. ¿Estas de acuerdo con todo lo que ha pasando en la semana de mobilizacion por la amnistía? Siete asesinatos por las «Fuerzas del Orden». A José Luis Cano hasta ya muerto de un disparo en la cabeza le siguieron dando patadas. Todo por pedir que los presos políticos sean amnistiados como los demás que ha liberado vuestro Rey, el sucesor del dictador. ¿Y qué dice la Iglesia?

–Puede que tengas parte de razón. Pero no temas, en nada te voy a afectar. Sólo necesito hablar contigo. En dos semanas me habré ido para mucho años al otro extremo del mundo y no sabrás de mí en mucho tiempo.

De forma indecisa y con gesto desafiante, le llevó al pajar donde se sentaron sobre unos haces de heno. Patxi le habló con una ternura y paz que desconcertó a la actitud dura y agresiva de Iñaqui. Le habló de su infancia y de la admiración y amor por su hermano, al que no veía hace más de diez años. Le habló de su respeto por los deseos de independencia y por las formas sociales que proponía la izquierda abertzale, algunas de ellas bien próximas a la igualdad que siempre pre-

dicó Jesús y que la Iglesia, lo reconocía, tantas veces había olvidado. Le habló de cómo los jesuitas habían ayudado a las revueltas pacíficas en Centroamérica, de las vidas de sacerdotes–guerrilleros como el colombiano Camilo Torres Restrepo o el asturiano Gaspar García Laviana y su lucha contra Somoza en Nicaragua. Le habló de la lucha de la Iglesia de base y el compromiso jesuita con Martin Luther King contra el apartheid y como él intentaría ahora luchas contra esa opresión en el sur de África. Pero, sobre todo, le volvió a hablar de Gandhi y como su lucha no violenta, y la que promulgaba Nelson Mandela, preso en Rodhen island, eran las más potentes y evitaban la violencia, que nunca había dejado de generar más violencia. Iñaki fue mirándole con sorpresa y poco a poco atención a esas historias que él desconocía. Patxi pensó en la imagen de las semillas del Padre Gabriel.

Una hora después, Iñaki había hecho su mochila y los dos se adentraron en el desfiladero de Atzarte. Había entre los dos un silencio tácito. Iñaki pensaba en el mensaje de no violencia de aquel sacerdote tan incauto. Patxi pensaba en la lucha por los derechos y por la libertad.

Caminaron unas ocho horas por los pinares y los robledales de Urkiola. Tuvieron que escalar algunas paredes encrespadas. Iñaki lo hacía con soltura, era obvio que andaba este camino a menudo. Patxi prefería no mirar abajo pues sufría de vértigo, pero le siguió sin miedo. Al llegar a la cumbre, se adentraron en unas praderas que comunicaba con otros valles, y allí Iñaqui le dijo a Patxi que le tenía que vendar los ojos y le guiaría con una cuerda unida a su mochila. Patxi asintió. Sabía que se acercaban a un zulo o cárcel del pueblo de ETA. Caminó vendado unas tres horas. Cuando ya sentía que anochecía, con varios rasguños de caídas, golpes con rocas y arañazos por las zarzas, llegaron a su destino. Sintió a Iñaki saludar en vasco:

–Epa, traigo una visita, es segura. Necesita ver al camarada Unai.

Patxi sintió que salían dos personas de una cabaña camuflada en el bosque y que discutían con Iñaqui. Parecían no estar de acuerdo. Al rato uno de ellos alzó la voz:

–Le llevas por dónde has venido o le tenemos que matar. Las cosas están muy tensas, Iñaki. Ningún riesgo.

En ese momento, Patxi sacó fuerzas de adentro y gritó: ¡Juan Mari, Anaya!

Iñaqui se volvió a Patxi y le dio un fuerte puñetazo en el estomago, que le tumbó y le dejó sin respiración. Los otros dos vigilantes del zulo, se ensañaron dándole patadas por todo el cuerpo.

Quedó semi–inconsciente, pero pudo notar que alguien salía de dentro y gritaba

–¡Oraindik! (quietos). Es mi hermano, dejadme con él. Yo asumo la responsabilidad.

Juan Mari le ayudó a levantarse y le metió en el zulo, mientras el resto vigilaba desde fuera. Ya dentro, le ayudó a sentarse sobre una viejo colchón y con una palangana de agua, le limpió las heridas de la paliza que le acababan de dar. Sólo entonces, le quitó lentamente la venda.

Hacía más de diez años que no veía a su hermano, ni sabía nada de él. Tenía una poblada barba y pelo largo, ya muy canosos. De hecho le pareció ver la imagen de Jesucristo. Vestía una camiseta blanca roída, y unos pantalones viejos vaqueros. Estaba descalzo. Ya pasaba de los cincuenta pero se le veía fuerte y sano. Tenía un ojo medio cerrado y notó que una mancha blanca cubría parte de su cornea derecha y que había perdido la visión de ese ojo. Una profunda cicatriz surcaba media frente.

Se miraron durante un tiempo como explorándose, como descifrando las vidas diferentes que habían tenido desde que salieran del caserío familiar. Patxi veía en Juan Mari, ahora conocido como el camarada Unai, dolor, rabia, odio y lucha. Juan Mari veía en su hermano las recientes pruebas de la violencia de sus camaradas hacia su hermano menor, de quien había oído hablar por sus charlas sobre la paz. Sentía, por primera vez, vergüenza de la violencia a la que pertenecía. Pero no se disculpó.

Al rato de fijar sus miradas, se nublaron sus miradas con lágrimas de emoción, y se fundieron en un abrazo.

–Anaya, necesitaba verte. Marcho al otro lado del mundo, para mucho tiempo. Tienes mi palabra que nunca nadie sabrá que te he visto. Ni Amá siquiera.

Iñaki intuyó lo peor. Su padre Agustín contaría ahora 85 años.

–¿Y Aitá?

–Aitá murió el año pasado. Yo le di la extremaunción. Sabes que sea por lo de María, sea por lo de tu lucha, nunca quiso que te viéramos ni que habláramos de ti. Cuando salí para el seminario aquí cerca, me pidió que nunca te buscara.

Juan Mari sintió un dolor punzante de tristeza. Su rostro duro por la violencia, pareció agrietarse en mil pedazos.

–El día que murió, hablé con el de la vida. Me dijo que sólo sentía una cosa: no haberte dicho lo mucho que te quería, lo que rezaba cada día por ti, el dolor que le quemaba del deseo de abrazarte y protegerte de los peligros que te rodeaban. Le prometí que te lo diría.

XII

LAS DUDAS DE LA FE

Madrid, noviembre, 1977

Tras cumplir su promesa, Patxi partió rumbo al sur, con recuerdos que palpitaban aún en su corazón. Esperaba al autobús en la estación de Bilbao, para ir hacia Madrid donde se vería con un misionero de Zimbabue, y partiría hacia tierras lejanas y desconocidas. Mientras esperaba con su equipaje, miraba a la maleta donde había metido unas pocas camisas, pantalones, muda y unos pocos libros y neceser de aseo. Llevaba en sus manos un libro sobre la cultura ndebele. Pero prefirió pensar con los ojos cerrados en su hermano en su guarida de forajido. Sabía que en su abrazo y su mirada había un alma encerrada en el odio y el miedo, atrapado en sus propias cadenas a sus propios fantasmas. Rezaba para que las pudiera romper. ¿Pero cómo?

En su despedida le había dicho que si no había cometido delitos de sangre, la pena por asociación con banda terrorista no sería larga, y además arrepintiéndose podría redimirla en pocos años. Podría estudiar, hacer ejercicio, escribir y prepararse para una vida nueva. Simplemente respondió que no era tan fácil y miro a sus compañeros haciendo guardia. Sabía que no le dejarían entregarse tan fácilmente. Podría delatar muchas cosas bajo la temida tortura. Y al salir, sea como fuera, podría ser víctima de sus propios compañeros de lucha. Patxi vio en el una mirada aterrada en el fondo. Aunque pudiera disimularse de dureza y determinación, escondía un miedo profundo, un grito que clamaba ayuda. Vió a través de esa mirada la de su hermano haciendo travesuras, jugando en el caserío, cogiendo sapaburus, subiéndose a la gran encina de Garai y presumiendo frente a su prima María. Vió la inocencia de toda la Humanidad ahora encerrada en las celdas de los miedos. Lloró de rabia. ¿Sólo le quedaba rezar? ¿Debía irse tan lejos cuando le necesitaban tan cerca?

Ni siquiera pudo hablar con su tío para que le intentara ayudar pues tuvo que prometerle a Juan Mari que nadie sabría nunca que lo había visto. Además,

su madre Milagros se acercaba a los ochenta. Aunque tenía la compañía de su hermano Agustín, al frente del caserío, la veía frágil y triste desde la muerte de su padre. Se sentía como si traicionara a los suyos yéndose tan lejos. Al menos los emigrantes como sus tíos Jon y Josu se van por necesidad y para volver con más medios y ayudar a los suyos. ¿Pero él? Él sabía que no iba a «salvar alma» como antaño. De hecho tenía dudas y hasta vergüenza de las actitudes proselitistas de la Iglesia. Creía más en la labor social y el ejemplo de Jesús con los más pobres. ¿Pero había que irse tan lejos? Se dio cuenta de que hasta esas dudas eran consideradas debilidades ante el voto de obediencia. Pero sintió un vértigo irrefrenable.

Mientras pensaba en la mirada de su hermano, llamaron por la megafonia para el autobús de línea a Madrid. Era septiembre de 1977, el autobús llevaba muchos chicos que iban a la universidad a Madrid, también algunos veraneantes que volvían de sus vacaciones estivales, y trabajadores que pasaban largos meses lejos de sus familias. Los vendedores y tratantes solían ir en sus coches, y los hombres de negocios en tren con coche–cama o en el avión. España había celebrado tres meses antes sus primeras elecciones democráticas en cuarenta años. Aunque liderados por un antiguo seguidor de Franco, el pueblo tenía ilusión en una nueva sociedad y en una nueva constitución. Pero en el País Vasco no se respiraba esa ilusión. Aún vencía el rencor hacia un estado opresor durante una larga dictadura.

El autobús fue avanzando y dejando los montes verdes sembrados de caseríos, huertas y bosques, por un paisaje cada poco más llano y más amarillo. Pararon en Burgos a un receso y como no era lejos de la catedral, pudo entrar un momento y rezar por su hermano y su familia, y superar las dudas que le hacían avanzar hacia el Sur sin la ilusión que deseaba. La verdad es que esas enormes catedrales no le inspiraban conexión con Dios. Las asociaba a tiempos oscuros de abuso del poder, incluido el de la Iglesia. En el arte admirado por otros veía escultores trabajando bajo presión, y en las gigantes columnas o vidrieras veía obreros casi esclavizados y algunos muertos por las condiciones de trabajo. ¿Para Gloria de Dios? ¿El Dios de la sencillez, de Belén, de la Cruz?, ¿el de los primeros cristianos catecumenales de las catapultas contra el poder de los emperadores romanos? Qué diría si viera que con el tiempo se construyeran en su nombre las mismas obras megalómanas del Imperio Romano? ¡Bueno! ¡ya bastaba de dudas en el día de su marcha! Tenía Fe en su Dios, el amigo de los pobres. Daría toda su energía por la paz y felicidad de ellos. De alguna forma sabía que las sonrisas que pudiera arrancar a esos niños, iluminarían la de su madre, la de su hermano, la de los seres queridos que dejaba lejos.

Llegó con estos pensamientos a la estación de autobuses en Madrid, y cogió el metro, por primera vez en su vida, para ir a una dirección que le habían dado, la de una asociación de sacerdotes misioneros. Al llegar, ya de noche, le abrió la puerta el padre Daniel, el misionero de la orden de Marianhill con el que había

quedado para saber de Rhodesia y de la misión de Empandeni, a donde iba destinado.

El Padre Daniel llevaba más de veinte años de misionero en África, los últimos diez en Rhodesia. Era un hombre fuerte, bastante alto, con una sonrisa plena, de las que se envuelven por una mirada que brilla. Su tez estaba curtida, seguro que del sol africano, y se marcaban más las arrugas del rostro, que parecían reflejar sobre todo expresiones de alegría. Vestía muy sencillo, vaqueros y camisa blanca, y notó que llevaba unas sandalias que había visto a los turistas alemanes. Se fijó en sus pies, que seguramente habrían andado miles de aventuras. Fue recobrando la ilusión que parecía haberse diluido en su viaje de nostalgias y dudas. Le llevó a un pequeño cuarto donde dejó su maleta y se metieron en la cocina a preparar una cena sencilla. Allí saludaron a un seminarista y otro misionero que ya se iban a acostar. Estaban las noticias puestas y hablaban de la autonomía que se estaba concediendo a Cataluña. El Padre Daniel comentó que de forma pacífica estaba consiguiendo más que el País Vasco. Le recordó a su hermano y cambio de conversación. Patxi escucho atento a una noticia curiosa sobre la creación de los tres primeros nodos de comunicacion de un nuevo sistema que podria revolucionar el futuro de la comunicacion, llamado «internet».

–Padre Daniel, ¿Hace cuanto que ha llegado a Madrid?

–Llámame Daniel, y yo a ti Patxi. ¿De acuerdo? Llegué hace una semana. He estado arreglando papeles, mandando proyectos aquí y allá, hablando con Manos Unidas y dando charlas en algunas parroquias y colegios. Me voy en dos días para Huelva, donde vive mi madre. Pasaré dos semanas en el pueblo con ella y luego vuelvo aquí para que me digan mi próximo destino.

–¿Cuanto tiempo llevabas en Rhodesia? ¿Tenías ganas de terminar tu misión allí?

–Llevaba diez años, y se me parte el corazón al irme. Es un país que sufre una terrible guerra, en contra del racismo blanco y por su independencia. Y a la vez se ve venir una guerra fratricida. Pero te encantarán sus gentes. Son nobles, sufridos y agradecidos. Yo he aprendido de ellos muchísimo, dejo en ellos parte de mi alma, y me llevo las luces de sus miradas, las magias de sus clics y la profundidad de sus cantos zulú.

–Pero es difícil no estar involucrado en su lucha. Cuando has visto el trato que reciben de los blancos de Rhodesia, no puedes quedarte callado. El obispo nos pide neutralidad, pero ¿cómo es posible que la Iglesia de Jesús no tome partido por los pobres y los oprimidos? Yo he acompañado a los jóvenes de Matabeleland que se alistan con la guerrilla para la lucha. Están en campamentos de Botswana. Nunca dejaré de abogar por la paz, pero entiendo su rabia y su lucha, Patxi.

Patxi empezó a sentir mucha sintonía con las ideas de Daniel. Imaginaba ya esas miradas, esos cantos, esos paisajes y esas discusiones sobre la libertad y sobre la paz.

Prosiguió Daniel:

–Como yo veo las cosas, el régimen de Ian Smith no podrá aguantar mucho el boicot que le ha hecho todo el mundo excepto los racistas de Sudáfrica, donde yo pasé los diez años anteriores. Se verá presionado a firmar un acuerdo con los guerrilleros shona y ndebele. La iglesia metodista está intentando favorecer un acuerdo de ese tipo, por la paz, y nosotros les apoyamos, siempre y cuando tengan en cuenta a loa movimientos de liberación. Muzorewa, el obispo metodista, ha pasado casi toda su vida en Estados Unidos y en los últimos años ha estado ajeno al movimiento revolucionario. Pretende representar a todos y eso causa tensiones. Ya veremos que pasa, pero puede ser que aún haya varios años de guerra. La misión esta en la puerta de entrada de los guerrilleros que se refugian en Botswana. Es blanco de ataques del ejército de Rhodesia. Tienes que saberlo, Patxi, no vas a un lugar fácil. Pero si vas con el corazón abierto, verás que es tan difícil como mágico.

–¿Y la misión, Daniel? Háblame de ella.

–Bueno, sabrás que fue fundada hace ahora cien años, y te esperan las celebraciones del centenario. Tu Orden Jesuita vino desde Ciudad del Cabo, a mil kilómetros, en unos carros de bueyes. Muchos murieron en el camino, y Lobengula, el rey ndebele entonces en Bulawayo, les recibió con violencia. Para bien o para mal, los ingleses de la Sociedad británica de Sudáfrica, liderada por Rhodes, sometieron a Lobengula y permitieron instalarse a las misiones. Desde entonces se nos ha visto como aliados con los racistas ingleses. Pero también hay que decir que Lobengula era un tirano sobre las tribus de Matabeleland, como los kalanga de Matabeleland Sur. Es ahí donde estamos. Compartimos la misión jesuitas y hermanos de Marianhill. Verás que hay escuelas primarias y secundarias, una clínica, varios talleres vocacionales, un seminario, granjas, huertas y hasta una fábrica de jabones. Es el lugar donde llevan sus chicos a estudiar muchos pueblos de la región.

–¿Y de la gente del lugar? ¿Qué me cuentas?

–La tribu mayoritaria son los kalanga, pero van mezclándose con ndebele. Es la región más pobre del país. La tierra es seca y arenosa, estamos al lado del desierto del Kalahari. Cuando no son las sequias o las plagas del ganado, es la langosta la que destroza lo poco que pueden plantar. Cultivan sobre todo mijo aunque se ha ido introduciendo el maíz, que ahora se consume más. El alimento de cada día es como una pasta de maíz, llamada *Sadza*. Hay verduras como la *chomolia*, y otras locales que conocerás. Nosotros tenemos unas pocas vacas y hacemos un yogur para añadir a la *sadza*, aumentando sus proteínas. Son gentes muy tranquilas y muy sencillas. Te aconsejo que antes de llegar sepas hablar un poco de ndebele, que es

lo que más hablan todos. Deberás conocer sus tabúes y sus prejuicios, lo que no es correcto, lo que más agradecen y lo que más temen. Ellos creen en Dios a su manera, pues su mundo más real es el de los espíritus de sus antepasados. Hablan con ellos. De veras creo que se comunican con ellos. Para ellos, su Dios es el *Mkulumkulu* y el mundo de la naturaleza y de los animales tienen significados mágicos.

–Daniel, supongo que si uno llega a respetar profundamente sus creencias, se pregunta que hacemos allí. ¿no es así?

–Exactamente Patxi. Creo que nos vamos a entender. Aún hay misioneros que desprecian esas creencias locales, que imponen el rito de la misa, los sacramentos, y las oraciones a su manera. Yo creo, Patxi, que la religión es un idioma para hablar con Dios. Igual que aprendemos el idioma materno para hablar con nuestros paisanos. Igual que se aprenden los lenguajes musicales para hacer o leer música. Los pájaros tienen también sus códigos. Todos los animales. Son lenguajes. Facilitan la comunicación, bien sea de pensamientos o de sentimientos. Creemos que sólo los humanos poseemos espíritu y comunicamos pensamientos y sentimientos. Pero en ello también tengo dudas. ¿Somos tan especiales? ¿Somos superiores a otros animales? ¿Y si aún así fuera: merecemos más?

–En todo caso, la religión, como idioma que es, tiene formas diferentes, igual que hay idiomas diferentes en el mundo. ¿Hay uno mejor que otro? No. Cada uno se ha adaptado a las necesidades y al contexto. Por ejemplo, hay más de veinte palabras para basura en inglés, ¿sabes cuántas hay en ndebele?

–No.

–Ninguna. No existe. No se tira nada. Todo vale para algo. El ndebele tiene trece tipos de clics guturales, y cada uno se puede decir con un tono diferente, significando algo distinto. Se pueden usar aisladamente para no interrumpir al que habla pero hacerle sentir nuestro sentimiento por lo que dice. ¿Es eso salvaje? ¿Inadecuado? ¿Hay que sustituirlo por un correcto inglés de Oxford?

–Claro que no.

–Pues de igual manera la religión ha ido adaptándose a los sentimientos locales. De hecho, la unión a los antepasados es muy fuerte. A mí me emociona como les recuerdan. Nosotros apenas les traemos al recuerdo durante unos pocos meses después de fallecer. Se preocupan más en sus rezos por las lluvias o por las plagas y menos por la codicia pues no hay dinero ni grandes abusos de poder entre ellos, o por la sexualidad, pues la viven de forma más natural.

Patxi no cabía en su asombro. Se identificaba con cada palabra de Daniel.

–Entonces, dime, Daniel, ¿qué hacemos allí?

–Lo que hubiera hecho Jesús, ¿que crees tú?

–Yo creo que Jesús simplemente hubiera vivido con amor, compartiendo, transmitiendo paz y esperanza entre todos para vivir y morir en paz y profunda felicidad.

–Pues eso es lo que creo yo. He ayudado a miles de familias en sus trabajos, en sus estudios, en papeleos en Bulawayo, en construir pozos o en hacer hornos, en acompañar en la tristeza de los funerales y la alegría de los bautizos, en intentar transmitir serenidad y paz cuando la opresión de los racistas blancos los desespera. En miles de detalles de cada día. Mi cruz es para mí una referencia al amor.

–Pero tu actitud tan comprensiva y distinta de lo que pide el Vaticano, ¿la aprueba el Superior, el Obispo en Bulawayo?

–¿Por qué crees que me voy?

A la mañana siguiente sonó el teléfono mientras desayunaban y continuaban la conversación. Daniel le dijo: Patxi es para ti. Lo llamaba un tal Rob, un amigo de Jon, su tío el de Idaho. En un castellano con acento americano, le dijo que su tío Jon era amigo de su padre, y le había dado el teléfono del caserío. Allí le habían dado el de esa casa. Traía un paquete para la familia, y se lo quería entregar. Aunque él ya se iría en una semana a Rhodesia, intentaría mandarlo por correo. Tenía curiosidad por conocer a ese joven americano. Intuía que las casualidades, como la de coincidir en el tiempo y el espacio, tenían un significado. Quedaron para verse en la Puerta del Sol al día siguiente.

Durante el día alternó lecturas sobre Rhodesia, con charlas con Daniel, más y más apasionantes del sentido profundo, y no litúrgico y menos aún de poder, de la religión. Se sintió de nuevo traidor al «quitarle» el puesto a un rebelde noble. Pero él tenía iguales pensamientos. Daniel debía partir. La vida susurra el camino. Se dieron un profundo abrazo. Daniel le regaló tres piedras negras, secreto de los Padres Blancos para las mordeduras de serpientes.

–Lástima que no valgan para el daño que hacen las serpientes de dos piernas. *Lihamba kuhle*, «ve en paz», como dicen las gentes que pronto vas y te van a querer.

Patxi y Rob quedaron frente a la boca del metro de Sol. Se acercó un hombre alto y sonriente, con la cara pecosa y un sombrero de paja. Llevaba vaqueros y una camiseta que hablaba del «*free speech movement*».

–¿Rob?

–¿Patxi?

Se dieron la mano y fueron a tomar una caña de cerveza a un bar de la Plaza Mayor.

Rob era hijo de un ganadero de Idaho y amigo de su tío Jon, quien había emigrado hacía ya treinta años, a Estados Unidos. Patxi sólo había visto a Jon en un cumpleaños del abuelo Agustín. Jon tenía cinco hijos, tres varones y dos mujeres, ya todos casados y con hijos. Rob era amigo del pequeño de ellos, Josu, como su tio. Habían sido compañeros de escuela y de aventuras de niñez y adolescencia en el pueblo de Idaho donde crecieron juntos. Josu se había quedado para seguir con el trabajo de la tierra y el ganado. Se había casado a los veinte años con una

chica del lugar. Pero Rob quiso seguir estudiando. Estaba en su cuarto año de la universidad, en Berkeley, un lugar cerca de San Francisco.

Al saber que Patxi se iba a Rhodesia, Rob sintió mucho interés, pues estaba estudiando derecho internacional, y seguía con atención los acontecimientos en África. Le dijo que su hermana era «Peace Corps» en un país llamado Sierra Leona y le escribía cartas muy emocionantes de su vida. El sentía como si ella viviera de verdad y el fuera el espectador de la vida. Le contó cómo las mujeres carecían de derechos y eran sometidas a la mutilación genital y a matrimonios impuestos desde niñas.

–¿Y tu qué haces, Rob?

–Pues estudio relaciones internacionales, aunque me interesan mucho la filosofía y la sociología, creo que son las bases de la política. Acusamos a menudo a la política, y con razón. Pero muchas de sus contradicciones están en la propia sociedad.

Había venido a una conferencia de estudiantes, a hablarles del movimiento del «free speech» (discurso libre) en Berkeley, donde él estudiaba. Le contó sobre el libre pensamiento y expresión, el movimiento hippie de liberación y la oposición a la guerra de Vietnam. Le pidió disculpas por cómo el gobierno americano había ayudado a Franco y a tantos dictadores, sobre todo de Latinoamérica. Patxi fue disimulando, pues hubiese hecho tres preguntas por frase, pero estaba encantado de oír a alguien con ideas tan libres.

Le dijo que en su país aún estaban muy arraigadas las ideas estrictas del Antiguo Testamento y que incluso salían sectas más radicales y con líderes carismáticos tremendamente proselitistas. Le dijo, escandalizado, que la mayor parte de los americanos creía en el infierno, y que aún había mucho racismo. Le contó que había estudiado la física del inicio del universo y su expresión más diminuta en la física cuántica. Pensaba que todo era una dualidad de materia y energía. Que la materia era aún más inefable y efímera, hasta en su expresión de tiempo y espacio y que la energía a la que verdaderamente pertenecían en su infinita y eterna expresión. Él había sido inspirado por las ideas del budismo, como muchos jóvenes del movimiento hippie. El budismo creía en la misma unidad del universo y en una energía común a la que pertenecían, de la cual no éramos conscientes por nuestra ilusión en lo inmediato, y material.

Patxi lo interrumpió y le dijo:

–Rob, lo que dices es muy interesante, ideas inspiradas por el príncipe Siddhartha en un retiro voluntario y útil, para el pensamiento de alguien en meditación o en nuestros rezos en el convento. Pero ¿cuál es la energía con la que se tiene que identificar un niño hambriento en África.? ¿Qué hay de sufrimiento ilusorio en alguien que sufre enfermedad y hambre?

Rob estaba de acuerdo. Huía del determinismo de la religión, y luchaba contra la injusticia. En ese momento empezaron a hablar del movimiento de independencia del Tíbet y acabaron hablando de Gandhi. Hablaron de los principios de Satia y de Aimsa. Volvieron a conectar con el sentimiento de unión del budismo, entre la Humanidad, con la naturaleza y con el Universo. Patxi pensó en los ndebele y sus mundos mágicos de animales, de antepasados y de naturaleza. Pensó en los ejercicios espirituales de San Ignacio. Pensó en la teología de la liberación. Pensó en los ojos tristes de su hermano.

–¿Patxi, me estas escuchando? Parece que estas en otros pensamientos.

–Si, perdona.

Rob había cambiado de tema. Estaba contando la evolución del hombre, de las comunidades egalitarias de nómadas recolectores y esporádicamente cazadores, a la agricultura y el principio de la propiedad y las diferencias impuestas por los señores feudales, origen de nuestras naciones, a la revolución industrial y la explotación de la clase obrera, al capitalismo de nuestro siglo, que estaba hundiendo al hombre en la avaricia y en una sociedad de miedo y competividad, de consumo y destrucción. Le habló de cómo en la evolución humana desde hacía unos dos millones de años, los simios sufrieron mutaciones y divisiones en grupos diferentes. Mientras los chimpancés vivían en jerarquías basadas en el poder y la dominación entre ellos; otra estirpe de la escisión, los *bonobos* (chimpancé pigmeo) utilizaba el placer colectivo frente a los peligros. Unos usaban el poder para el placer y la propiedad, mientras los otros usaban el placer sin sentido de propiedad para enfrentarse a los miedos y las tentaciones del poder. Decía que teníamos los humanos similitud genética con esas dos evoluciones y la dualidad de lo social y solidario y lo agresivo y dominante. Rob le explicó que nuestra sociedad estaba basada en el individualismo competitivo y vivíamos con el sufrimiento de la alerta constante y la lucha de clases, mientras que dentro de nosotros teníamos el potencial de vivir en paz y amor, sin propiedades materiales . Ni de unos con otros, incluidos los matrimonios y las relaciones patriarcales Que era ese el mensaje de paz y amor que traía a las reuniones de estudiantes en Madrid.

–Rob, hablas del anarquismo que inspiró a nuestra república. En mi familia ha habido muertos por ello. Yo estoy de acuerdo con una sociedad de amor, pero en la que haya respeto por la intimidad de cada persona, responsabilidad en la paternidad, estímulo al esfuerzo y al trabajo recompensado sin generar injusticias. No creo que seamos del todo «*bonobos*» para vivir sin regla alguna.

–Patxi, Jesús lo creía. Y su mensaje es el del amor. No entendía las naciones ni las propiedades. Ni la religión como es hoy en día. ¿Conoces la canción de «Imagine».

–¿La de John Lennon? Sí. Es preciosa.

–Fíjate: sin propiedades, sin religiones, sin países.

–Rob, yo también creo en el amor. Y mi mensaje es Jesús.

Se dieron un abrazo y se dejaron las direcciones para escribirse.

Patxi volvió en el metro absorto en las ideas de Daniel y de Rob. Resonaban en su propia critica al Vaticano, al proselitismo y a las alianzas con el poder. Pero él se sentía inspirado en Jesús. Había gente que sufría y que esperaba su mano amiga y su mensaje de esperanza. Intuía que le esperaban grandes emociones si iba con el corazón abierto y fundido con el universo como inspiraba el budismo. El lenguaje era lo de menos. El lenguaje del corazón no tenía reglas.

XIII

EL PLAN DE LA LIBERTAD

Arguamul, Gomera, julio, 1978

Después de las tertulias con Fernando, Jonay había decidido desde su adolescencia, que sería médico. Pero no médico como los del hospital, con buenos sueldos y helicópteros para trasladar pacientes a Tenerife cuando los pedían, sino médicos para los más pobres, como había hecho Fernando. Recordaba constantemente la historia de la bolsa de plástico del Sr. Conteh. Fernando le había dado una copia de los «50 consejos para un joven médico en África» del Hermano Ricardo.

Mientras tanto, Fernando había conseguido que le convalidaran su título de médico cubano en España, y había pedido la residencia. Eso le trajo bastantes problemas, incluídas visitas de diplomáticos cubanos pues los internacionalistas cubanos debían regresar a la isla. Él tenía sentimientos mixtos, pues por un lado era un apasionado de la revolución comunista cubana, pero por otro lado no podía entender cómo coartaban la libertad a quienes no pensaban igual. No podía soportar que Cuba ajusticiara a condenados, algunos por motivos políticos. Le partía el corazón. Tenía algunos amigos que estaban presos.

Unas semanas después de venir, coincidió que la hija del Che Guevara, Aleida Guevara, vino a dar una conferencia al cabildo de la Gomera. Medio pueblo fue a escucharla, aunque los caciques intentaron desacreditarla e impedirlo. El discurso revolucionario fue hermoso, y contó historias increíbles de su padre. Ella era pediatra y explicó muchas bondades de la medicina en Cuba. Venía de formar parte de la delegacion de Cuba que participo en una Conferencia de Salud en una ciudad de una URSS, llamanda Alma–Ata, y de la cual dijo que se estaban, finalmente en la historia de la Humanidad, reconociendo las bases democráticas de la salud y el derecho y responsabilidad de la participacion comunitaria.

Al final de la conferencia, Fernando hizo la primera pregunta:

–Camarada Aleida, ¿puede una revolución ahogar la libertad de un pueblo, en nombre de su liberación?

Aleida notó el acento cubano, y la mirada profunda de aquel hombre desafiante sin recordar que habían sido compañeros en La Habana.

–¿Por qué lo dice usted? Cuba es un pueblo liberado del capitalismo y del imperialismo. La única restricción en Cuba es la de adueñarse de propiedades y de enriquecerse a costa de los pobres.

Fernando, sólo le contestó:

–Me temo que hay otras que usted no conoce.

Se miraron fijamente y tras dar las gracias y recibir un aplauso de los oyentes, Aleida se acercó a Fernando. Intercambiaron algunas palabras y en seguida identificó quien era. Se conocían de la escuela Pedro Kourí. Acordaron ir a cenar juntos y a hablar de la salud y de la libertad en Cuba. Fernando le pidió si podrían venir Jonay y sus padres, que era como su familia. Aleida asintió. Le acompañaba una persona muy callada, muy corpulenta. Durante la cena, Aleida y Fernando hablaron con gran solemnidad y respeto, como si estuvieran repensando la revolución. Cuando supo que estaba pendiente de volver tras su periodo de internacionalista, le dijo que le esperaban, que la revolución aceptaba críticas, y que todos eran necesarios. Fernando no dijo nada. En ese momento su mente, y se diría que su corazón, estaban a mucha distancia. Eran otros los horizontes de su alma.

Pero había otra historia reciente de Fernando que aún no conocían Jonay y su familia. Cuando ya consiguió la residencia y estaba registrado como médico, paso un año haciendo guardias de urgencia en el hospital de San Sebastián, ayudando a Tomás en la pesca. Tocaba la guitarra y con John a la harmónica daban conciertos en un bar de San Sebastián. Cantaban también las canciones de Silvio Rodríguez, Pablo Milanés y la nueva trova cubana. John le enseño canciones country, le encantaba John Denver. Inspirados por la ilusión de la transición cantaron también las canciones de Jarcha y Aguaviva, animando hacia los debates y votación por el referendum de la primera constitución española tras el franquismo. Al año siguiente, echaba tanto de menos lo que él llamaba «medicina auténtica», la que combina menos medios y más necesidades., que se fue a pasar tres meses de nuevo al hospital de misión de Sierra Leona. Desde la muerte del Hermano Ricardo, tenían sólo médicos que se quedaban poco tiempo, y le pidieron que cubriese un vacío de unos meses.

A su vuelta, hacía un mes, le ofrecieron un trabajo en Vallehermoso, el pueblo más lejano y aislado. Durante aquel mes, Fernando combinó el trabajo del centro de salud, con el de reconstruir una casa en un pueblo abandonado, aún más lejano, al borde de los acantilados llamados Los Órganos, y por donde bajaba por un peligroso camino, hasta una playa solitaria, «su playa». Allí recogía percebes donde rompía fuerte el mar, y recuperaba maderas de restos de naufragios que las fuertes mareas traían a la playa, a su playa. Con un sistema de poleas en varios puntos del camino hasta su casa, subía aquellas maderas y troncos. Con ello y algo

de cemento y cuerdas que trajo de San Sebastián, fue recuperando una casa abandonada. También construyó un pequeño embarcadero. Su afán era tan intenso que se diría que estaba preparando algo. Dejó de venir a San Sebastián, a pescar con Tomás, navegar con John o charlar con Jonay sobre medicina.

Como Jonay estaba en su último año de la escuela, quiso ir en el verano con Fernando, para acompañarle en las consultas y visitas a los enfermos. Llevaba ya varias semanas sin venir, y era muy difícil conectar por teléfono. Así que un día Jonay se fue en la guagua hasta Vallehermoso y emprendió el camino hasta Arguamul. Encontró a Fernando subiendo un tronco muy grande, de algún mástil de un naufragio. Como Fernando lo estaba amarrando con unas fuertes sogas marineras, Jonay bajó hasta la segunda polea y le silbó, en el lenguaje de silbos de la Gomera, preguntándole si empezaba a tirar. Fernando, que vestía casi todo el día solamente un pantalón corto y una cinta que sujetaba su larga cabellera, le dijo que sí, con cuidado, también con el lenguaje de silbos que le había enseñado Jonay. Pasaron una hora hasta que subieron el resto de la altura de doscientos metros del acantilado, aquel pesado tronco. Cuando tiraba de los últimos metros en la última polea, con Fernando empujándolo y dirigiéndolo desde abajo, les iluminaron los rayos rojos del atardecer. Cuando llegó arriba, Fernando le dio un abrazo a Jonay. Se saludaban con mucha alegría, y Fernando le había enseñado un saludo en el que chiscaban los dedos, que era común en Sierra Leona.

–Gracias Jonay, ¡sin ti hubiera estado toda la noche para subirlo!

–¿No trabajarás por las noches, no?

–Cuando hay luna llena como hoy, desde luego que sí.

–Te vas a matar, Fernando, no paras de trabajar. ¿Para qué tanta prisa? Puedes alquilar una casa o un cuarto en Vallehermoso. Además nunca te vemos ya.

–Sabes que soy muy cabezón. Además, me gusta mucho, me siento libre. Mi playa, mi desfiladero, mi casa. El atardecer. Esto es el paraíso.

–Si, ¿pero de qué vale un paraíso si eres su único habitante.? ¿Se puede ser feliz en tanta soledad?

Fernando no contestó. Jonay observó que algo profundo invadía su pensamiento.

Arrastraron con cuerdas el tronco hasta el frente de la pequeña casa que Fernando estaba reconstruyendo.

–Déjalo aquí. Mañana lo subiremos hasta estos dos pilares que he construido con piedras del barranco. Será el eje del tejado del porche. Ya verás. Pero, Jonay, cuéntame, ¿Qué hay de nuevo por San Sebastián? ¿Qué noticias hay por el mundo? Aquí vivo aislado y tranquilo.

–Pues murió el Papa, eligieron a otro pero murió también a las pocas semanas. China ha levantado la censura de Artistóteles, Shakespeare y Dickens, y en España ya no es delito el adulterio. Y el líder de ese grupo que reclama la inde-

pendencia canaria, ha ido a representar a Canarias a la Unión Africana, y alguien, no se sabe, le ha intentado asesinar. Pero lo que más me ha gustado saber es que a la hija de Franco la han detenido en la aduana intentando salir del país con un montón de joyas y monedas de oro. Que a los poderosos les paren los pies, me llena de esperanza.

–Sí, son buenos signos. Y dime, ¿qué te trae por aquí?

–He venido a verte, te echaba de menos. Además, ya me he examinado de la selectividad y me he inscrito en la Facultad del Medicina en la Laguna, Tenerife. Pero hasta que me vaya allí, tengo tres meses libres, y quiero acompañarte a algunas consultas y visitas a pacientes. ¿Me dejarías hacer eso?

–¡Por supuesto, camarada Jonay! (le llamaba así cuando estaban alegres). Me encantará contarte muchas cosas, e ir haciéndonos colegas de profesión.

Al entrar en su casa y encender algunas velas, Jonay se fijó en una foto encima de una mesa al lado del colchón donde descansaba Fernando. Poco más había en esa casa, aún en ruinas. La foto era de blanco y negro, y estaba arrugada. La imagen era del rostro de perfil una mujer negra. Era bellísima. Su mirada era serena y firme, su cuello erguido y largo. La tenue curva de sus labios detonaba solemnidad ante la vida. Llevaba un pañuelo en la cabeza que dejaba caer algunos cabellos por la frente, sudorosa. Sudor noble, seguro.

Se dio la vuelta y vio que Fernando también la miraba.

–Fernando, ¿quien es?

–Se llama Kadiatu.

–¿Es de Sierra Leona?

–Sí.

– No necesitas contarme más si no quieres. Aunque yo te cuento todo de Patricia, la chica que me gusta de La Lomada.

–Lo sé, Jonay.

En ese momento, Jonay notó que a Fernando se le nublaba la vista. Decidió no insistir, no mirarle. Pero sabía que había algo muy importante que pesaba en su alma.

Fernando salió bajo la luna llena, se sentó en una roca ante el acantilado. Jonay, silenciosamente le siguió. Se sentó a su lado. Le puso la mano sobre su hombro.

Fernando estaba mirando al horizonte del Atlántico inmenso, brillante de la luna llena, sereno de la noche mágica, sin apartar su mirada, nublada por la emoción que estaba apunto de desvelar.

–Jonay, eres como un hijo para mí. Os debo toda la confianza a ti y a tus padres. Por eso tengo que decirte algo que hasta ahora no os he contado por temor.

Jonay, asintió mirándole. Fernando seguía mirando al horizonte.

–En mi última estancia en el hospital de Sierra Leona, conocí a una mujer, Kadiatu, la que has visto en la foto. Fue en uno de los viajes a las villas. Le pedí a Abú que parase la camioneta, pues vi a un grupo de chicos sentados en un tronco con sus piernas ulceradas. El Hermano Ricardo había implantado la costumbre de parar a lo largo del camino a tratar aquellas heridas con sus mágicas mezclas de miel africana y antisépticos. Se había corrido la voz por toda la región y siempre había grupos en los lugares más inesperados. Bajé de la camioneta, donde también llevábamos en la parte de atrás a algunos enfermos graves para el hospital. Cogí la caja de las úlceras tropicales, y me dispuse a ir curando y desbridando una a una las heridas. Cuando llegué al último caso, me di cuenta que la úlcera era muy grave. Era profunda, dejaba ver los tendones y músculos. Estaba infectada. Ocupaba toda la pierna. Se trataba de una niña de unos diez años. Le pregunté su nombre y me respondió: «Lisy». Me miraba asustada pero muy quieta. Me había fijado tanto en la herida, que no repare en que estaba sentada en el regazo de una mujer, que le acariciaba su pelo ensortijado para aliviar su miedo del «opoto» –hombre blanco– y de la enfermedad. Cuando levanté la mirada, vi que se clavaban en mí los ojos más bonitos que nunca había visto. Todas las miradas hablan. Aquella cantaba. Cantaba una melodía de belleza y armonía. Sus rasgos eran de la tribu de los fulas, casi tan dignos que parecen altivos. Era esbelta y delicada pero a la vez su aura respiraba serenidad enraizada en nobleza.

–Te aseguro, Jonay, que no tardé más de diez segundos en sentir que ella era la mujer que llevaba toda mi vida esperando aunque aún no la había oído hablar, no sabía su nombre ni sabía su historia. En mi torpe criollo le dije:

–Tenemos que llevar a Lisy al hospital, necesita que cuidemos muy bien su pierna. Si no, la puede perder. ¿Es familia tuya?

–Sí, es mi hermana.

–¿Y dónde están vuestros padres?

–En Serabu, muy lejos.

–Pues tenemos que llevarla, ¿vienes con ella?

–No tengo dinero.

–No importa, buscaremos una cama para ella en el hospital y puedes quedarte al lado de ella. ¿Cómo te llamas?

–Kadiatu.

–En el hospital se instalaron en un rincón de la sala de pediatría. Lisy dormía en una cama de niños compartida con otra niña con malaria. Kadiatu se acomodó con unas telas en el suelo. Buscó tareas en las casas cercanas, traía leña, cocinaba, barría los porches de las casas y lavaba las ropas de pacientes y sus familiares. Con eso le daban un poco de arroz que ella cocinaba con algunas verduras para su hermana, y si sobraba algo, para ella.

–Estuvo ingresada una semana mientras le limpiaba la herida, granulaba con la fórmula del Hermano Ricardo, y preparaba zonas de su espalda y el muslo de la pierna sana para hacerle injertos con el dermatomo. Una semana después ya estaba lista para la operación. Por la noche pasé al verla con una lámpara de queroseno, como cada noche hacía pasando por todas las salas de ingresados y parándome en los más graves o en los que operaba al día siguiente. Había notado que cada día Kadiatu me miraba con una profundidad que me invadía entero de su belleza y dignidad. Yo le devolvía la mirada aunque al poco tiempo disimulaba con alguna broma para distraer a su hermanita, y veía de refilón su suave, casi imperceptible sonrisa. Ese día le dije que le tendría que explicar los cuidados de su hermana, pues estaba lista para irse a su casa.

Jonay estuvo mirando a Fernando con profunda atención y respeto. La noche era preciosa, la luna brillaba sobre el inmenso mar, que se extendía a sus pies, bajo el acantilado de donde subían los troncos de los naufragios. Al ver que Fernando contaba su historia mirando al horizonte, mirando hacia los órganos, hacia el este, hacia África. Jonay siguió su historia mirando al mismo horizonte, como queriendo imaginar las imágenes de su historia, en aquel trágico, mágico y lejano mundo.

–Salí fuera del hospital con Kadiatu. Era una noche oscura, mágica, del mes de septiembre. Es el mes de las tormentas eléctricas, donde se ven continuamente relámpagos lejanos en la noche, que iluminan tenue y fugazmente todo. La humedad de la estación de lluvias había preñado de larvas la tierra roja, y ahora la noche se llenaba de luciérnagas que aumentaban aún más el sentido mágico de todo. A lo lejos se oían cánticos de alguna celebración. Tambores rítmicos, profundos. Como el latir de mi corazón.

–Hablamos de la herida de su hermana, y le conté cómo sería la operación, los cuidados que debía tener, las revisiones en el hospital y luego en el tronco donde las conocí. Me sentí culpable, pues en el fondo le contaba más a ella que a ningún paciente o familiar, todos los detalles. Vi la mirada furtiva de su hermana, que había conseguido salir de la cama y mirarnos desde la ventana de la sala de pediatría. En ese momento también se acercó a mirar el enfermero de guardia. Aumentaba más mi sentido de culpa el saber que en la cultura fula, y en su profundo sentido del Islam, no había lugar para relaciones, ni siquiera encuentros, fuera de sus ritos tradicionales, de sus arreglos familiares de bodas pactadas desde una edad muy temprana en las mujeres, de sus dotes y de su adhesión sin fisuras al Islam. Pero algo muy fuerte se había clavado en mí desde la primera vez que se habían cruzado nuestras miradas.

–Cuando terminé de explicarle la operación y los planes de cuidado vi que Kadiatu estaba llorando. Es muy raro ver a ningún fula llorar, sobre todo por dolor. Algo muy grave debería estar pasando.

–¿Que te ocurre, Kadiatu? ¿Te preocupa la enfermedad de Lisy? ¿Temes que tengamos que amputar su pierna?

Realmente pensé que el riesgo era alto.

–Sí, me preocupa, pero sé que está en el mejor lugar para salvarse. Hay otras cosas que me preocupan más.

–Dime. Puedes confiar en mí. Aún no nos conocemos, pero sé que somos almas gemelas. No lo sé explicar. Pero lo sé.

–Yo siento lo mismo, y tampoco sé explicarlo. Espero cada día a tu visita a Lisy, y las buenas noches. Mi corazón se dispara como los tambores en los bailes.

En ese momento empezó a sonar lejana una flauta fula.

–Debo decirte mi situación y la de Lisy. Mañana después de la operación, debemos partir. Yo no creo que nos vuelvas a ver. Mis padres no han venido, ni ningún otro familiar. No saben que estamos aquí, pero creo que ya se han enterado y vendrán pronto. Necesito huir.

–¿Por qué? ¿De que huís?

–Hace un año que mi padre acordó con un hombre muy poderoso, un «chief» de Serabu, que debía casarme con él. Ese hombre tiene ya cinco mujeres con quien todos saben que es violento. Es muy rico y poderoso, y se había encaprichado de mí cuando me vio un día desde su coche. Apenas he visto el mundo, pero sé que se puede vivir con amor y no con temor. Le dije a mi padre que no quería casarme, que deseaba estudiar y encontrar un hombre bueno por mí misma, sin que me fuera impuesto. Esto te puede parecer normal en tu mundo, pero en mi mundo es una gran afrenta a las tradiciones, a la religión, a la familia. Al principio, mi padre no quiso darle importancia a mi actitud. Pensaba que cedería. Pero insistí. Cada vez eran más fuertes las discusiones. Mi madre y las otras mujeres e hijos de mi padre se pusieron de su lado, y todos me chillaban y amenazaban.

–Mi padre me decía: «Hija: ese hombre será bueno para ti. Es un buen musulmán. Además es rico y tendrás todo lo que deseas. Nos ha adelantado una dote muy importante, con la que vamos a arreglar el tejado. Es lo mejor para ti. Además es tu obligación. Soy tu padre».

–Te lo suplico, padre. No me lleves con él. Prefiero morir.

–Mañana vendrá para los detalles de la boda. Será dentro de das semanas. No hay más que hablar. Es la voluntad de Dios y lo que tu padre te ordena.

–Esa noche fui a mi camastro, un colchón en el suelo, en nuestra humilde casa de suelo de tierra y tejado de paja, con las maderas ya podridas. Miré al cielo de estrellas, que se dejaba entrever por los huecos del tejado medio caído. Las estrellas eran maravillosas, más que el tejado de zinc que mi boda iba a traer. Ese mismo tejado taparía las estrellas. Y esa boda ahogaría mi vida en tinieblas. En ese

momento, noté algo en el lado de mi cama. Era el siseo de una cobra. Sigilosamente me levanté de la cama. Era el signo final, debería huir.

–Yo escuchaba su relato absorto de emoción y sintiendo en cada palabra su dolor. Nos habíamos sentado en un tronco del camino hacia el bosque. Sin pensar, la había cogido la mano. Ella, aunque tímida, no la rechazo y siguió contándome su terrible historia.

–Pero no podía hacerlo sola. No podía irme dejando sola a mi hermanita Lisy. Ella sabía de mi tristeza y temía que me fuera de casa. Un día me hizo prometer que si me iba la llevaría con ella. Ella también se estaba enfrentando a mis padres y a las tradiciones. Ese año tendría que pasar por el rito de la sociedad *poro*, que incluía la circuncisión genital. Todas las mujeres en este país pasamos por ello, sin siquiera pensarlo. Pero ella había oído a una americana de los «*peace corps*». en una reunión en el pueblo, de los peligros de ese rito. Cuando estaba hablando de ello vinieron unos hombres a echarla violentamente. Desde entonces Lisy tenía sueños de terror sobre el dolor y la mutilación. Les había dicho a mis padres que ella no pasaría por ese rito. Antes se iría de casa. A su tierna edad, apenas diez años, todos se reían de ella. Pero mi padre la miraba fijamente. Y me miraba a mí.

–Además Lisy dormía al lado mío y se había despertado. No necesite decir nada, ella sabía lo que iba a ocurrir. Me sorprendió ver que cómo ya tenía preparada una bolsa para huir, con ropa, algo de comida, los palos para cepillar los dientes, jabón y una vieja copia de El Corán.

–Salimos con sigilo y comenzamos a andar. No sabíamos dónde ir. Lisy sabía que la voluntaria americana a la que había oído hablar vivía en un hospital de misión en Sengema, a unas tres horas de camino. Caminábamos sin hablar, con los ojos nublados de tristeza, pero el paso firme hacia un destino aún no conocido. Sabíamos que dejábamos atrás lo más sagrado y lo único que nos hace sobrevivir en África, la familia, sus tradiciones y sus creencias. Pero sabíamos que era mejor morir con dignidad que vivir arrodilladas y con miedo.

En ese momento pensé en las palabras de Emiliano Zapata, luego recordadas por el Ché: «Prefiero morir de pie a vivir arrodillado».

–Cuando llegamos a la misión de Sengema, preguntamos por la americana, y nos llevaron a su casa. Nos recibió sorprendida. Le contamos nuestras historias, y le pedimos si podíamos quedarnos con ella.

–Se llamaba Laura, era de un lugar llamado Berkeley, en California. Tenía el pelo marrón claro, largo, ojos azules, mirada suave, gestos frágiles, y una sonrisa de profunda paz. Laura nos dijo que a veces es bueno ser diferente y luchar por lo que uno realmente cree. Nos contó que sus padres habían instigado una revolución en su ciudad cuando eran jóvenes y ahora en su país la gente se podía expresar libremente. Nos dijo que éramos valientes y que nos ayudaría, pero que allí no estábamos seguras pues el hombre que me pretendía desposar era muy co-

nocido y pronto sabría de ellas. Era una de las personas que lo habían amenazado para que dejara el país y dejara sus tradiciones en paz. Esa misma noche nos llevó con la familia con la que había vivido en su etapa de adaptación a la cultura de Sierra Leona, según el programa de los «peace corps». Era en el pueblo de Masimera, cerca de Lunsar. Tenía confianza con la familia para contarles la situación, y que ellos nos acogieran para tareas del hogar y del campo. Tocaba la recogida de arroz y muchas personas, incluidos niños y jóvenes, se trasladaban a los arrozales del norte para trabajar. Es allí donde empezó a progresar la herida de Lisy. Y así fue que te conocimos y estamos aquí. Pero sin saber dónde ir. Se, por una amiga, que mi padre estuvo en Masimera buscándonos hace unos días.

–Sentí miedo y a la vez toda la fuerza del mundo de hacer algo justo por la persona con la que, sin saber explicar por qué, quería pasar el resto de mi vida.

–Esa misma noche arreglé con José María y con Abú, que debía ir a Freetown antes del amanecer, a por unos repuestos esenciales para el dermatomo, que Josu había dejado en una casa de un amigo portugués en Freetown. Era cierto. Pero la premura era porque necesitaba llevar a Kadiatu y a Lisy a Freetown, a salvo. Operé a Lisy esa misma noche, explicándole al enfermero de guardia, que parecía sospechar algo extraño, que había riesgo de gangrena. En verdad lo había. La operé con injertos de la espalda y el otro muslo. Hice las curas. Preparé una bolsa con los materiales para sus curas y con antibióticos y vendas. A las cinco de la mañana salíamos hacia Freetown. Mientras Abú fue al obispado a por cartas y encargos, yo fuí con Kadiatu y Lisy a casa de Don Ramón. Un hombre recio y poco hablador. También había sido marino y había navegado con Josu por los mares del Oeste de África, hasta que una tormenta le lanzo contra el palo mayor y le fracturo el fémur en tres sitios. En Freetown nadie le atendía, y por consejo de Josu, acabaron en Saint Joseph, donde el Hermano Ricardo le trató con barras de hierro que atravesaban el fémur, poleas y pesos de bolsas de arena, y ungüentos de secretos tradicionales para que osificara el maltrecho hueso. Así fue consolidando su fractura, pero ya no podía andar bien por la cubierta de los barcos. Se casó con una mujer *temne* y vendían cerveza de jengibre a los trabajadores del puerto de Lunghi en Freetown. También almacenaba mercancías que traía Josu desde Europa, como los contenedores para los hospitales de misión. Le expliqué la situación a Ramón. Me dijo que las acogería en su casa, y que a cambio le podían ayudar en el almacén. Pero que no podrían estar mucho tiempo. Había oído hablar del chief de Serabu y sabía que era traficante de diamantes de contrabando, que los intercambiaba con armas de Libia y las vendía a mercenarios de Liberia. Una semana más tarde llegó Josu en su carguero, y le expliqué la situación. Me dijo que podrían ir a Conakry o a Senegal, pero que como mujeres solas sufrirían mucho y acabarían sometidas por personas aún más perversas que el chief de Serabu.

–Desde entonces estoy pensando cómo puedo traerlas. Llevo un mes pensando día y noche en ellas. No sé si aún estarán a salvo. Mi plan es llamar a Josu para que las meta en su barco, e ir en un barco más pequeño a su encuentro y traerlas aquí. Yo ya tengo mis papeles en regla, necesito ayudarlas, Jonay. Por eso estoy construyendo esta casa, y, lo que no te he dicho, construyendo una barca en la playa.

Jonay había imaginado todas las imágenes, incluso los sonidos y olores, oyendo a Fernando y mirando al mágico horizonte.

–Ahora entiendo tu afán con el embarcadero, tu silencio, tu empeño con la casa. Debías habérnoslo contado.

–No quiero comprometer a nadie con esta historia, Jonay. Se nos puede acusar de tráfico de seres humanos. Además de que el chief de Serabu puede descubrir el plan y hacer daño a Ramón y a Josu.

Jonay le dio un abrazo a Fernando. Le dijo que podía contar con ellos. Que necesitaba ir a San Sebastián para coger equipaje y volvería con él. Fernando le pidió prometer que no diría nada a sus padres, Jonay asintió mientras se alejaba hacia Vallehermoso. Había cruzado los dedos en su espalda.

Jonay contó a Umbela y a John la historia de Fernando. Dos días después, Jonay volvió a Arguamul. Pero no lo hizo en la guagua hasta Vallehermoso. Habían ido los tres con Tomás en el viejo velero de John, quien lo había varado hacía varios meses y reparado. Atracaron en el embarcadero de Fernando en la playa de Arguamul. Fernando estaba pasando consulta en Valle Hermoso. Cuando volvió a su casa, aún medio en ruinas, con un viejo Renault–5 que había comprado, notó un olor especial. Umbela había preparado un potaje canario con bien de gofio, como le gustaba a Fernando: « que la cuhaara quedara en pie». Estaba preparando muchas bolas de gofio y miel, como las que hacían su padre y ella cuando iban de largas marchas por los montes de La Gomera y por el parque del Garajonay, o cuando el venia a verla al instituto desde Hermigüa. Se abrazaron en silencio y se sentaron a la mesa:

–Qué sorpresa y que alegría veros.

–Te hemos echado de menos.

Dijo John, en nombre de los cuatro.

–Y yo a vosotros. Pensaba ir a veros pronto. Aquí tengo mucho trabajo.

–Ya no necesitas ir a vernos, vamos a pasar varias semanas juntos.

–¿Os quedáis aquí un tiempo?

–No. Jonay nos ha contado lo que ocurre. Es la última vez que como amigo me escondes algo importante.

Lo dijo con una sonrisa y poniendo su brazo sobre los hombros de Fernando. Aquellos dos hombres eran como de otro mundo… un mundo *de valentía y ternura*.

Fernando miró de forma acusatoria a Jonay, pero a la vez había una profunda gratitud en su mirada. Miró a la foto de Kadiatu, ahora en una repisa de la cocina. Todos la miraron.

–Pero debo ver qué puedo hacer.

–Eso ya está preparado. Jonay apunto el teléfono de Josu. Le hemos llamado. En tres días llega a Freetown. Ya ha informado a Ramón. Kadiatu y Lisy están bien pero corren mucho peligro. Sabemos la ruta de Josu. Nos encontraremos con él en dos días a cien millas al sur de Fuerteventura. Iremos en nuestro velero. La barca que has construido no llegaría ni a Tenerife. Tenemos todo preparado a bordo del *Hope*. Ella también lleva esperando años una aventura de verdad y por una razón del corazón.

Umbela también tenía algo que decir:

–He hablado con la asociación Gara, en defensa de los derechos de la mujer. Nos ayudaran, una vez que lleguemos a tierra, a pedir el estatuto de refugiadas para Kadiatu y Lisy.

Fernando les miraba emocionado.

–Arriesgáis mucho, amigos.

–La amistad autentica espera a momentos en los que dar todo, dijo John.

Sin decir nada, John sacó su harmónica y empezó los acordes de «The Times They Are A-changing». Fernando sacó su guitarra y todos se unieron en una canción que anunciaba nuevos tiempos.

XIV

EL BUDISMO Y LA FÍSICA

Himalayas, 1979

Aimsa llevaba ya tres años en el *ashram*. Su maestro Sri iba y venía, siguiendo su eterno peregrinar por la India y trayendo a veces personas con una luz muy especial para el mundo... Así decía él. Aimsa fue aprendiendo de la espiritualidad del hinduismo y el budismo, mezclados en el ashram en la meditación profunda, trascendiendo al mundo de la realidad, que llamaban ilusorio. Fue siendo conocida y apreciada por todos por su generosidad y, reflejo de su nombre, su profunda serenidad. Se había convertido en una mujer muy bella, de un cuerpo sano y fuerte a la vez que delicado, un pelo largo azabache que caía hasta su cintura y se mecía con el viento, una mirada profunda y serena enmarcada por la quena y coronada por su tercer ojo, *bindi*, atrayendo la magia del universo, una hermosa y frágil línea entre sus labios que siempre ofrecía la luz de su limpia sonrisa al saludar con respeto a quienes se cruzaban en su caminar.

El *ashram* tenía una escuela para un grupo especial de jóvenes, y fue aprendiendo de maestros y gurús en diferentes áreas del saber espiritual y también ciencia, historia, matemáticas, literatura oriental y occidental, biología y astronomía. Cuando no estudiaba o meditaba, ayudaba en el ashram con las tareas del huerto, el taller de barro, el telar, la cocina y la limpieza. Aimsa, tras una vida en los límites, en los vertederos de Calcuta y Bombay, sentía que, con la luz de su madre caminaba hacia su destino de contribuir a aliviar el sufrimiento en el mundo. Lo sentía muy profundo, aunque no hablaba de ello pues le avergonzaba la idea de parecer arrogante o diferente a los demás.

Aimsa había aprendido a leer en sánscrito los Vedas y las enseñanzas de los brahmanes. También sentía atracción por los *Upanishad*, como una especie de religión del pueblo de los artesanos y comerciantes del norte de la India, con formas de vida y gobierno más flexibles, igualitarios y participativos. Seguía siendo bien consciente del origen de su casta de intocable, totalmente diluida en un mundo de iguales en los *ashram* aunque aún los sacerdotes brahmanes seguían

respirando superioridad, algo que ella detestaba. Por eso le gustaba el origen rebelde de Siddharta y cómo desvinculó la religión de aceptarse como fe, ni de sumisión y obediencia temerosa a las autoridades, ni a las escrituras ni siquiera la existencia de un Dios. Aimsa veía la influencia de la espiritualidad sin barreras de Sidharta en el *Gita* y los otros libros sagrados del hinduismo. Disfrutaba comprobando cómo Sidharta, hacía ya dos mil quinientos años, hablaba del verdadero *brahmán* –sacerdote– por su ética y no por el sistema de castas y la herencia.

Aimsa fue avanzando en el conocimiento –*dharma*– hacia su liberación espiritual y nirvana (iluminación). Recitaba en profunda unión con el universo mantras y con ello aumentaba su fuerza y ahuyentaba los miedos. Aprendió las Cuatro Nobles Verdades para superar el deseo y el sufrimiento por el Noble Camino a través de la sabiduría en visión y en pensamiento, la conducta ética (en el habla, en la acción y en la vida) y la diligencia, en conciencia del presente, y la meditación. Un día leyó en uno de los textos sagrados de la biblioteca del *ashram*, el diálogo de Buda con el brahmán Subha acerca de la muerte y del dolor, concepto védico de *ahimsá*. Aquello le inspiró la enseñanza de la no violencia sobre todas las cosas: *ahimsa*. Su propio nombre, ¡ella! Y de cómo Buda se opuso al valor del dolor y el sacrificio. Salir del dolor, de los vertederos, y de la casta… Aliarse con la naturaleza y con las estrellas... Esparcir esa luz sobre los sufrimientos y la ceguera de quien los causa y, a veces, también de quien lo acepta.

Con todo ello, Aimsa encontraba paz en el equilibrio de la meditación –*dhyana*– y la ética. No pensaba mucho en la reencarnación de su alma y le costaba creer en como los monjes budistas se afanaban por buscar niños herederos de almas de grandes maestros… Tenía un concepto muy arraigado, en su ética, de que todos somos iguales y le costaba pensar, aceptar que los maestros estaban más iluminados que, incluso, sus compañeros de los tigres blancos en Calcuta…

Sabía bien que a través de la ética y la meditación ella tenía una misión para aliviar el sufrimiento… Sabía que su madre la guiaría.

En los estudios fue avanzando en las ciencias y las humanidades. Le fascinaba la historia, la mitología griega y la literatura de los clásicos ingleses que encontró en la biblioteca del ashram, nutrida de volúmenes que dejaban los viajeros. Se adentró en las matemáticas, en la biología en la química. Pero en especial en la física.

Encontró en la biblioteca un libro de 1927 en que un tal Bohr demostraba cómo la materia más íntima es tanto materia que responde a la física newtoniana como energía. Aquel concepto se hacía aún más complejo cuando siguió leyendo a Heisenberg quien en 1929 comprobó que incluso en su existencia relativa, las características de la materia como la posición o la velocidad eran indefinidas y sólo al observarlas se definían. Pensaba Aimsa: ¿creamos nosotros la realidad? ¿Este sueño, a menudo absurdo, en el que vivimos, o creemos vivir? ¿Estamos realmente soñando un mundo material desde nuestro verdadero mundo de ener-

gía? Y si así es, ¿las muchas posibilidades de sueños crean infinitos universos paralelos? ¿Y si estamos atrapados en uno, víctimas de los sueños de miedo, poder, amores ahogados, dolores impuestos? ¿Cómo podemos modificarlo, transformarlo o diluirlo en los universos paralelos de paz y de amor? Y si podemos crear la realidad, ¿podemos, observando, actuando, crear la bondad?

Leyó después a Einstein. Quedó también tan fascinada como intrigada. De todo ello hacía esquemas y dibujos que colgaba en su humilde cuarto. Se lo explicó a Sri con tanta claridad que Sri decidió convocar a los gurús de varios *ashram* para escuchar a la joven Aimsa explicar las uniones entre el pensamiento budista y el conocimiento y preguntas de la física.

En el patio del *ashram*, mirando al Ganges y con los inmensos Himalayas de horizonte, la joven Aimsa se disponía a explicar a unos cuarenta monjes budistas, gurús hindúes y viajeros buscando sabiduría, la evanescencia de la materia en su estado más minúsculo y la relatividad del tiempo y el espacio cuando la energía y la velocidad llegan a unos límites. Y de cómo esas realidades físicas se conectaban con los conceptos budistas de la energía universal y la realidad ilusoria.

Un extranjero la escuchaba con atención. Era pelirrojo y de barba poblada, alto y fuerte, iba descalzo y vestía una camisa blanca sin cuello y unos pantalones de lino. Se llamaba Rob. Venía de un lugar lejano llamado Berkeley.

–Desde los sabios chinos, pasando por Aristóteles y llegando a Galileo, fue desarrollándose el saber de la física mecánica, la que estudia el movimiento, el peso, la velocidad y las fuerzas. Fueron aunadas en las teorías de Newton.

En ese momento Aimsa dejó caer una manzana:

–Cómo ha caído la manzana se explica por la masa de la tierra, su fuerza de gravedad y el peso de la manzana.

–El otro mundo del saber de la física ha estudiado los efectos magnéticos y eléctricos. Ya fueron pensados desde la Grecia clásica y por otros científicos europeos como Faraday, hasta que otro inglés, Maxwell, lo unificara en la teoría del electromagnetismo.

Sacó un imán que había conseguido en una tienda del pueblo y mostró cómo atraía unos clavos.

–Aunque las leyes de la física de Newton y la electromagnética se cumplan en cualquier posición, para medir cualquier efecto, el observador es la referencia. Por ejemplo si uno de vosotros se levanta y camina hacia el río, estará alejándose de mí. Pero si él es la referencia, yo me estoy alejando de él. Todos, todas las realidades tienen un sistema de referencia. Si alguien ahora nos estuviese observando desde la luna, nos vería rotar con la Tierra, algo que nosotros no podemos medir pues somos parte de ese sistema de referencia, la Tierra en movimiento. De igual manera en nuestra existencia de esta vida, no podemos entendernos del todo. Por ejemplo, no comprendernos respecto al infinito y la eternidad pues somos parte

de una materia limitada por el tiempo y el espacio. Trascendiendo nuestra realidad limitada, podemos, con la meditación, vernos desde fuera. Y así entendernos en una energía inmensa, intemporal, sin límites, que desde nuestros sentidos físicos no podemos ver ni entender.

La mayoría de los monjes escuchaban sin comprender pero atónitos por la seguridad con la que aquella joven y bella intocable parecía tocar el cielo del saber. Rob no podía ni pestañear.

–Y entre todos los sistemas, el de nosotros ahora aquí rotando con la Tierra, en el que se mueven dentro de los trenes o barcos o el de las aves que se dejan llevar por corrientes de aire o los peces en las de agua, no hay ninguno que esté totalmente en reposo y podamos todos comparamos con él. Siempre comparamos objetos y sistemas en movimientos diferentes. Todo es relativo a los demás. Nuestra verdad es sólo válida para nosotros y en la realidad que vivimos, que además sabemos es efímera.

–Sin embargo parece que hay algo que se mueve a la misma velocidad para todos los observadores: la luz.

En ese momento, el sol detrás de ella, hizo una sombra sobre el suelo con sus manos en una posición de yoga. Cambiándolas se comprobaba cómo de forma inmediata las sombras cambiaban en el suelo.

–Hace tiempo que científicos de todo el mundo intentan saber cómo se mueve la luz y cómo se traslada de un lugar a otro. Se intentó medir si había diferencias cuando la luz viajaba en el mismo sentido de la rotación de la Tierra o al contrario. Se hizo de mil maneras y en mil distancias: nunca se pudo ver diferencia alguna: la luz siempre viajaba a la misma velocidad. Daba igual la referencia del que la observaba.

–Y entonces, un joven alemán llamado Albert Einstein, mal estudiante en la escuela, contrario a las políticas fascistas y nazis de entonces, y empleado en una oficina de patentes, pensó durante su tiempo libre en lo siguiente: que la luz se mueve siempre a velocidad constante, que es igual a unas cien veces la distancia de aquí a Bombay, en un sólo segundo.

Hubo un murmullo entre los monjes. Algunos, en especial los más viejos, empezaron a dudar si aquella joven intocable tenía problemas de locura.

–Si la velocidad de la luz no viajara igual siempre, cuando estuviéramos en un coche o tren, al mirarnos en el espejo, nos veríamos deformados. Y a gran velocidad, no nos veríamos. Pues el haz de luz rebotaría a un espacio más atrás, donde estábamos cuando se reflejó nuestra imagen y de donde la velocidad nos ha desplazado.

En ese momento, varios de los gurús más ancianos se levantaron y con miradas desafiantes al maestro Sri, empezaron a irse. Otros jóvenes los siguieron. Pero Aimsa seguía hablando a los que quedaban.

–Pues lo mismo se ha comprobado estudiando el movimiento de las estrellas a millones de años luz.

En ese momento, el barbudo pelirrojo, hizo una pregunta:

–Y si pasa una nave a nuestro lado a una velocidad enorme con una luz dentro de ella de arriba a abajo. ¿No la veríamos inclinada desde nuestra posición?

Esto ya era un diálogo de locos, pensaron otros gurús y monjes. Se fueron yendo poco a poco. Quedaba sólo Sri, tres monjes jóvenes del *ashram*, y aquel viajero del pelo rojo.

–Einstein afirmó que al ser la velocidad de la luz constante, lo que no es constante es el tiempo. En la nave que se mueve respecto a ti, el tiempo se hace más lento para mantener la velocidad de la luz constante. En movimiento el tiempo es más lento.Y como todos estamos en movimiento respecto a los demás, pues no existe la inmovilidad absoluta, nuestro tiempo es menor al del que nos observa, y por lo tanto la velocidad y el espacio recorrido es menor para nosotros al observarla.

Los tres monjes que quedaban, se fueron, haciendo gestos de disgusto.

–Einstein propuso que la velocidad transforma el tiempo y la distancia, y que a la velocidad de la luz, estos se anulan y que a esa velocidad la materia se transforma en energía. Si unimos ese concepto a la física cuántica en la que la materia más ínfima es evanescente e impredecible, existiendo en dualidad con la energía: ¿Qué tenemos?: un mundo real que es como burbujas evanescentes, efímeras. En un mar de energía del que somos parte pero no podemos ser conscientes.

–Y precisamente ese es el mensaje de Buda. *Todos somos la misma energía.* Y al diluirnos en ella, escapamos del atrapamiento por la materia, la distancia y el tiempo. Llegamos al Nirvana».

Rob estaba entre absorto y emocionado. Era ya profesor de pensamiento filosófico y político en Berkeley, y sabía que la fuerza de aquella bella india de apariencia frágil, era capaz de cambiar el mundo.

Sri se acercó a Aimsa, le hizo un saludo de respeto y dijo:

–Ya entenderán, Aimsa. Tienes la sabiduría en tu alma. El mundo te espera.

Se acercó aquel viajero.

–Enhorabuena por su exposición. Me llamo Rob Leton. Soy profesor de filosofía y política en los Estados Unidos. Pasaré un mes en el *ashram* buscando la paz y la armonía. Su visión del mundo físico y espiritual, han hecho temblar mi mente y mi espíritu.

–Me llamo Aimsa. Todos temblamos y vibramos, cuando observamos con empatía. Cuando sentimos con el otro.

XV

LA FURIA DEL MAR Y LA LIBERTAD

Atlántico Norte, agosto, 1978

Fernando no pudo dormir. Pasó la noche viendo las estrellas, el brillo del mar y mirando fijamente al este, como si quisiese ver y oír a Kadiatu y Lisy. Las imaginaba escapando de los peligros, enfrentándose a las tradiciones. Pensó en el valor de las personas que arriesgan la vida por lo que verdaderamente creen. Se dijo a si mismo. « cuando uno arriesga la vida por una idea, un valor, algo que siente profundamente, vive en sintonía con la valentía y con la nobleza. Y reverbera la fuerza de la naturaleza que levanta los vientos, mueve las mareas y despierta los volcanes. Es como cuando las cuerdas de la guitarra vibran sin tocarlas al tono de un sonido en la misma vibración». Pensó afinar su vida con la valentía y con su expresión más pura, la ternura.

Mientras pensaba en ello sintió también vértigo. Al fin y al cabo había visto tan sólo unos pocos días a Kadiatu, había conversado un día con ella, viajado otro a Freetown y otros dos breves encuentros antes de partir. Sí, sentía magia en sus ojos y su belleza. Su valentía le inspiraban confianza, ilusión. Pero un pequeño hueco en la imagen de ella, de su futuro, se mostraba sutilmente desafiante, quizás a una vida hasta ahora muy libre. Es cierto que como rebelde ante el régimen en Cuba, como internacionalista en un país tan pobre y peligroso como Sierra Leona, como refugiado en España, ilegal durante un tiempo, no siempre había tenido consigo todas las seguridades. Pero sabía lo que hacía. Aunque fuera intuitivamente, podía valorar los riesgos, sospechar el destino. Ahora sólo sabía que se encontraría, si la aventura no se complicaba, en el medio del océano, con una mujer de cuya mirada estaba embrujado, pero de quien poco más sabia. Y con su hermana. No le asustaba enfrentarse a las patrullas de la guardia civil del mar, a los papeles para su estatuto de refugiada, a un naufragio incluso o a las iras del hombre de quien ella huía. Todo aquello era concreto y medible. Pero ¿cómo sería su relación con ella día a día?, ¿qué les esperaba en Arguamul? ¿Cómo se adaptaría

a otra cultura, a otro idioma, a otra forma de vivir? ¿no echaría de menos, a pesar de todo, a su familia? ¿A sus costumbres? ¿A sus paisajes?

Disipaba sus dudas cuando pensaba en lo importante que era, en la vida, seguir al corazón. Aun a riesgo de equivocarse, sí. ¿Qué es equivocarse con el corazón? No es perder, es ganar. Porque uno amó, arriesgó por ello, y dio lo mejor: eso es ganar. Ganar en alianza con la energía más bella del universo. En ese momento empezó a ver una pequeña fuente de luz en el horizonte. El sol venía del destino que les esperaba. La luz hizo ver más clara la silueta del Teide. La mar estaba tranquila, el cielo despejado, la mañana fresca, las pardelas –gaviotas canarias– llamando al nuevo día y vio unas sombras ondular en la mar que creyó eran delfines grises. Notó que Tomás comenzaba a ordenar su mochila. En ese momento le invadió un profundo sentimiento de honor y agradecimiento por la amistad de aquellos seres tan especiales que ahora habitaban su casa, aún en ruinas.

Tomás, el bueno de Tomás. Siempre se levantaba con el amanecer. Nunca usaba reloj. De pocas palabras, Fernando pensaba que le resultaba tan difícil no ser sincero y noble como a aquellos delfines vivir fuera del mar.

–¡Buenos días Don!

Aunque Fernando le había pedido muchas veces que no le llamara Don, Tomás no lo podía reprimir. Para él era el doctor, y el trato de Don correspondía a alguien con ese status en La Gomera. Nada de envidia, ni de sumisión. Simplemente asumía que cada uno tenía un lugar. Como los pájaros que ahora empezaban a trinar.

Tomás escuchaba cada mañana atento a los pájaros, a las cotorras, tórtolas, pardillos, mirlos, y a los gorriones.

–Tomás, ¿crees que los pájaros hablan entre ellos?

–Más y mejor que los humanos.

–¿Y tú entiendes algo de lo que dicen?

–Mira, Fernando, sabes que aquí en La Gomera silbamos para hablarnos. Podemos expresar casi cualquier pensamiento y sentimiento con silbos. Pues te digo que lo pájaros dicen muchísimas cosas con sus silbos. ¿Te cuento un secreto?

–Dime, amigo.

–Cuando estoy muy tranquilo, feliz con al vida, me hablan. Silban expresiones que aquí usamos. Hay una que usamos para decir «estoy bien» y en esos días que siento mucha alegría de estar vivo, se la oigo a los pájaros. No le digas eso a nadie, dirán que estoy loco.

Apareció en ese momento Jonay, y al poco tiempo Umbela con unas bolas de gofio y miel, y un té, quizás lo ultimo caliente que tomarían en una semana. Umbela no dijo nada, simplemente le miró a los ojos a Fernando, y le dio un abrazo.

John salió con su mochila y con una profunda sonrisa. Fernando pensó que John volvía a lo que hace veinte años le hizo naufragar en El Cabrito. John era un hombre fuerte y sano, callado pero sonriente, feliz pero introvertido, soñador pero sereno, idealista pero hogareño. Pero, aunque era un hombre muy feliz al lado de Umbela, aunque se perdía caminando por los barrancos, guiaba a ingleses por los senderos, modelaba con sus manos y cera natural ramas arrugadas de sabinas, tocaba su armónica, cultivaba algunas terrazas de hortalizas y maíz en las terrazas de El Cabrito… muchas veces añoraba la aventura de dar la vuelta al mundo que hubiera querido hacer cuando reconstruyó su velero de madera con tan sólo 20 años. Los primeros años se dedicó a cuidar de Jonay mientras Umbela estudiaba, a cuidar de las cabañas de El Cabrito, a caminar, a leer, a pensar. No necesitaba navegar. Su viejo velero estaba varado. Además, murió su inseparable compañera de viaje, su perrita Satia. Sabía que era absurdo, pero zarpar sin ella hubiera sido como traicionarla. Ahora tenía 52 años y aún estaba fuerte y sano. Su melena y barba pelirroja le rodeaban como de un fuego primitivo. Vestía muy sencillo y a menudo iba descalzo por las calles de San Sebastián. Le habían apodado «el náufrago». No le importaba. El pensaba que quien ya ha naufragado de verdad es el que nunca zarpó, el que nunca arriesgó. Una vez que Jonay fuera a la universidad pensaba proponerle a Umbela el zarpar para dar la vuelta al mundo.

Antes de saber de los planes de Fernando, había estado preparando el barco. Quería llevarle a Jonay a Tenerife navegando juntos. Nada de ferris de millonarios noruegos. Sus manos, su sudor, y su valor.

Trabajó durante dos meses en volver a ponerlo en forma para navegar. Le cambió el nombre. Ahora se llamaría *Satia*, en honor a su compañera de naufragio. *Satia* significaba la búsqueda de la verdad. Y era a lo que se enfrentaba esta misión. La verdad del amor valiente, sea cual sea su riesgo.

Había conseguido tablas de roble para reparar algunas partes podridas por el salitre y el sol. De la ferretería de San Sebastián había conseguido buenos clavos de acero y algunos de madera, un serrucho, lija y cepillos para la madera. Preparó la quilla para la que buscó una madera dura y sólida, pero más flexible que el roble. Encontró una pieza de pino canario de La Palma, sin ningún nudo. La llevaron en la barca de pescador de Tomás desde un carguero que fondeó frente a la isla, hasta el barranco de El Cabrito donde John preparaba con esmero, se diría que devoción, su barco. Eran casi ocho metros de quilla de medio metro de ancho. Sabía lo importante que era la estabilidad. Era como las alas de las pardelas al planear. Tenía que aguantar los violentos golpes de las olas, corrientes, bruscas maniobras. Cuando ya había trabajado en su forma y la había tratado contra la humedad, supo que su barco volvería a navegar.

Corrigió los ángulos de lanzada de proa y popa. Comprobó después la estabilidad de las costillas del barco, y tuvo que cambiar dos, una a babor y otra a estribor. Le llevó un día de trabajo en cada una, dando forma a la madera húme-

da, secándola al sol y acoplándola con fuerza pero suavidad. El mástil, un tronco firme de roble de también ocho metros y la botavara–(a la que llamo Cupido y así esculpió unas letras a su largo– que le dislocó el hombro y le llevó a Umbela, estaban fuertes. Compró cable de acero para el estay, contra estay y los obenques. Compró grilletes, nuevos cabos, drizas y aparejo. Todo ello con lo que le pagaban los turistas a los que guiaba por los valles de La Gomera. Pero ya no tenía dinero para nuevas velas así que utilizó las viejas que llevaban tiempo guardadas, haciendo varios remiendos. Comprobó que la radio de onda corta funcionaba y Tomás reparó el motor que utilizaba para zarpar y arribar a puerto. Prefirió tratar toda la madera con grasa animal. No quería productos químicos. Sentía que ensuciaban la pureza del mar. Y lo hizo como acariciando cada centímetro.

Satia estaba preciosa. Casi diez metros de eslora y un mástil firme esperando a ser vestida por sus velas y a volar con el viento. Era como una princesa que había estado dormida veinte años esperando a una hazaña digna de su fuerza y belleza.

–Vamos, compañeros, este será un viaje difícil. Tengo que daros instrucciones a cada uno.

–Josu me ha dado las coordenadas exactas de donde estará dentro de tres días, al amanecer, frente a Tarfaya, al sur de Marruecos.

–Tomás, tú te encargas de las velas, arriar, izar, cuidar, ver los sables, morder los cabos, controla la pata de ganso de la botavara, esta algo rígida, y me sustituyes en turnos de noche con el timón. Jonay te ayudará y cada media hora sube hasta las crucetas del mástil por si ves ballenas. Debemos evitarlas pues nos pueden partir la quilla en dos. Umbela se encarga de la logística de comida y agua. El camarote de proa está preparado para Kadiatu y para Lisy, incluso con un falso fondo por si necesitan esconderse si nos registra la guardia civil del mar. Fernando, tu estarás conmigo en el timón, ayudándome con las cartas marítimas y la radio.

Un sentimiento de serena gravedad, como sabedores de adentrarse en una aventura épica que la vida les había estado reservando, flotaba en el aire. Hablaron poco. Fueron bajando el barranco. John había dejado las velas y aparejo bien guardados en la cabina. El embarcadero de Fernando aguantaba bien. Su proyecto de construir su barco apenas había comenzado, y apenas sin saber nada. Fernando lo miró de forma inquisidoramente tierna y le prometió ayudarle cuando volvieran. Lo dijo con tanta naturalidad que le inspiró a Fernando mucha seguridad de un retorno seguro.

En menos de media hora estaban preparados. Tomás se santiguó, Umbela cerró los ojos en señal de una fugaz meditación, Fernando miraba fijo al este y Jonay miraba atento a las ordenes de su padre. Según soltaron cabos y fueron izando la mayor y el foque. John grito:

–¡Satiaaaaaa!.

Soplaba un suave viento alisio hacia el suroeste. Lo que suponía que podían llevar el viento de popa o de aleta. Pero los alisios podían soplar bruscamente en el canal entre Gomera y Tenerife. A pesar de mezclarse un viento del norte, de las azores, prefirió ir ciñendo contra el viento, más despacio y más trabajo, escorados, pero más seguros. Así se dirigieron hacia el norte de Tenerife y luego hacia el este.

Amenazaba siroco por la tarde, lo que les frenaría y daría calor y arena fina en el viento que necesitarían quitar de las velas con cubos de agua. La fuerza de la marea era intensa también hacia el este, y les añadía dos nudos a sus ya 12 nudos de velocidad.

Navegaron seis horas, hasta el mediodía. Entonces empezó a apagarse el viento y aprovecharon para descansar, tomar unas bolas de gofio y miel, y beber agua. La tenían racionada, dos litros por persona y día, unos cien litros en total en garrafas. El viento roló más tarde hacia el sudeste en algún momento muy fuerte, por lo que John le dijo a Tomás que pusiera rizos en la mayor disminuyendo el velamen. Jonay avistó una ballena azul y John cambió el rumbo para no arriesgar una colisión. Por la noche, Satia navegó a ocho nudos. La noche era estrellada y clara.

Nadie dijo palabra alguna. Todos disfrutaban de la serenidad de la noche. John tocó una melodía suave con su armónica. «*Lord, Is It Mine?*» Fueron haciendo turnos de sueño entre Tomás y John, y entre Fernando y Jonay, a quien le enseñó a estar atento y manejar la radio.

Al día siguiente, a unos dos cientos kilómetros al norte de Gran Canaria, entró una mar de leva que provoco olas de hasta tres metros. El viento despeinaba las crestas en nubes de espuma. John decidió ir a favor de olas y viento, en una peligrosa empopada, pero menos que cortarlas en ceñida o de largo, con peligro de volcar o de romper el palo. Durante tres horas la navegación fue dura, con contínuos vaivenes y ajustando el fóker con el tangón y la mayor abierta a pleno velamen. Aunque fuera duro, así avanzaron rápido hacia el sur y John decidió que entrarían por el canal entre Gran Canaria y Fuerteventura. Ese día acabaron la singladura al sur de Fuerteventura y vieron por popa el atardecer tras el Teide. Desde la Gomera eran los amaneceres los que lo alumbraban y daba su relieve mágico.

En la segunda mañana ya estaban en la longitud de Lanzarote, a unas cien millas al sureste del punto acordado con Josu, entre Tafaya y Lanzarote. A media mañana del tercer día John observó por el Norte lo que parecía una línea de chubascos, y les alerto a todos que se prepararan para un vendaval. Arriaron todas las velas y se cerraron portillos y escotillas. Una hora después el viento roló hacia el Norte y *Satia* avanzo a palo seco. El Nordeste comenzó a soplar muy fuerte, llegando hasta setenta nudos, fuerza diez, con rachas por encima de fuerza doce. Aguantaron, dentro de la cabina salvo John firmemente aferrado al timón en la bañera medio zarandeada por olas de tres y cuatro metros.

Cuando se puso el sol, ya había calmado la tempestad y el viento les había desviado setenta millas al sur. Tenían doce horas para hacer ciento cincuenta y nueve millas. Fueron ciñendo hacia el norte contra alisios ahora más suaves. Así aguantaron la tercera noche, con la emoción de llegar a ver el carguero de Josu al amanecer.

Y así fue. Cuando el amanecer del tercer día de navegación empezó a dibujar a lo lejos la costa africana, vieron como venía desde el sudeste el carguero de Josu. Fernando lo reconoció de lejos y se comunicó por radio. Josu le dijo, en clave, pues seguramente les escuchaban patrullas marinas, que si todo estaba bien. Fernando contestó que necesitaban agua.

Según se acercaban, vieron sobre la cubierta a varias personas, y Fernando reconoció a Kadiatu y a Lisy saludándole desde el carguero de nombre *Soizinho*. (solitario). Empezaba para ellas, y también para él una nueva vida.

Aproximaron el velero arriando las velas y maniobrando con cuidado con el motor. Las olas eran de dos metros. A pesar del esmero de John y de Josu, era muy difícil amarrar las dos embarcaciones. El carguero que capitaneaba Josu era casi diez veces mayor en todas sus dimensiones. A pesar de aproximarse cuidadosamente por sotavento, una ola arrojó a *Satia* contra el casco de acero del carguero y quebró algunas maderas del trancanil y la barandilla sobre la cubierta. Jonay, que sujetaba las amarras contra la cubierta de Soizinho, cayó despedido al mar entre los dos buques. En una fracción de segundo se dio cuenta que podía ser aprisionado y aplastado entre los dos, o succionado por las potentes hélices del carguero. Acostumbrado desde niño a nadar en el bravo océano Atlántico, y a sus celebraciones de año nuevo nadando con su padre desde El Cabrito hasta San Sebastián, se sumergió rapidamente unos cinco metros por debajo de Satia y fue buceando a esa profundidad lejos de ambas quillas. En cubierta todos temían lo peor, al ver que no salía a la superficie. Fueron unos 30 segundos de angustia, hasta que salió a estribor de *Satia*. Umbela, con la mirada húmeda cerró los ojos dando en silencio gracias a Dios, fuese quien fuese. John se alejó y fueron hacia Jonay, que subió a cubierta pávido del susto y el frio.

John y Josu decidieron cambiar de maniobra de acercamiento. Josu bajaría en un bote salvavidas con Kadiatu y Lisy. y remarían unos cien metros a sotavento hasta llegar a *Satia*. Bajaron la balsa con cuidado. Iban Josu, un marinero, Kadiatu y Lisy. Cuando se fueron aproximando, Fernando, emocionado hasta sus entrañas, se tiró al mar y nadó hasta ellas. Subió a la balsa con la ayuda de Josu. Le dio un abrazo sin palabras por la emoción. Miró a Kadiatu, que también lloraba de emoción, y sefundieron en un abrazo. Era la primera vez que Kadiatu abrazaba a alguien, un gesto no conocido en su cultura. Pero rodeó a Josu con sus brazos. Abrazaba así de una sola vez la libertad, el amor y la dignidad. Aunque dejara atrás sus orígenes. Lisy los miraba con miedo. Ninguna sabía nadar ni habían estado

nunca en un barco. Las olas crecían en altura y la balsa bailaba bajo ellas. Fernando cogió a Lisy en sus brazos y le dijo en criollo que todo iba a estar bien.

–Elije, Lisy: ¿quieres ser mi hija mayor o mi hermana menor?

Llegaron a Satia, subieron a bordo. Se abrazaron a Umbela, a Jonay, a Tomás… Fernando se despidió de Josu, que ya se alejaba hacia su barco *Soizinho*.

Fernando gritó:

–Amigo mío, nunca olvidaré tu valentía.

Josu respondió:

–John, ¿*Satia* puede llegar a Madeira?

John dijo con fuerza:

–Si es por una buena causa, ¡navega sin miedo a cualquier lugar!

Josu le respondió:

–Cuando Kadiatu y Lisy tengan sus papeles, estáis invitados a casa. ¡Tenemos una libertad que celebrar!

–*Agur, Laster arte.* ¡*Jangoiko naivadu*!

XVI

AIMSA ABRE SUS ALAS

Berkeley, 1981

Después de su incomprendida exposición en el *ashram* sobre los vínculos de la relatividad, la física cuántica y el budismo, Aimsa fue compartiendo en el siguiente mes muchas conversaciones con aquel pelirrojo americano de nombre Rob.

Rob le contó sus orígenes, de un pueblo rural del estado de Idaho, y de cómo terminó en una universidad del oeste de Estados Unidos llamada Berkeley. Tenía 42 años y era profesor de pensamiento filosófico y político. Había participado en los movimientos de rebelión de los años 60 del «*free speech*». (expresión libre), había marchado junto a Martín Luther King en Washington y se había manifestado y movilizado en contra de la guerra en Vietnam. Estaba casado, tenía dos hijos y vivía en una casa de madera en las montañas de Berkeley. Había ido encontrando paz y sentido en el pensamiento de la armonía budista, y buscaba la paz en el *ashram*, incluida la de ciertas frustraciones en sus relaciones personales y familiares. Era un buen cantante de música country, tocaba el banjo y era también un gran escalador. Amaba la naturaleza y detestaba el consumo enajenado que nublaba las mentes en su país.

Rob quedó fascinado por la historia de supervivencia de Aimsa, por su excepcional inteligencia, por su belleza y su serenidad.

Aimsa fue descubriendo en los relatos de Rob otro mundo tan libre como egoísta en su individualismo, tan creativo en la ciencia como destructivo de la naturaleza, tan intrigado por descubrir el mundo como arrogante en su colonización. Pensaba en la lucha de Gandhi y lo que su madre Kalindi y su maestro Sri le habían contado de su lucha contra las castas y su lucha por la independencia india del poder colonial inglés. Estados Unidos era el nuevo imperio colonialista en el mundo, aunque en la India no se había dejado sentir tanto. A pesar de las tremendas contradicciones del mundo occidental, le atraía con fuerza, pues su necesidad mayor era la de desembarazarse de los prejuicios que en la India.

A pesar del espíritu de igualdad y de libertad en el *ashram*, sentía sus alas atadas para volar en su pensamiento y su lucha por un mundo más justo. Temía que se acabasen entumeciendo y paralizando.

Rob había ido encontrando paz en la meditación budista, en los cantos de mantras y en las largas marchas que hizo en las estribaciones de los Himalayas. En algún momento, a pesar de una diferencia de edad de veinte años, sintió una atracción casi irrefrenable por la belleza y pureza de Aimsa. Pero esa misma sensación le hizo recordar con profunda nostalgia y ternura a su mujer, Kathy y fue llegando su anhelo por volver a su familia, según se acercaba su fecha de partida. Sin embargo, Rob sentía que la fuerza de Aimsa debía ser patrimonio del mundo. Su voz debía oírse en muchos lugares. Pensaba que estaba destinada a influir en los pasos de la Humanidad, como pocas personas que él había escuchado en su vida.

La última noche, con su mochila lista para partir al día siguiente, fue a llamar a la puerta de Aimsa para despedirse:

–Buenas noches, Aimsa.

–Buenas noches, Rob.

A Rob le sorprendió el buen inglés que Aimsa hablaba a pesar de sus duros orígenes.

–Te traía un regalo de despedida.

Rob alargó su mano y le entrego una flor de loto.

–Gracias, amigo. Te echaré de menos.

–Y yo a ti, Aimsa. Mucho.

–Ve a tu mundo y con paz y valentía, lucha por la libertad y la justicia.

–Aimsa, quería decirte algo.

–Dime, amigo.

–Te confieso que a pesar de nuestra diferencia de edad y de culturas, he sentido algún día una fuerte atracción por ti. Como persona, y también como mujer.

Aimsa se sonrojó. No estaba acostumbrada a ese tipo de comentarios. En su vida en los vertederos y las calles, el sexo era boda impuesta, comercio o violencia. Lo había rehuido siempre. Y en el *ashram*, la mayoría eran monjes con voto de castidad.

–Te lo digo con la confianza de nuestra amistad. Pero no debes sentir ninguna presión. Han sido momentos de atracción que me han hecho pensar en mi vinculo profundo con mi esposa Kathy, y vuelvo a ella con mucha ilusión de continuar nuestra unión y nuestra familia.

–Me alegro, Rob. Es lo mejor para todos.

–Pero también te quiero decir algo más.

–Dime.

–Aimsa, creo que debes salir del Ashram, ya tienes una profunda conexión con la paz y el camino noble hacia el nirvana. Tu fuerza de conocimiento y tu sensibilidad al sufrimiento claman para que te mezcles con el mundo, con el conocimiento, con la política, con el pensamiento hacia un mundo mejor.

Aimsa también lo pensaba, aunque no lo decía por temer parecer arrogante.

–Pero mi mundo está aquí, Rob. Acabaré mis estudios y quizás pueda ir de maestra a algún pueblo.

–Eso sería maravilloso, y abrirías los ojos y el corazón a los niños que enseñes. Pero tu voz debe ser oída por muchos más. Te quería proponer algo.

–Hay unas becas para estudiar en mi país. Se dan a estudiantes destacados de otros países. Te aseguro que en donde yo trabajo, encontrarías muchas discusiones apasionantes y establecerías contactos con personas de todo el mundo que buscan un mundo mejor. Ideas para aliviar el inmenso sufrimiento en India pero también en todo el mundo. ¿Qué te parece?

–Pero no tengo dinero, Rob.

–Eso no importa. La beca te ayuda, y mi familia y yo, te acogeríamos en casa. Piénsalo.

–Gracias, Rob. Ya lo he pensado. Sí que quiero descubrir el mundo.

Dos semanas más tarde, Aimsa recibió una carta de Rob. Le explicaba muchos más detalles del sistema de educación en Estados Unidos y del lugar donde él trabajaba. Adjuntaban los documentos para rellenar y así solicitar una beca de estudios. Sri le ayudó a rellenar los datos. Había escrito pruebas en el sistema indio y sus notas eran magnificas. Le pidieron que enviara un ensayo sobre el fin de la Guerra Fría. Se informó todo cuanto pudo y mandó sus ideas escritas en una perfecta redacción con la fuerza y la pasión con la que solía pensar, hablar y actuar. A los dos meses, le habían concedido la beca. Era mayo de 1980 y el curso empezaba en agosto. Había elegido estudios de grado en ciencias pero también incluía filosofía, política y derecho internacional. Su sed de saber y de luchar por su sueño eran inasequibles al desaliento. Sentía que su madre, Kalindi, le seguía alumbrando desde una estrella. Escribió a Rob con las buenas noticias y recibió respuesta invitándola a ir antes, acogida en la casa de Rob y de Kathy, para ir conociendo la cultura, la ciudad, la universidad y el nuevo mundo que la aguardaba.

Llegó a mediados de julio de 1981. Tenía una humilde bolsa de tela con varios libros –entre ellos el diario de Gandhi desde su prisión–, varios saris, el libro de los dibujos de los dioses que tanto veían ella y su madre, una caja con piedras y flores mágicas recogidas por Sri para darle suerte, y crema de sándalo para su *bindi* y *khena* para sus ojos. En total apenas tres kilos de peso con los que se enfrentaba a un nuevo mundo de lugares y tiempos desconocidos. Pero llevaba exceso de equipaje en ilusión y fuerza. Tomó un avión de *Indian Airlines* en el aeropuerto de Calcuta, cuando nunca en su vida se había montado en un coche. Ávida de

entender todo, había leído lo que pudo encontrar en otros ashrams sobre el vuelo de las aves y de los aviones. Pero tenía dudas de cómo se alzaría tanto peso, de cómo encontrarían la dirección, de qué pasaría si había tormentas. Pero no sentía ningún miedo. Arriba, con las nubes, estaría más cerca que lo que nunca había estado físicamente de su madre.

Rob la recogió en el aeropuerto. En la radio sonaba «Imagine». y Aimsa pensó que así debía ser, sin religiones, sin países, sin propiedades: ¿cuántos estarían dispuestos a quemar su pasaporte, dar sus propiedades, enfrentarse a la vida sin la «garantía» de una religión? Al comentárselo a Rob, él le dijo que hacía unos meses habían asesinado al autor de esa canción. Le dijo que estaban en la era de Reagan y Thatcher, del consenso de Washington, la más alejada a la solidaridad colectiva. La reafirmación más radical del capitalismo y la existencia del Estado para proteger la propiedad privada y las diferencias entre las personas, consideradas buenas y relacionadas con el esfuerzo y la valía de las personas, y necesarias para el «progreso», y el «desarrollo» de las sociedades.

Pasaron bordeando San Francisco. Quedó maravillada al ver los rascacielos de aquella ciudad, el inmenso puente de Oakland, las vistas hacia el Golden Gate, las calles tranquilas, los jardines cuidados, las casas pintadas y hasta los árboles en orden. Pasaron frente a la universidad de Berkeley y Aimsa quedó impresionada por la esbelta figura del Campanile y por los ríos de estudiantes entrando y saliendo del campus, sentados en las praderas alrededor y caminando por sus calles. Pudo imaginar miles de conversaciones agudizando el conocimiento o las ideas. En aquel preciso momento eran las 12:10 y el reloj del Campanile tocaba su diario concierto de bronce. Quedó hipnotizada por un ambiente de saber que ya intuía casi mágico. Pensó en su madre y estaba segura que la estaría sonriendo desde su reencarnación.

Al llegar a la casa de Rob, en una empinada calle de las montañas de Berkeley, saludó a su esposa. Kathy era una mujer algo obesa, con una sonrisa muy tierna, pero en cuya mirada Aimsa notó un cansancio vital. Saludó a sus hijos, Rob y James, de doce y catorce años, algo distantes pero correctos. Kathy le enseñó su cuarto en la planta que daba a un jardín con un manzano y varios arces. Era precioso. Tendría incluso su propio baño. Su vida había sido sencilla siempre. Nunca había dormido en una cama, sino en esteras en el suelo. Nunca había sabido lo que era una ducha o un grifo pues siempre se había lavado con barreños de agua que ella recogía. Y nunca había utilizado una taza como la de aquel baño pues siempre había usado, y a menudo limpiado, letrinas fuera de las casas. Se quedó perpleja y con cierto sentimiento de tristeza al saber que para arrastrar las aguas sucias, tiraba de una cuerda que desperdiciaba agua potable, limpia y cristalina. Como la que nunca verían para beber sus amigos los tigres blancos. Preguntó si podría dormir en una estera en el suelo y si tenían una palangana para asearse. Kathy la miró extrañada y algo risueña, avergonzando a Rob.

En los días siguientes, Rob le mostró cómo andar en bicicleta. Le decía que era importante para poder moverse libremente por la universidad y la ciudad. Aunque debía esforzarse a la vuelta de la jornada en subir aquellas empinadas cuestas. Tras caerse unas cuantas veces y cambiar su sari por unos pantalones (la primera vez que los probaba en su vida), fue aprendiendo y poco a poco atreviéndose a bajar las empinadas cuestas y a esforzarse en las subidas.

En sus primeros días observó cada rincón con asombro, en silencio, integrando sensaciones, y meditando al amanecer y atardecer desde su cuarto para encajar el inmenso contraste entre mundos. Todo era diferente, los sonidos, el olor, la gente, la ropa, las casas, los árboles, la forma de saludar, de mirar y la hablar.

Sentía fascinación por descubrir un nuevo mundo y se preguntaba cuántos mundos diferentes existirían en la Tierra. Paseó por las calles y paseos del campus de la universidad, se sentó en las praderas, aprendió a circular con cuidado por las avenidas de Shattuck y sus tiendas, la biblioteca pública, el tren que atravesaba la bahía debajo del mar, los paseos con árboles y la gente andando con tanto espacio. ¡Lo que habrían dado muchas familias en India por un pedacito de aquellas limpias aceras para dormir!

Subía y bajaba la avenida de Bancroft descubriendo rincones de la universidad a cada paso. Paseaba la famosa calle de Telegraph y el parque público donde empezó a sentir una leve similitud con Calcuta al ver a aquellos vagabundos dormir en el parque o acarrear sus pertenencias durante el día y pidiendo en las calles. Le sorprendía verles tan sanos y tan fuertes, y no entendía cómo podían estar marginados por aquel mundo de abundancia. Se maravilló al entrar en las tiendas y ver cientos de tipos de comidas, latas, botellas y bolsas de diferentes lugares del mundo. Entró en los grandes almacenes del Berkeley Bowl donde vio miles y miles de diferentes productos para comer. Se preguntaba lo difícil y angustioso que debería ser elegir cada día entre tantas cosas diferentes.

Rob le adelantaba cien dólares al mes, hasta que recibiera su beca, y se compró ropa más adaptada a la bici, el frío y la cultura, en tiendas de *Goodwill*, donde la gente llevaba ropa que le sobraba. No podía entender como aquella tan nueva era desechada por otras gentes. Al saber que los beneficios se daban a gente que lo necesitaba, preguntó si podría ayudar en esa actividad y empezó a trabajar como voluntaria.

Recogía aquella ropa y la preparaba lavándola, planchándola, colocándola y a veces, cobrando por ella en la caja registradora. Iba después con los beneficios a lugares donde daban comidas a personas necesitadas o alojaban a gente sin hogar. Vio que también entre la abundancia había pobreza. Quizás más triste aún que la que a menudo en la India sólo ve la opulencia de lejos. O apenas alcanzaba a imaginarla, como sus tigres blancos a través de ver furtivamente las películas de Bollywood.

Rob le dio un cuaderno que explicaba muchas oportunidades en la universidad de estudio, música, deporte y otras actividades. Se apuntó a unas clases de flauta travesera y empezó a acudir a conferencias y debates de diversos temas. Cada día había tantos que sentía angustia por no poder aprovecharlos todos. Todos le apasionaban. Empezó a devorar libros en la biblioteca pública y luego en las bibliotecas de la universidad.

Quedó maravillada al ver los cientos y cientos de metros de estanterías en aquellos gigantes templos del saber. Claro, era un saber teórico e intelectual. No conseguía ver miradas de profunda serenidad. Rob la dirigió a varios centros budistas donde meditar, y empezó a frecuentarlos. Aunque prefería la quietud de su cuarto y el atardecer sobre el Golden Gate para conectarse con la belleza e inmensidad del mundo. Miraba hacia el rojo atardecer en el horizonte de dónde provenía. Pero sobre todo era al anochecer y con las estrellas, desde donde la seguía iluminando su madre.

Un amigo de Rob llamado Steve, vino a cenar un día. Aimsa quedó fascinada con la asertividad de aquel joven de San Francisco lleno de ideas nuevas sobre la comunicación entre la Humanidad. Había nacido en San Francisco, hijo de una relación entre un estudiante de Siria y una estudiante americana de ascendencia alemana. Lo entregaron en adopción a una familia de clase media de origen armenio. Durante la tertulia, Steve contó que desde que vio la primera computadora Hewlett a los doce años quedó fascinado y obsesionado con que cada persona debería tener acceso a esa ventana de la información. Dijo que nunca sintió vergüenza o reparo en hablar con quien fuera y en cualquier situación sobre sus ideas e ilusiones.

Fue a un curso de verano donde ya de adolescente empezó a diseñar ideas de computadoras personales. Fue a la universidad pero la abandono formalmente por no poder pagarse los estudios y no disponer de una beca, como Aimsa. Siguió asistiendo de oyente, sin que nadie reconocieses su esfuerzo, pero convencido de que era el conocimiento, y no los títulos, los que le abrirían puertas en el mundo. Con diecinueve años, conoció a Rob, durante un retiro espiritual en un *ashram* en la India. A la vuelta, empezó a diseñar juegos de ordenador y poco después se juntó con un amigo, también llamado Steve, para construir, en el garaje de su casa en Palo Alto, un ordenador casero. Acababa de fundar una compañía llamada Apple. y compartió con Rob y Aimsa ideas sobre ordenadores personales, inmensa información en cada hogar, y formas de comunicarse. Según estaba cenando dio la vuelta a la cuchara y rodeándola con su mano derecha, dijo:

–Imaginaros el control de un solo dedo sobre algo que llene la palma de la mano, y dirija todo un mundo de información y comunicaciones en cada ordenador personal.

Fue a varias actividades relacionadas con lo que llamaban «el año internacional del niño», y leyó con detenimiento la recientemente aprobada por las

Naciones Unidas, «Convención sobre los derechos del niño», pensó que ninguno de aquellos derechos llegaban a sus «tigres blancos», y se sintió injustamente privilegiada en aquel lugar de tanta ciencia, tanta libertad, tanta abundancia, tanta belleza. Pensó que viviría su privilegio compartiendo y luchando por los derechos de los menos privilegiados.

Un día, Rob le animó a ir a escuchar a un médico que venía a explicar un nuevo tipo de enfermedad que estaba observando en San Francisco. Se llamaba Dr. Gottlieb. Ante unas cien personas en la sala de conferencias de la Escuela de Salud Pública, aquel joven médico, explicó sus hallazgos. Se trataba de una docena de pacientes en los que había visto que su sistema de defensas, el sistema inmune, se había colapsado y permitía que las bacterias y parásitos que habitualmente convivían sin daño alguno, estuvieran invadiendo los cuerpos de sus pacientes y causando daños gravísimos. Explicó en concreto una infección por un tipo de mezcla de parásito y hongo, llamado «*pneunocystis carinii*», en los pulmones. Uno de sus pacientes había muerto, y el resto estaba muy grave. Había algo en común en todos aquellos pacientes: todos era homosexuales, y la mayoría había usado drogas. Aunque inicialmente algunos médicos habían propuesto el nombre de GRID (*gay-related inmunodeficency*), el Dr. Gottlieb proponía el nombre de síndrome de inmunodeficiencia adquirida (SIDA) para evitar el estigma y esperar a conocer la verdadera epidemiologia de la enfermedad. El debate llevó a preguntas clínicas sobre el tipo de pérdida de las defensas, la forma de las infecciones o el tipo de tratamientos que había intentado. Aimsa levantó la mano e hizo una pregunta:

–Dr. Gottlieb: ¿han avisado ya a la comunidad de homosexuales en San Francisco para que cesen en sus relaciones sexuales hasta que se pueda averiguar la forma de transmisión y de prevención de esta enfermedad?

El Dr.Gottlieb se quedó asombrado ante aquella pregunta de aquella joven y exótica mujer.

–No, no queremos que cunda el pánico.

Aimsa, pensó que era una respuesta de miedo. Estaba segura de que algo se transmitía en esa forma de relación y que el miedo acabaría por expandir esa plaga.

XVII

UNA EXTRAÑA ENFERMEDAD EN MATABELELAND

Rhodesia del Sur, 1981

Joshua, el hermano mayor de Dingolwasi, tío abuelo de Sipho, ahora NoLwasi para todos, estaba visitando a la familia. Venía cuando podía, para conmemorar la vida de su padre, Thomas, ganadero de Matabeleland y predicador para la London Missionary Society. Joshua, como sus hermanos, no así las hermanas, pudo ir a estudiar a la misión de Empandeni, fundada por los jesuitas que habían acompañado a Lobengula en Bulawayo. Joshua estudió carpintería. Había sido uno de los primeros kalanga en ir a Egoli, Sudáfrica. Por los contactos de su padre, pudo continuar sus estudios en el colegio Jan Hofmeyer de Johannesburgo para trabajadores sociales, el primero que en la Sudáfrica del apartheid aceptó a negros.

Allí conoció a líderes de la lucha contra el apartheid, entre los cuales le impresionó un joven llamado Nelson. Desde su vuelta en 1949, Joshua había sido un sindicalista muy activo y finalmente elegido líder del Congreso Nacional Africano en la entonces Rhodesia del Sur. Poco después, Joshua fue detenido por el gobierno de Ian Smith, junto a otros revolucionarios. Al ser liberado, huyó a Zambia, desde donde dirigió el movimiento del ZAPU (Zimbabue People's Revolutionary Army) y se lo fue conociendo como «Padre Zimbabue», un mito para muchos jóvenes ndebele. Mientras tanto, uno de sus compañeros de lucha, Robert, dirija el ZANU (Zimbabue National Liberation Army) desde el exilio en Mozambique.

La familia de NoLwasi, veía la lucha de Joshua como noble. Se enfrentaba a la opresión del régimen racista de Rhodesia. Pero no podía aceptar la violencia que usaban. Unos pocos años antes Joshua había organizado el derribo de dos aviones de Rhodesia con civiles que viajaban a Zambia. Su hermana, Dingolwasi, abuela de NoLwasi, había oído en la única radio que tenían en el pueblo que los pasajeros que sobrevivieron, incluidos mujeres y niños, fueron masacrados por el ZAPU. Desde entonces no se hablaba con su hermano Joshua ni con uno de

sus hijos, James, tío de NoLwasi, también guerrillero del ZAPU. En su último viaje, hacía tres años, les había contado cómo desde Zambia pudo aliarse con los ingleses para la firma de independencia de Zimbabue, y de su viaje a Inglaterra para la firma de los acuerdos. Después de las primeras elecciones libres del nuevo país, Zimbabue, le habían dado cierto poder al ZAPU en Matabeleland. Sin embargo, el poder lo controlaba la mayoría shona liderada por Robert, ahora primer ministro. Joshua y Robert eran enemigos acérrimos, ambos sedientos de poder. Las luchas entre ellos afectaban a los pueblos de Matabeleland, arrasados por ambos grupos armados. Joshua vino al pueblo porque en realidad estaba huyendo, amenazado y perseguido por Robert Mugabe, hacia Botswana para exiliarse en Inglaterra,.

El resultado de esa ambición de poder de los líderes que decían liberarían a sus gentes del yugo del racismo, fueron trágicas masacres en Matabeleland. Los shona del norte las llamaron *gukurahundi:* lluvia que limpia los campos. Perseguían a los grupos animados a la subversión por Joshua. La llamada quinta brigada, formada por norcoreanos, patrullaba por los pueblos de Matabeleland sembrando el terror. Se había ensañado en especial con la zona de Sanzukwi de donde procedía el líder enemigo, Joshua. En los últimos tres años, habían venido cinco veces al pueblo de Sipho. Llegaban en dos camiones militares unos cuarenta soldados. Salían de los camiones y rodeaban el pueblo. Empezaban a gritar en shona:

–Perros kalanga, ndebele. ¡Vais a morir! Decidnos, ¿dónde está el traidor Joshua?

Casi nadie sabía nada de él. Y los que lo sabían no hablaban. Las primeras dos veces se llevaron prisioneros a jóvenes del pueblo que no se habían enrolado en el ZAPU ni se habían ido a trabajar a Soweto, «Egoli». Nunca más supieron de ellos. En el último año, los pocos hombres que quedaban en edad de luchar o trabajar se habían ido. Algunos se iban por miedo de ser secuestrados o asesinados por la quinta brigada. Los demás se iban por buscar otras formas de vida que no fuera pastorear cabras, o famélicas vacas, o arrancarle a las arenosas tierras del Kalahari unas pocas y tristes cosechas de mijo.

Antes de irse, se casaban apresuradamente e intentaban dejar a sus mujeres preñadas. Caminaban al menos una semana hacia el sur por las secas sabanas de esa orilla oriental del Kalahari. Llegaban al río Limpopo y evadían los controles aduaneros de la policía racista de Sudáfrica. Atravesaban el Limpopo en su torpe nadar o agarrados a tablas. Muchos habían muerto atacados por hipopótamos o cocodrilos. En la otra orilla debían atravesar de forma furtiva el parque nacional Kruguer, donde muchos otros habían sido atacados por leones o grupos de hienas. Nadie de los que quedaba en el pueblo sabía muy bien cómo eran sus vidas en Soweto. Los que fracasaban hablaban poco, y los que progresaban en el trabajo y en ganar dinero, tenían historias que esconder. Volvían, normalmente por Navidad, con dinero para comprar cemento y bloques de hormigón, y traían consigo

radios a pilas, gafas de sol y extrañas ropas. Esperaban ser recibidos como héroes y poder comprobar que sus mujeres habían dado a luz la descendencia que mantuviese los *kraal*, las tierras y el vínculo, cada vez más débil con los antepasados.

El año anterior, dos de aquellos chicos no volvieron de Egoli por Navidad. Volvieron antes, dentro de cajas de madera en destartalados «pick-ups». Habían muerto de una enfermedad que nadie sabía explicar. Se habían gastado todo lo ahorrado en volver a ser enterrados en el *kraal* y así entrar en el mundo de sus antepasados, de los espíritus kalanga. Aún así, los conductores sudafricanos de aquellos coches pedían más dinero a la familia del difunto, incluidos los sobornos que debían pagar a los policías del gobierno en la frontera de Beitbridge, atravesando de vuelta, esta vez dentro de una caja de madera, el río Limpopo.

El pueblo fue sumiéndose en una profunda tristeza.

Sipho, ahora NoLwasi para todos, tenía 28 años. Sentía mucha pena de ver a su pueblo hundirse en el dolor de los muertos, de los desaparecidos, de los que vendían su alma a Egoli. Las mujeres quedaban solas cuidando los campos, cada vez más secos. Los niños crecían sin otra ilusión que irse a Egoli. Las niñas sabían que su futuro sería de soledad, trabajo y de cuidar de más niños sin futuro. NoLwasi era la unión con los antepasados, la que les suplicaba lluvia al final de la estación seca, la que les preguntaba por las razones de tanto sufrir. A menudo con suplicas o rabia. Mucha rabia. La del que no comprende. La que intentaba en vano aliviar en los familiares durante los ritos de aquellas muertes, tan tempranas.

A pesar de la triste realidad, la sensibilidad, serenidad y sabiduría de NoLwasi eran respetadas por todos. Su combinación de *nyanga* conocedora de los remedios naturales para las enfermedades, y de *sangoma* sanadora a través de la armonía con los espíritus, la hacían clave en la sabiduría y la armonía de muchas gentes de la región. En especial en aquellos tiempos tan oscuros. Ella apenas aceptaba más pago por su dedicación que habitar la choza donde vivió su abuela Masora, plena de magia sanadora, y de compartir un poco de *sadza*, verduras, mijo y mango. Apenas comía nada más. No comía animales pues los respetaba, a todos, con veneración. En especial a las cebras, el símbolo de su clan, los Dube.

NoLwasi pasaba la mayor parte del tiempo atendiendo a enfermos. Había pasado temporadas con sabios *nyangas* de Matabeleland, pero la mayor parte de la sabiduría, la salía de dentro. Su intuición era poderosísima. Ella sentía como los espíritus le transmitían fuerza y conocimiento, y le hablaban de mantener la honestidad, el respeto a la Tierra y a la naturaleza, la generosidad con los necesitados, la sinceridad entre las personas y familias, la fidelidad en las familias, la gratitud a Mkulumkulu y a los espíritus que cuidaban del pueblo. Aunque había aprendido,viendo a su abuela Masora, y de otros *nyangas*, los secretos de las hierbas sanadoras, tenía una intuición más poderosa que su conocimiento visual o racional. Preparaba lociones, ungüentos, infusiones, lavativas, inhalaciones, y a veces hacía incisiones, que tenían un efecto curativo en todo tipo de dolencias.

Sabía también hablar con los pacientes, averiguar sus tensiones con otras personas o grupos de la comunidad, o el enojo de los espíritus por quebrantos a los valores kalanga. Pero ella a veces sentía que los espíritus eran injustos con los vivos, y también se lo decía, desde su roca en los atardeceres.

Estaba tan volcada en su vocación sanadora y de armonía de su pueblo, que no había reparado en ningún interés por los hombres. Los jóvenes buscaban sexo y descendencia, y casi todos emigraban a Soweto, Egoli, donde vivían un mundo en paralelo que sólo ellos conocían y que a ella le preocupaba mucho. Sentía su comunidad agrietarse. Y los hombres mayores que mostraban interés en ella estaban ya casados y ella no aprobaba la poligamia. No le inquietaba. Estaba bien sola y en su mundo, con sus padres, con sus hermanos, con algunas amigas con las que paseaba hasta el cauce seco, y con sus atardeceres sagrados en su roca mirando al mundo. Allí sentía, sin saberlo, la voz de Mandhla, su fuerza y su conexión con la sabiduría de muchas generaciones.

Una de sus amigas desde niñas, Tulani, solía pasear con ella. Tulani era una mujer alta y esbelta, tenía una actitud muy alegre ante la vida. Intentaba animar al pueblo en algunas noches de reunión frente al fuego con su mágico ritmo con las amahlayi, unas tobilleras con semillas secas que sonaban rítmicamente con los bailes kalanga. Como casi todas las chicas del pueblo, se había casado joven con un chico de los de Egoli y tenía un hijo de dos años. Hacia más de dos navidades que no veía a, Jabulani, el padre de su hijo.

Solía acercarse a los cruces de caminos cerca de Mphoengs, donde todos temían que estuviese yendo a los bares. En aquellos bares, paraban caminantes, viajeros, camioneros, trabajadores en las tierras más al Norte de los Rhodesians, soldados en patrulla, guerrilleros, traficantes, cazadores furtivos, y muchos de los que iban y venían de Egoli. Volvía con dinero, ropas, leche en polvo y algunos pollos. Ella decía que era por unirse a los recolectores de amahimbi. Los amacimbi eran unos gusanos peludos que cubren los árboles Mopane poco después de la breve estación de lluvias. Eran muy apreciados en Egoli. Los recolectores, que controlaban el negocio, pagaban un dólar de Zimbabue (entonces equivalente a veinte centavos de dólar americano) por jornal duro, en el que de tanto apretar gusanos y vaciarles las tripas de la pasta verde de hojas de Mopane, las manos se llenaban de heridas teñidas de verde. Las manos de Tulani estaban limpias.

NoLwasi empezó a comprobar rasgos especiales en Tulani. Empezó por ver, era muy observadora, que sus pestañas se alargaban. Le daba un aspecto aún más frágil, una belleza aún más delicada. Se avergonzaba de que sintiera siempre un cariño, una ternura especial por Tulani. Sentía a veces ganas de abrazarla, pero eso era tabú en su cultura kalanga. Poco a poco notó que al volver del cauce seco de sus paseos, no podía con el peso de su pequeño, a la espalda. NoLwasi empezó a subir con él a su espalda. Unas semanas más tarde, empezó a notar como apenas podía subir del río ni ella sola. Tenía que pararse muchas veces a tomar aire.

NoLwasi se fijaba en otros cambios: su piel era como más brillante, había perdido peso y se le marcaban los pómulos, mientras el pelo le creció más lacio.

Un día, la madre de Tulani, viuda y muy pobre, la llamó a NoLwasi. Le dijo que su hija estaba en el suelo sin poder levantarse. Cuando llegó a su choza comprobó que Tulani estaba sola, tumbada en el suelo, sucia por sus vómitos y por diarrea que había embadurnado su ropa. La choza estaba llena de moscas, olía terrible. Tulani apenas podía abrir los ojos y respiraba entrecortado. Le alargó la mano. NoLwasi, *ungane wami* (amiga mía).

NoLwasi retiró la ropa sucia y la puso en un cubo de agua. Con otro cubo, la lavó con mucho cuidado y ternura. Sentía una fuerza, un impulso especial para lavarla, acariciarla, aliviarle su dolor y transmitirle fuerzas. Cuando la había secado y limpiado el resto de la choza, la trajo ropa suya, blanca, y la vistió con cuidado. Le explicó a la madre de Tulani que debía llevarla a su choza y cuidar de ella unos días. No lo había hecho nunca con nadie. Sentía, además de la ternura, que en Tulani se concentraba la rabia de los espíritus, el castigo por la avaricia de Joshua, la deserción de los jóvenes, las infidelidades de Tulani y otras. ¿Pero por qué Tulani? Necesitaba liberarla de la rabia de los espíritus y necesitaba entender aquella enfermedad que había ido infiltrándose en el cuerpo de su amiga.

Cuando la instaló sobre unas mantas en su choza, le dio de beber agua con unas hierbas y miel, en pequeños sorbos durante más de una hora, pacientemente. Luego, con más calma, empezó a examinar detenidamente todo aquel cuerpo emanciado.Vió que en la boca tenía manchas blanquecinas como cuando los bebés necesitan minerales de la tierra. Comprobó después que en la espalda le habían aparecido unas manchas entre rosadas y negruzcas. Recordaba como al embalsamar a uno de los chicos que habían muerto en Egoli, vio que tenía una mancha parecida en el cuello. Su cuerpo estaba muy delgado. Le palpó con cuidado su pecho, su espalda, su abdomen, las piernas, el cuello, la cabeza, los hombros y las caderas. Buscaba signos del origen de aquel mal. Notó una energía muy negativa al pasar sus manos por la parte derecha del abdomen y en la parte anterior del cuello. Algo estaba consumiendo a Tulani. Echó sus mágicas tabas al suelo pidiendo sabiduría a los espíritus. Memorizó como habían caído aquellas piedras alargadas. Los dibujos que hacían las tabas se quedaban grabados en su mente.

Esa tarde, dejó a la madre de Tulani a su cuidado, diciéndole que sólo le diera una infusión de hierbas que había preparado.

Fue a su santuario, a su roca sobre el mundo. Buscó en sus dibujos de corteza de maleleucas. Había uno que reflejaba exactamente la figura de las tabas de Tulani. Orientó el dibujo a la sombra del árbol en el atardecer. El dibujo indicaba una zona al sudeste a siete puntos.Avanzó los siete pasos. Encontró una hierba que nunca había usado y ningún *nyanga* le había hablado de ella. Era muy fina, amarillenta, con un tallo amarillo. Entre las hierbas, había unas piedras de color

rojizo y también los restos de la piel que había mudado una serpiente mamba. Lo puso todo en su bolsa de tela. Pasó dos horas meditando con la puesta de sol y siguió haciendolo hasta que todo estaba oscuro y sereno. Sintió como hablaba Mandhla, y como a través de él hablaban otros espíritus como Masora, y algunos mucho más ancianos. Entre el murmullo, notó continuamente el clic de la pena mezclado con el del enfado. Sintió que Mandhla hablaba de vidas en Egoli que atraían los males del dolor y el sufrimiento. Necesitaba entender más. Pidió a los espíritus sabiduría para aliviar el dolor, conocimiento para prevenir que la enfermedad envolviera al pueblo kalanga, y perdón y paz para volver al sendero de la armonía.

Al volver, la madre de Tulani estaba dormida al lado de su hija, abrazada también al pequeño, que el marido de Tulani había dicho que debería llamarse Nelson. Le dijo que podía volver a su casa con el niño. NoLwasi preparó infusiones y cremas con los restos de *sadza* secada al sol. También preparó lavativas y encendió una mezcla con ceras naturales para que la choza se llenara de aquella medicina, umuti, transmitida por los espíritus.

Había sentido en su vida pena por la muerte de Masora y por la de algunos vecinos y amigos, rabia por la violencia de la guerra y enojo por el trato altivo de los que volvían de Egoli. Pero no recordaba haber sentido miedo. Su padre Themba, que había visto trabajar a su hija hasta tan tarde, y sabía de la gravedad de Tulani, se acercó.

–¿Qué pasa, hija? ¿Cómo estas? ¿Qué tal esta Tulani.?

–Padre. Tengo miedo. Siento cómo una gran sombra oscura se acerca sobre Matabeleland.

XVIII

LA MARCHA A EGOLI

Sudáfrica, agosto, 1982

Tulani mejoró con las infusiones que NoLwasi le preparó. Sus diarreas cesaron. Ganó peso y volvió a sus tareas y al cuidado de su hijo y de los campos, esperando a su marido por Navidad en Soweto. Cuando él volvió por la Navidad, NoLwasi notó que tenía una mancha rojiza parecida, en el cuello.

A la Navidad siguiente no volvió. Sus compañeros en Soweto dijeron que estaba muy ocupado trabajando. Tampoco trajeron ningún dinero para ayudarle a Tulani. Unos meses después llegó en un ataúd a bordo de un pick–up Sudafricano. Era el tercero del pueblo en dos años.

Unos meses después Tulani volvió a enfermar con diarreas constantes y gran debilidad. Llevaba una semana en la choza de NoLwasi. Sus constantes diarreas y vómitos habían cesado y bebía los brebajes que NoLwasi preparaba en su roque sagrado. Durante esa semana fue observando más de cien signos que el cuerpo expresaba por esa extraña enfermedad.

Anotó en dibujos los rasgos del pelo más ralo y áspero, la piel más brillante pero fina y frágil, las pestañas más largas y profusas, y la mirada más húmeda y temerosa. Con la ténue luz de su lámpara de queroseno en la noche exploraba el interior del ojo a través de la pupila. Lo obesrvaba como nublado por manchas que se parecían a las nubes de la tarde en la estación de lluvias. Parecidas eran las manchas blancas que observaba dentro de la boca y en la lengua. A estas manchas las llamó en sus notas «manchas de Soweto», pues ya las había comprobado en otros dos chicos jóvenes que volvieron cadáver de allí. Dibujó en su cuaderno las manchas de color rojo oscuro, como el índigo de los cactus, que aparecían por el cuello y la espalda. Comprobó una delgadez extrema, que exponía los pómulos como las rocas de los kopjes de Matopos. Su respirar era rápido e irregular.

Había aprendido a escuchar el aire fluir por los pulmones apretando su oreja contra diferentes partes del pecho. Oía ruidos como el viento en las hojas. Lo

normal era el fluir limpio del viento en las acacias secas.El de Tulani era como el rugir del viento en los mopanes húmedos. Hacía lo mismo con los latidos del corazón, irregulares y débiles. Notó en el abdomen zonas agrandadas en la parte debajo del corazón. Una zona que los *nyangas* sabían bien tenía que ver con el rencor de los espíritus de la pureza. Así siguió observando aquel cuerpo debilitado y dolorido.

Luego iba a su altar sagrado. Oía el rugir del viento en las hojas del campo. Sabía identificar los sonidos que más se parecían a los que escuchaba en el pulmón de Tulani. De esos árboles y sus hojas hacía ungüentos e infusiones. Se los daba mientras replicaba el ritmo que escuchaba en su corazón con su tambor, transformándolo poco a poco en un ritmo más constante, más regular y más fuerte. Sabía bien que los sonidos, como las luces, los sentimientos y todas las energías, se acoplan hacia la armonía.

Y hablaba con ella, de sus miedos y sueños, de sus conflictos de pareja, familia o con otras personas del pueblo. Escuchaba a los espíritus. Siempre sentía la voz de Mandhla, a veces en susurros ininteligibles.

Relacionaba los sonidos con los árboles, éstos con los antepasados, sus espíritus con los conflictos y con las visiones del mundo. Todo ello fluía por su mente sin que ella lo controlara. Sus manos movían las tabas y a menudo todo encajaba en una idea, una cadena al espíritu que latía en cada persona o una idea que liberara la tristeza del espíritu. Una alianza con el poder sanador de hierbas, cortezas y polvo de piedras. Entrando en forma sólida, liquida o en humos sagrados. Musitando ritmos que tampoco podía entender ni controlar.

No entendía por qué todas las imágenes de las tabas, los ritmos de los tambores, el viento en los árboles, las palabras de Tulani, los susurros de Mandhla, las voces de amakhosis y de otros espíritusparecian confluir en una imagen oscura y amenazante. Todo parecía explotarle en la cabeza y sentía profunda tristeza. Una inmensa nube negra sobre su alma.

Aunque de nuevo Tulani mejoró algo y volvió a su casa con su hijos que ya tenía cinco años, sabía que se acechaba una plaga mortal: *ubhubhane*.

Fue a ver al *nyanga* más respetado de la región, más al sur, cerca de Beitbridge, en la frontera con Sudafrica. Se llamaba Mkhulu Ndlovu. Le dijo que había visto ya cinco personas con la enfermedad parecida a la que ella le describió de Tulani. La llamo *isifo esibulalayo nesingañangekiyo* (enfermedad que mata y no podemos curar). Sabía que más al Sur era peor. Había oido de una enfermedad que se llevaba a muchos jóvenes. Los funerales y el paso de pick –ups de vuelta a Matabeleland con féretros, eran cosntantes. Tanto era así que a la zona cercana a Soweto la empezaron a llamar *KwaÑama-ayipheli,* «el lugar donde la carne no se acaba»,

pues tradicionalmente los funerales implicaban un sacrificio animal y el comer su carne; o *Akuyilubuyayo*, el lugar de donde no se vuelve.

Mkhulu le dijo a NoLwasi que esa enfermedad amenazaba la armonía de todos los kalanga, ndebele, xhosa y zulú que se estaba rompiendo el respeto a la tradición *hlonipha* y los espíritus estaban castigando al pueblo. La tradición *hlonipha* exigía a las mujeres no usar sílabas de los nombres de sus maridos. Mkhulu pensaba que tampoco deberían mencionar la enfermedad que empezaba a aterrar a todos. El decía que las mujeres en sus *kraal*, estaban deshonrando a sus maridos mientras trabajaban en Egoli. Mencionaban sus nombres sin el respeto de su tradición *hlonipa* e incluso flirteaban con los transeúntes y camioneros en los cruces de caminos. Los espíritus habían mandado su furia a los *kraal*, pueblos y a la nación entera.

–NoLwasi, esto es *Yisijeziso sika Nkulunkulu*, un castigo de nuestro Dios. *Iphelisa uthando*. Hace que muera el amor.

NoLwasi notó una profunda tristeza en aquel *nyanga*. Y una profunda resignación. Era como si quisiera morir con esta terrible plaga que NoLwasi temía iba a arrasar a su pueblo.

Tenía que saber que ocurría en Egoli. Debía viajar al Sur y saber cómo eran las vidas de los jóvenes kalanga y qué les había ocurrido a aquellos que volvían sin vida a reposar junto a sus antepasados.

Sólo las mujeres que se prostituían en la frontera con Sudáfrica viajaban solas y cruzaban el Limpopo. Mandó un mensaje a través de un familiar que viajaba hacia su pueblo para informar a su padre que estaría ausente una luna. Debía buscar respuestas de los espíritus.

NoLwasi sabía que la semana antes, cuatro jóvenes shona se habian ahogado al intentar cruzar a nado el Limpopo, crecido con las lluvias. El *nyanga* Ndhlovu le había dirigido a NoLwasi para que contratara un guía, un tal Takani. Le pedía cien dólares de Zimbabue, un dinero que ella nunca había visto junto. NoLwasi le dijo que sólo le podía dar ayuda en salud. Takani la miró escéptico, pero al saber que venía del conocido Ñana Ndlovu, la llevó a su casa donde su hija tenía fiebre. NoLwasi vio los signos de la enfermedad del calor de las primeras lluvias, se adentró en el campo, preparó unas infusiones y la cuidó por la tarde. Durmió fuera, bajo un árbol. Por la mañana la niña había mejorado y Takani aceptó guiarla a través del Limpopo.

Se adentraron en el punto de cruce ilegal conocido como María . El rio estaba crecido y Takani había preparado una larga cuerda entre ambas orillas, pero no cruzó con NoLwasi. Ella se agarro fuerte a la cuerda. Nunca había entrado en un rio, nunca el agua había rodeado su esbelta figura. El cauce seco del Sanzukwi apenas llevaba un fino reguero tras las lluvias. Fue avanzando agarrada a la cuerda, sin más equipaje que una bolsa de tela amarrada a su ropaje de telas zulú y su

blanco turbante. En varias ocasiones la corriente casi le arrancó de la cuerda y se quedó colgando de una sola mano que se asía con fuerza. Tragó agua y perdió la respiración unos segundos. Tenía que conseguirlo. Sabía que le esperaba el reto de salvar a su pueblo. Vio incluso más abajo unos cocodrilos apostados en la orilla, como esperando el desenlace que tal atrevimiento. Takani la observaba subido a un acacia por si veía a la policía de fronteras de Sudáfrica acercarse, en cuyo caso la avisaría, y volvería a la orilla norte. Tardó diez minutos de tremendo esfuerzo y venciendo al miedo. Llegó a la otra orilla desfallecida. Se tumbó exhausta. Takani le gritó:

–*Lihambe kuhl*. (Que vayáis bien).

El plural tradicional en la despedida ndebele hizo sentir a NoLwasi que, de alguna manera, viajaba con todo su pueblo.

NoLwasi caminó atravesando la reserva de Marelani, esquivando dos veces a patrullas de la policía aduanera sudafricana. Vio a algunas manadas de búfalos y se escondió entre unas acacias, inmóvil para que no la detectaran y la embistieran. Una hora después llegó a Mesina. Había recogido algunas hierbas en el camino, que le darían coraje sereno y apagarían el hambre. También había encontrado agua en algunos arroyos. Sabía que estaba a casi seiscientos kilómetros de Soweto, donde había unos diez jóvenes de su pueblo viviendo una vida misteriosa, que sabía tendría que ver con la enfermedad que les amenazaba a todos. Preguntó a un grupo de ndebele dónde podría trabajar algunas jornadas para pagarse el autobús a Soweto. Le insinuaron dinero por favores íntimos y les miro con desprecio. Empezó a sentir lo que la emigración lejos de la familia, los antepasados, los valores, hacía con algunos hombres. Les vio la espalda y siguió caminando por el campo hacia la reserva Baobab. Le maravillaban esos árboles. De alguna manera eran como aquellos jóvenes perdidos: arrancados de su tierra y plantados con las raíces hacia arriba, en tierras secas, inhóspitas. Cuando llevaba dos kilómetros notó que alguien le llamaba por detrás:

–¡*Udade wami*! (hermana)

Miró hacia atrás y vio a uno de los chicos del grupo que se metió con ella. Era alto y muy delgado. Notó los pómulos de Tulani. Parecía venir de forma pacífica. Pero NoLwasi cogió una piedra y la apretó con fuerza por si se acercaba.

–¿Si? ¿Eres como tu amigo? ¡No te acerques a mí!

–No, te pido disculpas. Es un estúpido.

–Los estúpidos dicen estupideces, los hipócritas las consienten.

–Tienes razón. En grupo somos como hienas, cobardes. Dime, ¿dónde vas? No vemos mujeres solas caminando por aquí. Muchas se prostituyen en Mesina y en Beitbridge.

–Voy a Soweto.

–Déjame ayudarte, me llamo Benson.

–Yo me llamo NoLwasi. ¿En que me puedes ayudar?

–Veo que no tienes apenas equipaje, seguramente no tengas *rands* ni donde dormir. ¿Me equivoco?

–Sé sobrevivir en la naturaleza.

–No tengas tanto orgullo, es bueno ayudarnos unos a los otros.

–De acuerdo, gracias, Benson. ¿Crees que podría trabajar unos días para ganar un poco de dinero y seguir mi camino?

–Aquí hay pocas fincas. En lo que hay trabajo es en las minas de carbón. Pero no es trabajo para mujeres. No te darán trabajo. Y yo que tú no me metería en una mina con doscientos hombres, algunos de ellos huidos de la justicia.

–No tengo miedo. Y puedo hacer el trabajo. Sólo necesito una semana, unos pocos rands y seguiré mi camino.

–De acuerdo, eres valiente NoLwasi. Estamos a diez kilómetros, las minas están al otro lado de la reserva de Baobabs.

Caminaron hora y media por la seca sabana plagada de baobabs, y vieron algunas cebras y unas manadas de impalas buscando algo de humedad y hierba. Benson era un joven de cerca de Hwangue, quien como tantos de miles de jóvenes de Zimbabue, buscaba un mejor futuro en Sudáfrica. Había trabajado en las minas de Johannesburgo, viviendo en Soweto como guardia de una casa de blancos en Pretoria, y ahora en las minas de carbón de Messina. Quería volver a su casa, pero no lo haría con la vergüenza de hacerlo sin éxito, sin ahorros y sin admiración. Le explicó que en aquel año de 1983, el Presidente Botha, intentaba por primera vez dar algo de voz democrática a los negros y a los indios, en congresos diferentes al dominante de los blancos, pero que el Congreso Nacional Africano lo rechazaba por dignidad.

A llegar a unas casas de cemento y tejados de zinc, vio pegadas en algunas paredes unos pastines que decían «Rhodesia votó sí, Vota no». Los partidos blancos racistas se oponían a cualquier reconocimiento de los derechos de los no–blancos, a quienes consideraban inferiores. NoLwasi recordó como dos años antes, el tío de su madre, Joshua Nkomo había firmado con su enemigo acérrimo, Robert Mugabe, la independencia de los blancos de Rhodesia. El poder estaba en manos de los africanos, la gran mayoría, pero las envidias y rencores había disparado aún más la violencia de la quinta brigada por todo Matabeleland. Guerra, enfermedad, sequía. ¿Dónde estaba la esperanza?

Cuando estaba leyendo el folleto racista, salió de dentro un hombre blanco, alto, obeso, con barba rubia y mirada desafiante:

–¿Que leéis, cafres? Vosotros no podéis votar. Y nunca podréis.

–Lo sé *baas* –respondió Benson, mientras hacia un gesto de sumisión doblando sus rodillas y cogiéndose las manos frente al pecho.

NoLwasi sintió asco. Por la tiranía del blanco y más aún por la sumisión del negro. Ella se quedó mirando serena pero fijamente a los ojos del bóer. Cuando vio el boer que NoLwasi no reaccionaba con sumisión, levantó una vara de cuero amenazándola.

–¿Qué miras tú? ¡Negra furcia!

No le respondió, simplemente se dio la vuelta con tanta dignidad que dejó al boer sin saber reaccionar. Benson la siguió y le susurró:

–¿Estás loca? Pueden darte latigazos, o llamar a la policía aduanera, o directamente a la policía acusándote de mirar a los ojos a un blanco, de desacato a su autoridad, inventarse cualquier robo. No sabes lo que son aquí las cárceles.

–Benson. Nunca trabajaré para seres así. Prefiero morir de hambre.

Ya anochecía, y se fueron a dormir en torno a un fuego con mineros y algunas familias. Le ofrecieron té caliente. Llevaba tiempo sin beber y dos días sin comer. Se disculpó y se alejó del grupo un momento. Vió por la ventana de la oficina del boer que ellos también estaban preparando un té. Tomó unas hierbas que conocía bien, con efecto diarreico y otras con un fuerte poder hipnótico. Desde la ventana, en un momento de despiste de los blancos, pudo poner las hierbas en el té que estaban preparando. Las cortó tan finas que no se notaban las diferentes hierbas. Además ya era noche oscura y las lámparas de queroseno apenas alumbraban.

Volvió sigilosa al grupo. Cuando había pasado una hora, escucharon gritos de los blancos, luego gruñidos, luego silencio. Nadie sabía lo que pasaba. Salvó NoLwasi. Empezó a musitar.

–*Nkosi sikelele Africa…Maluphakamis'upondo lwayo…* (Dios bendice a África, que su cuerno suene fuerte)

Eran las primeras palabras del himno del Congreso Nacional Africano, el que resistía al apartheid en Sudáfrica, el que ya había arrebatado el poder a los blancos racistas de Zimbabue.

Todos la miraban con asombro. Cantar ese himno estaba penado con cárcel y latigazos. Pero al ver que los blancos no venían se fueron uniendo unos pocos, luego más, luego todos. El canto ndebele también era cantado en xhosa, en zulú y el otras lenguas.

NoLwasi, sí que sintió en ese momento esperanza.

Benson se quedó en la mina, y NoLwasi salió pronto al amanecer. Había asistido a algunos mineros con dolor de espalda, con heridas infectadas y con fiebres. Le habían dado a cambio comida y unos pocos *rands*.

Cuando llevaba andado unas tres horas por la carretera hacia el sur, pasó un camión y paró a su lado: había tres hombres xhosa delante:

–¿Qué haces? ¿No sabes que no puedes andar sola por esta carretera? ¿A dónde vas?

–Voy hacia Soweto.

–Sube detrás, te llevamos hasta Mokopane.

El camión llevaba sacos de maíz. Sobre ellos había sentadas varias mujeres, una de ellas con un bebé, un hombre mayor muy delgado y varias gallinas, bolsas y cajas. Saludó y se acomodó en un rincón. Con disimulo miró a aquel hombre: era extremadamente delgado, el pelo africano blanco, su frente mostraba las arrugas del tiempo, su mirada estaba perdida, como si ya hubiese desistido en buscar la belleza.

Sus ojos mostraban las sombra blanca que anunciaba la ceguera, y tenían una expresión de profunda tristeza.Vestía un harapiento traje y estaba acurrucado en torno a una vara de madera. NoLwasi pensó que aquel hombre era el reflejo de toda una vida bajo la humillación ybajo el racismo. Sintió profunda pena. Se acercó a él y le dio algo de la poca comida que tenía en su bolsa.

Al llegar a Mokopane, pudo preguntar por otro camión y, esta vez pagando los rands que le habían dado en campamento minero de Messina, subió para seguir hasta Soweto.

Era ya de noche cuando pasaron frente a Pretoria. Nunca había visto tantas luces, tantos edificios tan altos, ni tantos coches. Nunca antes había visto semáforos, ni tanta gente juntas ni lámparas que alumbraban la tierra del camino. No lo entendía. Había también enormes carteles que anunciaban comidas, extrañas botellas para alimentar a bebes (pensó que quizás las blancas no tenían pechos), bebidas oscuras, ropas extrañas o coches con mujeres con poca ropa. No entendía nada. Todo era ruidoso y la gente no parecía feliz. Pensó que algo extraño estaba invadiendo el mundo y la enfermedad incurable emergía como una serpiente de un pozo de barro negro.

Poco después pasaron delante de los rascacielos de Johannesburgo. Quedó atónita. Tanta altura, tanta luz. Pero no podía entender porqué lo hacían. ¿Buscaban así a *Mukhulunkhulu*? ¿O querían estar más cerca de las nubes para pedirles lluvias? ¿O quizá mirar muy lejos por si venían enemigos? Pero nada de ello encajaba. Todo era extraño.

Llegaron a Soweto. Vio una extensión inmensa de casas pequeñas de cemento, ordenadas en perfectas cuadriculas. Había sido fundada para albergar a los trabajadores negros de Johannesburgo. Había crecido tanto que en muchas casas vivían hasta veinte personas. Era de noche pero había gente andando por las calles, en muchas esquinas había fuegos y reuniones.Vió varios carteles de un tal sacerdote Desmond Tutu en las que pedía condiciones dignas de vida para Soweto. Unos pocos años antes habían muerto en esas calles más de quinientos africanos

masacrados por la policía del apartheid por protestar contra la imposición de la lengua afrikaans de los bóers en las escuelas.

Desde entonces había un odio hacia los blancos dominantes aún más fuerte, aunque aún camuflado a flor de piel. Se notaba que en algunas de aquellas casas había reuniones donde tramaban algo. Se veían banderas del congreso nacional africano en algunos postes del camino. Empezó a musitar de nuevo Nkosi Sikelela. En ese momento vio a una persona con los pómulos prominentes, las machas rojizas y muy delgado, sentado frente a una casa. Bajó del camión, y se acercó a la casa.

Preguntó en ndebele, muy similar al zulú local, si conocía alguna *nyanga* en el barrio.

XIX

LAS FRONTERAS DE LA RELIGIÓN

Misión de San José, noviembre, 1982

–*Father Patxi, father Patxi*… ¡ya vienen!

Con esos gritos se despertó Patxi una mañana de noviembre de 1982. Llevaba tres años en la misión de San José, de Matabeleland Sur, en el recién independizado pais de Zimbabue –la antigua Rhodesia del Sur– cerca de a frontera con Botswana. Los gritos de su amigo Sibindi (valiente) le alertaban que se acercaba una patrulla de la quinta brigada. Tardó unos pocos segundos en ponerse una camiseta blanca, un pantalón corto y sus sandalias. Salió de su cuarto al salón común de la casa de los Jesuítas. Sibindi era un joven kalanga con vocación de sacerdote. Patxi era su consejero y amigo. Salieron corriendo hacia los límites de la misión.

Había miembros del ZAPU de Nkomo que eran de la zona, y cuando venían, comían y compartían con todos, aunque en los últimos meses la gente de los pueblos y de la misión les había pedido que no vinieran pues ponían en riesgo a todos, y que dejaran las armas. Patxi había hablado con varios de ellos, disidentes del ejercito de Mugabe, y civiles alistados en la lucha. Antes de hablar con ellos meditaba sobre el principio de Aimsa, releyendo el libro de los experimentos con la verdad, de Gandhi. Uno de ellos, le había hecho caso, y estaba trabajando en las minas de Egoli (Johannesburgo). Pero los demás insistían en luchar:

–Father Patxi: ¿cómo callarse después de liberarnos de los blancos y volver a estar bajo el yugo, ahora del dictador Mugabe?

Patxi oía los cuernos secos de búfalo sonar. Venían de chicos apostados en las rocas de Matopos, cercanos a Kezi. Cada tres kilómetros había un encargado de dar la señal. Tardarían unos veinte minutos. Tenía que hacer algo. Sabía que la quinta brigada mataba indiscriminadamente en los pueblos en los que sospechaban vínculos con disidentes. Y hacía una semana que uno de los disidentes de

cerca de St Joseph fue apresado cerca de Matopos. Era cuestión de días que dijera, bajo horribles torturas, quién lo había alimentado.

No sólo el gobierno masacraba pueblos donde sospechaba cobijo de disidentes, sino que al toque de queda impuesto de atardecer a amanecer, se unía ahora un bloqueo en el transporte de alimentos, aún más critico en medio de una severa sequía. Patxi traía sacos de harina de maíz, de contrabando, cubiertos de sábanas y llevando enfermos al hospital de Bulawayo. En sus tres años en Zimbabue había enseñado teología en el seminario en Bulawayo, pero pidió al obispo su traslado a la zona más seca y pobre, rehabilitando la misión de San José, arrasada por las llamas a mediados de los 70.

Había construido un centro de salud, una sala para pacientes que necesitaban ingreso y un pequeño quirófano. Él mismo hizo un curso de enfermero básico de un año y apoyaba a varios a jóvenes de la zona a estudiar enfermería. Sólo iba un médico una vez al mes. El resto del tiempo el mismo Patxi asistía partos, hacia curas, medicaba dolencias comunes e infecciones de la zona. Eran frecuentes la malaria en la estación de lluvias, las meningitis en la seca, la enfermedad del sueño, la tuberculosis, enteritis, rabia, fiebres botonosas, mordeduras de cobras, mambas y escorpiones, y fracturas de todo tipo. Muchas de éstas eran por caídas de los «scotch cars», unos primitivos carros tirados por burros. Habían construído un pozo y un horno de pan. Juntos en comunidad habían reconstruido la escuela primaria, habían construido talleres de carpintería, electricidad y mecánica. y había levantado la Iglesia. Una Iglesia que él dibujó, redonda y llena de luz. Donde todos se sentaban en círculo, meditaban, sentían el amor de Dios y se animaba a todos a transmitirlo al mundo. No veía más secretos en la religión. El obispo le había llamado la atención pues su «libro de bautismo» estaba vacío y además se sabía que repartía preservativos. Pero él no hacía caso, sabía que «Dios» o quien fuera, estaba de su lado. Lo sabía en las sonrisas de los niños y de los mayores que se reunían a cantar sus cantos y oír las historias de Patxi, en kalanga y ndebele. Ya dominaba los sonidos «click» de la lengua zulú y contaba historias de animales con moralejas de amor,

Todos en la zona le querían mucho. Le llamaban «Sindisabantu», quien salva a la gente.

Llegó corriendo hasta la Iglesia y tocó con fuerza la campana. Todos sabían el tipo de llamada. La habían estado explicando en las últimas misas de domingo. Llamaba a todos para que se refugiaran en la Iglesia. Fueron llegando corriendo cientos de personas del entorno a la misión. Les pidió que se sentaran y no hicieran ruido, mientras rezaban en silencio. Les dijo que se organizaran en parejas para cuidarse mutuamente en caso de necesidad. Habían ido reservando agua, naranjas, *biltong* (carne seca en tiras), pasta de cacahuete y bananas. Al poco tiempo, oyeron los motores de los Toyota de la quinta brigada, y escucharon con sobresalto algunos tiros de intimidación.

Patxi les pidió que se quedaran sentados en el suelo en silencio. Se acercó a la puerta y la abrió con naturalidad. Había unos diez jeeps y dos camiones todo terreno, de los que habían salido unos cien soldados con las temidas boinas rojas. Notó unos cuatro coreanos que daban órdenes.

En unos segundos habían rodeado la Iglesia y los más cercanos, unos diez, le apuntaban con sus rifles. Patxi notó que Sibindi se acercaba por la espalda. Uno que lucía la estrella de comandante le dijo en shona:

–Me llamo Jeremy Nalunga, soy el comandante de esta compañía del ejército soberano de Zimbabue. Sabemos que en este pueblo hay disidentes terroristas. Entréguelos y nadie saldrá herido.

–Aquí no hay terroristas. En esta misión sólo hay familias que trabajan duro cada día para poder sobrevivir, y todos queremos la paz.

Se expresó en ndebele, para irritación del comandante y su compañía, en su mayoría shona y que odiaban a los ndebele, al ZAPU y consideraban a todos aquellos pueblos, nidos de terroristas.

–Tiene cinco minutos para entregarlos, o entraremos y dispararemos a todos.

–Necesito esos cinco minutos para hablar con usted, Comandante.

Mientras los soldados rodeaban la Iglesia y apuntaban a Sibindi, el Comandante Nalunga y Patxi fueron a hablar, debajo de un mango al lado de la Iglesia. Patxi pensó en su hermano Juan Mari y en sus compañeros de lucha, pensó en las palabras de paz y amor de Jesús, pensó en las experiencias de Gandhi con la no-violencia «Aimsa». y pensó en todas las personas que había dentro de la Iglesia, unas trescientas. A casi todos las conocía en su labor diaria, sus penas e ilusiones, su mundo de los espíritus, su devoción al Jesús del amor, a su manera, sus tradiciones, canciones, celebraciones y funerales. Había llorado cientos de veces con ellos en sus momentos duros, había cantado en sus graves tonos ndebele, mmm… mmmm, las alegrías y tristezas, las rabias y los anhelos de ese pueblo al que ya amaba profundamente.

–Comandante Nalunga. Sé que su trabajo es duro, arriesgado y con el noble fin de la seguridad y la paz de este pueblo de Zimbabue, que lucho unido por su independencia.

–Por eso le digo que entregue a los terroristas, Padre, usted sabe que están ahí, se esconden, amenazan a la gente, y atacan al ejército y a los campesinos shona.

–No hay de esos jóvenes aquí. Todos son gente de paz. Si hubo gente del ZAPU, todos han dejado las armas hace tiempo, quieren la paz.

–Eso lo comprobaremos nosotros. Voy a entrar en la Iglesia, Padre.

–No pueden entrar con armas, ¡es la casa de Dios!

Nalunga le dio la espalda y llamó a sus lugartenientes. Mientras tanto, Patxi fue hacia puerta de la Iglesia. Tenía que pensar rápido en pocos segundos. Se podía acercar una masacre. No podía enfrentarse sólo, ni ofrecerse como rehén, ni increparles como asesinos. Pidió a Sibindi y a otros chicos fuertes que descolgaran la cruz que colgaba frente al altar, tenía unos dos metros, y que se la trajeran rápido a la entrada.

Mientras se organizaba Nalunga y sus lugar tenientes, que estaban dado órdenes a la compañía, Patxi le pidió a Sibindi y sus amigos que dejaran la cruz fuera y que se quedaran dentro y cantaran Nkosi Sikelele con toda su fuerza.

Patxi se apresuró y colocó la cruz encajando su lado largo entre las agarraderas de metal de la puerta de la Iglesia.

–Nalunga, si entráis en esa Iglesia será partiendo la cruz de Dios. Piensa en ello. Dentro sólo hay gente trabajadora y honrada que canta el himno de Zimbabue libre y en paz.

Se acercó a él:

–Te doy mi palabra, si pasa el tiempo y me dices un sólo hombre que trabaja, duerme y come con nosotros, que usa las armas contra el gobierno, puedes llevarme preso.

En ese momento, *Nkosi Sikelele* se transformó en *Ishekomborera Africa Ngaisimudzirwe zita rayo*, el himno en shona. Lo habían estado ensayando en los pasados domingos, tras convencer a muchos de dejar su orgullo al lado, y cantar en el otro idioma mayor del país, el mismo significado.

Nalunga se sintió conmovido por el valor de Patxi, por la cruz frente a los fusiles, por los cantos shona con aquellos tonos graves zulú.

–Padre: por esta vez pase. Reze con su pueblo por la paz. Si sé que hay un sólo disidente cerca de aquí, ¡vendré a por ellos y a por usted!

–No tendrá que venir. La paz reinará pronto en este hermoso país. Tenemos que juntos trabajar para sobrevivir la sequía y para progresar en una vida mejor para nuestros padres y nuestros hijos.

Nalunga llamó a la tropa a volver a los vehículos, mientras los coreanos le gritaban con rabia por lo que interpretaban como debilidad. Uno de ellos le llegó a gritar de forma amenazadora levantándole el puño delante de su rostro. En ese momento, Nalunga le dio un fuerte puñetazo y lo levantó del suelo agarrándole en su fuerte puño por el cuello de la camisa del uniforme:

–Este es mi país, esta es mi gente. Necesitamos ya la paz. ¡No vuelva nunca a gritarme!

Habían pasado dos semanas desde el incidente de la quinta brigada. Era domingo por la tarde. Patxi había dicho misa en la Iglesia redonda con techo de paja que reconstruyeron en comunidad en la misión de San José, y en el cauce seco del rio, pidiendo lluvias a los espíritus. Había pasado después a ver a una fa-

milia cuyo hijo había muerto en Soweto, y poco después su mujer, quedando los abuelos al cargo de tres niños pequeños cuando apenas tenían fuerza para ir a por la leña y el agua y sus ojos castigados por años de sol del Kalahari, apenas veían.

Fue a pasear por las rocas de Matopos. Se solía sentar en una gran piedra plana desde la que veía otra roca alta, con la forma de una madre con su bebé en brazos. Pensaba en el amor de María.

Llevaba cinco años entre los kalanga y ndebele del Sur de Matabeleland, los últimos cuatro reconstruyendo la misión de San José, apartada de todo. Con la sola idea de la vida amando a los demás y a nuestra existencia como un inmenso regalo, había conseguido transmitir la ilusión en ndebele a una comunidad que trabajaba junta en proyectos, que rezaba y cantaba junta al amor, que buscaba la sintonía con el misterio de la eternidad del tiempo y la inmensidad infinita del espacio. Con esa comunidad buscaba mejores pozos de agua, cómo traer la electricidad hasta la misión (¡treinta kilómetros de postes!), organizaba talleres deartesanía, hablaba con su mayor cariño con los grupos de jóvenes, de madres, de mayores, de campesinos. Atendía a enfermos en el dispensario, atendía partos y hacía curas, incluso sacaba alguna muela o reducía alguna fractura. Esperaba cada mes al médico de la misión de Brunapeg, a unos cien kilómetros al norte. Se escribía con varios de los que emigraron a Soweto. Era feliz. Casi del todo.

Había dejado de hablar del Antiguo Testamento, en el que su lógica y su ética del amor no le dejaban creer. Había dejado de seguir estrictamente la liturgia. Había dejado de insistir en bautizos y otros sacramentos. Sentía tanta verdad en el testimonio de Jesús como en el de la unión a los *amakhosi* de los ndebele. Estaba convencido que el Padre de Jesús, era el Mukhulumkhulu de los kalanga, o incluso era la voz de nuestro Kharma como decía Rob, con quien mantenía una correspondencia de mucho afecto. Era el único Padre o Creador de todos. O éramos nosotros mismos. Éramos todos la misma energía en una ilusión de formas aisladas, de tiempo y espacio que evanescían cuando nuestra energía, por medio del amor, se liberaba.

Su forma de interpretar la religión, sin liturgias ni jerarquías, sin celos ni infiernos, su compromiso político con los más pobres, su lucha contra la violencia del gobierno. Todo ello le había causado problemas con el obispo, un anciano alemán que seguía contando el éxito de la evangelización por el número de bautizados y diciendo media misa en Latin.

Había seguido por las noticias que oia en la radio, la visita del Papa Juan Pablo II a España, y le entristeció el enorme gasto en la visita y la falta de humildad como mensaje de Jesus.

Por otro lado, aunque era feliz con las emociones de cada día, nunca podría ser un kalanga o un ndebele. Seguía siendo un blanco de tierras lejanas, perdido en un pueblo y tierra ajenos donde sí le querían. Todos querían a Sindisabantu. Pero cada atardecer sentía el frío de la soledad. Sibindi y otros dos jóvenes vivían

ahora en su casa compartiendo tareas con él mientras esperaban lugar en el seminario de Bulawayo. Pero en el fondo, no sabía si hacía bien animándoles a ese camino.

Pensaba para sí:

–La vida es amor. ¿Necesita el amor una forma? ¿Una fórmula? ¿Unos jueces? ¿Una liturgia? ¿Unas palabras repetidas de memoria? ¿Un miedo a ser castigados por el Creador? ¿Necesitamos un mundo de «creyentes» y «no creyentes». Había visto la gente más maravillosa, valiente, fuerte, generosa, apasionada de la vida, vivir y morir con otras creencias. ¿Cómo podíamos hablar de cielo e infierno? Había visto personas que desde su miedo y rabia, o desde su confusión con las quimeras del lujo o del poder, actuaban de forma egoísta y deshonesta. Pero en muchos de ellos había ahondado en sus almas: carecían de amor, clamaban amor sin saber cómo. Como cuando un bebé llora por comer o por dolor. Había descubierto las almas más brillantes que volvían al amor despojándose de miedos. Quizá hubiera un infierno. Pero estaba seguro de que estaba vacío.

Había otra idea que lo atormentaba. Se sentía sólo en su intimidad. Cuando llegaba la noche, se retiraba sólo a su habitación. Deseaba el abrazo de una mujer, las caricias por su cuerpo y necesitaba aún más abrazar, darse entero no sólo a la comunidad, sino a una persona, diluir su existencia en la belleza de otro ser. Se acariciaba y se daba placer él mismo alguna vez en que sentía extrema, casi dolorosa soledad. Había consultado este deseo a sus superiores en Bilbao y en Bulawayo, y la respuesta era penitencia de oraciones y duchas por la noche de agua fría. Pero él no podía ver nada malo en el amor unido a la pasión sexual, humana y natural. No había conocido a nadie en quien volcar ese deseo, esa fuerza, pero sabía que estaba ahí, y que llegaría.

Mirando a la roca de la maternidad, pidió a Dios, o a *Mkulumkulu,* que le guiase en el camino del amor con valentía y su expresión más profunda, la ternura.

XX

DESCUBRIENDO LA MAGIA DE LA MEDICINA

La Laguna, Tenerife, 1983

Jonay estaba ya en quinto año de la carrera de medicina, en la Universidad de La Laguna, en la isla de Tenerife. Había terminado los exámenes parciales de diciembre y, como acostumbraba, se había subido al Teide para ver «su» Gomera por un lado, y África por el otro. Recordaba cuando de adolescente miraba al Teide desde La Gomera y pensaba en qué le esperaba al otro lado del mar.

Poco después de rescatar a Kadiatu y a Lisy en el Atlántico, evacuadas por Josu en su carguero, y de volver al embarcadero de Fernando en Arguamul, Jonay viajó con sus padres, a bordo de *Satia*, hasta Tenerife, donde empezó una nueva vida, estudiando medicina.

Fernando y Kadiatu terminaron la casa de Arguamul, Lisy empezó la escuela y no sólo hablaba español a la perfección, sino hasta el lenguaje de los silbos gomeros y estaba plenamente integrada en la isla. Era ya una preciosa adolescente y tocaba la flauta travesera mirando a los amaneceres. Kadiatu consiguió el permiso de residencia como refugiada con la ayuda de la asociación de defensa de las mujeres, Gara, de San Sebastián, donde dos días por semana colaboraba con los documentos en inglés, y ayudaba a otras refugiadas. Le costó un poco más aprender castellano, pero ya lo hablaba bastante bien y había dado varias conferencias sobre los derechos de las mujeres en África y el desafío de la mutilación genital femenina. También, con la ayuda de Fernando, había cursado los estudios de auxiliar de clínica y trabajaba a veces haciendo suplencias en el ambulatorio de Vallehermoso. Era amable con todos, pero algo en ella no terminaba de brillar. Fernando intentaba animarla. Pero parecía que a veces ella se sumía en una profunda tristeza de la cual no sabía como salir. No podía volver a Sierra Leona pues se podría enfrentar al hombre poderoso del que escapó, pero aún así, era como si hubiera dejado una parte del alma en su país, al que, a pesar de todo, amaba. Fernando seguía enamorado de ella, había terminado su barco con la ayuda de

John, tocaba la guitarra y John la armónica en la plaza de San Sebastián y había empezado un huerto de plantas medicinales frente al barranco de «su» playa en Arguamul.

Después de dejar bien instalado a Jonay en La Laguna, Umbela y John partieron en Satia para dar la vuelta al mundo. Le enviaban postales y cartas a Jonay y a Fernando y su familia desde lugares preciosos, contando aventuras de su singladura. Se sentían profundamente libres y profundizaron en un amor casi simbiótico. Habían parado en Madeira a ver a Josu y su familia, de allí cruzaron hasta Cuba, donde encontraron a la familia de Fernando, y luego siguieron hacia el resto del Caribe, Brasil, Mar del Plata, Tierra del Fuego, Hawai, Australia, Papua Nueva Guinea, Indonesia, Filipinas, Sri Lanka, Mombassa, Dar es Salam, Ciudad del Cabo, Namibia, Guinea, Sierra Leona, donde se encontraron de nuevo con Josu y pasaron dos semanas recorriendo el país, la misión donde trabajo Fernando, el pueblo de Kadiatu, y de ahí hasta La Gomera. Un año de innumerables aventuras que John reflejó en un diario.

Mientras tanto, Jonay avanzó en sus estudios. Vivía en un piso compartido con otros cuatro estudiantes, Félix, de Tenerife; Jaime, de Gran Canaria; y dos de la «Peni» (península ibérica), un gallego llamado Antonio. y Juan, de Madrid. Estudiaban otras carreras y tenían entre ellos una gran camaradería. Trabajaba fregando platos dos tardes por semana en un restaurante y con ello tenía para contribuir al piso. A veces descargaba camiones en Santa Cruz, para ahorrar algo más. Y en las vacaciones ayudaba a Tomás en la pesca, a su padre a guiar turistas por los barrancos y el Garajonay, y a su madre a vender miel y dulces en San Sebastián. Jonay iba a todos lados en su bici, se había dejado el pelo largo y llevaba un tela roja sujetándoselo. Había crecido fuerte, curtido por las brisas en la playa de El Cabrito, por las travesías a nado y las marchas por el Garajonay. Pero sobre todo, había crecido fuerte en sueños. Sabía que estaba en el camino hacia otros mundos donde esperaba poder luchar a favor de los pobres, de los que el mundo en sus dinámicas crueles, orillaba hacia un desierto de necesidad y dolor bloqueado por diques de egoísmo.

Había leído mucho sobre la revolución rusa de 1917. En la Guerra Fría de la que estaba presa el mundo, simpatizaba con el comunismo. Jonay detestaba el capitalismo depredador e imperialista. Iba a las raíces previas al marxismo, fascinado por el anarco–comunismo y las obras de Kropotkin y Huxley, el idealismo de Tolstoy, y aunque se inspiraba en Marx detestaba a Lenin y aún más a Stalin y sus autoritarismos. Le fascinaban las historias de los comunismos no revolucionarios que él llamaba «de tamaño humano» como los isleños escoceses de Kilda, las comunas hippies y los kibbutz israelíes. Había pasado algunas semanas en el norte de la Palma con comunas hippies.

Había votado por primera vez el año anterior a los socialistas de González, creyendo en sus promesas de justicia social. Aunque a veces compartía el rito de

la marihuana, casi siempre lo rechazaba y prefería sentir la fuerza de su cuerpo al correr por los montes, refugiarse en la naturaleza, nadar en el mar bravo o mirar los amaneceres. De hecho, huía de los grupos de más de cinco o diez personas, e intentaba, como le recomendó Fernando, «no ser ista de ningún ismo, ser él mismo». Eso no le evitaba indignarse por las injusticias como la que en esos años provocaba la crueldad de Israel en los campos de Sabra y Chatila. Animó, con algunos estudiantes de Gaza que estaban en La Laguna, manifestaciones estudiantiles para condenar a Israel en su genocidio del pueblo palestino, y desde entonces llevaba a menudo la kuffiya palestina al cuello. También se solidarizaba con el pueblo Saharaui, despojado de sus tierras con la pasividad española y participaba en las reuniones de simpatizantes del frente Polisario en Tenerife. Pero sobre todo, desde las historias de Fernando, le angustiaba la pobreza, enfermedad y muerte en África. Leía todo lo que encontraba sobre esa realidad, Conrad, Schweitzer y las historias de unos jóvenes médicos contestatarios que quería ayudar a la hambruna en Biafra, Nigeria, a pesar de la oposición del gobierno.

Aprendió con el compañero gallego de piso, a tocar un poco la gaita y luego el violín celta. Le fascinaron los libros de Noah Gordon, *El médico*, *Chamán* y *La doctora Cole*; los de Crichton, *Cinco pacientes* y sus posteriores novelas de ciencia ficción; las historias medicas de Michael Gordon, y las aventuras de Wilbur Smith por el sur de África. Le encantaba también leer a Machado, Hernández, a Wiltman y a Neruda. Pero sobre todo quedó fascinado con Tagore. Seguía guardando el regalo de su padre: los experimentos de la verdad de Gandhi, el original que naufragó con su barco. Con sus páginas hinchadas y deformadas por el agua, como hablando de las auténticas verdades y las aventuras en ir a buscarlas (Aimsa) aún sin nunca encontrarlas.

Le encantaba la música celta, también la música rock de los 60 que le enseñó su padre y los cantautores de la libertad Serrat, Aute, Humet, Llach y Victor Manuel entre otros. Fernando le fue introduciendo a la Nueva Trova cubana y sentía profunda ternura cuando escuchaba cantar a John Denver y a los cantantes de la paz y el amor de los 60 de Woodstock y de las rebeliones de Berkeley, todo un símbolo de libertad para él. Taylor, Croce, Dylan, Báez, Young, Simon, McLean, Lightfoot. También sentía debilidad por la canción francesa, aunque su favorito era un belga que entregaba el alma en cada canción, Jacques Brel. Aún sentía con dolor el asesinato el año anterior de John Lennon, pero sentía que los versos de «Imagine» reflejaban el ideal del mundo por el que quería luchar, sin países, sin propiedades, sin religiones. ¿Por qué rodear las religiones y políticas de sofisticación sin realmente ir con valentía a un mundo tan simple y humano como el de ese mensaje?

Porque, como sus padres, no creía en un Dios concreto. No podía imaginar un Creador de tanta maravilla, injusto dando sólo la luz, la razón o el paraíso a unos pocos creyentes de una historia. No podía entender ni aceptar la historia

imposible y cruel del antiguo testamento. Incluso pensaba que algunas actitudes de Jesús parecían algo arrogantes. Pero, sobre todo detestaba, la hipocresía del lujo Vaticano, la violencia de la inquisición y las cruzadas, y su alianza con los imperios, las dictaduras y el capital. Prefería, simplemente, sentir la belleza de la naturaleza y sentirse parte de ella. A ella volvería y en su paso temporal con este imperfecto ensamblaje de moléculas de cuerpo humano. Pretendía vibrar con la belleza de la naturaleza y del amor.

El amor. No dejaba de enamorarse de compañeras del curso, de enfermeras en el hospital de La Candelaria donde hacia las prácticas, pero sobre todo de la dependiente de la panadería de la esquina. Había dado sus paseos y había intimado con algunas, pero no terminaba de diluir toda su existencia, como decía Erich Fromm, en el alma gemela que sabía le esperaba. Como la fiel complicidad de sus padres o la valentía épica de Fernando y Kadiatu.

Pero sobre todo, vivía con pasión la medicina. Había ido pasando cada año pero sin muy buenas notas. Aborrecía el sistema de competividad y notas que él interpretaba como aliado del capitalismo competitivo. Había visto compañeros con notas altas y sin apenas sensibilidad por los pacientes, por el dolor ajeno ni por el sufrimiento en el mundo. Y al revés. Pero fue pasando de curso cada año.

En primero le fascinó la biología y la química orgánica. Llenó su cuarto de esquemas de Lehninger, con todas las rutas metabólicas que mantenían la vida en su constante intercambio de átomos y moléculas en torno al protagonista de la vida, el carbono, y sus aliados, el hidrogeno y el oxigeno. Pero no se quedaba en ello. Ahondó en la física infra-atómica, releía a Einstein sin poder concebir la flexibilidad del tiempo con la velocidad. Hasta que dio con algunos libros de física cuántica que le apasionaron. La dualidad de energía y materia de la que estamos hechos en nuestra naturaleza más intima. Sabía de alguna manera inexplicable, que la energía era el amor y nos unía a todos. Como explicaban las filosofías orientales que trascendían el antropocentrismo cristiano y occidental.

Siguieron los años de anatomía en las aulas con cadáveres y huesos de difuntos, a los que siempre guardó un respeto profundo, al punto que casi no hablaba durante aquellas clases y prácticas. Le parecía irreverente. Pero aprendió con precisión por los textos de Feneis y Ruvier y el atlas de Sobota, la anatomía humana al mínimo detalle. Siguieron los estudios de la fisiología y el funcionamiento del cuerpo en todas sus funciones, se apasionó leyendo y de nuevo llenando su cuarto de esquemas de Guyton, y cuando tocaba la inmunología, de Roit. Las defensas del cuerpo. Imaginaba el cuerpo como un universo: ¿dentro de otro, que quizás vuelve a estar dentro de nosotros? En nuestro cuerpo estaba el gobierno en el cerebro, la energía en el corazón, las comunicaciones en el sistema circulatorio, los basuras en el intestino, el alcantarillado en los riñones, los coches circulaban como glóbulos rojos, y acababan en desguaces en el bazo. La médula era la fábrica de todos los medios de transporte, y el hígado ayudaba a importar las mercancías

y a filtrar, como aduana, los tóxicos. Pero realmente el control estaba en el sistema de defensa, en la inmunidad. Era el ejército. Y reaccionaba ante las agresiones de furia, aunque si permanecía demasiado tiempo inactivo, se tornaba contra su propio sistema. Las enfermedades auto–inmunes, como los golpes de estado. Pero cuando se debilitaba, permitía invasiones del cuerpo letales. Dio a cada tipo de célula inmune un rango, a cada anticuerpo, a cada sustancia clave en ese complejo sistema de defensa en frágil equilibrio con su entorno, una función militar.

Así comprendió mejor una enfermedad que un médico de San Francisco, Gottlieb, había descrito el año anterior: Síndrome de Inmunodeficiencia Adquirida (SIDA). En un año se había multiplicado el número de casos y ya no se limitaba a homosexuales promiscuos de San Francisco. Habían diagnosticado los primeros casos en España entre drogadictos de Madrid.

Y hablando del ejército, se aproximaba una decisión difícil. É era un declarado pacifista, y menos proclive aun a unirse a un ejército que se acababa de sumar, pese a las promesas electorales socialistas, a la OTAN. Se había declarado objetor de conciencia, pero eso le evitaría registrarse como médico al acabar sus estudios, trabajar. Decidió buscar todas las alternativas. Un grupo pacifista de La Laguna se reunió varias veces con objetores de conciencia salidos de la cárcel, y animaban a huelgas e incluso a la resistencia activa. Pero Jonay encontró otra vía: el servicio social sustitutorio. Lo había leído en algún periódico y buscó por todo Tenerife organizaciones que pudieran sellarle «la blanca» (la cartilla del servicio militar) por un trabajo social, que si consideraba una actividad solidaria y generosa que todos, hombres y mujeres, debían hacer. Fernando le había explicado cómo funcionaban en Cuba y había escrito al hospital de Magbesseneh por si pudiera organizar algo así con los hermanos de San Juan de Dios. Fue a verles al hospital que tenía la orden en Tenerife. Le recibió el hermano Ramón, a quien le enseñó como un tesoro y guía, los cincuenta consejos del hermano Ricardo. Jonay le contó de su pasión por la solidaridad con África y su amistad con el médico cubano que trabajo en Magbesseneh. Ramón le dio la dirección de la oficina de misiones en Madrid y les escribió. Tenía cierto reparo al mundo de las misiones pues no aprobaba el proselitismo religioso, pero sabía el bien que hacían a los pobres, por las historias de Fernando. No tuvo respuesta. Mientras tanto, Fernando se lo comentó un día a Josu, pues le había oído hablar de un sobrino suyo, misionero en Zimbabue. Jonay escribió al Padre Patxi. Con esa ilusión siguió estudiando con fuerza.

Empezó a hacer prácticas en el hospital universitario de Tenerife. Recordaba con emoción el primer día que se puso la bata blanca y cuando empezó a hablar con los pacientes, a auscultarles, a coger sus manos, a estudiar sus historias clínicas, a investigar sus dolencias y los signos a la exploración. Podía pasarse horas examinándoles, hablando con ellos, haciendo diagramas de sus hallazgos, yendo a la biblioteca de la universidad a consultar en los tomos del Harrison, el *Oxford*

Textbook of Medicine o los textos de Farreras, las enfermedades, sus mecanismos, los tratamientos. Un día, un jefe de servicio de Medicina Interna lo llamó a su despacho:

El Dr. Delgado tendría unos sesenta años. Ya estaba algo calvo y se le notaba un rictus amargo en su expresión, la mirada acusadora por encima de sus gafas, una incipiente barriga de vida insana pero impecablemente engominado y elegante en su traje, corbata y gemelos. Como muchos médicos adjuntos y jefes de servicio, tenía su consulta privada que compaginaba con su actividad pública. Había ido acumulando un capital importante. Tenía varias casas en la isla y participaba de una constructora que sembraba de urbanizaciones, hoteles y campos de golf por la isla, acusada por los ecologistas de dañar el medio ambiente. Tenía el diario ABC sobre la mesa donde presidía una foto suya saludando al dictador Franco.

–Pase, doctor Jonay. ¿Harris?

–Sí, ese es mi nombre, Dr. Delgado.

–Veo que es usted un apasionado de la medicina.

–Si señor, siento una gran vocación.

–Por eso lo quería ver. Quiero darle algunos consejos para que progrese en su profesión médica.

–Muchas gracias por su interés –dijo, Jonay, aunque sabía que no podía esperar nada muy bueno.

–Mire Dr. Harris. La noble profesión medica se basa en el conocimiento y en cómo ejercemos nuestra autoridad intelectual con diligencia, educación y corrección.

–Con todo el respeto, Dr. Delgado, no creo que la medicina tenga nada que ver con la autoridad y el poder, sino más bien con la empatía y la humildad.

En ese momento el Dr. Delgado cambio de actitud. Su rictus amargo se transformó en una mirada de desprecio y amenaza.

–He sabido por las enfermeras que usted pasa muchas horas en las habitaciones de los pacientes hablando con ellos. Sabemos que a un paciente con una trombosis cerebral y con afasia, le trajo unos cascos de música, que a otro con insuficiencia respiratoria le dio masajes en el pecho, que a una mujer diabética con úlceras gangrenosas en las piernas la sacó en su silla de ruedas al jardín y que a un enfermo con insuficiencia cardiaca le organizó una fiesta de cumpleaños y tocó el violín en su cuarto.

–Todo ello lo hice en mi tiempo libre, con el deseo de los pacientes que menciona y consultando a las enfermeras de guardia.

–A quien tiene que consultar es a mí, que soy la máxima autoridad en este servicio, y en todo caso a la Señorita Ángeles, supervisora de enfermería.

Y según muchos rumores que nunca comentaba, su amante, pensó Jonay.

–Por otro lado, le prohíbo que a partir de ahora venga?usted con esa «pinta» al hospital: ni sandalias, ni melenas ni esas bufandas subversivas.

–Dr. Delgado, las sandalias son artesanías de La Palma y al comprarlas ayuda a comunidades artesanas que viven en una ejemplar armonía con la naturaleza. Además son muy sanas para la anatomía y ventilación de sus pies. Yo le puedo conseguir unas. La melena la mantengo limpia y no entiendo que pueda molestar a nadie. ¿A usted le molesta la de la Señorita Ángeles? (Jonay notó que el Dr. Delgado se ruborizaba; eso fue un golpe bajo). Y en cuanto a la «bufanda» a la que se refiere, se llama *kuffiya*, lleva usándose siglos para protegerse del calor y representa la solidaridad con un pueblo masacrado ante la indiferencia internacional. ¿Quiere que le recuerde detalles de las masacres de Chavra y Chatila el año pasado?

–Dr. Harris aquí no se viene a hacer política, ¡y su «pinta» desprestigia a este hospital!

El Dr. Delgado había elevado el tono de su voz y le amenazaba señalándole con un dedo mientras su rostro se mostraba furibundo.

–Si la política es contribuir a un mundo mejor, todos somos y debemos ser políticos, con respeto a las ideas ajenas. Yo respeto sus ideas aunque no las comparta. Pero no hago proselitismo de las mías, como usted que intenta imponer su concepto de la medicina o su forma de vestir. Tampoco me gusta su bigote, su gomina, su traje o sus zapatos, pero nunca me atrevería a decírselo, sólo ahora en respuesta a su afrenta; y nunca le impediría expresarse como usted quiera siempre que no sea ofensivo o irrespetuoso a los demás, que no lo es. Dr. Delgado, usted es una persona muy inteligente y sabia en la medicina, déjeme que aprenda de usted pero que siga siendo yo mismo.

–Esta conversación ha acabado. Si usted se niega al orden y a mi autoridad, verá los resultados en sus notas finales.

–Espero que reflejen mi conocimiento y no su chantaje de poder. Dr. Delgado, en este país ya hay democracia. Buenos días.

Jonay salió del despacho del Dr. Delgado sabiendo que ponía a riesgo su carrera, pero se sintió muy feliz de ser él mismo. Hay algunas ocasiones en la vida que uno no puede sentir miedo de ser uno mismo. Pensó que esa era una.

Para darse un regalo a su valentía, se fue en su bici a la panadería del barrio. No sabía ni el nombre de la panadera, pero siempre se sonreían. A él le encantaba su mirada y su sonrisa. Le decían tanto, que no necesitaba más. Era preciosa, tenía el pelo rizado, negro, largo, los ojos de marrón-miel, la mirada tímida y profunda, una sonrisa limpia y discreta, un cuello altivo y digno, adivinaba un cuerpo precioso y sano, se movía con la suavidad de la brisa.

–Hola, ¿tienes una barra de pan?

–Si, claro, es tarde pero aún nos quedan.

–Bueno, en realidad no necesito pan.

–Si no quieres pan, porque vienes a la panadería.

–Quiero invitarte a pasear. Tengo algo que contarte.

– No nos conocemos, ¿cómo se cuáles son tus intenciones?

–No puedes saberlo, sólo intuir mi respeto y honestidad. Yo siento los tuyos, y desde hace tiempo me pareces la mujer más bonita que rodea mi vida.

No le importó que hubiera otras dos señoras esperando, que empezaban a agudizar el oído y a escandalizarse de la conversación.

–Salgo a las cinco, pero no prometo nada.

–Eso ya me hace muy feliz. Por cierto, me llamo Jonay.

–Hasta luego, Jonay. Me llamo Yolanda.

A las cinco estaba allí, a la puerta de la panadería, sin su bici, y con una flor. Yolanda le dijo que lo sentía, que estaba ocupada, y se despidió cortésmente. Jonay siguió yendo cada día a las cinco, con una flor. Y recibió la misma respuesta. Al sexto día, llevó dos flores. Y al salir Yolanda, no le preguntó nada. Jonay sólo la miró con una sonrisa. Yolanda sonrió. Fueron a pasear por La Laguna, luego la invitó a una cena en un restaurante vegetariano y al cine, a ver *Gandhi*, recién estrenada. Al salir siguieron hablando y contándose sus vidas. Yolanda tenía veinte años y era madre soltera. El padre de su hijo era adicto a drogas y hacía varios años que no sabía de él. Ella era de Lanzarote pero sus padres la habían dejado de hablar cuando quedó embarazada y decidió irse a Tenerife a buscar trabajo y vivir en libertad. Tuvo que dejar sus estudios en el bachiller y trabajar en la panadería, el único empleo que encontró. Apenas le daba para pagar la guardería, la habitación en un piso compartido, y la comida para los dos. Le gustaba la música clásica y nadar en el mar, pero apenas tenía tiempo ni medios, y soñaba también con descubrir otros mundos más allá de los mares que les rodeaban.

Acabaron la noche con el abrazo más cálido que nunca había sentido ninguno de los dos.

XXI

LAS TRAMPAS DE LA VERGÜENZA

Soweto, 1983

NoLwasi llevaba un año en Soweto, hablando con *nyangas* y *sangomas* zulú y ndebele, con los jóvenes de Matabeleland que habían llegado a aquella inmensa barriada de Johannesburgo, con herbalistas, con personas sabias que fue conociendo, y sobre todo, con los espíritus. No tenía su altar de rocas de Matopos pero había traído sus notas sobre corteza de malaleuca.

La primera noche que llegó a Soweto, encontró a un médico tradicional llamado James Moyo. James tenía más de setenta años, algunos de ellos en las cárceles del régimen apartheid. Cojeaba de la pierna derecha por una paliza de la policía, y tenía el pelo blanco y la mirada sabia y serena. Cuando llegó era muy de noche y James pensó que llamaba la policía para una de sus redadas. A menudo los médicos del hospital para blancos en Johannesburgo lo denunciaban pues había blancos que venían hasta su casa a por medicamentos para diferentes dolencias. Ello afectaba al negocio médico convencional e intentaban desprestigiarlo e incluso denunciarlo por prácticas ilegales. Abrió con mucha cautela. Vio a una esbelta mujer con un pañuelo blanco en la cabeza, como muchos *nyangas* de los zulú del norte, y pudo, a pesar de la tenue luz de la lámpara de queroseno que alumbraba el único cuarto de la casa, ver fuerza y sabiduría en su mirada. Lo invitó a pasar. NoLwasi le explicó el motivo de su preocupación y de su viaje hasta Soweto. James le invitó a dormir allí esa noche, y a hablar de ello con calma e inspiración de los espíritus, y con otros sanadores y líderes de la comunidad, la siguiente tarde. NoLwasi estaba agotada.

Llevaba dos semanas de largas marchas, había cruzado el Limpopo, peligrosas zonas salvajes, pueblos en los que sintió la agresividad, incidentes con los Boers de las minas y transportes clandestinos. No había sentido miedo, pero estaba cansada y necesitaba algo de esperanza en su misión. Al acostarse, sintió una

caricia en su frente, de una mano irreal, suave pero firme, de un guerrero noble y de gran corazón, de otro tiempo.

Al día siguiente se reunió con cinco médicos tradicionales, xhosa y zulú, y con dos líderes del congreso nacional africano. Era septiembre de 1984. NoLwasi prestó especial atención al que se erigía en líder natural de aquella reunión, alguien a quien todos escuchaban con especial atención al hablar: se llamaba Chris. James le contó luego que Chris se había aliado al Congreso Nacional Africano desde muy joven y fue uno de los luchadores más firmes contra la ley de educación bantú, cuyas protestas llevaron a la masacre de Soweto hacia siete años. Por todo ello, y por la muerte de dos de sus hijos con balas de la policía sudafricana por la espalda, se había unido al *Umkhonto we Sizwe*, brazo armado del Congreso Nacional Africano.

Desde entonces había estado en la cárcel, exiliado en Lesotho y luchando por la liberación de Zimbabue. Estaba ilegal en Sudáfrica y era responsable de algunos de los atentados contra la policía, los jueces y las minas. Aunque su base estaba en Lusaka a dos mil kilómetros al norte. NoLwasi se presentó como nieta de la hermana de Joseph Nkomo, a quien conocía bien de sus tiempos en Sudáfrica y en la liberación de Zimbabue.

James presentó a NoLwasi como una *nyanga* de Matabeleland que venía a intentar entender que estaba ocurriendo con lo que ya todos empezaban a conocer como *Ubhubhane*, la plaga que mata e *isifo esibulalayo nesingañangekiyo*, la enfermedad que no tiene cura. Uno de los *nyangas*, el que parecía mayor de todos y que apenas podía ver, empezó la discusión:

–*Udade* (hermana) NoLwasi, esta enfermedad está infiltrándose en nuestro pueblo como la noche acaba con el día. En Kwazulu Natal hay funerales cada día de gente joven que muere poco a poco perdiendo su fuerza, su aliento y su espíritu. Hay tantos funerales, y en la tradición debemos ofrecer comida a todos, que se conoce ya a la región como *KwaÑama-ayipheli*, el lugar donde no acaba la carne, o *Akuyilubuyayo*, el lugar donde no se vuelve.

En ese momento tomó la palabra un sanador de la tribu Sotho.

–Esta enfermedad es una forma de *kwatsi* –nombre que le daban al ántrax, con manchas y úlceras negras, en relación a infecciones del ganado. Ha sido transmitida por ganado enfermo y por eso aparecen esas manchas rojas por el cuerpo. Hay que llevar al ganado a ser purificado por los espíritus.

En ese momento, una venerable anciana con una sonrisa cálida pero que denotaba sufrimiento de muchos años, habló:

–Esta enfermedad es un castigo de nuestros antepasados. En esta ciudad hemos olvidado el respeto y las tradiciones. Tu verás, Udade NoLwasi, que tus paisanos ofenden a sus mujeres con otras aquí con quienes viven o con quienes tienen sexo por el dinero que no mandan a sus mujeres y sus hijos en Zimbabue.

Con ello, casi todos tienen enfermedades por deshonrar a sus mujeres. Y para curarse, están abusando de nuestras niñas vírgenes, que son infectadas, rechazadas por sus familias y acaban prostituyéndose. En cada esquina las vemos esperando por las noches. Los espíritus quieren acabar con estas personas que ensucian a nuestro pueblo.

–Pero entonces, ¿por qué mandan también el dolor y la enfermedad a las mujeres honradas y a esas pobres niñas? La enfermedad en mi pueblo está afectando a mujeres que trabajan y cuidan de sus hijos y respetan las tradiciones.

–Los espíritus necesitan que acabe cualquier vida de este origen sucio.

En ese momento habló Chris.

–¡Los espíritus saben que necesitamos toda su fuerza para liberar a nuestro pueblo! *¡Amandhla*! (fuerza).

Todos respondieron, *¡Amandhla*! El grito de lucha contra el apartheid. Chris continuó:

–Esta enfermedad está afectando a muchos de nuestros jóvenes. ¿Quien quiere acabar con nuestra fuerza? El opresor blanco. Nos están infectando para debilitarnos. Será el agua que ponen en los pozos, o la harina del maíz, o quizás las botellas ce cerveza que nos venden a los negros. Tenemos que averiguarlo, prevenirlo y usar la misma medicina en su contra.

¡*Amandhla*! Todos levantaron sus puños. NoLwasi miraba al suelo.

Después de aquella reunión, NoLwasi siguió conversando con cada uno de aquellos líderes y con otros que le fueron presentando. Aunque ella actuaba callada y hasta tímida, su serena ternura y determinación a desvelar los misterios de la terrible enfermedad le hicieron ganarse el respeto.

Tardó varias semanas, alojada en la casa de James, en ir buscando a sus paisanos de Sanzukwi. Chris le había puesto en contacto con los líderes de Zimbabue, pero no se atrevía a contactarles pues podrían recibirla con animosidad si eran adversarios del ZAPU de su tío-abuelo Joseph. Mientras tanto fue ganándose un nombre como *nyanga* y cada día recibía a varios enfermos, les daba tratamientos herbalistas e invocaba a sus antepasados para la armonía de sus espíritus. Ella sabía que no podía tener las conexiones y energía directa para su curación si estaba tan ajena a sus clanes, pero con su buena voluntad conseguía aliviar de muchas dolencias. Con ello podía colaborar con los gastos de James en la humilde habitación donde vivía. Varios días tuvo que esconderse en una cueva secreta en el patio posterior cuando la policía sudafricana hacía redadas para detectar y deportar a inmigrantes ilegales, sobre todo de Zimbabue. Finalmente se fue a ver a *Bastirai* (nos ayudamos), líder shona en Soweto. Chris les había puesto en contacto y ella había recibido una nota de cuando podía ir a verle. Todo estaba muy controlado por medidas de seguridad pues tanto Chris como Bastirai eran objetivos de la policía sudafricana.

–Bastirai, *Mhoro, Wakadini zvako*? (hola, ¿cómo estás?)

Saludando en shona, NoLwasi demostraba no ser radical del ZANU ni de los disidentes ndebele, y relajar la tensión tribal y desconfianza entre ambas etnias.

–Luchando *Udade wami*. (Hermana mía, en ndebele)

–Me alegra mucho conocerte, Bastirai. Sé de su lucha por la libertad en Zimbabue y ahora por ayudar a nuestros hermanos de Sudáfrica en su liberación. Chris me dijo que era importante que compartiera mi preocupación contigo, y saber de su consejo.

–Te escucho.

–Una enfermedad que no conocemos, ha matado a tres jóvenes de mi pueblo en Matabeleland. La mujer de uno de ellos también ha enfermado. Hemos sabido de otros *nyangas* en Matabeleland y aquí en Soweto, que esta enfermedad está llevándose la vida de muchos jóvenes. Muchos de ellos han estado en las minas o en Soweto. Y sus mujeres enferman un tiempo después. He venido para averiguar qué está pasando con nuestros jóvenes en Egoli. Aún no les he ido a ver.

–NoLwasi, gracias por tu esfuerzo en llegar hasta aquí, por haber arriesgado tu vida. No es fácil para un hombre, aún menos para una mujer. Y tienes razón, hay una plaga que se está llevando a muchos hombres. Es todavía peor en Kwazulu, donde cada semana los pueblos se llenan de funerales. Aquí en Soweto también: esta misma tarde voy a un funeral de un compañero de Masvingo (en el centro de Zimbabue), si quieres ven conmigo.

–*Siyalibonga* (te damos gracias) –hablaba en plural, pues sentía a sus espíritus con ella.

–Tenemos que estar atentos, NoLwasi. En Sudáfrica los bancos nos odian, y más si venimos de Zimbabue, pues somos un mal ejemplo de liberación para su pueblo oprimido. He visto a la policía subida a los depósitos de agua y temo que haya echado algún veneno. Tengo un amigo dentro del departamento de aguas de Johannesburgo que va a ver los análisis.

–No creo que sea eso, Bastirai. Eso afectaría a todas las personas, y no sólo a los hombres jóvenes, y menos aún a sus mujeres a mil kilómetros de aquí.

–Piensa que son precisamente los jóvenes los que más molestan a los racistas blancos.

–Lo sé, Bastirai. Pero no hay formas de sólo afectarlos a ellos por el agua o por alimentos.

–Me preocupa que las vidas que llevan aquí sean deshonestas con sus familias en Zimbabue. Y que ello enoje a los espíritus y expanda un mal por las relaciones deshonestas.

En ese momento, un llanto de un niño sonó desde un cuarto de al lado. Y una mujer llamó en la lengua xhosa a Bastirai.

–Bastirai, sé valiente en decirme la verdad: ¿sabe tu familia en Zimbabue de tu vida aquí?

Ya estaba levantándose para ir al cuarto de al lado. La pregunta lo incomodó y reaccionó con agresividad señalándole con el dedo:

–Camarada NoLwasi, la liberación exige sacrificios de todos.

–Hasta los sacrificios más profundos y precisamente por las causas más nobles, merecen ir aliados con la verdad.

–La única verdad es que somos un pueblo en lucha y tenemos que sobrevivir.

–Te diré algo, Bastirai: en mi comunicación con los espíritus he aprendido que no hay nada que rompa más la armonía de los humanos con el mundo desconocido del que venimos y al que vamos, que la mentira. Siempre se vuelve contra nosotros.

Bastirai no sabía que responder, simplemente dijo:

–¡*Amandhla*! (fuerza!)

–*Lisale kuhle equiniseni*. (Quédate en paz con la verdad).

Sabía que no podía confiar mucho en Bastirai, pues le había puesto en evidencia, y sus ideas, como las de otros «*freedom fighters*», parecían obsesionadas con el origen de la enfermedad en el racismo blanco.

Muchos *nyangas* la habían prevenido contra buscar «causas» de la enfermedad, pues era como poner en duda el hacer de los espíritus. «Ellos saben bien lo que hacen». Pero NoLwasi se negaba a ver cómo su pueblo moría poco a poco en el dolor sin entender por qué. ¿De alguna manera eran los espíritus también los que la mandaban a saber qué los enojaba? ¿Qué alteraba la armonía de su pueblo?

Buscó a los jóvenes de Matabeleland. No fue difícil. Oyó escuchar ndebele a un grupo y se acercó a preguntarles. Buscó en concreto a cinco jóvenes de su pueblo, y les dijo los nombres. En una barriada de casi un millón de personas era difícil dar con personas en concreto, pero después de preguntar en siete casas diferentes, cada una dirigiéndole a la siguiente, dio con la casa de un joven llamado Teya (atrapado).

Teya era un joven unos cinco años mayor de edad que ella. Habían jugado juntos con los chicos del pueblo cuando niños. Era un buen músico de los tambores y muy rápido en las carreras. Siempre había sido muy alegre. Se casó cuatro años atrás con una chica que vivía cerca de la misión de San José y se había trasladado al *kraal* de su mujer donde fueron construyendo su casa de adobe y paja. Siguiendo la tendencia de muchos de los jóvenes de sui edad, partió un día hacia Soweto. Ya tenía dos hijos con su mujer. Había vuelto dos veces en cuatro años, por Navidad. En la última, había conocido a su tercer hijo, con un año y tres meses, producto de su último viaje. Mandaba algo de dinero a Bulawayo desde

donde, como con los otros jóvenes, una persona –tras quedarse una comisión– lo llevaba a las familias. Empezó escribiendo una carta cada mes, pero ya hacía dos años que no escribía.

NoLwasi llamó a la puerta. Notó que la espiaban desde detrás de unas cortinas de la única ventana. Abrieron con sigilo:

–¿Quién es?

–Soy NoLwasi, Sipho Dube, la nieta de Masora, de Sanzukwi.

La puerta se abrió por entero. Teya tenía unos treinta años. Se había dejado pelo *rasta*, no vestía nada de cintura para arriba. Llevaba sólo unos pantalones negros bastante sucios. Su rostro se mostraba como ausente, su mirada perdida, y NoLwasi notó cómo empezaban a asomar los pómulos en sus mejillas. Se notaba que su cuerpo había sido fuerte, pero empezaban a apreciarse los espacios entre las costillas. En los breves segundos del saludo inicial, notó la mancha roja en un lado de su cuello. Detrás de él había una habitación de unos tres por tres metros, comunicaba con otra, separada por una cortina roja. Una bombilla colgaba del techo y su tenue brillo daba más sombras que luces. Un sofá lleno de rotos por donde salía la espumilla, ocupaba la mitad del espacio. Enfrente, una mesa con platos y vasos sin lavar. Un niño gateaba por la casa y se notaba la presencia de una mujer al otro lado de la cortina. Notó varios carteles en las paredes de anuncios de revistas con fotos de coches de lujo, relojes y cadenas de oro, y grandes cadenas de música.

NoLwasi notó un humo con un olor y hasta sabor como agridulce, y los ojos enrojecidos de Teya. Había también botellas vacías de cerveza por las esquinas.

–¡*Sipho!* ¡*Singani!* ¿*Abanye banyani*? (¿cómo estás? ¿Cómo esta nuestra gente?)

–Yo estoy bien, Teya. Pero nuestra gente está preocupada. Es por eso que he venido hasta aquí.

–¿De qué estáis preocupados? Aquí estamos trabajando duro en las minas para ayudar a nuestras familias. En nuestras secas tierras no podemos hacer nada.

NoLwasi miró al niño gatear y le miró a los ojos. Luego miró a su cuerpo emaciado, al humo que salía de un cuenco sobre la mesa, a sus enrojecidos y delatores ojos, al estado del cuarto. Teya sabía bien lo que esa mirada significaba. Y sabía bien que Sipho tenía poderes.

–Sipho, este niño es hijo de una amiga, y sé que necesito un poco de orden. El humo es para curar una enfermedad; me estoy debilitando de tanto trabajar.

–Llámame NoLwasi, Teya. Es como ahora me llaman todos. Te diré algo: muchas cosas no entiendo, hay muchas veces que no oigo el consejo de nuestros *amakhosi* para ayudar a quienes me lo piden. Hay veces que dudo entre qué plantas utilizar y cómo prepararlas. Pero hay algo que sé ver muy claro y muy pronto: la mentira. Y parece que aquí en Soweto es aún más común que el alcohol y la droga.

En ese momento salió una mujer más bien obesa, con el pelo oculto con una bolsa de plástico llena de vaselina. Vestía sólo un sostén y una tela a la cintura que rodeaba su oronda figura. Tenía los ojos pintados y la piel del rostro mostraba zonas claras por los productos de arsénico que vendían para aclarar la piel. NoLwasi detestaba esas formas de atentar contra su naturaleza, intentando además esconderla. La mujer la miró desafiante y le abrazó a Teya por la espalda.

NoLwasi volvió a mirar a los ojos a Teya.

–Nancy. Esta es NoLwasi, de mi pueblo en Matabeleland.

–Encantada, NoLwasi. ¿Has encontrado ya quién te acoja? Hay hombres que prefieren cuerpos delgados como el tuyo y tendrás mucho trabajo pronto.

Estaba claro a qué se refería aquella mujer quien al decirlo guiñó un ojo y esbozó una sonrisa de complicidad. NoLwasi detestaba todo en aquel lugar: la imagen, el olor, la mentira, la prostitución, las drogas, la suciedad.

–Nancy, tengo que acompañar a NoLwasi a buscar un lugar. Volveré tarde.

–Si no me encuentras, no te extrañe.

Salieron de aquel lugar. NoLwasi sintió nauseas.

–NoLwasi, ¿dónde te quedas? Puedo buscarte un sitio.

–Tengo donde estar. Y por lo que he visto, lo último que haría sería seguir tu consejo. ¿Has visto en que se ha convertido tu vida?

–Soy un hombre, NoLwasi. Eso no cambia aunque viaje mil kilómetros.

–¿Ser hombre significa mentir?

–Todas nuestras mujeres en Matabeleland saben que no estamos solos en Soweto. Pero no preguntan.

–Claro, porque las pegáis por dudar de vosotros, y cuando menos, las mentís.

–Bueno, sea como sea. Aquí pasamos la mayor parte del tiempo trabajando muy duro en las minas. ¿Has bajado alguna vez a una mina?

–No.

–Cada mañana salen camiones de aquí con miles de trabajadores, a las cinco de la mañana. A las cinco y media ya tenemos que estar en la fila para entrar en los ascensores que nos bajan a los infiernos. Sólo nos llaman por número: yo soy bantú número 1346. Si pierdes tu número, pierdes el trabajo. Si llegas tarde, los vigilantes te dan varios palos frente a todos para dejar bien claro su poder y que no vuelvas a venir tarde. Entramos al infierno. Los ascensores, cajas de hierro sin ninguna protección, bajan unos trescientos metros. El aire es denso, lleno de sulfuro, parece ahogarte. Hace más de cincuenta grados. Las lámparas que llevamos en el casco, apenas alumbran dos metros alrededor. Incluso en ese infierno siguen los palos y los gritos. Trabajamos sin descanso durante cuatro horas. No sabes qué es peor, si el turno de picar las paredes, el de arrastrar los vagones llenos de tierra y rocas, o el de limpiar los túneles y las vías con las palas. Te preguntas mil veces

cada día porque estás aquí. Recuerdas a tus hijos, a tu mujer, a tus padres, a los atardeceres limpios de Matabeleland, los ritmos de los tambores y las danzas, el calor de la mirada de tus padres, las carreras persiguiendo a los impalas. Mi recuerdo de «*ekaya*». (la casa, la raíz), es de luz.

–¿Y por qué sigues aquí?

–Cuando venimos lo hicimos contra el deseo de nuestras familias, y asegurándoles que tendríamos éxito, traeríamos dinero para casas sin el polvo del adobe, tejados sin las goteras de la paja, pozos profundos que no se agotan, hasta ropa y aparatos con pilas o generadores. Soñamos con volver en un coche y llevar a nuestros padres a Bulawayo, hacer que descansen tras una vida dura arrancando a las arenas secas del Kalahari un puñado de maíz o de mijo.

–¿Cómo podría volver sin nada en mis manos? Sería el hazmerreír del pueblo entero, y la vergüenza para la familia.

–Es mejor volver así, que no volver, o volver en una caja de madera como Lizwelicha Mabhoko, Mjayelwa, Sifiye y Vusimzi.

En ese momento, Teya dejó derretirse su apariencia de seguridad. Se quedó callado y sus ojos se humedecieron. NoLwasi tenía un gran respeto por esos momentos en los que el alma de una persona sale con su mayor sinceridad, envuelta en el agua de la verdad contenida tanto tiempo.

–Eran mis amigos, Sipho.

–Y los míos, Teya.

Pararon y se miraron frente a frente. Teya sintió, como hacía mucho tiempo no sentía, que alguien brillaba con la verdad, en esa ciudad de dolor, sacrificio, miedo, mentiras, desesperación.

–Tienes que decirme qué pasa. Necesito entenderlo. Y necesito la alianza de nuestros antepasados con la verdad. Ellos te están escuchando.

Teya recordó en ese momento la mirada profunda del guerrero ndebele Mandhla, el abuelo de NoLwasi. Sintió un escalofrió. Notó que lo estaba mirando.

–Sifiye fue el primero. Cuando vinimos se fue uniendo a malas compañías. Iba de bar en bar y prostíbulo en prostíbulo. Apagaba su nostalgia de *ekaya* o su rabia o miedos con alcohol y mujeres. Hablé varias veces con él. Le aconsejé que no fuera con ese grupo, que acabaría en la cárcel, enfermo o peor. Tras un año empezó a toser y a perder peso. Buscamos *umuti* (medicinas) pero no encontramos nada. Solía decir que Masora le habría cuidado. Lo llevé a mi casa. Perdió el trabajo, todo. Se fue quedando en los huesos. Ya no podía levantarse del suelo ni para hacer sus necesidades, sobre las que se quedaba tumbado. Intenté lavarle pero aquí nos racionan el agua. Intenté darle de comer con cucharas. Pero cada vez estaba más débil. Vomitaba todo. En su última noche me pidió que le cogiera la mano. Aún recuerdo sus palabras:

–Teya, *ungane wami* (amigo mío). He sido infiel a mi mujer, a mis padres y a mis antepasados. Desahogué mis miedos de la mina en alcohol, mi soledad de hombre en sexo sucio, mi responsabilidad como padre y marido en el olvido. Acabé sin ser yo. Sin saber ya quién era. La enfermedad viene por las mujeres que venden su cuerpo. La he visto en algunas de ellas que se quedan detrás de las cortinas. Teya, alerta a nuestro pueblo. Y te pido un favor antes de irme de este mundo: Durante los primeros meses fui guardando dinero bajo un ladrillo, bajo la cocina de la casa donde vivía. Te pido que lo cojas y que hagas que mi cuerpo vuelva al *kraal* y pueda reencontrarme con nuestros *amakhosi*. Les explicaré lo que ocurre. Necesitan venir en nuestra ayuda, quitarnos la venda de los ojos.

En ese momento, NoLwasi vio que Teya tenía una mancha blanca en la lengua.

–Teya, debes volver conmigo al pueblo. Te aseguro que si no lo haces, acabarás como Sifiye y los demás. Aún así no sé si podré ayudarte.

–No sabría cómo mirar a los ojos a mi familia.

–Mejor mirar con sinceridad y humildad, que nunca volver a ver las sonrisas limpias de tus hijos. Tenemos que buscar también a Jabulani.

–Jabulani murió la semana pasada. No tenía nada debajo de ningún ladrillo.

–Saldremos al amanecer.

Al volver a la casa de James, NoLwasi notó en una pequeña casa de madera con una tenue luz de una lámpara de queroseno, que unas niñas hablaban ndebele. Le enterneció el escucharlo. Quizás los jóvenes de Matabeleland con doble vida en Soweto mantenían al menos el idioma en sus hijos bastardos. La sonrisa le desapareció mientras iba hacia casa de James.

Un tiempo después sabría por qué.

XXII

UN IMPERIO DE CONTRASTES

Berkeley, 1984

Aimsa ya estaba en su cuarto año de universidad en Berkeley. Se había ido implicando en acciones sociales con los más pobres, los vagabundos y el número creciente de drogadictos. El presidente Reagan había impuesto una ley que limitaba la acogida y apoyo del gobierno a las personas sin techo. En el país más poderoso del mundo, detrás de sus limpias calles y fachadas, latía todo un mundo de necesidad, el que no conseguía el éxito en la sociedad de las «oportunidades».

Aimsa fue también comprobando las muchas personas que carecían de seguro médico y aun los desempleados, pobres o pensionistas que accedían a seguros públicos (*medicaid* y *medicare*) pero con servicios muy parciales e insuficientes. Claro, nada tenía que ver un pobre de Calcuta, la vida de «los tigres blancos», con los vagabundos del parque de la gente (*People's Park*). Pero aunque la necesidad física podría ser menor en el reino de la abundancia, la soledad era una losa pesada en la mitad de la población del supuesto paraíso californiano. Sentía pena, rabia, pero sobre todo, profunda compasión por las personas mayores que vagaban por las calles ante la indiferencia de todos. Hizo amistad en especial con una mujer llamada Sally.

Sally tenía unos setenta años, pero aparentaba más de noventa. Tenía un pelo blanco largo y desmelenado, pero nunca iba sin su diadema de plástico verde. Sus ojos estaban enmarcados por las arrugas profundas que una vida de dolor había surcado en su rostro. Su boca desdentada pocas veces se abría para hablar o sonreír. Y tampoco muchas para comer.

Llevaba un carro de *Walmart* lleno de bolsas de plástico con ropas, botellas, libros deshojados y utensilios, juguetes y artilugios varios que encontraba por las calles. Aimsa le traía cada noche una sopa que calentaba en la cocina del edificio de ciencias donde asistía a clases por las tardes. Tardó cuatro días en merecer la mirada de Sally y que siquiera mirase a la sopa. Al quinto día, Sally la miró de

reojo y se acercó a la sopa. Hizo como si la despreciaba pero cuando Aimsa se alejaba en su bici miró de reojo hacia atrás y vio cómo Sally se llevaba la cuchara a la boca. Esa noche Aimsa guiñó a las estrellas desde donde la miraba su madre. Siguió yendo cada día. Y con el tiempo Sally le fue contando su historia. Había nacido en un pueblo de Oregón. Sus padres se habían arruinado al gastar todos sus ahorros en un cáncer del intestino de su padre. Aun así, su padre murió, y su madre quedo sin nada, en la calle.

Sally tenía diez años y llegó la Gran Depresión. Los pocos empleos temporales que hacia su madre, desaparecieron, y sin familia cercana, se vieron en la calle. Su madre murió al poco tiempo de fiebres que nadie trató. Con catorce años Sally empezó a servir en bares y restaurantes. Tuvo varios novios nada gentiles y quedó embarazada de uno al que nunca volvió a ver.

Sin trabajo y maldita en un pueblo pleno de prejuicios religiosos, acabó en las calles de San Francisco pidiendo con su bebé, y poco a poco consiguiendo trabajos de limpiar portales y fregar suelos en algunas casas. Consiguió así que su hijo fuera a una guardería y con el tiempo a la escuela. Le contaba historias de un pasado mejor y sueños de un futuro aún mejor. Así vivió dedicada a su pequeño, sin confiar en los hombres y apenas en una sociedad hostil. Sólo alguna vez ahorraba e iba a ver películas de Hollywood con las que soñaba otros mundos. Ocurrió que su hijo, ya en la secundaria, entró en el mundo de las drogas y le robaron la armonía de su cuerpo, de su mente y de su alma. Su madre intentó todo, hasta encerrarle para aislarle de los malditos camellos traficantes que vivían chupándole la sangre y la vida a su pobre James quien se convirtió en un esqueleto deambulante de mirada perdida. Intentó clínicas de deshabituación con algunas parroquias y dejándose su poco dinero en algún centro privado. Nada resultó. James incluso empezó a robarle y hasta alguna vez a agredirla. Un día amaneció muerto de una sobredosis en el sofá de la habitación donde vivían. Desde entonces, Sally no hablaba apenas, no encontraba razón para vivir ni fuerzas para dejar de hacerlo. Y se había acostumbrado a ver pasar los años arrastrando un carro donde quizás guardaba símbolos de un pasado mejor. O amuletos para un futuro mejor.

Aimsa empezó a ir a conferencias y a leer en la biblioteca mientras veía que cientos de familias, o al menos padres con hijos a punto de entrar en la universidad, paseaban por el enorme campus deteniéndose en cada edificio, consultando su historia, sus éxitos o aportaciones a la humanidad, venerando la fuerza del saber de aquel lugar, único en el mundo. Aquellas familias habían ahorrado toda una vida para poder traer a aquellos jóvenes que paseaban con sus padres venerando cada rincón de lo que sería su vida los siguientes cuatro años y les empaparía de conocimiento y preguntas con las que desafiar las grandes preguntas de la Humanidad. Más de cuarenta Premios Nobel habían originado en aquellos edificios sus aportaciones al conocimiento y progreso humanos.

Una de las primeras conferencias a las que asistió Aimsa, tras aquella de la enfermedad misteriosa de San Francisco, fue la del recién laureado Nobel Czeslaw Milosz, un lituano profesor de lenguas eslavas en Berkeley quien habló del destino oscuro de la Europa del Este entre las guerras y el periodo del comunismo soviético. Sus descripciones, plenas del más profundo sentimiento y con la rima y el suave volar de los poemas le llegaron a Aimsa a lo más profundo del corazón. Habló después de las oposiciones de la vida y la muerte, la verdad y la falsedad y la realidad y la ilusión. Fue entonces cuando Milosz dibujó la conexión entre la realidad y la ilusión. La relacionó con la nostalgia de su tierra, Lituania, invadida por el dominio soviético. Ciertamente el comunismo había sembrado de opresión a una parte del mundo y Gorbachov estaba reuniéndose con Reagan para preparar la *perestroika*, la humanización del comunismo. ¿Pero no era igual de salvaje el capitalismo que dejaba a Sally dormir en el parque?

Se afanó en entender los misterios de la física y atendía atónita a las clases y conferencias de profesores con ideas fascinantes que desafiaban las fronteras del conocimiento. Vio el ciclotrón que había inventado Lawrence, coetáneo de sus admirados genios de la física cuántica, verdadero telescopio de la materia más esencial. Asistió estupefacta a las clases de Segre y sus descubrimientos sobre la anti–materia, escuchaba a Glaser hablar de sus métodos para saber el recorrido de las partículas subatómicas y a Townes describir cómo llegó a inventar los rayos láser y sus aplicaciones en ciencia y medicina. También se sintió fascinada por la química. Atendía a las clases y leía los libros de Melvin Calvin quien utilizó el ciclotrón de Lawrence para estudiar el carbono 14 y con ello seguir el ciclo de la fotosíntesis: la transformación de la energía del sol en vida.

Otro viejo profesor, Seaborg, explicaba como aplicó con el ciclotrón de Lawrence técnicas para descubrir átomos radioactivos y hasta catorce elementos químicos, a los que luego llamarían «tierras raras», destinadas a sacar a la Humanidad de su sucia dependencia de la combustión de fósiles. Pero no todo era conocimiento teórico. El láser ya se usaba en medicina y Seaborg explicaba como con sus descubrimientos del yodo radioactivo pudo salvar la vida de su madre. Aimsa estaba estudiando a la sombra de aquellos gigantes del saber, quienes, a menudo, actuaban de forma humilde y se trasladaban, como muchos estudiantes, en bici por aquel campus mágico. Del mundo de la física y de la química pasó a la biología y las ciencias del cuerpo humano con igual pasión y fascinación. Un joven llamado Andrew Fire estudiaba entonces su tesis, la que luego dio pie al mundo a entender la conexión entre los genes y las proteínas. Aimsa fue sumergiéndose en los misterios del genoma humano y compartió clases con una joven llamada Carol Greider que tiempo después descubriría la vida de los genes y las enzimas que limpian sus extremos decadentes, las telomerasas, las que tiempo después desafiarían al envejecimiento humano. Avanzó en entender el comportamiento de las células y así abarcando el inmenso misterio del cuerpo humano. Llegó así

a comprender mejor lo que años antes, cuando llego a Berkeley describió aquel joven médico de San Francisco sobre la enfermedad que ahora todos conocían como el SIDA, y que afectaba ya a miles de personas, no sólo homosexuales. Escribía y hacia esquemas que colgaba en su habitación, que ahora alquilaba a Rob y Kathy, con quienes había ido tejiendo una entrañable amistad.

En el último año se había ido concentrando en el estudio del pensamiento filosófico, social, político y económico. Aplicaba su ingenio científico y su inusitada clarividencia al relacionar la realidad, la energía y los destinos de las acciones. A menudo se quedaba profundamente pensativa calculando nexos entre aquellas teorías y dibujando en su mente las relaciones de los conceptos. En filosofía fue desgranando el pensamiento occidental y comparándolo con lo que había ido absorbiendo de su formación budista en el ashram. Estudió con pasión la vida del aristocrático Platón y sus diálogos con el mundano, casi vagabundo Sócrates y de cómo se opuso a las formas políticas de entonces y proponía un nuevo orden.

Todo aquello resonaba con fuerza en el alma de Aimsa, tanto tiempo anhelando comprender para actuar, para aliviar el sufrimiento de un mundo pleno en tinieblas e injusticias. Pensaba en la imagen del alma según Platón, como una cuadriga de caballos blancos y negros, las tendencias de bondad y de maldad del hombre, dominada por la razón. Estudió en su obra, La República, el concepto de justicia y la estructura propuesta de la sociedad y el estado. Aunque veía la sabiduría de Platón, ya hacía más de dos mil años de su propuesta del estado y las relaciones entre las personas, sus actividades y la plaza pública donde se administraban sus actividades. Le decepcionaba ver como Platón defendía el concepto de la guerra y los ejércitos. Leyó a Descartes y Hobbes intentando encuadrar las creencias religiosas en marcos filosóficos. Imposible. Y así llego a leer a George Berkeley, cuyo nombre inspiró al lugar donde ahora vivía y estudiaba al mundo.

A pesar de detestar su aristocracia católica, su vida de obispo y su tolerancia con la esclavitud, quedó atónita al ver como hacia doscientos años aquel religioso irlandés ya predijo que la realidad sólo existe cuando la observamos. Siguió estudiando a Voltaire y su valiente enfrentamiento al catolicismo intolerante por conceptos de justicia social, y a Rousseau en su concepto político del contrato social. Y así llegó a Kant y sus límites de la razón, y de cómo Nietzsche veía en la negación de Dios el precipicio europeo hacia el nihilismo. Pero sobre todo se inspiró en los pensamientos de Russel, Sartre y Chomsky, a quien escuchó en una conferencia y se atrevió a intercambiar algunas ideas sobre la sintonía entre sus ideas anarco–socialistas y el budismo en su esencia social.

Llevaba una vida vegana en alianza con la naturaleza y la vida, en contra del dolor y la dominancia de especies entre sí y dentro de ellas. Subía las cuestas en su bici llegando empapada en sudor. Se bañaba con palanganas de agua fresca. No utilizaba agua caliente pues le hacía sentir sopor, adormecía su alma y sintonía con la vida, de manera parecida a como hacia el alcohol que probó alguna vez.

Leía a Tagore con una vela, meditaba en posición de yoga y hablaba con su madre en las estrellas.

Pasó su último año de *college* en Berkeley adentrándose en el pensamiento político y escribiendo un ensayo sobre la sincronicidad divergente de la independencia americana y de la revolución francesa.

Había vivido ya cuatro años devorando las oportunidades del saber que le había evitado su vida en las calles y los vertederos, y conociendo en el país de la «la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad». Su declaración de independencia legitimaba que cuando los derechos de las personas no fueran respetados, «el pueblo tiene el derecho a reformar la forma de gobierno e instituir un nuevo gobierno que se funde en dichos principios, y a organizar sus poderes en la forma que a su juicio ofrecerá las mayores probabilidades de alcanzar su seguridad y felicidad».

Comprobó que la vida no era respetada en el país más poderoso del mundo. Y mucho menos en los muchos países que caían en su esfera marginal de poder político y económico.

Con todo ello leyó a Marx y a tantos otros y empezó a creer en un mundo sin fronteras, sin religiones y sin propiedades.

En aquel tiempo se involucró en varios movimientos alternativos al sistema capitalista dominante, aunque evitaba ser abducida por ningún partido político. Siguió con detalle los acontecimientos de los diálogos entre Reagan y Thatcher y el nacimiento del consenso de Washington: La verdadera ley de la selva del capitalismo. Escribió un ensayo para la universidad en que exponía cómo la libertad del flujo del capital (llamada ideología «liberal», por encima de los derechos de las personas y el bien común, realmente encadenaba al ser humano a la abundancia injusta o a la pobreza indigna. Estimó con modelos matemáticos que llamó «la zona ética de la equidad», lo que el alejarse de ella en ambos extremos podría deparar al mundo.

En aquel tiempo, fue investigando una consecuencia de aquel movimiento «liberal», realmente liberador para las garras del mercado, encadenante para la libertad y dignidad humanas. Sentía un extraño vértigo al ver el mundo precipitarse hacia un capitalismo voraz, enajenante, con nidos y núcleos de avaricia que atraían con inagotable ambición, todos los recursos de la Tierra y la energía de las personas.

Con la ayuda de Rob leyó documentos clasificados en los que un tal Edmund Pratt, poderoso presidente de la gigante farmacéutica Pfizer, proponía blindar la «propiedad intelectual» en las negociaciones internacionales sobre comercio y aduanas, llamadas en inglés *General Agreement on Tariffs and Trade* (GATT). Aimsa sintió que aquella idea podía sembrar brechas aún mayores en el mundo, ya agrietado en sus entrañas por diferencias abismales entre sus tigres blancos y los

millonarios americanos. Pudo leer un discurso de Pratt en el consejo nacional de comercio exterior en el que astutamente vinculaba el comercio, con la propiedad intelectual y las inversiones. Poco después, le hicieron presidente del consejo.

En los siguientes meses vio como Reagan asignaba a otros altos cargos de Pfizer puestos de la Casa Blanca relacionados con competitividad y comercio. Otros altos directivos de empresas poderosas americanas, como Opel e IBM fueron influyendo en William Brock, entonces representante de comercio para el gobierno americano. Este a su vez, influyó, con el poder financiero de las contribuciones americanas, en los directores, siempre americanos, del Banco Mundial y del Fondo Monetario Internacional. Aimsa fue consiguiendo documentos en los que veía esa misma presión ejercida por la cooperación americana en «países en desarrollo». Pudo conseguir varios «Tratados de Inversión Bilateral «que Estados Unidos negoció con países en desarrollo y en los que ya incluían cláusulas de protección de la propiedad intelectual.

Todo quedó bien claro cuando Aimsa vio en la televisión el discurso de Reagan ante el congreso ese 6 de febrero de 1986. Durante su discurso, llamado: «la agenda de América para el futuro», propuso como una alta prioridad para América la protección de la propiedad intelectual americana en el exterior. Aimsa sintió un escalofrió ante los nuevos tiempos. Si se monopolizaba el conocimiento sobre soluciones o medicamentos vitales las consecuencias podrían ser devastadoras.

En los siguientes seis meses, Aimsa siguió los pasos de las compañías americanas, lideradas por Pfizer e IBM, en su feroz lobby ante compañas privadas en Europa, Japón y Canadá, para que presionasen a sus gobiernos en llevar a la Ronda de negociaciones del comercio, en Uruguay, la propuesta de vincular la propiedad intelectual al comercio. Para ello, Prat y Opel crearon el Comité de Propiedad Intelectual. Aimsa siguió con detalle el desarrollo de aquel comité. Estaba formado por gigantes económicos: Pfizer, Bristol-Myers, Johnson&Johnson y Merck, dominando el sector farmacéutico, DuPont el sector químico, Monsanto el sector de producción agrícola, General Motors, FMC Corporation y Rockwell International en la maquinaria de armamentos, General Electric en la generación de electricidad, Hewlett-Packard y IBM la informática y Warner en la industria del entretenimiento. Juntas, estas empresas dominaban una tercera parte de la economía americana, y con las industrias del automóvil y del petróleo, las dos terceras partes.

Durante aquellos meses, miles de reuniones en Estados Unidos, Europa y Japón, en hoteles y yates de lujo consiguieron aunar al imperio de la avaricia e influir en los gobiernos ricos del planeta. Aimsa asistió con tristeza y temor hacia el nuevo mundo en el que se adentraba la Humanidad como la Declaración Ministerial de la reunión en Uruguay aquel septiembre de 1986 incluía un mandato para negociar el vínculo entre el comercio mundial y la propiedad intelectual.

En aquel tiempo Aimsa también se involucró en los grupos de protesta contra el apoyo americano a la contra en Nicaragua y a los regímenes fascistas militares y oligárquicos de Guatemala, El Salvador, Argentina, Chile y casi el resto de Latinoamérica de forma constante o intermitente. Investigó los planes Sudamérica y la Operación Charlie en Centroamérica y descubrió, con contactos en Washington y dentro de la CIA, las peores atrocidades, secuestros y desapariciones, torturas, ejecuciones masivas y entierros clandestinos. Lloraba de rabia mientras leía esas barbaries ante la hipnotizante abundancia y medios de masas del pueblo más poderoso del mundo. Entró en contacto con un grupo de personas afines a la lucha por la libertad en El Salvador, un pequeño pero muy poblado país cuyo noventa por ciento de las tierras pertenecía a seis familias. Estaban en contacto con rebeldes del Frente Farabundo Martí y podían conectar con «Radio Venceremos», la resistencia a la potente «*Voice of America*» que invadía de propaganda capitalista y anticomunista todo el continente.

Un día recibieron una carta de una compañera en uno de los pueblos controlados por el frente:

> *Mis queridos cuates (amigos),*
>
> *Esperemos que ustedes estén bien de chamba y feria (trabajo y dinero). Estamos siendo acosados por el ejército fascista. Han venido ya tres veces en el último mes a nuestro pueblo. Llegan por la noche, normalmente tras vuelos de reconocimiento. Vienen unos diez vehículos militares con una compañía de unos 50 soldados. Todos llevan gafas oscuras y están armados hasta los dientes por el gobierno americano. Arrasan a quien encuentran, acusándonos de comunistas y terroristas. Da igual, viejas (mujeres), cipotes (niños), ancianos, son golpeados. Las chavas (jóvenes) son violadas y tiran plomo a algunos para sembrar el pánico. A otros los pasan por el machete y a otros se los llevan al paracentral, de donde ya sabemos, nunca regresan. Hemos establecido un sistema de alerta entre pueblos y nos escondemos en el bosque cuando llegan. Pero las últimas veces nos han seguido al bosque y los cipotes (niños), con frío, hambre y miedo, lloran y nos encuentran. Queríamos preguntarles si nos pueden enviar algo para que los cipotes no lloren y así escondernos a salvo.*
>
> *Hasta la victoria, seguiremos luchando camaradas.*

A tal angustia sólo pudieron responder mandando cajas de pastillas para dormir que fueron recolectando de amigos solidarios por la universidad. Pensó en ese mismo concepto aplicado a tantos proyectos solidarios que no cambian las raíces del problema: somníferos que alivian un tiempo la consciencia de la realidad.

Por aquellos meses las noticias de la hambruna en Etiopía eran devastadoras. Se hablaba ya de un millón de muertos, y las imágenes, de miles de adultos y niños esqueléticos sin nada que poder comer, le rompían el corazón y le quitaban el sueño. Lloró muchas noches de rabia abrazada a recortes de periódico diciendo «os ayudaré, os ayudaré».

El año acabó con el desastre de Bhopal en el que la industria de la producción, consumo y beneficio sin límite, explotaba a trabajadores en su país, India, y los exponía a los riesgos de tóxicos letales. Ocho mil personas murieron de horribles quemaduras y diez veces más quedaron con secuelas para toda la vida. Nunca se condenó a ningún responsable. La empresa siguió haciendo negocios millonarios.

Tal era la angustia. Tal eran los dramas en un mundo que sonreía en su fachada pero acosaba en el patio trasero a los que se atrevían a pensar que el mercado no debe dominar. O ahogaba cualquier rebelión de los pobres. Un país pleno de mentes agudas, grandes corazones volcados en la caridad, gentes abiertas y afectuosas, músicas, películas y literatura fascinante, naturaleza inmensa y sin embargo, tan anquilosado y auto-secuestrado en la abundancia o el ansia de tenerla. No lograba entender como un país que decía seguir de un modo casi fanático el cristianismo, era enemigo acérrimo del comunismo, la expresión mayor de solidaridad, de renunciar a las propiedades personales, de trabajar no por uno mismo, sino por el bien común. Si Oriente estaba pleno de misterios y crueles tradiciones –por ejemplo en torno a la mujer en India–, Occidente ondeaba la bandera de la libertad, democracia y solidaridad con enormes, y a veces conscientemente hipócritas contradicciones. Se trataba de *satia*: buscar la verdad y hacerla difundir en el mundo, ahogado por miedos, poderes y egoísmos que destruían a la humanidad y a la naturaleza.

Recibió su graduación con honores, y pensó, por primera vez en su vida en alejarse tanto de su mente como de su espíritu. Ambos con una auto-exigencia al límite. Necesitaba simplemente disfrutar de sus sentidos. Se fue con su bici y una mochila, subió al pico Vollmer a ver el horizonte del océano Pacifico imaginando las costas de su Bombay y la cordillera que protegía su ashram.

Vio el atardecer ocultándose tras el inmenso océano, tocó su flauta al viento, vio las primeras estrellas y en ellas a su madre, se bañó desnuda en el lago Tilden con la sola presencia de algunos ciervos y mapaches. Y bajó veloz con su melena al viento hasta la ciudad donde encontró a Sally en el Parque y juntas cantaron «Imagine». Sally iba cada noche al parque pero ahora vivía acogida por un grupo relacionado con Goodwill, donde Aimsa seguía colaborando.

Encontró a un chico de las clases de políticas y se fue con él a escuchar a David Guilmour y cantaron can rabia la protesta de «Another brick on the wall».

De una extraña manera, Aimsa sentía un peso de injusticia de haber tenido esos años tanto privilegio y tiempo para el conocimiento mientras millones de tigres blancos y de Sallys apenas tenían fuerzas y oportunidades para sobrevivir.

Su destino no estaba en el privilegio. Sino contra él. El mundo la reclamaba.

¿Por dónde iba a empezar?

XXIII

EL AMOR EN LOS LÍMITES DE LA VIDA

MATABELELAND, 1984

PATXI HABÍA SALIDO pronto a correr por el campo seco del Kalahari. Le gustaba hacerlo con el amanecer y saludar a los que ya estaban en camino o en tareas en sus *kraal*. Al volver, como era jueves, ya habría venido el camión con sacos de harina de maíz y con el correo del día anterior, que recogía el chófer, Alois, en la diócesis. Apenas recibía alguna carta, pues su familia no acostumbraba a escribir, salvo su tío tocayo, quien seguía con su dedicación a la parroquia de Garai, sin grandes novedades. Si que mantenía una amena correspondencia con Rob, quien ya era profesor en Berkeley. Vivía en un mundo tan distinto, que a veces veía difícil explicarlo y ser entendido, o relacionarlo con la vida en su tierra. Pero siempre esperaba el jueves con ilusión, sin saber muy bien por qué.

Al volver, se daba una buena ducha con barreños de agua del pozo. Había ingeniado un sistema fuera de la casa, cerca del porche de madera y paja, y cubierto por una tablas, para subir el agua y dejarla caer poco a poco con una cadena.

Ya refrescado, entró en la casa y encontró sobre la mesa el correo de la semana: había una circular de la diócesis (lo aburrían muchas de las misivas conservadoras del obispo), un número de la revista del la comisión católica por la justicia y la paz en Zimbabue, muy interesante, el periódico local *The Bulawayo Sun*, muy dominado por el gobierno, una revista de la Caritas-Misereor, en Alemania, y su organización Medeor (de donde compraba los medicamentos para el centro de salud), cartas del Ministerio de Sanidad, del colegio de profesionales médicos (llevaba ya dos años pidiendo una enfermera para San José) y del Ministerio de Educación (sobre la escuela primaria de la misión, por las que le mandaban unas mínimas contribuciones en materiales) y dos sobres a su nombre, cuyos remitentes enseguida picaron su curiosidad: uno era de Juan Mari Beloki, sin dirección

postal; otra, de un nombre que no había visto antes: Jonay Harris Arteaga, El Cabrito, La Gomera, Canarias.

Tenía poco tiempo para tomar un poco de té y pan, partir para un funeral y luego visitar varios proyectos, dar un clase en el taller de carpintería, otra en la escuela (enseñaba inglés y matemáticas), reunirse con un grupo catecúmeno y pasar la consulta por la tarde. Le preocupaban tres chicas que habían ingresado con diarrea en su pequeña sala de ingresos. Apenas podía darles más que sueros y antidiarreicos, y ver si tenían malaria o disentería. Estaban extremadamente delgadas.

Así que decidió abrir la carta de Juan Mari, y dejar la de Jonay para el final de la jornada. Mientras tomaba el té en el porche, abrió el sobre con emoción. No había vuelto a saber nada de su hermano en siete años, desde que lo vio forajido en los montes de Urkiola. Siempre se acordaba de él; en sus rezos en las salves y las vísperas, en la misa y en los amaneceres. Temía que estuviera en la cárcel, o que se hubiera metido en delitos de sangre, o que le hubiera pasado algo grave. La carta estaba en euskera:

Anaya Patxi

Te pido que quemes esta carta en cuanto la hayas leído. Escríbeme a la parroquia del tío Patxi, pero sin poner mi nombre en el sobre.

Ya hace siete años que nos vimos y que te fuiste para África. En este tiempo he seguido como gudari en la lucha por la libertad de nuestro pueblo. Sé que no me entendéis en la familia, pero mi ética democrática y de libertad me lo exige. A pesar de mi compromiso de la liberación del pueblo vasco del estado opresor y capitalista español, siempre me he negado a delitos de sangre. Desde la transición en el estado español y el estatuto de Guernica, me identifico más con el Movimiento de Liberación Nacional Vasco y algunas de sus organizaciones. Podrás verme que escribo con el pseudónimo de Chistu en Gara, te mando en este sobre una copia de mi último artículo.

Durante los cinco años después de vernos, he estado en un comando y a menudo escondido en zulos en el monte. Como nunca me han fichado, he sido un miembro «legal», y la organización ha ido presionando más y más para que cometiera asesinatos. Yo me he limitado a la extorsión de capitalistas en el país vasco y a dar parte de ese dinero a casas de acogida y organizaciones vascas de resistencia ante el estado.

Durante este tiempo, he visto como la organización se hace sorda al rechazo del pueblo a la violencia y ciega a los cauces democráticos hacia la independencia y libertad de nuestro pueblo. He estado siguiendo los pasos de Yoyes desde que salió de la organización en 1980. A través de un amigo, mantengo una correspondencia secreta (si es posible hacer algo secreto en mí ya secreta vida) con ella, ahora en México.

Ella representa la lucha comprometida y valiente, pero sin violencia en este momento de la historia del pueblo vasco. En su última carta me contaba la injusticias de la organización amenazando a los disidentes y obcecada por la violencia de inocentes. Todo por un entramado de unos culpables de esta injusticia, otros impotentes ante ella y muchos en un silencio cómplice. Miedo ante nuestra propia libertad. Me decía como el mito de ETA es ahora una hidra sangrienta que nos atenaza.

En una reunión el año pasado, un compañero, Miguel, y yo, nos opusimos a realizar un atentado en una casa cuartel de la guardia civil en Hernani. Miguel había luchado como gudari desde hacía muchos años, durante el franquismo. Fue el cerebro de la fuga de presos políticos la cárcel de Basauri en 1968, había estado en la cárcel y salió el año pasado. Quiso participar en reuniones clandestinas para desaconsejar los delitos de sangre, y así le conocí. Me apoyaba en mis posiciones dentro de la banda. Hace unos meses, Miguel fue asesinado en Algorta en presencia de su mujer y sus dos hijas, en una cafetería.

Me siento amenazado, y creo que en la próxima oportunidad en que me niegue a un atentado, me pueden ajusticiar.

No reniego de la lucha por la liberación. Hay 800 presos en las cárceles, muchos sin delitos de sangre y que simplemente quieren la libertad del pueblo vasco a elegir su destino. El estado español está torturando y los GAL matando impunemente a nuestros compañeros. Pero no puedo seguir, Anaya.

Desde que te vi he pensado mucho en ti. En tus palabras de paz. Pero si abandono la banda y vuelvo al caserío o busco un trabajo y una vida normal, corro riesgo de muerte.

Te escribo por eso, Anaya. Mientras se acaba esta enloquecida lucha armada, quisiera poder ir a vivir contigo un tiempo y ayudarte en tu misión. Te confieso que no creo en Dios, pero admiro vuestro trabajo por los que están marginados del mundo y oprimidos en sus derechos más básicos por el capitalismo cruel.

Si prefieres que no venga, lo entenderé también.

Tengo ganas de que me cuentes muchas cosas de tu vida.

Un abrazo fraternal,

Juan Mari

Patxi se quedo pensativo un tiempo, con la carta en sus manos, mirando al infinito, notó que se nublaba la vista de emoción. Durante años había sido su principal dolor, el saber que su hermano estaba atrapado en la peor de las trampas humanas, la de la violencia. Esta carta demostraba el buen corazón de su hermano, su valentía y la ocasión que le brindaba la vida para ayudarle. Le respondería esa misma noche.

Patxi salió después en su pick–up hacia el *kraal* de los Katonga. Era una familia de dos ancianos casi ciegos y muy débiles, con cuatro hijos. Los dos mayores

habían ido a Egoli. El mayor fue asesinado en las protestas de Soweto de 1976. Tras esos incidentes, el segundo se alió con el ZANU de Nkomo y estaba refugiado en Botswana. El tercero trabajaba en una fábrica en Bulawayo. La menor, Awande («que crezca el amor»), había fallecido el día anterior. Awande tenía 25 años, Patxi la conoció al llegar a San José, e incluso ella lo ayudó algunos días en la consulta. Patxi tenía debilidad por Awande, y muchas noches necesitó la ducha fría para dejar de pensar en ella como hombre. Era alegre, sencilla y muy dulce. Tenía unos ojos preciosos y una mirada muy tierna, la nariz muy fina y una sonrisa que lo iluminaba todo. A los veinte años, se casó con un joven de unos cincuenta kilómetros al norte, de Sanzukwi, que se llamaba Teya, y se instalaron en el *kraal* de los Katonga. Quedó embarazada al poco tiempo, y aún sin haber dado a luz aún, Teya se fue a Egoli, siguiendo a los hermanos de Awande y a otros jóvenes de su pueblo. Volvió en la primera navidad con algo de dinero y con regalos para Awande y el pequeño Joseph (Awande, insistió en el nombre, por la misión.).

Desde entonces, ya hacía tres años, no sabían nada de él. La vida había sido muy dura para los Katonga. Habían sufrido las sequías, las plagas en el ganado, la violencia de la quinta brigada, la muerte de su hijo mayor, la preocupación por el segundo, la ausentica de noticias de Teya, y ahora la enfermedad y agonía de Awande.

Awande comenzó un año antes a tener tos y dificultad para respirar. Patxi la vio en el dispensario. Identificó signos de tuberculosis. Un médico de los internacionalistas cubanos, el Dr. Manuel Casado, quien venía una vez al mes, le había enseñado algunos de esos signos. Patxi detectó el sonido de «pisada sobre la nieve» al auscultar su pecho, donde pudo notar su extrema delgadez. Tenía además bultos dolorosos en el cuello a la palpación y algo agrandado el bazo. Notó también cómo los dedos se habían deformado un poco, ensanchándose en sus extremos, como lo que el Dr. Casado llamaba «palillos de tambor».

Tenía el cuerpo lleno de pequeños granos ásperos. La piel se convirtió como en una fina lija, que además le producía un picor insoportable. No podían esperar a la próxima visita del médico de Brunapeg, asi que comenzó el tratamiento para la tuberculosis. Sólo tenía inyecciones de estreptomicina y unas pastillas de isoniacida y tioacetazona, ya en desuso por tóxica en Europa. La tuvo varios días en la sala de camas al lado del dispensario. Pidió a uno de los aspirantes a seminaristas que vigilase tres veces al día la temperatura y las respiraciones por minuto y a su familia que hiciese turnos para estar a su lado, lavarla y darla de comer con muchas proteínas (salvado del trigo y de mijo, y *sadza* con «amacimbi»).

Fue mejorando, y el resto de las inyecciones, una vez adiestrada la familia en ello, se las pusieron en el *kraal*. Ganó peso y respiraba mejor. Pero a los pocos meses volvió a ver a Patxi. De nuevo estaba delgada, sudorosa y débil. Volvió a ingresarla. Tenía continuas diarreas, y descubrió unas manchas blancas en la boca.

En el libro de medicina que le había mandado Rob desde Berkeley, había páginas de fotos de enfermedades y vio que se trataba de una infección de hongos tipo cándida, en las mucosas. Encontró violeta de genciana, hizo mezclas y le aplicaba lociones dos veces al día.

También vio que tenía algunas úlceras en las piernas y las trató con permanganato potásico, el mismo que utilizaba más diluido para limpiar las hortalizas del huerto. No vio ni leyó nada parecido a esa piel de lija y el picor insoportable. Se parecía a una lesión tropical por una filaria, que producía la temida «ceguera de los ríos». Pero esa filaria sólo se transmitía en zonas de aguas rápidas. Algo impensable en doscientos kilómetros alrededor. Sólo pudo aplicarle cremas de vaselina para mantener la hidratación de la piel, o lavados con jabones de glicerina. Intentaba bajar la fiebre con paños húmedos, y el mismo se afanó en darle sueros de arroz, chomolia bien mezclada con *sadza*, zumos de papaya y mango. Con todos esos cuidados, Awande mejoró algo, aunque ya no recuperaba su peso.

Por entonces ya se había corrido la voz de una enfermedad maldita y sin curación. *Ubhubhane*, la plaga que mata, *isifo esibulalayo nesingañangekiyo*, la enfermedad sin cura. Unos pensaban que era una maldición de los espíritus a almas oscuras, otros que era por aguas contaminadas por los blancos, y había quienes la relacionaban con vidas deshonestas de las mujeres. En cualquier caso, todos tenían temor a esa enfermedad, a ser infectados de alguna forma, y se alejaban de ella.

La siguiente vez que cayó enferma fue en el último mes. Sus diarreas eran tan profusas y estaba tan delgada, que no se atrevieron ni a subirla en el carro tirado por el famélico burro, para llevarla a la misión. Patxi iba a verla dos o tres veces en semana. La habían dejado en una choza sóla, nadie se atrevía a acercarse, apenas le dejaban la comida al lado. Su madre si quería acercarse, pero estaba muy débil y apenas la podía ayudar a comer. Patxi la limpiaba con ternura, la abrigaba, le daba de beber y le contaba historias de su país, que Awande siempre pedía escuchar. El pequeño Joseph miraba asustado desde una esquina. Patxi sintió profunda ternura hacia esa mujer. Preciosa siempre incluso ahora en su fragilidad, con los pómulos marcados, las pestañas extrañamente largas y la mirada lenta. Sentía una fuerza muy poderosa de querer abrazarla y darle toda su ternura. ¿Estaba enamorándose.? Realmente quisiera dedicar todo el día a cuidarla, a hablar con ella, a escucharla y a tomar su mano. ¿Como podía un hombre dejar a su mujer y a su hijo y no volver?

La última tarde que Patxi fue a cuidarla, Awande estaba tan débil que no quiso beber, ni podía mover la cabeza. Su cuerpo, esquelético, se había llenado de llagas, ya no había lesiones del picor y la piel era lisa, fina y frágil. Se diría que sin fuerzas ni para inflamarse.

Patxi había asistido a muchas personas en su lecho de muerte, dándoles alivio espiritual. Se negaba a darles la extremaunción. Consideraba que él no tenía

poder alguno para perdonar pecados o para prepararles para encontrarse con el Creador en la otra forma de existencia que les tuviera preparada. Era un misionero sin libreta de bautismos ni extremaunciones. Criticado por el obispo y la antigua jerarquía eclesial. Pero sabía bien coger de la mano, dar su amor, iluminar con su mirada de esperanza hacia un descanso y un renacer en otra vida, seguir unidos en la misma energía que les unía a todos. Así decía Rob, quien se había convertido, además de en un profesor reconocido de relaciones internacionales, en un estudioso de la física cuántica. Recordaba cada uno de las más de trescientas personas que había acompañado a morir en la misión y sus alrededores, y los lugares donde había acompañado a la familia a enterrarles, normalmente bajo la tierra del corral de las cabras, cerca de sus espíritus y antepasados. Patxi había pasado del escepticismo a la curiosidad, la intriga y al casi convencimiento de que existía un mundo de espíritus y formas de comunicarse con ellos.

Alguna vez había visto a algún *nyanga* de otras zonas curar enfermedades inexplicables, o entender conflictos familiares y personales, de formas sorprendentes. El *nyanga* local, sin embargo, era un viejo borrachín en el que ya pocos confiaban. Tenía mucha intriga en conocer a una *nyanga* de la zona de Sanzukwi, de donde venía el marido desertor, Teya, de quien decían que estaba en conexión con la sabiduría ancestral del pueblo kalanga y sus espíritus, y que había tratado a varias personas con la extraña enfermedad. Preguntó a gente, pero le dijeron que estaba en Sudáfrica. Le preguntó también a Awande si le llamaba o si le llevaba al hospital de *Brunapeg* con el médico cubano y ella dijo que no. Quería despedirse de este mundo… de su mano.

Así pasó la ultima tarde. Cogido de la mano agonizante de Awande, con sus familiares a unos metros, asustados por la extraña enfermedad y entonando cánticos zulú y en momentos gritos a los antepasados. Awande le pidió a Patxi que cuidase del pequeño Joseph pues pronto sus padres estarían muy débiles para hacerlo. Él se lo prometió. No había palabras que explicasen aquella unión. Simplemente se miraron durante más de una hora, con la mayor ternura que los seres humanos pueden expresar. Sus almas estuvieron más unidas en esa hora que muchas otras lo hayan podido estar en toda una vida juntos. Durante ese tiempo fueron sintiendo un amor profundo e inconfesable. Patxi no había sentido nada parecido nunca y el misterio de la vida hacía que lo sintiese cuando Awande dejaba este mundo. Se le fueron humedeciendo los ojos de lágrimas de tristeza y temor que no pudo reprimir.

Fue Awande la que tuvo que animarle con la mirada de ternura y secándole con su débil mano las lagrimas de sus ojos, y llevándoselas a los labios. Fue el único alivio físico en un lecho de extrema debilidad. Tanta que no sentía fuerzas ni para revelarse a un destino tan cruel, a una marcha tan temprana, a un amor tan bello y tan roto por su ida. Los últimos minutos no pudo mantener los ojos abiertos. Pero no dejó de apretarle la mano a Patxi hasta su último y débil aliento.

Patxi le hizo la señal de Cristo con sus propias lágrimas sobre su frente y la cubrió con una sábana. Los padres de Awande estaban fuera, ya rezando a los espíritus. Su madre, al saber de la muerte de su única hija, se alejó a un rincón del *kraal* donde gritó con furia a los espíritus. Les increpaba por el dolor que le enviaban, por permitir tanto sufrimiento. Los ndebele y kalanga a menudo hablaban así a los espíritus y a *Mkulumkulu*: con rabia, con enfado, recriminándoles su pereza en permitir ese dolor o su crueldad en provocarlo.

Patxi también sintió una enorme rabia. Se alejó andando hacia un kopje , y miró hacia el atardecer. Según se escondía el sol sentía la pérdida de aquel bello ser humano que había tocado lo más profundo de su alma. Y también increpó, a la manera zulú y de forma no permitida en su religión católica sumisa, a Jesús, a Dios y a quien le pudiera estar oyendo:

–¿Por qué tanto sufrimiento? ¿Por qué? ¿No tienes suficiente con mandarnos sequías, o plagas, o brigadas sanguinarias? ¿Por qué te llevas con dolor a niños inocentes? ¿O a mujeres como Awande, honestas y buenas con los demás? ¿Por qué les haces sufrir así? ¿Qué sentido tiene? ¿Es cierto que nos amas? Nos tendrás que explicar muchas cosas al llegar a Ti! ¿O es que por sentirnos defraudados ni siquiera permitirás que te preguntemos esto? ¿Existes realmente?

En ese momento se ocultó el sol. Y Patxi escuchó una brisa que fue haciendo vibrar las hojas de acacias y mopanes y los campos de sorgo, y que de una forma extraña le envolvió. Estaba seguro de que alguien le había escuchado. Pero no entendía la respuesta.

Con estos recuerdos llegó al funeral. Habría unas doscientas personas. La familia mató uno de los tres cabritos que les quedaban, para dar apenas un poco de caldo de carne con *sadza* a todos los que se acercaron a honrar la partida de Awande. Vino un hermano de Teya, quien tampoco sabía nada de su hermano en los últimos tres años. La familia le pidió a Patxi que dijera unas palabras. Le salieron estas palabras del alma, en ndebele, y mirando al mismo horizonte en el que vio ocultarse la vida de Awande la tarde anterior:

«*Mukulumkulu, desde nuestro humilde caminar te queremos hacer sentir otro día más nuestro agradecimiento por la vida que nos das, nuestro profundo amor de hijos. Pero hoy en especial te queremos demostrar nuestra profunda alegría por haber compartido parte de ese caminar con Awande, cuyo amor siempre estará en nuestros corazones. Sabemos que los que ya fueron contigo estarán hoy escuchándonos. Todos juntos te queremos ofrecer nuestros esfuerzos en los campos, en los trabajos, las escuelas y por los caminos. Donde quiera que nos dirijas, aunque no entendámos los destinos de nuestras vidas. Danos siempre la fuerza del amor a la vida que nos brindas y haz que ese amor se refleje en todas nuestras acciones y pensamientos para con nuestros semejantes*».

Esas palabras llevaban 40 años clavadas en su alma.

Al acabar el funeral, Patxi habló con los padres de Awanda:

–*Umkulu wami, Ugogo wami*… (Abuelo mío, abuela mía; una expresión de respeto a la edad). Sufro con vosotros…

Mmmmm. En un estado casi absorto por el dolor, apenas podían musitar expresiones. Y algún clic ndebele de dolor.

–Awande siempre estará en mi corazón.

–Te quiso más que a nadie, Patxi –dijo la madre.

–Awande me pidió que os ayudara a vosotros y en el cuidado de Joseph. Intentaré hacer todo lo que o pueda por él.

–Patxi, hemos pensado que se vaya a Egoli a estudiar.

–¿Por qué?

–Hace varios días vino una persona vestida como un bóer y en un coche muy nuevo. Era de Egoli. Nos dijo que su organización ofrecía a niños de Matabeleland estudios en una escuela en Egoli y les darían comida, ropa y todo lo necesario. Nosotros ya no tenemos fuerzas para cuidarle.

–Pero. ¿No le echaréis de menos? ¿Y él a vosotros? Mirad lo que le pasó a vuestro hijo mayor. No sabemos a dónde le llevan o qué tipo d estudios o de futuro le espera.

–Patxi: mira a tu alrededor: tres chozas a las que se les cae el tejado de paja. Un pobre corral semivacío de cabras, unos campos de sorgo medio secos y un pequeño huerto con chomolias escuálidas. Y dos viejos que casi no ven ni pueden andar. ¿Hay algún futuro para Joseph peor que este?

–¿Y vuestro hijo en Bulawayo? ¿No os ayuda?

–Apenas viene a vernos. Es bueno a su manera. Nos manda algo de harina y de dinero. Pero apenas tenemos para la matrícula del colegio de la misión.

–No os preocupéis, tenemos un fondo para quien no puede aportar nada. Joseph tendrá de todo en la misión. Y si queréis puede venir conmigo. Le cuidaré como un padre.

–La persona que vino, además de ofrecerle a Joseph un futuro nos pagó quinientos dólares de Zimbabue (entonces, unos cincuenta dólares americanos). Los hemos tomado, teníamos muchos gastos con el funeral.

–¡Dios mío! ¡Habéis vendido a Joseph! ¡Sin saber a dónde va! ¿es tal vuestra desesperación? Al menos dejarme despedirme de él. ¿Cuándo vendrán a por él?

–Dentro de dos semanas.

–*Lisale kuhle*. (Quedad en paz.)

Tenía al menos la esperanza de guardar el vinculo con Awande a través de Joseph. Pero ahora se iba a un futuro desconocido. A la vez le había prometido que cuidaría de Joseph y que le protegería. Había algo extraño en esa generosidad de unos sudafricanos por niños de Matabeleland.

Cuando llegó a la misión, les pidió a uno de los aspirantes a seminaristas, Thembile, que preguntara en el grupo de mujeres, en la tienda de la misión, y a los profesores de la escuela, si habían recibido visitas de personas que decían ayudar a huérfanos. Si habían visitado otros *kraal* o se habían llevado a niños ya.

Aún tuvo que hacer el resto de las tareas del día. Acabó con la noche, pasando visita a los cuatro enfermos ingresados del dispensario, dos con úlceras que requerían curas, una mujer a punto de dar a luz y un niño con diarrea y fiebre.

Agotado por las emociones, sacó al porche un té y el sobre de ese tal Jonay, de las islas Canarias. A la tenue y tintineante luz de la lámpara de queroseno, se puso a leer:

Estimado Padre Patxi:

Espero que en su día a día encuentre fuerzas para ayudar a todas las personas que se benefician de su trabajo en la misión.

Mi nombre es Jonay Harris Arteaga. Tengo 23 años. Nací en La Gomera y estoy terminando los estudios de medicina en Tenerife. Un amigo de mis padres, su tío Josu Beloki, me recomendó que le escribiera. Josu nos ayudó con su barco a rescatar a una mujer y a una niña de un peligro que corrían en Sierra Leona y ahora viven a salvo en La Gomera.

La razón de escribirle es la siguiente: Desde siempre he sido contrario a la violencia y quiero objetar a hacer el servicio militar. Hay una posibilidad de hacer un servicio social sustitutorio, si la organización que me acoge justifica su carácter social y si se incluyen actividades en mi servicio social (de un año de duración) que aporten algo a los objetivos de su asociación.

Yo soy un médico apasionado por mi profesión. Bueno, lo seré el próximo verano. Deseo aportar, en lo que pueda, mi ayuda en su misión de la que Josu nos ha hablado, en Zimbabue. Es cierto que acabamos aquí la carrera sin mucha práctica, pero intentaré aportar lo mejor de mí. Desde hace años me apasiona la idea de servir como médico a los más necesitados en África. La persona que acogió a las mujeres que rescató Josu, es un médico internacionalista cubano, como un segundo padre para mí. Trabajó en Sierra Leona y me ha contado durante muchos años la vida, los retos, los medios y la humanidad del trabajo con los más necesitados.

Aunque sea un médico joven, le aseguro que pondré todo mi corazón en el cuidado de los enfermos y en las tareas de la misión en las que pueda ayudar.

Tengo que decirle que mi fe no es exactamente cristiana. Creo en un sentido de amor de la vida, pero no creo que sólo tenga un credo de salvación. Espero que esto no sea un impedimento para dar lo mejor de mí en su misión.

Ya le agradezco de antemano su atención y espero con ilusión su respuesta, en el sentido que mejor le pueda convenir,

Atentamente,
Jonay

Un día de emociones. Awande, Joseph, Juan Mari, Jonay… e inmensos retos diarios para amar sin miedo. Esa misma noche se puso, a la luz de una vela, a responder a Juan Mari y a Jonay. Les recibiría con los brazos abiertos. Y ya tenía muchas ideas para llenarles de tareas y oportunidades de expresar su amor a los más necesitados. Pero sus últimos momentos antes de su rezo nocturno, fueron para Awande. Siempre quedaría en un lugar único en su corazón.

XXIV

EL DILEMA DEL AMOR Y EL DESTINO

Teide, Tenerife, 1985

Jonay subía el volcán del Teide con Yolanda. Hacía dos años que estaban unidos y habían vivido juntos y con el hijo de Yolanda, Martín, en un piso que alquilaban juntando sus medios. Durante este tiempo, Jonay había avanzado en sus estudios, se había licenciado, hecho algunos cursos de medicina tropical y había ejercido ya haciendo suplencias en las urgencias de La Gomera y en el centro de salud de Hermigüa. Entre los dos había mucha ternura pero también una barrera que cada poco volvía a separarles. Les rompía el corazón ver que no podían ser lo felices que cuando con la inocencia e inconsciencia de la enajenación del amor apasionado, habían sido.

Mientras subían el Teide, Jonay pensaba en esos dos años descubriendo el amor en tantas dimensiones, y dando sus primeros pasos como médico. Llevaba una carta en el bolsillo que orientaba su destino. Y tenía que desvelársela a Yolanda. Sabía que sería el último impulso que les distanciaría como pareja. Yolanda también intuía el final. Los dos ascendían hacia la cumbre en silencio. Con los ojos vidriosos por la emoción contenida. A veces tímida y temerosamente cogidos de la mano. Habían tomado una guagua por la carretera de la Orotava hasta La Pizarra. Era un día despejado pero muy frío, se notaba la helada en la escasa vegetación. El sol fue caldeando poco a poco, y el frío y el hielo se fueron disolviendo, pero no el frío en sus corazones. Jonay se fijaba en los diferentes colores de las rocas, procedentes de las diferentes erupciones.

En su silencio compartido, cada uno fue refugiándose en sus pensamientos, intentando olvidar el sentimiento de tristeza, de pérdida y vacío inminente.

Jonay recordaba cómo después de aquella conversación tensa con el Dr. Delgado, se afanó en los exámenes clínicos y pasó al último año de carrera. Había escrito al misionero sobrino de Juan, y obtuvo contestación a las dos semanas. El Padre Patxi le decía que era bien recibido y le explicaba en qué consistía la

misión, las necesidades de salud de la región, la consulta, salas y pequeño quirófano de la misión, la relación con el hospital de Brunapeg, y los requisitos de registro médico en Zimbabue. Se resignó a esperar a acabar la carrera y llegar como médico, registrado en el país y con una responsabilidad más clara. Sabía de organizaciones no-gubernamentales que mandaban a cooperantes por tiempos más bien cortos a proyectos de cooperación, pero él prefería ser médico de un centro de salud como el de la misión de San José y cobrar su sueldo, aunque fuera local y muy bajo al cambio de moneda, del Ministerio de Salud de Zimbabue. También colaboraba con la atención a inmigrantes en Tenerife, a través de una ONG local. A menudo era más importante acompañarles a buscar casa y trabajo, que atenderles las dolencias, que por miedo a ser deportados por indocumentados, no consultaban en el sistema formal de salud.

Avanzó con pasión en sus estudios, fascinado por cada asignatura. En la clínica, le entusiasmaba discernir los posibles diagnósticos, explorar al paciente y hablar largo tiempo con ellos, pensar en su familia, su historia y su entorno. También en sus necesidades y en su percepción sobre la enfermedad. El Dr. Delgado y su amante ya no podían impedirle pasar largas horas con su bata blanca en las habitaciones del hospital, los quirófanos, las salas de curas, las urgencias o las salas de parto. Era muy querido por muchas de las enfermeras que ya lo esperaban y le decían que sus pacientes se sentían más solos. Alguna vez había llevado a Yolanda para hablar con pacientes. Aunque ella era dulce al inicio, al poco tiempo desconectaba y Jonay notaba su hastío cuando él llevaba tiempo hablando con los pacientes, animándoles, explorándoles, haciéndoles masajes o leyéndoles poemas. El verano lo pasó con Fernando. No se despegó de él en las consultas ni durante sus guardias en la urgencia del hospital de San Sebastián. De cada caso hacían una historia, de las condiciones de vida que llevaban a la enfermedad, de los posibles diagnósticos, de cómo evitar la química por medicina tradicional y formas de vida sanas, de los tratamientos cuando eran necesarios. Fernando le fue explicando también toda la complejidad de la industria farmacéutica y sus intereses, los beneficios de la medicina privada y los corporativismos de las jerarquías médicas. Llegaron a la conclusión que más de la mitad de los enfermos den la Gomera eran debidos a lo que llamaron el «síndrome de la soledad». Tenían entrañables tertulias en la casa frente al barranco y la playa de Arguamul, ya terminada y preciosa, pero en medio de un pueblo fantasma. Kadiatu pasaba largas temporadas en San Sebastián trabajando para la organización Gara, en defensa de los derechos de las mujeres. Finalmente había decidido vivir allí y que Lisy asistiese allí a la escuela, pues ya estaba en secundaria. Se veían los fines de semana pero Fernando seguía notando una especie de nostalgia que oscurecía la sonrisa de Kadiatu y que lastraba su felicidad, por mucho que el intentara alegrarla. Empezó a ir menos y menos a Arguamul. Tenía siempre alguna excusa para no ir a Arguamul y

fue prefiriendo las ropas de moda y las cenas en restaurantes, a la vida ermitaña en aquel mirador sobre el océano, tan maravilloso como solitario.

–Jonay, vamos a pensar en la pobre Sra. Herminia que hemos visitado en su casa. Dime, ¿qué recuerdas de ella?

–Herminia nació hace ochenta y dos años en Valle Hermoso. Era la cuarta de siete hermanos. Su padre mago (labrador) y cabrero. Su madre cosía y hacía queso. Nunca pudo ir a la escuela. Se casó a los diecinueve años con un chico del pueblo que trabajaba en las plataneras de Agulo, tuvo cinco hijos y dos abortos espontáneos. Enviudó hace diez años. Uno de sus hijos murió, al parecer, de neumonía. Tres viven en Tenerife y uno está en la Península. Tiene seis nietos.

–Y de su salud, ¿qué recuerdas?

–Tuvo las fiebres de Malta de joven. En los dos abortos y en dos de los embarazos a término, tuvo hemorragias muy importantes, que la dejaron en cama varios meses. Por lo demás, había llevado una vida sana y activa en el campo, dieta de potajes y verduras y frutas, y bastante relación con familia y vecinos del pueblo.

–¿Y recuerdas cómo es su vida ahora?

–Su marido perdió el trabajo en la platanera y se dio a la bebida. Fue mostrando cada vez más distancia con ella. No pensaste delicado el preguntarle por su vida sexual, así que no sabemos, pero intuyo que desde hace mucho tiempo no tenía relaciones íntimas ni siquiera contacto físico. Sus hijos y nietos ya casi nunca venían a verla. Apenas en la Navidad, y no siempre. Las otras mujeres con las que solía charlar fueron saliendo menos y apenas las veía. El pueblo se llenó de coches. Y las casas de televisiones. Veía telenovelas y concursos. Con el tiempo hasta los anuncios. Y sin pasear, sin hablar en casa, perdiendo contacto con su familia y amigas, fue quedándose más en casa, frente a la televisión y comiendo más y peor. Ya no compraba en el mercado las alubias y el berro, sino en el supermercado congelados y latas. Empezó a tomar fritos, fiambres y poco a poco, comida preparada y papas fritas que picaba cada poco frente al televisor.

–¿Qué consecuencias tuvo en ella esa forma de vida?

–Fue ganando peso. Y ya no se acicalaba pues casi nunca salía. Con el peso fue moviéndose menos, incluso en su casa. Y le fueron doliendo las rodillas. Tú ya le habías visto la tensión alta hacia un tiempo y le recomendaste andar y cambiar de dieta. Pero el dolor de las rodillas se lo impedía. Hablaste con los hijos para que la acompañaran a pasear y a hacer ejercicio en casa. Pero todos estaban «muy ocupado». Terminó tomando anti-inflamatorios. Y como le afectaban al estómago, añadió antiácidos y pastillas para la tensión. Con el tiempo descubriste que tenía la glucosa y el colesterol altos, y como no cambiaba de dieta, acabó también tomando pastillas para ello.

–¿Y cómo lo sentía ella?

–Con tristeza. Era consciente de su estado, huía de mirarse al espejo. La falta de actividad y la televisión le quitaron el sueño, y en sus noches en vela, tenía pensamientos negativos, de soledad, de nostalgia de otros tiempos, de sentimiento de ser olvidada y rechazada por sus hijos, de estar gorda, fea, sin futuro. Empezó también a tomar antidepresivos.

–Pobre Herminia.

–Sí, Fernando, otro síndrome de la soledad. Soledad dentro del ruido y del progreso. Incluso en este pueblo apartado.

–Carencia de compañía, de afecto, de crear y compartir sus pensamientos, sus sentimientos, sus ideas del mundo y de la vida. Carencia de caricias, Jonay, de abrazos y de besos. ¿Por qué nos da tanto pudor hablar de ello? ¿Una necesidad tan humana como el comer?

–Los tabús de la religión, supongo.

–Sabes, hay algo que, además de la influencia de las religiones, nos hace evitar el mostrar la debilidad de necesitar un abrazo, y sobre todo darlo, casi más aún que recibirlo. Somos una especie animal jerárquica y que resuelve sus necesidades por la dominancia. Ante los niños sí que expresamos, y no siempre, esa ternura. Pero con el tiempo la escondemos, la dosificamos, se nos enquista en el alma, y acabamos sin saber dónde encontrarla en nuestro interior. Pensamos que somos duros y fuertes escondiéndola. Cuando en realidad el signo más auténtico de valentía, es el expresar ternura. Frente a los tabúes sociales y nuestros pudores, mostrarse aparentemente débil es ser valiente. Valentía y ternura: esas son las claves, Jonay.

–Bueno, Jonay, eres como un hijo para mí. ¿Recuerdas cuando aquí mismo, mirando el océano y las estrellas, te hable de Kadiatu? Cuando luego planeamos su rescate en el océano. Pienso que la estoy perdiendo, Jonay. Nos unió el reto de la huida. Pero somos diferentes. Ella busca salir de su status de oprimida y para ello necesita triunfar. Identifica el triunfo con las propiedades. Yo huyo de esa quimera. La quiero. Y a Lisy. Con todo mi alma. Pero siento su rechazo a mi pasión por la naturaleza y por el pensamiento social. Ella va con las amigas de San Sebastián a las fiestas y los bares. Yo prefiero las estrellas y las guitarras. Ella busca ropa de moda y joyas. Yo tengo dos pantalones y paso medio día en taparrabos en la playa, el barco y buscando percebes. Ella lee el *Hola*. Yo leo los poemas de Tagore y la vida de Tolstoi. Somos tan distintos. No lo sabíamos. O quizás ella está perdida, enajenada por el consumo que nunca pudo tener. No lo sé, Jonay. Pero nos queda sólo un frágil hilo de unión. Y sé que quizás nunca encontraré un alma tan pura, una belleza tan limpia, una valentía tan épica como la Kadiatu que conocí, o creí conocer en las selvas de Sierra Leona.

Jonay no sabía qué decir. De hecho intuía distancias similares con Yolanda, y por eso se excusó pasando el verano por hacer prácticas de médico en lugar de

hacer un viaje con ella y Martín. Había ido algún fin de semana, uno de ellos en el barco con Fernando. Ella había venido una vez. Pero notaba un alejamiento también por su parte. Por eso las palabras de Fernando hacían eco en su alma.

–Te entiendo bien, Fernando. ¿Supongo que la receta de valentía y ternura también se aplica al desamor?

–Sí, pero apenas alivia el dolor.

Durante el año último de carrera, Jonay pasó casi todo el tiempo en el hospital universitario. Tenía en mente su futuro en la misión de San José, y se escribía a menudo con Patxi. Se había comprado todos los libros de Maurice King sobre medicina, cirugía, traumatología y anestesia en el hospital rural y con pocos medios. Conoció a un médico adjunto joven, Julián, con el que fue haciendo más y más prácticas. Empezó por pedir a las enfermeras que él pusiese las inyecciones, los sueros, hacer los electrocardiogramas, encargarse de las curas y los sondajes. Le fueron dejando, al principio con supervisión y luego con confianza. Luego pidió a Julián acompañarlo y poco a poco hacer él sólo las ecografías, las endoscopias, las espirometrías y las punciones lumbares. Poco a poco se ganó la confianza y en la unidad de vigilancia intensiva empezó a poner tubos de tórax para descomprimir las pleuras de empiema o de neumotórax, y a coger vías centrales en la vena yugular y subclavia cuando la gravedad del paciente lo requería. Así sabía medir la presión venosa central con simples métodos. Siempre pensaba en los medios limitados de San José y evitaba usar mucha sofisticación. Tampoco gastaba mucho ni en guantes, papel ni en tantos desechables como usaba el hospital.

Luego Julián le presento a un compañero ginecólogo y pasó dos meses durmiendo en camillas vacías del hospital y acompañando, luego ayudando y luego asistiendo a los partos. Supo usar las ventosas y los fórceps, y reanimar a los niños, ver en la ecografía todo lo necesario para seguir el embarazo o detectar y cuidar las complicaciones. Sabía que la cesárea era esencial en sitios remotos. Así que tras asistir «tirando de valva» a unas veinte intervenciones, le dejaron asistir como primer ayudante y en una ocasión él hizo de primer cirujano abriendo el peritoneo, el útero, extendiendo sus dedos entre la dura musculatura que protegía a la vida, pinzando los extremos de las temidas hemorragias de las arterias uterinas, sacando con cuidado al niño mientras su corazón, el de Jonay, se disparaba casi tanto como el del niño ante de forma brusca entrar en este mundo; y coser después con cuidado y firmeza el útero y todas las capas. El día que hizo su primera cesárea sólo sabía que ya podía ir a la misión. Pronto acabaría los estudios y mandaría su título para el registro en Zimbabue. Lo soñaba cada día.

Fue después a pediatría donde reanimaba neonatos y atendía las urgencias y salas de pediatría, lo que más disfrutaba pues derrochaba ternura con los niños. Se acordaba de la reflexión de Fernando sobre nuestro derroche de ternura con ellos y nuestro miedo a hacerlo entre adultos. Siguió en cirugía general donde también con perseverancia e interés acabo operando una hernia y ayudando a

resecar un intestino y a saber volver a coserlo. Ensayaba en casa las suturas, y consiguió de la carnicería del barrio intestinos de cerdo para ensayar las anastomosis: las suturas de los extremos cortados del intestino.

Luego hizo lo mismo en traumatología, reduciendo y fijando fracturas y luxaciones. Se acordó de sus padres cuando redujo la primera luxación de hombro. Ya estaban de vuelta de su gira por el mundo y se reunía con ellos cada mes en El Cabrito. ¡Dios! ¡Cómo les quería! Ellos le animaban en su vocación y en su ilusión por partir a África, aunque Umbela lo decía con cierta tristeza mientras le abrazaba con fuerza.

Llegó así la graduación. Todos sus compañeros llevaban ya un año en academias memorizando nombres raros y números de constantes para el examen del MIR –médicos internos y residentes–, única puerta en España para especializarse, y casi única forma de obtener trabajo después, a los más de treinta años y en un estrecho camino de la medicina llamado «especialidad». Él quería libertad. Quería el océano y no un barranco.

Hizo después unos cursos de medicina tropical en Santa Cruz de Tenerife.

Vinieron médicos cooperantes de muchos rincones del mundo y fueron mostrando sus diapositivas de otros mundos, el exotismo de aquellas enfermedades, tan intrincadas con la naturaleza que les rodeaba. Algunos hablaron con pasión de medicina comunitaria y de Alma-Ata. Algo que apenas comentaron en la facultad. Algo de lo que el Dr. Delgado se reía abiertamente. Algo que a Jonay le parecía el principio de dignidad de los pueblos frente a su salud. Su salud. Leyó muchos libros sobre ello, Donde no hay Doctor, de David Werner, desde California y sobre sus experiencias en México. Y otros que le apasionaron también de la Fundación Hesperian, en un lugar llamado Berkeley.

Se sentía profundamente intrigado por aquellas enfermedades parasitarias. ¿Cómo era posible tanta inteligencia de supervivencia? Parásitos de apenas un milímetro que sabían el momento del día para infectar al mosquito u otro tipo de vector, para reproducirse en él (Jonay lo llamaba la luna de miel), para entrar en el cuerpo humano, recorrer como exploradores los torrentes de linfa y sangre, atravesar los pulmones, infiltrarse en el hígado, sembrar huevos como las bilarzias para que salieran de nuevo a la naturaleza a completar el ciclo, o hacerlo en las células de la sangre como la malaria o las filarias.

Le fascinaba aquella complejidad de inteligencia ancestral. Miles de instintos trenzados en una cadena de sobrevivir. Quizás muchos de ellos dormidos en la especie humana por nuestra sofisticación y protección social. ¿Habíamos desviado nuestra mente y fuerza en la dominancia y competividad y nos habíamos ido olvidando de nuestra naturaleza?

Fue luego a hacer sus primeras sustituciones en Hermigüa. Consiguió convencer a un compañero y a la enfermera e hicieron un diagnóstico comunitario

visitando cada casa, haciendo encuestas, tomando la tensión, tomando muestras de sangre, del agua, apuntando las dietas, hablando sobre sus conceptos de salud y enfermedad, sobre sus recursos para curarse. Identificando más claves del tan extendido «síndrome de la soledad» como Fernando lo llamaba.

Y con el tiempo, Patxi le dijo que ya estaban enviados los papeles para el registro como médico. Que ya podía venir si quería, y esperar ayudándole, mientras el gobierno de Zimbabue le asignaba el puesto vacante en aquella misión remota que lo esperaba.

Llevaba esa carta en el bolsillo. Jonay y Yolanda llevaban media hora caminando, sin hablar, en sus pensamientos.

Llegaron a una gran explanada, en los llamados Huevos del Teide y la Montaña Blanca. El camino se hizo más empinado y a la hora llegaron al refugio de Altavista donde pararon a comer algo. Se miraban profundamente a los ojos. Después de comer avanzaron hacia la Rambleta y luego por el sendero Telesforo Bravo y llegaron a la cima. Se sentaron al lado de una fumarola que quemaba el aire, como así sentían sus corazones heridos.

–Yolanda, tengo algo que decirte.

–Jonay, lo sé. Desde hace tiempo. Te vas. De hecho, hace mucho tiempo que ya te fuiste.

–Te quiero.

–Y yo. Pero no podemos vivir juntos. Mi vida está aquí, cuidando de Martín. Y la tuya está lejos, salvando el mundo remoto. Lo respeto. Pero no puedo seguirte.

Jonay miraba al sudeste. Se adivinaba la fina línea de la costa de África a lo lejos. Yolanda miraba mucho más cerca.

–Se quedaron un tiempo en silencio. Las lágrimas ya no pudieron ser contenidas.

–Se abrazaron con fuerza. Era el amor sin posesión, pero sin futuro de unión física.

Ya anocheciendo llegaron de nuevo al refugio Altavista y se quedaron en una habitación. Hicieron el amor como si fuera la última y única vez de sus vidas. Sin hablar, sin dejar de clavar sus miradas, acompasando cada respiración, casi cada latido.

Y abrazándose como si quisieran evitar el destino que ya habían aceptado.

Valentía y ternura, pensó Jonay. Pero a veces duele. Tanto…

XXV

FURIA CONTRA LOS ESPÍRITUS

MATABELELAND SOUTH, 1985

NoLwasi miraba desde su *kopje*, su altar de conexión con los espíritus y conocimiento ancestral de su pueblo, al que tanto amaba. Su mirador sobre el mundo. Venía de llorar la muerte de su amiga Tulani. Tras cuatro años luchando con ella contra la enfermedad, la fuerza del otro mundo, desgarrándola con un inmenso dolor de éste, se la había llevado. Le había prometido cuidar de su hija, Thandiwe, que ahora tenía cinco años. Sus padres habían muerto poco antes, más de tristeza que por la edad, al ver consumirse a Tulani, haber visto venir en una caja de madera a uno de sus hijos desde Égoli, y no saber nada del otro desde hacía casi diez años. Cuando ellos se fueron, Tulani perdió todas razones para luchar contra aquella terrible enfermedad.

Era la primera persona a la que NoLwasi acompañó con esta maldita plaga, aunque ya había visto los signos en seis de los jóvenes que habían vuelto muertos de Soweto. Otras tres mujeres y Teya, el joven al que convenció a salir del infierno de Soweto habían muerto también, consumidos por aquella maldición.

El primero fue Teya. Después de aquella noche en Soweto, NoLwasi había escuchado a unos niños hablar ndebele. Al principio le inspiró ternura, pero según fue caminando en la noche hacia la casa del *nyanga* James, empezó a extrañarse más y más. Dio media vuelta y volvió a hacia aquella casa de donde procedían las dulces voces en ndebele. Sigilosamente rodeó la casa y se asomó por una ventana de la parte trasera. Vio una mujer muy obesa, con el pelo empapado en vaselina y cubierto por un plástico, los labios y los ojos pintados de forma provocadora, vestía sólo un sostén muy apretado y una tela de colores brillantes bajo su voluptuoso vientre. Los niños comían en el suelo de platos de latón con *sadza* y *chomolia*. Eran seis niños. Estaban vestidos de forma harapienta, y aunque algunos hablaban, se les veía la mirada perdida en tristeza. Uno de ellos tenía la espalda al aire y NoLwasi vio marcas de golpes. En ese momento notó el golpe

brusco de un palo crujir en su sien y el intenso dolor que siguió. Cayó hacia atrás sobre una acequia de aguas sucias. Oyó, medio confusa, que los niños gritaban. Mamá. *Mama*… *Baba*. (Madre, Padre). Apenas podía abrir los ojos, y notó que la arrastraban tirándola de los pies. La dejaron a un lado de la casa. Pudo oír las voces de dos hombres hablando zulú. Notó cómo la sangre le empapaba la cara. Prefirió quedarse inmóvil y concentrar todos sus sentidos en escuchar lo que decían sus agresores.

–Esta es la *nyanga* kalanga que ha estado merodeando estos meses por aquí. Es guapa. ¿La llevamos al cuarto, la lavamos y la enseñamos a gozar?

–Has bebido mucho, animal. Mejor dejarla frente al centro de salud sin que nos vean.

–¿Estás loco? Nos denunciará. Ha visto a los niños y seguro que sospecha.

–Entonces, ¿qué quieres hacer?

–Hay que deshacerse de ella. Si se entera el jefe que la hemos dejado ir, duramos dos días. Además, ya le has dado muy duro. Está moribunda.

–Yo no puedo hacer eso. Prefiero que la atemos y amordacemos y que mañana decida el jefe. Quizás la convenzamos para que cambie de vida y gane buen dinero. Con ese cuerpo tendrá mucho éxito.

–Bueno. Pero seguro que mañana habrá que deshacerse de ella. Ve adentro a por cuerdas y una tela para amordazarla.

Estaba tumbada con la cara boca abajo, sobre la tierra roja. En una zona algo más baja que la calle, desde donde no la podían ver los pocos transeúntes a aquellas peligrosas horas de la noche. Entreabrió un ojo y vio que el hombre que la vigilaba cruzaba el camino para hablar con una mujer que pasaba por enfrente. Sabía que tenía sólo unos cinco segundos para desaparecer de aquella condena de muerte. Aunó todas sus fuerzas y disipó el dolor de su mente. En un salto de increíble agilidad se levantó y en dos sigilosos saltos se escondió detrás de la casa. En ese momento salía el primer hombre con las cuerdas y el otro volvía de coquetear con la mujer del camino.

–¿Dónde está? ¿No la has vigilado? ¡Si estaba medio muerta!

NoLwasi se quitó las zapatillas de lona y goma para hacer menos ruido y salió corriendo y cruzando los patios de dos casas y saliendo a un camino por ver si podía pedir auxilio a alguien. No había nadie en el camino. Notó cómo los dos hombres corrían tras ella. Acababan de dar la vuelta a la esquina y estaban a unos veinte metros de ella. Eran corpulentos y corrían rápido. Sabía que en larga distancia no podrían alcanzarla, pero en unos 100 metros sí podrían atraparla. Corrió lo más rápido que pudo y mantuvo la distancia. En la siguiente esquina hizo como si girase y tomara la calle a la derecha, pero se escondió en el patio de una de las casas. Encontró en su escondite una piedra y con increíble tino la lanzó a unos treinta metros para que cayera en otro cruce de calles, los hombres

siguieron corriendo detrás de aquel sonido. Vio que algo se movía en la ventana de la casa al lado de la cual estaba escondida. La puerta trasera se entreabrió.

–Entra, *udade wami* (hermana mía.)

No podía sino confiar en aquella voz, que desde la oscuridad, le inspiró confianza.

Al entrar, vio en la penumbra a una mujer de mediana edad. Era guapa pero se notaban herencias de dolor en su rostro. Uno de sus ojos estaba nublado por una mancha blanca.

–Siéntate aquí. Ahora traigo agua para limpiarte y un té caliente.

Se sintió segura, cayó derrumbada en un viejo sillón y fue consciente del peligro que había corrido. Aún sangraba algo por la sien y todo el dolor ignorado en su huida, pareció volver de golpe en forma de espantosos latidos en su cerebro. Volvió aquella mujer y, comenzó a limpiarle la herida suavemente mientras le advertía:

–Esos hombres son muy peligrosos. Están metidos en todo: en armas, en droga y en tráfico de mujeres. Son la banda de un tal Ron, un sanguinario.

–Y creo que en algo peor aún. Con niños.

–No creo. Creo que son hijos de prostitutas y las mujeres se turnan para cuidarles, mientras atienden a sus clientes.

–Entonces ¿por qué me quisieron matar cuando vi a los niños?

–*Udade wami*.

–NoLwasi.

–Mary.

–En Johannesburgo y Soweto hay más de diez asesinatos cada día. La vida no vale nada. Pensarían que querías robar, o que eres una espía de la policía, cualquier cosa. Lo que si te digo es que van a buscarte por todos lados.

Mary ya le había colocado una tela blanca como véndala rodeando apretando la herida, ya limpia, y rodeando la cabeza.

–Debo ir a por mis cosas, debo volver mañana a mi país.

–¿De dónde eres?, ¿Qué estabas haciendo en este infierno?

–Soy de Mat (Matabelelenad) South. Vine a intentar saber qué pasa con una enfermedad que está matando a muchos hermanos y hermanas nuestras.

–Ya he oído hablar de ti. La *nyanga*. Amiga del viejo James. Dicen que tienes poderes. Seguro que esos hombres te buscaran en la casa de James. No puedes volver allí.

–Pero tengo allí mis cosas.

Pensó que en realidad lo único de valor que tenía eran los papeles de corteza en los que tenía sus esquemas mágicos apuntados. Y siempre los llevaba

encima, en una pequeña bolsa con una cuerda que rodeaba su cintura. Palpó la bolsa y todo seguía ahí. Pensó que nada del resto, incluido el dinero ganado con atender a pacientes los meses que había estado allí, le importaba. Sería un buen regalo para el viejo James. Ya le escribiría. Tenía que salir de allí.

–Puedes quedarte aquí esta noche y mañana vemos que hacer.

–No, si me encuentran aquí te harán daño. Y a mí me matarán. Saldré ahora. Te dejaré una nota para una persona de mi pueblo. Se llama Teya. Iba a venir conmigo mañana. Vive en la esquina de Mhiga con Dingaan.

Escribió unas líneas en un pequeño trozo de papel:

Teya, tengo que huir, mi vida corre peligro. Espero verte en el pueblo. Sé valiente. Sal de aquí. NlD.

–De acuerdo, mi hijo se la llevará mañana. ¿Pero cómo vas a poder andar ahora y cómo vas a ir?

–No te preocupes, sé cuidarme.

Mary fue a la cocina y vino con una bolsa de naranjas y de cacahuetes, y unas pastillas de paracetamol.

–Me has salvado la vida Mary. No lo olvidaré.

–Cuídate mucho, NoLwasi. Intuyo que tienes una misión muy importante que los espíritus te piden que hagas. *Amandhla.*

Anduvo durante dos días. Durante la noche avanzó hacia el oeste y llegó a Mohlakeng. Allí encontró un camión de carga en un garaje y escuchó que se dirigía a Pretoria. Se escondió entre los sacos de maíz. Fue sorbiendo las naranjas por un pequeño agujero para aprovechar hasta la última gota. El dolor era muy fuerte. Pero decidió no tomar esas pastillas. Nunca había tomado nada que no fuera natural. Buscaría hierbas para el dolor en el camino. Cuando cerraron al furgón de carga, se relajó y miró por una rendija al exterior. Unos veinte minutos después de emprendida la marcha, pasaron por Krugersdorp, de donde se decía que se había originado la Humanidad. Se preguntó; «¿Será aquí donde también acabe?»

Al llegar a Pretoria prefirió andar por los campos durante tres días. Necesitaba alejarse de aquella humanidad tan corrompida. Sentir el viento, sus amigas las hierbas, las hojas, las flores, encontró a algunas gacelas, y durmió mirando el cielo limpio de estrellas.

Pensó para sí: «¿Qué hace a los hombres querer vivir hacinados y rodeados de basura, polvo y ruido».

Llegó así a Mokopane. Había andado descalza más de cien kilómetros. Estaba mejor del dolor, aunque vomitaba varias veces al día. Encontró hierbas para tratarse, y siguió fuerte con las fuerzas de sus espíritus. Notó el aliento de Mandhla a cada paso y la mirada tierna de Masora guiándole hacia el norte. En Moko-

pane se escondió de nuevo en un camión con barriles de cerveza, pero esta vez un hombre ya mayor, la vio entrar.

Cuando fue al furgón de carga, ella le miró y le dijo que no tenía dinero y necesitaba ir hasta Beitbridge. Algo se iluminó en aquel hombre, y le dijo que iba hacia allí, y la llevaría. Que podía sentarse delante con él. Dudó de sus intenciones, pero no tenía elección. Era un buen hombre. Se pasó las cuatro horas de viaje hablando de la Biblia y de Jesús. Pero ella cayó exhausta en un profundo sueño. Cruzó la frontera por el lugar que ya conocía. El río estaba menos crecido y no necesitó la cuerda. Prefirió no ir a ver a Takani por si estuviera aliado con la banda de Ron, y en algún momento le fuera perjudicial. Quedaban cabos sueltos en aquella historia de la que, de momento, tenía que huir.

Ya en Zimbabue, encontró formas de ir visitando *nyangas* y de tener transporte y comida a cambio de tratamientos. Cuando llegó a Sanzukwi habían pasado dos años desde que salió.

Llegó por la noche y llamo a la puerta de la casa de sus padres, Themibinkosi y Themba.

–¿*Yebo*? (¿Quién hay?)

Prefirió no responder. Abrió Themba.

–¡Hija mía! –dijo, mientras se nublaban los ojos de emoción.

Se unió al abrazo de alegría su madre, Thembinkosi, de quien notó andaba con dificultad.

–Siento haber estado tanto tiempo lejos, Padres. Tenía cosas importantes que hacer.

Los padres notaron su herida en la cabeza y la venda con sangre seca.

–¿Que te ha pasado, hija? Cuéntanos todo. Y quédate para que te cuidemos.

Le enterneció ese sentimiento, cuando era ella quien debiera cuidarlos. Aunque tenían sólo unos sesenta años, la vida dura y seca de aquella orilla del Kalahari, les habían avejentado. Y quizás el dolor de la ausencia de su querida hija. Se sintió culpable habiendo dejado a su querida familia y su querido pueblo tanto tiempo, por buscar sabiduría lejos.

Les contó algo de su vida aquel tiempo, de los viajes, de cómo cruzo el Limpopo, del altercado en la mina, de su vida en Soweto, de sus discusiones con *nyangas* y líderes, de cómo fue viendo a los hermanos kalanga allí, de sus oscuras vidas, de Teya. Prefirió no decirles nada de cómo la habían intentado asesinar hacía apenas diez días. Sospechaba que aquella historia no había terminado y necesitaba pensar con serenidad y fuerza.

Para entonces ya se había corrido la voz pues unos chiquillos la habían visto llegar y todo el pueblo estaba fuera de la choza de los Dube. Cantaban una canción que a ella le gustaba… con sus graves mmmmmmm zulú…

Cuando el sol sale invita a vivir, a sentir, a compartir.
Cuando nos muestra nuestras sombras nos enseña que somos únicos.
Las sombras, como la vida se alargan con el día…
Hasta llegar al infinito…
Justo cuando se pone el sol.
Y nos invita a otra vida misteriosa, mágica, de la que venimos…
Amakhosi…lizafuna mphilo. (Espíritus… Amamos la vida.)
Amakhosi… liya thaba. (Espíritus… estamos felices.)

Salió al reencuentro con la comunidad, traían lámparas de queroseno y antorchas. Algunas chicas bailaban al ritmo de los tambores. NoLwasi les fue saludando a cada uno. Les transmitía con su mirada el mensaje de su fuerza por salvar a su pueblo, aún con su venda ensangrentada y sus ropas raídas de la larga marcha.

Durante los dos años de su ausencia, NoLwasi había acordado con un *nyanga* cercano que viniese una vez a la semana a su choza donde tendrían la inspiración de su saber. Pero el pueblo la echaba de menos. La necesitaba. Allí estaba Tulani con el pequeño Thandiwe, quien esperaba saber algo de su hombre en Soweto, de su enfermedad y destino. Ella también les había echado de menos cada día, a pesar de saber que tenía una misión. Y aunque había vuelto para quedarse. Sabía que su misión estaba inacabada.

En los dos años tras su vuelta, intentó ir sabiendo más acerca de la enfermedad. Tulani parecía estar estable, aunque muy delgada y la misteriosa y bella, pero ominosa presencia de las largas pestañas le hacía sentir a NoLwasi un mal presagio.

Al mes de su llegada apareció Teya en el pueblo. Le contó su viaje de vuelta y lo que sabía de la peligrosa banda de Ron. Le dijo que al llegar al *kraal* de su familia, cerca de la misión de San José, le dijeron que su mujer había muerto. Él sabía que de alguna forma que aún no entendía, fue él quien la mato. Por olvido o por haberle pasado el mal a través del cuerpo. Vivía cuidando de su hijo, y le habló de un sacerdote blanco, Padre Patxi, quien estaba ayudando a toda la gente de la misión con mucha valentía, de otra forma, pero como ella en Sanzukwi. Le habló también de un médico en la misión de San Jose, quien iba cada mes a San José y le estaba viendo por su tos. Era un médico blanco que se preocupaba de la gente y que parecía saber algo de la extraña enfermedad. Volvía cada varios meses a ver a NoLwasi. Ella le aliviaba algunos síntomas, pero también le fue viendo consumirse, a sus padres rompérsele el corazón y finalmente fallecer. Así las víctimas de la plaga iban dejando más huérfanos, que empezaban a llenar

Matabeleland y a cargar las ya agotadas fuerzas de los mayores. Miraban al cielo, al mismo al que le pedían lluvias a través de sus antepasados. Les decían gritando:

¡Qué ocurre! ¡No veis lo que sufrimos!

¿Por qué no hacéis algo?

¡La plaga nos está matando y parecéis dormir mirando nuestro dolor!

Y así la maldita enfermedad se fue llevando a Tulani y a otras mujeres. Tras dejarlas en los huesos. Siguieron llegando jóvenes de Egoli en cajas de madera.

XXVI

LA JERARQUÍA AHOGA AL AMOR

Bulawayo, Zimbabue, 1985

Después de la muerte de Awande, Patxi sintió un vacío enorme. Con nadie en su vida, a pesar de los breves y trágicos momentos, había unido más su alma. Habían descubierto como una supuesta organización de ayuda a huérfanos se había llevado a seis niños a Sudáfrica e intentaba seguir su paradero. Entregaban algo de dinero a abuelos débiles abrumados por el cuidado de sus nietos huérfanos. Con el alma herida de muerte por la muerte de sus hijos por la extraña enfermedad consiguió que al hijo de Thandiwe no lo entregaran, devolviendo el dinero de su bolsillo a aquellas personas que decían representar a esa organización.

A los pocos meses apareció Teya, el padre de Joseph, tras tres años sin dar noticias. Se preocupó mucho por sus suegros y por su hijo, y le confesó a Patxi toda su vida oscura en Éboli, hasta que una *nyanga* de Sanzukwi, NoLwasi, le abriera los ojos y volvió «ekaya» (a casa). Era la segunda vez que oía hablar de esa *nyanga*, que se estaba convirtiendo en leyenda por su valor e inteligencia. Al año murió también Teya, con síntomas muy parecidos a los que tuvo Awande. Prefirió morir en las camas del dispensario. Fue otra lenta agonía. Pero Teya estaba obsesionado con ir con Awande y pedirle perdón allá donde estuviera. El pequeño Joseph vio cómo se iban sus padres con los mismos y terribles síntomas. Patxi habló con los abuelos y el pequeño Joseph se quedó a vivir con él. Iba a la escuela y luego ayudaba en tareas de la huerta, los talleres, la granja y la casa donde vivía con Patxi y los dos aspirantes a seminaristas.

Le animaba el hecho que en dos meses ya llegara su hermano Juan Mari, huyendo de un mundo de tinieblas, y que poco después tuviera la anhelada ayuda del joven Jonay.

En la víspera de ir a buscar a su hermano al aeropuerto de Bulawayo, recibió una de las visitas mensuales del médico de la misión de Brunapeg. Era un hom-

bre muy amable, el Dr. Ndlov., Después de la consulta de casos seleccionados, fueron a tomar un té al porche de la casa de Patxi:

–Dr. Ndlovu, ya le he contado las muertes de Awanda y de Teya, y de otras dos mujeres en los pueblos de alrededor. Es como una tuberculosis galopante. Ya le conté que Awande mejoró con tratamiento para la tuberculosis pero luego recayó.Y ya sabe todos los síntomas y signos a la exploración que le conté. ¿Están viendo casos así en el hospital?

–Padre Patxi, estamos ante una epidemia tremenda. El gobierno reconoció el primer caso de una enfermedad que en Estados Unidos y en Europa llaman «SIDA». Dicen que sólo hay unos pocos casos y que afectan a prostitutas. Pero algo debe preocuparles cuando no nos dejan hacer transfusiones en los hospitales rurales y aplican una prueba de la causa del SIDA a todas las transfusiones en los hospitales de la ciudad. Mira lo que dice este periódico:

Le puso sobre la mesa un artículo de la revista *The Financial Gazette* donde una persona decía lo imposible que era saber cuántos infectados y cuantos enfermos había en el país, debido a la censura del gobierno.

–Ya he visto la nota de la Dirección de Bulawayo sobre las transfusiones. Es todo muy extraño ¿Y cómo es esa enfermedad? ¿Qué se sabe de ella?

–Tengo un primo que emigró a San Francisco y trabaja allí como enfermero. Me ha ido mandando mucha información que aquí el gobierno censura. En 1981 un tal el Dr. Gottlieb empezó a ver una enfermedad muy extraña en homosexuales de San Francisco. En pocos años ha afectado a muchas personas de las comunidades homosexuales, pero también se ha visto en otras personas.

Patxi recordó a su amigo Rob, al lado de San Francisco. Nunca había conocido a ningún homosexual. Tanto la Iglesia como el gobierno de Zimbabue los consideraban personas en pecado y delito respectivamente. Un pensamiento le bloqueó la mente unos segundos. No lo supo entender.

–Cuénteme Dr. Ndlovu. ¿Qué tenían esos pacientes en San Francisco?

–Tenían una baja de las defensas muy importante. Su sistema inmune se había derrumbado. Tenían infecciones típicas de los enfermos a los que se les suprime la función de la médula por leucemias o por trasplantes. Una de las más frecuentes era una infección muy intensa del pulmón con dificultad muy aguda para respirar y unas radiografías con infiltraciones entre los alvéolos, como en tela de araña, invadiendo todo el pulmón.

–¿Y ha visto ese tipo de problemas en Brunapeg?

–No, las radiografías que he podido hacer en esos pacientes jóvenes que enferman y se van consumiendo, son típicas de tuberculosis.

–Entonces, ¿no hay SIDA en Zimbabue?

–Seguro que sí, Patxi. Aunque el gobierno lo intente ocultar. He pedido en Bulawayo que me dejen hacer los test del SIDA que ahora usan para las trans-

fusiones en la ciudad y me los niegan. Dicen que no es muy específico, es decir, que podría salir positivo y no tener la enfermedad. Pero he ido recibiendo información de mi primo: Ya se sabe que se debe a un virus muy peculiar, que invade las células para usar sus genes y luego su fábrica de proteínas (el RNA) para ensamblar su capsula y seguir infectando células. Ya han descubierto una forma de demostrar los anticuerpos frente a ese virus que detectan a las personas infectadas.

–¿Cree usted, Dr. Ndlovu, que esa enfermedad es la que está matando a nuestros jóvenes?

–Estoy seguro: mi primo me ha mandado artículos de estudios que han hecho en África y donde han demostrado a muchas gentes infectadas con los anticuerpos. Y lo más grave es que se transmite por vía sexual. Mientras el gobierno lo oculte, se seguirán infectando miles de personas sin saberlo. Pues pueden permanecer sanas mucho tiempo hasta que finalmente desarrollan los síntomas que has estado viendo.

–Entonces, ¿qué podemos hacer?

–De tratamientos, casi nada. Ya iremos comentando cada caso y cómo aliviarles el dolor y su lenta agonía. Lo único que podemos hacer es tratar su tuberculosis casi siempre asociada en algún momento de la enfermedad. Espero que el gobierno pronto abra los ojos y ponga en marcha un plan nacional para prevenir este desastre. De momento habría que ir recomendando a los jóvenes que usen el preservativo. Y tenemos que luchar para que nos dejen hacer el test aquí en el distrito. Hay una reunión de todos los hospitales de la región la semana que viene. ¿Viene conmigo?

–Sí, quiero entender que pasa y ver qué podemos hacer.

–De acuerdo, pasaré por usted a las 5 de la mañana. La reunión es en el hotel Sun de Bulawayo a las 8. Voy a hacer preguntas muy claras y proponer acciones muy concretas a la dirección provincial. Quizás asista el ministro. Por cierto, ¿cuándo llega ese médico joven para ayudarte?

–Se han retrasado los trámites del registro en el colegio de médicos. Le han llegado a pedir cinco veces el mismo documento. Pero espero que ya llegue en dos meses. Parece muy comprometido y con una profunda vocación de médico.

Bueno, Padre, hasta la semana que viene. *Lisale kuhle* (queda en paz)

Lihambe kuhle, odokotela, siyakubonga (Vaya en paz, doctor. Muchas gracias.)

Patxi quedo pensativo. De momento debía promover que se usaran los preservativos. Tenía que ir a por ellos a la ciudad, hablar de la emergencia con el obispo, y poner en marcha un plan. Llamaría a una reunión especial en la Iglesia.

A la mañana siguiente salió a las cinco de la mañana hacia Bulawayo. Quería hablar con el obispo a las ocho y luego llegar a las diez al aeropuerto. Llegaba su hermano.

El obispo de todo Matabeleland era un alemán bastante frio y metódico. Cuando llegó Patxi a la diócesis, le recibió con un saludo afectuoso pero con la mirada fría. Patxi era el rebelde de la diócesis, nulo en promover los sacramentos y en seguir la liturgia de Roma.

–Buenos días, Padre Patxi, ¿cómo va la misión?

–Vamos trabajando, pero estamos muy angustiados por una enfermedad que está acabando con la vida de muchos jóvenes.

–¿Si? ¿De qué se trata?

–Estoy casi seguro que se trata del SIDA, esa enfermedad que empezaron a ver en San Francisco en homosexuales.

–Sí, he leído algo. Pero no tiene nada que temer, aquí no hay homosexualidad.

Patxi pensó para sí, ¿qué sabría aquel obispo desde su despacho y su catedral de lo que ocurría en el mundo?

–La enfermedad no sólo afecta a homosexuales, se ha visto en heroinómanos que comparten jeringas y en hemofílicos que reciben transfusiones.

–Nada de eso tenemos por aquí, Padre Patxi.

–Y también se transmite por relaciones sexuales entre hombres y mujeres.

–Ahora recuerdo, sí, el gobierno declaró el primer caso hace un par de años, y creo que este año hubo unas tres docenas, pero sólo en prostitutas, ¿no es así?

–No podemos saberlo, se esconde la información, no nos dejan hacer los test.

–¿Y qué propone que hagamos, Padre Patxi?

–La semana que viene hay una reunión aquí en Bulawayo, con el ministerio. Junto con el Dr. Ndlovu, de la misión de Brunapeg, vamos a pedir tests para estudiar quien puede tener esta enfermedad entre nuestros pacientes.

–Me parece muy bien. Tienen mi apoyo. Escribiré al director provincial, es un buen católico.

«Buen católico», pensó Patxi. Sería en ir a misa a la catedral en su Mercedes, porque nunca se interesaba por la gente, no iba a los hospitales, y estaba metido en muchos negocios poco claros.

–Pero hay algo muy importante en lo que necesito su ayuda, su Señoría.

Odiaba usar esos términos. Se preguntaba: ¿no dijo Jesús dijo que todos somos iguales?: Necesito que hagamos una campaña para que los jóvenes usen el preservativo. Es la única manera de evitar que se siga expandiendo y así se vayan infectando más y más jóvenes.

En ese momento, el obispo cambió su expresión de fría cordialidad a abierta agresividad.

–¿Ha perdido usted el juicio, Padre Patxi? Pase que usted interprete el Evangelio y los mandamientos de la Iglesia a su manera y que en su misión no haya bautizos, ni matrimonios ni extremaunciones. Espero que a esas almas Dios las acoja en su seno a pesar de su negligencia pastoral. Y pase que sus misas parezcan más asambleas comunistas que celebraciones eucarísticas. ¡Pero no toleraré que además ahora venga promoviendo un pecado bien definido por Roma y nuestro Papa Juan Pablo II para que se extienda aún más la promiscuidad sexual de este pueblo!

Se intercambiaron miradas desafiantes y el obispo prosiguió:

–Se lo advierto, Padre. Si me entero que usted está promoviendo, no, ni siquiera eso, permitiendo, el uso del preservativo, entre sus feligreses, escribiré a Roma y tardara unos días en abandonar mi diócesis.

–Pero están muriendo muchos jóvenes, ¿no tiene usted compasión? ¿Es más importante una doctrina ancestral que la vida de muchos jóvenes en peligro?

–¿Es más importante una conjetura remota de un sacerdote que descuida sus responsabilidades, que la salvación eterna de los cuatro millones de almas en Matabeleland mediante la castidad y virtud de la abstinencia y el matrimonio?

–Al menos permita que hablemos de ello en una reunión de la diócesis, o que asistamos a la conferencia episcopal en Harare en agosto.

–Espero que no siembre la reunión de obispos de la región de tensión, enfrentamientos y vergüenza para nuestra diócesis. Le recuerdo su voto de obediencia. No se hablará de ninguna permisividad a ninguna conducta tachada como inmoral por el Santo Padre.

Cuando salió al pasillo se encontró de bruces con el padre Pius. Era un ndebele alto y muy alegre, muy devoto de Santa Teresa. Era el sacerdote asistente del obispo. Se comentaba que quizás llegaría a ser algún día el primer obispo negro de Zimbabue. Patxi le explicó lo ocurrido y su temor por la plaga que se extendía en Matabeleland. El Padre Pius le entendió bien. Le enfurecía la actitud paternalista y de superioridad del obispo, a menudo rallando en lo racista. Pius llevó a Patxi a su despacho y le enseñó una revista de la diócesis de Pretoria:

–Lee esto, Es de una persona que admiro mucho. El Padre Kevin, de Pretoria. Habla del SIDA y de los preservativos. Cuando lo hayas leído me escribes y me propones algo que discutir en la diócesis y en la conferencia episcopal antes de la llegada del Papa. Si al menos conseguimos una flexibilidad, podría planteársele al Papa, y la repercusión sería importante en toda la Iglesia. Yo estoy de acuerdo contigo. Pero nos enfrentamos a tradiciones milenarias de sumisión y una capa de acero en prejuicios sexuales.

–Gracias, Pius. Le responderé pronto. Necesitamos su ayuda.

Patxi siguió hacia el aeropuerto en su pequeño pick–up. Iba llorando de rabia. ¿Se había equivocado de vocación? ¿Obediencia a la arrogancia? ¿Absti-

nencia del amor? ¿Genocidio silencioso? ¿Fastos y lujos para visitas Papales? Pero sabía bien que el mensaje de Cristo era bien distinto y no permitiría que los fariseos del siglo XX usurparan el mensaje de amor de Jesús.

Patxi y Juan Mari se encontraron en el pequeño aeropuerto de Bulawayo. Juan Mari venía con una tupida barba canosa y el pelo largo, fuerte y con una sonrisa del que redescubre la vida. No tenían palabras que pudieran expresar tanta emoción.

Los dos se abrazaron con la vista nublada, durante unos largos anhelados y profundos minutos.

XXVII

UNA EPIDEMIA DE MIEDO Y PREJUICIOS AVANZA EN EL MUNDO

Atlanta, 1985

Después de la graduación, Aimsa dedicó un tiempo a vivir en la naturaleza, con lo mínimo. Se sentía pesada en la abundancia y consumo de la sociedad californiana, a pesar de su bici, su vida vegana y su solidaridad en Goodwill y en el People's Park. Un amigo que dirigía un movimiento en contra de la comercialización salvaje de la tierra y los alimentos, llamada Food First lo animó a navegar por la bahía. Aprendió lo suficiente y sacó el título de patrón de yate. A través de una red de «casas sabáticas» encontró un arreglo para vivir en un pequeño barco en la bahía y cuidar de él. Se sentía así más cerca de la naturaleza, siempre con su mensaje e inspiración de simplicidad.

Lo que fue leyendo y pensando los años anteriores en ciencias y pensamiento fue sedimentando en ideas sólidas de armonía social y natural. Todo volvía a la espiritualidad profunda del budismo. Había conseguido un trabajo como asistente en el departamento de Rob, sobre investigación del pensamiento político global, y con sus ingresos conseguía mandar la mitad a una fundación que creó en Calcuta llamada «los tigres blancos», donde ayudaban a niños de la calle a conseguir educación y futuro. Seguía yendo en su bici, ahora sin escalar las empinadas cuestas de Berkeley Hills, estudiando y leyendo, y tocando su flauta travesera por las noches frente al Atlántico. Aún no había encontrado la sensación del amor profundo en comunión espiritual que ella soñaba pero se encontraba bien en su serena y plena soledad.

A las pocas semanas de empezar su trabajo de «research fellow» en pensamiento político empezó a leer con más interés la información de lo que se estaba descubriendo sobre esa misteriosa enfermedad llamada SIDA.

Por entonces había una lucha entre un grupo francés liderado por un virólogo llamado Luc Montagnier y otro americano que dirigía Robert Gallo. Cada

uno había aislado un tipo de virus en la sangre de las personas enfermas. Los franceses lo llamaban «virus asociado a ganglios (LAV) y los americanos, virus de la leucemia de células T, tipo III (HTLV–III) por su similitud a un virus que causaba leucemia. Todo indicaba que era el mismo virus, la misma enfermedad, a la cual, desde las descripciones del Dr. Gottlieb con quien Aimsa seguía en contacto, le llamaban Síndrome de Inmunodeficiencia Adquirida (SIDA). Algo comenzó a perturbar lo que hasta entonces era competitividad y prurito científico (animado por egos). Los americanos registraron la patente de un test diagnóstico que detectaba los anticuerpos ante el virus que los franceses habían aislado de ganglios inflamados de pacientes llegados a Francia desde África occidental. La competitividad se vio contaminada por los intereses económicos como casi toda actividad social en el sistema de mercado. Aimsa lo llamaba la selva del capitalismo.

El test comenzó a usarse con fines preventivos en las transfusiones de sangre, con fines clínicos en el tratamiento precoz de los enfermos y con fines epidemiológicos para conocer la extensión de la enfermedad. Aimsa empezó a investigar las leyes de patente y su perversa intención de monopolizar beneficios y, a menudo, multiplicar insaciablemente los beneficios, aún a costa de inmenso sufrimiento humano inasequible a los precios dictados por esos monopolios.

La avaricia guiaba la mayoría de las acciones en el capitalismo. Y lo que era más o preocupante: casi siempre triunfaba.

Sobre los aspectos económicos de los beneficios del test, llovieron otros aún más perversos: los de las aseguradoras médicas, auténticos triunviratos del sistema de salud privado en Estados Unidos. Empezaron a temer el asegurar a personas con el virus y los gastos que ello iba a suponer. Legalmente, al contratar sus seguros, podían preguntar si se habían hecho el test e incluso conocer el resultado. Ello tenía consecuencias económicas importantes. Incluso las compañías de seguros de vida y su vínculo a las hipotecas por los bancos empezaron también a considerar estas cuestiones. Tener la infección ya no sólo era un lento diagnóstico de muerte, sino además una maldición social de estigma, exclusión, culpa por sexualidad inmoral e incluso destitución económica. Aimsa comenzó a interesarse por el derecho a la salud y la defensa de quienes se verían por esta enfermedad marginados por la sociedad y por el sistema.

Un tiempo después, mientras analizaba cientos de documentos, estudios, marcos legales, casos en la prensa, y los colgaba por su pequeño despacho en Barrows Hall, supo de una reunión en San Francisco de un activista homosexual y por los derechos del SIDA, de nombre Richard Dunne.

Aimsa acudió a la conferencia, en la que Richard hablaba a unos doscientos asistentes y defendía el derecho de confidencialidad de los resultados del test y la responsabilidad médica y del estado de blindar esa información del acceso de las compañías aseguradoras, las empresas, las escuelas e incluso el sistema judicial. La razón era que el estigma creado en torno a la infección, unido a los intereses

de mercado, amenazaban con arruinar moral y socialmente las vidas de miles de americanos.

Aimsa, como casi siempre hacía, se levantó sin miedo e hizo una pregunta:

–Señor Dunne, gracias por su brillante exposición. Me llamo Aimsa Kamble, Investigo en Berkeley los derechos de salud y el reto del SIDA. Quisiera hacerle una pregunta: estoy de acuerdo con la confidencialidad y el abuso de los derechos humanos por la discriminación social y económica, pero me preocupa la salud pública: el hecho de mantener secreta la información, al contrario de lo que ocurre en otras enfermedades contagiosas, ¿no podría favorecer, por el miedo, su expansión?

Dunne frunció el ceño. Se sintió acosado:

–Esa será la excusa para que los poderes públicos rompan el principio de confidencialidad y se abran todos los mecanismos de exclusión y discriminación. Estaría de acuerdo en que los afectados sean animados a discutir su situación clínica con sus parejas, pero siempre en confidencialidad.

–Pero, señor Dunne, algunos estudios recientes en San Francisco revelan que dos terceras partes de los homosexuales han tenido más de cien parejas sexuales y que una tercera parte tiene más de treinta al año. ¿Cómo sería posible esa confidencialidad múltiple?

–Entra en la conciencia de cada persona, el cómo conducir su vida privada y sexual. No es asunto del Estado.

Aimsa prefirió no seguir preguntando y esperar al final.

Cuando terminó la conferencia, Aimsa, que vestía su sari cuando no iba en la bici, se acercó y le dio la enhorabuena por la conferencia y por su defensa de los derechos de los afectados por el SIDA.

Cuando se disponía a hacerle otra pregunta, Richard le sugirió que le acompañase hacia fuera de la sala pues tenía un compromiso. Algo en la expresión de Richard le indicó que sus asuntos pendientes tocaban su corazón. Quiso excusarse y no hacerle más preguntas.

–Siento haber cuestionado la absoluta confidencialidad, señor Dunne. Y lamento si he herido su sensibilidad.

–No tiene por qué sentirlo, Aimsa. Tiene su parte de razón.

Cuando ya se iban a despedir y Aimsa hacia su saludo indio, Richard le dijo:

–¿Tiene tiempo? Me gustaría compartir con usted algo más allá de las palabras.

–Aimsa dudó. Estaba acostumbrada a las insinuaciones interesadas de los hombres, pero de este hombre activista homosexual no sabía que esperar.

–De acuerdo.

Siguieron su camino por San Francisco. A unos dos bloques tomaron un tranvía que subió unas empinadas calles y llegaron al barrio de «La Misió». Allí entraron en una casa típica de San Francisco, de madera, pintada de amarillo. En el ático entraron en un apartamento.

–Aimsa, yo no voy a hablar más. No debiera. Le voy a presentar a Marc. Él le contara su historia:

–Marc, te presento a Aimsa. Quisiera oír tu historia. Puede ayudarnos.

Aimsa miró a Richard inquisitoriamente, aunque estaba de acuerdo en su aventurada aseveración.

Marc estaba en una cama en el salón. Aunque su cuerpo estaba tapado, se notaba su extrema delgadez. En la cara tenía varias manchas de color rojo y los pómulos salientes. Tenía una mirada cansada, vidriosa, pero mostró un brillo de alegría en su mirada al ver a aquella bella hindú acercarse a él y sentarse en una silla a su lado.

–Hola Marc, me llamo Aimsa. Soy de la India, trabajo en Berkeley, investigo sobre el derecho a la salud y sus abusos.

–Encantado Aimsa. Ya ves mi situación. Tengo el SIDA y muero con él. Escondido de una sociedad que me acusa de haber buscado mi destino fatal.

–Cuéntame tu historia, Marc. Yo sí quiero escucharte. Creo que te entenderé bien.

Aimsa llevaba mucho tiempo sin pensar en su condición de intocable. Sin pensar en el barrio de leprosos que conoció en Calcuta, marginados por la sociedad y arrinconados por ella en torno a apestosas acequias donde más que lavar, ensuciaban sus muñones hacia una lenta agonía, sufriendo más la soledad que la enfermedad.

Marc le contó su historia. Había nacido en una familia acomodada de San Francisco. Su padre tenía una tienda de ropa y su madre, del estado de Nevada, trabajaba en la misma como dependienta. Eran católicos y ambos de origen irlandés. Marc creció arropado por la seguridad familiar junto a sus dos hermanos y su hermana. A los doce años fue comprobando una atracción hacia los chicos de su clase y del barrio. A la vez, se sentía fuertemente atraído por la sensibilidad de la música y la armonía del ballet y por las formas delicadas de tratarse, de comunicarse y de sentir el contacto físico. El no notaba nada, le salía de forma natural. Un amigo de clase, Robert, le solía decir que dejase de parecer un «marica», que lo avergonzaba frente a sus amigos. Le llevaba a hacer travesuras, a increpar a las chicas, a espiar tras las cortinas de la casa de una prostituta del barrio, a mirar clandestinamente antiguos playboys que encontraban entre la basura, y a mostrarse bruscos y fuertes jugando al futbol americano, adulados por las *cheer leaderss*. Marc no podía sentir el mínimo interés por aquello y se fue aislando del grupo.

A los catorce años su tendencia era tan fuerte que no pudo reprimir acariciar el pelo de un chico que estaba sentado a su lado en la clase. Al principio aquel chico se ruborizó, pero poco después, atizado por las burlas de sus amigos, reaccionó con agresividad hacia Marc. El maestro también increpó a Marc por su insinuación y atrevimiento y el caso llegó a oídos de sus padres. Su madre reaccionó de forma más moderada, restándole importancia a un simple gesto de afecto y sensibilidad. Pero en su padre desató gran agresividad. Le llegó a decir que si se hacía marica lo mataba. Le llevó a psicólogos y centros de cura de «desviaciones sexuales» donde le mostraban imágenes y contaban historias grotescas y trágicas de la homosexualidad y la asociaban con el pecado y la inmoralidad.

Marc reprimió su tendencia natural y llegó a sentir asco de sí mismo. Vivía con la sensación de pecador y de escoria social, e intentaba ducharse con agua helada cuando sentía cualquier atracción por un chico, incluso viendo imágenes en revistas o en el cine. Veía revistas eróticas de mujeres para buscar su atracción por las mujeres e incluso su padre, lo cual escandalizaba a su madre, le llevó a ver películas porno y a los dieciséis años le llevó a visitar a aquella prostituta del barrio que sus amigos espiaban tras de las cortinas. Le pagó cincuenta dólares y le dejó con ella durante una hora. Marc no sólo no sintió nada sino ante la insistencia de ella sintió náuseas y salió corriendo de aquel lugar.

Se sintió tan desesperado que esa noche no volvió a casa. Su padre sonreía satisfecho ante la preocupación de su madre. Marc caminó hasta el Golden Gate y empezó a escalar por uno de los cables de acero pensando en acabar con su vida y sus instintos inmorales. Estuvo rememorando su vida e inevitablemente fue pensando en toda la belleza de existir, en el deseo ahogado de amar de tantas personas, en la armonía de la música y la danza y como hacían vibrar al corazón. Pensaba en todo ello encaramado entre los cables de acero, cuando comenzó a amanecer tras las montañas de Berkeley. El brillo del sol rojizo bañó todo de oro. Marc se sintió absorto en tanta belleza y vio lo absurdo de su acto.

Volvió a su casa. Era domingo y sus padres habían ido a la misa. Él se metió en su cuarto y les escribió una carta. Hizo su equipaje y salió de su casa. Sabía de un centro de apoyo a la homosexualidad en el otro lado de la ciudad donde esperaba que le acogieran.

Le recibieron con comprensión y afecto. Intentaron mediar con su familia, pero nunca hubo respuesta. Dejó los estudios y empezó a trabajar en una droguería. Conoció a varios hombres en el centro de acogida ante los que sintió atracción física, y tuvo sus primeras experiencias sexuales. Se había reprimido tanto tiempo que explotó de pasión en cada encuentro. Vivía un tiempo con cada uno de ellos o incluso alternaba casas. La promiscuidad de muchos de ellos hacía que ese transitar entre las camas y hogares, se acoplase a sus vidas. Marc se sentía liberado pero no feliz. Las relaciones físicas estaban a menudo desprovistas de humanidad y muy lejos de lo que él esperaba sentir por el amor. Empezó después a

acudir a clases de baile y canto. Allí conoció a Richard, otro estudiante de baile. Fueron sintiendo una fuerte atracción mutua pero diferente a las demás. Hubo pudor y una extrema sensibilidad en el acercamiento mutuo. Se miraron durante varias semanas, se empezaron a sonreír después. Pasado un mes se abrazaron en los vestuarios de la academia de baile.

Comenzó así, cuando tenía 18 años y Richard veinte, una profunda historia de amor. Profundizaron en la música y compusieron juntos. Marc escribía poesía y Richard hacia dibujos para aquellos poemas. Viajaron por el mundo y descubrieron lugares y culturas, lucharon por los derechos de los gays y escribieron artículos sobre los derechos civiles de la comunidad gay, trabajando con Bob Ross, del *Bay Area Reporter*, y a través de toda América con el líder Marc Segal.

Un año atrás, Marc empezó a sentir nauseas, fiebre y debilidad. Nadie supo que tenía. Poco después empezó a sentir tos seca y dificultad para respirar. Acudieron a una docena de médicos, algunos les daban medicamentos ineficaces, los más honestos les decían que no sabían de qué se trataba. Así llegaron al hospital general de San Francisco. Les recibió en su consulta el especialista de enfermedades infecciosas, el Dr. Gottlieb. Por entonces Marc estaba muy débil y fue ingresado. Le hicieron pruebas para averiguar que tenía en sus pulmones. Por entonces le aparecieron manchas rojo oscuras en la cara y la espalda. El Dr. Gottlieb había visto otros siete enfermos con los síntomas de Marc, todos ellos homosexuales.

Descubrieron un inusual parásito-hongo en sus pulmones que precisaba de un tratamiento muy agresivo. Mejoró algo, pero comenzó a tener unas diarreas intratables. Ante la llamada desesperada de Richard a los padres de Marc, su madre se reencontró con Marc quince años después y estuvo cogida de su mano varias noches en el hospital rezando a su Dios. El Dr. Gottlieb le preguntó a Marc si había tenido relaciones con alguien de Haití. Marc recordó que entre sus primeros contactos había un hombre haitiano que limpiaba la casa de acogida gay y con el que mantuvo relaciones durante un corto periodo de tiempo.

Cuando su situación se hizo crítica, Richard, tras hablar con los médicos, decidió llevarle a la casa donde vivían. Allí, donde ahora Aimsa escuchaba su historia, empezaron a recibir facturas medicas altísimas que el seguro médico rehusaba pagar alegando «comportamientos de riesgo no declarado». También comenzaron a ver como la cuota del seguro de vida y la hipoteca aumentó por motivos de «reevaluación de riesgo». ¿Cómo sabían los bancos de su situación?

Aun viviendo en quizás la ciudad más liberal del mundo en tolerancia de la homosexualidad, recibían a menudo rechazo en ciertos círculos sociales. Ese rechazo fue aumentando y la gente llegaba a taparse la boca y la nariz con pañuelos cuando Marc paseaba por su barrio. El párroco de la Iglesia le negó la entrada cuando un día intento ir a rezar, y los servicios sociales del Salvation Army le negaron ayuda aduciendo que la enfermedad afectaba a inocentes hemofílicos infectados por la sangre de las conductas inmorales de gays y drogadictos. Pero

incluso niños hemofílicos infectados fueron expulsados de las escuelas y el Presidente Reagan fue complaciente con aquellas actitudes basadas en prejuicios y sumidas en la crueldad.

–Esa es mi historia Aimsa. Ahora sólo me toca morir rodeado del amor de Richard y desear que este sufrimiento no afecte a muchas más personas en el mundo.

Aimsa abrigaba otros temores, pero aún no sabía que treinta años después, sesenta millones de personas se habrían infectado en todo el mundo y veinticinco millones habrían muerto.

Aimsa le contó su historia de estigma y marginación como intocable en la India y su lucha por la vida y por el bien en el mundo. Le intentó animar con esperanza ante la vida, y sobre todo nunca dejar de amar, su verdadera conexión con la eternidad.

En muestra de afecto y en contra de todos los prejuicios. Le dio un abrazo profundo y prolongado. Los dos se emocionaron. Cuando cruzaron sus miradas, Aimsa vio la belleza y valentía de Marc y le besó los labios. Era la primera vez que Aimsa ofrecía la suavidad de sus labios a una persona. Fue fugaz pero concentró en unos segundos la unión de dos parias de la sociedad que creían en el amor y no tenían miedo a nada. Ni a la muerte.

Al volver a su barco-casa en la marina de Berkeley, Aimsa escribió un documento y lo envió a la secretaría del primer congreso internacional de SIDA, que se celebraría pronto en la ciudad de Atlanta. Su documento se titulaba: «los derechos humanos y el SIDA». Con sus ahorros consiguió pagarse el viaje y acudir a aquel congreso con otras dos mil personas venidas de todos los Estados Unidos y muchos países, en especial de Europa. Allí atendió a una conferencia de un médico de Harvard llamado Jonathan Mann. Había trabajado en hospitales y con los centros de control de enfermedad (CDC) de aquella ciudad, Atlanta, y había animado la celebración de aquel congreso y el inicio de la asociación mundial contra el SIDA. Poco después lanzaría el programa mundial del SIDA desde la Organización Mundial de la Salud.

Aimsa, como de costumbre, se acercó al Dr. Mann después de su charla y le preguntó:

–Dr. Mann. Me llamo Aimsa Kamble. Investigo los derechos humanos y el SIDA desde Berkeley. Le quisiera preguntar si la confidencialidad de los tests puede mantener el miedo ante la enfermedad, unos a ser marginados, otros a ser infectados, y así propagarla exponencialmente.

–Tiene razón. Pero los miedos sólo se desbloquearán luchando contra el estigma y protegiendo a las víctimas. Prefiero el precio de infecciones silentes que el de marginación y dolor. Pero tiene usted razón, reflexionaré sobre ello.

–Otra pregunta, Dr. Mann: he escuchado sus temores expresados en su presentación, por la magnitud del problema en África. ¿Qué se sabe sobre la extensión y expansión real del problema?

Mann le confesó que abrigaba los peores temores pero que aún sus métodos clínicos y la poca precisión de los tests no les permitían saber. En ese momento se le acercó un hombre alto, delgado, rubio y con un rostro huesudo pero de mirada entrañable, y le pidió al Dr. Mann que le acompañase. Una compañera de Berkeley que también acudía a la conferencia le dijo que era el Dr. Mailer, director de la Organización Mundial de la Salud e impulsor de la conferencia de Alma-Ata siete años atrás. Aimsa había estudiado con fascinación la energía, ilusión y ética de los principios de Alma-Ata. El mundo parecía estar en buenas manos con personas como aquellas. Pero ¿cómo invadiría el SIDA el mundo paralizado por prejuicios e intereses?

XXVIII

UNAS PLANTAS PARA UN VIRUS

BULAWAYO, 1985

LA PEQUEÑA THANDIWE ya tenía cinco años y empezó ir a la escuela más cercana. Estaba a seis kilómetros. Iba andando con sus amigas. En invierno iba corriendo, o cuando llegaba tarde. NoLwasi la veía salir con su uniforme azul oscuro bien planchado y sus cuadernos bien cuidados. Había encontrado en el cuidado para Thandiwe un caudal para su corazón, pleno de ternura. Necesitaba ese mundo de afecto sin enfermedades por medio o comunicación profunda, pero distante, con los espíritus. Llevaba cinco años atormentada por las tragedias de la enfermedad que se extendía por todo Matabeleland y sus recuerdos de las muertes en debilidad y dolor, del mundo oscuro de Soweto. Todo le ahogaba su corazón, sediento de alegría, sonrisas, caricias y afecto. Tenía ya treinta años y aunque descubría un océano de afecto y ternura enredada con la maravillosa inocencia de Thandiwe, sentía a menudo la falta de un abrazo en su intimidad, de una mano amiga en los paseos por el bosque, de alguien a quien confiar su fuerza y también sus temores, su valentía y también su debilidad. Todas las mujeres de su edad tenían ya familia, aunque los maridos de muchas estaban en Soweto. Ella desconfiaba de los hombres deshonestos. Y los hombres la temían por su mítico poder sanador y por cómo se comunicaba con el mundo de los *amakhosis*.

Llevaba años practicando con una *Mbira* que le hizo su padre Themba. La utilizaba en sus meditaciones. Desde su altar sagrado de rocas, árboles, cortezas, esquemas mágicos y hierbas sanadoras. Ante el maravilloso horizonte de Matopos. Salían de su alma a través de sus manos sobre el metal y la madera unas armonías profundas como el alma de NoLwasi. Tan profundas que se diría que no eran del todo de aquel mundo.

Se celebraban las primeras elecciones casi democráticas en el país. Una parte de los miembros del parlamento serían blancos. Una parte desproporcionada a su población. Esa injusticia iría desapareciendo pero muchas la consideraban como

un insulto, tras tantos años de guerra de liberación. Seguían las disputas entre el tío de su madre y el presidente electo. Pero convivían repartiéndose el poder y las intrigas. NoLwasi desconfiaba de todos ellos. A pesar de todo, NoLwasi veía con orgullo a su pequeña Thandiwe, su hija adoptiva, su mayor fuente de ternura, de ir a la escuela, cantar Nkosi Sikelela al empezar las clases, apuntar con cuidada caligrafía las letras, hacer con esmero las operaciones matemáticas y estudiar la historia reciente de su país orgullosamente liberado. También sentía un orgullo sereno al ver a los maestros de la escuela pública y las enfermeras del centro de salud llevar con dignidad su único uniforme, cantar el himno al empezar el trabajo, rezar sus oraciones, estudiar sus pocos y gastados libros y esmerarse por su servicio público a un pueblo ilusionado con su libertad.

NoLwasi siguió viendo pacientes con la terrible enfermedad. Eran más de la mitad de las personas que venían a pedirle consejo. Las demás venían con diferentes problemas de algo que ella veía como nudos en su vínculo sagrado e invisible con los *amakhosi*, o en relaciones con sus familiares, amigos o vecinos bloqueadas y generando fuerzas negativas que ahogaban sus fuentes de vida que ella sentía al oír latir el corazón o sentir sus brisas internas que escuchaba con atención al oír sus pulmones respirar. También veía a niños con diarreas y en contra de lo que muchos *nyangas* interpretaban como infidelidades de sus madres, ella sabía bien que era por aguas sucias y preparaba mezclas de agua, lima y unas cenizas de una mezcla de una corteza y rallada con unas piedras .

Enseñaba a las madres a darles de beber poco a poco a los pequeños y seguía de cerca su recuperación. En los pocos meses de lluvias, NoLwasi sabía que empezaban a ser frecuentes unas fiebres que transmitían con el agua el calor acumulado de la tierra seca y los meses áridos. Era la llamada de la tierra a los kalanga para cuidar mejor de ella y evitar incendios y talas salvajes de árboles y ramas. En sus esquemas mágicos encontraba la guía para el símbolo de la fiebre en sus cortezas. Toda una enciclopedia del saber trascendental. La verdadera sabiduría. La del alma en conexión con el universo. Preparaba unas infusiones de las hierbas de unos arbustos (artemisia) que crecían a la sombra de unas rocas de su mágico *kopje*. Fue aprendiendo a sacarles las semillas y plantarlas en zonas adecuadas, para estar bien abastecida. Curaba las fiebres y devolvían la armonía para la tierra, con los consejos de NoLwasi de respetar más el ciclo de la vida y no arañar en exceso sus entrañas ni cortar los troncos vivos. Trataba cientos de tipos de molestias con su visión mágica que le hacía intuir bloqueos con la armonía del mundo natural, humano y de los espíritus. Todos la respetaban.

Aprendió también a tratar muchas de las dolencias que acompañaban a la enfermedad-que-no-se-cura. Una mezcla más intensa de lima, cenizas y agua mejoraba las diarreas, unos vahos con raíces de mopanes mejoraban¡ las toses, las infusiones de un tipo de té rojo mejoraba los picores y granos que les salían en la piel a la vez que las aliviaba con jugos de aloe, utilizaba corteza de sauce para el

dolor, garras del diablo para las fiebres, los vómitos y los dolores musculares, hinojo cuando veía que se bloqueaba la orina, mezclas con ajos y la leche de cabra fermentada para curar las manchas blancas que se pegaban a la boca, la lengua y las zonas íntimas. Para cada molestia encontraba un signo, una relación mágica con un mensaje de armonía o conflicto, un tratamiento en sus jeroglíficos del *kopje*, y, sobre todo, una ternura inmensa hacia aquellos enfermos que, a pesar de sus cuidados, iban perdiendo poco a poco la energía de la vida.

Un atardecer pensaba en el origen del vínculo sagrado con la familia, mancillado en Soweto y transmitido a las mujeres y madres de forma tan injusta. Se dio cuenta entonces que su mano estaba manchada por el carbón de una pequeña hoguera que había encendido. Se había apoyado en una corteza y al levantarla, había dejado una imagen que, mezclada con las marcas naturales del árbol, mostraba dos líneas. Una era más larga que la otra y las unía una línea menor. NoLwasi pensó que el dibujo espontáneo simbolizaba el acto sexual. Encima de esa imagen se habían formado unas manchas negras como nubes de tormenta. Debajo de las líneas, podía contar una sucesión de unas siete manchas naturales negras que guiaban hacia una zona redondeada y pálida. Otras trazas de carbón parecían guiar a algo debajo de esa gran burbuja blanca. Era una imagen que encajaba con muchas posiciones de las tabas que recordaba, pero nunca comprendió, en su lenguaje sagrado con el saber ancestral.

Vio a unos cien metros de su *kopje* una piedra redonda de una forma parecida a aquel dibujo mágico. Fue caminando y encontró a su paso otras siete grandes rocas. Al llegar se agacho y miró en el hueco que dejaba por debajo una hendidura de la piedra. Allí había unas plantas de hojas finas en racimo parecidas a las jacarandas y una flor roja como en forma de una bolsa roja. Quizás parecido al órgano masculino. Recordaba haberla visto alguna vez a Masora usarlas y a otros *nyangas* llamarla «*unwele*».

La imagen del acto sexual le hablaba de algo lógico que ella había pensado muchas veces desde lo que comprobó en Soweto. Tímidamente, la única radio del pueblo también empezaba a reconocer la amenaza de la enfermedad y su relación con relaciones múltiples. La Iglesia, que dominaba por sus misiones los mensajes en la escuela, el hospital y la radio desde la diócesis de Bulawayo, aconsejaba no tener relaciones fuera del matrimonio, ni antes, ni durante, ni incluso después de viudas. Pero NoLwasi pensaba que muchas de esas mujeres que veía apagarse poco a poco, no habían tenido otras relaciones, cuidaban de los hijos, del campo, y esperaban fielmente a que sus maridos con vida doble y oscura en Soweto vinieran a transmitirles el mal. La Iglesia estaba condenando a estas personas a la muerte.

Pero ahora sobre todo estaba intrigada por esta planta a la que los mensajes mágicos la habían apuntado. Por la consistencia, olor y forma de la planta, intuyó que su fuerza estaba en las hojas secas. Preparó raspaduras de las hojas y las mez-

cló con cenizas rojas y jugo de lima y papaya. Según iba encontrando la mezcla y observando las reacciones, sabía, de forma intuitiva, los mejores aliados de esa extraña planta. Empezó a tratar a un enfermo que tenía los síntomas de la plaga. Fue comprobando que después de dos semanas de tratamiento mejoraba la diarrea, el dolor, la tos, las manchas blancas y, sobre todo, empezaba a ganar peso y a recuperar fuerzas.

Durante los meses siguientes trató a otras dos mujeres de igual manera y vio los mismos resultados. Seguían algo débiles, pero muy aliviadas. Habían recuperado energía de vivir y trabajaban en los campos y con sus hijos. Aprendió a cultivar aquella planta y vio que crecía por esquejes. Fue haciendo pequeñas plantaciones debajo de las rocas, donde encontraba condiciones parecidas de sombra y tierra no reseca.

Decidió que tenía que ir a hablar con otros *nyangas*. Podían estudiar mejor esa planta y curar la terrible enfermedad. La asociación de *nyangas* de Zimbabue, ZINATHA, tenía unas oficinas en Bulawayo. Nunca había ido aquella ciudad ndebele. Fue en uno de los autobuses de ruedas gigantes que transitaban en larguísimos y lentos recorridos por los pueblos, atestados de gentes, animales y pertenencias. Al llegar a Bulawayo, se dirigió a las oficinas de ZINATHA, que ya por entonces asociaba a dos mil *nyangas* en todo el país. Ella pensaba que muchos eran oportunistas y no tenían el linaje, la conexión espiritual o simplemente la dedicación al bien de los demás. Muchos se enriquecían de ello. NoLwasi temía que su hallazgo fuese mal utilizado y para el provecho de sólo unos pocos. En la oficina le aconsejaron que escribiese una carta al presidente, un shona de Masvingo llamado Chivunduka. Insistió en hablar con alguien que estuviera buscando remedios para la plaga incurable y ante su insistencia, un hombre de pelo canoso y mirada sabía que estaba sentado al lado leyendo un libro, le dijo:

Salibonani mama (te vemos, madre.)

Salibonani, Baba (te vemos padre

–¿Qué desea, Umama wami?

–Quisiera saber que está haciendo ZINATHA para luchar contra la plaga incurable.

–No mucho, me temo. Todavía el gobierno niega su importancia, y muchos *nyangas* la asocian a los blancos o al agua.

–¿Pero el gobierno dice que se transmite por el acto sexual?

–Así es. Ya han averiguado muchas cosas en América de cómo se transmite y cómo se previene.

–¿Porqué ZINATHA no hace nada por ello? Nuestros jóvenes están muriendo. Dentro de poco no quedaran jóvenes en los pueblos.

–Le invito a comer *sadza* y a hablar de ello. ¿Acepta?

El hombre parecía sabio y respetuoso. NoLwasi aceptó.

En una cantina cercana, en el suburbio de pequeñas casas de maderas y zinc de Makokoba, se sentaron a comer *sadza* con *chomolia* y a hablar de aquella plaga. NoLwasi descubrió que aquel sabio *nyanga* llamado Ñazema, sabía mucho desde su interior del tormento que ahogaba la armonía con los espíritus, pero también escuchaba el conocimiento de otros. Le contó las historias de una forma perecida de la enfermedad en un lugar lejano llamado San Francisco y cómo unos blancos habían visto un pequeñísimo animal, imposible de ver con los ojos, y que se transmitía entre las personas cuando dormían juntas o cuando pasaban la sangre de unos a otros. Había leído también que ese animal al que llamaban virus, vivía normalmente en monos pero que experimentos de los blancos con las vacunas en África, lo esparcieron por el continente. Le habló de lo importante que era que las personas que podían tener ese virus en su cuerpo no durmieran con otras o lo hicieran poniéndose algo que llamaba preservativo. NoLwasi nunca había oído hablar de ello. Ñazema llevaba varios y le enseñó uno y como se usaba. NoLwasi miraba asombrada.

NoLwasi le explicó sus esfuerzos en cuidar de muchos enfermos que habían ido muriendo, y de sus descubrimientos en Soweto. Le contó también su hallazgo sobre la planta que parecía ayudar. Había traído algunas plantas y una mezcla de las que utilizaba para tratar la enfermedad. Ñazema lo miró con interés. Le dijo que él vivía en Harare y tenía un laboratorio donde podía ver que hacía que unas plantas pudieran curar y el cuidado que se debía tener con algunas para no causar daños. Ñazema la miró gravemente a NoLwasi y le dijo:

–NoLwasi, mama wami, esta enfermedad puede acabar con nuestro pueblo. Tus esfuerzos en Soweto y aquí son generosos, nobles y valientes. Yo había oído hablar de tu abuela, Masora. Y veo que su fuerza está en ti. Hoy en día hay muchos aprovechados que sólo quieren sacar dinero. No difundas tu saber de momento, pues lo podrían utilizar mal o sólo para ganar dinero. Si es bueno queremos que llegue a todos los que la necesitan. Te prometo que te ayudaré.

–Gracias Ñazema.

–Quiero verte dentro de un mes aquí, en esta cantina. Te diré lo que he averiguado de la planta. Prometo que a nadie diré nada. Tampoco lo digas tú. Sigue tratando a tus enfermos y me dices que ves. Ah, y pasa por las oficinas de una organización llamada «Consejo de SIDA de Matabeleland» y pide preservativos para llevar a tu pueblo. Te los darán sin cobrar. Sería bueno que empieces a convencer a quienes no saben si pueden estar infectado, que los usen, mientras encontramos un remedio para esta terrible plaga. Pronto también tendremos una forma de saber quién tiene ese virus en su sangre. El mes que viene te contaré más cosas. *Amandhla*.

–*Amandhla*, respondió NoLwasi.

XXIX

JONAY LLEGA A SU DESTINO

San José, Matabeleland, 1986

Jonay convocó en torno a una hoguera en El Cabrito a sus padres, a sus abuelos de Hermigüa, a Tomás, a Fernando, a Kadiatu, a Lisy y a algunos amigos de la isla. Invitó también a Yolanda pero ella prefirió no sufrir y poner distancia. Vinieron algunos compañeros de carrera de La Laguna, algunas compañeras de Kadiatu de Gara, médicos de la isla, pescadores amigos de Tomás y algunas amigas del instituto de Lisy, ya integrada totalmente y hasta experta en los silbos gomeros. Comieron potaje de berros que trajeron de los saltos de agua de Hermigüa sus abuelos, con gofio canario de Tenerife que él había traído de La Laguna, almogrote preparado por Umbela y vino que Fernando había traído de Valle Gran Rey. Tomás había aportado cazones para asar, pero Jonay le pidió que los guardara para otra ocasión. A él le daban mucha pena, ya comía casi siempre vegetariano y sufría con el sufrimiento animal.

Tras charla fraternal, Jonay tomo la palabra y fue mirando a cada una de esas personas que estaban tan infiltradas en el fondo de su alma:

Familia querida, amigos del alma:

Gracias por venir hasta este rincón mágico. Aquí naufrago mi padre, hace casi treinta años y gracias a un hombro dislocado y una brecha en la frente, conoció a mi madre. De su amor vine yo a la vida y he seguido siendo testigo de ese amor entre ellos, hacia mí y hacia el mundo, toda mi vida. Desde estas playas, buceando y nadando con mi padre, pescando con Tomás, reuniéndonos en momentos importantes para celebrar la vida, acogiendo a viajeros y aventureros, oyendo las historias de África de Fernando, yendo al rescate de Kadiatu y Lisy, miraba muchos amaneceres al horizonte que me llamaba con fuerza. Fui entendiendo esa llamada oyendo las historias de Fernando de otros mundos donde somos de alguna forma más necesa-

rios, de las historias de mis padres navegando por el mundo, de mi vocación con los enfermos allá donde reina el Teide. De lo que Kadiatu me contaba. De lo que yo, en el fondo de mi alma, sentía.

Y así, la vida ahora me lleva lejos de aquí, pero llevaré siempre a mi isla y a mi gente en el corazón. No os olvidaré porque os tendré a cada paso conmigo. Aunque las cartas tarden o la vida nos ofrezca retos distintos, siempre estaréis conmigo. Y yo, dejo parte de mi corazón en esta isla y en cada uno de vosotros.

Después de su despedida se abrazó a cada uno con emoción. Llegando por último a su madre. Ese abrazo duró una vida entera. Los dos emocionados, no podían hablar. Umbela sólo alcanzó a decir:

–Jonay, hijo, estoy orgullosa de ti. Pensaré en ti cada día, meditaré mandándote lo mejor de mí.

Su padre, John, le dio su armónica, bromeando que se iba a comprar otra mejor, aunque Jonay sabía que su padre no daba la armónica que le acompañó tantos años por tantos lugares, «por comprarse otra mejor». Su madre le dio un jersey de punto azul con dos rayas en las mangas: roja por la unión a la familia, a su sangre y blanca por la luz blanca de la paz espiritual que Jonay llevaba dentro y que estaba destinada alumbrar en el universo. Fernando le entregó el manuscrito de los cincuenta consejos del hermano Ricardo. Tomás le regaló una linterna que le había acompañado cientos de veces en su pequeña barca pesquera.

Jonay fue apaciguando la noche tocando la melodía de la lista de Schindler, su preferida, al violín. Luego todos sentados en torno al fuego bajo las estrellas y el mar plateado por la luna. Cantaron al ritmo de la guitarra de Fernando y la armónica de John. La última canción, que quedó clavada en el corazón de Jonay, fue en catalán, «Un nuvol blanc». Las olas de la vida.

Voló a Madrid, luego a Johannesburgo y luego a Bulawayo. Al llegar al pequeño aeropuerto colonial, vio en la antigua sala de llegadas al padre Patxi y a su hermano Juan Mari. Patxi tenía ya 47 años, el pelo bastante cano, la piel curtida del sol del Kalahari, una mirada limpia y alegre. Vestía una camiseta blanca, un pantalón vaquero y unas sandalias. Juan Mari ya tenía 56 años, era un hombre fuerte, con pelo largo y barba poblada canosa, una mirada severa pero que se derretía al sonreír. Se abrazó a ellos. Había llegado el momento anhelado desde hacía dos años.

–¿Has tardado, eh? Te esperamos con mucha ilusión, Jonay.

–Hubiera venido hace mucho Patxi. Ya sabes los papeleos una y otra vez con el colegio de médicos de Harare y con el Ministerio del Interior en Madrid. Burocracia. ¡Pero ya estoy aquí! ¡Este es uno de los días más felices de mi vida!

–Bueno, vamos hacia la misión, llevamos dos días en Bulawayo para una reunión del equipo provincial de salud y ya estoy harto de ciudad y de palabras.

–¡Me muero de ganas de llegar ya! ¿Y qué tal tú, Juan Mari? ¿Llegaste hace poco, no?

–Sí, hace sólo un mes. Estoy muy contento. Esto es otro mundo. Aquí hay problemas de verdad. Allá al Norte a menudo nos los inventamos.

Durante el camino Patxi fue contándole a Jonay la situación política tras las elecciones, la sequía, la pobreza en San José, y la extraña enfermedad que a todos les estaba angustiando. La mucha gente que estaba muriendo.

–Sí, la he estado estudiando, Patxi. La OMS (Organización Mundial de la Salud) acaba de cambiar los criterios para diagnosticarla. Y parece que pronto habrá un test para confirmarla. Pero aún no hay tratamiento. ¿Hay muchos casos?

–Muchos. Y seguro que muchos más que no vemos. Y mucho dolor, Jonay, gente joven, huérfanos, abuelos que los adoptan casi sin nada que darles, ni esperanza. Es muy triste. Y la Iglesia…

–De esa pasa, Patxi, son unos sinvergüenzas en sus palacios de poder – dijo Juan Mari.

–¿Qué les pasa? –preguntó Jonay.

–Que no quieren que promovamos el uso del preservativo. Lo único que de momento puede protegerles, en especial a las mujeres. Muchos hombres viven y trabajan en Soweto y vienen infectados, o muertos. Bueno, ¡pero no te voy a desanimar el primer día! Te esperan todos en la misión con los brazos abiertos.

–Soy muy feliz, Patxi.

Esas palabras quedaron flotando en el aire. Iban los tres sentados en el asiento corrido del pick up, con la bañera llena de sacos de harina, cemento y utensilios que Juan Mari había conseguido para hacer arreglos en la misión mientras Patxi hablaba en la reunión de salud. Atravesaron Bulawayo. Los suburbios pobres del norte, el gran hospital de negros de Impilo (vida), el centro de la ciudad, la plaza del parque, el ayuntamiento, se fueron adentrando en Hillside y enfilaron hacia Kezi. Jonay miraba asombrado un mundo diferente, de más color y luz, coches muy antiguos y cuidados, gentes de vestir sencillo y caminar parsimonioso, acacias africanas gigantes, inmensas jacarandas aún sin flor y una tierra muy roja, quizás reflejando el sufrimiento de un pueblo que tras una cruel guerra contra los racistas y luego entre hermanos, ahora se hundía en la epidemia más trágica que había visto nunca la humanidad. Atravesaron después las mágicas rocas de Matopos y Patxi paró ante una que él llamaba «la madona» por su gigante forma de madre con un niño en brazos. Cruzaron algunos babuinos, gallinas de Guinea facocheros e impalas, y vieron búfalos y jirafas a lo lejos. Jonay miraba fascinado el mundo con el que había soñado tantos años.

Llegaron a la misión de San José. Era medio día. Los últimos cincuenta kilómetros habían sido de pistas de tierra plenas de baches. La mitad de la carretera tenía postes de madera, Patxi le explicó que estaban esforzándose en toda la

comunidad para hacer llegar la electricidad. Sólo les faltaban quince kilómetros, equivalente a cuatrocientos cincuenta postes. Ponían dos al día. Ocho meses con suerte. Fueron pasando al lado de k*raal*. formados por chozas de barro con dibujos triangulares zulús y tejados de paja seca trenzada, vallas rudimentarias de madera para guardar las cabras, campos intercalados de mijo y de maíz, algunos huertos de hortalizas, y gente por el camino que saludaba. Los niños saludaban efusivos, las mujeres con pañuelos a la cabeza y niños a la espalda hacían leves gestos de sonrisa y saludo. Los mayores se inclinaban juntando sus manos y aplaudiendo una palma con un dorso. Jonay estaba emocionado. Aunque también abrumado por la responsabilidad que se avecinaba.

La misión era un grupo de casas bajas esparcidas en una llanura de tierra lisa y seca. La bordeaban algunas casas, tiendas y almacenes, las pocas que no eran de barro y paja de toda la zona. Una vieja y pequeña Iglesia de ladrillos oscuros estaba en el centro. Otra Iglesia más grande y moderna estaba a la izquierda. A la derecha había una casa con un porche que Patxi explicó era de unas monjas que hacía tiempo habían dejado la misión y la utilizaban como hogar de chicos que estudiaban en la escuela y venían de lejos o eran huérfanos. Al fondo a la izquierda había otra casa de cemento y tejado de uralita, con un amplio porche. Era la casa donde vivían Patxi, Juan Mari, los aspirantes a seminaristas Patrick y James, y el pequeño Joseph, que saludaba efusivamente y corría alrededor del pick–up. Jonay vio a la derecha la larga nave del consultorio y salas de ingresados, y un pequeño edificio enfrente con las letras «theatre».

Comieron todos juntos, su primera *sadza* y *chomolia*. Patxi bendijo la mesa y dio la bienvenida a Jonay. Jonay saco regalos para todos: figuras de la isla de La Gomera, latas de almogrote, chocolate casi derretido, unos llaveros de Tenerife y un avión de juguete para el pequeño Joseph. Después de comer, Juan Mari fue a caminar por los pueblos. Pasaba horas y horas caminando.

Patxi fue con Jonay a enseñarle el dispensario. Al llegar les recibió una enfermera a la que le presentó: se llamaba Rose y le saludó muy contenta. Había algunos enfermos esperando a la consulta. Primero le enseñó la farmacia, con viejos armarios de madera y medicina ordenadas por orden alfabético, un peso, una nevera de queroseno y varias estanterías y cajas de sueros. Le explicó que el gobierno tenía un sistema muy bueno llamado EDLIZ , con medicamentos genéricos protocolos por cada nivel de asistencia y una guía de información. Le dijo que ahora que había llegado quizás promocionasen la misión de centro de salud a hospital de distrito. Le había traído una de la reunión provincial y se la entregó: sintió palpitar su corazón cuando vio escrito «Dr. Jonay Harris».

Jonay empezó a sentir el peso de las expectativas sobre él, un joven médico que apenas tenía experiencia, aunque una ilusión inmensa. Pasaron a la consulta, con una humilde mesa de madera, dos sillas, una camilla de exploración y dos vitrinas en las que pudo ver fonendoscopios, esfigmomanómetros, colposcopios,

oto y oftalmoscopio, un tonómetro ocular, cajas de curas y suturas y vendas blandas y otras para escayola. Todo muy antiguo pero muy bien cuidado y guardado. El suelo, se fijó, era de cemento, muy antiguo y agrietado, pero pulido y brillante. Sintió estar en un lugar venerable que invitaba a hablar susurrando.

Pasaron a la sala de partos, con la camilla obstétrica, una cuna con una lámpara que colgaba encima y un armario donde adivinó las ventosas, los fórceps, tubos de aspiración manual para los recién nacidos, sueros. Poco más. Paso después a la sala de los ingresados. Era una habitación amplia y alargada, con unas quince camas. Había siete enfermos ingresados. Patxi les saludó.

–¡*Salibonani*!

Respondieron igual.

–¡*Liya Dokotela lapha! ¡Dokotela Jonay*!

Les saludó igual y repitió instintivamente el gesto que estaban haciendo con sus manos en taza y aplaudiendo palma a dorso. Era un gesto que estaba lleno de respeto, lo sentía en sus miradas. Jonay sintió que no podía actuar con naturalidad y disimular su emoción ante tanto respeto, en un lugar tan sencillo y hermoso, ante el reto soñado que le esperaba. Pasaron al patio y al pequeño edificio donde rezaba el cartel que vio al llegar: «theatre». Había muchas cajas dentro y una camilla de quirófano, una lámpara, varias vitrinas y mesas de acero. Todo lleno de polvo.

–¿Le darás vida? Preguntó Patxi.

–Si sé transmitir un poco de la inmensa ilusión y alegría que tengo de estar aquí, este va a ser el hospital con más ilusión y ternura de Zimbabue. Y espero ir mejorando día a día en todo. Ten paciencia conmigo. Necesito tu guía y tu ayuda en muchas cosas.

–Claro, Jonay. Poco a poco. Bienvenido a casa.

XXX

LOS BUITRES DE LA HUMANIDAD

MATABELELAND, 1986

JUAN MARI LLEVABA tres meses en San José. Había ido aprendiendo ndebele pues el aspirante a seminarista, Patrick le daba clases todas las tardes después de comer. Siempre le gustó mucho andar por el monte vasco y aunque no había en San José ni montes ni montañas, sino una sabana seca con aisladas acacias, le gustaba ir a pasear largas caminatas y a hablar con gentes de los *kraal*, que le fueron tomando cariño. Era para todos *ubudi Sindisabantu* (el hermano del que quiere a la gente, por Patxi) pero fue adquiriendo su propia identidad y le empezaron a llamar *hambakatsana* (el que anda lejos) y todos terminaron por llamarle Haka. Paseaba al amanecer y sabía dónde podía ver a las gacelas saltar por la sabana a esa hora. Luego volvía a la misión y desayunaba con Patxi, Patrick, James, Jonay y el pequeño Joseph. Eran como una familia, muy unidos por acoger en la misión a pacientes, familias, a huérfanos, por mantener las escuelas, los talleres, los grupos de mujeres y las redes de jóvenes...

Juan Mari, quien siempre renegó de la religión, se emocionaba en las misas de los domingos. Duraban hasta cuatro horas. Empezaban con grupos de chicos, chicas, madres, los mayores y los jóvenes que aún no se habían ido o ya habían vuelto de Egoli. Todos charlaban, hacían oraciones, elegían un líder del grupo, un secretario, decían sus oraciones, hablaban de sus andanzas de la semana, de sus preocupaciones y de ideas que proponer a la comunidad.

En la Iglesia, redonda y con el tejado de uralita medio caído, todos se reunían en círculo, rezaban, cantaban en sus profundos cantos zulú. Juan Mari sentía emoción de ver tanta unión desde tanta humildad. Aquellos cantos ndebele le hacían vibrar el corazón. Se emocionaba a menudo, como si hubiese reprimido durante muchos años las lágrimas de la emoción, el bálsamo de la ansiedad existencial. Esa era una autentica comunidad, compartían lo que tenían, trabajaban juntos poste a poste por traer la electricidad, por ahuyentar a los elefantes cuando

invadían sus cultivos, por acompañarse en la enfermedad o en la muerte o por defenderse de los ataques de la quinta brigada, que ya no les habían vuelto a acosar. Había también disputas, envidias y egoísmos como en todo grupo humano, pero predominaba un espíritu de unión. Patrick le relató a Juan Mari como Patxi les defendió de la quinta brigada y el respeto a *Sindisabantu* en toda la zona. Juan Mari sentía una profunda admiración por su hermano pequeño y reflexionaba qué le hizo haber estado tanto tiempo preso de una banda encadenada a su propio odio.

Por las tardes, Juan Mari iba a recoger a Joseph a la escuela y le llevaba sentado sobre sus hombros a caminar por los k*raal*. y hasta un kopje desde donde podían ver a lo lejos siluetas de jirafas y manadas de búfalos. Un día, corriendo entre las acacias, un pincho duro como un puñal, de acacia seca del Kalahari, le hizo una profunda cicatriz debajo del ojo, y Jonay le suturó con todo cuidado. Fue su primer paciente en el recién inaugurado quirófano con ceremonia de misa y bendición de *nyangas*, cánticos ndebele y ofrenda a los amakhosis. Joseph le decía al tío Haka donde estaban sus amigos de la escuela y les iban a visitar. Haka, siempre rodeado de niños, de naturaleza, y de tareas en la misión, recuperó la sonrisa que hacía tanto tiempo llevaba ahogada por el odio. Un día fueron a ver a un amigo de Joseph. Le había dicho a Haka que hacía más de una semana que no venía al colegio y le preocupaba si estaría enfermo. Cuando llegaron, comprobaron cómo, al igual que en muchos k*raal*. de la zona, dos ancianos débiles y consumidos por el sol y el trabajo, cuidaban de muchos niños, huérfanos de padres a quienes les había matado la enfermedad incurable. Saludaron ceremoniosamente y le sacaron un taburete ndebele a Haka. La anciana, según la tradición, se sentó más baja, en una estera, y el anciano, en otro taburete.

–*Salibonani Gogo, Mkhulu*. (Te vemos, abuela, abuelo).

–*Salibonani Baba* (Te vemos, Padre).

Después de la ceremonia de preguntar por los campos, las lluvias, las plagas y la cosecha, Haka les preguntó por el amigo de Joseph. Notó que sentían algo de vergüenza al decirle que lo habían entregado a unos amigos de su difunto hijo, quien, como tantos, había vuelto de Egoli en una caja de madera. Haka insistió en saber dónde estaba y con quienes se había ido. Los ancianos, con una mirada triste como un océano de lágrimas, le dijeron que cuando trajeron a su hijo de Sudáfrica, el chófer del pick up donde venía el ataúd, les dijo que habían gastado mucho dinero en el transporte. Un mes después volvió el chófer con dos personas más para preguntarles si podían pagar su deuda.

También les dijeron que en recuerdo de su hermano, podían llevarse a algunos de sus hijos para darles buena educación en Sudáfrica. Ambas propuestas estaban relacionadas. Algunas familias en situaciones límite, en la tradición ndebele, entregaban a sus hijas para servidumbre, las prometían en matrimonio con sus acreedores o dejaban que se llevasen a sus hijos para trabajar los campos. Pero

en este caso eran extraños, clamando una deuda dudosa y ofreciendo una educación de la cual nada sabían aquellos ancianos para los que, tras ver la agonía de sus hijos, la vida había perdido todo sentido. Le describieron a las personas, como decían llamarse, el tipo de coche y poco más.

En el siguiente mes, Haka supo de cuatro casos iguales. Eran dos niños y dos niñas de entre nueve y once años. Y nadie sabía dónde podían estar. Aquel pickup y esos hombres de gafas oscuras supuestamente samaritanos de niños desvalidos habían desaparecido. Juan Mari se lo relató a Patxi con honda preocupación. Patxi le contó que evitó que se llevaran a Joseph de esa manera dos años antes.

Juan Mari –Haka ya para todos, hasta para su hermano–, se fue con el pick-up de la misión a Bulawayo. Aprovechó que necesitaban harina y cajas de medicamentos y sueros para el dispensario y se ofreció a ir él. Patrick, con quien había ido tramando amistad, le acompañó. Fueron primero a la biblioteca pública. Haka se había aficionado a leer todas las novelas que encontraba del prolífico Wilbur Smith. Pasaron luego por la catedral a por el correo. Vio de lejos a aquel obispo retrogrado que amenazaba a su hermano por tener sensibilidad y compasión con la gente. Se cruzaron miradas desafiantes. Le mandó llamar. Haka le hubiera dado «un corte de mangas», pero ya había aprendido cual era el poder de un obispo en África. Se acercó y le saludó fríamente. Acostumbrado el obispo a que le besaran el anillo, esa insolencia de aquel barbudo vasco, le desconcertaba.

–Haka, dígale a su hermano que necesito un informe de sus preparativos para colaborar en el recibimiento a Su Santidad. Llega dentro de un mes a Harare. Espero que haya organizado la peregrinación de feligreses de su parroquia y estén rezando rosarios por él, como le indiqué. Aquí tiene una carta de recordatorio de las instrucciones para todas las misiones. Es quizás el mes más importante para la Iglesia en la historia de este país.

Haka le hubiera dicho que estaban ocupados ayudando a la gente, poniendo los postes eléctricos, cuidando de los campos y de los enfermos, y promoviendo el uso del preservativo, para perder el tiempo en agasajar a un viejo que vivía en el lujo y el poder, la antítesis del mensaje de Jesús. Pero se reprimió. Le podía costar caro a su hermano y a todos en la misión.

–Sí señor, se lo diré y le daré la carta. Aunque está muy ocupado ayudando a los pobres y los enfermos.

No pudo evitar decir eso. Se fue con un sentimiento de náuseas. No entendía el voto de obediencia de su hermano. Bueno, ni el de castidad. Y pensando en ello se dio cuenta de que Haka ya tenía cincuenta y seis años, seguía soltero, y llevaba cuatro años sin un sólo beso o caricias de una mujer.

Fueron luego a por la harina a un almacén. Antes de volver a la misión le dijo a Patrick que quería parar en una oficina de una organización. Había oído hablar de ella en la radio. Se llamaba Amani Trust. Le había preguntado a Patxi y

sabía que trabajaba con la comisión católica para la paz y la justicia, que dirigía el Padre Pius, valiente y humano, muy diferente al obispo. Prefería tratar esas extrañas desapariciones de niños fuera de la Iglesia para que no le cayesen a su hermano más críticas e incluso veladas amenazas de no concentrarse en evangelizar a sus fieles. Entró en la casa de Hillcrest donde tenía Amani Trust sus oficinas. Esperó en una pequeña sala de espera leyendo su informe anual: torturas a disidentes ndebele, palizas policiales a supuestos homosexuales, derechos mínimos en las cárceles abusados, enfermos de SIDA marginados y sus hijos expulsados de las escuelas. Vino a recibirle una mujer de unos cuarenta años, pelirroja, bastante delgada, con una mirada tierna y a la vez decidida que parecían clavar con suavidad pero profundamente y sin temor sus ojos verdes. A Haka le pareció una mujer muy bella y sospechaba mucha valentía en su mirada y en su trabajo.

–Buenos días, me llamo Helen Gray. Soy la directora de Amani Trust, ¿qué puedo hacer por usted?

–Buenos días, me llamo Haka Beloki. Vivo en la misión de San José, cerca de Kezi. Quisiera hablar con usted de unos casos que me preocupan. ¿Podríamos hablar en privado?

Había una recepcionista y la puerta estaba medio abierta, Haka empezaba a sospechar algo grave de las desapariciones de niños. Pasaron al despacho de Helen, un cuarto sencillo con una mesa de madera, dos sillas y varias estanterías. Lucían varios posters de Amnistía Internacional y *Human Rights Watch*, y uno de una organización sobre el SIDA que denunciaba la negación (*denial*) del gobierno.

–Gracias por recibirme sin haberle pedido cita. No tenemos teléfono en San José. Por cierto, ¿de dónde es usted?

–No hay problema. Soy de Manchester. Dígame que le preocupa.

Haka le explicó las desapariciones de los niños. Para entonces había recorrido con Patrick unos ochenta k*raal*. preguntando por la ofertas de los sudafricanos de gafas oscuras: habían visitado veinte de ellos y se habían llevado a un total de diez niños de seis k*raal*. Eran niños y niñas, de ocho a trece años. Todos eran huérfanos del SIDA y estaban al cuidado de sus ancianos abuelos. Se los habían llevado unos sudafricanos en un pick–up blanco. Les habían ofrecido dinero en cuatro casos a los ancianos quienes vivían cuidando de sus nietos huérfanos y al límite de sus fuerzas. En otros casos zanjaron con la entrega de los niños deudas familiares, incluidas las relacionadas con el transporte del cadáver de sus hijos desde Egoli. En todos los casos les dijeron que tendrían educación en Egoli y volverían al año siguiente con un futuro por delante.

–¿Y qué le hace a usted sospechar que no es cierto?

–Helen, no hay ningún signo de una organización que haga eso, no piden ninguna autorización firmada, esos niños se van sin documentación, sin pasaporte, nadie sabe a dónde van.

–Es extraño, sí. Y ya tenemos tres denuncias como la suya. Una mujer *nyanga* nos visitó hace poco tiempo preocupada por algo parecido. Venía de otra parte de Builila-Mangwe. Las otras son del distrito de Bubi y del de Gwanda. Ellos nos han informado de cinco niños en cada caso.

–Posiblemente hay muchos más que no se dicen por vergüenza o ignorancia.

–Quizás.

–¿Qué podemos hacer?

–El gobierno de Zimbabue no nos va ayudar. Estamos enfrentados a él por la abuso de derechos humanos. Y si vienen las denuncias de desapariciones de pueblos ndebele, no las atenderán. Quién sabe si incluso el ejército no está implicado. Voy a hablar con una organización con la que colaboramos en Johannesburgo y con Amnistía Internacional. Mientras tanto ¿Podría hacer una encuesta más amplia y así podemos identificar más casos y estimar con más precisión que puede estar pasando?

–Lo haré. Por cierto, aunque llevo tiempo sin ejercer, soy abogado, y quisiera colaborar en la defensa de los derechos humanos.

–¡Estupendo! De momento si quiere, como voluntario, podría colaborar en este caso y hablar con los otros distritos de casos parecidos.

–Estaré aquí a esta hora el próximo miércoles. Creo que es mejor que nadie sepa nada de esto, de momento, en especial periodistas. ¿Me puede dar los nombres de las personas y direcciones de contacto en Gwanda y en Bubi? ¿Y de esa mujer *nyanga* que comenta?

A su vuelta cruzando Matopos pensó en cada uno de esos pequeños, en donde estarían, en la tristeza de haber visto apagarse a sus padres, de haber sido llevados lejos de sus abuelos. ¿Dónde estarían?

Hacía mucho tiempo, quizás nunca, que Juan Mari no había sentido tan fuerte una misión en su vida. Ni unos ojos verdes tan profundos.

XXXI

UN DESAFÍO PARA LA VALENTÍA

MATABELEAND, 1986

DESPUÉS DE SU encuentro con Ñazema en Bulawayo, NoLwasi fue al Consejo de SIDA de Matabeleland y les preguntó si podía llevar preservativos a su pueblo y promocionar su uso. Una recepcionista le recibió y le preguntó sus datos. Al decirle que era *nyanga* se quedó sorprendida y le dijo que esperara. Entró en un cuarto y salió a los pocos minutos con una mujer que llevaba fuego en su mirada pero a la vez transmitía enorme pureza.

–Salinbonani Mama wami.

–Salibonani.

–Me llamo Anwele, soy la directora del Consejo de SIDA de Matabeleland. Mi compañera me dice que usted es *nyanga* y que quiere repartir preservativos en su comunidad. ¿Es así?

–Me llamo NoLwasi. Aún no sé lo suficiente de esta enfermedad pero me han aconsejado que promueva el uso de preservativos, aunque no se como se usan.

–Es usted muy valiente. Llevamos mucho tiempo intentando convencer a ZINATHA de la necesidad de promover el uso del preservativo pero siguen bloqueados en prejuicios de si es una enfermedad introducida por los blancos, o por el agua, o en todo caso por hacer males de ojo para la infidelidad.

–Y mientras tanto mueren muchos jóvenes –dijo NoLwasi, mientras se empezaba a sentir en sintonía con Anwele.

–Y muchos más se están infectando silenciosamente, NoLwasi. Es importante ser valiente y empezar a hablar de la enfermedad, del riesgo de tener relaciones sexuales sin saber si alguno en la pareja ha tenido alguna otra relación y puede estar infectado.

–¿Y cómo se puede saber eso, Anwele? La gente nunca habla de ello por vergüenza.

–La única forma es hacerse el test. He conseguido que me den mil tests de los que el gobierno está usando para detectar la infección en las transfusiones de sangre. Vamos a empezar a animar a la gente a hacerse el test y a actuar responsablemente.

–¿Y puede ese «test» decir si uno está infectado? ¿Cómo lo hace?

–Sé que en vuestra medicina tradicional las enfermedades se entienden y se estudian de otra manera, pero créeme, aún con algunos errores, este test detecta si el cuerpo está infectado y reaccionando contra el «virus» la causa de la enfermedad.

–Si, ya me han contado. Un compañero de Harare, Ñazema, esta leyendo conocimientos de otros países lejanos donde están luchando contra la enfermedad.

–Ahora te entiendo, Ñazema es un buen amigo. Muy valiente.

–¿Y que puedo hacer yo, Anwele? Te diré que estoy descubriendo algunas formas de ayudar a las personas con la enfermedad. Pero siempre acaban consumiéndose y muriendo. También he ido a Soweto y he visto el mundo oscuro del cual nuestros jóvenes traen el horrible mal.

En ese momento vio que Anwele fijaba su mirada aún con mayor profundidad, que una fuerza de ternura rodeaba su mirada y que sus ojos se humedecían de emoción.

–NoLwasi. Yo soy una de esas mujeres, el padre de mis hijos me trajo la infección de Egoli. Me he hecho a mi misma el test. Estoy infectada. Aún estoy sana, y voy a hablar de ello de forma valiente. Sueño con un futuro en que las personas se hagan el test, los enfermos desvelen su situación sin vergüenza, con dignidad y con honestidad, y animen a los demás a hacerlo. Y las personas no infectadas les ayuden. Entre todos, unidos, no sólo acabaremos con la infección, sino que conseguiremos sobrevivir a ella. Estoy segura.

–Eres muy valiente. Cuenta conmigo, Anwele. Ya tienes una amiga *nyanga*. ¿Puedes enseñarme cómo funciona el preservativo? ¿Y como empezar a promover su uso? ¿Podríamos hacer también ese test en el pueblo?, ¿y en otros de la zona?

–Estupendo, NoLwasi. Somos ya hermanas en esta lucha.

Anwele le enseñó cómo se usaba el preservativo. Le dio un modelo de pene de madera para enseñar a usarlo. Le dijo que no se avergonzara por el pudor que suponía hablar de las relaciones íntimas y de forma tan clara con el objeto de madera. Que hiciera bromas también para ganar confianza. Era cuestión de vida o muerte para muchos jóvenes. Le dijo que vendría a su pueblo a ayudarla y vería si se podían traer los test al pueblo por si hubiera gente que quisiera hacerlo. Le dijo también que sería importante animar a los hospitales de misión de Brunapeg y de San José a hacerlo.

NoLwasi le dijo que lo empezaría a hacer, que visitaría Brunapeg y que volvería al mes siguiente, con Ñazema, para contarle como iba todo.

NoLwasi volvió a Sansukwi con una caja de doscientos preservativos y el modelo de pene de madera. También tenía que avanzar en conocer los remedios para aliviar la enfermedad. Sobre todo la planta que había encontrado y que Ñazema estaba estudiando en Harare. Otras dos mujeres y un hombre vinieron a consultarle mostrando síntomas de la enfermedad.

Empezó por hablar con su padre, Themba, ahora Induna (jefe) del pueblo. Le explicó lo que se sabía de la enfermedad en las relaciones de infidelidad y que la forma de evitar que la enfermedad se siguiera extendiendo era usar aquel plástico que traía de Bulawayo. Le dijo también que pronto tendrían como saber, por una prueba en la sangre, quien estaba infectado, y así ayudarle y ayudarse unos aotros. Le dijo que era una terrible enfermedad que se aliaba con el miedo y el rencor, pero que se destruiría con la valentía y la ternura. El amor entre unos y otros, sincero, honesto.

Themba era reacio a promover algo tan vergonzoso como un plástico inventado por los blancos, en algo tan íntimo y a la vez tan sagrado como las relaciones que traían la vida. Pero confiaba tanto en su hija, que aceptó llamar no sólo al pueblo sino, a través de otros Indunas, a varios pueblos de la zona, y hacer que la escucharan.

Mientras se acercaba el día de la gran reunión, NoLwasi atendió a los enfermos y les siguió administrando la planta con la forma que había descubierto de prepararla.

También utilizaba aloe vera, ajos, ginseng y otras plantas que conocía con otros nombres y entendía como fuerzas para equilibrar la armonía. Sin embargo, empezó a ver que aunque aliviaba algo los síntomas, no podía para la horrible fuerza destructora de la enfermedad. Incluso los enfermos que habían empezado a mejorar con su tratamiento hacía unos meses, recaían.

Antes de la reunión de los pueblos, decidió ir al hospital de la misión de Brunapeg. Tenía mucho recelo de ir a lugares dominados por blancos. Más al norte, en otra hacienda al norte regida por blancos mucho más racistas y crueles, trataban a los k*alanga*. y ndebele con humillación y violencia. Aquella hacienda era conocida como Tchabulaya (donde les mataban), pues se supo de varios casos, antes de la liberación e independencia del país, en que los blancos mataron a latigazos a trabajadores rebeldes. Aún muchos de los ancianos que habían trabajado en esa y en cientos de haciendas racistas del país, saludaban a los blancos mirando al suelo, agachándose, ofreciendo sumisión con un saludo en cuenco de sus manos y diciendo «Baas». . NoLwasi sentía rabia profunda cuando veía esa actitud. Y a la vez una profunda ternura por aquellos ancianos que habían sufrido tanto a lo largo de sus vidas.

Pero su padre Themba le dijo que en Brunapeg trataban con respeto a los negros. Le dio una carta para una monja llamada Sister Johanna, a quien había visto una vez en una reunión en Indunas con una prima, también monja en Brunapeg, llamada Mónica. Le dijo que era una buena persona, lo sentía en su

mirada, y que seguro podría hablar con sinceridad y confianza con ella. Sabía que la gente del pueblo visitaba algunas veces Brunapeg para tratamientos y que habían ayudado a veces con partos difíciles que terminaban saliendo por un corte en el vientre. Había oído también que tenían una maquina que miraba el interior de los cuerpos, y muchas medicinas de multitud de colores, que ayudaban en muchos síntomas. Sin embargo, los mundos de la medicina de los *nyangas* y la medicina de los blancos, vivían de espaldas y con recelo mutuo.

Llegó en un «scotch car» de paisanos de su pueblo que iban hacia Botswana. Ella sabía que hacían contrabando de jabones, ropa, relojes y otras cosas que eran más baratas en Francistown. No decía nada porque no creía en la fronteras. Pero tampoco en la forma de vida basada en comprar y vender. A menudo cosas extrañas de usos absurdos.

Al llegar a Brunapeg comprobó que se trataba de edificios alargados con tejados de placas de zinc, porches con suelos de cemento pulido y pasillos entre los edificios cubiertos para protegerse de las lluvias. Había cientos de personas alrededor de las consultas, esperando en el mostrador de la farmacia, sentados por todos los pasillos esperando a ser vistos o cuidando de familiares. Le pareció un lugar de paz. Preguntó a una enfermera por la hermana Johanna y fue indicada hacia un pequeño edificio a la derecha con un cartel de «administración». Llamó a la puerta, preguntó por ella a una mujer que escribía algo a máquina. A los pocos minutos salió la hermana Johanna a recibirla. Vestía un hábito y cofia bancos, tenía una mirada azul muy limpia y aunque rasgos sobrios en su rostro, una sonrisa plena de ternura.

–Salibonani Sister Johanna

–Salibonani mama.

–Me llamo NoLwasi, soy *nyanga* de Sanzukwi. Me gustaría hablar un momento con usted. Mi padre, Themba, Induna en Sanzukwi, amigo de Sister Monica, me dijo que si usted tenía un poco de tiempo, me sabría escuchar.

A la hermana Johanna le pareció hermosa la expresión de «saber escuchar», desde luego un saber que a menudo se despreciaba.

–Si me espera media hora, le invito a comer en el convento.

–Muchas gracias. De acuerdo, esperaré.

Al esperar fuera, vio que en frente de un edificio muy sencillo, había varias hogueras con ollas cocinando *sadza*, cuerdas de las que tendían ropas y varias mujeres trabajando y otras sentadas hablando. No le habría llamado tanto la atención si no fuera por el hecho de que todas estaban embarazadas. Al quedarse mirando, notó que una de ellas la saludaba.

–NoLwasi, ¡Mama wami!

Reconoció a una mujer del pueblo, de nombre Bongile (gracias).

–Bongile, ¿Linjani? (¿Como estás?)

Se acercó a aquel edificio. Bongile le explicó que era un lugar donde venían las mujeres poco antes de dar a luz, sobre todo si temían que el parto iba a ser difícil. Lo hacían porque así serian atendidas en el hospital, y podrían salvar sus vidas mediante el corte en el vientre si fuera necesario. Además estaban así una semana o diez días de reposo, con consultas por las enfermeras, comiendo, descansando y sin trabajar en los campos. Era una forma también de conocer a mujeres de otros lugares de «Mat South» y ayudarse entre ellas. NoLwasi pensó que era una idea buena aunque temía que ello enojara a los espíritus por nacer fuera de la tradición en los k*raal*. y con la ayuda de las parteras tradicionales, sabias de otra manera. Le contó a Bongile que estaba intentando saber más de la enfermedad incurable.

Cuando la Hermana Johanna salió de su trabajo fueron caminando juntas a través del hospital. Dieron una vuelta así Johanna pudo enseñarle a NoLwasi toda aquella pequeña ciudad. A la derecha había pabellones alargados de aulas para las enfermeras, más allá había unas diez pequeñas casas de trabajadores del hospital que vivían allí.

Mientras caminaban, Johanna le fue explicando a NoLwasi que el fundador de su orden, llamada Marianhill para los religiosos y «hermanas de la Sangre sagrada» para las religiosas, había sido fundada por el Padre Pfanner, un campesino austriaco del siglo XIX con vocación de misionero y quien se dedicó con mucha compasión a los enfermos, en parte por haber padecido fuertes neumonías y meningitis él mismo. Se inspiró mucho en la vida de los trapenses, que Johanna explicó a NoLwasi, eran religiosos que vivían muy sencillos, en silencio casi siempre, dedicados a la meditación y al trabajo en el campo. Rehabilitó un antiguo monasterio trapense en Francia abandonado por estar rodeado de aires insanos («malaria» y aguas «palustres» (paludismo), que hacían enfermar a la población. Plantó cientos de eucaliptos y transformó el lugar en un sitio saludable donde renació la actividad trapense. Luego trabajó en un lugar llamado Bosnia desde donde fue a Sudáfrica y fundó la misión de Marianhill, implicándose más y más en luchar contra el racismo y a favor de los pobres.

NoLwasi escuchaba en silencio y siguiendo las palabras y explicaciones de Johanna con su mirada, en el silencio tan valioso como lo sentían aquellos extraños blancos religiosos venidos de otro mundo.

Siguieron hacia el poniente y otros edificios correspondían a la lavandería, los talleres y las cocinas. Enfrente de la cocina había un enorme cilindro de metal. Johanna le explicó que era la energía con la que cocinaban: de las suciedades de las letrinas y de la granja que luego verían, se hacia un gas que levantaba ese cilindro y utilizaban para los fuegos de la cocina. NoLwasi quedó sorprendida y no sabía si pensar si aquello era tan maravilloso como pensaba en ese momento o peligroso por temores que no entendía.

Siguieron hacia el extremo poniente donde había una granja con unas diez vacas y más allá unos corrales con cerdos y un enorme gallinero. De allí, le explicó Johanna, sacaban el poso de la leche fermentada (*sourmilk*) y algo de proteínas para la dieta de los enfermos. A los lados de la misión había huertos con hortalizas, sobre todo chomolias, brócolis, acelgas, tomates, y plantaciones de maíz. Siguieron hacia el sur y atravesaron los pabellones de enfermos, de hombres, de mujeres, de las salas de maternidad, de los niños, y un pabellón especial para una enfermedad que se llamaba tuberculosis y que según Johanna le explicó a NoLwasi, agujereaba los pulmones. Le señaló en el extremo levante, cerca de la entrada a la misión, los edificios de la farmacia, los rayos–X (esa máquina que le habían dicho veía por dentro.), y la casa del médico, rodeada por los tres pinos, los arboles más altos de todo Matabeleland South. Se fijó a lo lejos que en aquellos pinos anidaban cientos de pájaros tejedores. Sintió que aquella colonia de tejedores tenía algo que decirle.

Llegaron al convento, y detrás se adivinaba un enorme edificio en forma de medio huevo, con una gran cruz, indudablemente era la Iglesia.

Johanna le presentó a otras religiosas que trabajaban en el hospital y a dos sacerdotes de origen de la India, que eran los párrocos de la misión. También estaba sentado a la mesa el médico de la misión, el Dr. Ndlovu, un hombre algo obeso, muy sonriente y con una mirada inteligente. Johanna presentó a NoLwasi como *nyanga* de Sanzukwi y pudo comprobar en sus reacciones cierta sorpresa y un velado rechazo. En especial en los sacerdotes indios.

Durante la comida, NoLwasi explicó su experiencia con los enfermos de SIDA, su viaje a Soweto, sus experiencias con los tratamientos con plantas, su alianza con Ñazema y con Anwele, la necesidad de promover que se usara el preservativo para evitar que se extendiera el sufrimiento y la posibilidad de que pronto se pudieran hacer los test y luchar mejor contra la plaga, sin miedo y con amor.

Los sacerdotes y algunas monjas reaccionaron con rechazo. El rechazo de las monjas era escandalizado, como si hubiesen oído blasfemias. El de los sacerdotes era aún peor: reaccionaron con desprecio, como disculpando su afrenta por su ignorancia. Se fueron levantando de la mesa al acabar de comer y despidiéndose cortésmente pero claramente indicando que no les agradaría verla otra vez por ese rincón habitado de personas santas e iluminadas por lo divino. Johanna y el Dr. Ndlovu se quedaron pensativos. Johanna sólo dijo que el obispo no permitiría esas actividades. El Dr. Ndlovu le dijo a NoLwasi que tenía toda la razón, que era muy valiente y que tenían que hacer algo.. No podían seguir actuando con miedo y simplemente predicando abstinencia.

–Sister, Doctor. Muchas de las jóvenes que he visto enfermar y morir, no han tenido otra relación con nadie que no sea su marido. ¿De qué les vale la abstinencia?

Johanna le dijo que lo hablaría en el obispado. Le habló de un sacerdote que estaba luchando contra las normas de la Iglesia y promoviendo el uso del preservativo en su misión. Le dijo que era una persona muy buena y muy querida por todos. Le llamaban Sindisabantu. NoLwasi había oído hablar de él. Recordó que Teya, en su última visita a Sanzukwi antes de morir, le habló de aquel blanco de gran corazón.

El doctor Ndlovu le dijo que habían hablado de ello en el Comité de Salud de Matabeleland y que el mismo le había escrito una carta al obispo y había pedido test al Ministerio para empezar a hacerlos en Brunapeg. Quería comenzar por las mujeres embarazadas del lugar que ella había visto. Le habló de la reunión que iban a tener en el pueblo, pero el Doctor Ndlovu, con miedo de perder su empleo pagado por el obispo, le dijo que no podría acudir. No obstante, quedaron en volver a hablar de los test y los tratamientos cuando ella volviera de su próxima visita a Bulawayo.

NoLwasi volvió a Sanzukwi. Necesitaba meditar y encontrar armonía y fuerzas para luchar contra aquella plaga. Estaba encontrando claros aliados y claras fuerzas negativas que seguían rodeando la plaga de miedo y perpetuando sufrimiento de tantos hermanos y hermanas.

XXXII

JONAY VUELA EN SU SUEÑO

MATABELELAND, 1986

JONAY COMENZÓ A trabajar con entusiasmo en San José. Patxi le ofreció trasladarse a la antigua Iglesia de ladrillo, un pequeño edificio de unos seis metros de largo y tres de ancho, con un sencillo porche. Allí podría estar más independiente, estudiar y recibir las llamadas de urgencias. Patxi también lo hizo por si Jonay necesitaba intimidad en sus relaciones, aunque disfrutaba mucho de las tertulias con él. Jonay aceptó pero si podía seguir viniendo a desayunar y almorzar con Patxi –Sindisabantu–, el pequeño Joseph y Juan Mari–Haka–. Los aspirantes a seminaristas ya habían ido a la diócesis en Bulawayo y Patxi sintió que les enviaba a un lugar oscuro. Prefirió no animar a más jóvenes a ese camino.

–No puedes: ¡debes! Sellaron el pacto con un gran abrazo.

Jonay pasó la primera semana pasando consulta, ordenando la farmacia de medicamentos y repasando protocolos de tratamientos del «EDLIZ» con la enfermera, Rose.

Rose pasaba las consultas más generales, hacía las curas, daba los medicamentos y ponía las inyecciones. En poco tiempo habían ido construyendo una gran confianza profesional y personal entre los dos. Rose tenía dos hijos en Bulawayo, a cargo de su marido, mecánico en la ciudad, y sus padres, en los suburbios de Mkokoba. Antes de la llegada de Jonay, sólo podía irse un fin de semana al mes, cuando una enfermera de Bulawayo o de Brunapeg, la podía sustituir. A veces ni eso. Era la situación de la mayoría de los médicos y enfermeras de Zimbabue que trabajaban en zonas rurales, y por ello había muchas vacantes sin cubrir. Jonay insistió en que fuese todos los viernes, hasta el lunes, a estar con su familia. Ella estaba emocionada de agradecimiento.

Pasaba la visita a los pocos enfermos ingresados antes de la consulta y un?rato más detenido por la tarde. Antes, comía con su «familia «de San José, y hacia tertulia en su incipiente ndebele con Haka y uno de los profesores de la escuela.

Después ordenaba y limpiaba con esmero cada pieza del instrumental de cirugía y de anestesia que estaban acumulados procedentes de donativos, en el edificio medio caído del «theatre» quirófano). Haka había traído de Bulawayo planchas de uralita, vigas de madera, clavos y cemento para ir arreglando aquella caseta, de apenas ocho metros de largo por cuatro de ancho, pero donde Jonay estaba seguro que ocurrirían «milagros». Luego iba a correr en el atardecer, algunos días con Haka, por los campos de acacias. Al volver, se daba una ducha en el artilugio que Patxi había diseñado afuera de su casa y estudiaba.

Dedicaba unas dos horas al día al estudio. La primera era de casos que había visto ese día. La segunda era siguiendo un esquema de repaso de enfermedades, temas de salud pública y de técnicas de laboratorio y de ecografía. Estaba escribiendo un proyecto para poner un laboratorio y una sala de ecografía. Se había traído los cincuenta consejos del hermano Ricardo, varios libros de medicina tropical y un manual de un tal John Gray . Se lo había dado Fernando diciéndole que era un manual apreciado por los médicos internacionalistas cubanos que trabajaban en los hospitales más remotos y con pocos medios. Eran 800 páginas de información y trucos para hacer medicina humana y aprovechar lo mejor posible los recursos limitados. Sentía una extraña conexión con aquel alma gemela que escribio ese manual, que ya siempre llevaba en el bolsillo. También leía los libros de Maurice King sobre cirugía, trauma y anestesia en los distritos rurales, de Monica Cheesbrough sobre laboratorio tropical, el Manson de medicina tropical y los libros de David Morley sobre pediatría tropical.

Tenía unas diez consultas diarias. Veía casos de diarreas severas en niños, algunas precisaban ingresar y sueros intravenosos durante un día o dos. Fue mejorando en poner sueros en niños con venas casi invisibles por la extrema deshidratación y a veces por las noches, con sólo la luz de la lámpara de queroseno.

Aún no habían llegado las lluvias pero veía algún caso de malaria. Veía también muchos problemas respiratorios en niños y mayores: neumonías, asma, tuberculosis en adultos. En muchos de ellos sospechaba SIDA. Detectó también una meningitis en la primera semana e hizo la punción lumbar que a simple vista mostraba el liquido amarillento por el pus de la infección. Observaba también muchos problemas cutáneos: sarna, exantemas diversos, tiñas, quemaduras, úlceras tropicales y de Buruli (un tipo de tuberculosis), impétigo y otras infecciones.

Vio algunos casos con lesiones típicas del SIDA, sarcomas de Kaposi, candidiasis mucosas y exantemas puntiformes. Tal y como se dedicaba en La Laguna, auscultaba con devoción el ritmo de los corazones y sabía detectar e interpretar los tonos y soplos. Fue viendo insuficiencias cardiacas, problemas valvulares, algunas fiebres reumáticas afectando a las válvulas, pericarditis por tuberculosis. Vio varios casos de malnutrición severa en la primera semana y pensó en crear una sala de rehabilitación nutricional. Detectó también, para su asombro pues pensa-

ba era una enfermedad occidental, mucha hipertensión y otras sus consecuencias vasculares.

También asistió a varias crisis epilépticas de pacientes que no tenían tratamiento. Palpaba el abdomen con toda atención y vio muchos hígados aumentados de tamaño por hepatitis crónicas y cirrosis, y bazos gigantes por malaria crónica y por la enfermedad del sueño, unida a ganglios dolorosos en el cuello. Sospechaba muchos casos de anemia, otra razón urgente para escribir su proyecto del laboratorio.

Atendía tambien los seguimientos rutinarios de mujeres embarazadas y niños menores de cinco años, para sus controles de salud, de peso y para las vacunaciones. Tenía veneración y gran respeto por la magia delicada del embarazo. Y sentía que necesitaba con urgencia preparar el «theatre» para poder hacer cesáreas y no tener que referirlas tarde y con urgencia a Brunapeg, a dos horas de viaje por caminos de baches o cuatro horas en ««scotch car» (carros tirados por burros).

Su primera urgencia en esa primera semana fueron una fractura de brazo de un niño al caerse de un «scotch car». El niño tenía apenas seis años y lloraba de dolor. Su padre, muy severo, le dijo:

–*Angikalhela, ¡noma ndidle uzahamba Egoli*!

Comprobó que era un dicho común en esas situaciones y en general a los niños: «No llores o nunca podrás ir a Egoli».

Jonay pensó en la obsesión con buscar futuro en Egoli, a pesar del vínculo tan claro que existía con el SIDA, que devastaba a aquel pueblo. Jonay le animó y tranquilizo al chico en su rudimentario ndebele . Lo pudo relajar y dormir con ketamina, reducir con habilidad y poner un yeso en la posición indicada.

Otro día, le avisaron por la noche pues un hombre había venido con una picadura de escorpión negro en una pie. El hombre tenía síntomas de intoxicación grave, con dolor intenso en toda la pierna, debilidad en todo el cuerpo, salivación excesiva, dificultad para respirar y para hablar, y temblores musculares. Por los síntomas, dudó si realmente habría sido un escorpión, muy frecuente en la zona, o una mamba negra la que no pudo ver en la noche. Aplicó un torniquete y fue liberando a espacios regulares de tiempo, le puso un suero, anestésico local, antibióticos para evitar la infección y posible gangrena, y medicación para el dolor. Pasó la noche a su lado comprobando la tensión, el pulso y la respiración. No había mejorado mucho. En el desayuno le preguntó a Patxi por el suero antiveneno, que venía indicado en el «EDLIZ».

–Ya verás, Jonay, que hay muchos medicamentos que supuestamente nos provee la farmacia del ministerio pero que están agotados. Tenemos que complementar con dinero propio, donaciones o con mucha imaginación. ¿Conoces la «piedra negra»?

–No, aunque he oído algo sobre ella. ¿No es un mito de los Padres Blancos en Congo?

Patxi solía llevar un sombrero de paño, y de ala ancha. De un pequeño bolsillo en el sombrero, Patxi sacó una piedra oscura y alargada:

–Aquí está el mito. Es una madera carbonizada con unos líquidos y hierbas que unos nativos de Zaire compartieron con los Padres Blancos. Antes de venir, me las dio el padre Daniel, un buen hombre al que sustituí cuando vine, y cuya rebeldía cada vez entiendo más.

–¿Y sólo tenemos esta? ¿Dónde se compran?

–Ahí está el tema, Jonay: hay cosas, muy pocas, que han escapado al afán de compra y venta en el que el mundo vive sumergido. La piedra negra se hace de la naturaleza. Y se transmite el conocimiento una vez se sepa el buen espíritu de la persona que va a recibir ese conocimiento.

–Ojalá vayamos hacia un nuevo mundo de respeto, confianza y amor.

–Eso es, querido Jonay. Como sé bien de tu humanidad y compromiso, te voy a decir el secreto pero debes prometer por tu honor y dignidad humana, jamás utilizar este conocimiento para tu privilegio o para enriquecerte.

–Sabes que así es, Patxi. Por eso estoy aquí contigo.

–Primero ve a tratar a ese enfermo. Lava la herida producida por la serpiente, haz cortes pequeños en las huellas de la mordida hasta que salgan gotas de sangre, coloca la Piedra Negra sobre la herida hasta que quede pegada sola, trata de que el paciente se tranquilice y guarde reposo. Después de las consultas y de comer, te enseño a preparar más piedras.

Jonay siguió los consejos de Patxi, pasó consulta, y volvió a la comida, *sadza* y *chomolia*, ¡esta vez con rica salsa de cacahuetes! Antes de la tertulia en ndebele, Patxi y Jonay se quedaron en un rincón del comedor mientras Haka empezaba su clase de ndebele afuera en el porche.

–Patxi, es increíble. La piedra se ha quedado como clavada a la piel en torno a la mordedura. Luego he pasado tres horas de consulta. Al volver, el hombre me ha dicho que los síntomas se habían ido reduciendo y como bajando del cuerpo hacia la piedra.

–Así es. Y caerá cuando haya hecho su trabajo. Absorber el veneno. Si alguien nos escucha, que su bondad sea la guía del uso de este conocimiento ancestral.

Jonay escuchó con atención, y Patxi le susurró el secreto con solemnidad.

–Jonay, una vez usada la piedra, la puedes reutilizar, pero antes debes sumergirla en un vaso con leche, durante toda una noche. Tira la leche pues será toxica.

–Para hacer la piedra, necesitamos un trozo de hueso largo de las piernas traseras de un búfalo. Hay que lavarlo y frotarlo con detergente, secarlo y volver a lavarlo tres veces. Luego hay que limar bien la superficie para abrir los poros del hueso. Después, coloca carbón de leña en una plancha metálica hasta que la plancha este muy caliente y luego pon el hueso entre las tiznas durante unos veinte

minutos. Cuando los huesos estén negros y brillantes, retíralos con un alicate del taller y mételos en agua fría. Se comprueba si la piedra tiene el poder catártico necesario colocándola en la lengua y viendo que se queda pegada. Ten cuidado, ¡a mí se me quedó una vez pegada un largo rato al comprobarlo! La despegas con agua fría.

–Gracias Patxi, veré dónde puedo conseguir los huesos de búfalo.

–Otra cosa, Patxi, necesitamos hacer un pequeño laboratorio y poner un ecógrafo en la consulta. Estoy haciendo un proyecto para esas dos ideas, explicando la necesidad, cómo lo usaríamos, el bien que haría y lo que puede costar.

–Muy bien, Jonay. Dámelo cuando lo tengas y vemos de dónde sacar dinero. Mira también entre tus contactos de España si alguien puede ayudarnos.

En la semana siguiente, Jonay asistió a su primer parto en San José. Las mujeres solían dar a luz en sus casas, ayudadas por las suegras o por mujeres mayores duchas en ayudar a las parturientas. La mujer, Lalani, había estado dos días de parto en casa y tenía mucho dolor. Vio que el niño venia de nalgas y ya era tarde para cambiarle de posición. Pero que su corazón latía fuerte. Empezó a rellenar con todo detalle en una gráfica a intervalos regulares el pulso, temperatura y tensión de la madre, la frecuencia cardiaca del niño, exploró el grado de dilatación del cuello y los signos de descenso y la frecuencia de contracciones cada diez minutos. Sabía que había una alta probabilidad de que necesitara una cesárea. Debía preverlo por si se prolongaba el parto tras romper aguas y sin descender el niño, si salía un pie antes que las nalgas o si salía el cordón umbilical y quedaba aprisionado o si la frecuencia del latido empezaba a bajar. El quirófano aún no estaba listo. Si así fuera, tendrían que mandarla a Brunapeg y las dos o tres horas de distancia y baches podrían ser mortales para el niño y quizás para ella. Puso un suero de oxitocina y comprobó que el parto entraba en fase activa, dilatándose progresivamente el cuello. Rose la lavó. Jonay prefería no hacer el corte –episiotomía– que casi siempre hacían los médicos para facilitar el paso de la cabeza. Él mismo había nacido en El Cabrito, y su madre ayudaba a mujeres en el parto natural. Confiaba en la naturaleza y prefería esperar a su sabio discurrir. Tampoco quiso manipular las nalgas y piernas del niño para ayudar a su descenso pues le preocupaba que estimulase su respiración y aspirase meconio. Apoyó suave y constantemente el fondo del vientre de la madre, a la que trataba con toda la dulzura. Había insistido en que el padre, en contra de la tradición ndebele y de los médicos, estuviera con ella cogiéndole la mano, dándole amor y fuerzas. Fueron descendiendo las nalgas y al ver su ombligo tiró suavemente de las piernas desencajándolas y tiró suavemente del asa del cordón.

–¡*Uya Umfana*! (¡es un niño!)

El niño mostró hacia fuera un hombro y Jonay le ayudo a sacar el resto del brazo y luego el otro. Llegó el momento clave. Sabía que la naturaleza en estos momentos dirige. Dejó al niño colgar hacia abajo y presionó suavemente sobre

el pubis. Tuvo que asistir la salida de la cabeza con una suave tracción del fórceps. Cortó el cordón y asistió al niño, que tardó unos angustiosos segundos en respirar. Mientras tanto, Rose ayudaba al descenso de la placenta. El llanto del niño quebró la noche negra y mágica ndebele.

–¡*Amhlope*! (felicidades)

Fue así su primer parto en África.

Ayudó a Rose a limpiar todo y dejar a Lalani con su marido y el recién nacido plácidamente en la sala.

–*Lilala kuhle*. (Que descanséis bien)

Al volver esa noche a su cuarto, bajo el cielo estrellado, se fijó en la cruz del sur, y algo le dijo desde muy dentro, que su vida tenía sentido.

A la mañana siguiente se enteró por Rose que habían opuesto de nombre al niño, Sibindi-Jonay (Valiente-Jonay).

Poco a poco fue poniendo el quirófano en marcha y fue reuniéndose cada primer jueves del mes con el Dr. Ndlovu quien venía de la misión de Brunapeg para ayudar a Jonay, supervisar sus tratamientos, ver juntos algún paciente complicado y trasladar, si fuera necesario, alguno hasta Brunapeg, con medios más avanzados y la experiencia del Dr. Ndlovu. Era un buen hombre, apasionado por su trabajo, y que, como Rose antes de la llegada de Jonay, sólo podía ver a su familia un fin de semana al mes, cuando mandaban a un sustituto de la ciudad. A Jonay se le hacían cortas esas tertulias entre colegas, de las que aprendía tanto. Pensó en ir con más frecuencia a Brunapeg pero el transporte era largo y complicado.

Le extrañaba que no viniesen tantos enfermos con síntomas de SIDA como él temía, y dados los muchos funerales de gente joven a los que acudía a consolar Patxi.

Al mes de su llegada, era ya mayo de 1986, recibió carta de sus padres. Le produjo una inmensa alegría. Prefirió esperar a la noche para leerla, ¡mereciéndolo!, al final de la jornada.

Querido hijo Jonay:

Esperamos que estés muy bien, metido en el sueño que hace tanto tiempo esperabas. Sabiendo de tu felicidad el echarte de menos duele menos, y sentimos con alegría como luchas por lo que crees noble en la vida. Estamos orgullosos de ti.

Esperamos con ilusión tus cartas en las que nos cuentes cómo te va.

Nosotros estamos bien. Tu padre lleva ahora a visitantes en Satia *hasta La Palma. Yo he montado una consulta de medicina natural en la casa de El Cabrito.*

Los abuelos están bien aunque débiles ya por la edad y paso al menos un día a la semana con ellos en Hermigüa. Preguntan mucho por ti.

Quizá sabrás por la radio o si te llega algún periódico, que el mes pasado una central nuclear en Rusia, en un lugar llamado Chernóbil, sufrió un accidente y liberó al aire materiales radiactivos que estiman fueron quinientas veces mayores que los liberados por la bomba atómica de Hiroshima. El gobierno ruso evacuó a más de cien mil personas en treinta kilómetros a la redonda. Pero la radiación llega a cientos de kilómetros y ha alarmado a toda Europa.

Como consecuencia de esta catástrofe por la avaricia humana, están llegando a la Gomera docenas de familias huidas del centro de Europa, sobre todo de Alemania. Son ecologistas y gente muy sana y buena que desea empezar otra forma de vida, lejos de la industria destructora de Europa. Nosotros hemos acogido a tres familias, dos parejas sin hijos y otros tres adultos, dos mujeres y un hombre, en nuestro hogar en El Cabrito. De momento están en tiendas, pero queremos ir formando una comunidad nueva, en armonía social y con la naturaleza. Fernando ha acogido a dos familias en Arguamul. Otros amigos en Valle Gran Rey, en Alojera y los abuelos en Hermigüa, están ayudando a instalarse a otras familias.

Yo medito cada día al amanecer mirando hacia África y siento tu fuerza y la nobleza de tu entrega a los más necesitados, y te envío todo mi amor.

Tu padre te manda también su abrazo de amor,

Te queremos, cuídate, vuela en tus sueños. Y comparte,

Tu madre

Imaginó a esa comunidad de gentes buenas, sencillas y en naturaleza. Quizás como un símbolo de una nueva humanidad naciente.

XXXIII

SI HAY AMOR HAY ESPERANZA

Pretoria, 1986

Patxi meditaba en el porche al atardecer. Aún tenía el rostro teñido de la tierra roja del camino. Había ido a dos funerales de jóvenes. Vidas segadas por la epidemia del SIDA. No, por la epidemia del miedo. Tenía la carta del obispo que le había entregado su hermano sobre todos los preparativos para rendirle pleitesía al Papa. Nada sobre la urgencia de la epidemia. Sentía náuseas. En los últimos meses se había preguntado varias veces si no debiera dejar los hábitos.

No podía sentir con honestidad el voto de obediencia a un Vaticano y una jerarquía a quienes veía en el extremo opuesto a la doctrina de Jesús. Pero rendirse sería no defender la auténtica palabra y mensaje de Jesús.

Decidió dejar la misión unos días y meditar. Su hermano cuidaría de los detalles de administrarla y cuidaría de Joseph, y Jonay ya estaba sintiéndose seguro en el consultorio.

A la vuelta de su visita a Bulawayo, y siguiendo el consejo del Padre Pius, había escrito a Kevin Dowling, sacerdote de Rustenburg, cerca de Pretoria. Le había contado su preocupación con la epidemia, la evidencia que entendía existía en torno a la protección de la infección con los preservativos, y la negación del Vaticano y su obispo a ni siquiera hablar de ello. Había recibido una carta muy amable de Kevin, coincidiendo en su preocupación, animándole a seguir, con paciencia y perseverancia insistiendo ante la jerarquía, y en su parroquia, actuando con honestidad en lo que el entendía era lo humano en su misión de preservar, bendecir y glorificar la vida. Concluía diciendo que más grave que faltar al voto de obediencia era faltar a la misión de todo cristiano de la compasión y compromiso con la vida. Le dijo también que él confiaba en que pudiese convencer al Papa en la visita dentro de unos meses a Harare. Le mandaba algunos artículos que había escrito y le invitaba a visitarle a su diócesis para compartir el trabajo que él hacía con personas y familias afectadas por el SIDA.

Viajó en un autobús desde Bulawayo. A las seis horas pararon en la frontera, y más de la mitad tuvo que quedarse en el lado de Zimbabue pues la policía Sudafricana había endurecido sus políticas de migración. Cinco horas después, llegaron a Pretoria.

Kevin estaba en la estación de autobuses esperándole. Era un hombre esbelto, de unos sesenta años bien cuidados, se le veía fuerte y ágil, lleno de vida y también de serena inteligencia.

Fueron a su casa parroquial. En torno a un té y unas pastas, se contaron sus vidas. Patxi le habló acerca de sus orígenes, de la inspiración por su tío, de su experiencia en las parroquias del país vasco, de su lucha por la paz y de su vocación misionera. Le habló luego de cómo llego a San José y de sus experiencias con la quinta brigada, con los proyectos comunitarios, con la terrible enfermedad, y sus frustraciones con el obispo en Bulawayo.

Kevin le habló algo se su vida, de su vocación, de cómo se consagró sacerdote con la congregación de los redentoristas, de su lucha contra el apartheid desde los valores cristianos y por la paz, y de su dedicación a los pacientes de SIDA, que morían lentamente en las humildes chabolas de aquel suburbio de Pretoria.

Esa misma noche fueron a visitar a varias familias a uno de los suburbios africanos de Pretoria. Ningún blanco entraba en esos suburbios por las noches, donde se podía respirar el aire de rencor hacia el racismo blanco, y donde el alcohol, la pobreza y la desesperación juntaban los ingredientes para la violencia.

Llegaron a casa de un hombre llamado James Moyo, de unos treinta años que parecía tener sesenta y se hallaba extremadamente caquéctico. Estaba en una cama improvisada en un desvencijado sofá en la única estancia de la casa. Tres niños de entre dos y seis años estaban sentados a su alrededor con caras asustadas. Había más sombras que la tenue luz de queroseno que apenas alumbraba aquella humilde sala. La mujer, Daisy, estaba también delgada, aunque no tanto, y su mirada vagaba perdida entre el dolor y la búsqueda inútil de la esperanza. Kevin presentó a Patxi. Se sentaron en dos sillas en torno a James. Daisy trajo té rojo. Kevin preguntó cómo se sentía y James le contó las dolencias que más lo angustiaban. Le dijo que no podía moverse sin sentir mucho dolor en las costillas, y que tenía la boca tan seca y tan inflamada que apenas la podía abrir y así se iba resecando más y más y doliéndole hasta el respirar. Patxi observó cómo Kevin ofrecía una solución para cada una de esas dolencias, aún sin poder curarlas. Aconsejaba una combinación de consejos de dieta, de higiene y en ocasiones algún medicamento.

Ningún médico se acercaba por allí y ellos no podían llevarlo hasta el centro de salud. Aunque nadie lo decía, todos sabían que le quedaban pocas semanas, si no días, de vida a James. Patxi observó cómo Kevin intentaba distraer a James de sus dolores y de su cruel destino, hablándole de cosas que sabía le gustaban, como el fútbol, la música de Myriam Makeba, o la vida de Steve Biko, amigo de su pa-

dre. Después de conversar de las dolencias y de las necesidades del hogar y de los chicos, se abrazó fuertemente a él. Luego salió con Daisy a contarle de forma más clara sobre su estado y lo que podían esperar. Daisy pasaría por la parroquia para buscar ayuda en alimentos y ropa, y Kevin hablaría con el director de la escuela y con las enfermeras del centro de salud para conseguirle algunos medicamentos y dárselos en casa. Patxi notó que le dio mucho afecto y también un profundo abrazo a Daisy.

Así visitaron varios hogares en situación similar. Los días siguientes compartieron misas con reuniones comunitarias y visitas a las casas, al centro de salud y a las oficinas municipales. Durante todas las actividades, Kevin llevaba una bolsa de preservativos y los repartía insistiendo en que de esa manera se protegerían de la infección. No tenía pudor en enseñar como usarlos utilizando como muestra en un dedo de cualquiera que lo preguntara o pareciera dubitativo.

En las tertulias al volver a la casa, ya tarde, Kevin le contaba a Patxi que la Iglesia de Jesús venera y bendice la vida y que en aquellas situaciones, sin poder aumentar la cantidad de vida, debían aumentar la calidad, tratando los síntomas, dando afecto, cuidado y mejorando las condiciones de vida de cada una de esas familias. Defendía que en aquella epidemia, que afectaba sobre todo a las mujeres fieles que mantenían el hogar y mantenían relaciones con sus maridos, menos fieles,tenían el deber moral de promover el uso del preservativo. Promoverlo era promover la vida, no prevenirla. Le contó también que había repasado sus estudios de derecho canónico y el uso del preservativo como contraceptivo era perfectamente compatible con la doctrina del Concilio Vaticano II.

Le dijo que aunque el documento «Humanae Vitae» se oponía a métodos químicos y «de barrera» para la contracepción, había que desviar ese concepto, también discutible, al uso del preservativo como método para prevenir una infección, muy parecido al hecho de las relaciones matrimoniales de personas infectadas por los virus de la hepatitis. Tenía el mismo significado que una vacuna y oponerse a ello era inmoral. Tenían que luchar para que la increíble fuerza de la Iglesia se aliase contra la epidemia y despertara de su silencio, que tanto daño hacía. Le aconsejó a seguir promoviendo el uso del preservativo pues con ello ayudaba a evitar sufrimiento y con bondad, humildad y respeto, podría ganar, si no el apoyo, al menos la comprensión de cualquier mente, incluida la de jerarquías agarrotadas por el miedo y ancladas en el poder.

Patxi estuvo una semana inspirándose en la fuerza de aquel valiente sacerdote. Volvió renovado a San José, y decidido a no dejarse vencer por la rabia ni la frustración. Había mucho amor que dar. Y mientras había amor, había esperanza.

Viajó de vuelta durante toda la tarde y toda la noche y llegó pronto por la mañana a la misión. Era el primer jueves del mes de agosto y coincidía con la visita del Dr. Ndlovu, de Brunapeg. Después de la jornada compartida por Jonay y Ndlovu de consultas, visitas a los ingresados, una docena de extracciones de

muelas, operar una hernia y poner un clavo de tracción a una fractura de fémur, comieron todos juntos en casa de Patxi. En la sobremesa, comentaron cada uno sus últimas experiencias.

Patxi les relató la experiencia en Pretoria y su firme decisión a promover el uso del preservativo, aunque no le gustara al obispo. Haka comento con su acento vasco:

–¡Oye! Si a él no le gusta, ¡que no lo use! Eso si, ¡que se haga el test antes!

Todos rieron, aunque Patxi tuvo que decir que nada de irreverencias.

–Jonay les contó que ya habían abierto el quirófano y que esa semana hizo su primera cesárea. De momento se apañaban bien Rose y él para anestesiar, operar, asistir al niño y preparar y recoger todo y hervir todo el material. Pero que si empezaban a operar más, tendrían que pedir un técnico anestesista al gobierno, y alguna enfermera más. Les contó que ya había mandado los proyectos de un ecógrafo y de un pequeño laboratorio, a la diócesis. Sabía que Cáritas alemana financiaba ese tipo de proyectos y si no, lo podría intentar por Manos Unidas en España. Patxi le dijo que esas propuestas tenían que pasar todas por la diócesis y tener la aprobación del obispo.

Haka mostró su indignación por el poder de la diócesis. Luego les contó de sus indagaciones sobre las desapariciones de niños, de su encuentro con Helen en Amani Trust, y el estudio que iba empezar a hacer. Empezaría por una zona llamada Sanzukwi donde al parecer una mujer *nyanga* estaba también preocupada por desapariciones de niños y estaba muy comprometida en la lucha contra el SIDA.

El Dr. Ndlovu preguntó:

–Se trata de una mujer llamada NoLwasi?

–Sí, creo que ése es su nombre.

–Vino hace dos semanas a Brunapeg. Es una mujer muy especial. Yo diría que tiene otro tipo de espíritu, diferente a los demás. Nos habló de formas que ella usa para tratar a los pacientes con SIDA, sin secretismos ni recelos. Mira a los ojos con una profundidad que estremece.

Patxi, sin entender por qué, empezó a sentir algo inexplicable al oír hablar, otra vez, de esa mujer. Casi sentía temblor con las palabras de Ndlovu, quien prosiguió.

–Es increíble lo que hace esa mujer por los enfermos, cómo los cuida en sus casas, cómo busca remedios, cómo los acompaña en sus temores y angustias existenciales. Algo tan diferente a nuestra medicina de bata blanca. Y lo más increíble es que aún desde su visión mágica y espiritual de la enfermedad, está convencida de la transmisión sexual y está promoviendo el uso del preservativo hablando con las comunidades. Sentí vergüenza cuando en el hospital, con todos sus medios en comparación con esa mujer, que apenas tiene sólo una choza de barro., reaccio-

naban con rechazo e incluso desprecio a su llamada a trabajar juntos para evitar que siga extendiéndose esta epidemia. Incluso yo, temeroso de las represalias del obispo, la traté con respeto pero sin el apoyo que merece. Sé que ha convocado a unas cuantas comunidades de su zona, para hablarles de la epidemia .

Haka dijo:

–Yo tengo que ir a verla, para saber de los casos de niños que se llevan a Sudáfrica.

–Ya hablo yo con ella, Haka, es delicado el trato con los *nyangas*. Además, quiero estar en esa renión –dijo Patxi.

XXXIV

UN ABRAZO SIN TIEMPO NI ESPACIO

Sanzukwi, 1987

Al mes de su visita a ZINATHA y su conversación con Ñanzeme, y de haber conocido a Anwele y su lucha valiente desde el Consejo de SIDA de Matabeleland, NoLwasi volvió a Bulawayo. Desde sus viajes a Soweto y los últimos a Bulawayo y a Brunapeg, había ido viendo más el mundo fuera de Sanzukwi, fuera del altar sobre el mundo, su Kopje mirando a Matopos y conectada con los espíritus con el conocimiento ancestral. A pesar de ir asomándose a la ventana del mundo, seguía siendo muy fiel a sus orígenes sencillos y su mundo natural. Vestía una tela de lino de color tierra, casi siempre llevaba un pañuelo anudado cubriendo su cabello, que asomaba por los lados y por detrás, un collar de cuerda y semillas, y unas sencillas sandalias de cáñamo que ella hacía.

Llegó a la cita con Zyaneme, al margen de las oficinas de ZINATHA, en las que parecían más ocupados por sus luchas de poder que por juntar los esfuerzos para luchas contra el SIDA. Había decidido dejar de utilizar todos los nombres kalanga, ndebele, ingleses y twana que definían a la enfermedad de mil formas misteriosas. Era importante, como le había dicho Anwele, empezar a hablar claro y directo: una enfermedad, SIDA, que necesitaba de gentes valientes para prevenir su expansión y de compasión para mitigar sus efectos.

Se vio con Ñanzeme en la biblioteca pública, donde pudieron encontrar una mesa en un rincón discreto. Ñanzeme vestia más como una persona de ciudad, con pantalón, camisa y un sombrero de ala ancha, aunque le identificaba como *nyanga* el collar de semillas.

Se saludaron con afecto. Había confianza y aprecio mutuo.

–*Salibonani Mama… Linjani, Abanje banjani…* (¿Qué tal estás?, ¿Qué tal la familia?)

Se preguntaron por las cosechas, por el trabajo y por la vida. NoLwasi le habló de su encuentro y diálogo con Anwele y como después de ello fue a ver

el hospital de Brunapeg y había convocado a las comunidades de la zona para dentro de dos días. Le animó a venir con ella a esa reunión. Le contó también como los tratamientos con la planta de bulbos huecos rojos seguían ayudando a sus pacientes, pero no les curaba del todo. Le habló de otros tratamientos que utilizaba y de su sentimiento de que los espíritus aún les estaban mandando un mensaje con esta enfermedad, que ella no entendía del todo.

–NoLwasi, te voy a contar lo que he averiguado de tu planta. La llevé a un laboratorio químico con el que hemos llegado a un acuerdo a través de una organización que se llama Organización Mundial de la Salud. Tienen unas oficinas en Harare y hay una persona muy interesada en conocer plantas posiblemente útiles para diferentes enfermedades, ayudar a quienes las hayan identificado a reconocer su aportación a la Humanidad, y a los demás a utilizarlas de forma sabia y generosa.

NoLwasi adoptó el estilo ndebele de simplemente seguir con clics de aprobación, o duda, o disgusto la exposición de Ñanzeme, para poner toda su atención en ella y no alterar el guión de lo que él le iba a contar. Hablaban en bajo y con la gravedad y solemnidad de quien siente estar hablando de algo que puede tener trascendencia.

–He anotado las mejoras que comprobaste en los pacientes que trataste: habían mejorado en su apetito, en su sueño, aguantaban mejor los esfuerzos, habían ganado peso, y habían mejorado de su angustia y de su malestar en general. Creo que es muy importante que también veas qué están comiendo. Creo que es muy importante que no tomen nada de alcohol.

–Intento animarlos, a ellos y a todos, a comer «todos los colores» y a no tomar alcohol, mascar cola ni fumar ninguna hierba.

NoLwasi utilizaba esa expresión para indicar que las comidas crudas o poco cocinadas, de la naturaleza y mostrando los colores del arco iris, hacían a las personas brillar más con la luz del sol.

–La planta que estás utilizando la llaman los blancos «Sutherlandia frutensis». La he enviado a dos sabios blancos, Ben y Carl, en Sudáfrica. Me dicen que contiene sustancias muy especiales de «ñama» (carne, estructura), que los blancos llaman «proteína». Y «amandla» (energía, fuerza), que los blancos llaman «carbohidratos». Ello explica la fuerza que da a la gente, y cómo recuperan peso y espíritu. Me han dicho que puede luchar contra las deformaciones como las manchas azules del SIDA, y contra los animales invisibles de los que hablamos la otra vez, que los blancos llaman «infecciones». También aumenta algo que ellos llaman «defensas», algo así como un ejército de guerreros que dentro del cuerpo se defiende de esas «infecciones».

NoLwasi pensó en esa extraña manera de ver el cuerpo, como un ser sin relación con el universo ni con los espíritus, casi como un árbol desconectado de la tierra.

–Gracias, Ñanzeme, la seguiré usando. Creo que haré infusiones mezclando con equinácea y unas pomadas con tierras rojas y papaya para las lesiones de la piel. Pero creo también que con esto sólo aliviamos algo el dolor y la debilidad, pero no curamos la enfermedad.

–Tienes razón. Si tú lo deseas, podemos preparar el «umuthi» (medicina) en bolsas de hierbas secas y venderlas desde Harare. Podemos ganar dinero y repartirnos los beneficios. Pueden llevar tu nombre. Con el dinero, podríamos hacer programas de educación y de prevención.

–Ñanzeme, todo aquí en la ciudad es comprar y vender. Mira alrededor. Nadie entiende la vida sin esos papeles llamados dinero. Nadie. Es parte de nuestro problema, parte de la angustia de nuestros espíritus, parte de la avaricia. Ese dinero, o poder, no es nuestro, Ñanzeme. Es de los espíritus, de la gente, y de la naturaleza. Podemos compartir la idea, de grupo en grupo, con nuestras palabras, con nuestras miradas y con nuestro corazón. ¿Por qué en las ciudades todo tiene que ser con negocio? ¿No podemos pensar en un mundo de compartir y de armonía? Yo comparto contigo esta experiencia, tú conmigo lo que sabes por los amigos de Sudáfrica, ellos pueden saber más cosas. Todos nos beneficiamos, pero nadie tiene porque hacerse rico. Por cada rico, siempre habra varios pobres.

–Tienes razón, NoLwasi. Pero casi nadie es como tú. Ojalá tu fuerza y pureza prendan como el fuego en la sabana y luchemos todos juntos contra la plaga.

–Así será, *Thembinxosi* (ten confianza en Dios…) Ahora, ven conmigo a ver a Anwele, ¿vale? Tenemos que aliarnos para evitar más «infecciones». ¿Ves? Estoy aprendiendo. Mi pago es mi sonrisa y un abrazo.

Era infrecuente entre los kalanga o los shona o los ndebele, y en general en todos los pueblos de Zimbabue, abrazarse. Pero ella pensaba que era esencial para diluir nuestra energía común y hacerla fluir, así tomaba fuerza y luz. Era como ella lo explicaba.

Fueron juntos a las oficinas del Consejo de SIDA de Matabeleland y se encontraron con Anwele. Era increíble la fuerza y valentía de esa mujer. Sin embargo, NoLwasi había notado algunos cambios en ella: estaba más delgada, y habían empezado a crecer las pestañas. NoLwasi sabía que era el inicio de un viaje al dolor y debilidad. Anwele vivía con su madre y su hija de tres años en Mkokoba. Su marido nunca volvió de Egoli. Aunque tenía muchos amigos y gentes que la apreciaban, sufría un gran rechazo por muchas más personas. A veces lo notaba en las miradas, las expresiones. A menudo también se lo decían claramente o incluso recibía anónimos diciéndole que se merecía la muerte por su inmoralidad.

NoLwasi la convenció para que fuera con ella y con Ñanzeme a la reunión de comunidades que había convocado para dos días después, en Sanzukwi. Anwele fue a buscar a su hija Nothando y le dejó un poco de dinero y harina de maíz a su madre, y salieron los tres en los autobuses rurales, hacia el largo camino a Sanzukwi.

Ahí iban, dos *nyangas* y una mujer enferma y valiente, a hablar con sus gentes sobre cómo intentar frenar el incendio que arrasaba las vidas de tantas personas en sus pueblos.

Llegó el día. NoLwasi había ido viendo empeorar a Anwele y le había empezado a dar infusiones de su planta. Nothando jugaba con Thandiwe y los niños del pueblo en el cauce arenoso del río. Ñanzeme tuvo largas y amenas tertulias con Themba.

Themba hizo una gran hoguera entre varios k*raal*. y cerca de un cruce de caminos de donde vendrían diferentes comunidades. Las mujeres de los k*raal* cercanos prepararon un guiso con *sadza* de verduras del «arco iris» que había pedido NoLwasi. Los niños habían estado ensayando con los tambores y las niñas, incluída Nothando, un baile. NoLwasi había estado meditando todo el día, en ayunas, en su Kopje, sintiendo la fuerza de Mandhla y Masora en su espíritu.

Fueron llegando unas trescientas personas al caer el sol. Venían de muchos k*raal* de la zona. Seis indunas, con sus túnicas y bastones de mando, ocupaban ya lugares destacados, sentados en pequeños taburetes de madera frente al fuego. Algunos habían venido en sus « «scotch cars», pero la mayoría había venido andando, algunos desde más de treinta kilómetros, durante todo el día. Se fueron sentando en torno al fuego. La noche era oscura con la luna nueva y las estrellas brillantes, con la Cruz del Sur majestuosa coronando el horizonte hacia las rocas de Matopos. Mandhla estaba ocupado recibiendo a los viajeros e intuía la solemnidad del momento, pero no supo de su trascendencia hasta que vio, posada en una roca cercana, la silueta de un águila negra. ¿Sería la misma águila de aquella noche en que vio a sus padres desde el otro mundo?

Los chicos empezaron a tocar su ritmo de tambores, mágico, profundo. Las niñas empezaron a bailar de forma suave y armónica y poco a poco afirmando con pisada firmes el ritmo de los tambores. Las mujeres servían la comida en cuencos de calabaza.

Uno de los indunas empezó a entonar un sonido del alma… hmmmmmmmm… profundo…y todos se unieron… Llamaban así a los espíritus y todos parecían estar absortos en el sonido, la noche y la magia de la vida. No había ni sonrisas, ni llantos, ni palabras ni silencios. Era una unión de todos ante un dolor que necesitaban conjurar con los espíritus, con el universo. Cada cierto tiempo, alguien recordaba el nombre de las personas que se había llevado la terrible enfermedad. Quizás no se dijeron todos, ni todos habían sido victimas del SIDA, pero había un sentimiento de que esas muertes eran arrancadas de forma vio-

lenta a los vivos y de forma muy temprana, con un dolor y agotamiento hasta la nada… que ya todos sabían identificar…

Hmmmmm….hmmmmmm….

–Entre los asistentes estaban algunas personas venidas de cerca de la misión de San José, entre ellas los ancianos padres de Awande. Habían venido con Patxi, el único blanco en esa reunión. Mucha gente ya sabía de Sindisabantu, o habían oído hablar de él. Se sentó discretamente en los círculos de fuera de la reunión. Pasaba relativamente desapercibido.

Apareció NoLwasi. Detrás de ella estaban Anwele y Ñazema, que se sentaron frente al fuego. NoLwasi se quedó de pie. Todos los demás estaban sentados. Los hmmmmms cedieron, sólo se oía el quejido de los leños en el fuego, que incluso pareció ceder para que la energía de NoLwasi lo llenara todo. El águila negra fijó su mirada en la de NoLwasi.

Patxi volvió a sentir las palpitaciones y temblores que había sentido al oír a Ndlovu hablar de aquel ser humano que ahora tenía delante. Nunca había visto nada igual de bello en su vida. NoLwasi tenía entonces 33 años, la edad de Jesús en la cruz, la imagen que más había iluminado su vida ¿hasta ahora…? No era exactamente «más bella» que nada, porque no era comparable a nada ni a nadie. La belleza existía en su esbelta y figura que la túnica de lino marrón no podía esconder, en unos rasgos suaves y armonios de su rostro, en una expresión de su boca de una serenidad indescriptible, en una mirada que aún no había visto pues sus ojos estaban cerrados mirando en su interior y en un mundo lejano y misterioso y aún asi pareció llenarlo todo de luz que abrigaba las almas angustiadas de un pueblo entero.

NoLwasi, ausente de todas las miradas, incluida de la de Patxi, con los ojos cerrados y su rostro hacia las estrellas, comenzó a hablar.

–Mkulumkhulu. Aquí esta tu pueblo reunido para hablarte y para escucharte. En nuestro aliento de vivir cada día, sentimos tu fuerza y tu guía para sentirnos parte del inmenso universo . Te agradecemos también las lluvias que nos traen el agua y los alimentos, los vientos con que nos abrigan desde tu mundo de espíritus, que hacen volar a las aves y dan vida a las plantas, a nuestro alimento, por el sol que nos da calor y luz cada día, por la luna que nos vigila el descanso en la noche, por cada estrella, donde viven nuestros amakhosi y nos guían y esperan.

Amakhosi. Os recordamos con las lágrimas del vacío de no sentir vuestras miradas, vuestras voces, vuestras risas y genios, cantos y llantos, vuestros abrazos, vuestras manos de ayuda, de trabajo, de amor. Pero las lágrimas se secan con saberos en paz en el mundo que nos ve y nos guía, en vuestro mundo de paz tras la labor de sobrevivir y amar en esta vida.

Hoy estamos todos reunidos para pediros fuerzas ante un gran sufrimiento. Necesitamos fuerzas para entender, para aliviarlo, para desterrarlo y para mejorar.

NoLwasi abrió los ojos y miró a su pueblo. Patxi entendió su vibración del alma. Había visto esa mirada en su profundidad toda su vida, quizás desde otras

vidas. Era una mirada del más profundo amor que trascendía palabras, dogmas, ideas, cultos, ciencia. Todo. Trascendía la vida. Llegó hasta lo más profundo de su alma. A ese lugar que habla de lo eterno, en el que no hay duda alguna de nuestra existencia infinita con el resto del universo, en el que no llegan ni las dudas de la fe que a menudo lo atormentaban.

Al ir mirando con serenidad a su pueblo, su mirada se cruzó con la de Patxi, no por ser el único *ikiwa* (blanco), sino porque su mirada tenía la fuerza del tiempo, la nobleza de la naturaleza, y la dulzura del amor que busca. Patxi tenía entonces 48 años, era un hombre fuerte, de cabellera blanca, mirada tierna, la nariz aguda, vasca, una expresión de sintonía con la naturaleza y la vida difícil de explicar. NoLwasi había oido alguna vez oir hablar de Sindisabantu, a Teya, a algunas personas del pueblo y en su visita Brunapeg. Sabía que era él, y sabía que cambiaría su vida.

Pensó que hay sentimientos que viajan e invaden a la velocidad intemporal de la luz. No precisan de la mente que los modele, ni que el tiempo los confirme o que el temor los filtre. Son tan fuertes que vienen de nosotros mismos. De ese rincón del alma que habla de lo eterno.

NoLwasi siguió hablando, con su mirada humedecida, como la de Patxi, por la emoción.

–Omkhulu, Ogogo, Obaba, Omama, obudi, Odade Abanje wami… (Abuelos, abuelas, padres, madres, hermanos, todos…). La vida se estremece por el dolor y la debilidad que trae una enfermedad que ha invadido nuestro pueblo. La llamamos de muchas formas pero sabemos que acaba por llevarse a los jóvenes quitándoles todas sus fuerzas, dejándoles en los huesos, llenándoles de manchas y dolores, haciendo que sequen todo su agua de vida y que paren su aire.

Antes los hemos recordado a cada uno, con dolor.

Los nyangas intentamos darles umtuhi que alivien su dolor, los médicos en los hospitales intentan otras medicinas. Pero al final, vence la enfermedad, agota a nuestros hermanos en su lucha y nos llena de dolor.

Algo ha enojado a Mkhulumkulu y a nuestros amakhosi, algo ha roto la armonía con nuestro mundo mágico y con la naturaleza, que debemos volver a unir enequilibrio. Mientras tanto, los espíritus se lleva a nuestros hermanos y hermanas para seguir gritándonos desde su mundo que estemos unidos y con amor superemos esta prueba.

Algo sabemos con certeza: esta enfermedad pasa de unos a otros al acostarse juntos. La infidelidad hace que este fuego se expanda más y más. Lo sé porque he estado en Egoli y he hablado con muchas personas, muchos enfermos y sus familias. Pero aún con fidelidad, ya está en muchos de vosotros, aúnque parezca que no tenéis ninguna dolencia.

Pausó y miró detenidamente a todos ellos sintiendo como conseguía que les invadiese el temor, la responsabilidad, la gravedad más allá de los que enferman. Estaba en todos, de una forma o de otra. No pudo mirar hacia Patxi, temía que se le quebrase el habla y no pudiera seguir hablando.

–Vamos a intentar mejorar cómo ayudar a curar este terrible mal. Aquí esta Ñanzeme, uno de los nyangas más sabios de Zimbabue, y vamos a buscar remedios que ayuden. Pero eso no será suficiente. Tenemos que ser valientes. La persona más valiente frente a este mal está hoy aquí con nosotros: Anwele. Ella sabe que tiene el mal, y no se esconde en un kraal a sufrir en vergüenza. Ella siempre fue una fiel esposa, cuidó de los campos, de sus hijos, de sus padres, de sus vecinos, y ahora sabe bien que tiene que cuidar de todo su pueblo tanto como de ella. Pronto podremos ver la sangre de cada uno de nosotros y saber quien tiene el mal, cómo ayudarle y cómo él o ella evitar que otros lo tengan. Cada vez que se pasa el mal a alguien no sólo afecta a esa persona sino que afecta a quien lo pasó, y así poco a poco a todos.

La única forma de parar esta plaga es no acostándose con otras personas. Eso es imposible cuando el amor llama con la fuerza de un trueno a diluir nuestros cuerpos y almas.

En ese momento no pudo evitar mirar a Patxi. Los dos se miraban con una profundidad jamás antes sentida.

–Cuando no podamos evitar acostarnos y compartir el amor más profundo, es necesario que usemos el preservativo. Es un plástico que deben usar los hombres mientras no se hayan hecho la prueba o cuando la prueba sea positiva. No hacerlo, es como hacer daño, como matar a quien más amamos. Es el gesto más irresponsable y perverso que puede existir.

En los próximos días, Anwele y yo enseñaremos a un hombre y una mujer de cada grupo de kraal. a enseñar a usarlo, y les daremos suficientes para que repartan en todos los kraal. Ellos deberan enseñar a los demás.

Juntos podemos cuidar la vida y hacer que el amor venza sobre el dolor y la muerte.

¡Amandhla!

Todos respondieron con fuerza:

¡Amanddhla!

En ese momento, todos empezaron de nuevo a vibrar juntos con sus sonidos hmmmmmmmmm…… y las miradas de NoLwasi y Patxi se cruzaron de nuevo. Más bien se clavaron.

El primer trueno que anunciaba la anhelada, tras nueve meses, estación de lluvias, quebró el cielo. Casi todos lo interpretaron como la alianza de los espiritus. Unos pocos lo entendieron como su enfado.

Ante la intensa llkuvia que desencadenó, todos se fueron a refugio y el lugar del encuentro quedó desierto. Sólo quedaron como inmóviles y empapados por la lluvia NoLwasi y Patxi.

Se acercaron lentamente, clavadas sus miradas, humedecidas por la emoción.

–¿NoLwasi?

–¿Sindisabantu?

Se fundieron en un abrazo.

XXXV

EL LUCRO O LA VIDA

De costa a costa, Estados Unidos, 1987

Aimsa volvió a Berkeley, a su mesa de trabajo en Barrows hall y a su pequeño barco en la marina. Aún sentía el eco de todo lo vivido en Atlanta. Escribió un artículo sobre los derechos de los pacientes afectados por SIDA para *Health and Human Rights* sobre el abuso de sus derechos por la estigmatización y como el sistema privado de seguros médicos, seguros de vida e hipotecas, se sumaba a su ya dolorosa lenta agonía. Recibió llamadas de aseguradoras increpándola por intentar influir en el abuso de una parte «irresponsable» de la sociedad, sobre los recursos del resto, en su mayoría trabajadores honestos. También escribió sobre el dilema de la confidencialidad y la responsabilidad de los infectados, ahora que el test estaba disponible. Recibió llamadas de activistas del SIDA acusándola de animar a la estigmatización.

Sus artículos fueron citados en varios círculos y a los pocos meses se organizó un debate sobre el SIDA en Berkeley y ella fue invitada a una mesa redonda sobre derechos y responsabilidades. Fue grabado por las televisiones y se llenó el anfiteatro de Hearst Hall con casi dos mil personas. Una colcha bordada con más tres mil trozos con los nombres de otros tantos afectados por el SIDA, enviados desde todo el país al líder gay Cleve Jones, fue colgada tras las sillas del panel. Había una ola de pánico en el país y empezaban a brotar cientos de grupos de apoyo y de reivindicación. En un punto del debate, aseguradoras privadas y grupos políticos conservadores criticaron los artículos de Aimsa y la acusaron de hacer daño al país, con un velado sentimiento de racismo a extranjeros que venían a alterar las morales de generaciones de esforzados y devotos colonos. Un senador republicano en la mesa redonda, le dijo de forma desafiante:

–Esta enfermedad no es como otras. Esta enfermedad es la consecuencia de una conducta inapropiada e irresponsable con la vida propia y la de los demás. No puede ser tratada como cualquiera, y menos aún con privilegios sobre las demás.

Sus posturas de libre acceso a tratamiento y de abolir las cláusulas de riesgo en los seguros e hipotecas, harían que la mayoría de la población, honesta, trabajadora y responsable de sus conductas, pagase, y precios muy altos, por la irresponsabilidad de unos pocos, y animase así a incentivar y perpetuar esas conductas.

Hubo un murmullo en la sala. Algunos activistas y afectados por el SIDA, llamativamente en camillas o en sillas de ruedas frente al estrado, protestaban gritando. Aimsa estaba acorralada por argumentos moralistas y económicos. Era interesante ver como motivaciones egoístas se disfrazaban de ética continuamente en ese país al que odiaba y amaba. En unos pocos segundos registró los rostros de la audiencia, los gritos de los afectados, las expresiones de aceptación de la elocuencia de los conservadores y en una décima de segundo registró que aquel senador tenía en el bolsillo de su chaqueta un paquete de tabaco.

–Senador, ¿usted fuma?

–Sí. No creo que tenga nada que ver con lo que aquí estamos debatiendo, señorita.

–Quizás sí: si usted, Dios no lo quiera, desarrolla un cáncer de pulmón por el tabaco, o incluso personas que viven o trabajan con usted y se intoxican por el humo: ¿A quién se debería responsabilizar? ¿A usted por su actitud saludablemente irresponsable? ¿O a las compañías de tabaco por haberle inducido a esa conducta? ¿O quizás a las películas de Hollywood por promoverlo indirectamente? ¿O, si no, a las autoridades públicas por permitir que haya comercio legal, e incluso publicidad, de una droga que mata? ¿O al azar que perversamente cae sobre un honesto, devoto y trabajador digno descendiente de colonos de tan insigne moral?

Puso así, en lenguaje sencillo, todos los dilemas de riesgos, información, responsabilidades y derecho a la salud. Sabía que el conocimiento inteligente se concentra en mensajes sencillos y se transmite en momentos claves.

El senador se sonrojó de furia, se levantó, se puso la chaqueta y abandonó el debate gritando:

–¡No permitiré que inmigrantes irrespetuosos hacia nuestros valores y nuestra moral, vengan a arruinar nuestra forma de vida y se aprovechen del sudor de nuestros antepasados y del nuestro!

Unas docenas de personas de la mesa redonda y de la audiencia, se levantaron igual de airados y abandonaron la sala protestando de formas parecidas. Pero la gran parte del resto acalló aquellos gritos con aplausos para Aimsa. Era la primera vez que alguien la aplaudía y no le gustó. Hizo un saludo hindú y abandonó discreta y silenciosamente la sala.

Al salir del edificio notó que alguien la llamaba bajando las escaleras por detrás de ella. Se dio la vuelta y vio a un joven con pelo largo y una cinta en el

pelo, camiseta corta, pantalones mayas y mirada alegre y fuerte. Le recordó a sus tiempos de apoyo a El Salvador.

–¿Aimsa? Quisiera darle mi felicitación por su compromiso, inteligencia, y debo decir, belleza. Aunque supongo que usted no tiene la culpa o el mérito de lo último.

–No sé si agradecerle su halago o si reflexionar si lo es realmente.

–Lo es. Me llamo Joseph, me gustaría invitarla a beber o comer algo juntos, o hablar un rato simplemente.

–Voy en mi bici hacia la Marina, si quiere ando el primer kilómetro a su lado mientras hablamos.

–Lo sé. La he visto algunas veces por la Marina. Yo navego por muchos países pero no tengo barco. Ahora estoy pasando unos días en la Marina, en el barco de unos amigos que están dando la vuelta al mundo.

–¿Tiene bici también?

–Sí.

–Entonces le propongo que vayamos hasta allí en bici, y ya allí conversemos.

Al llegar a la Marina fueron al barco de Aimsa y ella le ofreció un té. Joseph le hablo de su trabajo: había co-fundado con un amigo una organización en la que luchaban por el derecho a la alimentación, ligado al derecho a la tierra, al derecho y responsabilidad de cuidarla y mantener su biodiversidad, y al de promover formas solidarias del trabajo y de la alimentación. Le habló de la tragedia del hambre en un mundo en el que había de sobra para todos pero se distribuía mal, la tierra, el alimento y se sustituían cultivos, tradiciones y tierras que durante milenios habían alimentado al hombre en armonía con la Madre Tierra, con monocultivos, maquinarias, pesticidas y fertilizantes que agotaban la Tierra y desplazaban a los más pobres. Le contó cómo se utilizaban más para exportar piensos para dietas grasas insanas y basadas en inmenso sufrimiento animal y transportes contaminantes, o cultivos de lujo como el café o el té. Aimsa le aclaró, con cierta broma pero cierto alivio, que ella cultivaba el té que estaban comiendo en un huerto orgánico de la universidad.

–Es curioso, Joseph, hay muchas similitudes en las formas intensivas y destructivas de la industria de los alimentos, y cómo funcionan las industria de la enfermedad y su tratamiento: también incentivan formas de alimentación y de vida, inarmónicas con nuestra naturaleza, algunas de ellas consecuencia o causa de las crueles y destructivas industrias ganaderas que tu comentas; también responden con química que agota o daña al cuerpo humano, también lo hacen favoreciendo sólo a algunos y discriminando a otros. Somos víctima de la avaricia de beneficios de unos pocos. Pero también contribuimos ciegamente a ello a través de votos a quienes lo perpetuán o abstenciones, con impuestos que alimentan este inhumano y destructivo sistema, y comprando los productos que nos hipnotizan con publicidad.

Fueron entablando amistad y navegando algunas veces por la Bahía. Los pantalones Maya de Joseph estaban ligados a la relación con una compañera guatemalteca que se unía a las travesías y las tertulias. Aimsa, por primera vez, sintió envidia y anhelo de vivir en compañía con una alma gemela.

En los siguientes meses, Aimsa empezó a sentir un profundo compromiso en entender la enfermedad, en entender a sus víctimas y en entender a los intereses que se movían en torno a la epidemia. Era el primer reto claro de su anhelado deseo de aliviar el sufrimiento humano más allá de su círculo directo. Para entonces, principios de 1987, ya se habían registrado oficialmente casi cincuenta mil casos en casi cien países.

Tales eran los tabúes de la enfermedad, que la princesa Diana del Reino Unido, salió en la prensa al valientemente ¡«dar la mano a un paciente con SIDA»! Detestaba la ignorancia y más aún la falsa compasión de los políticos y poderosos que, por el simple hecho de serlo y poseer tantas veces más que los demás, hacían contradictorio y casi hipócrita, sus pretendidos gestos de generosidad. Sabía bien en su vida que la caridad no cambia la miseria y la indignidad de las personas. «sólo se consigue por su participación en las soluciones y por la justicia», se decía a sí misma. Combinaba esos pensamientos sociales y políticos con el camino budista hacia el Nirvana, pero no por ello dejaba un ápice de conformismo adormecer su sensibilidad ante el sufrimiento del mundo.

Aimsa siguió de cerca las primeras pruebas de tratamientos para la terrible enfermedad. Se había informado todo lo que pudo sobre el virus, tenía colgados en la cabina de su pequeño velero y en su oficina de Barrows hall esquemas de su estructura, de su invasión en el núcleo de la célula, de cómo se hacía dueño de todo el aparto de construcción celular para su propio fin. Era una invasión en toda regla, inteligente, dominando al cerebro de la célula, utilizando sus fábricas de proteínas, en lugar de destruirla, para multiplicarse y ampliar así su invasión.

Había leído trabajos de científicos de Berkeley en los que se había descubierto que la mayor parte de los cánceres en gallinas se debían a unos virus con capacidad de infiltrarse en los cromosomas celulares, llamados «retrovirus». Aunque los esfuerzos por buscar virus similares en cánceres en humanos, no fueron exitosos, un sabio científico llamado Jerome de Detroit, sintetizó una molécula que llamo amistosamente «zidovudina», diminutivo cariñoso de la combinación de un ácido con la timidina, una de las bases de la molécula de la vida, el ADN. Jerome demostró que su molécula era capaz de impedir el mecanismo invasor de los retrovirus. Aimsa seguía de cerca esa investigación y hacía de nexo entre los afectados y las esperanzas de tratamientos.

Un amigo de Marc, cada día más débil y ya sin poderse levantar de su cama, trabajaba en una poderosa empresa farmacéutica llamada Wellcome. Marc le informó a Aimsa que aquella empresa, sabiendo la naturaleza de retrovirus del SIDA descrita por Robert Gallo cinco años antes, había contactado con un científico lla-

mado Samuel, que en el Instituto Nacional de Cáncer estaba descubriendo efectos prometedores de la molécula de Jerome en el virus del SIDA. Previendo un gran negocio, Wellcome diseñó cómo producirla industrialmente y registró la patente sin contar con Jerome, Samuel ni ningún otro científico quienes desde instituciones y universidades públicas, y con presupuestos de los impuestos de los ciudadanos, habían contribuido a los avances hacia un tratamiento de la terrible epidemia.

Aimsa buscó en los orígenes de aquel gigante que irrumpía en el mundo del SIDA y del que temía no buenas intenciones. Henry Wellcome había nacido en una cabaña de Wisconsin durante «la conquista del Oeste». Su padre era un misionero itinerante que daba sermones desde una diligencia y lo educó con criterios religiosos estrictos, en contra del alcohol, en la espera adventista de la nueva venida de Jesús a la Tierra y como miembro activo de la masonería. Se interesó por la medicina pero sobre todo por vender, seguramente inspirado en los sermones proselitistas de su padre. Su primera venta, a los dieciséis años, fue de «tinta invisible», tratándose, realmente, de jugo de limón. Hizo amistad con otro vendedor de medicamentos, Silas Burroughs y formaron la primera fábrica dedicada sólo a los medicamentos y los primeros medicamentos en formas de tabletas, al final del siglo XIX. Fueron también los primeros en introducir una práctica que se hizo tan común en la medicina como la bata blanca: la venta directa a médicos, incluyendo muestras gratuitas. Silas, de origen presbiteriano, se fue aproximando a la filantropía y fundó un hospital en Inglaterra, muriendo poco después, a una edad temprana, de neumonía. Henry, vivió más tiempo y siguió dirigiendo la compañía y creó su Fundación, con ánimo filantrópico y que legó a su muerte para fines de mejorar la salud global. Sus laboratorios de investigación de enfermedades tropicales lideraron la investigación mundial de estas dolencias, con interés humanitario pero también colonial y militar. Se convirtió en la organización sin ánimo de lucro más grande del Reino Unido.

Era importante investigar estos orígenes. La masonería, los fundamentalismos cristianos, las artes de comercialización y el vínculo con la filantropía. El legado de la Fundación y empresas hacia una sociedad: ¿en manos de quién? ¿Con qué objetivos?

Aimsa empezó a ver qué se cocinaba en las tripas de poderes que no había imaginado antes.

Volviendo a la actualidad, Aimsa averiguó en el registro de patentes, que la empresa se apropió de la molécula de Jerome basándose en el razonamiento que el que descubre un nuevo uso para una molécula antigua, es el propietario de su uso. Con esa propiedad y sin compartir esa información, acordó durante 1985 con laboratorios en Estados Unidos y Canadá, aportar el medicamento de forma gratuita en estudios llamados fase uno. Aimsa temía estrategias muy sucias de mercado, pero era la única oportunidad de avanzar hacia un tratamiento.

Estos estudios con voluntarios demostraron que la zidovudina mejoraba la inmunidad en personas infectadas por el SIDA. Al año siguiente, un estudio «fase dos» en el que participaba Michael Gottlieb, comparó los efectos de ese medicamento, con los de un «placebo», es decir, un comprimido igual pero sin ningún compuesto activo, en más de doscientas personas infectadas en varias partes del país.

Aimsa seguía el estudio a través de la información de Michael, y mantenía informados a los afectados por el SIDA, ya constituidos en fuertes organizaciones que informaban de cualquier ensayo de un medicamento, si se buscaban voluntarios, en qué fase de la enfermedad. Aimsa había convencido a Marc para que pidiese a Michael ser incluido en el estudio. Todos sentían con la angustia de la ruleta rusa el estar destinados a tomar simplemente el placebo o una droga de efectos desconocidos aún en humanos. Marc mejoró levemente y podía sentarse para comer. Pero diecinueve de los doscientos pacientes, murieron en los primeros cuatro meses. Aimsa fue a varios de los funerales y lloró de rabia con los afectados. Llamó varias veces a Michael y por fin quedaron en un café de la Marina de San Francisco, hasta donde llegó en su velero con su amigo Joseph.

–Michael, tienes un dilema ético: o mantienes tu rigor de fases, tiempos, representación estadística en este estudio, o pides que se pare el estudio y se develen los resultados por si ya hay, con tantas muertes, una información suficiente. Cada día cuenta en la vida de mucha gente.

–Aimsa, este estudio puede cambiar la historia de esta enfermedad. Unos cientos de enfermos accediendo antes al tratamiento ahora, pueden alterar la fuerza de los resultados y su impacto en el mundo. Si esperamos al año, como estaba planificado, de todas formas, la proporción de muertes en el tiempo, es parecida a la que estábamos observando antes, sólo tratando sus infecciones por bajas defensas.

–Unos días, unas semanas. Son vida o muerte para muchos. Nunca vienes a los funerales. Deberías acercarte a ese sufrimiento y valorar mejor tus decisiones.

Michael dijo que lo pensaría, que la tendría informada. Llegó el funeral número veinte. Michael asistió al mismo en un discreto tercer plano. Sintió el dolor, la rabia, y la desesperanza de muchos participantes. Varios pacientes asistieron en sillas de ruedas o ayudados por sus amigos. Al acabar, uno de los amigos, sacó una armónica y entonó las primeras notas de «That's What Friends Are For». Todos se fueron uniendo abrazados. Aimsa vio que Michael estaba detrás, medio oculto. Tenía lágrimas en los ojos. Cuando volvió a mirar, ya no estaba.

Michael luchó con todas sus fuerzas contra la empresa, más pendiente de los beneficios y temerosa, y presionada, por la Food and Drug Administration, de completar la fase dos y seguir la fase tres, antes de que se pudiera registrar con seguridad el medicamento. Michael expuso con tanta fuerza los argumentos éticos e incluso económicos para la empresa por la oportunidad de un posible

medicamento eficaz antes que otros «competidores», y por el buen nombre que adquiriría frente a la comunidad de afectados. Ante esta presión y la de los afectados y sus cartas, la empresa aceptó desvelar la documentación antes de acabar el estudio y entrar en la tercera fase de la investigación: diecinueve de los fallecidos estaban en el grupo del placebo, sólo uno estaba bajo tratamiento. La presión de los afectados y la angustia por alimentar cualquier esperanza de curación, hizo que en un tiempo record de menos de dos años desde que empezaran los primeros ensayos con voluntarios se registrara el medicamento para uso público contra el SIDA en marzo de 1987.

La sociedad inglesa Wellcome monopolizó bajo su patente el comercio de AZT, el primer medicamento contra el SIDA. Aimsa estudió a fondo las leyes de patentes y sus efectos comerciales y en el acceso a los medicamentos. No podía entender que una organización inspirada en el legado de una Fundación sin ánimo de lucro, buscase monopolios y beneficios desorbitados. Descubrió poco a poco un mundo de inmenso poder y beneficios, y artes muy sucias. La patente fue denunciada por otros científicos y empresas que habían colaborado en los ensayos. Para entonces, la Sociedad Wellcome, antes conocida por su investigación sin ánimo de lucro, de medicamentos útiles en el Tercer Mundo, puso una cuarta parte de su gigantesco patrimonio como sociedad anónima, –Wellcome PLC– cotizando en la bolsa de Londres. Desde ese momento, defendió con toda agresividad su privilegio, aún con débiles y contradictorios argumentos. Wellcome sabía que sus inversiones de unos cien millones de dólares en los estudios y los medicamentos durante el ensayo, podrían convertirse en miles de millones de dólares de beneficios. Negaba el derecho a Jerome por no dar con su utilidad y a los otros laboratorios por dar con la utilidad cuando la empresa ya controlaba la patente y los financió y demostró en la escala necesaria.

Aimsa se alió con activistas como *Act-Up* y los científicos de los institutos y universidades públicas, para denunciar la patente de la poderosa farmacéutica. Pero Wellcome PLC ganó los pleitos con prestigiosos abogados, mucho dinero y campañas de lobby y presión. Comenzó a vender el medicamento a precios altísimos: casi doscientos dólares por un bote de cien capsulas, equivalente a un gasto de más de diez mil dólares por año y pacientes, la mayor parte en beneficios. Las acciones de Wellcome PLC multiplicaron por tres su valor en Wall Street, en Londres y en todo el mundo y la sociedad Wellcome en su conjunto creció en su patrimonio en más de mil millones de libras al año.

Un día consiguió hablar por teléfono con Ian MacGregor, el director financiero de la sociedad Wellcome. Había investigado su enorme poder y sus intereses contradictorios. Por un lado, era un reconocido «gestor de inversiones». La empresa se fue dedicando más y más a gestionar «valores». los exponentes máximos del capitalismo. La especulación y usura llevada a su máxima diversidad y a la rapidez de decisiones, y acumulaciones de beneficios, a través de las comunicacio-

nes, que se disparaban de forma exponencial. Por otro lado, este mago de hacer dinero del humo de especulación del capitalismo, tenía la reputación, incluida la de miles de «charities» (Organizaciones No Gubernamentales) inglesas, de ser un gran filántropo y defensor de la sociedad civil solidaria. Aimsa se preguntaba si el capitalismo especulativo más feroz era compatible racionalmente e incluso éticamente, con la supuesta solidaridad.

Se hizo pasar por una coordinadora de ONGs en los Estados Unidos (de alguna manera actuaba animando redes de activistas por los derechos del SIDA) e insistió a los muchos filtros telefónicos, diciendo que tenía que hablar de algo muy importante, y que Ian sabía de qué se trataba.

–Buenos días, aquí ya es de noche en Berkeley, le agradezco su atención.

–Dígame, ¿con quién hablo?

–Me llamo Aimsa, soy científica de la Universidad de Berkeley. Le llamo con respecto al tratamiento del SIDA con zidovudina.

–Esa es una patente registrada, ¿han visto algún efecto indeseado?, le puedo pasar con el departamento científico.

–No, se trata de la patente en sí. A los precios que la venden, muchos enfermos no pueden pagarla, o se arruinan al hacerlo. Está causando mucho dolor. ¿Podría explicarme la razón de ese precio y qué proporción corresponde a beneficios? Antes o después se sabrá, y creo que puedo ayudarle a preservar la imagen, y realidad humana de su empresa, y la historia solidaria de la Fundación Wellcome, ahora la Sociedad, y su credibilidad en la solidaridad. Con ello puede ayudar a miles de personas que en Estados Unidos morirán por la política actual de precios, y no digamos en países pobres.

Aimsa notó un cambio en el tono de voz, más seco pero quebrado por la presión.

–Esa información es normalmente considerada reservada y no se comparte fuera de la compañía. Es información confidencial que puede tener valor competitivo. No estoy en disposición de discutir los componentes del precio de mercado.

Aimsa notó que esa respuesta era la posición oficial y ese hombre habría repetido cientos de veces el mismo mensaje. Pensó en una forma de intentar tocar el fondo humano de esa persona, a diez mil kilómetros:

–Ian, ¿usted tiene hijos?

–Señorita, no tiene derecho a conocer mi vida privada y está haciendo que pierda el tiempo y la paciencia.

–El tiempo que usted pierde puede que signifique una perdida ínfima de los beneficios, que entiendo son de más de cincuenta millones de dólares por día. El tiempo que está perdiendo en no tomar una decisión humana y ética, no se mide en beneficios, se mide en miles de vidas humanas. Piense en la oportunidad que tiene de contribuir a la parte noble de la historia de la Humanidad.

Tras un silencio al otro lado de la línea, Ian colgó.

Por los amigos de Marc y de Joseph, Aimsa supo de una empresa canadiense, Apotex, productora de genéricos. Habló con químicos del laboratorio Lawrence de Berkeley en el que una joven muy ingeniosa y comprometida llamada Eva destacaba en sus habilidades de biología molecular. Ayudó a conectar a activistas de Estados Unidos y Canadá, y con las herencias de varias víctimas del SIDA, algunas anónimas de Hollywood, convenció a Apotex para que realizara copias del medicamento como genérico. Conectó con abogados de comercio y de derechos humanos, escribiendo a Jonathan Mann, quien ahora dirigía el Programa Mundial de SIDA bajo Mahler, en la OMS. Les ayudó a argumentar el no reconocimiento el derecho de patente de Welcome, a su juicio usurpado a Jerome.

Pero el argumento real de Aimsa era la vida de mucha gente frente al beneficio de unos pocos, ya muy ricos. Apotex consiguió que la agencia canadiense aprobara la copia y empezó a vender el medicamento a precios diez veces más bajos y a mandarlos a clínicas y hospitales de Estados Unidos y Canadá. Welcome denunció a Apotex y mientras la justica dictaba sentencia, Apotex fue autorizada a seguir vendiendo el medicamento pero las presiones de Wellcome a los proveedores y compradores fueron tan fuertes, que apenas pudo vender nada. Finalmente, y de nuevo, Wellcome volvió a defender su monopolio de enriquecerse a costa de vidas humanas.

Aimsa viajó a Nueva York y se manifestó con Act–Up enfrente de Wall Street. Tras dos años de disputas entre franceses e ingleses, parecidas a las del medicamento, en cuanto al test del virus, el presidente Reagan facilito un acuerdo por el cual franceses y americanos compartirían los beneficios. Aimsa esperaba afuera de la Casa Blanca con pancartas en contra de la codicia, a favor de la vida. Al día siguiente, Aimsa asistió a una conferencia de Reagan en el colegio de médicos de Filadelfia en la que promovía el mensaje de abstinencia y diluía la prioridad del uso del preservativo. También promovió el que los tests del SIDA se hicieran obligatorios. No se permitieron preguntas. Aimsa siguió manifestándose ante el abuso de las patentes, y ella y otros fueron arrestados y retirados de las vallas de la Casa Blanca por policías que llevaban largos guantes amarillos por miedo al contagio.

Después, conociendo la fuerte influencia de la Iglesia Católica en la sociedad, la economía y la política del país, acudió como observadora, bajo la acreditación de una ONG, a la Conferencia de obispos de Estados Unidos. Intervino varias veces con fuerza y claridad para decir que lo valiente era amar a quienes sufrían y los que sufrirían, si no se promovía el uso del preservativo como se promueven las vacunas, con la misma ética de la vida, el amor a los demás y la bendición de la vida. Había leído un artículo de un sacerdote sudafricano llamado Kevin y conocía los argumentos del derecho canónico. Influyó en que el documento final de esa conferencia llamase a la promoción, desde la Iglesia, del uso

del preservativo como parte del programa para luchar contra el SIDA. No pasó mucho tiempo antes de que en respuesta a ese documento, un poderoso cardenal del Vaticano llamado Ratzinger declarase en nombre del Papa, que el enfoque de la conferencia americana resultaría en, cuando menos, la facilitación del mal, más alla de su tolerancia a ello.

Aimsa pensó: La epidemia era terrible, y aún no se sabía la magnitud, pero es aún peor la epidemia de avaricia del capitalismo y los prejuicios de algunos poderes, tan lejos de la belleza humana. Necesitaba curarse de tanta rabia y de tanto dolor. Volvió a su barco en la marina de Berkeley. Tenía una carta de Jonathan Mann en la que le apoyaba en su lucha, le daba mucha información y compartía sus temores de que la epidemia fuera de dimensiones apocalípticas en África. Le sugirió que mandase su currículo y verían qué tipo de trabajo le podían ofrecer. Necesitaban luchadores como ella.

Le invitó a Rob a su barco para contarle lo vivido. En la conversación se dio cuenta que necesitaba mantener su fuerza en esa lucha contra la avaricia–que–ahoga–la–vida, pero ir a las zonas del mundo donde la epidemia era aún más silenciosa, de magnitudes gigantescas y aún sin conocer y donde la lucha por los precios o la responsabilidad pública ante los tratamientos no entraba ni en la imaginación de los que agonizaban olvidados del mundo. Le comentó la oferta de Mann, pero le confesó que no quisiera estar encadenada a burocracias ni a despachos y reuniones en hoteles o salas de conferencias. Al menos ahora necesitaba volver al mundo real, a abrazarse con la gente que sufría.

Rob le habló de un misionero con quien mantenía una correspondencia entrañable. Estaba en una zona rural remota en Zimbabue y en las últimas cartas le había hablado de la tragedia que estaban sufriendo con esta enfermedad, el estigma que suponía, el silencio del gobierno y la desesperación de la comunidad.

Meditó durante una semana de ayuno buscando la luz.

XXXVI

LOS TENTÁCULOS DEL HORROR Y LOS «PRESCINDIBLES»

Sur de África, 1987

Haka había recorrido en un año más de seiscientos k*raal*. unos dos al día al día, por todo Bulilia-Mangwe. Seguía ayudando también en la misión con las reparaciones, la administración, de chófer, a la vez que estaba repasando sus estudios de abogado para ayudarle a su hermano en algunos trámites legales. En tres meses había anotado en su cuaderno 148 niños que se habían ido a Sudáfrica en los últimos dos años. Tenía todos los nombres de los niños, la fecha en la que se los llevaron, los nombres de sus padres y cuando habían fallecido, los nombres de sus abuelos o padre o madre si es que aún vivían, de sus hermanos y hermanas, incluso fotos de sesenta y nueve de ellos.

Eran ochenta y nueve niñas y cincuenta y nueve niños. Tenían entre siete y dieciseis años de edad, la media era de trece años. En casi todos los casos había llegado un coche hasta el *kraal* y se habían presentado en dos terceras partes de los casos como una «ONG» que ayudaba a los huérfanos del SIDA, y en una tercera parte como amigos de algún miembro de la familia que vivía en Sudáfrica. En una tercera parte de los casos, los ancianos que cuidaban de los huérfanos, habían sido presionados para pagar los gastos de los funerales de sus hijos, muertos en Egoli y enterrados allí o trasladados hasta el *kraal* en Matabeleland. En el resto de los casos, les habían dado algo de dinero, supuestamente de la ONG, para ayudarles a los ancianos afectados indirectamente por el SIDA. De media les habían dado mil dólares de Zimbabue (unos 250 dólares americanos al cambio entonces). Las personas que habían ido por los k*raal* correspondían a cinco descripciones, cinco personas involucradas en los diferentes viajes. Les dio a cada uno un código S (por secuestrador) del 1 hasta el 5. Sabía también de al menos cinco grupos de hermanos, quienes no tenían ni padres ni abuelos, vivían solos en k*raal*. medio arruinados y que habían desaparecido.

De las descripciones fue haciendo dibujos de las caras y del cuerpo. Todos eran negros, uno más mulato. Dos eran más bajos que 1,70, dos entre 1,70 y 1,80 y uno más de 1,90. Eran fuertes pero los de estatura intermedia, un poco obesos. Llevaban gafas oscuras. Uno tenía una cicatriz que deformaba un parpado. Llevaban el pelo corto, vestían de forma elegante, a veces con chaquetas. Llevó revistas, muestrarios, y así identificaron las familias entrevistadas, modelos de gafas o vestimenta. Uno de ellos llevaba un modelo Vuitton y otro Chanel, seguramente copias chinas. Uno llevaba un reloj, que por las descripciones de un anciano con gran memoria y curiosidad, parecía corresponder a un rolex de oro, aunque quizás fuera copia. El coche que había ido por los *kraal* era o blanco o rojo, en los dos casos un Datsun 1200, modelo de 1978: Haka lo había comprobado enseñando catálogos a las familias. Uno de los ancianos se había fijado en la matricula del vehículo blanco: BKR 487 L. El abuelo se acordó porque esa eran las iniciales de la niña que se llevaron: *Buhleve Kosi* (belleza de Dios) Rawana, y el número era el mes y el año 4/87 en que se la llevaron. Recordaba la L porque pensaba que su nieta volvería «Lwasi» muy sabia, habiendo estudiado en Egoli.

Llevó su libreta a Bulawayo para encontrarse con Helen. Haka ya tenía 55 años, pero estaba en plena forma. Era un vasco de espalda ancha, el pelo rizado, barba canosa tupida, el rostro curtido por muchos años en el monte, ahora teñido del sol del Kalahari y sus largos paseos, ojos verdes de mirada aguda, casi desafiante, nariz, como su hermano, afilada y curvada, su cicatriz blanca en el ojo derecho y un cuello ancho, de aizcolari . Se encontró con Helen en la oficina de Amani Trust. La había ido viendo cada tres meses y habían ido tejiendo entre ellos una agradable confianza y complicidad. A Haka le encantaba la suavidad de Helen y su mágico pelo rojo, pero sobre todo lo obstinada que era en su lucha, daba igual las amenazas y presiones que recibiera del gobierno. Tenía una lista de más de diez mil disidentes asesinados o desaparecidos durante los últimos cinco años por la represión de Mugabe e los ndebele., llamada Gukurahundi. Helen había facilitado que los grandes adversarios ambiciosos de poder, Mugabe y Nkomo, firmaran el acuerdo de unidad, juntaran sus partidos políticos, Mugabe declarara una amnistía para los disidentes presos y Nkomo les llamara a los armados a desarmarse. Le recordaba a su camarada Yoyes etarra en su valentía por la libertad.

Haka también había investigado las tramas del tráfico de niños en el mundo, los acuerdos internacionales y las leyes nacionales y de aduanas. Le había pedido libros a su hermana, la pequeña Beatriz, quien también estudió derecho y ahora era funcionaria por oposición de la Unión Europea, en Bruselas.

–Helen, ya tenemos datos de todo el Sur de Matabeleland, tenemos que denunciar estas desapariciones. Las cosas están más calmadas con el gobierno por el acuerdo de unidad.

–Ya lo hice, Haka. He estado insistiendo los últimos meses y no me hacen caso. Son hijos de familias ndebele de la frontera, pobres, huérfanos, «prescindibles». Además, sólo se han entregado 140 disidentes y el gobierno esta convencido que hay muchos más que han guardado las armas en sus k*raal*.

–¿Y has podido hablar con alguna ONG fuerte internacional para que nos ayuden?

–Hablé con una amiga, Kate, de Inglaterra, trabaja para Amnistía Internacional. Están más pendientes de denunciar al gobierno de Zimbabue que de perseguir a entramados criminales. Me dijo que llevarían a la Junta si mandan una misión de investigación, pero que antes necesitarían el testimonio de alguna víctima, cosa que no tenemos.

–¿Así, que estamos solos?

–Más bien.

–Yo voy a irme a Sudáfrica a investigar. Intentaré volver con alguna víctima, a ver si así nos hacen algún caso. No puedo dormir bien pensando en esos pobres niños. Te tendré informada, Helen.

–Haka, ten cuidado.

Helen se acercó, los dos estaban mirándose fijamente, se dieron un suave beso en los labios. Haka sintió toda la fuerza para emprender esta misión, sin saber hasta dónde le llevaría.

Mientras Haka buscaba un sustituto para sus labores de capataz en la misión, Helen preparó un proyecto para una fundación de derechos humanos en Alemania y les mandaron un poco de dinero. Con ello Haka alquiló un viejo Land Cruiser FJ40 del 1974 y contaba con un poco de dinero durante tres meses para transporte, comunicaciones, mantenimiento y extras no previstos. No sabía a qué se podía enfrentar pero temía una mafia de tráfico de niños y riesgos aún no conocidos. Sin embargo Haka sentía la fuerza de un titán para luchar por esos niños. Los abuelos de Buhleve Nkosi (belleza de Dios), le dieron una foto de ella en blanco y negro. Se hizo una camiseta con su foto por delante y por la espalda y puso en zulú «Busco a este ángel». Lo hizo con todo su corazón aunque luego pensó que debería mantenerse lo más anónimo posible y se prometió que sólo usaría la camiseta cuando volviese con Buhleve a su *kraal*. Compró un saco de dormir, una navaja multiuso, mosquiteras impregnadas de insecticidas, una linterna potente, una cámara de fotos con zoom, la grabadora más pequeña que encontró y varios blocs de notas. Adaptó el coche para poder cargar pilas desde la batería. Patxi le dejó para su misión el sombrero de ala ancha, Jonay le preparó varias piedras negras y un pequeño botiquín con instrucciones para tratamientos de urgencia. Beatriz le había mandado una carpeta con la legislación internacional sobre tráfico de seres humanos y contactos de las delegaciones europeas en la región y de la interpol.

Su intuición le hizo buscar algo que años antes se había prometido nunca volver a tocar. Lo hacía por aquellos niños, sabía que podría necesitarla, y por ello si que era capaz de romper su promesa. .En los suburbios de Mkokoba fue preguntando a través de contactos de Helen y acabó, a los tres días, encontrándose en el patio trasero de una casa con un disidente escondido y aún receloso de entregar las armas. Le vendió una pistola Makarov soviética y munición por quinientos dólares de Zimbabue. La escondió en un bajo del Toyota que preparó con sus herramientas de soldar en la misión. Patxi sabía que Haka se estaba metiendo en una aventura peligrosa. Se despidió de su «familia» de San José en una cena a la que también asistió, por primera vez, NoLwasi. Estaban sentados a la mesa Patxi, Joseph, que ya tenía siete años, Jonay, NoLwasi y Thandiwe, Johanna y Ndlovu de Brunapeg, Anwele y Nothando, Ñazema y Helen, que había venido a la despedida desde Bulawayo.

Patxi y NoLwasi se veían cada vez con más frecuencia. Había algo mágico en la unión de sus almas.

Anwele se había quedado a vivir en Sanzukwi y había animado un grupo de personas comprometidas en la lucha contra el SIDA. Hacían obras de teatro en los pueblos, componían canciones, emitían a veces programas de radio desde Bulawayo, enseñaban a usar el preservativo y lo difundían por todo Bulilamangwe, ayudaban a los enfermos y familias en sus k*raal*.

Ñazema había convencido a NoLwasi para hacer una pequeña plantación de Sutherlandia en las afueras de Bulawayo y envasar las hojas secas para infusión para el tratamiento de enfermedades debilitantes. Las llamaba «hojas de Nolwasi « (madre del saber), y las repartían por casas y pueblos con un manual de uso, lleno de consejos de amor para los pacientes. Con los modestos ingresos ayudaban a las actividades de Anwele y su grupo. NoLwasi no quiso ni siquiera ver el dinero.

Johanna, Ndlovu, Jonay, NoLwasi y el grupo de Anwele habían formado un grupo de lucha contra el SIDA en el distrito y se reunían una vez al mes, rotando entre Brunapeg, San José y Sanzukwi para acciones de información en escuelas, de prevención en bares, autobuses, tiendas, carteles por los caminos y apoyo a las familias.

Haka se sentía el hombre más afortunado del mundo entre aquella familia de héroes. Había además un sentimiento muy fuerte de unión con Helen aunque no pasaron de aquel beso. Un reto aún desconocido esperaba a Haka y su vuelta abriría una nueva etapa en sus vidas. Tras la cena, esta vez con mijo, brócoli y aceite de palma, Haka se despidió con unas palabras. Llevaba la camiseta de Buhleve:

–Amigos míos. En los dos últimos años he recuperado la alegría de vivir junto a mi hermano y su hermosa obra en la misión. He visto en cada uno de vosotros la luz de vivir con el amor. Yo vivía antes con el odio pero con vuestra luz y vuestra fuerza debo ir a averiguar el paradero de unos ángeles que han dejado a esta tierra sin su sonrisa más tierna.

Haka, diciendo estas palabras, se emocionó. NoLwasi, quien había hablado mucho con Haka de sus preocupaciones por esos niños y de lo que había visto en Soweto unos años hacia ya cuatro años, también estaba emocionada.

–*¡Amandhla*! –gritaron con fuerza todos .

Jonay sacó su violín y entonó "La lista de Schindler". Luego Patxi entonó una dulce versión de "Nkosi Sikelele", y NoLwasi siguió con una melodía que a todos cautivó en un momento de paz profunda, con su rudimentaria *mbira*.

Haka partió a principios de diciembre en su FJ40 y con los datos de su investigación, los documentos que le mando Beatriz, datos de personas de contacto de Helen en Sudáfrica y la del Padre Kevin que le dio Patxi, un salvoconducto de Amani trust que mejor no debiera enseñar salvo en situaciones extremas, la linterna, una bolsa de ropa, y lo que había comprado en Bulawayo y los regalos de su familia de San José.

Emprendió la marcha a las cinco de la mañana desde San José hacia Beitbridge, y pronto llevaba el coche lleno de gente a la que recogió en el camino. Paró en varias tiendas de cruces de caminos. Preguntaba por los Datsun 1200 y el grupo de niños, y de forma disimulada ofrecía dinero por cualquier información. Nadie decía nada pero notó en un par de casos que el miedo bloqueaba la respuesta.

Al llegar a la frontera dedicó el resto de la tarde a hablar con residentes muy próximos a la frontera. Fue a casa de Takani, de quien NoLwasi le había hablado, y le informó de su tarea. Takani le desaconsejó seguir investigando. Le dijo que seguramente ese grupo estaría armado y sería peligroso. Haka insistió y le dio dinero para que le acompañara a visitar unas veinte casas de la zona, al azar. En ninguna de ellas le dijeron nada. En una de ellas un hombre fue muy claro:

–*Ikiwa* (blanco), ¿no ves que si decimos algo y les encuentras, primero te torturarán o te matarán y luego vendrán a por nosotros? Tienen armas, beben alcohol y toman drogas, no tienen ningún respeto por la vida, de la suya poco, de las de los demás nada.

–Gracias, amigo. Lo voy a intentar. Esos niños lo merecen.

Cuando iban a dejarlo por imposible, Haka le dijo a Takani que pasaría la noche por el pueblo y le preguntó que si podría dejar el coche en su casa.

Tenía una idea.

Esas personas sin escrúpulos, seguro que pararían en la aduana donde tendrían sobornados a varios policías de ambos lados y no resistirían a mezclarse con las prostitutas de la frontera, a quienes quizás también controlasen. Se adentró así en el barrio rojo donde, ya entrada la noche, había unas dos docenas de mujeres sentadas en sillas frente a chabolas de placas de metal. Le animaron a entrar con ellas. Entró en el primer chamizo con una mujer de unos cuarenta años, con pinturas aparatosas en los parpados y los labios, un sujetador muy prieto, un vientre

flácido y una tela roja que mal cubría unos glúteos generosos. Al entrar adentro, la mujer, sin ni siquiera hablar, empezó a quitarse el sujetador.

–*Udade wami* (hermana mía): no te lo quites…

–Te va a costar cincuenta dólares de Zimbabue de todas las formas.

–Te daré el doble, necesito hablar contigo.

–¿Pervertido? ¿Deprimido?

–No, preocupado… me llamo Haka, ¿tú?

–Maggy.

–Maggy, ¿tienes hijos?

–Si, dos. Si no tuviera que alimentarlos, no estaba aquí.

Maggy empezó a sincerarse, a mostrar alguna debilidad y sensibilidad, resquebrajándose su rol y disfraz de vendedora de su cuerpo.

–Te voy a contar una historia. Luego te voy a pedir tu ayuda. Puedes quedarte callada o decirme lo que piensas. No te juzgaré. No te presionaré. Sólo te pido que escuches mi historia.

–Adelante, Haka. Es un descanso. Paso horas y horas esperando ahí fuera, y tengo unos cinco clientes al día, la mayor parte agresivos o de trato despreciativo, algunos ni pagan. Todo para malvivir y apenas darle a mi hija uniforme y gastos de la escuela para que no siga mi camino.

Haka notó que Maggy era ahora ella misma y sintió una profunda ternura.

–Antes de contarte mi historia: ¿utilizas preservativos en tus relaciones?

–Aunque quisiera, los clientes no quieren. Una vez uno, al proponérselo, estaba tan borracho y agresivo, que me lo hizo tragar.

–Te ayudaré, si quieres, salir de esto. Ahora quiero que escuches esto: Durante los últimos dos años han ido desapareciendo muchos niños de Matabeleland. Todos eran huérfanos del SIDA y eran recogidos por unos sudafricanos que engañaban a los ancianos abuelos o les cogían a la fuerza si estaban solos. Lo hacían diciéndoles que les llevarían a escuelas, y además les daban dinero a los abuelos, quienes, en su desesperada supervivencia, aceptaban y se dejaban convencer de que estarían en mejor situación estudiando en Egoli.

–Es terrible. ¡Dios sabe lo que habrá sido de ellos…!

–Maggy: mira estos dibujos: son los secuestradores. Venían en un Datsun 1200 como el de esta foto. Calculo que han tenido que hacer al menos veinte viajes en estos dos años. Estoy seguro que paraban aquí y algunos buscaban placer con vosotras. Te voy a enseñar las fotos de los niños, que seguramente dejaban encerrados en el coche o en algunas casas.

Maggy se quedó pensativa viendo la foto de Buhleve Nkosi.

–No sé nada. Puedes irte. No necesitas pagarme.

–Te entiendo, Maggy.

Haka dejó cien dólares y le dio un beso en la frente. Sabía que ocurriría lo mismo con las demás. Era ya tarde y se fue a caminar.Necesitaba pensar. La información en la aduana era esencial pero si los policías sobornados se enteraban, quizás no duraría mucho.

Por la mañana cruzó la aduana. Sabía que de cada coche anotaban la matricula, los ocupantes y hacia donde se dirigía. Habló con los policías mientras registraban el coche. Aunque la Makarov estaba bien escondida en un espacio oculto y soldado por arriba, sólo accesible desde los bajos y aún así difícil de encontrar, sabía que corría riesgo. Se hizo pasar por sacerdote. Patxi le había dejado un alzacuellos y una cadena de cuerda con una cruz de madera. Le había dicho también que lo llevase con respeto y pensara en Jesús. Hizo como si padeciese de un leve temblor y cojera. Prefirió hablar en inglés pues el ndebele levantaría sospechas y animosidad entre los policías, casi todos shona.

–Buenos días, hijo. Cómo estáis. Dios bendiga vuestro trabajo cuidando de la seguridad de vuestros hermanos.

–Gracias, Padre. ¿A dónde se dirige?

–Voy a Pretoria a una reunión de sacerdotes.

–¿Va sólo? ¿Donde ha dejado a su chófer? Tenga cuidado Padre. Los criminales no respetan a nadie.

–Mi chófer enfermó de fiebres el día anterior y no pude sustituirle. Descuida hijo, estoy acostumbrado.

–Necesito preguntarte algo: unos hermanos de un feligrés de nuestra parroquia vinieron a verle hace un mes. Viven en Soweto pero tienen una granja en Thohoyamndou. Necesito darles una carta urgente pues su madre ha enfermado gravemente. Sería un desvío de un día entero el ir hacia el este y no encontrarles.

Aun si este policía era uno de los sobornados, dudaba que se hubiera corrido la voz de sus pesquisas. Calculó una en cien las posibilidades de ser descubierto. Pensó en las otras noventa y nueve.

–Pase conmigo, Padre, Podemos mirarlo en el registro.

–Dios te bendiga, hijo.

Cuando entraron, el policía sacó unos cuadernos con listas anotadas a mano, buscó los del mes anterior. En ese momento empezaron a pitar fuera, pues había una larga fila de coches esperando.

–Descuida, hijo, yo lo busco y te lo digo cuando lo encuentre.

Hizo su cojera y temblor más patente, se sentó en la mesa a revisar el cuaderno exagerando la dificultad en pasar las hojas y en leer las matrículas anotadas, mientras el policía salía a atender a los coches que esperaban. Tenía unos cinco minutos para revisar el máximo de fechas, nombres y destinos.

Encontró en los tres anteriores meses, cuatro entradas de la matricula BKR 487 L. Memorizó las fechas (6 de septiembre, 22 de septiembre, 10 de octubre y 3 de noviembre), los destinos (siempre Johannesburgo), las personas: Jason Mathebula, Joseph Mabuza. Bheki Shabangu y Dumisani Sibañoni. Los niños siempre tenían los mismos seis nombres Ayize Nkosi, Dingane Dlamini, Nathi Mhaule, Pilane Kaleni. Sizho Hlanganani y Zamile Silongo. Hizo rápidamente una regla nemotécnica con los nombres y apellidos de los adultos: «*Jajo Bhedu y Mama Shasi*».

Entró el policía y el Padre se hizo el torpe.

–Nada, hijo, no veo nada... ¿No podíais escribir más claro?

–Déjeme, Padre: ¿qué día fue?

–Creo que salieron de Hwangue el tres de noviembre muy pronto.

El policía miró de forma rápida y mostrando su destreza. A ver: ¡Aquí está! La misma matricula, Padre. ¡Se dirigían a Johannesburgo!

–Gracias hijo. Me has ahorrado un día de desvío. Dios te bendiga.

–Vaya con cuidado, Padre.

Salió cojeando y mostrando su temblor y se metió en el coche sin parar de memorizar los nombres. Ya en tierra Sudafricana, paró en el arcén y anotó los nombres deletreándolos de atrás adelante. De los niños sólo recordaba algunos nombres de pila: Ayize, Dingane Nathi y Sizho. En cualquier caso, no eran sus nombres, sólo los de los pasaportes falsos que utilizaban una y otra vez para pasar a todos. ¿Cómo eran tan ciegas las autoridades que permitían anotar tantas veces los mismos nombres?

Al otro lado de la frontera paró en Messina. Debía planificar bien los siguientes pasos. Miró a la foto de Buhleve, lo hacía cada poco, para recibir fuerzas. En ese momento vio que en la puerta del copiloto asomaba un papel que alguien había metido desde fuera. Era una carta dirigida a «Mr. Haka» y con muchas faltas de ortografía:

Pregunte y me dijeron que estavas donde Takani. Ten cuidado, esos ombres son peligrosos. Conozco vien a uno de ellos. Es el de la cicatriz en el párpado. Cuando cruzan la frontera, viene a vuscarme. Me trata al principio con amavilidad y luego se va volviendo violento. Se llama Jason, no se su apellido. Sé que vive en Johannesburgo. Lleva siempre un reloj como de oro y unas gafas de sol muy raras, de marca chanel… Tiene otra marca en el cuerpo: una mancha de color vino en la parte de detrás del cuello. Toman «cookies» (mezcla de cocaína y crack). No te puedo decir más. Ojala puedas rescatar a esos ángeles, y ojala esos demonios desaparezcan de la Tierra… y reza para que yo encuentre como salir de esto. Debes quemar esta carta si la encuentras. Si alguien la ve, mi vida corre peligro. Y no digas nada a la policía, muchos están sovornados. Que Dios te vendiga. Lihambe kuhle.

XXXVII

DOS VISIONES DE LA SALUD, SE ENTRELAZAN

San José, lluvias de 1987

Anwele fue trabajando con NoLwasi en formar a mujeres y hombres en todos los pueblos sobre la promoción del preservativo. Crearon imágenes, canciones, obras de teatro y nombres que despejaran el pudor de hablar de las «palabras sucias». Como la Sutherlandia se fue conociendo en Matabeleland como «la planta de NoLwasi» (la madre del saber), relacionaron aquella planta cuyas hojas ayudaban a disminuir el sufrimiento por la enfermedad, a la forma de sus bulbos rojos, el mensaje de la naturaleza y los *amakhosi* (espíritus), a usar preservativos mientras no se supiera si uno tenía la enfermedad. No hacerlo, era atentar contra la vida de otras personas, siempre inaceptable, y más perverso aun cuando eran las que supuestamente más se amaban.

Anwele consiguió también traer tests del SIDA a Sanzukwi, a San José y a Brunapeg. Empezaron a animar a las personas a hacerse el test y así podrían sentirse más seguras de relaciones sin preservativo cuando no estuvieran infectados, y con él si lo estaban, además de usar las plantas del medicamento. NoLwasi habló con Ñanzeme de tal manera que sólo vendieran las plantas cuando se enseñaba el resultado del test. Con apenas medios, mucho corazón y nobleza, y la unión a los espíritus, a la naturaleza y a las personas, aquel grupo de héroes estaba luchando contra la peor plaga jamás vista en Matabeleland, y aun sin saberlo, la peor que nunca vio la Humanidad.

NoLwasi confiaba al principio en el sabio consejo de los antepasados que le llevaron a conocer la planta, en la alianza de Ñanzeme con *nyangas* del país, con Anwele y la forma de evitar su extensión, y con el sentido de vivir honestamente y con mucho amor, la forma más real y natural de volver a la vida plena. Pero empezó a desconfiar de la planta. Aunque tenía algún efecto, algunos enfermos terminaban por ir, aunque más lentamente, por el inexorable camino de la emancipación hacia apagar sus vidas. Intentó aumentar las dosis, mezclar con otros

compuestos, aplicarla a través de laceraciones en la piel. Nada. Seguían usándola, pues ayudaba, pero no curaba. Insistió a Ñanzeme que eso estuviera muy claro cuando distribuían la planta.

Lo más triste fue comprobar que el cariño, abrazos y amor, que daba a los pacientes, mejoraba su ánimo, e incluso las fuerzas y el dolor, pero tampoco conseguía expulsar la enfermedad del cuerpo. Eso lo vio claro en Anwele: al año de estar en Sanzukwi en un grupo de amor y entusiasmo por la vida que nunca antes había conocido, vio que apareció una mancha blanca en la lengua. NoLwasi sabía que era el primer paso de un largo y triste camino. NoLwasi la había dado mucho amor a Anwele, en el sentido psicológico del afecto y la empatía, y en el sentido físico también, con abrazos, caricias y masajes. Tanto, que Anwele había sentido en la choza de NoLwasi alguna vez el deseo de dormir con ella, algo pensado una aberración en la tradición kalanga y ndebele. Pero no por eso, pues NoLwasi y Anwele eran valientes y por amor se enfrentaban a todos los tabúes, sino porque NoLwasi no sentía la atracción física hasta el extremo de diluir sus cuerpos en el placer íntimo. Además, sentía que tenía una unión, de momento profundamente espiritual, pero con un horizonte de aún más plena y mágica luz, con Patxi.

Cuando NoLwasi vio el primer signo, decidió ir a hablar con Jonay, a quien apreciaba profundamente y respetaba en su cariño a los pacientes y en su compromiso por hacer lo mejor por ellos. Sabía que tampoco la medicina de los blancos curaba la enfermedad, pero entre los dos podrían, quizás, alargar la esperanza de Anwele, mientras descubrían otras formas.

Jonay recibió a Anwele en su pequeña Iglesia de ladrillo oscuro. Se abrazaron emocionados. NoLwasi la había acompañado y observaba sentada silenciosamente en una silla de la única sala/dormitorio. Observaba con veneración como Jonay, sanador también, pero de otro mundo de ideas y de inspiración, procedía a investigar cómo la enfermedad se había infiltrado en Anwele. Había un silencio sagrado en aquel rincón de Matabeleland de dos almas volcadas de formas distintas en la sanación hacia una mujer valiente que lideraba la lucha contra la plaga.

Jonay se sentó en una silla frente a otra en la que estaba sentada Anwele. Sin mesas ni barreras de por medio, así le gustaba. Le empezó a hablar y a preguntar mirando a los ojos, sintiendo con ella. Empatía.

Jonay preguntó por cada detalle de la historia médica de Anwele: tercera hija de padres ndebele de Tsholotsho. Su padre había muerto de tuberculosis y su madre vivía con una moderada hipertensión y artrosis en las rodillas. Nació en 1958 de un parto normal, en su casa, y al parecer con peso normal y sin complicaciones. Su madre le dio el pecho un año, y fue a los cinco meses cuando empezó a darle también otros alimentos, empezando por *sadza* diluida, salsas de cacahuetes, papayas, guayabas, mangos, puré de mijo, y poco a poco verduras, alguna vez pollo. Como tantos niños, creció sana y en su tiempo no recibió otra

vacunación que la de la tuberculosis, que ponían en campañas masivas de vacunación, aunque fuera casi inútil para prevenir la enfermedad. A los dos años pasó el sarampión, y hasta los cinco años tuvo frecuentes episodios de diarreas y dos veces fiebre, tos y dificultad para respirar. Durante las estaciones de lluvias tenía fiebres por malaria una o dos veces. Había padecido también tiñas –hongos– en el pelo y en la piel, sarpullido por la sarna, una infección en un brazo, seguramente un impétigo, y había sufrido una vez una grave picadura de un escorpión. Una vez sufrió quemaduras por el fuego de la cocina, y otra vez se intoxicó con sosa que guardaban para lavar. Pero eso era una vida de niña bien afortunada en Matabeleleland y casi le sorprendía a Anwele que Jonay preguntara por esos detalles.

Era privilegiada y había ido creciendo y seguía con vida. «*Ngiyapila*». Un regalo de los espíritus.

Cuando acabó la escuela primaria en la escuela de la misión de Tsholotsho, se quedó en casa trabajando en los campos, con las cabras, con el agua y la leña y cuidando de sus hermanos más pequeños. Su amiga íntima de la primaria, Sibongile, fue a la escuela secundaria en Hwangue. Nunca más la vio. A los diecisiete años tuvo sus primeras relaciones íntimas. Fueron más bien forzadas por un hombre de unos treinta años que la cortejaba. Tras varias veces sintiendo esa presión fue valiente como para rechazarle. Ahí sí que empezó a ser diferente al resto. Era muy selectiva con los hombres, incluso para dar un paseo. Desconfiaba de ellos. A los veinticuatro años conoció a James, un joven que trabajaba en las minas de Hwangue y tenía amigos en Tsholotsho. Parecía un buen hombre y se enamoraron. Mantuvo relaciones con él y fue hablándoles de él a sus padres hasta que entre las familias aceptaron el casamiento.

Construyeron una choza en el *kraal* de los padres de Anwele y empezaron a vivir juntos. James seguía trabajando en la mina de Hwangue y empezaron a surgir tensiones pues ella descubrió que él mantenía otras relaciones en la mina y apenas traía dinero a casa. Anwele padeció varias infecciones de transmisión sexual que Jonay identificó como chancroide y gonorrea. Nunca las trató por vergüenza. James empezó a venir menos al *kraal*. Finalmente se fue a Egoli y entonces supo menos de él. Anwele estaba entonces embarazada. Tuvo muchos vómitos durante el embarazo y la malaria durante las lluvias fue muy severa, llevándola a un estado de confusión. Recibió tratamiento tradicional.

Dio a luz a la pequeña Nothando en el *kraal*, ayudada por una partera tradicional. Le dio también un año el pecho y todas las vacunaciones aconsejadas por el centro de salud construido poco después de la liberación de Zimbabue. Poco después supo de la enfermedad-que-no-se-cura por una amiga que fue consumiéndose y ella cuidó con todo su cariño. Durante una campaña del Consejo de SIDA de Matabeleland, se sintió atraída por la lucha contra la enfermedad y se unió a las actividades, primero en Thsolotsho y luego trasladándose a Mkokoba con su madre, ya viuda y débil, en las oficinas de Bulawayo. Supo entonces, por

amigos comunes que James había muerto en Egoli. Cuando empezaron en su organización a disponer de los test para el SIDA como muestras, los primeros en Zimbabue, se hizo el test y resultó positiva. Tras una semana de enorme angustia queriendo morir pronto y dejar de luchar, un día viendo la mirada de ternura de Nothando, decidió luchar el resto de su vida, la que fuera. Poco después conoció a NoLwasi, y el resto de su historia la habían compartido Jonay y NoLwasi.

Jonay entonces comenzó su exploración de los síntomas, fuerzas, su relación con sensibilidad, y como todo ello influía en el ánimo y la energía de Anwele: había ido sintiendo menos fuerzas, menos apetito y menos serenidad por la noche para dormir. Aun así, seguía activa en sus actividades normales. Era para Jonay un «grado de Karnofsky» nueve, y como todo lo demás, lo fue anotando en un cuidadoso esquema. No había tenido síntomas en sus sentidos de vista, oído, tacto ni gusto. Tampoco había tenido dolores de cabeza ni sentido perdida de fuerzas en alguna parte concreta del cuerpo. Anwele le confirmó que no sentía problemas al respirar, ni fuertes o irregulares latidos del corazón. Tampoco sentía dolores en ninguna articulación. Sólo sentía una leve molestia en el abdomen, en la parte izquierda superior, pero apenas lo notaba. También había tenido algunos picores, coincidiendo con unas pequeños granos por el cuerpo, pero habían ido aliviándose tanto los picores como las lesiones de la piel. Sus reglas siempre habían sido normales pero últimamente eran más cortas y menos abundantes. Sus ritmos de diuresis y de tránsito intestinal eran normales, salvo alguna aislada deposición diarreica.

En ese momento, Jonay le pidió a Anwele que se tumbara en la cama sólo con su ropa interior y cubierta por una sabana. Jonay se sentó al borde de la cama y comenzó su exploración como si de una ceremonia sagrada se tratara.

Jonay comprobó y anotó un estado normal de conciencia. Vio que estaba algo delgada, se notaban los espacios entre las costillas y se marcaban sus huesos pélvicos y los pómulos de la cara. Luego la pesaría en el dispensario. Tomó con atención su pulso mientras la miraba con ternura. Siempre lo hacía durante un minuto entero. Con su dedo anular aumentaba la presión de la arteria radia a su paso por la parte anterior de la muñeca, el dedo índice evitaba el reflujo y el corazón, «de corazón a corazón», palpaba el ritmo y fuerza del corazón y la circulación. Acostumbrado ya a muchos enfermos y poco tiempo y recursos, sabía identificar sólo tomando el pulso con tres dedos, como era no sólo la frecuencia sino una indicación de la presión, del flujo del corazón, de la circulación en el cuerpo, el signo de como fluía la vida en el cuerpo. Veía después como la circulación en el lecho de las uñas de Anwele por su presión, retornaba a llenarlas del tono rosado vital cuando dejaba de presionar. Como cuando las olas bañan la orilla.

NoLwasi lo relacionó con cómo fluía la conexión con los espíritus en el cuerpo.

Mientras pasaba ese primer minuto de contacto táctil y de mirada con el enfermo, Jonay comprobaba también la frecuencia y forma de la respiración, la temperatura en la frente y el cuello, el color de la piel y el brillo de los ojos y tono de las mucosas de la conjuntiva., descendiendo con suavidad y ternura el parpado inferior.

Sentía auténtica veneración por sus pacientes, y sentía como sagrado su permiso para entrometerse en el cuerpo humano y buscar claves para aliviar el sufrimiento. No podía pensar en ninguna otra profesión tan sagrada y a la vez tan maravillosa y mágica. En esta ocasión, aquella ternura con la que investigaba el cuerpo de sus pacientes y en la que sentía muchas más sensaciones que las puramente físicas se expandía por el profundo respeto a la valentía de Anwele, y a la mágica e inefable grandeza del espíritu de NoLwasi, quien observaba en silencio casi místico, aquella forma de ayudar en la enfermedad, tan diferente a la suya. Pero tan igual.

Jonay acercó levemente su rostro al aliento de Anwele para sentir también los diferentes alientos que indicaban diferentes metabolismos y enfermedades. Había tanto que la simple vista, tacto, oído y olfato ya decían de un enfermo.

Sus primeras conclusiones fueron que Anwele tenía un metabolismo acelerado: una leve elevación de la temperatura, su piel transpiraba levemente, su circulación estaba acelerada, con un pulso de noventa y tres latidos por minuto, débil y «filiforme» si lo dibujara en una gráfica, subía y bajaba brusca y levemente, como una leve valla, en lugar de un sólido montículo, haciendo que rellenara los capilares de forma débil y lenta. Tenía un cierto aliento a frutas ácidas, que Jonay relacionó con un metabolismo de sus células con bajo oxígeno, notó también un leve, imperceptible para la mayoría, tono amarillento–rojizo en las mucosas que rodeaban los ojos, signo de que se estaban destruyendo de forma más acelerada de lo normal, los glóbulos rojos. Notó un tono vidrioso en sus ojos, de una hidratación tórpida. Frágil. También notó que las uñas tenían unas finas líneas rojas y otros signos de fragilidad típicos de la falta de hierro. El pelo era también menos flexible de lo normal y las pestañas habían crecido en número y longitud, curvándose un poco, dando un aspecto de una belleza especial, frágil, trémula que Jonay observaba en los pacientes que iban desarrollando el SIDA. La especial ternura que sentía en general por sus pacientes, era mayor por los que padecían aquella terrible enfermedad. La belleza especial que en su fragilidad percibía aún aumentaba ese sentimiento de ternura. Nada era grave y casi todo era imperceptible a los ojos de quienes no estaban acostumbrados y concentrar con tanta atención sus sentidos en el cuerpo, y lo que decía el cuerpo, de otra persona.

Anotó en papel los datos que iba observando en la historia y la exploración.

Observó después con mucho más detenimiento el color de la piel distribuido por el cuerpo y volvió a comprobar ese tono amarillo-rojizo, muy leve sobre todo en las zonas no expuestas, como el abdomen. También percibió un

tono leve morado en las partes distales como la nariz, los dedos de manos y pies, y en las orejas. Confirmaba que el oxígeno llegaba con dificultad a las zonas más lejanas del corazón. Como cuando los ríos se secaban después de la estación de las lluvias. Notó cómo al pinzar la piel del abdomen se retraía lentamente y los pliegues tardaban dos o tres segundos en desaparecer. La piel y sus tejidos estaban mal hidratados. Como las orillas del Sanzukwi cuando se secaba. No decía nada aunque miraba constantemente a Anwele para «animarla». Darle ánima, insuflarle el alma. Ella, tan frágil y temerosa en estos momentos, miraba de vez en cuando a NoLwasi, quien atendía cada gesto con devoción. En las miradas que cruzaban había una complicidad, un entendimiento tácito de dos formas tan distintas de entender el cuerpo y el espíritu, pero en el fondo, tan iguales.

Siguió con detenimiento buscando lesiones que Anwele pudiera tener por el cuerpo. Notó unas manchas mínimas en la espalda, rojo-vinosas, planas, que secaban aún más la piel. Al pedirle a Anwele que se diera la vuelta, Jonay reconoció las manchas de un incipiente sarcoma de Kaposi. Miró a NoLwasi, quien sabía bien era el signo que auguraba el principio del sufrimiento. Sus miradas se humedecieron levemente de tristeza. Esperaron un momento a recuperar la «entereza» y Jonay le pidió a Anwele que volviera a ponerse cara-arriba. Jonay observó en algunas zonas unas dilataciones de los capilares en formas de «arañas» que indicaban mal funcionamiento del hígado, que no procesaba bien algunas sustancias, como las hormonas sexuales, y se producían zonas aisladas de dilataciones de los finos capilares. Vio también como en algunas partes del cuerpo, la piel mostraba unos granos muy pequeños, del tamaño de la cabeza de un alfiler, esparcidos, y en algunas zonas concluyendo en grupo. NoLwasi había visto también a menudo esas lesiones, que a menudo mejoraban mucho con su planta. Jonay sabía que eran signo de una inmunidad alterada y aún reaccionando de forma torpe, antes de que se fuera apagando y dejara abierta la puerta a las infecciones que infiltrarían el cuerpo de Anwele si nada lo remediaba.

Comprobó luego las mucosas observando con la linterna del bueno de Tomás, la boca, faringe, paladar y la lengua. Notó una pequeñas vesículas sobre un fondo rojo alrededor de la boca. El virus del herpes estaba aprovechando la debilidad del cuerpo de Anwele. Con mucha atención fue entonces cuando notó lo que NoLwasi le había contado: una zona blanquecina, como si fuera una capa adherida a la lengua, y en algunas zonas de las amígdalas, que estaban aumentadas, así como en la parte posterior de la faringe. Indicaba que los hongos que habitualmente conviven en armonía en el cuerpo, en este caso los llamados «*candida albicans*» (blanca brillante), colonizaban un cuerpo que se dejaba invadir. Pensó Jonay que como el amor cuando se vuelve pasivo y deja que nos anule la personalidad.

Comenzó a palpar por lesiones debajo de la piel, con mucha suavidad y sin dejar de unir su mirada con la de Anwele. Notó unos ganglios, del tamaño de garbanzos, blandos, no adheridos, algo dolorosos debajo de la piel del cuello,

detrás de las orejas, en las axilas y en las inglés. Algo estaba estimulando la inmunidad, entorpecida por el virus. Mientras seguía explorando, iba pensando en las posibles causas.

Comenzó a adentrarse en el funcionamiento del sistema nervioso de Anwele: conociendo ya su estado de conciencia y de orientación le pidió que mirase fijamente al dedo índice de Jonay, que fue llevando de derecha a izquierda. Notó que su ojo derecho no seguía completamente ese movimiento y se paraba cuando se aproximaba la pupila hacia su nariz. Algo estaba afectando al nervio que movía el ojo izquierdo hacia el interior. Sabía su recorrido por el cerebro y algo estaba presionando o inflamado la base para que eso ocurriera. Notó después que cuando Jonay flexionaba poco a poco el cuello de Anwele, el sentía una cierta rigidez, y Anwele cierto dolor. Comprobó con cierto alivio que la fuerza y la sensibilidad de sus brazos, de sus piernas, de los músculos faciales, parecía simétrica y conservada. Pero al hacerle los reflejos, vio que sus músculos reaccionaban de forma más intensa que lo habitual.

Aunque normalmente esperaba a hacerlo al final, quiso en aquel momento mirar la retina a través del «fondoscopio» que había traído a Zimbabue, regalo de Fernando. Observó en el fondo de la retina unas zonas rojo-amarillentas, de un aspecto granulado como la piel de una fresa. Eran signos que le confirmaban aún más su sospecha. Una tuberculosis diseminada por el cuerpo. Anwele estaba mucho más grave de lo que aparentaba. Intentó disimular su preocupación.

Siguió con detenimiento auscultando la respiración y notó que el murmullo del paso del aire por la esponja pulmonar, estaba disminuido, débil, y era algo irregular. Como el pulso, como la circulación y como la hidratación de la piel. Notó también que en una zona del pulmón podía escuchar un ruido que Jonay ya había escuchado algunas veces: era como el ruido de la pisada en la nieve, según decían los libros. Algo que él no había visto ni oído aún en la naturaleza pero que podía imaginar. Las membranas que rodeaban al pulmón, inflamadas, «pegajosas», se unían en la respiración y se despegaban en la espiración rozándose. En esa zona, Anwele sentía algo de dolor al respirar profundo.

Pasó a escuchar con devoción la locomotora del cuerpo, el corazón. Primero observó que la punta del corazón se movía de forma visible y más fuerte que lo normal en el espacio entre la quinta y sexta costillas, debajo de su pecho izquierdo. Confirmaba el pulso acelerado, luchando con debilidad y torpeza contra la invasión. Al auscultar en aquella zona del vértice del corazón, notó que el primer ruido del corazón estaba aumentado. Las válvulas mitral y pulmonar se cerraban con fuerza pues el ritmo acelerado y su baja hidratación y volumen de la sangre bajaban la presión de las aurículas y se cerraban de forma más fuerte, casi violentas, como disgustadas por la situación, sus válvulas. Además, después de un segundo ruido algo más leve, había un tercero, el llamado «galope auricular». Algo que sonaba como «ken-ta-qui, ken-ta-qui». También pudo oír, aunque me-

jor cerca del lado derecho del esternón, por donde fluía la aorta, un soplo «pffff». que aumentaba y disminuía en intensidad de forma simétrica. Jonay lo dibujaba en sus notas, como un rombo. Todo ello apuntaba a la respuesta del corazón a una debilidad generalizada.

Siguió con el abdomen, mientras hablaba de otras cosas con Anwele para distraer su atención y que se relajara. Le preguntó por Nothando, por la vida en Sanzukwi, por los resultados de los primeros tests, por cómo los hombres y mujeres se interesaban por el uso del preservativo. Mientras tanto, fue notando que bajo el borde costal izquierdo, el bazo estaba aumentado de tamaño y le dolía un poco a Anwele si él palpaba con profundidad. El resto estaba normal, incluidos el hígado, los riñones, la exploración ginecológica y las articulaciones.

Cuando había concluido su delicada exploración, le pidió a Anwele que se vistiese y los tres se sentaron en torno a una pequeña mesa de madera que Jonay tenía en su habitación.

–Jonay, ¿qué tengo? No sientas miedo en decírmelo. He visto ya a muchas personas ir padeciendo la enfermedad y sé que me va a tocar antes o después.

NoLwasi observaba y cogía con fuerza la mano de Anwele.

–Lo siento, Anwele. Es cierto que la enfermedad está progresando en ti. Tienes los criterios que la Organización Mundial de la Salud considera como SIDA, y estás en el segundo estado de la evolución. Aún tienes fuerzas, no tienes diarreas, tu cuerpo no está muy afectado. Pero estas débil y tienes algunas infecciones que tenemos que tratar.

–Gracias, Jonay, sé que en tus manos y las de NoLwasi –se la apretó mientras lo decía– estoy rodeada de la mayor ternura y del mejor cuidado.

–Tenemos algunos medicamentos para tratarte esas manchas blancas, esas vesículas en los labios, o esos granos por la espalda. Aunque creo que NoLwasi las trata mucho mejor que nosotros, los de las pastillas de colores.

–No creas, Jonay –dijo NoLwasi– Juntos podemos darle lo mejor. Anwele lleva un tiempo tomando mis hierbas y aunque mejoró al principio, sobre todo de los granos que tanto le picaban, ha ido perdiendo fuerzas.

–Además de esas infecciones no graves y la pérdida de las fuerzas, creo que tienes una infección importante en todo el cuerpo que tenemos que confirmar. Esa es la mala noticia. Pero lo bueno es que, si la confirmamos, podemos tratarla y mejorarla mucho.

–Gracias, Jonay. Dime qué es lo que debo hacer. Quiero vivir. Quiero ver crecer a Nothando. Quiero ayudar a mi pueblo a protegerse de este horror.

–Tengo que sacar un poco de líquido de tu espalda, y estudiarlo. Lo saco con una aguja fina, es algo doloroso pero importante que lo hagamos.

–Pues adelante, Jonay.

–Tendrás que quedarte algunos días aquí en San José. Y quizás tengamos que ir a Brunapeg para verte en radiografías, o al menos llevar algunas muestras de sangre o del líquido que te decía. Lo hablaré con Ndlovu por radio.

–De acuerdo.

–Yo me quedaré con ella para cuidarla, y quiero aprender de ti, Jonay. He sentido una veneración espiritual en cómo buscabas formas de ayudar a nuestra hermana.

–Yo deseo aprender de ti, NoLwasi, aun sabiendo que nunca tendré tu fuerza mágica. Pero quiero saber tantas formas que tiene la naturaleza para ayudarnos en nuestra debilidad. Y no depender de pastillas y toda la industria y negocio que las rodea.

Fueron a la sala del dispensario donde Rose les ayudó para hacer una punción lumbar. Jonay extrajo unas veinte gotas de un líquido opalino que confirmaba sus sospechas. La tuberculosis, que en personas con defensas normales afectaba al pulmón, se había diseminado por todo el cuerpo de Anwele, incluidas las meninges, y por eso afectaba al movimiento de su ojo, por eso tenía dolor en el cuello, por eso la fiebre, la debilidad, los ganglios, la forma de latir y respirar.

Guardó aquel líquido para analizarlo con una tinción y su microscopio de MacArthur al final de la jornada, pero Jonay no tenía ninguna duda. Empezaron el tratamiento. Se trataba de unas pastillas de los mismos medicamentos que le contaba Fernando de Sierra Leona, ya obsoletos en los países ricos, pero eran los únicos asequibles para el gobierno de Zimbabue. A los medicamentos orales, se unía una inyección diaria de estreptomicina, que Rose empezó a administrar. En los siguientes días NoLwasi aprendió y lo iba haciendo ella, mientras le trataba las otras molestias e infecciones menores con sus sabios remedios, que Jonay comprobó eran mucho más eficaces que los que él podría dar.

XXXVIII

EL AGUA QUE LIMPIA EL MIEDO

San José, lluvias de 1987

NoLwasi pasó una semana en San José. Cuidaba de Anwele con toda ternura. Habían desarrollado una profunda amistad. Aún débil, Anwele dio algunas charlas sobre la importancia del preservativo en el dispensario a grupos de mujeres y de jóvenes. NoLwasi tenía tertulias entrañables con Jonay. Aprendían el uno del otro en sus formas de entender el cuerpo. La relación con lo físico que conocía Jonay, la relación con lo espiritual que sentía NoLwasi. Le ayudó a cultivar un huerto en la misión con Sutherlandia y otras plantas medicinales. Jonay le enseñaba a mirar por el microscopio algunas muestras de sangre. Era ya la estación de lluvias y vieron algunos casos de malaria que Jonay le explicaba con símbolos:

–Estas fiebres las provocan unas pequeñas criaturas con forma de anillo, mira aquí. Ven conmigo.

Fueron a la sala donde un niño tenía fiebres altas y escalofríos. Jonay le explicó que tenía que hacerle un pequeño pinchazo, como un pequeño arañazo de una espina de acacia, y ver en su sangre la razón de la fiebre para darle el mejor tratamiento. Una vez que el niño y su madre aceptaron, Jonay le pinchó suave pero rápidamente la pulpa de un dedo y dejó que cayesen dos gotas de sangre sobre un pequeño cristal. Lo llevó con NoLwasi a su casa donde revolvió con la misma aguja con la que le había pinchado al niño, haciendo una «papilla» de aquellas gotas de sangre. Hablaron de la vida y las estrellas mientras se secaba la sangre. Luego añadió unas gotas de un líquido morado (tintura de Piensa) con el que, Jonay le explicaba a NoLwasi, podrían ver a aquellos «anillos invasores». Mientras se secaba de nuevo ese líquido que teñía la sangre, Jonay le explicó a NoLwasi:

–Cuando vienen las lluvias, hay unos pequeños huevos que se convierten en larvas. Esos huevos (le enseñó unos que tenía guardados), pueden esperar incluso años a que haya las condiciones necesarias para evolucionar a otra forma de vida.

NoLwasi pensó que esa idea era como las transformaciones a espíritus, y en diferentes dimensiones de la vida de los espíritus. Jonay había recogido algunas larvas de un agua estancada en la misión y varios mosquitos que había guardado en un vaso tapado con tela por la que transpiraba el aire.

–Es así cuando son larvas que crecen en el agua estancada, y después de una semana, se convierten en mosquitos como éstos que ves en el vaso, que también sólo viven una semana.

NoLwasi los miró con suma curiosidad. Tenía nombres y significados para cada una de las plagas de insectos que cada varios días cambiaban durante la estación de lluvias. Para ella, cada especie tenía una función en la vida. Unos limpiaban los campos, otros las hojas de los árboles, otras se enterraban y mantenían limpia y rica la tierra, otras entraban en los espíritus de las aves para ligarles a la tierra y evitar que volaran por encima de las nubes y se fueran a otros mundos. Aquellos mosquitos eran difíciles de ver, más bien se oían su «zzzzzz». Para NoLwasi y los suyos era la preocupación de un espíritu que les levantaba por la noche para que, al mirar las estrellas, hayásemos soluciones a nuestra falta de armonía.

Puedes ver aquí en uno de ellos que tienen unos palpos, al lado de esas antenas peludas, que sirven para dirigir esa aguja firme y recta en el centro. Los machos sólo toman néctar, una especie de azúcar líquido, de las flores, pero las hembras necesitan hierro. Por eso nos pican, para obtener su sangre. Sin ella, no podrían poner huevos.

–Es curioso, las mujeres también precisan de más fuerza en épocas de embarazo, yo les doy a chupar unas piedras que dan mucha fuerza a su sangre.

Jonay pensó que seguro que esas piedras tenían hierro, costumbre de muchos mamíferos, y pensó en las similitudes en todas las especies animales, incluida la humana.

–Así es que el mosquito hembra, mientras chupa sangre humana para poner sus huevos ingiere parásitos de las personas que tienen los parásitos en la sangre. Ahí se mezclan machos y hembras del parásito, esa mezcla de genes mágica que adapta a las especies a la naturaleza cambiante. Es como el «viaje de novios» del parásito en las «líneas aéreas Anofeles», su mosquito aliado. Y después ponen a sus hijos en una nueva persona conde crecen y se multiplican. Hasta que llega el momento de volver a mezclar sus genes.

–Jonay, me tienes que explicar qué son los genes, los viajes de novios. No entiendo bien. Sí que es verdad que mezclarnos durante nuestra vida es parte de nuestro destino, de nuestro camino por la naturaleza de la que venimos y a dónde vamos.

Jonay se dio cuenta que se había dejado llevar hablando en su propia clave de símbolos y conceptos, sin respeto o acercamiento al mundo mágico de

NoLwasi. Pensaba que realmente todos los pensamientos ajenos que no entendemos pero en los que intuimos poder son «mágicos». Seguramente lo que pensaba él era mágico para NoLwasi.

–Jonay, no piensas que si los mosquitos realmente necesitan sangre para vivir y reproducirse, y sólo nos quitan una poca y podemos vivir, ¿es bueno darles un poco? Si están en el mundo es porque *Mkhulumkhulu* los quiere en el universo.

–Pensamos que los hombres han vivido desde hace 2 millones de años, unas 25,000 generaciones. Los mosquitos varios cientos de millones de años y el parásito de la malaria varios miles de millones de años, ambos casi perfectos mecanismos de supervivencia de especie, mejorada generación tras generación, millones de veces.

Pensó Jonay que incluso esos conceptos de números tan inmensos serían extraños para NoLwasi.

–Lo que quiero decir, NoLwasi, es que hace mucho antes de que los hombres empezaran su vida en esta Tierra, existían los mosquitos, y aún mucho antes, los «anillos» de la fiebre. En cada mezcla genética aumentamos nuestra capacidad de adaptarnos a la naturaleza y sus cambios. Por eso el hombre sufre más en esta relación con el parásito: aún no nos hemos adaptado bien a convivir con ellos. Nos cuesta unos cinco años de constante convivencia el aprender a convivir con ellos y no sufrir fiebres, dolores, incluso morir en el intento, con nuestras arterias por donde circula nuestra sangre bloqueadas por el parásito. Durante esos cinco años necesitamos ayuda para que la adaptación no nos haga tanto daño.

–Entonces, si evitamos que nos infecten los mosquitos, ¿nunca aprenderemos?

–Sí, pero además, si sólo nos pican cuando hay lluvias porque el resto del año todo está demasiado seco para los mosquitos, entonces nunca aprendemos del todo y siempre sufrimos.

–Es curioso, es como el temor, el miedo.

–¿Qué quieres decir, NoLwasi?

–Por miedo nunca conocemos del todo a los extraños y así nunca acabamos de entenderles y quitarnos ese miedo.

–Si pero imagínate que esos extraños sólo viniesen una vez al año, no entendiésemos su lenguaje, y ellos, sin saber que nos hacen daño, quemasen nuestras casas y nuestros cultivos ¿qué harías?

–Invitarles a que se queden más tiempo.

–Pero eso no es posible, NoLwasi. Nuestros ríos y campos se secan cuando se van las lluvias y nuestro cuerpo, que apenas había empezado a conocer al visitante de la malaria, se olvida enseguida.

–Es difícil, sí. Me pregunto por qué Mkulumkulu nos ha puesto a vivir juntos, si no nos da tiempo para conocernos y «adaptarnos» como tú dices. Nosotros pensamos que las fiebres nos recuerdan, durante la estación de las lluvias, el calor que ha habido y habrá. De debajo de la tierra, con el calor de tantos meses de sequía, sale el mensaje para que no olvidemos el ciclo de la vida, y que tenemos que plantar en las lluvias para recoger después y vivir. ¿Será posible que tengamos ese recuerdo a menudo y de forma suave y así mantengamos a nuestros cuerpos en armonía con la naturaleza?

–Creo que tus pensamientos, NoLwasi, llegan a un plano espiritual y universal que no puedo entender. ¡Pero te respeto tanto! ¡Cuánto deseo aprender de ti! ¡Inspirarme en tu «armonía».

–Es curioso. Los huevos se esconden en la tierra, aliados con un poco de humedad que se va ocultando debajo de la tierra seca. Mira, ya está seca la tinción: mira por este agujero esos «anillos» de las fiebres.

NoLwasi miró asombrada. Ahora veía que el mensaje de la tierra hacia las fiebres de las lluvias tenía la forma del sol al atardecer.

Había pasado una semana y Anwele, con sus inyecciones diarias, había ido mejorando. Jonay mandó, con unos viajeros, el tubo del líquido que rodeaba la medula de Anwele, a Ndlovu en Brunapeg para que buscaran allí con técnicas que él no tenía todavía en San José, la bacteria de la tuberculosis. No la encontraron, pero era difícil que se viera así. Anwele había mejorado con el tratamiento y eso era lo importante.

Sin embargo, esa tarde, Anwele notó que las manchas de color rojo habían aumentado, y que empezó a tener la diarrea que tantas veces había visto en los enfermos de SIDA en su última etapa. NoLwasi fue a buscar a Nothando, tal y como le pidió Anwele.

Volvió al día siguiente con la pequeña, pues Jonay dijo que con el tratamiento, Nothando estaba a salvo y no recibiría la infección. Se pasaron gran parte del día abrazadas y acariciándose, haciendo bromas, hablando de la vida. Por la tarde, Nothando fue a jugar con Joseph, construían con alambres y trozos de madera ingeniosos aros y carretas de miniatura.

NoLwasi fue a ver a su amiga. Se sentó en el lado de la cama.

–NoLwasi. Eres la persona más buena que he conocido.

–No digas eso. Todos somos la misma energía. La bondad está en todos nosotros. Unos la expresan con menos miedo que otros. Y otros la perciben más claramente de unos que de otros. Tú eres la persona más valiente que yo he conocido. Y la valentía, es la expresión del amor.

–NoLwasi, tú y yo sabemos que moriré pronto.

–No lo sabemos, Anwele. Puede ser que sí. Tú lo sabes muy bien. Pero entre Jonay y yo vamos a hacer todo lo posible para que venzas a esta enfermedad. Si

alguien merece sobrevivirla eres tú. No sólo tu vida es preciosa, sino que lo es para Nothando pero para mucha gente de Matabeleland también. Todos necesitamos de tu valentía.

Se miraron profundamente. Cogidas de las manos. Sobraban las palabras. La mezcla de amor con temor, de tristeza con esperanza, de aferrarse a la vida o dejarse ir agotada por el dolor y el cansancio.

En ese momento, las lágrimas empezaron a surcar el rostro trémulo de la persona más valiente de Matabeleland.

Instintivamente, sin saber por qué, NoLwasi arrancó una de las cascaras huecas de cacahuete que llevaba en su collar y recogió suavemente las lágrimas de su amiga. Le pidió a Rose un tubo como en el que Jonay había guardado una semana antes el líquido de la espalda de Anwele. Puso las lágrimas en el tubo y lo guardó.

Necesitaba ir a un *kopje* cercano a hablar con los espíritus. Estaba lejos de su «altar ante el mundo», pero necesitaba otro lugar parecido. Anduvo hacia el oeste durante veinte minutos y encontró una leve elevación de rocas donde también crecían algunas acacias y mopanes. Se subió a ellas y miró al atardecer y las inmensas llanuras hacia el infinito. Necesitaba sentir la voz de los espíritus. Sentir a Masora y Mandla. Les llamó:

–¡Mandla, Masora, Amakhosi, Obaba, Omama, Umkhulumkhulu! ¡No me dejéis sola! ¿Qué hago para parar tanto sufrimiento?

En ese momento cayeron varias hojas de Mopane. Era la estación en la que, además de las larvas de los mosquitos que le había contado Jonay, crecían otras larvas en formas de gusanos que trepaban por los troncos de mopane y se alimentaban de sus hojas. En unas semanas, los gusanos que sobrevivieran la agresiva caza de los colectores de *amacimbis*, se convertirían en mariposas.

NoLwasi vio una de esas mariposas. La primera de este nuevo ciclo de la vida en Matabelelenad. Era majestuosa, y las manchas en sus alas, con dos figuras redondas de un color granate profundo rodeado de blanco, como ojos atentos en la incipiente noche estrellada. Eran el signo que esperaba NoLwasi. Estaban allí con ella. Los espíritus. Con la voz de la sabiduría. Pudo sentir la fuerza de Mandla. Casi olía su aliento y su piel, sentía su calor. Oía sus sabias palabras. Mirando a aquellos dos ojos mágicos en la noche oscura de Matabeleland, dijo:

–*Mandla, Umkhulu wami*. Dime ¿qué debo hacer?

La mariposa empezó a volar lentamente y NoLwasi la siguió con veneración. Así llego a una pequeña caída de agua que de la roca fluía hacia un pequeño arroyo nacido de las lluvias. La mariposa se poco encima de la roca, al lado de la caída del agua. En ese momento NoLwasi se fijó que había una cascara de cacahuete al lado de la mariposa. NoLwasi entendió el mensaje: debía lavar con agua limpia el líquido de Anwele. Y esa sería la medicina que la salvaría. No entendía

por qué ese era el mensaje. Pero supo que era cierto porque al sonreír a la mariposa de los ojos mágicos, levantó el vuelo y desapareció en el horizonte.

NoLwasi mezcló las lágrimas de Anwele contenidas en el tubo donde las había guardado, con el agua fresca de ese pequeño arroyo. Hizo un baile de ofrenda a los antepasados mientras agitaba aquella mezcla. De forma intuitiva, vació la mayor parte del frasco, volvió a llenarlo y a agitarlo con fuerza, con rabia, con esperanza, con temor, con amor. Repitió ese proceso hasta diez veces.

Volvió a San José y entró en la sala donde intentaba dormir Anwele.

–Anwele, Udade wami. Confía en mí.

–Confiaré siempre.

NoLwasi cogió una aguja como la que había usado Jonay para ver la sangre del niño con fiebre. Le hizo un pequeño corte a Anwele en la pulpa de un dedo. Espero a que saliese un poco de sangre. Miró a Anwele por si veía en ella una expresión de temor o desconfianza. Estaba sonriendo, como si hubiera esperado ese acto siempre. NoLwasi sacó el tubo con las «lágrimas limpias» y bañó la sangre y la herida con aquel líquido. Con la «infección» limpia y renovada bajo la guía de los antepasados, de los ojos de Mandla y con las estrellas por testigo.

NoLwasi le dio un abrazo profundo a Anwele.

–*Mandiro. Udade wami* (buenas noches, hermana mía.)

Salió sola a la noche de San José, de aquel mágico lugar de amor y valentía. Al mirar hacia el oeste donde se había puesto el sol, donde le había hablado Mandla, donde había encontrado una nueva esperanza, vio una silueta. Su corazón dio un vuelco y sus ojos se humedecieron. La fuerza era tan incontrolable que no pudo pensar. Se aproximó hacia aquella silueta que era como su sombra, su propio ser.

El abrazo ya nunca acabaría.

NoLwasi y Patxi, estaban unidos para siempre.

XXXIX

SERÍA UNA BUENA IDEA…

Londres, 1988

Aimsa seguía en su barco en la Marina de Berkeley escribiendo y dando alguna clase sobre el derecho a la salud. Pero su vista estaba en el horizonte. Empezó a escribirse con el amigo de Rob, el misionero de Zimbabue. No tenía mucho que ofrecer con sus manos, pero quería luchar contra la injusticia que dividía al mundo en el SIDA de los ricos y el de los pobres. Y para ello, necesitaba la empatía en el lugar más afectado por le epidemia. Según sus análisis, el epicentro estaba en un triángulo entre Botsuana, Zimbabue y Sudáfrica.

Mientras su ilusión estaba en volver a la vida que toca, abraza y siente; la que no se disfraza de palabras ni se protege con botones, Aimsa ya era un referente tanto para científicos como activistas del SIDA. Se mantenía también en contacto con Marc, quien había mejorado con zidovudina y quien con sus contactos en la industria farmacéutica, le informaba de todos los posibles avances, lucro de las compañías y la perversión de luchas para blindar patentes y seguir viviendo en la insaciable avaricia del capitalismo. Había también escrito artículos que demostraban la perversión de la doctrina católica de condenar el uso del preservativo, la única «vacuna» eficaz para el SIDA, pero que tocaba una parte del cuerpo tabú para esa y otras religiones.

Un grupo de organizaciones en defensa de los derechos del SIDA, le propuso pagar los gastos para ir a una conferencia en Londres, donde se reunían representantes, entre ellos muchos ministros de salud, de casi ciento cincuenta países. Pero Aimsa no aceptó. Ella se pagaría el viaje: necesitaba hablar con libertad, no coartada por quienes tenían el dinero..

Aimsa tomó el avión desde San Francisco hasta Nueva York donde tuvo unas diez horas de tránsito que le permitieron ir a la ciudad y visitar aquel centro de poder del mundo. Visitó la estatua de la Libertad donde sintió la grandeza de la libertad pero cómo la avaricia, dueña del mercado, la corrompía. Fue luego al

Empire State donde subió al último piso y vio la ciudad que crecía hacia el cielo. Aunque sentía su grandiosidad no entendía ese afán de vivir unos encima de otros. Pensó en los hacinamientos de las ciudades de India donde pasó su infancia reflejando el mismo extraño fenómeno humano de vivir concentrados, lejos de la naturaleza. Pasó por el edificio de las Naciones Unidas y pensó en el valor de aquella idea que surgió al otro lado de donde su barco reposaba en la Marina de Berkeley, cuando en 1945, con el dolor de la guerra todavía en las entrañas, cuajó la idea de un mundo unido. «Pero qué lejos estaban de ello». Pensó que ella tenía cosas que decir allí dentro y quizás llegara un día su momento. Pasó las últimas horas en el Central Park donde había una gran cantidad de gente atendiendo a un concierto de dos músicos que en ese momento cantaban «The Sound of Silence». Pensó cómo el SIDA estaba encadenado al silencio y el temor. Pero a la vez ella sentía una gran veneración por el silencio.

Siguió su viaje a Londres.Viajaba de la capital del poder imperial del mundo actual, a la que lo fuera cuando su madre crecía en su India natal. Había leído los libros y biografía de Gandhi en que mencionaba aquella ciudad, centro del dominio de medio mundo en los dos siglos anteriores. Aquellas descripciones se mezclaban en su diario de experimentos con la verdad, su principio de *aimsa*, la no violencia, y las historias que le contaba Sri de su tiempo con aquel gran hombre en el *ashram*. Llegó a Londres por la mañana de un domingo de marzo. Dejó la maleta en el hotel, cercano a Russell Square, se lavó la cara y fue a pasear. Dio una vuelta a la plaza en nombre de aquel filosofo al que tanto había leído y admirado, Bertrand Russell, y su conquista de la felicidad. Fue luego hacia el Museo Británico. Le impresionó el arte milenario faraónico, aunque sintió tristeza del expolio imperial que reflejaba aquel museo. Pasó por delante de la mítica Escuela de Medicina Tropical, donde estudiaban los científicos líderes en el conocimiento de la salud en África y otras regiones tropicales. Siguió hacia Tottenham Court Road y bajó la bulliciosa calle hasta que llegó a Trafalgar Square y la gran columna de Nelson. En frente de la Embajada de Sudáfrica había un grupo que llevaba ya diez años, día y noche, manifestándose contra el apartheid y pidiendo la liberación de Nelson Mandela, otro gran hombre a quien admiraba. Entró en la cripta de Saint Martin in the Fields y se concentró en meditar, viendo a su alrededor un caleidoscopio de culturas e idiomas, visitando o transitando en aquella mítica ciudad. Bajó hacia el parque de Saint James donde paseó y fue viendo a lo lejos el gran palacio de Buckingham. Como con las catedrales y palacios megalómanos, sintió pena más que admiración, y le dio lástima ver a aquellos soldados inmóviles haciendo guardia. Inmóviles y protegiendo al poder. Cuerpo y alma paralizados por el absurdo. Siguió caminando hacia Green Park y acabó llegando a Hyde Park Corner, entrando en aquel magnifico parque, parecido al que había visto el día anterior en Nueva York. Grandes praderas, árboles plátanos, robles, laureles de su tierra, la India, de hasta cincuenta metros, eso sí que era a sus ojos monumental, venerable.

Fue llegando hacia una esquina del parque en la que notó un bullicio de gentes. Según se fue acercando fue notando que la gente se arremolinaba en torno a algunas personas quienes, subidas en cajas de madera o de plástico, estaban hablando de diferentes temas. Preguntó a qué se debía aquello y unos paseantes le explicaron que aquel rincón se llamaba «Speakers' Corner», y tradicionalmente los domingos por la mañana se llenaba de personas que hablaban de diferentes temas y muchos más curiosos que les escuchaban. Una ley británica estipulaba que si uno no tocaba suelo inglés (y en este caso las cajas les aislaban), podrían hablar de cualquier cosa, incluso criticando a la Monarquía. Se acercó al primero y vio que hablaba con vehemencia de la salvación a través de la fe en Jesús. ¿Quién podía, en su sano juicio, pensar en un Dios, Creador del inmenso y maravilloso universo, y que hubiese sido tan imperfecto e injusto para mostrar una palabra de verdad sólo a una parte de la Humanidad y durante un corto periodo de tiempo? Quien creyese eso, no podía tener un corazón justo, no podía sentir el amor a toda la Humanidad y a la vez aceptar ese «privilegio» de verdad «selectiva». Además, ella había intentado leer el Antiguo Testamento y a las cien páginas pensó que el autor de aquello debería estar cuestionado por falsedad. Tantas historias imposibles. Intentó debatir esas incongruencias con aquel hombre, ante el asombro de los viandantes, pero era imposible seguir un mínimo razonamiento lógico.

Después se acercó a otro que, en el extremo opuesto del pensamiento, decía que no había ningún Ser Supremo y que seríamos pronto sustituidos por otra especie, y que parecía que la especie que nos haría desaparecer y tendría supremacía en nuestro diminuto planeta dentro del gran universo, sería el virus del SIDA. Aimsa, sin miedo a decir su opinión, le contestó que el virus del SIDA no podía vivir sin nuestras células y genes, y que lo natural sería una adaptación mútua, pero que esa simbiosis, podría tardar cien años y cobrarse, durante el periodo actual de relación de daño, otros cien millones de vidas. La gente empezó a preguntarle cuestiones a Aimsa, al ver que sabía con tanto detalle la historia del SIDA, y también comprobar su gran inteligencia en tantos temas.

El hombre aquel también lo pensó y le cedió la caja de madera. Aimsa comenzó a hablar del SIDA a la gente que se fue aglomerando a su alrededor, incluyendo los que más por curiosidad que por interés, rodeaban al fanático cristiano. Explicó los posibles orígenes de la epidemia, el estrago que causaba ya en docenas de miles de personas enfermas, pero la gran epidemia silenciosa de millones de personas infectadas e infectantes, sin saberlo. Habló de la responsabilidad ética de usar el preservativo, de hacerse el test y de acceder pronto al tratamiento. Habló del negocio inhumano de las compañías farmacéuticas, con beneficios de cientos de millones de dólares, mientras había miles de personas muriendo sin acceso al tratamiento.

Cuando le preguntaron sobre la existencia de Dios, habló del universo, de la materia y la energía, el tiempo y el espacio, las ideas que hacía tiempo había

dicho en aquel *ashram* al borde del Himalaya. Explicó las teorías de Einstein y la incertidumbre cuántica. Acabó diciendo que somos una energía compartida, y en esa naturaleza amamos, soñamos, nos sentimos infinitos y eternos, de alguna manera, porque así lo somos. Y la materia y el límite temporal y espacial de nuestra consciencia es un estado pasajero de atrapamiento, de descanso, de la energía que fluye y de la que somos parte. Hablaba con tanta delicadeza, sencillez y humildad, y a la vez con tanta sabiduría, que se fueron juntando unas doscientas personas que la escuchaban en un silencio de veneración.

Después siguió andando por estrechas calles paralelas a Oxford, y llegó a Piccadilly viendo a Cupido apuntar con su flecha y sintiendo deseos de pronto ser atravesada por ese sentimiento, que aún no había tenido en su vida. Cruzó el Soho y llego a Covent Garden, donde músicos callejeros, actores, cómicos daban color y vida a una ciudad que, por lo general estaba plagada de gentes «que-no-cruzaban-miradas». Gentes que sentía, eran huérfanos de abrazos, náufragos de caricias. Ella de alguna manera también lo era, y su deseo de compartir latía a flor de piel.

Siguió paseando por calles y plazas con enormes robles y los blancos edificios de estilo Victoriano, aún con el sabor y majestuosidad de una ciudad que se supo durante dos siglos el centro del mundo. Le asombraba, como le ocurrió también en Nueva York y en San Francisco, el paso rápido de la gente, las miradas perdidas y las expresiones frías, como el clima. Pensó en la magia y el regalo de mirar las estrellas: aquellos fotones viajando millones de años para que los acogiéramos en nuestro cuerpo y alma. Esa energía de la que somos parte. Y pensó también en la energía de dos miradas que se cruzan aún en segundos de afecto y ternura. ¡Cuantas oportunidades perdidas por ir mirando a la acera o al infinito! ¡Cuantas sonrisas perdidas en el saco oscuro del tiempo ausente del amor!

Mientras iba caminando con esos pensamientos, cuál fue su sorpresa que se encontró en el centro de la plaza de Tavistock con una estatua de su mayor inspiración, Mahatma Gandhi. Fue tal la impresión, que al verlo, en el medio de aquella solitaria plaza de un lunes por la noche de marzo, no pudo dar un paso más. Se quedó mirando su rostro sereno y casi sonriente-sin-sonreír, del cual sintió una gran vibración de paz. Luego se sentó frente a él, en un banco, y le estuvo mirando un buen rato para después simplemente cerrar los ojos y «sentir con él».

Pensaba con dulce serenidad cómo aquel indio mítico y aquella intocable metida ahora en el mundo de las palabras entre los países se vean por fin «frente a frente« en medio de una plaza solitaria de Londres. Y pensó con una sonrisa en la respuesta de Gandhi cuando un periodista le preguntó al volver a aquel país:

–¿*Qué piensa de la civilización occidental?*

–*Pienso que sería una buena idea.*

Aimsa pensaba en sus meditaciones que tenía que tratar con más amor y con humor, a sus oponentes, en los debates sobre los derechos del SIDA. Pero a menudo le podía la rabia cuando comparaba las relaciones de opulencia con el dolor, la avaricia con la destitución.

Había conocido por Rob una red llamada *couch surfing,* por la que se compartían cuartos, camas, sofás o incluso un rincón donde acostarse. Así ofrecería su barco y viajaría siempre compartiendo, no consumiendo. En Londres se quedó en casa de un enmarcador de cuadros llamado David.

Comenzó la gigantesca reunión, con unos ochocientos participantes de todo el mundo. Aimsa pensó en cuántos tratamientos podrían comprarse con el gasto de la conferencia. Se recuperó pensando que intentaría contribuir sin miedo en aquella reunión, quizás influyendo en algunos ministros, para bien de tanta gente que sabía estaba sufriendo la terrible plaga. Estaba sobre todo interesada en conocer la situación en África y entender cómo podría ella, desde su pasión, ayudar a aliviar tan enorme sufrimiento.

La reunión duró cuatro días y hablaron docenas de conferenciantes de todo el mundo.

La inauguración por la princesa Diana fue muy controvertida. Aimsa detestaba esas realezas rodeadas de lujo y pretendiendo ser almas generosas, cuando vivían en la opulencia que se basaba en la injusticia. ¿Cómo tanta hipocresía podía ser tolerada y hasta aplaudida y venerada por millones de personas inteligentes e informadas? En su discurso, alguien le escribió en el texto que leyó, la tragedia de las «víctimas inocentes», implicando que podría pensarse también en victimas «culpables». Recordó su polémica con el senador republicano en Berkeley, al principio de la epidemia.

El «General Surgeon», equivalente a ministro de la Salud americano, habló de la cuestión controvertida sobre la que Aimsa había escrito varios artículos: la responsabilidad de hacerse el test y actuar en consecuencia. El debate entre la confidencia individual y la salud pública. Defendió la libertad individual, informada y responsable. Aimsa conocía bien la campaña que había dirigido de información a cada hogar americano y aunque estaba de acuerdo en que se hablase sin tapujos del sexo y los riesgos, desde las escuelas a la televisión y los hogares, pensaba que lo había hecho de una forma no respetuosa con los gays, y estigmatizándoles aún más. Por otro lado, sentía que debía hacerle una pregunta en público, y cuando tuvo ocasión así lo hizo, frente a unos quinientos asistentes a la conferencia.

–Dr. Koop, me llamo Aimsa y soy investigadora de ciencias políticas y derecho internacional en la Universidad de Berkeley. Quisiera preguntarle ¿por qué usted ha permitido que unas compañías se enriquezcan escandalosamente manteniendo los precios del tratamiento del SIDA, priorizando los beneficios a la vida de millones de personas en el mundo?

El Dr. Koop, detrás de su barba tipo colonial, se irguió en desagrado y frunció el ceño hacia aquella joven india que le hablaba desde las últimas filas. Sus asistentes le habían preparado para ese tipo de pregunta, y siguió el guión defensivo:

–Señorita, el gobierno americano reconoce y respeta el derecho de los investigadores y de las empresas para invertir en adelantos de la medicina, y recuperar sus inversiones bajo la protección de patentes. Si desmontásemos ese derecho, ese reconocimiento al esfuerzo, la inversión, el ingenio, destruiríamos la chispa del progreso. Al mismo tiempo, el gobierno americano ayuda a aquellas personas que no pueden pagar esos precios, justos para los esfuerzos de la investigación.

Aimsa ya esperaba ese argumento.

–Entonces, Dr. Koop, ¿usted considera lícito que alguien multiplique por más de cincuenta veces sus inversiones y en ese beneficio mueran millones de personas? ¿Ha pensado en el efecto en África?

Un murmullo llenó la sala y el Dr. Koop cambió su tono y se mostró agresivo:

–Nuestro sistema de libertades no puede permitir que la ciencia sea ahogada por argumentos socialistas que acabarían con nuestro sistema de valores ¿Siguiente pregunta?

Aimsa le hubiese dicho muchas cosas, pero le quitaron bruscamente el micrófono. Al salir de la sala, un hombre alto, con una cabellera larga y blanca y una mirada perspicaz, se acercó a Aimsa y le dijo:

–Soy Timothy Stamps, ministro de Salud en Zimbabue. Tiene usted toda la razón: mientras unas compañías europeas y americanas se enriquecen, miles de personas mueren cada día en África. La felicito por su valentía.

–Doctor Stamps, gracias por su aprecio. De hecho, estoy en contacto con una misión en su país, y tengo intención de visitarla y ofrecerme para aliviar el sufrimiento. Creo que no se puede permitir este abuso del poder de las empresas mientras la gente muere.

–Si viene, no deje de visitarme, le dejo aquí mi tarjeta.

Aimsa se había informado que este médico galés, el único blanco en el gobierno del dictador Mugabe, había luchado por la liberación de Zimbabue y contra la minoría racista de Rhodesia del Sur, había formado parte del partidos de Mugabe desde cuyas consignas socialistas había ligado la salud a los derechos sociales, incluidos los derechos a la tierra. Tenía cuatro hijos adoptados y alternaba su trabajo de ministro en la capital, con guardias esporádicamente, en hospitales rurales.

Aimsa no confiaba en los políticos, pero necesitaría alianzas.

–Sería bueno poder hablar desde la realidad de un hospital de misión remoto en Matabeleland. Sé que le gusta sentir la realidad de la gente.

El Dr. Stamps sonrió entre adulado y sorprendido, e insistió en que lo llamara al llegar a Zimbabue.

Participó en varios coloquios con movimientos de activistas por los derechos del SIDA y buscó al Dr. Mann, quien seguía dirigiendo el Programa Mundial de SIDA. Lo encontró en un descanso entre conferencias conversando con un médico belga que investigaba la enfermedad en África, llamado Peter.

–¿Dr. Mann, se acuerda de mí? Nos vimos en Atlanta hace unos años, y nos hemos escrito algunas cartas. Soy Aimsa, de la universidad de Berkeley, y me dedico al derecho de los afectados por el SIDA.

–Sí que la recuerdo, señorita Aimsa. Y en mi respuesta le pregunté si le interesaría trabajar en la Organización Mundial de la Salud. ¿Le llegaron nuestras estadísticas preliminares del SIDA en África?

–Gracias, Dr. Mann. Me honra su sugerencia. Pero quiero estar cerca de la realidad. Y quiero vivirla donde el sufrimiento es mayor, donde la epidemia es más grave y los recursos menores: en África. Quisiera colaborar a que el acceso a la información, al diagnóstico, a la prevención y al tratamiento sea igual para todas las personas en el mundo.

–Es lo que intentamos, Aimsa. Si va a África, por favor téngame informado de lo que piensa y observa. Estoy en contacto con casi todos los países, intentando facilitar que se creen comités nacionales de SIDA. Es usted una luchadora. La necesitamos en la lucha contra la epidemia.

El Dr. Mann le dio un informe aún no publicado de la epidemia. Ya había casos declarados en 130 países, y sumaban más de ochenta mil, aunque el Dr. Mann le dijo que había muchos casos que morían anónimamente o que los médicos o las instituciones preferían diagnosticar con otras palabras o etiquetas, para evitar enfrentarse al problema de la epidemia. Le dijo que según sus estimaciones había entre cinco y diez millones de personas infectadas ya en el mundo, la gran mayoría sin saber que lo podrían estar o que lo estaban. Y que de esa forma y con los pocos test y el bajo uso del preservativo, la epidemia estaba explotando en el mundo y la próxima década el mundo vería la plaga más mortal de su historia. El médico belga añadió que en África, esas cifras podían ser muy altas y que la infección se transmitía sobre todo entre hombres y mujeres, y pasaba a los niños.

Aimsa salió triste de la conferencia. Declaraciones, discursos, horas de palabras, de focos, de aplausos, de papeles. Mientras miles de personas sufrían anónimamente en sus casas, los verdaderos héroes del SIDA, los que nunca cogerían un avión, escribirían una palabra, recibirían un aplauso ni se acercarían a un tratamiento. Sintió la imagen de miles de hombres, mujeres y niños sufriendo, y sintió, con rabia y dolor, el profundo deseo de estar cerca de ellos. Al volver a Berkeley, escribiría al Padre Patxi para al menos pasar unos meses acompañando a esas personas y entendiendo mejor su tragedia, sus necesidades y la injusticia.

Esa noche decidió ir con unos conocidos, activistas del SIDA en Nueva York, a un pub irlandés con música celta en vivo e intentar olvidarse sonriendo a

la vida y mirando a los ojos de otras personas en la misma vibración de su alma. Incluso probó una cerveza lager, pero le pareció de una amargura nada agradable. No acababa de sentir esa anhelada vibración en dos miradas que se cruzan y entran en mágica armonía. Le empezaba a doler su soledad.

XL

ALIADOS CONTRA EL TERROR

Sudáfrica, 1988

Haka siguió en su FJ40 hacia Johannesburgo. Pensaba que cuanto más desapercibido pasara, mejor. Cambió su identidad ahora por la de un turista francés. Falsificó un carnet de conducir internacional y puso el nombre de Yves Gotier. Mientras conducía, hizo un esquema mental de la situación:

Ochenta y nueve niñas y cincuenta y nueve niños, entre siete y dieciséis años de edad, en su mayoría huérfanos del SIDA, habían sido abducidos de sus familias, engañados con planes de educación y con cantidades variables de dinero. Cinco secuestradores (S1-S5), de entre 1,70 y 1,90, vestidos con ropa y relojes o gafas de lujo, y conduciendo dos Datsun 1200 modelo de 1978, uno de ellos matricula BKR 487 L, habían pagado un total de unos 30,000 dólares americanos por todos esos niños y los habían ido llevando a Sudáfrica a lo largo de los dos últimos años, las últimas fechas el 6 de septiembre, 22 de septiembre, 10 de octubre y 3 de noviembre de 1988, al parecer con destino a Johannesburgo. Usaban documentos, posiblemente falsos, bajo los nombres de Jason Mathebula, Joseph Mabuza. Bheki Shabangu y Dumisani Sibañoni. Los pasaportes de los niños eran falsos y los usaban repetidamente para todos ellos. Jason podría ser el jefe de este grupo, usaba un reloj dorado, posiblemente imitación a rolex, tenía una cicatriz en un parpado, se drogaba con cocaína y crack, y parecía tener ya signos de SIDA.

Su hermana Beatriz le había informado de los acuerdos internacionales y las leyes en los países del Sur de África sobre tráfico de niños, sobre trabajo infantil y sobre violencia contra los niños. Aunque los acuerdos internacionales eran claros, en especial en el Pacto Internacional sobre los derechos económicos, sociales y culturales; la legislación nacional era débil y vaga, y su implementación aún más pobre. Beatriz estaba en diálogo con una mujer portuguesa, defensora de los derechos de la infancia en el instituto Inocenti de UNICEF, en Florencia, llamada Marta; que

trabajaba incansablemente preparando una convención internacional sobre los derechos de la infancia unida a protocolos contra el tráfico, la violencia y el abuso de los niños en las guerras. Beatriz y Marta le habían dado a Haka datos sobre organizaciones en defensa de los niños, contactos en ministerios y en la Interpol.

Por otro lado, tenía los contactos del amigo de Patxi en Pretoria, el Padre Kevin, y de la amiga de Helen en Johannesburgo, Kate. Aún necesitaba más datos, y sobre todo alguna manera de no llamar mucho la atención en Soweto, donde NoLwasi había visto hacía ya varios años indicios de un lugar donde retenían a niños ndebele.

Paró en la dirección del Padre Kevin en Pretoria. Patxi le había escrito y Kevin estaba al tanto. Le explicó que se sabía que había prostitución infantil en Sudáfrica y una gran permisividad de la policía. El sexo con niñas menores se unía con horror a la creencia xhosa y zulú de que las relaciones con niñas vírgenes curaban las enfermedades venéreas. Desde que el SIDA había empezado a asolar la zona, esa práctica había aumentado. Kevin conocía ya tres niñas de menos de doce años con SIDA en el barrio que atendía. A esa edad sólo podían tenerlo por abusos sexuales. Había intentado preguntar y denunciar, pero las niñas no decían nada, por miedo y nadie le había apoyado, ni siquiera las familias de esas pobres niñas. Le aconsejó que para pasar desapercibido en Soweto, debería ir acompañado por una persona local e ir con otro tipo de coche y de ropa. Por Soweto no iban los turistas. Le sugirió pasar por misionero.

Kevin valoraba mucho la valentía de Haka. Había hablado de ello con uno de los seminaristas que él apoyaba. Se llamaba John y era originalmente de Soweto. John sospechaba esos horrores y no dudó en ofrecerse para ayudar a Haka. Estaría dos semanas con el acompañándole en su investigación en Soweto. Había hablado también con un párroco local en Soweto llamado Cornelius, quien sabía que sería por una buena causa viniendo de su amigo Kevin, y no hizo muchas preguntas. Dejarían el FJ40 en Pretoria y llevarían un viejo y pequeño *Morris minor* de un familiar de John.

Haka estaba seguro de que no aprobarían que el llevase su Makarov, pero debía hacerlo. Conocía algo sobre las redes criminales y no podía entrar en su mundo desarmado. Les dijo que debía sacar su equipaje del coche y preparó una mochila con lo esencial, incluida la Makarov en un falso forro de su mochila que frunció por la noche.

John era un hombre de unos 25 años, con una mirada limpia y una expresión de serena determinación. Se podía decir que ese hombre «sabía dónde iba». Había crecido en Soweto. Su madre limpiaba casas en los barrios blancos de Johannesburgo, y su padre era guardia de seguridad de una empresa de bebidas llamada *Appletiser*. El creció callejeando por Soweto, yendo a una escuela en afrikáner, impuesta por el régimen fascista, y en la que apenas consiguió entender la lengua, aprender la historia de Sudáfrica según los blancos, la Biblia y algunas

operaciones matemáticas. A los doce años empezó a trabajar cargando cajas en la empresa donde su padre era guardia y en una ocasión uno de los capataces blancos le dio una paliza por robar, sediento, una botella de aquel refresco. Su padre tuvo que reprimirse y no defender a su propio hijo, por no perder el trabajo. Corroído por el odio, la rabia y la vergüenza, su padre se dio a la bebida de cervezas locales en las tabernas de Soweto y empezó a ser violento con la madre de John. Acabó muriendo en una reyerta nocturna. John empezó a vagar por las calles de Soweto hundido en la tristeza. Su madre sólo podía venir un domingo cada dos semanas pues debía cuidar de los niños blancos de la casa donde era criada. John y sus tres hermanos estaban al cuidado de su tía, que alternaba un trabajo vendiendo tabaco de contrabando, con vender su cuerpo por las noches.

Un día John conoció a un sacerdote llamado Padre Cornelius. Era de origen holandés y era conocido en Soweto por su bondad y ayuda a los más pobres. Anexo a un humilde barracón que hacía las veces de Iglesia los domingos y escuela de adultos durante los días y las noches de la semana, había montado un taller de artesanía para las mujeres y un centro de hacer jersey a punto que mandaban a la fría Holanda. Con ello conseguían ingresos para un comedor para los más pobres, un dispensario y los libros y material de la escuela. También habían comprado un televisor y un video, y ponían películas los viernes, después de misa y charla comunitaria, llenándose el local. La policía apartheid había entrado ya tres veces en el local, golpeando a todos y destrozando todo lo que encontraban, acusándoles de «nido de terroristas del Congreso Nacional Africano».

Inspirado por el Padre Cornelius, John había ido colaborando en la parroquia, desde monaguillo hasta maestro de adultos hasta que pasados dos años desveló su vocación sacerdotal. Cornelius hablo con su amigo Kevin, en Pretoria, quien se convirtió en su mentor dentro de la orden redentorista.

Llegaron a la parroquia de Cornelius. Era viernes y comenzaba la misa, la charla comunitaria y la película. A Haka le emocionaron, como en San José, los cantos zulú en la misa. Comprobó luego que la charla comunitaria comenzaba con el himno Nkosi Sikelele, y casi todos con el puño en alto. Al gritar al final «*Amandla*». Haka sintió una profunda emoción. De joven había luchado contra el franquismo pero poco después la lucha nacionalista se desvirtuó de tal manera que nunca había sentido realmente ser parte de una revolución enteramente justa y noble. La lucha contra el apartheid emocionaba todos los poros de su cuerpo. Pero ahora tenía otra misión. Siguió la reunión comunitaria con la proyección de una película grabada en Matabeleland, «El poder de uno», y en la que reconoció Matopos y lugares de Bulawayo.

Después de la reunión comunitaria, Haka explicó con detalle, la situación a Cornelius. No quería implicarle, pero necesitaba su consejo, y debía ser honesto en sus intenciones. Tenía que buscar a los secuestradores, el más identificable era el tal Jason Mathebula, su cicatriz en el parpado, el Datsun 1200 de matrícula

BKR 487 L y su vínculo con las drogas. Pretendía investigar que había sido de aquella «cárcel de niños ndebele». que NoLwasi le había descrito. El consejo de Cornelius fue que se hiciese pasar por un sacerdote ligado a una organización que ayudaba contra la droga. Él tenía a varios chicos en su grupo de jóvenes, a los que intentaba deshabituar. John propuso que hablaría con ellos y preguntaría por el tal Ron que NoLwasi había mencionado y el Jason y los otros. Lo debía hacer sin levantar sospechas.

Durante la semana siguiente, Haka se estudió varios libros sobre drogadicción y también el catecismo y unas treinta citas de la Biblia relacionadas con la tentación, con el amor y con el perdón. Kevin introdujo al «padre Jesús», al grupo de jóvenes entre los cuales había varios adictos. Después de la charla de Haka, convincente, John, preguntó a algunos de los chicos si conocían a un tal Jason Mathebula pues una hermana suya –en el amplio sentido africano de «hermana»– le había estado buscando, con noticias de su madre. Era un farol, pero siempre podrían decir que eran simplemente transmisores de otra persona, sin ellos saber que era farsante.

Nadie dijo nada en el grupo. Pero a la hora se acercó uno de los chicos a John y le dijo que él sabía quién era Jason pero que era mejor no acercarse a él. Si averiguaba que estaban intentando desengancharse de la droga, les daría una paliza y les inyectaría una dosis para que volviesen a su «clientela». John le dijo que lo entendía, pero que él podría ir a verle y darle el mensaje de su familia. Incluso quizás podría convencerle de dejar el tráfico de drogas, que tanto daño estaba causando entre los jóvenes de Soweto. El chico le dijo en qué casa estaban y donde vendían la droga, pero le advirtió que si se enteraba que él lo había dicho, no viviría mucho tiempo. John le aseguró que diría que aquella supuesta hermana de Jason, les indico la dirección.

Haka le dijo a John que era mejor que él fuera sólo. Le costó convencerle. Haka sabía esconderse, espiar y tomar decisiones rápidas. Esperó a la tercera noche, en la que había luna nueva. Se pintó la cara de betún negro, y se puso un jersey con capucha y gafas oscuras. El resto de la indumentaria imitaba un rapero inadaptado. Llevaba su mochila con la linterna, la cámara, la grabadora y, en el fondo oculto y acolchado, la Makarov.

Llegó al lugar donde se suponía que vivía o traficaba Jason.Vio el Datsun de matrícula BKM 487 L aparcado en una entrada de la casa. Comprobó que había luces encendidas. Hizo una foto del coche, con película de alta sensibilidad, para no usar el flash. Necesitaba acercarse sin ser descubierto a la casa. Dio una vuelta a todo el amplio bloque de casas y decidió aproximarse desde un lateral que daba a un descampado. Llegó a la ventana de detrás. Entrevió con sumo cuidado que el Jason de la cicatriz y las gafas Chanel, vestía sólo un pantalón largo y tenía el torso desnudo, estaba tumbado en un sillón delante de una mesa con botellas de cerveza y papelinas con polvo blanco. Notaba que Jason estaba enfermo, delgado, con la piel áspera y clara. Había otros dos hombres en la sala, con gafas oscuras y

sentados en otros sillones. Jason les hablaba con actitud demandante. Haka pensó que el ruido de la cámara podía desvelarle. En su lugar, decidió dejar la grabadora en el quicio de la ventana. Las pilas y la cinta durarían una hora. Mientras tanto tenía que hacer guardia en otro lugar más seguro. Salió por el descampado y avanzó a una esquina desde donde podía ver la entrada de la casa.

En ese momento vio que se aproximaba por el otro lado de la calle John. Cuando se acercó, le dijo que no debía haber venido, que se arriesgaba mucho. John le dijo que estaba tan comprometido como Haka a descubrir esa barbarie. Haka le contó el plan de la grabadora y unos pocos minutos después vieron como de la casa salía un hombre con tres niñas de unos doce a quince años. Haka creyó que una de ellas era Buhleve Nkosi. Se metieron en el Datsun y avanzaron por la calle. John le dijo a Haka que tenía su coche a una cuadra, correría a por el coche e intentaría seguir al Datsun. Haka le dio la cámara y le dijo que él esperaría a recuperar la grabadora y a ver si había algún otro movimiento en la casa. En los restantes cuarenta y cinco minutos sólo vio a dos hombres llamar a la puerta y hablar unos minutos fuera e irse. Seguramente estaban comprando droga. Cuando había pasado una hora, se acercó con mucho sigilo. Esta vez llevaba la Makarov empuñada por si acaso. Pudo coger la grabadora antes de que hiciera el clic del final de la cinta. Salió sigilosamente y dio un gran rodeo para volver caminando una hora en la noche de Soweto, hacia la parroquia de Cornelius.

Cuando llegó, vio que el coche de John estaba allí. Era pasada medianoche. Cornelius y John estaban esperándole con una tenue vela. Llamó a la puerta y Cornelius le abrió:

–Gracias a Dios que estás a salvo.

–Esto sólo ha hecho que empezar, Cornelius. Cuenta John, ¿qué vistes?

–Otro coche, un Toyota *Corolla*, llevó a esas niñas a una casa a las afueras de Soweto. Me temo, Haka, que es un prostíbulo, tal y como temíamos. Hice algunas fotos de cuando salieron y entraron en la casa. Siguió de nuevo con cuidado al Datsun, que fue a otra dirección en Soweto donde salieron los hombres y parece que se han quedado allí. Y tú, ¿viste algo más? ¿Recuperaste la grabadora?

–Sólo algunos drogadictos que compraron droga en la puerta. Aquí está la grabadora.

Los tres se dispusieron a escuchar aquella grabación. Durante la hora de grabación había momentos de silencio, partes de la conversación en inglés y la mayoría en zulú. John y Cornelius le fueron traduciendo, aunque Haka ya entendía bastante por su similitud con el ndebele.

En un lenguaje soez y agresivo, hablaban de sexo, droga y de luchas entre bandas, ajustes de cuentas y dinero que sacaban de la droga. Llegó el momento en que parecía que hablaban de los niños; «*bafana*». y las niñas «*bakasan*». Hablaban de diferentes cosas. De las niñas, estaba claro que las llevaban con una tal Dasy.

Jason dijo que las dieran droga para que estuvieran tranquilas y dóciles, así las controlarían mejor. Les dijo a los otros dos hombres que le pidiera a la Dasy quinientos rands por niña cada mes o le reventaría el local. De los niños, el lenguaje era más críptico. Entendieron que Ron lo tenía todo organizado y que iban a recibir mucho dinero de la «Clínica Nuevo Amanecer». Además, allí le darían tratamiento a Jason. No pudo entender cuál podía ser el negocio. No había más información de interés en la cinta. La guardó etiquetándola Soweto-1 y sacó el carrete de la cámara: necesitaban revelarlo cuanto antes.

Haka tenía los puños cerrados de rabia, la mirada roja de terror. A punto de saltársele las lágrimas de espanto dijo:

–Yo no puedo dormir pensando que esas niñas están siendo prostituidas. Tengo que hacer algo. No me importa arriesgar mi vida.

John respondió:

–Tenemos que pensar con cuidado. Ese burdel es sólo uno de los muchos que controla esta mafia. Y quizás esta mafia es sólo un grupo de una red más amplia. Creo que debemos dar el golpe de la forma más inteligente y precisa, y en el momento mejor, aliados con la policía.

–No sé. Si avisamos a la policía, si está untada, quizás den el chivatazo, desmonten ese lugar y además vengan a por nosotros.

–Hablaremos esta misma noche con Kate, la amiga de Helen, en Johannesburgo. Necesitamos contactos seguros en la prensa y en la policía. ¿John, me acompañas? Cornelius, mejor que tú te mantengas al margen. Haces una labor importante aquí.

–De acuerdo. Mide tuis pasos con inteligencia Haka. Intenta evitar la violencia. Tú también te juegas mucho y tienes una misión importante.

John y Haka salieron hacia Johannesburgo, a la dirección que le había dado Helen de Kate. Eran las dos de la madrugada, la policía apartheid les podía parar en cualquier momento. Era ilegal en la Sudáfrica del apartheid moverse a esa hora. Se vistieron de Padres y dirían que asistían a un feligrés en su extremaunción.

Llegaron a la casa de Kate y la levantaron de la cama, diciéndole a través de la puerta que venían de parte de Helen, en Bulawayo, y era urgente. Kate era una mujer blanca de Sudáfrica, tendría unos cincuenta años, algo de sobrepeso y una mirada de gran ternura.

Haka le explicó lo ocurrido, y le transmitió la urgencia de hacer algo esa noche. Sobre los niños, seguiría la pista de esa clínica.

–Pero Haka, la prostitución infantil y la violencia contra los niños y niñas en este país pasa todos los días, todas las noches. ¿Sabes cuántas violaciones a niñas hay cada noche en este país? Al menos cien. Y nunca se denuncian.

–Lo sé. Pero éstas las conocemos. Hay que hacer algo.

–Te lo aseguro, si se denuncia a la policía, no harán nada mientras se trate de bantúes, como ellos dicen, y menos si son inmigrantes ilegales. Y es más, si das con policía sobornada, darán el soplo y acabaras en un arcén. Conozco ya varios casos.

Haka se quedó pensativo unos minutos.

–Kate necesito que hagamos un artículo del escándalo del tráfico de niñas, con las fotos y la dirección de uno de los prostíbulos donde acaban. Ese artículo debe llegar a la prensa y a la policía de Sudáfrica. Tenemos que saber contactos claves que no ignorarían el informe. También lo mandaremos a la Interpol, agencias de prensa internacionales, al Instituto Innocenti en Florencia, a la Unión Africana, la Comisión Europea y a las Naciones Unidas. Tenemos contactos en cada lugar. Pero no tenemos ni tiempo ni plena confianza de que se movieran o que lo hicieran sin levantar sospechas o soplos en la red criminal y les perdamos la pista.

Haka, había desarrollado una estrategia y la fue dibujando en un papel. Necesitaban roles para cada uno y un claro calendario:

–Mientras Kate prepara el documento y los contactos que deberían ser alertados si nuestra acción no llega a éxito o nos pasa algo. Debéis saber John, Kate, que corremos un riesgo: estáis a tiempo para manteneros al margen.

–Haka, estamos tan comprometidos como tú y agradecidos por tu fuerza y liderazgo. Dijo Kate.

–Contigo hasta el final. Esto es religión en acción. Valiente e inteligente. Dijo John.

–Bien, amigos. De momento sabemos esto nosotros tres y Cornelius. Además de NoLwasi y Patxi en San José, y Helen en Bulawayo. Ellos deben recibir el informe también, y una carta diaria de nuestra actividad. Esta será tu función, Kate. Guardarás la información con códigos para cada uno de nuestros nombres. Debes mantener todo confidencial –y asegurarte que nuestro equipo en Matabeleland lo hace– hasta el Plan B o el fin del Plan A.

–Haka, ¿nos explicas los siguientes pasos del Plan A?

–El Plan A depende del apoyo del Congreso Nacional Africano. Tienen ya una información preliminar y de aquí vamos tú, John, y yo al punto de contacto en Soweto. Si así lo aceptan, iremos con ellos a detener a Jason y llevarle a uno de sus refugios. Necesitamos desvelar la trama y dónde están las niñas. Cuando lo sepamos, esperamos contar con la logística del Congreso Nacional para ir simultáneamente a cada lugar y liberar a las niñas. Ir a una antes que a las demás nos desenmascarará y podemos perder la pista.

–¿Y el Plan B?

–Mandamos los informes a la prensa, la policía y los contactos exteriores. Espero que no debamos hacerlo porque creo que eso será más lento que lo que necesitamos.

–Intentemos cuanto antes el Plan A, hay niñas en riesgo cada minuto que pasa. Y no sabemos qué está pasando con los niños.

–John, vamos a Soweto. Ojalá que el contacto del Congreso Nacional nos apoye. Kate, te informaremos a las 12 de la noche por una llamada en la que simplemente diremos, «buenas noches, llegue bien a casa». Si a las tres de la mañana no has recibido noticias, inicias el Plan B.

–*Amandla*.

John le acompañó a la dirección de contacto del Congreso Nacional Africano. Preguntó por la «cebra roja» y al rato abrieron la puerta y pasaron a un garaje en la parte trasera de una casa. Allí había un hombre de estatura media, de unos 40 años; pelo y barbas canosos, vestido con un mono azul de mecánico. Haka le dijo que tenían poco tiempo. Durante esa noche se iba a despertar una horrible red de tráfico de niños, y no se fiaban de la policía apartheid. Aquel hombre atendió atónito a la historia de Haka.

–Haka. Llámame Jack. Esto es una horrible historia. Necesitamos hacer algo. Cuenta con la ayuda del Congreso Nacional Africano. Dame cinco minutos, debo activar unas líneas de contactos para ayudarnos, y salir contigo. ¿Tenéis coche?

–Sí. Necesitamos apresar a uno de los lideres, si esta sólo en su casa, y sacarle la información de los centros de secuestro, prostitución y Dios sabe que más. Necesito un refugio donde llevarle mientras desenmascaramos la red.

John les dejó a Haka y a Jack a una cuadra de la casa de Jason y se quedaría a unos cien metros con las luces apagadas, preparado a pasar rápidamente por delante de la casa cuando se abriera la puerta de la casa de Jason. Si en 10 minutos no salía, debería activar el plan B de forma urgente, añadiendo una llamada a la policía.

Jack sugirió y trajo pasamontañas y sudaderas negras con capucha para todos. Vio el Datsun amarillo fuera, se aproximó a la casa y comprobaron por la ventana de atrás que Jason estaba sólo. Llamaron a la puerta con la mano izquierda, y a sugerencia de Haka, Jack dijo en zulú « *Baba, ngiyafuna cookies»*. (padre, quiero cookies). Jack le mostró a Haka que iba armado y Haka también había sacado su Makarov cargada del falso forro de la mochila. Al abrir Jason, Haka le empujo dentro de la casa y le apunto con la pistola. Estaba débil y cayó al suelo. Haka se había preparado muchos años para actos así sin llegar a hacerlo, por pensar que la lucha contra la dictadura franquista había perdido su sentido tras la transición democrática. Ahora tenía los rostros de esas niñas y niños en su mente y sentía toda la fuerza del mundo. Mientras Jack revisaba la casa, Haka le dijo:

–Jason, sabemos quién eres. Sabemos todos los niños y niñas que has secuestrado en Matabeleleland. No muevas un dedo o acabaremos con tu vida, no lo dudes –dijo Haka.

Jack añadió, en zulú:

–Eres la vergüenza de nuestro pueblo. Mientras muchos arriesgamos la vida por un futuro libre y justo, vosotros os dedicáis, con sobornos a la policía blanca, a quitarles el futuro y la vida a muchos niños.

Jason miraba al suelo y esperaba que sus compinches llegaran y le sacaran de aquella situación. Sólo pensaba en una venganza terrible.

Jack le ató las manos, y le amordazó con cinta americana adhesiva a Jason. Le sentó a la mesa. Sabían que podían venir drogadictos o los otros mafiosos en cualquier momento. Haka entreabrió la puerta y vio que no había nadie fuera, salvo a cien metros a la derecha el Morris minor de John. Le hizo un signo con la linterna.Vio las llaves del Datsun, una libreta, una cartera y una bolsa con cookies, la mezcla de cocaína y crack a la que estaba adicto Jason. Cogió todo y lo metió en su mochila, donde llevaba también su grabadora.

Jack le dijo a Jason:

–Vamos a salir y vas a entrar en un coche. No se te ocurra resistirte o hacer otra cosa porque será lo último que hagas.

Era el momento clave. Habían calculado diez pasos y quince segundos. Mientras se aproximó John con el coche, salieron con Jason cogido del brazo y con Jack apuntándole, debajo de su sudadera, mientras Haka abrió la puerta trasera del coche. Le empujaron adentro con el coche y se sentaron a cada lado de Jason.

John, quien apenas había enlentecido el paso del coche, aceleró. Condujo fuera de Soweto, unos diez kilómetros. Jack le había dicho la dirección inicial.

Haka fue ganando tiempo y le dijo a Jason:

–Escúchame Jason: tengo toda la información de los niños que habéis secuestrado engañándoles a ellos y a sus familias, aprovechándoos de la tragedia del SIDA. Me vas a decir dónde están esos niños y niñas.Y lo comprobaremos.

Se dirigieron hacia el refugio del Congreso Nacional Africano. A las 12 de la noche, llamaron a Kate:

–Buenas noches. Llegué bien a casa.

El Plan A seguía en marcha.

XLI

LA PASIÓN POR LA SALUD

Matabeleland, 1989

Jonay se sentía muy feliz en San José. Su vocación de cuidar de los enfermos y de prevenir la enfermedad encontraba en las gentes de aquella zona un gran reto. Había ido aprendiendo ndebele y se comunicaba todo el tiempo en esa lengua, aumentando su empatía con los pacientes y familias. Había ido organizando la consulta, aprendiendo los protocolos de tratamiento del Ministerio y desarrollando una farmacia bastante completa. Había conseguido fondos de Cáritas Alemania y pudo montar la ecografía abdominal y obstetra, alimentada por una batería de coche. Con otro proyecto fue haciendo un pequeño laboratorio con microscopios de espejo, centrifuga manual, tinciones, algunos tests de serología, incluido el del SIDA, y las técnicas básicas de hematología, parásitos y urea y glucosa. Tenía muchos más planes, en cuanto pudiera llegar la electricidad a San José. Ya sólo quedaban cinco kilómetros, unos cien postes. Había también ido reconstruyendo el quirófano y ya hacia regularmente y con seguridad cirugía menor como quistes, tracciones de huesos, drenar abscesos, biopsias de diferentes tejidos que mandaba a Bulawayo, injertos cutáneos con un dermatomo y curas varias.

Pero sobre todo, se sentía seguro pues podía, aún con tan limitados medios, hacer cesáreas y otras cirugías de urgencias como trépanos para hematomas craneales, tubos de tórax para neumotórax, drenajes pleurales y pericardios en los derrames que ahogaban el corazón o los pulmones, paracentesis para la ascitis, hernias inguinales complicadas, alguna amputación por gangrenas por mordeduras de mambas o accidentes severos. Incluso había hecho alguna vez resecciones de intestino o había quitado el útero, por tumores, perforaciones o infecciones severas. En las salas de ingresados a menudo tenía que montar un pequeño rincón de cuidados intensivos con métodos sencillos como sueros en las venas centrales midiendo la presión venosa del corazón que había aprendido en Tenerife, oxígeno (tenían una bombona de oxígeno para caos muy graves) y una caja («the

black box» –la caja negra–, comenzaron a llamarla los del lugar) con material para intubar y reanimar la respiración, y drogas para reanimar el corazón, junto al masaje cardiaco que Jonay había hecho ya media docena de veces, sin éxito. Sentía a veces una gran frustración por no tener los medios que había conocido en la carrera y sabía que podrían salvar vidas que se iban, como la arena fina entre los dedos; entre las gigantescas grietas de un mundo tan desigual. Pero seguía esforzándose a intentar hacer lo mejor, con los medios limitados que tenía. El «manual del cooperante» le guiaba en los pasos de las operaciones, en preparar y administrar anestesias, en hacer tracciones con sacos de arena para las fracturas, en diagnosticar con los pocos medios.

Fue haciendo también algo que aquel manual, guía de médicos internacionalistas como Fernando, aconsejaba: un estudio de la salud de la comunidad: durante un mes, utilizó las mañanas en la consulta para analizar todos los registros de los últimos dos años: de dónde venían los pacientes, con qué tipo de dolencias, que edades, sexo y condiciones. Los partos, unos diez al mes, los pesos de los recién nacidos (que casi ya predecía con su ecógrafo), los tipos de operaciones, etc. Pero lo más importante del estudio del estado de salud era la encuesta de la población.

Quería conocer mejor el censo de la población, pues el último oficial se había hecho hacia cinco años. También quería saber las tasas de natalidad y de mortalidad, pues sospechaba que muchos niños nacían en casa y muchas personas morían en casa sin asistir a su hospital. Quería saber también cómo eran sus formas de vida, sus costumbres, cuanta gente vivía en cada *kraal*, como tenían su acceso al agua y de que se alimentaban y como conservaban y cocinaban sus alimentos. Era importante saber también cómo era el saneamiento, si había letrinas y como eran, que higiene rodeaba a los *kraal*, si había aguas estancadas, mosquitos u otros vectores de enfermedades. Si iban los niños a la escuela, que tipo de trabajo hacían los hombres y las mujeres. Era esencial saber qué tipo de enfermedades habían tenido y si las habían consultado y tratado y como lo habían hecho. Para ello era imprescindible conocer también como consultaban y utilizaban la medicina tradicional. Debía buscar también que proporción de los niños y mujeres estaban vacunados, cuantos usaban mosquiteras para prevenirse de la malaria y como era su estado de nutrición en general y de algunas vitaminas en particular. Quería también saber cómo era el estado de algunas condiciones asintomáticas como la anemia, los parásitos intestinales o la presencia de malaria o del virus del SIDA en la sangre. Le intrigaba conocer los enfermos que estaban en sus casas, por desconfianza del tratamiento en la misión o por extrema debilidad para moverse, y que podía hacer por ellos. Sospechaba que muchos enfermos, sobre todo aquellos con SIDA, se quedaban en sus casas.

Antes de empezar, pasó dos jornadas enteras conviviendo con una familia y haciendo como de «sombra invisible» a una madre. Quería sentir cómo vivían. Necesitaba esa mínima empatía antes de pensar cómo podría hacer el estudio.

Una hermana que visitaba a una paciente en la misión, aceptó tenerle como «distinguido huésped invisible». Se llamaba Thabani («alegrémonos» y vivía sola con tres niños, su marido venia sólo en Navidad desde Egoli. Comprobó que la jornada empezaba hacia las cinco, bien antes del amanecer. Limpiaba la zona alrededor de la casa, sacaba a las cabras y a las gallinas, les daba de comer, ¡ponía agua a hervir, levantaba a los niños, empezaba a moler el maíz en el gran mortero africano, preparaba la *sadza* con alguna verdura, y ayudaba a los niños a ponerse el uniforme y tener listos sus cuadernos para ir, en ese caso cinco kilómetros sólo, andando y corriendo, descalzos, a la escuela. Luego iba Thabani, con un niño pequeño a la espalda, y embarazada, a los cultivos. Tocaba proteger la siembra tras las lluvias con una onda y una piedra ahuyentando a los pájaros, completar algunas siembras, quitar malas hierbas, y recoger algunas hortalizas. Iba después a por agua, a tres kilómetros, y la traía en una gran calabaza seca sobre la cabeza. Tenía suerte, pues en ese mismo viaje podía también recoger alguna leña de ramas secas de acacias. Cada poco daba el pecho al bebé. A la vuelta preparaba más comida, otra vez *sadza*, lavaba la ropa sucia de los niños ahorrando agua al máximo y, ya con sus niños de vuelta, intentaba entender y ayudarles, con, poco éxito, en sus deberes. A la puesta del sol, con la ayuda de su hijo de siete años, traían las cabras al corral, y con su hija de cinco años, volvían a barrer el terreno del *kraal*. Cenaban y la madre contaba algunas historias frente al fuego, de otros tiempos y de sus antepasados, y cantaban juntos alguna canción. Jonay acabó totalmente reventado de cansancio de la jornada. Nunca hubiera sentido el mismo tipo de empatía y de respeto a las mujeres que siempre guardaría, sin aquella intensa jornada.

Le pidió a NoLwasi y a Anwele que le ayudaran a hacer aquel estudio. Anwele había mejorado increíblemente y se había quedado en San José donde organizaba charlas sobre el SIDA, promovía que las parejas se hicieran el test y les daba los mejores consejos. También hacía campañas de promoción del uso del preservativo, con posters, canciones, obras de teatro y charlas, bajo un lema con el que Patxi, para desesperación del obispo, había colaborado: «demuestra tu amor verdadero a tu pareja: usa el preservativo si aún no te has hecho el test».

Hicieron primero un mapa de la zona que cubría la misión de San José: era de unos 80 kilómetros de este a oeste y de unos sesenta kilómetros de norte a sur. Dibujaron los pueblos, las carreteras y caminos, los ríos, los cultivos, los pozos, los postes de la proyectada línea eléctrica. Tendrían que ir completando el mapa cada día.

Sabían que no podían recorrer toda la zona pues calcularon unos cinco mil *kraal* dispersos por la zona, a veces concentrados en torno a cruces de caminos. Jonay calculó, con la ayuda del manual, que para estimar bien la información que precisaba obtener, necesitarían visitar al menos quinientos *kraal*. Eso significaba, si se dividían el trabajo, unos ciento setenta cada uno, y si conseguían hacer tres cada uno cada tarde, tardarían tres meses si descansaban sábados y domingos. Di-

vidieron los *kraal* en grupos de diez y les dieron números, eligiendo uno al azar de cada grupo. Estudiarían el *kraal* elegido con más detalle y les pedirían que les trajeran la información, al menos demográfica, de los *kraal* vecinos. Era un trabajo intenso, además de seguir cuidando de los enfermos del hospital, de las urgencias. Pero Jonay sabía que era muy importante para diseñar un buen plan de promoción de la salud en las gentes de las zonas, que poco cambiaría por quedarse en el hospital esperando a poner tratamientos.

Anwele y NoLwasi aceptaron ayudarle con todo el entusiasmo. Jonay las enseñó a palpar el bazo, a tomar la tensión, a medir la nutrición por la circunferencia en el brazo, a guardar muestras de heces y orina, o hacer una gota gruesa para la malaria, además del test del SIDA que les enseño Anwele. Cada mañana al desayunar planificaban las cuatro horas de la tarde. Luego Jonay pasaba consulta y las salas, Anwele hacia sus actividades del SIDA y NoLwasi atendía a algunas personas ingresadas o en su cuarto, en la casa de Patxi, a su manera tradicional. Patxi y NoLwasi iban desarrollando una unión tan profunda que irradiaba luz a su alrededor.

Por las tardes, iniciaban su gira a los *kraal* en el pick-up de la misión. Alguna vez les acompañaba Patxi. De Haka sabían alguna cosa por las cartas de Helen y su plan contra las mafias del tráfico de niños.

Prepararon encuestas que copiaron por un ciclostil de la misión que utilizaban también para la campaña del SIDA. La encuesta contenía información sobre las personas en el *kraal*, sus relaciones, edades, sexo. También anotaban las defunciones y nacimientos en el último año. Anotaban los cultivos, ganado, las letrinas, las fuentes de agua y las formas de cocinar. Seguían preguntando por el nivel de educación y alfabetización de los mayores y la escolarización de los menores, por los ingresos en dólares de Zimbabue, sus compras, y las necesidades sentidas más importantes. En cuanto a la enfermedad la encuesta incluía preguntas de que dolencias habían sufrido, a que las atribuían y que hicieron para buscar alivio y cuánto tiempo y dinero les había costado ese cuidado. Exploraban luego el peso y altura de los niños, el grado de nutrición por la circunferencia en el brazo, si tenían signos de bocio o de déficits de vitaminas, exploraban el bazo en los niños y la tensión arterial en los mayores y sacaban muestras en tubos para el laboratorio de orina y heces, en placas de cristal de gotas de sangre y en los kits del diagnóstico del SIDA. Todo era anónimo, por números, a no ser que las personas quisieran saber el resultado, hablar de ello con calma en San José y buscar tratamiento.

Después de cada cuestionario en los *kraal* elegidos al azar, les dejaban una hoja para los datos, sólo de las personas, edades, nacimientos y defunciones, de los *kraal* vecinos. Y entonces, se sentaban a charlar sin preguntas, sólo escuchando como las personas, las familias.; explicaban sus vidas, sus anhelos, sus tristezas o temores, sus ilusiones, sus alegrías. Ante sus tristezas y sus temores, les preguntaban qué es lo que más desearían. Anwele sugirió que en los *kraal* donde hubiese per-

sonas enfermas de SIDA, preguntasen por separado a los familiares y al enfermo, pues el temor a la enfermedad podía sesgar las preguntas compartidas.

Jonay había sentido la fuerza de atender a la salud de los más necesitados y con pocos recursos. Ello suponía a veces rabia por injusticia, frustración por necesidad, dudas por soledad, pero sobre todo, una profunda satisfacción por las sonrisas y agradecimiento de aquellas personas humildes, solía decir: «el mejor sueldo del mundo». Pero ahora, con aquellas dos mujeres tan maravillosas en valentía como en conocimiento, sensibilidad, tolerancia a mezclar culturas y conceptos por tener los poros del amor abiertos de par en par por su inefable valentía. Estaba descubriendo la salud primaria, participativa, sensible a las causas, los sentimientos y los anhelos de aquellos con los que Jonay deseaba tanto compartir. No ayudar. Compartir. Pensaba que el que piensa que «ayuda» establece una jerarquía de capacidades, o del tener o del saber, o de ambas pues el que tiene a menudo impone su saber. y eso minaba no sólo la dignidad de los «ayudados», sino la verdad de un «saber distinto» que sólo se podía enriquecerse compartiendo con humildad para aprender, y de un «tener distinto» que sólo podía enriquecerse compartiendo con responsabilidad para la justicia. Entendió entonces el espíritu de Alma-Ata que Fernando le contó hace años y que le inspiró, aún sin saber la profundidad de su ética y belleza que ahora sentía, a volcar su corazón en aquella profesión que empezó a comprobar iba mucho más allá del Dr. Delgado, pero también de la bata blanca, del fonendo o bisturí, y más allá, mucho más allá del hospital o centro de salud. El «fuerte» del feudalismo médico que Alma–Ata y la justicia y democracia y,sobre todo, el amor, cuestionaban, y desafiaban a diluirse en la verdadera vocación por la salud. Sin barreras ni jerarquías. Con valentía y ternura.

Después de aquellas fascinantes tardes investigando, volvían a San José donde Rose le esperaba a veces a Jonay con algún caso complicado. Para compensar, empezó a operar y sacar las muelas los fines de semana. Enseñó a Anwele, quien estaba sacando sus exámenes de la escuela de enfermería de Brunapeg con la ayuda de Ndlovu, a ayudarle en las consultas, tratamientos, ecografías, partos y operaciones. Así Rose podía ir con su familia a Bulawayo.

Cuando pasaron aquellos intensos, extenuantes, pero fascinantes tres meses, convocaron a toda la comunidad en la Iglesia de San José. Antes de su marcha tras los secuestradores de niños, Haka había reconstruido el tejado de zinc, con un gran tejado zulú de paja dura seca, y lo había ampliado hacia su exterior con porches apoyados en los troncos que sobraron de la línea eléctrica, ya a sólo treinta troncos.

Vinieron unas mil personas, ancianos, hombres, mujeres, niños, agricultores y mercaderes, maestros, policías y otros oficiales del distrito, se habilitaron las filas de delante para los enfermos, algunos en sillas de ruedas, otros en hamacas improvisadas, otros en las camas por no poder incorporarse. Ndlovu vino de Brunapeg

con Johanna, con diez pacientes que representaban a los demás y con tres mujeres del hogar de mujeres en espera del parto. Se eligieron representantes de jóvenes, de mujeres, de niños, de ancianos, de agricultores, de otros oficios, de personas con SIDA que Anwele ya había animado a que lucharan valientes la lucha. Vino el delegado regional de salud de Bulawayo, el miembro de parlamento del distrito, desde Harare, los *induna*, jefes locales, y muchos de los *nyanga*, que NoLwasi había animado a venir. Vino el Padre Pius, pero el obispo «estaba muy ocupado» preparando la visita del Papa, quien en unos meses vendría a Zimbabue.

Por entonces eran obvias las actividades de Patxi promoviendo el preservativo, hablando de política social, compartiendo con otras religiones, con un registro nulo de bautismos, comuniones o extremaunciones, y de su amor y convivencia con aquella curandera local. El obispo había intentado excomulgarle varias veces, con cartas a Roma, pero el Padre Pius había animado, sin que Patxi lo supiera, cartas de apoyo de todo el distrito a «*Sindisabantu*». El Papa, para asombro del obispo, le había contestado que hablaría personalmente con aquel díscolo sacerdote durante su visita al país.

Comenzó aquel maravilloso foro comunitario con el himno africano Nkosi Sikelele. Aquel canto bajo aquel lugar tan bello en su sencillez natural, y entonado por esas mil almas y sus voces profundas zulú mmmm mmmm le hizo vibrar de emoción a Jonay. Patxi también estaba emocionado, cogido de la mano de NoLwasi mientras con los ojos cerrados cantaba aquel himno de unidad africana y gratitud al creador. Anwele, con su pequeña Nothando, jugando con Joseph y con Thandiwe, cantaba con fuerza. Después, un gran grupo de niños y niñas de las escuelas a quienes Anwele había animado, cantaron la canción de Philip Latuya, el cantante con SIDA que valientemente había puesto a Uganda en pie contra el SIDA incluso cuando sus piernas, ya consumidas por la enfermedad, hacían de cada paso una heroicidad. «Today Is Me, Tomorrow Someone Else». Los doce *nyanga* venidos del distrito y de otros distritos vecinos, hicieron una danza tan intensa que les llevaba al borde del trance, para invocar el saber y el apoyo de los espíritus, los *amakhozi*.

Patxi sólo hablo unas palabras para decirles que *Mkhulumkhulu* estaba entre ellos, más cerca que nunca, y emocionado de ver a sus hijos unidos ayudándose unos a otros a disfrutar con la mayor alegría posible, con salud, el regalo de la vida. Le pidió a Jonay que les contara a todos que habían encontrado tras hablar con tantas personas durante los últimos meses.

Jonay había ensayado, con la ayuda de Anwele y de NoLwasi, la presentación de aquel estudio, en ndebele. Sabía que no podía utilizar números ni porcentajes pues muchos no le entenderían, así que preparó sacos de arroz con diferentes proporciones de llenado, para indicar la magnitud de los problemas. También sabía que no podía utilizar nombres raros de enfermedades sino los síntomas que ocasionaban, incluso con sus significados locales, que Anwele explicaría. Sobre

la forma de prevenir aquellos problemas, NoLwasi y Anwele explicarían formas de hacerlo, desde la armonía de las familias y comunidades, hasta las formas de protegerse de daños para la salud y los síntomas que debieran hacerles pensar que era bueno ir a San José o Brunapeg. Anwele explicaría después los resultados más concretos sobre el SIDA. Algunos de los ancianos encuestados también participarían explicando condiciones como los cultivos, el ganado, el agua, la leña, las letrinas, lo que les costaban los uniformes del colegio, los medicamentos, las semillas, útiles de labranza, ropa y el transporte.

–*Omkhulu, Ogogo, Obaba, Omama, Odade, Obudi, Abantwana*. (Abuelos, abuelas, padres, madres, hermanas, hermanos, niños.).

Jonay explicó, de aquellas formas simbólicas, que en aquella parte sureste del distrito de *Bulililamangwe*, «donde lloran los leopardos», vivían unas setenta y dos mil personas: lo explicó repitiendo siete veces el signo de sus dos manos abiertas, como veces de personas como había en la Iglesia en aquel primer foro de salud. De ellas, siguió con sacos, una tercera parte eran niños en edad de escuela o más pequeños, y sólo una décima parte eran ancianos (*mkhlulu, ugogo*). De los adultos, tres de cada cuatro eran mujeres, pues había unos diez mil jóvenes en Egoli. Habían nacido en el último año unos dos mil niños, y habían muerto dos mil cien personas, más de la mitad, personas con la «enfermedad-que-no-se-cura», que no debían tener miedo a llamar SIDA, más de tres muertes cada día. La otra mitad de las muertes habían sido niños o ancianos y también habían muerto veinte mujeres durante el embarazo o el parto. Sólo uno de cada siete difuntos había muerto en el hospital de San José o el de Brunapeg, y esa proporción era aún mucho menor para los enfermos de SIDA, y sólo uno de cada cinco partos había sido atendido en San José o en Brunapeg.

Explicó después que uno de cada cinco niños, aún en la estación seca, tenía malaria en la sangre: NoLwasi lo aclaró con el concepto local del «calor de la tierra». Explicó también que tres de cada cuatro niños tenía algún parásito en el intestino que comía parte de la comida, y que la mitad de los niños no estaban bien nutridos o no tenían suficiente «sangre» para poder estar fuerte y activo. NoLwasi también explicó ese concepto en la lógica ndebele y kalanga. Continuó Jonay explicando que una cuarta parte de los mayores tenían la tensión alta. También lo explicó NoLwasi como la enfermedad de los truenos, pues el dolor de cabeza que en su mayoría en ausencia de tratamiento, semejaba un trueno en sus sienes. Habían averiguado que uno de cada veinte adultos sufría de diabetes, algunos de ellos con síntomas de extrema debilidad parecidos al SIDA. Explicó también otras proporciones como la falta de algunas vitaminas, la proporción de algunas infecciones de la piel, la frecuencia con la que los niños enfermaban del pulmón o tenían diarreas, o la falta de fuerzas en los adultos por «corazones cansados».

NoLwasi explicó lo que habían visto de personas que se sentían tristes, temerosas de la vida o de la opinión de los antepasados, los que dormían mal, los

que se sentían solos, los que necesitaban dar o recibir más amor y los que lloraban sin saber por qué. Explicó también cuántas personas vivían sin armonía con sus padres, con sus parejas, con sus hijos y cuantos miraban las estrellas habitualmente, admiraban el amanecer o el atardecer, cantaban o bailaban en grupo, o contaban o escuchaban historias al caer la noche. Todos esos signos de armonía social, no tan apreciados por la medicina de los blancos, eran esenciales para entender la «magia» de la enfermedad. Jonay sentía que ellos estaban mucho más cerca de entender las verdaderas causas de la enfermedad.

Algunos ancianos explicaron luego cuantos *kraal* cultivaban maíz, mijo, sorgo, chomolia, otras verduras, cuantos *kraal* tenían arboles mangos, papayas o guayabas y cuantos tenían pollos o cabras. Explicaron también cuántos cocinaban con leña dentro del *kraal*, cuantos fuera, no había otros modos. Explicaron a la distancia a la que tenían el agua muchas de las casas, y cuantas tenían letrinas bien cuidadas.

Al final, Anwele explicó que ocurría con el SIDA. Aprovechó para recordar cómo se transmitía y como se preveía. Después compartió las graves noticias sobre la enfermedad entre ellos: Por los tests que habían hecho, estimaban que una tercera parte de los adultos y uno de cada diez niños, tenía la infección. Esto eran, más de diez mil personas. Diez veces los que estaban en aquella masiva reunión. Hubo un profundo y grave silencio entre todos los que escuchaban, una especie de frío helado recorrió el cuerpo de muchos de ellos.

Fue entonces cuando hizo el siguiente juego: les pidió a todos que cerraran los ojos. Anwele y los jóvenes que le ayudaban en las charlas del SIDA, dieron por detrás una leve palmada en la espalda a uno de cada tres adultos. Cuando hubieron terminado, les pidió a todos que abrieran los ojos. Les dijo que aquellos que habían recibido la palmada en la espalda, iban a actuar como si estuvieran infectados en el siguiente juego: Los ancianos y los niños se sentarían alrededor, mientras los adultos iban a estar de pie en el centro de aquel gran foro. Pasearían dando círculos y elegirían uno o dos adultos, por atracción mutua, para darse la mano, como si fuera una relación sexual imaginada. Los que estaban supuestamente infectados, darían la mano con el dedo corazón doblado, de tal manera que el que recibiera el saludo notaria aquella relación «infectada».

Entre risas, siguieron el juego. Cuando hubieron terminado, todos se sentaron. Había muchas más mujeres que hombres, por lo que los hombres tuvieron más relaciones diversas. Anwele pidió que levantaran la mano los que, en el juego, empezaron, por la palmada en la espalda, infectados. Unas doscientas personas levantaron la mano. Ya no había tantas risas. Después preguntó cuántos de aquellos se habían infectado otra vez durante el juego: unas sesenta personas lo indicaron así. Luego preguntó cuántos se habían infectado durante el juego, no antes: ciento veinte personas levantaron la mano. Preguntó finalmente, cuantos antes o du-

rante el juego, estaban, imaginariamente infectados: más de trescientas personas levantaron la mano. Las caras ya no eran risueñas. Anwele dijo:

–Esto es sólo un juego. Pero la realidad de nuestro pueblo es así. Sin saberlo, estamos permitiendo que este horrible mal nos quite la vida. Sin saber cómo es nuestro test, que debéis venir a haceros a la misión si realmente amáis a vuestras parejas, sois posibles infectados poniendo en riesgo vuestra vida y la de los demás.

Siguió su descripción de lo que habían encontrado. Unas mil personas tenían ya síntomas de la enfermedad del SIDA. Y de ellos trescientas no se podían levantar de la cama por su extrema debilidad. Sólo uno de cada cinco estaba en los hospitales de Brunapeg o de San José. El resto, agonizaba en sus casas. A casi todos, les habían puesto en una choza aparte. Y dos de cada tres enfermos graves, tenían continuas diarreas. Anwele dijo que encontró a muchas personas en el mayor sufrimiento imaginable: solas estando sus familiares a varios pasos, sucios y malolientes por las diarreas que ellos no tenían fuerzas para limpiar, ni sus familiares, atenazados por el miedo, voluntad para cuidar. Y con dolores por todos los músculos, la boca seca y dolorosa por las de llagas, tos y falta de fuerza para respirar, dolores en ganglios o lesiones repartidas por el cuerpo y,sobre todo,nadie a quien dar la mano en aquellos, terribles y dolorosos últimos pasos por la vida.

Jonay quedó pensativo. Por un lado veía a Anwele, infectada y hacia unos meses casi desahuciada por una tuberculosis diseminada, recuperada y llena de fuerza hablando con tanta claridad y valentía. Por otro lado pensaba en aquellos enfermos que no podía ayudar desde la misión pues en su mayoría o no podían, o preferían no ir. Y sentía casi como propio el dolor de la soledad el «síndrome de la soledad». Se acordó de aquel diagnostico con Fernando, entre los ancianos de Vallehermoso, en su querida Gomera. Tenía que hacer algo.

Terminaron todos diciendo que con todo lo que sabían, harían un plan para mejorar la salud de todos, y necesitaban ideas de todas las personas, por escrito o hablado a los delegados de cada diez *kraal*, por los maestros de las escuelas o directamente en una caja de cartas de salud que pusieron frente al centro de salud.

Prepararon un plan para mejorar la alimentación, el agua, disminuir los humos en el hogar, mejorar la higiene, detectar a los hipertensos y diabéticos, tratar las malarias y los parásitos, animar a que las embarazadas fueran a los hospitales unos días antes de la fecha de parto, a que los pacientes graves llegaran a tiempo, a que los niños recibieran las vacunas, a que los adultos se hicieran el test del SIDA, mejor por parejas, a que los enfermos recibieran cuidados, en casa o en el hospital. Crearon un comité de salud con Rose, NoLwasi y varios *nyangas*, Anwele y varios valientes seropositivos, con algunos maestros y ancianos, mujeres y hombre, jóvenes, incluso niños de la escuela. Jonay no podía esperar para aliviar el terrible sufrimiento de aquellas personas en soledad, suciedad, dolor y desesperanza. De alguna manera que no entendía, pensaba que tolerar ese sufrimiento perpetuaba la plaga entre el pueblo.

Por la noche ideó que si enseñaban a las familias a limpiar a los enfermos tan débiles de SIDA con agua y jabón y sobre un plástico duro pata poder lavarles sin levantarles, eso les mantendrá limpios y sin olor, sin moscas, sin esa profunda indignidad y extremo dolor del abandono en suciedad. Así podrían animar a las familias a cuidar mejor de ellos, a arroparles, a estar a su lado. Seguían los cuidados paliativos que Jonay animaba para la boca seca con sueros y gasas humedecida, analgésicos para el dolor, sedantes para el insomnio o antihistamínicos para los picores, entre otros. Conseguir un kit con el plástico, jabón, y unas instrucciones para mantenerle limpio y seco asegurando que ello no conllevaba ningún riesgo, aliviaría mucho sufrimiento. Hizo un proyecto, para los mil enfermos del distrito con SIDA, y que de nada remediarlo, acabarían sin fuerzas en sus chozas. El proyecto costaba unos diez mil dólares, y los plásticos, una vez limpios y desinfectados en lejía, se podrían reutilizar. Se daba la casualidad de que, un compañero de carrera le había escrito a Jonay diciéndole si podía venir con otro compañero, para sacar muestras de sangre y ver qué tipo de virus afectaba a esas gentes en Matabeleland. Jonay calculó que el billete de los dos y sus gastos, sin contar con las técnicas sofisticadas para diferencias familias de virus, costaban más de lo que necesitan para su proyecto de cuidados paliativos. Le respondió a aquel médico diciéndole:

Estimado Andrés,

Celebro tu interés por contribuir a luchar contra el dolor que causa esta terrible epidemia aquí en Zimbabue.

Hemos estudiado la situación de necesidades en la zona, que te adjunto en un resumen anexo. Como veras, la agonía de cientos de enfermos es terrible. Necesitamos lo más básico: unos cinco dólares por paciente con síntomas de SIDA en la zona. Con ello conseguiremos mantenerles limpios y acompañados, aumentando su dignidad y su alivio en estos últimos momentos de sus vidas, muy lejos del acceso a ningún tipo de tratamientos en estas tierras de pobreza, olvidadas del mundo.

Por eso te ruego que consideres enviar el dinero que ibais a gastar en vuestros viajes y en estudiar el tipo de virus, pues créeme, ahora esa no es la prioridad. Hay un inmenso sufrimiento y podéis ayudarnos a aliviarlo, aun*que no sea alargando las vidas. Ojala eso llegue algún día.*

Espero tus noticias,

Jonay

Jonay nunca tuvo respuesta.

XLII

AMORES SIN PREJUICIOS

BULAWAYO, 1989

EN AQUELLA NOCHE del agua mágica, Patxi y NoLwasi permanecieron abrazados mucho tiempo bajo la cruz del sur del cielo de Matabaeleland. Se habían abrazado hacía un año en Sanzukwi, y había algo mágico entre ellos. Buscaban las ocasiones para sentir la presencia mutua. NoLwasi se había quedado temporadas en San José, por la enfermedad de Anwele primero y para el estudio de salud y el gran foro de salud de San José después. Joseph y Thandiwe tenían ya seis años, tres más que Nothando, la hija de Anwele. Los tres eran inseparables.

NoLwasi veía en Patxi, Sindisabantu, a un espíritu bondadoso, valiente y sereno. Patxi tenía ya el pelo blanco y lo dejaba caer en media melena, que a veces sujetaba con una cinta en la frente o una coleta. Se había ido dejando barba que salía menos canosa que su cabello plateado. Tenía unos rasgos rectos, sobrios, una mandíbula y dentaduras fuertes, una nariz espigada y curvada de entre vasco y judío, le había dicho un amigo antropólogo. Sus ojos eran, como muchos Beloki, entre marrones claros y verdes, alargados, casi achinados, con una mirada profunda y casi siempre tierna. Los enmarcaban cejas pobladas y un incipiente entrecejo que nunca le molestó. Su frente ya mostraba algunos surcos del tiempo. Tenía cincuenta y ocho años, medía alrededor de uno ochenta, se mantenía fuerte con sus caminatas diarias y saliendo a correr casi todos los atardeceres, con su dieta sencilla de *sadza*, verduras, fruta y cereales, pero sobre todo con una devoción por la belleza del universo y de las almas humanas que hacían que en su mirada brillase una luz. Como vibraba en el alma de NoLwasi. Ella sentía que estaban unidos más allá del tiempo y el espacio. Patxi no había tenido relaciones íntimas desde su tiempo en el caserío y alguna esporádica y clandestina mientras estaba en el seminario. Muchas veces había sentido atracción por mujeres, pero nunca iban unidas a una atracción del alma, y no llegaron a nada. Su necesidad sexual era imposible de apagar y en su intimidad a menudo tenía que amarse a sí mismo, encerrado en la absurda celda de su impuesto celibato. Lo había hablado

a menudo con compañeros sacerdotes y religiosos, y en su mayoría sentían lo mismo, pero nadie era capaz de confrontar a la jerarquía. Sentía, como en muchas otras dimensiones de la vida sacerdotal, que la castidad era la amputación de una parte esencial del hombre de un canal esencial para amar y vivir, de una energía en caricias y dilución de existencias, cuya condena sentía incompatible con el mensaje de amor de Jesús.

Patxi veía en Sipho, NoLwasi, a la luz más brillante de belleza y valentía que nunca sintió en su vida. NoLwasi tenía 33 años, diecisiete menos que Patxi. Era una mujer preciosa a los ojos de Patxi, pero también para muchas gentes de Matabeleland, donde ya era casi leyenda tanto por sus poderes y su valentía, como por su belleza. NoLwasi tenía un rostro entre místico y dulce, una mirada suave y profunda, una casi imperceptible y constante sonrisa que acariciaba las almas a su alrededor. Su piel era muy oscura y brillante, sus rasgos delicados, su boca era alargada y los labios finos, más zulú que bantú, la nariz no muy achatada, suave, y sus ojos coronaban aquellas finas facciones con la luz de una eternidad. Eran alargados como los de Patxi, como si además de la unión mágica hubieran sido hermanos en otra vida. Sus pestañas eran rizadas y pobladas, enmarcando una mirada profunda de sus iris oscuros como la noche, rodeados de un blanco brillante, como el de su tímida sonrisa. NoLwasi tenía un pelo denso kalanga, que solía dejar un poco largo y adivinar bajo el pañuelo, casi siempre blanco, que llevaba anudado en la cabeza. Medía alrededor de uno setenta y tenía una figura esbelta, suave, delicada, y un andar que Patxi espiaba y admiraba en secreto. Se diría que flotaba sobre la tierra, como la sensación que tenía de un alma más en el universo que anclada en la tierra, en la materia, en el espacio o el tiempo. NoLwasi nunca tuvo relaciones con ningún hombre. Tampoco había sentido atracción por ninguno, lo suficientemente fuerte para querer explorar su sexualidad, que, a pesar de ello, latía deseosa de diluirse en el amor.

Aquel abrazo duró una eternidad. Entre los dos habían acumulado noventa años, más de mil lunas, anhelando ese momento. Sus cuerpos se unieron en uno. Sentían cada poro de su cuerpo latir y brillar, derretirse en el calor del alma gemela tanto tiempo anhelada, sus brazos se rodearon con una fuerza y ternura jamás imaginada en sus vidas. Se rodeaban con el calor del amor más valiente y generoso. Y se acariciaban con veneración, explorando los cuerpos tanto tiempo deseados. Notaron que sus latidos eran fuertes y acelerados, y que se fueron acompasando, al igual que su respiración, que sus movimientos, que el tacto de sus mejillas acariciándose en ese mágico momento que resumía toda una vida de amor. Sin hablar, fueron buscando sus miradas, que nubladas de emoción, brillantes de felicidad, se clavaron en lo más profundo de cada alma. En ese lugar tanto tiempo reservado para ese sentimiento, que hablaba de lo eterno. La unión de miradas les arrastró a la unión de sus labios en un beso profundo, cálido, sin temor y sin final.

NoLwasi le llevó de la mano y sin hablar a la fuente de luz y de curación que había conocido ese día con las lágrimas de Anwele. Allí hicieron el amor bajo la luna y las estrellas como testigos, escuchando el brotar del agua de la vida, sintiendo el sonido del viento en las hojas de las acacias y mopanes, embriagados por el olor de sus cuerpos transpirando las emociones más profundas, sintiendo el sabor de sus besos, el latir de sus cuerpos, la dilución de sus existencias en una unión que venía de una eternidad y estaba destinada a unirles en otra.

Patxi y NoLwasi vivían juntos en San José, y no escondían su amor puro. Se volcaban en su generosidad con los demás. Patxi seguía en las tareas de compartir en amor inspirado en Jesús con todos, en ayudar a los más necesitados, en celebrar los nacimientos, recordar a los difuntos, en compartir el tributo a la vida y al amor en las misas comunitarias bajo el gran tejado de paja de Haka, perdido en su aventura de rescatar a los niños secuestrados. NoLwasi veía a personas del área de San José y también venidas de Sanzukwi y de otros lugares más lejanos, para su sabio consejo. En el *kopje* del arroyo seguía sintiendo a sus antepasados, a Mandla y Masora, y a la sabiduría de los tiempos. Tenía sus pergaminos con sus símbolos de vida y ayudaba en muchas tareas de la misión. Con Anwele trabajaban juntas en la prevención del SIDA, hablando con jóvenes con grupos de mujeres, con hombres, con los niños en la escuela. Hacían consultas cada mañana en un cuarto que habían preparado en el dispensario, donde animaban a hacerse el test del SIDA, mejor en pareja, lo desvelaban con suma ternura y apoyo, aconsejaban y acompañaban a todos.

NoLwasi notó que Anwele había mejorado con su agua sanadora. Le siguió aplicando el agua a unos pequeños cortes en los brazos. Anwele ganó peso, su respiración mejoró, su piel recuperó el brillo, las manchas de la piel fueron desapareciendo, su rostro recuperó fuerza y forma, el pelo se fortaleció, los músculos recuperaron tono, su mirada tenía vida y su espíritu volvió a sonreír.

Nothando también estaba feliz con la sonrisa y la alegría de su madre. NoLwasi sabía que el agua sanadora había aliviado el dolor, había ahuyentado la debilidad, había derrotado a la fuerza maligna de la plaga.

Intentaba pensar en cómo las lágrimas de deseo de vivir, el agua sanadora indicada por la mariposa precoz de los *amacimbi* y el baile mágico repetido las veces de los dedos de las dos manos, convertía ese líquido en mágico. Lo siguió utilizando con otros pacientes de SIDA que venían a verla, que detectaban en la consulta del test con Anwele, o que Jonay ingresaba en el dispensario. También, después de conocer a muchos más en el estudio de salud, empezaron a visitar dos veces por semana a los más débiles, a enseñar el uso del plástico para limpiarles, abrigarles, acompañarles, y de medicamentos de Jonay y hierbas de NoLwasi, para aliviarles los síntomas.

Un día, NoLwasi le explicó a Jonay el tratamiento que estaba dando. No se lo había dicho antes por temor al rechazo de Jonay.

–Jonay, necesito hablar contigo.

–Claro, NoLwasi, cuéntame.

–¿Qué opinas de cómo ha ido mejorando Anwele?

–Es como un milagro. Cuando el SIDA está tan avanzado que la tuberculosis invade cada rincón del cuerpo, es casi imposible ver la recuperación que hemos visto en Anwele. El tratamiento de la tuberculosis puede haber ayudado, pero tiene que haber algo más. Quizás sus inmensas ganas de vivir. Creo que en este, como en muchos otros casos, tú entiendes más que yo.

–Te tengo que decir que a ella, y a otras doce personas que han ido consultándome o hemos visto en la consulta del test, les he ido dando un tratamiento.

–Claro, NoLwasi, tu planta, la Sutherlandia, es útil, ayuda mucho, todos lo sabemos. Y seguro que tú fuerza espiritual, en formas que no conozco, también.

–No. Las plantas alivian por un tiempo pero no curan. Lo de Anwele es distinto.

–Cuéntamelo si lo deseas, NoLwasi. Entiendo también que puedes guardarlo como tu secreto.

–Te lo cuento por el gran respeto que siento hacia ti, por nuestro trabajo junto por la salud de las gentes. Pero te pido que lo guardes para ti.

–Tienes mi palabra, NoLwasi.

–No te puedo explicar por qué, pero hace seis lunas, cuando la examinaste y pensábamos que Anwele se iba despidiendo de la vida, fui a verla una de tantas noches. Me dijo lo mucho que deseaba vivir para ayudar a los demás a luchas contra esta plaga. En ese momento surcaron unas lágrimas su rostro. Mi espíritu me pidió que recogiese esas lágrimas de dolor y de profundo deseo de vivir en cáscaras vacías de semilla como estas de mi collar. Le pedí luego a Rose un tubo como los que utilizaste para guardar su líquido de la espalda o para los análisis de sangre. No entiendo por qué, esa agua me llevó hacia los campos y a un kopje con acacias, mopanes y donde había un pequeño arroyo. Estaba atardeciendo y permanecí en silencio sintiendo la fuerza de la vida y el consejo de nuestros antepasados. En ese momento, cuando sentí a mi abuelo Mandla hablarme, susurrarme al oído, me miraron los ojos de las alas de una mariposa, de un *amacimbi* que había escapado a la caza. Era la primera mariposa de las lluvias. Me miró fijamente y me llevó al arroyo, al lado de una cascara de semilla igual a la que recogió las lágrimas de Anwele. Sentí el mensaje de limpiar las lágrimas. Las mezclé con agua y salieron de mí bailes de unión a la vida, de agradecimiento por el consejo sabio de los espíritus. Repetí esa forma de mezclar el líquido del dolor con el agua purificadora, tantas veces como los dedos de las dos manos. Apliqué esa agua sanadora a unos pequeños cortes en la piel, para que bañara la sangre infectada. Lo hice durante una semana, comprobando que ayudaba a Anwele. Quizás sean

otras las causas de por qué Anwele ha recuperado la vida, pero yo pienso que este mensaje de los antepasados es sabio y lo he ido haciendo con otros enfermos.

–Muchas gracias por confiarme tu secreto, NoLwasi. Lo guardaré para mí. No puedo entender de qué manera ayuda, pero si tú crees que lo hace, sigue haciéndolo. Los dos intentamos, desde nuestras maneras de entender la enfermedad, la salud, la vida, aliviar el sufrimiento y alimentar la ilusión de vivir, de amar.

Cuando acabó aquella jornada, Jonay volvió a su posada, la antigua parroquia. No podía dejar de pensar en el tratamiento mágico de NoLwasi. Buscó ideas en libros de farmacología, de virología, de inmunología y en el manual del cooperante. Nada. Sería magia, brujería, ¿estarían viendo efectos al azar, placebos? ¿Cómo podía un agua, tan diluida, con posibles, incluso anticuerpos o incluso virus presentes o altamente diluidos, tener ese efecto? ¿No estaría promoviendo infecciones por ser complaciente con NoLwasi? Concluyó que al fin y al cabo, las personas ya estaban infectadas y mal no les haría. Y él no podía ofrecer nada mejor.

Unos meses más tarde, Patxi acudió al recibimiento del Papa Juan Pablo II, quien llegaba a Zimbabue. El obispo sabía ya de la «rebelión de San José», como él la llamaba. A menudo comentaba a sus acólitos, según le decía el padre Pius:

–Ese cura vasco que ni dice misa de verdad, ni bautiza, ni da la extremaunción, ni mantiene su castidad y expone la vergüenza de una unión con una «bruja» local, y que además reparten preservativos.

Estaba escandalizado de que el Papa hubiese pedido hablar con aquel sacerdote antes de excomulgarle por violentar los votos de castidad y de obediencia. No le permitieron, para alivio de Patxi, ir a recibir al Papa a Harare, pero el obispo no tuvo más remedio que aceptar que fuera a la reunión con los religiosos en la catedral de Bulawayo. Era el 12 de septiembre de 1988. Estaban todos reunidos y el Papa dijo unas palabras.

Les habló de su alegría y orgullo por su dedicación religiosa, citando a San Pedro y al Levítico, en las que Patxi no se sentía identificado. Notaba, además, que el discurso lo habían preparado unos seminaristas y había sido filtrado y modificado por el obispo y luego por los asistentes del Papa en el Vaticano. ¿Qué había de autentico en aquel encuentro? Además se sentía molesto con el gasto de la visita, el atuendo, los coches lujosos y el anillo de oro. Sin embargo, Patxi veía en el Papa una mirada tierna, penetrable, vulnerable al amor sin miedos. Quizás su grave atentado siete años atrás, que le tuvo cerca de la muerte, había humanizado a aquel hombre, rodeado de una pesada estructura tan rígida y dominante y aduladora que ahogaba la humanidad de su alma.

El Papa siguió hablando de la misión de las parroquias, y habló de reconciliación bajo la unión en Jesús. Se sintió mal cuando el Papa dijo que no podía haber reconciliación real sin conversión en Jesús. Luego habló del sentido de

la familia, haciendo continuas citas de la Biblia. También habló de la guía del obispo hacia los sacerdotes y religiosos. Patxi comprobó el gesto de satisfacción del obispo y una mirada recriminadora hacia Patxi. El Papa siguió hablando de las maravillas y bendiciones de la vida religiosa, con casi todos los religiosos asintiendo. ¿No había cierta vanidad en aquella complacencia o confabulación? Pareciera que hablara de seres superiores, para guiar al pueblo perdido. Se empezó a sentir mal, culpable, sucio de no interrumpir aquel discurso. Luego fue más explícito en los votos de castidad, pobreza y obediencia, y en contra del egoísmo y el individualismo. El obispo volvió a mirar a Patxi con gesto de suficiencia, casi desprecio. Después habló de ideas que le reconfortaron a Patxi, como el servicio, la lucha contra la pobreza, la dignidad de las personas y el promover el amor. Patxi cerraba los ojos e intentaba sentir la palabra de Jesús. Detestaba el perverso juego de miradas del obispo, el culto al papa, infalible para aquellas personas que le entregaban su vida en nombre de Jesús, y la jerarquía mezclada con poder y con privilegios injustos ante tanta pobreza a un paso de esa suntuosa catedral. Le sorprendió al final de sus palabras, el recuerdo a la determinación de la Iglesia durante la guerra y la posterior opresión del gobierno en Matabelelenad, en defensa de la verdad y la vida.

Fue luego saludando a uno por uno, presentados por el obispo. No tuvo más remedio que presentarle a Patxi.

–Este es el Padre Patxi, de la misión de San José, de quien ya le he hablado.

–Sí, Padre Patxi, creo que tenemos que hablar un momento, espéreme al acabar.

–Como usted desee, Su Santidad.

Se sintió mal al decir esa palabra.

Una media hora después, mientras Patxi esperaba en la entrada de la catedral, el obispo mandó llamarle. Le esperaba el Papa en el despacho del obispo. Cuando entró, estaba el Papa y el obispo, quien le miraba con severidad. Patxi se sintió absurdamente como un niño al que el maestro llama para reprender por no haber hecho los deberes como debiera. Le agradó que el Papa pidiera, contra su voluntad, al obispo, que le dejara a solas con Patxi.

–Padre Patxi, tenía ganas de conocerle.

–Le agradezco su tiempo, Su Santidad. Habrá millones de personas deseando tener este momento a solas con usted. Me honra su interés.

–Bueno, le seré sincero: más que interés, es preocupación. He recibido un informe del obispo y otro de la comisión de la Fe en el Vaticano que me reco-

miendan excomulgarle y pedirle que deje la misión de San José. Creo que usted conoce las razones.

–Creo que conozco los argumentos del señor obispo, quien no ha visitado San José en los últimos cuatro años y no sabe realmente de mi vida, mis ideas ni mi dedicación a los demás. De las personas del Vaticano no puedo opinar, nunca las he visto y no creo que puedan conocerme ni opinar sobre mi persona y mi servicio a los demás en nombre de Jesús.

–Me gusta cómo me habla. Todos me hablan con temor y con devoción. No estoy acostumbrado a oír lo que las personas de verdad piensan, en especial si es crítica o desacuerdo. Pero dígame, Padre Patxi: ¿es cierto que ha roto el voto de castidad?

–Sí, es cierto. Pero no me arrepiento. Soy mucho mejor persona y recibo y doy mucho más amor unido a una maravillosa mujer que me inspira cada día gratitud por la vida y amor a Dios, nuestro Creador.

–Me han dicho que además ni es cristiana, y es una hechicera. ¿Se da cuenta de la imagen de Iglesia que está dando?

–Una imagen humana, Su Santidad. Unida en el amor. Unida al pueblo al que servimos, sin distancias ni racismos velados como el que encierra la palabra «hechicera».

–Eso es inaceptable, Padre Patxi. ¿Pretende usted saber mejor que el Concilio Vaticano?

–Ni mejor ni peor, Su Santidad. Distinto.

–Esto demuestra su rebeldía ante el voto de obediencia también. Y dígame otra cosa: ¿usted está promoviendo el uso del preservativo entre su gente? ¿Sabe que con ello trivializa la santidad de las relaciones entre hombre y mujer, destinadas a crear vida? ¿Sabe que con ello da pie a la promiscuidad, a la destrucción de la familia, a la degeneración moral de su pueblo?

–Su Santidad, déjeme que le explique en cinco minutos: El SIDA está arrasando este pueblo. Asisto continuamente a enfermos moribundos y familias hundidas en el dolor. Hemos estimado que una de cada tres personas adultas está ya infectada y una de cada treinta está enferma y condenada a morir lentamente en una debilidad extrema, en el dolor, en la vergüenza y el estigma. Yo amo a cada persona que está en mi vida. Le amo también a usted ahora. Pero sobre todo amo a esas personas en su dolor. Héroes del amor. No apruebo la falta de fidelidad pero la disculpo en un mundo en que pasan, por trabajo, meses y meses en soledad en su intimidad. Y en su infección, me entrego a aliviarles, a hacer todo

lo posible para que no sufran más y para que esta terrible plaga no se extienda más. Ojalá el tiempo le permitiese venir conmigo a ver lo que ocurre, a entrar en sus *kraal*, en sus chozas y ver a personas esqueléticas, con las miradas perdidas, envueltas en suciedad, abandono, hundidas en su dolor y, en sus desesperanza, en su soledad, en la angustia de pensar que pasará con sus hijos cuando ya no estén en este mundo. ¿Cree que es humano además mirarles como pecadores?

–Dios perdona, Padre Patxi. Y su compasión me conmueve. Pero sin promover el pecado.

–No promuevo el pecado, Su Santidad. Promover el uso del preservativo en esta situación, es igual que promover las vacunas y prevenir el dolor y la muerte. Igual. ¿Sabía usted que la mayoría de las mujeres que están infectadas y mueren lentamente por el SIDA, nunca han tenido ninguna otra relación que con sus maridos? Muchos viven en Sudáfrica y tienen otras relaciones, se infectan y lo transmiten a sus mujeres, a sus hijos. En San José promovemos que las parejas se hagan el test, las casadas, las no casadas, todas. Y encontramos a muchas en las que uno está infectado y otro no. Y hay amor. Y están sanos. No hay quien pueda entender que en las conferencias episcopales se repita una y otra vez que el único mensaje para ellas es la abstinencia. Eso sí que rompe el amor y la familia. Necesitamos caricias, Su Santidad, amor, unión a los demás. Promover el uso del preservativo aquí es promover la vida, no prevenirla. Y el Concilio Vaticano ha aprobado el uso de contraceptivos por indicación médica, esto es lo mismo.

–Veo que ha estado en contacto con el Padre Kevin, en Pretoria.

–Sí, y muchos más. Piense en ello, Su Santidad. La vida de millones de personas está en sus manos. La Iglesia influye en el pensamiento, en el comportamiento, en la educación, en los hospitales de misión por toda África. Se lo ruego, reflexione. Promover el hacerse el test y el usar el preservativo cuando hay riesgo, es un gesto de amor verdadero en esta tierra, que agoniza por el SIDA.

El Papa se quedó mirándole fijamente. Patxi notó que estaba cerca de emocionarse. Había ternura y humanidad en esa mirada azul.

–Padre Patxi. Le voy a pedir que venga con el Padre Kevin a Roma para hablar de ello con la Sagrada Congregación del Santo Oficio. Decidiré si su pasión por ayudar a los demás olvida formas y principios que son esenciales a nuestra Iglesia. Cuando venga a Roma decidiré si puede seguir siendo sacerdote bajo la Iglesia. Rezaré por usted.

–Gracias Su Santidad. Seguiré intentando amar a los demás como a mí mismo, cada día de mi vida. Entregarme a mis semejantes.

Al decir esa palabra, algo se estremeció en sus entrañas.

XLIII

BROTES DE UNA NUEVA HUMANIDAD

Gomera, 1990

Era junio de 1990 Umbela y John vivían ya con unas doscientas personas en El Cabrito. Habían ido llegando durante el último año. Al principio llegaron por el miedo de la radiación de Chernóbil, o por la frustración de no poder luchar contra gobiernos y sociedades que, sedientas de consumo, exponían a la sociedad y a muchas generaciones por venir, a radiaciones que alteraban la base genética de la vida. Empezaron por vivir en tiendas de campaña. Bebían de una fuente natural que salía de la ladera norte del barranco. Construyeron letrinas, una por cada diez personas. Empezaron a preparar más terrazas en la ladera con maíz, tomates y otras hortalizas. Cuando ya eran cien, decidieron empezar a construir una casa comunitaria donde enseñar a los niños, donde reunirse para planear la comunidad, donde resolver conflictos o celebrar acontecimientos, y donde guardar lo que decidieron que debía ser común a todos. Empezaron a hablar de sus formas de vida, pero John, el líder natural de la comunidad que estaba naciendo, prefirió primero probar como todos compartían el trabajo para construir la casa común. Aún creía en la bondad del ser humano cuando no es agredido por la jerarquía, por la competividad, por la soledad y por el miedo. Creía en el anarquismo en naturaleza, pero nunca lo había experimentado.

Mientras construían la casa comunitaria, recibieron visitas del presidente del cabildo de la isla, del alcalde de San Sebastián, y hasta del gobernador civil en la Gomera. Todos les pedían todo tipo de trámites: permisos de residencia para los inmigrantes de la comunidad, permiso de obras, permiso de uso colectivo del local, permiso de letrinas, cedulas de vivienda y calificación como camping público, entre otros. Así hasta doscientos tipos de papeles. Un francés, Yves, ex funcionario del Ministerio del Trabajo en Francia, se prestó voluntario a responder a toda aquella presión de las autoridades, molestas con aquella «colonia de hippies». Pensaban que podía ahuyentar el turismo de golf y bungalows de lujo que espe-

raban en los complejos de lujo construidos por los potentados de la isla. Tomás, cuya humilde familia había ocupado esos terrenos varias generaciones, se alió con Yves para defender la propiedad y hacerla común al grupo, que comenzaba a sentir gran afecto compartido e ilusión en una vida en comunidad de amor y armonía con la naturaleza.

Un mes después, habían terminado la casa comunitaria, a unos cincuenta metros de la orilla, en el centro del barranco. Era redondeada, de piedra de lava y tenía ventanas sólo cubiertas por cortinas de lino. John se había inspirado en la arquitectura antroposófica, buscando la energía, la espiritualidad y la belleza. El tejado lo construyeron de cantos finos de piedra caliza que traía el mar. Por dentro tenía el suelo de losetas de piedra basáltica que habían pulido con paciencia y tesón. Construyeron bancos con sabinas secas y ramas de brezo. En el centro construyeron una enorme chimenea circular que en los días fríos servía como fuego comunitario, en los lluviosos como depósito de agua y en los calurosos como fuente de luz y de circulación del aire. La casa comunitaria podía acoger a doscientas personas para reunirse, convivir, compartir, resolver conflictos, soñar, aprender, contar historias, escuchar música y ayudarse. Ser comunidad.

John comprobó que los por entonces ciento veinte habitantes, eran buenas personas, cada uno con sus manías, como todos, pero compartían el deseo de vivir en común y en gran respeto a la naturaleza. Ninguno quería matar animales y las cabras que tenían no corrían peligro. Sólo les sacarían algo de leche para hacer quesos. Algunos sí que aceptaban la pesca que traía Tomás. Sin embargo, él mismo, recordando a Jonay, empezó a sentir pena por los peces agonizando fuera del agua, y cada vez devolvía más pesca al mar. Un día pescó una hembra de cazón, una especie de pequeño tiburón, y al comprobar que había matado a varias crías en su vientre, tan parecido al ciclo humano, dejo de matar peces para comer.

Se convirtió en el marinero que llevaba en su barco a los miembros de la comunidad, al puerto de San Sebastián, o a paseos alrededor de la isla.

En los meses siguientes llegaron otras doscientas personas. Llegaban al oír de las cartas de los miembros de la comunidad o de otras personas, de las comunidades de armonía que estaban surgiendo en La Gomera. John tenía ya sesenta y cuatro años, estaba fuerte y tenía una gran serenidad. Fue elegido en una reunión de todas las personas en busca de una nueva forma de vivir, como su líder natural. Establecieron comunidades en otros ocho lugares de la isla donde había barrancos o pueblos abandonados. En El Cabrito quedaron casi unas doscientas personas. En Arguamul Fernando organizó a unas sesenta. En total en la isla había quinientas personas buscando otra forma de vivir que no dañara a la naturaleza y recuperara relaciones más humanas.

Por un lado, John pensaba que era suficiente acoger a personas con deseos de compartir. Pensaba que las necesidades, los conflictos o los contratiempos se irían resolviendo con buena voluntad. Sin embargo, comprobó que empezaron

a ocurrir cosas que podían perturbar con frecuencia la paz de todos. La primera observación fue el deseo de algunos de acotar su propiedad, su casa, normalmente escogiendo lugares o viviendas mayores. Eso era un motivo de conflicto o de tensiones que afloraban a cada momento. Pronto también observó que había quienes sembraban mucho más de lo necesario, almacenaban más y luego intentaban vender, cambiar por más terreno o por otras cosas que John pensaba debían ser comunes. Paso lo mismo con propiedades como libros, papel y colores, utensilios para labranza, pesca, música o un telescopio, con las semillas, los medicamentos y las hierbas medicinales, con las cerillas y leña para el fuego y con la sosa para detergentes.

Pensó por todo ello que sería bueno escribir un corto ideario y unas mínimas normas que todos debían aceptar para vivir en comunidad.

Empezó a escribir algunos esquemas. Le inspiraban sus ideas de anarquismo, en contra del concepto de Estado y de fronteras, y de las formas aceptadas por las sociedades modernas de gobierno, autoridad y jerarquía. Había leído a Godwin, Faure y a Proudhon y su frase, que tenía John anotada en su cartera: «*la propiedad es un robo*». También leía con frecuencia a Weitling y su inspiración en los primeros cristianos y su conclusión de que «*la sociedad perfecta no requiere gobierno, sino sólo una sencilla administración con unas simples obligaciones*».

Mientras llegaban nuevos miembros de la comunidad, aún sin forma alguna, fue leyendo como los pensamientos anarquistas europeos se habían entendido de otra forma en América, donde el culto por la vida, la libertad y la propiedad, eran esenciales y se entendía que el estado era destructivo ante ellos. Con esas ideas se habían opuesto al estado.

Owen en su colonia Nueva Armonía y más tarde Warren con la colonia Utopía en Ohio le inspiraban reflexiones sobre lo que podría desarrollarse en El Cabrito. Esas colonias del siglo XIX se habían formado para respetar la libertad individual y la justicia social y donde sólo se intercambiaban «bonos de trabajo», y de esa manera no podían desarrollarse desigualdades, acumulaciones de bienes ni injusticias. Pero partían de la propiedad privada de los lotes de terreno, lo que, a juicio de John, fue la causa de su disolución. Ese afán americano por la propiedad era, pensaba John, el propio fin de ese Imperio, pues no era posible mantener las propiedades, las herencias, las compras y ventas, la especulación y en definitiva, la injusticia y sus consecuencias de tensión y sufrimiento social en general e individual de los perdedores en ese casino en que se había convertido la sociedad. Pero en Europa las ideas de Proudhon sin embargo habían degenerado en los socialismos no autoritario de Bakunin y los autoritarios de Marx y Engels, que llevaron a las Internacionales y al comunismo, repleto de normas e imposiciones.

Le preocupaban también como muchas de esas corrientes habían degenerando en violencia, en revoluciones que, casi por norma, habían instalado a tiranos en el poder, en nombre del bien colectivo. Él era profundamente pacifista,

y además, la necesidad de la armonía con la naturaleza era fundamental. Por eso había ido leyendo en los últimos años las ideas del «anarquismo verde», y había leído *Walden* del americano Thoreau, donde proponía «una vida simple y autosuficiente, integrada con el entorno natural, resistiéndose al avance de la civilización industrial». En el fondo era similar al movimiento religioso de los Amish, a los que John admiraba, pero sin doctrina religiosa, en libertad. Ese anarquismo ecológico había degenerando en muchas ideas radicales anti–progreso e incluso anti–agricultura, de tal forma que se basaba en recolección y en caza, rechazando todo progreso. ¿Cómo entonces podrían curarse los niños o mayores de las enfermedades, entre otras muchas bondades del progreso? Absurdo.

Empezó a leer a Ivan Illich y sus teorías del descrecimiento y la sociedad desescolarizada y el autoaprendizaje, e incluso intercambio algunas cartas con su centro en Cuernavaca, Mexico. Fue entonces cuando un alemán, Martin, le dijo que conocía a Robert Gilman. John había leído algunos artículos de Robert, quien dirigía los cuadernos de *Context*, y era reconocido como un líder en el movimiento mundial de eco aldeas. Martin y Robert habían compartido un tiempo juntos en una comunidad en Escocia, llamada Findhorn, donde Robert había inspirado unos principios de convivencia. Le había escrito diciendo que un amigo iría hacia el sur navegando y que su mujer Diana, su hija Celeste y el, querían parar en La Gomera para conocer el movimiento de nuevas comunidades del que le había leído en algunas cartas de Martin y otros amigos. Era parte de un estudio que hacía para un grupo que se empezaba a formar en Dinamarca, llamado Gaia, de la mano de una pareja danesa, Hildur y Ross. Quería saber la fuerza que en su conjunto podrían tener muchas eco aldeas conectadas entre sí por todo el mundo.

John pensó que sería una buena idea conversar con Robert y buscar inspiración en su propuesta de unos principios de convivencia en la Comunidad de El Cabrito y las otras comunidades nacientes en diversos puntos de la isla. Para ello pensó que una manera buena de ver a las otras comunidades y estar también algunos momentos de tranquilidad, sería dar la vuelta a la isla a bordo de Satia, con la familia de Robert y con Umbela.

Llegó Robert con su familia a bordo del bote de Tomás. Sintieron una intuición de gran empatía mutua. Robert fue hablando con las personas de la colonia, visito la casa comunitaria y las otras cabañas que habían ido surgiendo en la ladera. Mientras tanto, John empezó a preparar a Satia, que no había vuelto a salir desde que volvieron de su vuelta al mundo. Acordaron el plan de pasar una semana navegando alrededor de la isla, visitando las comunidades y luego yendo a una comunidad aún mayor que estaba asentándose en el norte de la preciosa isla de La Palma.

Por la noche, solían encender una hoguera fuera si no hacía mucho frio o lluvia o dentro de la casa comunitaria. John tocaba la harmónica. Había varios

músicos en la comunidad: dos eran buenos violinistas cletas de Normandia, uno tocaba la flauta irlandesa, dos la guitarra, uno los tambores *djembe*, e incluso una mujer de Suecia había traído un viejo arpa. Esperaban un piano de Austria, y ya había una persona que sabía afinarlo. Esa noche se sentaron fuera. Había unas cuarenta personas sentadas compartiendo la cena a base de potaje de berros y gofio, y unos veinte chiquillos jugando en la orilla. Presentaron a Robert, y fueron contando historias varias.

Aquellas personas, amantes de la naturaleza y sin miedo a buscar destinos lejos de sus raíces, tenían siempre historias épicas que contar. Robert les puso algo al día de lo que pasaba en Europa y en el mundo pues aunque alguno tenía radios que se cargaban con una manivela, no habían conseguido escuchar bien las noticias en los últimos meses. Robert les dijo que había signos de cambio en el mundo, de ilusión. A pesar de que el poder seguía siendo acaparado por los banqueros y especuladores, y que seguía habiendo guerras cruentas y acumulación de dinero, de armamento y de miedo. Se veían signos de esperanza: en los últimos meses había caído el muro de Berlín, habían liberado a Mandela y el pueblo chino se enfrentaba a los tanques en Tianamen. Terminaron siguiendo a John entonar la armonía de «The Times They Are A-changing». y cantando en coro, bajo las estrellas y con miradas brillantes de ilusión hacia una nueva forma de vivir.

Habían ido estableciendo y una forma bella de saludarse: se abrazaban poniendo con suavidad las manos detrás de la cabeza del otro, y mirándose profundamente a los ojos durante un momento, concentrando su ternura en la otra persona, bebiendo de la belleza de la otra alma, disfrutando del regalo de cruzar existencias en un mínimo tiempo y espacio en medio de la eternidad y el infinito.

Fueron retirándose todos y John fue a su casa para ir sacando algunos aparejos que quería dejar medio preparados en Satia. Cuando salió del barco y se disponía a ir a descansar, vio que Robert estaba sentado frente a la orilla, sobre una rama de sabina, mirando al negro horizonte del océano nocturno, sembrado del espejo de las estrellas.

–¿Desvelado, Robert? Ahí se solía sentar mi hijo Jonay.

–¿Dónde está?

–En Zimbabue, trabajando en un hospital rural, en comunidad también en muchos sentidos.

–Mi hijo mayor quiere también ser médico, pero alternativo. Ha empezado sus estudios en San Francisco.

–Dime, Robert, leí que eras un conocido científico astrofísico. Eso debe ser apasionante, ¿qué pasó?

–Suelo decir que las estrellas podían esperar, la tierra no. Había estudiado astronomía en la universidad de Berkeley. Aproveché el telescopio más potente

de Estados Unidos, y el ciclotrón de Lawrence, para adentrarme también en la materia más íntima. Mis compañeros siguen allí y se aproximan a la teoría del origen del universo. Yo estudié las energías de las estrellas que se enfriaban. Fascinantes. La energía que nos envuelve y de la que somos parte. Seguí trabajando en otras universidades y en la NASA . Pero necesitaba trabajar en lo real, en lo urgente, en lo que el mundo necesita hoy. Un cambio, una vuelta a la Tierra, a la armonía, a la sencillez, a la solidaridad, al amor. Sencillamente a quitarnos las cadenas de las propiedades, de las religiones y dogmas, de las jerarquías de poder.

–Y entonces ¿qué hicisteis?

–Pues hace unos quince años Diane y yo construimos nuestra propia casa, con paneles solares de sílice, molinos de viento, con tuberías geotérmicas, con una huerta orgánica y biogás. Un lugar auto sostenible. Allí empezamos a recibir visitas, a inspirar a otras personas a cambiar de forma de vida. Y así empezamos a escribir *Context*.

–Sí, la conozco, me gusta mucho lo que escribís. ¿Recuérdame lo que propusiste del reto de las eco aldeas?

–Sí, no quiero ser dogmático ni profético, sólo compartir algunas ideas que pienso tienen lógica y pueden ser útiles: primero, las eco aldeas deben ser de un tamaño humano. Un número de personas que podamos llegar a conocer con interés y con tiempo. No con saludos vacíos al cruzarnos con ellas sin poder evitarlo. Como hacemos en muchas ciudades modernas. El «saludo vacío» es destructor de sensibilidades, empatía y auténtica solidaridad. Cada día en las ciudades permitimos miles de esos golpes destructores.

–¿Y cuál es el «tamaño humano», y cómo lo estimaste?

–Dije que no más de quinientas. Lo estuve intentando averiguar por muchas entrevistas que hice. Mira, de media tenemos unos quince a veinte familiares en las tres generaciones con las que convivimos. Algunos tendrán cincuenta y otros sólo cinco o diez. En nuestra vida podemos tener entre uno y diez amigos íntimos, con los que no hay prácticamente secretos, con los que podemos confiar siempre y en todo. Da igual que seas un rey o un mendigo. El corazón tiene un límite para darse sin reservas. Son quienes no pueden faltar a una ceremonia importante en nuestras vidas. Luego conocemos a unas cincuenta personas con bastante profundidad: conocemos algo de sus familias, sus casas, sus profesiones, sus aficiones, y compartimos algunas de ellas. Después hay un circulo un poco más lejano de unas doscientas, amigos o familiares de nuestros círculos más próximos, o compañeros de trabajo o vecinos o personas a las que vemos al menos una vez en semana por nuestras actividades. Y por último hay un circulo que vemos un par de veces al mes y de los cuales, aunque nos cueste, sabemos su nombre, origen y algo de ellos. Más allá de ese círculo, la relación se diluye. No entra en el disco duro de nuestro cerebro, no interesa tampoco y no fijamos la atención. Son personas a las que saludamos cortésmente sin saber sus nombres o casi nada de sus

vidas. Es lo que solemos decir «conocido de vista». O en inglés «*on nodding terms*». (saludo bajando la cabeza). Esas relaciones vacías son dolorosas. No lo notamos, pero es una constante agresión a nuestra capacidad y anhelo de vivir amando y siendo amados. Esos saludos vacíos van contra nuestra naturaleza, construyen una costra alrededor de nuestro corazón, que acaba afectando a las otras relaciones más cercanas. Y aún más fuera de ese círculo hay miles de personas cada día con las que ni siquiera cruzamos miradas, con el acuerdo tácito de no cruzarse en el camino y de suponer que ese será el único cruce en nuestras vidas. Imagínate, estar juntos en un milagro de tiempo fugaz y espacio diminuto en la inmensidad del universo, en la eternidad del tiempo, y actuar como si fuera normal, banal, circunstancial, prescindible. Yo creo, John, que esa agresión a nuestro sentido profundo del amor, va haciendo mella. Como una gota de agua constantemente sobre la piedra caliza. Imagínate el dolor de ver cientos, o miles de rostros anónimos e inanimados a diario en el metro, en las calles, e incluso en las noticias. Rostros con los que no nos implicamos ni nos implicaremos.

–¿Quieres decir que el vivir en masa nos deshumaniza?

–Sí. O sufrimos cada día en ese anonimato frío y hasta cruel hacia nuestra ternura. O construimos una capa gruesa de armadura.

–Sí, el caballero de la armadura oxidada de Fischer. Sí, nos vamos creyendo incapaces de amar, y lo limitamos a un pequeño espacio. Tan pequeño que a veces lo llenamos de tensión.

–O «Sólo el amor nos permite escapar y transformar la esclavitud en libertad». De Paulo Coelho.

–¿Dime otro principio, además de la escala humana?

–No aislarse nunca del resto del mundo, ser solidario, atento, interesado en aprender, respetuoso. Hay que seguir pagando los impuestos del territorio mayor al que se pertenece, cuestionar los locales, que pueden ser auto–gestionados, pero armonizar con lo próximo y con un pensamiento global de transformación. Eso es lo que quiero estudiar ahora y aportar al movimiento Gaia, de los amigos daneses.

–¿Y qué hacer cuando desde fuera quieren destruirnos, despreciarnos, humillarnos?

–Sabes bien, John, tú que lees a Gandhi, que nadie puede despreciar a nadie, nadie puede humillar a nadie. Tu maestro dijo «no dejaré que nadie me haga daño, sin mi permiso». Y la destrucción, fíjate, creo que si respondemos con amor, nos terminaran tolerando, aceptando. Podemos explicarles que todos somos buenos para los demás. Y podemos mostrarles con el tiempo la armonía de la naturaleza, las huertas cubiertas de mariposas, la alimentación y el cuerpo sano, la felicidad y placer de no poseer, de abrazarse, de no competir. Si no compartir.

–Tienes razón. Con sonrisa, con afecto en lugar de violencia. Con *aimsa*.

–¿Y qué otros principios sugieres?

–Tenéis que sentirlos vosotros, y sin dogmas, sin leyes, sino dialogando. Veo que no queréis sufrimiento animal, que queréis crear un idioma común entre vuestras lenguas y los silbos, que queréis compartir en la casa?común libros, música, semillas, utensilios, sosa o aceite. Esas pueden ser «formas acordadas de convivencia», no leyes, dispuestas a comentarse, a adaptarse. Siempre con el principio de evitar que haya personas superiores a otras en la comunidad. Ni nadie necesitado de lo básico.

–¿Y permitirías la propiedad privada? Hay quienes son muy emprendedores y venden el excedente de la cosecha o venden artesanía, o traen cosas de la ciudad y las revenden.

–Espero que no introduzcáis el dinero. Ha sido el cáncer de la sociedad moderna. Es algo que fácilmente se acumula y entonces se usa para acumular más, no tiene límite. Pero eso también lo tendréis que decidir vosotros. Quizás poniéndole coto, con salarios o propiedades mínimas y máximas. Pero entonces hay que estar preparado a más y más normas y control. Yo he visto más armonía cuando lo necesario es colectivo, lo superfluo se puede guardar, lo personal, los recuerdos, el arte puede ser propio. En donde intercambiamos habilidades y entre todos nos ayudamos y prosperamos. Entre trescientas o quinientas personas se cubren casi siempre todos los oficios o profesiones más importantes para la sociedad.

–Gracias Robert, todo esto me ayuda mucho.

–Nos ayudamos unos a otros. En cada uno de nosotros encontramos inspiración. ¿Sabes qué creo? que realmente somos nosotros mismos viéndonos en espejos mágicos. La huella del otro queda en nuestro cuerpo y nuestra alma.

Se dieron las buenas noches con su abrazo de ternura.

XLIV

LOS DOGMAS, LA VIDA Y LA LIBERTAD

Bruselas, 1991

Beatriz Beloki observaba aquella mañana de domingo desde su casa en Tervuren como las hayas del *Foret de Soignes* empezaban a teñirse de ocre. Le maravillaban esos gigantes de hasta sesenta metros de altura y cuatrocientos años de edad. Su piel suave, sus troncos firmes, la armonía entre la gran familia de hayas, testigos de la historia del centro de Europa durante el último medio milenio. Beatriz sentía a través de ese bosque la historia de este pequeño país donde ahora latía el corazón de Europa. Imaginaba sus primeros moradores conocidos, las tribus celtas del norte, los belgas, y como fueron sometidos por los romanos en lo que estos llamaron la provincia Bélgica.

Tras la caída de aquel primer Imperio invasor, las tribus germánicas establecieron lo que sería el Imperio Carolingio en el siglo VIII que fue dando paso a una Edad Media plena de pequeños estados feudales. Fue su unión en los florecientes siglos europeos XIV y XV con la casa de Borgoña, del centro de Francia, la que creo los países bajos Borgoñeses y posteriormente ganaron la autonomía y se organizaron en «las diecisiete provincias». Fue en la Guerra de los Ochenta años de 1568 hasta 1648 cuando quedaron divididos los Países Bajos en los del Norte y los del Sur. Siguieron siglos de guerras entre franceses contra los reinados de la dinastía de los Habsburgo españoles y austriacos con ánimos de expandir sus Imperios y dominar los comercios y el puerto más importante de Europa, por entonces en Brujas. Aquellas gigantes hayas fueron plantadas por aquellos soberanos invasores, para la caza del ciervo. Esos bosques vieron como los franceses terminaron con el dominio español y austriaco pero su dominio duró poco y fue extinguiéndose cuando Nelson derrotó a Napoleón en Waterloo, al sur de ese magnífico hayedo. La revolución belga de 1830 estableció finalmente una Bélgica independiente, interesante para Austria y Prusia, como barrera con Francia y con los ingleses.

Beatriz salió a pasear a su perrita Jenny, una preciosa retriever blanca, por el parque de Tervuren, según los entendidos, el más bello de toda Europa. Paró a tomar su té de menta y galletas de jengibre en la «Casa Española», y leyó un capítulo de la novela de Eleanor Smith con el mismo nombre y basada en ese mágico rincón del bosque. Pensando en la valentía del joven gitano enamorado, siguió hasta los jardines del Museo de África, tan ligado a la breve historia de ese pequeño país donde Beatriz llevaba viviendo desde hacía cuatro años. ¿Cómo un pequeño país de tan sólo cincuenta años de historia consiguió a finales del siglo XIX dominar toda la zona central de África?

Tras proclamarse la independencia, Bélgica buscó rey entre las dinastías europeas. Beatriz sonreía pensando que esa fue «la primera de las oposiciones europeas» para ocupar aquel centro de Europa. Tras varios rechazos de algunos aspirantes a monarcas, el gobierno provisional belga convenció al príncipe alemán Leopoldo de Sajonia que había perdido sus aspiraciones al reino inglés al morir su esposa Charlotte, heredera de la corona inglesa. Fue su hijo, Leopoldo II, nacido al poco de ser proclamado su padre rey, el que invadió de las formas más horribles a los pueblos del centro de África. Mandó a diferentes expediciones a la zona más desconocida de África, la cuenca del rio Congo, surcando el centro selvático del centro del continente. Contrató al explorador galés Stanley bajo la Asociación Internacional del Congo para «promocionar la paz, la civilización, la educación y el progreso científico y erradicar la trata de esclavos». En realidad el objetivo era administrar lo que impuso como propiedad particular, una inmensa zona equivalente a cuarenta veces Bélgica en una de las zonas del mundo de mayor riqueza natural y mineral. La estrategia era hacer contratos con los jefes indígenas y explotar el caucho, el marfil y las demás riquezas que fueron descubriendo. A las zonas contratadas las llamó «zonas liberadas» y fue ganando fama como benefactor filantrópico.

Fue por ello que en la Conferencia de Berlín de 1884, para repartirse África entre los países europeos, le fue reconocida la creación del «Estado Libre del Congo», perteneciendo a Leopoldo a título personal. Nunca existió un ser humano propietario de un territorio tan vasto. Por supuesto, ningún representante indígena fue invitado. Para la explotación de los recursos del Congo se estableció un monopolio «estatal» que disfrutó de préstamos del estado belga. Y su dueño, el rey Leopoldo, envió un ejército de dieciséis mil hombres para convertir la región en un inmenso campo de trabajos forzados. Beatriz pensaba en la horrible historia de conquista y opresión de los países europeos y las políticas de «cooperación» con aquellas antiguas colonias expoliadas, en las que ahora ella trabajaba desde la capital administrativa de la Unión Europea.

Por entonces, un veterinario escocés llamado John Dunlop, había inventado la rueda de caucho con cámara de aire y la demanda mundial de látex se disparó.

Leopoldo impuso un ritmo de trabajo infernal para dominar la producción mundial de látex, con castigos de amputación de manos y brazos por desobediencia. Beatriz estaba leyendo un libro, *El fantasma del rey Leopoldo*, que describía aquella época de terror y estimaba en unos diez millones de nativos muertos, cuya sangre sirvió para que Bélgica se enriqueciera y el Norte colonialista viajara veloz sobre los cauchos huecos de Dunlop. Beatriz sentía vergüenza, a menudo náuseas, de las historias coloniales que enriquecieron a Europa. Reflexionaba sobre la supuesta «cooperación» que mostraba Europa al mundo como generosidad solidaria. El conocimiento de aquellas atrocidades consiguió presionar al sanguinario rey a que «donara» el territorio al estado belga a cambio de mantener las inmensas riquezas y posesiones que obtuvo con la sangre y dolor africano. Sin embargo, las mismas compañías sanguinarias siguieron administrando el «Congo Belga» y fueron dirigiendo su interés a los ricos minerales de Katanga y de Goma.

Beatriz paseaba por aquel museo de inmensa suntuosidad y sentía encogerse el corazón pensando en el inmenso sufrimiento de la historia de África. Había recibido alguna carta de su hermano Patxi explicándole la tragedia del SIDA, y últimamente de su hermano Juan Mari, quien estaba desentramando, peligrosamente, una trama de tráfico de niños.

Beatriz tenía por entonces 53 años. Tras acabar el instituto, pasó un tiempo ayudando en el caserío. A los 20 años se enroló en la «sección femenina» del régimen franquista y tras participar en cursos de costura, taquigrafía y «virtudes y moral católica», daba clases a chicas en los institutos o en cursos de alfabetización de mujeres en Pamplona. Fue así como conoció a unas mujeres que le fueron invitando a reuniones sobre «el papel de la mujer católica en España». Pertenecían a un grupo llamado Opus Dei, y le entregaron el libro guía llamado *Camino*. Poco después su fundador, Escrivá de Balaguer, dio una conferencia en Pamplona a la que asistió Beatriz.

Aquel aragonés había visto las huellas de pasos de un carmelita descalzo en la nieve y había decidido hacerse sacerdote con tan sólo dieciséis años. Poco después ya era párroco en Aragón. Combinó su sacerdocio con el estudio de derecho en Madrid donde fundó el Opus Dei cuando tenía veintisiete años. Lo «vio» por iluminación divina y estaba destinado a «la santificación de los hombres a través del trabajo». Así fue ganando adeptos y escribiendo, durante la guerra civil española, el *Camino*. Poco después propuso el «plan de vida» que debían seguir los miembros del grupo y que incluían misa diaria, comunión, el rezo del ángelus, la visita al sagrario, la lectura espiritual, el rezo del rosario y las mortificaciones mediante uso del silicio dos horas al día y de las disciplinas (unos latiguillos de cuerda) semanalmente. Entre otras se disponía que «si sienten en su interior la necesidad de soñar, corten de raíz ese empuje, sin piedad».

Beatriz se sintió deslumbrada por la personalidad de aquel hombre quien, a pesar de su estoicismo casi masoquista, desprendía una felicidad casi campechana. Fue entonces que la «Obra» le ofreció vivir en una de sus residencias en Pamplona y ante su deseo de estudiar Derecho, le pagó sus estudios, además de animarla a estudiar Teología y Filosofía. La consideraban «numeraria» de la sección femenina, con votos de castidad y de obediencia a la Orden. Además de seguir el «plan de vida» de la Orden, el Opus empezó a utilizar «fichas personales» donde se apuntaban los asuntos sobre la vida espiritual, personal, familiar y profesional de cada miembro, y el derecho de los directores de los centros a leer las cartas y correspondencia que reciban de su familia.

Así pasó la carrera de Derecho en Pamplona. Sentía la obligación de estudiar continuamente, de no dar ningún espacio a la pereza ni al ocio, de ser de las mejores de la promoción y así aportar a «la Obra». Como temía que Juan Mari estuviera en actividades separatistas y que algo también se supiera por las cartas de sus padres o de Patxi, su hermano del alma, se fue alejando de la familia pues sabía de la conexión de la Obra con el régimen de Franco. Volvía en algunas celebraciones al caserío de los Beloki, pero apenas compartía nada de su vida personal. Les decía que tenía una beca de la universidad de Navarra, pero nada más. Se rodeó de chicas de la sección femenina, y de la residencia de numerarias. Estudiaban Derecho, Medicina, Economía, Administración de Empresas, Filosofía, Comunicación y Farmacia. A menudo eran de las más avanzadas de cada promoción. La orden les pagaba los estudios, la residencia y algo de gastos de bolsillo, pero todo era controlado al detalle: dónde iban, a quién veían, qué leían y, sobre todo, qué pensaban.

Pasaron así los años y Beatriz acabó la carrera y su vida se había limitado al estudio, los rezos, conferencias, ejercicios espirituales, alguna excursión en los círculos de la obra, y mortificaciones. Se dedicó al derecho civil–administrativo y a trabajar para empresas ligadas a la obra, que eran cientos en España y más de mil en todo el mundo. Como todos los miembros de la obra, entregaba todo su salario a la Obra, y ésta se cuidaba de atender sus necesidades. Además, la Obra contaba con más de quinientos colegios y universidades, medio centenar de emisoras de radio, doce productoras de cine y televisión, doce editoriales, más de seis cientos periódicos y revistas y treinta y ocho agencias de información. La profesionalidad de Beatriz le fue llevando a tareas de responsabilidad en diferentes empresas de la Obra y en el Banco Popular. Todo era secreto y la información se limitaba a los círculos de la Obra. Bueno, realmente la información, el trabajo y la vida. El código entre ellos de «pax». y respuesta «in aeternus» pasó a sustituir en el mundo de Beatriz al «Epa» de los saludos en los montes del caserío.

Escrivá murió de las complicaciones de la diabetes en 1975, casi a la vez que su aliado el dictador Francisco Franco, y fue sucedido por su discípulo Álvaro del

Portillo. Cuando a principios de la década de los ochenta la Obra fue viendo que España entraría en la Unión Europea, empezó a identificar a personas claves para infiltrar la Comisión Europea, centro del poder político en Europa. Preparaban también a políticos y a miembros del parlamento. Durante la dictadura de Franco, a pesar de choques de personalidades entre el dictador y Escrivá, la Obra había crecido junto al régimen, Franco nombró marqués a Escrivá y la Obra había colaborado con el franquismo de forma acrítica y ocupando sus miembros destacados puestos en la política, las leyes y la economía del país. No le costó nada a la Obra adaptarse a la transición e ir infiltrando los partidos democráticos y las capas del poder político, económico y social del país.

Beatriz fue elegida para intentar influir en las políticas europeas de derechos humanos, pues se temía que la Europa no católica influyera minando los cimientos de la moral católica. Por ello, aún antes de haber oposiciones para la primera ola de funcionarios españoles tras la adhesión en 1986, Beatriz ya estudió el derecho comunitario, los tratados europeos y todos los temas relacionados con las oposiciones para la entrada como funcionaria europea. Así, cuando en 1986 pudo presentarse para administradora en la comisión, fue una de las primeras españolas en convertirse en funcionario europea. Aún sacada la oposición, había que buscar posibilidades de entrar conociendo a personas o estando al tanto de vacantes y procesos de selección, algo a menudo contaminado por influencias, contactos, favores y connivencias entre nacionalidades. Nada limpio ni transparente.

Beatriz consiguió entrar por las redes que el Opus ya tenía dentro de Europa. Para entonces el Opus ya estaba presente en sesenta países y pertenecían a la Obra casi ochenta mil numerarios como Beatriz. Entró en una dirección dedicada a los derechos humanos y la justicia. Incluía asuntos de lucha contra el terrorismo y de control de la inmigración. Antes de entrar en Bruselas, los opositores de la Obra que habían aprobado las oposiciones tuvieron un retiro en un convento de monjes agustinos en El Escorial, cerca de Madrid. El prelado Portillo tuvo unas palabras con cada uno de ellos, treinta y seis ese año. Cuando habló con Beatriz le confió el temor de que Europa estuviese cayendo en un laicismo y en actitudes permisivas del protestantismo, como las referentes a la salud reproductiva. Debía estar muy vigilante a esos asuntos y conocería a muchas personas de la Obra entre funcionarios, puestos de dirección, comisarios y miembros del parlamento, que se pondrían en contacto con ella mediante su código «pax».

Beatriz llegó a Bruselas en 1987. Vivía en una casa compartida en las afueras, en el primer pueblo flamenco, Tervuren, enfrente del maravilloso bosque de los cuidados, Foret de Soignes. Convivía con otras numerarias, dos españolas, en la dirección de empleo y la de agricultura, dos italianas, una alemana y una francesa. Su rutina era, como lo fue siempre en Pamplona, era rígida: se levantaban a las cinco, rezaban las laudes y, por turnos, leían algunos pasajes de *Camino* mientras

tomaban un ligero desayuno. Luego iban por el parque, frente al majestuoso museo de África central del sanguinario Leopoldo, y llegaban a la estación del tranvía 44. Completaban uno de los más antiguos y bellos recorridos de tranvía del mundo, a través del bosque y de la señorial avenida de Tervuren. Cuando llegaban a la plaza de Montgomery caminaban hasta la Iglesia de Saint Michel donde oían misa de siete y media a ocho y cuarto. Iban luego paseando a través del Cincuentenario, otro legado de sangre del megalómano Leopoldo. Allí, en el corazón de Europa, estas personas de suma inteligencia, políglotas y compromiso con la Obra, trabajaban en puestos clave.

El trabajo de Beatriz consistía en preparar documentos de programación para ayuda a actividades en relación con los derechos humanos. Tenía el encargo tácito de buscar financiación para la revista semanal *Europe Today*, con amplia difusión por todo el mundo, de ideas conservadoras en relación a la salud, la educación y la sociedad. También participaba regularmente en los debates y encuentros del Instituto Robert-Schumann y de la Universidad Católica de Lovaina. Comenzó a tener una actividad decidida y organizada en intentar impedir cualquier paso de Europa hacia el aborto. En los últimos años había colaborado en impedir que la ley del aborto ya aprobada en España, tuviera efecto en la comunidad de Navarra. A través de redes de médicos ginecólogos en Navarra, en su mayoría relacionados con la Obra, consiguieron, por objeción de conciencia, que se practicaran abortos en la comunidad. Las personas próximas a la Obra en el gobierno de Navarra, también lo obstaculizaban. Beatriz estaba convencida de la inmoralidad asesina de los abortos, llamados eufemísticamente «interrupciones del embarazo», por quienes los permitían e incluso promovían. Asistía en una clínica a aconsejar a mujeres que querían abortar, donde los ginecólogos próximos a la Obra, las referían a psicólogos, también próximos a la Obra, y a grupos de apoyo como en los que participaba Beatriz.

Beatriz pensaba en esos niños que aún no habían nacido. No paraba de leer sobre el desarrollo embrionario, ver fotos de su maravilloso crecimiento, leía incluso formas de comunicarse con ellos y estudios que parecían concluir que sentían, se comunicaban y hasta tenían actividad cerebral. En el fondo, el voto de castidad y la vida de numeraria le habían aislado a Beatriz de la vida sexual y de cualquier oportunidad de ser madre. Se había enamorado unas cuantas veces de compañeros de estudio, trabajo o de hombres ligados a la Obra, pero siempre sintió pudor en demostrarlo y se reprimió. En una ocasión uno de ellos intentó abusar de ella, y esto le generó aún más rechazo hacia los hombres. Pero su instinto maternal era muy profundo y consideraba inhumano el que hubiera mujeres que desearan matar. Eso pensaba, matar, a esas vidas tan necesitadas de calor, de futuro y de amor. Hubiera adoptado a todos esos niños cuyas madres acababan por ir a Madrid, a Zaragoza o a Londres a abortar. Incluso lo solicitó a sus direc-

tores espirituales que rápidamente la reprendieron y pusieron penitencias por la blasfemia de pensar en ser madre soltera.

Pero la historia de una mujer le cambió la vida.

Se trataba de Meimuna, una mujer del Senegal. Había venido a España siguiendo a su hermana Rosaline, escapando de la pobreza y la falta de oportunidades en su país. Haciéndose pasar por oriundas y huidas en Sudáfrica perseguidas por el apartheid, consiguieron el estatuto de refugiadas. Rosaline consiguió un trabajo limpiando en un hotel de Burlada, cerca de Pamplona. Cuando Meimuna llegó a España, fue a vivir con su hermana y mientras aprendía castellano, empezó a trabajar como camarera en un bar local. Era una mujer *wolof* alta, con una figura escultural y unos rasgos delicados y muy bellos en su rostro. Además, siempre estaba sonriente y animada ante la vida a pesar de la vida difícil que había dejado en Senegal, la nostalgia de su familia y sus costumbres, y las limitaciones de la vida de inmigrante en un país que, por ignorancia aún tenía prejuicios frecuentes frente a otras razas. Una noche, al salir, se le acercó un camionero que había bebido de más en el bar. Comenzó a provocarla y ella le apartó empujándole. El camionero, fuera de sí, la sujetó con fuerza, la tiró en un andén del camino y la violó con mucha agresividad, sin parar de decir «negra, puta, si no te gusta, vuélvete a tu país». La dejó malherida y siguió su ruta hacia Francia. Rosaline, preocupada por las altas horas de la noche sin saber de su hermana, salió a buscarla hacia el bar, encontrándola en el arcén de la carretera semi–inconsciente, ensangrentada y medio desnuda.

Meimuna fue atendida en la Clínica Universitaria de Navarra. Cuando se fue recuperando de los golpes y heridas, e incluso de una cirugía de sus genitales, desgarrados por la brutal agresividad del acto, le informaron que había quedado embarazada. Meimuna sintió una mezcla de tristeza, vergüenza, rabia y desesperación. Era de creencias musulmanas y se debatía entre ser madre o acabar con ese producto en sus entrañas del odio y la violencia, que además la estigmatizaría de por vida, dificultándole tantos sueños como tenía de estudios, de familia «normal», de tantas dimensiones como mujer. De hecho, ciertos líderes musulmanes aceptaban el aborto en circunstancias de violación. Incluso el no hacerlo ponía a las victimas bajo sospecha de realmente haber consentido a relaciones adúlteras, algo mucho más grave para muchos musulmanes que el aborto en ese caso extremo. Pero más que la creencia musulmana le atormentaba la sensación de estar mancillada, invadida, ahogada su vida por la violencia y sus consecuencias. Preguntó al ginecólogo del hospital si podían terminar ese embarazo, y le contestaron que en ese centro no practicaban abortos pero que le aconsejaban asistir a sesiones con los servicios sociales, un psicólogo y un grupo de apoyo, mientras decidía qué quería hacer.

Fue así como Meimuna conoció en una reunión con otras tres mujeres en situación similar, a Beatriz. Tenía entonces 50 años y sus ciclos irregulares ya indicaban que había acabado su tiempo de concebir biológicamente. Meimuna tenía veinte años. Sintió por ella un afecto maternal. Desde la violación, Meimuna había dejado de arreglarse, vestía sencillos vestidos, sin apenas colores. Había dejado de peinarse, con trenzas senegalesas tan artesanas que solían hacerse mutuamente su hermana Rosaline y ella. Había dejado de ilusionarse con el futuro. Tenía terror a ir al bar y a pasear sola por la calle. Tenía realmente terror a la vida. A la suya y a la que llevaba dentro. Beatriz notó en su mirada perdida una tristeza profunda como un pozo oscuro sin fondo. Al acabar la sesión, en la que apenas participó Meimuna, Beatriz le dijo que le gustaría ir a visitarla a su casa y hablar a solas, con más calma. Meimuna apenas murmuró un «vals». Tres días después, Beatriz la visitó en el pequeño piso de Burlada. Rosaline estaba trabajando en el hotel.

–Hola Meimuna, he venido a verte, te he traído estas pastas.

–Gracias, pasa Beatriz

Por entonces Meimuna ya hablaba bastante bien el castellano, a pesar de nunca haber tenido la oportunidad de seguir clases.

–He venido a escucharte, Meimuna. Quiero ayudarte.

–Gracias. La verdad es que no siento ganas de vivir.

–Te entiendo. Todas las personas que han sufrido la violencia, sienten un miedo, una decepción del ser humano y una profunda tristeza de comprobar ese lado tan oscuro de la naturaleza humana.

–Pero además de eso, estoy en un país extraño en el que a menudo sufro racismo. Creo que influyó en cómo me trato aquel hombre, y me enfrento sin fuerzas, sin medios y sin ilusión a la vida de un ser que nacería con todo en su contra. Destinado al dolor. Incluso mayor que el mío.

–Comprendo tu desesperación hacia el futuro, pero quiero que vayamos hablando juntas de cada una de esas tristezas de cada uno de esos temores. De todos. Todos los detalles de esa vida que ahora late dentro de ti.

Meimuna rompió a llorar. Beatriz simplemente la rodeó con sus brazos y la acarició sus cabellos con ternura durante largo tiempo.

–Hacía mucho que nadie me daba calor. Entre hermanas no tenemos costumbre. Ni mi madre ni nadie me abrazaban. Gracias Beatriz.

–Te doy todo mi amor, Meimuna. Puedes contar conmigo para lo que quieras, a cualquier hora, para lo que sea.

–Gracias. Pero no entiendo ¿por qué te interesa tanto ayudarme?

–Te aseguro que no tengo ningún interés. Sólo deseo tu felicidad y la de la vida que está creciendo dentro de ti.

–Eso ya es un interés, Beatriz: que actúe como tú piensas que debo hacerlo. Por tus creencias. Que no vaya a Madrid o a Zaragoza, y vuelva a ser la mujer de antes, con un futuro por delante, olvidando esta terrible mancha en mi vida. Como podré olvidarlo cuando cada día vea en mi hijo el rostro de ese monstruo? ¿Cuándo ni pueda ni sepa darle de educación, u ofrecerle un espacio seguro, un futuro de ilusión? ¿Cómo puedo desde mi dolor, transmitirle confianza, esperanza?

–Te entiendo, Meimuna. Sobre mis ideas, tienes razón. Todos tenemos unas ideas, unas creencias. Yo venero la vida y creo que ir contra ella trae al final más dolor y más deshumanización, que el cuidarla. Pero tienes razón, no quiero por ello no respetar tus ideas. Si a pesar de ver todos los detalles de cómo sería tu vida, la del bebé, la de los dos y la belleza que tendría esa fuerza heroica de preservar, a pesar de todo, la vida; deseas abortar, no te juzgaré y te respetaré igualmente. Pero es algo que no puedo ayudarte a hacer. Venero la vida, Meimuna.

–Es fácil decirlo desde tu situación, no implica nada para ti.

–Lo sé. Por eso vengo sobre todo a escucharte. Y si quieres ver cómo podría ser esa vida a tu lado, pregúntame lo que quieras, pídeme lo que quieras.

Beatriz se quedó pensando. En el fondo esa «bondad» cristiana venía con un «precio», el de aceptar las ideas del que «ayudaba». Sintió tanta ternura hacia aquella mujer, que sin pensar en su obra, sus normas, en nada. Le dijo:

–Rectifico: si cuando hayamos hablado de ello, quieres seguir adelante con el aborto, también te ayudaré. Te acompañaré, si quieres, a Madrid o a Barcelona, y veré cómo ayudarte en el tratamiento.

–¿Pero si eso es pecado para vosotras?

–Es mayor el pecado de no amar, y mi prioridad ahora es darte todo mi amor, de la forma que elija la vida.

La expresión de Meimuna cambió.

Durante el mes siguiente, Meimuna y Beatriz se reunieron cada día a charlar, a pasear, fueron a las montañas a ver atardeceres y a los bosques a andar descalzas sobre la tierra húmeda. Cuando hubo recuperado un poco de sintonía con la vida, empezaron a hablar de la vida del niño. Beatriz le daba masajes en la barriga, ya de tres meses. Aproximándose al límite de edad para poder acabar

con aquello. Quiso ser respetuosa y Meimuna fue pidiéndole a ella información sobre el embarazo, que pasaba dentro y como era entonces ese proyecto de vida.

–No es «proyecto», Meimuna. Es vida, de otra forma, pero vida.

Al día siguiente le trajo los libros con fotos de embriones.

–Mira qué fotos, Meimuna. Mira sus formas, los detalles de los dedos, de la cara, de los pies, sus gestos, las curvas de sus labios o de sus ojos, pareciendo indicar expresiones, sentimientos. ¿Sabes? hay estudios que han indicado la actividad cerebral e incluso sonidos dentro del saco amniótico. Como si fueran formas de comunicarse.

Siguió Beatriz:

–Meimuna, no son proyectos. Si, son vulnerables. Pero con vida. Una vida simplemente unida a sus madres. ¿Pero no somos iguales o más dependientes cuando nacemos? ¿Cuándo envejecemos?

Meimuna fue cogiendo confianza, fue sintiendo los cambios en su cuerpo, y fue pensando en la vida del niño.Veía niños por la calle, en el parque, y empezó a disiparse su temor de un niño con malos sentimientos. Aquel padre violento no tenía por qué estar dentro de ella. Pensó que traer al mundo a esa vida sería una apuesta por la vida, una apuesta tan fuerte, en contra de lo que la mayoría hubiera hecho por no permitir ese nacimiento, que esa vida sería sagrada, seria predilecta de su Alá y del Jesús del que hablaba Beatriz.

Así fueron a ver niños en los nidos del hospital y en las guarderías. Fueron pensando en cada detalle, en su alimentación, en la música que oiría desde el vientre, en su cuna, su rincón, su ropa, en su futuro en la guardería, la escuela y en cómo sería. Seguro que sería valiente por haber vencido a la muerte aún antes de nacer. Beatriz consiguió tantas posibilidades de ayuda, de los servicios sociales, de caritas y de la misma Obra, que Meimuna fue ganando confianza. Beatriz le dijo que a pesar de la maternidad, lo importante era que Meimuna estudiara y fuera luchando por un sueño.

Meimuna le confesó que quería ser cantante. Estudiar canto y música, y cantar canciones de paz y amor para un mundo mejor. Beatriz habló con personas de la Obra y consiguieron que una numeraria, virtuosa del piano y del canto lirico, la empezara a dar clases. Poco a poco fueron consiguiendo otros contactos a medida que fue mejorando su técnica. A través de conocidos, Beatriz consiguió la dirección de Amaya, la cantante solista del grupo Mocedades. Le escribió una carta sobre la heroicidad de Meimuna y su deseo de cantar al mundo paz y amor. La carta debió conmover a Amaya, quien tenía una academia de canto en Bilbao, además de seguir grabando discos. Beatriz le dijo que podía quedarse en

casa de amigos y asistir durante un mes a clases con aquella mujer de una voz tan hermosa y un corazón tan grande. La expresión de Meimuna empezó a brillar con tanta fuerza. Beatriz le trajo un día una guitarra y un manual para aprender acordes y ritmos, aprendieron juntas «Sólo era un niño» de Mocedades y «Si te conozco bien» de Víctor Manuel.

Un día, ya cerca del término del embarazo, Beatriz le dijo a Meimuna:

–Meimuna, creo que eres la mujer más valiente que he conocido en mi vida. Has decidido traer una vida a este mundo en contra de todas las dificultades. Y no lo has hecho por creencias, dogmas, miedo al pecado o al qué dirán. Lo has hecho por puro amor. He soñado contigo varias veces y te he visto preciosa como eres, con un niño maravilloso, mezcla de razas y colores, que te querrá mucho, y con una guitarra, un compañero bueno que te cuidará, y un mensaje de amor al mundo que vibrará en millones de almas.

Meimuna la abrazó emocionada.

A finales de 1985, nació «Mohamed-Jesús».

XLV

AL RESCATE DEL DOLOR

Johannesburgo, 1992

Jack dirigió a John hasta una granja a unos veinte kilómetros al norte de Soweto. Haka y Jack vigilaban a Jason, a quien le habían puesto un pasamontañas para que no pudiese identificar el camino. Estaba bien sujeto con la cinta americana en los pies, en las manos y en la boca. Comprobaron que nadie les seguía.

Kate, mientras tanto, había terminado un artículo sobre el secuestro de niños en Matabeleland por una mafia desde Sudáfrica y cómo se habían desvelado alguno de los burdeles donde las niñas era prostituidas desde los doce años. Había mandado el artículo a Patxi en San José, a Helen en Bulawayo y a Beatriz en Bruselas, así como el informe del «día cero». Tenía sobres preparados con el artículo para el ministro del interior, para el jefe de policía, para algunos periódicos locales, para otros de Zimbabue, para agencias de noticias internacionales, parlamentarios europeos, senadores americanos y los directores de UNICEF en Nueva York y su Instituto Innocenti en Florencia e incluso para el secretario general de las Naciones Unidas. También, sin estar en el plan, había contactado con una mujer de origen indio, Nadine, a quien había visto en televisión y luchaba con una fuerza y claridad que abrumaban, contra la violencia sexual contra los niños en Sudáfrica. Aún lo tenía todo preparado y sin mandar. Esperaba al final del Plan A, o que pasasen a los otros planes.

A unos cuarenta kilómetros al noroeste, Haka, John y Jack llegaron con Jason a la casa secreta del Congreso Nacional Africano, una pequeña finca en las montañas. Les recibió un hombre de unos sesenta años al que Haka y John fueron introducidos como *Gato gris*. Ya estaba informado de la situación por las redes de contacto del partido. Pusieron a Jason en la cama de un cuarto. Le quitaron la cinta americana de la boca. Haka le dijo:

–Nadie te va a oír. Aquí tienes agua que puedes beber con esta paja. Eres inteligente y sabrás que estas aquí para contarnos todo lo que vuestra banda ha

hecho y está haciendo con las niñas de Matabeleland, con los niños, las redes que tenéis con otras bandas, todo. Cada minuto cuenta en rescatar a esos pobres niños del terror. No nos gusta la violencia. Dinos todo y buscaremos cómo tratar tu enfermedad, tu adicción y cómo puedes pagar por los crímenes que has cometido, con justicia, sin violencia. Si no lo haces, simplemente tu adicción te hará corroerte por dentro, tu enfermedad irá avanzando y la policía blanca, a la que alertaremos, junto a gentes de muchos países, harán el resto. Aunque seguramente no lleguen a tiempo para impedir que la mafia de este horrible negocio, te corte la lengua y el cuello. Piensa en ello.

Dejaron a Jason una hora en aquella habitación. Sabían que su propia adicción era su tortura y haría lo que fuese, diría lo que fuera, para conseguir una dosis. Habían cogido «cookies» de su guarida en Soweto, suficientes para una semana. Alargando los periodos entre las dosis para que su abstinencia le llevara al borde de la locura pensaban que conseguirían la información que necesitaban.

Mientras estaban hablando, oían las noticias en la radio. Todos sintieron una gran emoción al oír como Nelson Mandela era liberado, tras casi treinta años. Le oyeron decir sus primeras palabras. A Haka le pareció increíble que un hombre al que habían arrancado la mitad de su vida para tirarla en una prisión por luchar contra el racismo en el último país del mundo donde se mantenía ese horrible concepto de supremacía de una raza sobre otra, no destilara ni una sola expresión o sentimiento de odio, de venganza, ni siquiera un humano grado de rencor hacia sus carceleros. Fue firme, sin embargo, y valiente, no renunciando a la lucha armada mientras su pueblo siguiese sometido. Encontraba tremendas similitudes entre aquel hombre, incluso risueño y amable con todos, y las historias que Patxi le contaba sobre Gandhi y sus anécdotas en su diario en búsqueda de la verdad.

–Hoy es un día que cambiara la historia de Sudáfrica y del mundo. Pero debemos permanecer alerta. Hay quienes dicen que le han soltado para asesinarle, pues su mito en Rhoden Island tenía más fuerza que alguien libre al que pueden acusar falsamente de algo, enturbiar su nombre y asesinarle, como hicieron con Biko.

En ese momento, la radio clandestina que oían transmitió los cantos que rodeaban a Nelson Mandela cuando desde Ciudad del Cabo fue a los suburbios negros de *Mitchel*'s *plain* y *Kaleyitsa*: *Nkosi sikelele África*.

Se levantaron y con el puño izquierdo en alto y cantaron emocionados aquel canto de lucha noble.

Que distinto, pensó Haka, a la lucha cruel, cobarde y sin apenas sentido de la independencia vasca, al himno del soldado vasco, a las tenebrosas cárceles del pueblo, a los sobornos, secuestros, bombas y tiros en la nuca. Nunca participó en ningún atentado homicida, pero había contribuido de alguna manera a ese horror, aunque también, desde dentro, a cambiarlo, a humanizarlo y convertirlo en un partido político no violento. Pero sintió en esta alianza noble con un pueblo que luchaba por una libertad que su pueblo vasco gozaba, tras la muerte de

Franco, sin apreciar, contra una dictadura racista que en nada se parecía al estado español tras la transición democrática.

Gato gris les ofreció un té, mientras decidían un plan:

–Tenemos algo de información de nuestros contactos en Soweto: este Jason tiene cinco acólitos, sus lugartenientes. Hemos informado a nuestros hermanos del ZAPU, en Zimbabue, para que estén preparados cuando podamos desvelar toda la trama. Ellos están investigando quienes pueden haber estado aliados en la policía de la aduana e incluso en el ministerio. Les preocupa que esto se quiera relacionar con las demandas de crimen del gobierno contra los disidentes. Sólo piden que *Amani* Trust, y esa tal Helen, permanezcan callados ante la opinión pública hasta que se liberen a los niños y vuelvan con sus familias. El asunto está en manos ya del ministro Stamps, que seguirá cada día como desentramamos este horror y asegura que limpiara cualquier trazo o sombra aliada en Zimbabue.

Haka se sintió abrumado por el grado de información y el alto nivel al que habían llegado las noticias. Temió que todo ello pudiera afectar a Helen.

–*Gato gris*, en este momento no podemos confiar en nadie. Sólo lo hacemos en vosotros. Te pido que la información no salga más allá de quien ya está informado y mandes un mensaje de que es alto secreto. Estoy convencido de que esta mafia es sólo una de las muchas ramificaciones de una red de criminales ligada a tráfico de personas, de drogas y de armas. Cualquier información fuera de nuestro control pondrá en peligro nuestras vidas y el que podamos desmontar este tejido del horror.

–Pasaré el mensaje –dijo *Gato gris*.

Fueron al cuarto donde estaba Jason, quien miraba fijamente al techo y ya empezaba a tener temblor fino en sus dedos y las pupilas dilatadas. Le pusieron la cinta americana en la boca y le ataron a la cama.

–Jason. Piensa en los nombres, lugares, fechas y actividades. Mañana nos contarás todo. Hasta cómo te lavas los dientes. Todo. Si no, acabaran poco a poco tus días hundiéndote en tu propia adicción y sin aprovechar por una vez en tu vida, la oportunidad de salvar a cientos de niños del horror.

A la mañana siguiente empezaron a interrogarle. John tomaba notas. Jack le iba preguntando. *Gato gris* estaba ocupado mandando mensajes en clave a través de un joven que se acercó hasta la finca en una bici.

En dos días, Jason, cada vez con más temblor, sudores, dolores, fue contándoles una historia de diez años de crimen organizado pleno de los horrores más inhumanos.

Jason estaba a las órdenes de un tal «Godfrey el gordo», quien vivía en Johannesburgo. Era confidente de la policía blanca y a cambio le dejaban en paz con sus negocios sucios. Se había infiltrado en el Congreso Nacional Africano y en otros grupos anti-apartheid, y había delatado a muchos luchadores por la

libertad. Se empezaba a demostrar la utilidad de luchar juntos contra esta mafia. Jason recibía protección de Godfrey, pasaportes falsos, armas y contactos seguros para el tráfico de droga. A cambio, le entregaban la mitad de lo que sacaban de sus sucios negocios. Jason sabía que Godfrey y sus lugartenientes tenían contactos en el ejército sudafricano y en su apoyo a RENAMO en Mozambique y a UNITA en Angola. Había visto a algunos, que eran claramente blancos de la ex-Rhodesia. También habló de contactos para las armas y para las redes que se extendían a otros países con un grupo llamado «Executive Outcomes», llamada también «EO», con oficinas en Johannesburgo. Jason sólo menciono ese nombre, que había oído varias veces pero no sabía ni nombres, ni actividades ni conexiones.

El plan de secuestrar a niñas y niños en Matabeleland surgió a través de otro negocio que había ido desarrollándose en los últimos cinco años. Se trataba de llevar a los jóvenes muertos por el SIDA hasta Matabeleland. Comenzaron por algunos que estaban adictos a la droga. Unos dejaban dinero para que les llevaran a descansar con sus espíritus. Jason, por entonces traficante de droga bajo la protección de Godfrey, consiguió comprar dos viejos pick–ups y empezó a cobrar a esos moribundos y sus familias por devolver sus cuerpos roídos por la enfermedad y la droga, a las tierras de sus antepasados. Para ello contaba con aliados en la aduana de Beitbridge y en la policía de Sudáfrica. Les despojaba de todo lo que tenían y al llegar a sus *kraal* en Matabeleland o en otras regiones de Zimbabue, les chantajeaban a sus familias para que les dieran más aún, de lo poco que les quedaba.

También empezaron a controlar el negocio de los *amacimbis*, y a la caza furtiva en los parques de Matopos y de Hwangue, de donde traían marfil de elefante para la venta ilegal en todo el mundo, y cuernos de rinoceronte, para el negocio de la superstición en China. Todo lo controlaba Godfrey y les daba protección por sobornos policiales, armas y contactos con la logística de un grupo dentro del ejército sudafricano que unía al batallón 32 y al SWAPOL, y que conocían como «EO».

Gato gris sospechaba que parte del dinero iba a EO. protectora a su vez de Godfrey y de muchos otros clanes criminales, y aliada con el ejército blanco sudafricano y sus actividades guerrilleras en Mozambique y Angola. También sospechaban conexiones entre EO y la compañía que monopolizaba el negocio de diamantes en el mundo, «De Beers». Habían oído que De Beers controlaba la extracción de diamantes en el Sur de África y, a cambio de protección de EO, los exportaba en gran medida clandestinamente hasta redes de comerciantes judíos en Amberes, en Bélgica, el centro de ese negocio billonario en el mundo. EO y sus redes obtenían parte del pago en diamantes con los que intercambiaban armas del mercado negro y las vendían a su vez a regímenes sanguinarios o a guerrillas no menos violentas, o a ambos bandos. Había también conexiones con Gadaffi en Libia, verdadero suministrador de armas a cambio de diamantes

clandestinos o tráfico de influencias, a menudo en connivencia con agentes de inteligencia de los dos bloques, americano y ruso. Era un complicado entramado de crimen, negocios clandestinos, favores e intrigas, en el que se alimentaban las guerras, gran negocio para el tráfico de armas y tapadera para el tráfico ilegal de diamantes y otros minerales estratégicos como el Coltan en Goma o las «tierras raras» en Katanga. El lujo, las tecnologías más sofisticadas de la comunicación, el poder de los tiranos, los negocios de prostitución y drogas, mantenían una gran industria, enormes beneficios, y un sufrimiento terrible de pueblos arrasados por violencia, cuerpos corroídos por la droga, vidas destruidas desde la tierna infancia por la prostitución, gobernantes y empresarios corrompidos por el dinero y el chantaje, y miles de criminales como Jason por todo el mundo, verdugos y a la vez víctimas. Toda una profunda y compleja red horrible que había infiltrado el mundo.

Al tercer día tenían ya una lista con treinta y tres nombres y direcciones, además de una libreta de teléfonos que llevaba en su pantalón cuando le sacaron de Soweto. Confiaban en que en esas casas y prostíbulos estaba las niñas secuestradas de Zimbabue que Haka tenía anotadas en su cuaderno. Jason había confesado que algunos niños también iban a destinos de clubs de lujo en Johannesburgo donde turistas homosexuales o extranjeras, abusaban de ellos.

Haka se sentía angustiado por no poder alertar cuanto antes a la policía de toda la trama y acabar con tanto sufrimiento. Sabía que con la ayuda de Kate podían evitar la complacencia de la policía por la alerta que estaba dispuesto a sembrar en medios e instituciones de todo el mundo. También querían cuanto antes preparar la vuelta a Zimbabue con el apoyo del Ministro Stamps.

Sin embargo, casi todos los niños y algunas niñas pequeñas habían sido llevadas fuera de Soweto a través de un contacto de Godfrey al que llamaban Rambo. Había otra trama que desvelar. Si no ataban ese cabo, podría esfumarse al alertar a la policía de la trama de prostitución.

–Necesitamos averiguar quién es ese Rambo. Cualquier palabra, fecha, dirección, es importante.

Dijo Haka.

Gato gris reflexionó:

–No podemos atacar nosotros a Godfrey el gordo. Está protegido por la policía blanca y por grupos de los que no sabemos mucho, como EO y posiblemente entramados de tráfico de armas, diamantes y grupos guerrilleros. Debe estar muy blindado y no será tan fácil como fue atrapar a Jason en su guarida. Sólo habría una forma: aprovechar su condición de confidente del Congreso Nacional Africano. Le podríamos convocar a una reunión fantasma en la que supuestamente se reorganizaría la lucha armada con la salida de Mandela. Tene-

mos que lanzar un anzuelo infalible. Pero aún si le atrapamos, en seguida su red reaccionara. Nos jugamos el cuello, o que se esfume el entramado, o las dos cosas.

–No podemos esperar mucho, debemos decir pronto lo que sabemos y dar un golpe. Cuanto más tiempo esperemos, más estarán sobre nuestros talones, o más estarán preparados para evadirse, transformarse, e incluso llevarse o hacer más daño aún a los niños.

Mandaron a los mensajeros para seguir constantemente a Godfrey, y activaron a todos sus informadores en Soweto para averiguar quién era ese tal Rambo. Mientras tanto, intentaron sacar a Jason cualquier información relativa al tal Rambo. Entrando en su segundo síndrome de abstinencia, Jason dijo que una vez que trajeron seis niños de entre siete y doce años, Godfrey se presentó en la guarida de Jason. Su coche había sufrido un pinchazo. Y parecía tener prisa. Por eso, en lugar de llevarse a los niños en su Mercedes negro, mencionando, como otras veces, que Rambo se alegraría, le pidió a Jason que los llevara a un descampado cerca de Soweto, donde alguien recogería a los niños. Recordó, bajo la presión angustiosa de Haka, que era una pequeña furgoneta blanca en la que figuraba un nombre: «Nuevo Amanecer», Johannesburgo.

«¡Bingo!, como lo grabado en la casa de Jason», pensó Patxi.

Haka decidió ir a Johannesburgo a averiguar todo lo que pudiera, sobre ese lugar. En 24 horas, alertarían a la policía, en coordinación con la prensa y los contactos internacionales, de todo lo que tuvieran. Si había cabos sueltos de otros contactos, los seguirían después. No podían limpiar el mundo de indeseables en dos días. Pero si podían salvar a muchas de aquellas niñas y poner a la opinión pública a través de los medios, y a responsables nacionales e internacionales, en alerta de esta mafia.

Haka se iría con Jack, mientras *Gato gris* y John seguirían custodiando a Jason. John había preparado el informe del día 2, con todo lujo de detalles del interrogatorio a Jason, en un informe aparte. Describía a Jason y sus cinco aliados, sus detalles, direcciones y fechas de encuentros, viajes a Zimbabue, rutina de reuniones, tenencia de armas y drogas. También describían los seis prostíbulos que acogían al menos a sesenta de las niñas, de entre once y diez y seis años. Detallaban las direcciones, las fechas en las que fueron llevadas, las personas que dirigían esos antros, y el dinero que recibían Jason y sus compinches de ellas. También describían las jerarquías superiores de la mafia: como recibía protección de Godfrey, incluidas armas, drogas y complacencia de la policía y la aduana, a cambio de dinero de la prostitución, de la venta de droga. Y como en ese acceso a armas y a protección, parecía estar involucrado EO. No iban más allá en desentramar la red de contactos, influencias y actividades de EO en el resto de África, quizás en el mundo. Y el vínculo con el tráfico clandestino de minerales preciosos, ligados a compañías muy poderosas como De Beers, y a negocios billonarios.

Antes de irse Haka, John le dio el informe para que lo llevara a Kate, y así actualizara el informe que llegaría a la policía y los demás.

Haka temía algo incluso más tenebroso en el «Nuevo Amanecer», y tenía tan sólo veinte horas para añadir la información que pudiera salvar a los niños, o a los que estuvieran con vida.

Llegaron a casa de Kate. Jack era experto en comprobar si eran vigilados. Parecía todo tranquilo. Subieron al apartamento de Kate, quien le recibió con sorpresa, preocupada.:

–¡Haka! ¿Y John?! ¿Ha fallado el Plan A?

–No, tranquila. Déjame que te presente a Jack, de quien ya te hable en mi informe del día 0. Sin él y como ha movilizado al Congreso Nacional Africano, no podríamos haber hecho nada.

–Encantado Kate.

–Gracias, Jack. Vuestra lucha por la justicia no podía ignorar este horror, sabía que os volcaríais. Enhorabuena por la liberación de Mandela. El mundo observa muy de cerca a Sudáfrica. Hay muchas esperanzas.

Haka le puso al día a Kate de todo lo averiguado, le entregó el informe que había preparado John y le dijo que necesitaban fotos de cada uno de esos lugares. Kate llamó a varias personas para pedirles que hicieran ese trabajo de forma muy discreta. Haka le contó la urgencia de tirar del hilo de Rambo y el «Nuevo Amanecer». Le dijo que necesitaban investigar las siguientes veinte horas para añadir al informe actual, la información que pudieran obtener del paradero o destino de los niños y algunas de las niñas. Sugirió que desvelasen la historia a la periodista y activista Nadine. Kate la conocía y la llamó. Vendría por la tarde.

Pasarían la mañana investigando «Nuevo Amanecer». Haka hizo una llamada a Beatriz, en Bruselas, otra a Kate, en Bulawayo; y la tercera a Nadine.

La cuarta la hizo al operador de teléfonos de Johannesburgo, quien le informo del número de teléfono de «Nuevo Amanecer».

–Buenos días. ¿Es «Nuevo Amanecer»?

–Sí, buenos días, ¿en qué puedo ayudarle?

–Un familiar mío tiene un grave problema de salud, y necesito encontrar el mejor tratamiento posible en Sudáfrica.

–No atendemos directamente a pacientes. Somos un centro de referencia de médicos prestigiosos de todo el país y del extranjero.

–Entiendo. ¿Qué tipo de tratamientos proporcionan?

–Lo siento señor. No me está permitido darle esa información.

–Disculpe. Comprendo la confidencialidad. Hablaré con mi médico.

Extraño. ¿A qué se dedicaba esa clínica, que no podía develar sus tratamientos?

Kate se quedó en el apartamento haciendo llamadas para averiguar todo lo que pudiera de ese centro y que posible relación podría tener con los niños.

El operador también les había dado la dirección. Haka y Jack se dirigieron allí. Deberían actuar con cautela. Estaba claro que no atendían al público directamente.

Se trataba de un edificio moderno de tres pisos del centro de Johannesburgo. No figuraba ningún cartel en el exterior. Los cristales eran ahumados. Había un telefonillo de seguridad, con una cámara. Al lado de la entrada, una rampa bajaba hacia un garaje.

Jack fue a un edificio colindante, para investigar la parte trasera del edificio. Se trataba de una compañía de seguros. Preguntó en recepción por el departamento de seguros de vida y pudo perderse por las escaleras de incendio, intentando llegar al patio posterior.

Mientras tanto, Haka se escondió tras un contenedor de basura que había al fondo de la rampa del garaje. Llevaba su mochila con su Makarov, la cámara y la grabadora. Su plan era esperar a que alguien entrara en el garaje, y deslizarse al interior del edificio sin ser visto.

Mientras tanto, Jack había subido hasta la azotea de la compañía de seguros y había podido saltar hasta la azotea de «Nuevo Amanecer» aunque la puerta de salida al tejado, estaba cerrada. Vio una escalera metálica y comenzó a bajar los tres pisos hasta el patio trasero, con sumo cuidado de no ser visto.

Mientras esperaba su oportunidad, Haka abrió discretamente el contenedor y vio bolsas negras. Abrió una de ellas y vio que había gasas con sangre, restos de suturas, vendas, botellas vacías de antisépticos, viales vacíos de un anestésico: *ketamina*, y también viales de un medicamento del cual no había oído hablar antes: ciclosporina. También vio que había botellas vacías de sueros, papel usado de electrocardiogramas, y papeles diversos. En un trozo de uno de ellos vio una especie de formulario, y pudo identificar las palabras entrecortadas:…*patiblidad HLA*.

Todo encajó en los peores augurios de Haka: en esa clínica se hacían trasplantes de órganos. Los viales eran de anestésicos y de inmunosupresores para prevenir el rechazo. Los niños eran la fuente de órganos para clientes seleccionados por «médicos prestigiosos». seguramente pagando altas cantidades. Haka sintió un vuelco en el corazón al sospechar que el tráfico de niños estaba ligado al tráfico de órganos. No sabía si seguir investigando en las pocas horas que tenía o simplemente difundir la información que ya tenían, aunque ningún dato era definitivo de nada. Haka decidió que necesitaba más evidencia, algún documento, foto o conversación. Algún rastro de los niños. Comprobó que había una cámara que controlaba la entrada del garaje. Pudo acceder al cable de conexión

y lo corto con su navaja suiza multi–uso. Posiblemente ello alertaría la seguridad, pero debía intentarlo.

Unos minutos después oyó un coche aproximarse a la entrada del garaje. Se escondió detrás del contenedor. La puerta se abrió con un control remoto. El coche, un BMW 625 plateado, entró al garaje. Haka tuvo un par de segundos para comprobar que el coche giraba una bajada a la derecha y él tendría unos segundos entre salir del campo visual del conductor y que la puerta se cerrara automáticamente. Eran las diez y media de la mañana. Bajó la rampa cuando escuchó que el motor había parado y la puerta del coche se había abierto y cerrado. Hizo una foto al coche y la matrícula. Encontró una escalera al lado del ascensor, que indicaba que estaba subiendo: bajo, primero, segundo. Subió las escaleras. No podía salir en cualquier piso sin pasar desapercibido. Era demasiado peligroso. Además, intuía los movimientos de Jack. Subió hasta la azotea. Tuvo suerte. El pestillo interior era manual. Abrió. Escuchó un movimiento. Al rato salió Jack, escondido tras una chimenea. Con gestos, Jack le indicó la escalera metálica y vieron que en el patio trasero había otro contenedor.

Bajaron poco a poco por la escalera metálica interior. Haka le indico a Jack que bajara hasta el patio e investigara el contenedor. Haka fue bajando poco a poco intentando averiguar algo de lo que pasaba en su interior. En el segundo piso, donde había llegado el conductor del BMW, pudo ver a través de la ventana, con cortinas entreabiertas, un quirófano, y a una enfermera vestida para operar. Pudo hacer una foto, aunque no se podían percibir detalles. Permaneció unos minutos al oír una conversación. No entendía el idioma que hablaban. Lo registró durante unos eternos cinco minutos, con su grabadora. Siguieron bajando y vieron en el primer piso a un niño en una cama. Parecía dormido. Una mujer obesa estaba a su lado leyendo lo que parecía unas notas en un papel. Hizo otra foto. En la planta baja vio una oficina, recepción y una sala que parecía un laboratorio. Hizo otra foto. Llegó hasta donde estaba Jack. Comprobó que estaba como paralizado. Le temblaban los labios. No podía hablar. Con una seña le indicó que mirara dentro de la bolsa del contendor, que había entreabierto.

Al hacerlo, vio el cuerpo de un niño, con una incisión en el abdomen y los parpados cosidos. Sintió la más profunda tristeza y rabia que nunca había sentido en su vida. Iban a hacer lo mismo con el niño que esperaba dormido. De nuevo el dilema, destaparlo ahora y alertar al resto de la banda y posiblemente perder el rastro de los otros niños, o esperar a que la policía los rodease, con la prensa como testigos.

–Jack, no podemos dejar que asesinen a ese niño. Vamos a detener esto, a bloquear las cámaras, y a detener a estos asesinos atándoles. Tengo un arma y la cinta americana. Cuando lo hayamos parado, llamamos a Kate. Plan B ya. Y nosotros desaparecemos. Si no hacen lo que deben, pondremos de testigo al mundo.

–A por ellos, Haka. *¡Amandla*!

Forzaron la ventana del patio hacia la planta baja. Se pusieron pasamontañas y Haka apuntó con la Makarov a la mujer en la recepción. Le dijeron que desconectara las cámaras y luego la ataron con cinta americana y amordazaron. Hicieron lo mismo con dos personas en el laboratorio, dos enfermeras en la primera planta donde estaba sedado el niño, y otras dos enfermeras y dos médicos en el quirófano y una persona más en la sala de cuidados intensivos. Antes de irse, Haka copió en varios discos «*floppy*». toda la información del disco duro e hizo un carrete entero de fotos de cada rincón de la clínica.

Luego llamaron a Kate:

–Plan B en cinco minutos, lo más urgente posible. Y anónimo secreto total.

Salió primero Jack y trajo el coche a la entrada. Haka salió con el niño sedado en sus brazos y lo metió discretamente en el asiento de detrás. Cerró la puerta por fuera, para evitar que nadie, aún atado, pudiera salir antes de que llegara la policía. Salieron hacia el apartamento de Kate.

Kate había adaptado la carta, la había dejado en el buzón de la policía y del ministerio de interior, el de justicia y el de sanidad, avisando después a cada institución por una llamada anónima y filtrada con un trapo húmedo, en la que avisaban de la carta, muy urgente. Tardó exactamente doce minutos en hacerlo. Había citado a la periodista Nadine urgentemente, ante el cambio de planes. Por entonces llegaron Haka y Jack con el niño, al apartamento. Le dejaron ir saliendo del sueño acostándole en la cama de Kate.

Necesitaban revelar cuanto antes las fotos. Kate las reveló en blanco y negro en su pequeño laboratorio doméstico. Eran importantes para la prensa. Tenían conectadas la televisión y la radio. La nota a la policía decía que si no llevaban a cabo y avisaban de la redada en dos horas, los medios de comunicación serian activados. Faltaba una hora y media.

Prepararon la carta con todo detalle, fotos, direcciones, datos para la prensa. Llamaron a *Gato gris* y a John, y les contaron en código:

–«Plan B por niños en peligro». Mantener anonimato ante Jason. Hay que dejarle atado y amordazado en el punto acordado del que se informará a la policía.

Se pusieron a escuchar la cinta de la grabadora. Kate identifico el idioma como hebreo, pero no pudieron entender que decían. Pasaron a leer los discos *floppy*: había correspondencia, contabilidad, una agenda de teléfonos y direcciones, bases de datos de materiales y compras de materiales médicos, del personal del centro, de médicos en hospitales de Sudáfrica y las más importantes: trasplantes realizados, y otras dos listas terribles: una con niños con códigos de números, y su sistema genético HLA, identificado en aquel laboratorio de la muerte, y otra con unos cuatrocientos nombres, edades, direcciones, órgano pendiente de trasplante y HLA. Vio que casi todos los nombres correspondían a personas en Israel.

Para entonces, vieron la noticia en la televisión:

–*La policía de Sudáfrica ha descubierto una trama de prostitución que llevaba unos meses investigando. Se han detenido a trece personas responsables de estos negocios y a unas sesenta jóvenes, muchas de ellas inmigrantes ilegales de Zimbabue. También han clausurado una clínica privada por problemas de registro oficial, hasta que se esclarezcan los problemas administrativos.*

Sacaban un corto video en el que se veían el arresto de Jason, de algunos de sus lugartenientes y de las jefas de tres prostíbulos, además de meter en camionetas de la policía a las niñas, pintadas y con ropas provocativas. Entre ellas reconoció a Buhleve Nkosi. El ángel estaba libre.

Se lo temían. La policía se atribuía el éxito, y se limitaban a detener a Jason y su trama, sin ir más arriba. Además, ¡detenían a las victimas! De eso hablaría Helen con el ministro Stamps para que pidiese la repatriación de las niñas, y una explicación a la policía racista por el trato a esas menores secuestradas como criminales.

Pero lo terrible es que apenas tocaban el caso de la clínica. Estaba seguro que se debía a que había peces muy gordos ligados a esa clínica. Posiblemente habían amenazado ya a los medios de comunicación.

Mientras Kate fue a repartir las cartas internacionales con mucho cuidado, pues los buzones podrían estar vigilados por la policía, el niño sedado empezó a despertar.

–*Umama. Ubaba. Ngiyalapa.* (Madre, Padre. Tengo miedo.)

XLVI

UN BRINDIS POR EL AMOR SIN TEMORES

Roma, 1992

Después de hablar con el Papa en la catedral de Santa María en Bulawayo, y muy a pesar del obispo, Patxi contactó con Kevin y juntos prepararon un viaje, pagado por elVaticano, para ir a hablar con el cardenal Ratzinger, defensor de los principios de la Fe cristiana interpretada por la jerarquía católica. Esperaban poder hablar con algún grupo de cardenales, con un grupo representativo de los jesuitas en torno al Padre Arrupe, «el Papa negro», e incluso con algunos representantes de congregaciones de frailes y monjas misioneras, dispersas por el mundo.

Patxi se despidió de NoLwasi, con quien vivía en la más hermosa sintonía, de Anwele, recuperada y fuerte en su cruzada contra la epidemia y Jonay, ya tan integrado, tan querido, tan dedicado a sus pacientes y a la comunidad.

Voló a Johannesburgo donde hacía escala y se unía a él Kevin. En el aeropuerto y en el largo viaje hasta Roma, Patxi y Kevin fueron preparando un informe sobre «El SIDA, la prevención y la responsabilidad de la Iglesia católica». Patxi había preparado una información contundente sobre la epidemia a través de los datos que Mann mandó a Aimsa y ella, quien ya mantenía frecuente correspondencia con la misión, a Jonay. Él les preparó un resumen estremecedor del número estimado de infectados, de enfermos y de muertes; del acceso a un tratamiento que mitigaba la progresión en los países ricos pero denegado a los pobres y del conocimiento del virus, sus formas de transmisión y de infección. Estratégicamente comparaban la epidemia y los mecanismos de transmisión con otras infecciones. Astutamente se centró en compararla con la infección por hepatitis, sin el estigma moralista del SIDA, y con las mismas consecuencias de atentar a la salud y a la vida en ausencia del uso de preservativos. Kevin había preparado minuciosamente las referencias del derecho canónico a la reproducción humana y a las relaciones sexuales, incluyendo sus adaptaciones tras el concilio Vaticano y las últimas encíclicas. Analizaron también el compromiso de dos mil años de

Iglesia por la defensa de la vida y el «grave error histórico» de no responder con la misma defensa de la vida, en esta, la peor epidemia de la historia. Concluían estimando la población que en África se declaraba católica y la que atendía escuelas y hospitales de misión. Con ello podían estimar el efecto que tendría en prevenir infecciones y muertes si en esa población de influencia y en la que la Iglesia tenía efecto directo por educación y servicios de salud. Concluían que si la Iglesia aceptase que el uso del preservativo por razones médicas como era el SIDA y lo promoviese activamente, podría prevenir unas dos millones de nuevas infecciones al año, que, en las circunstancias actuales equivalían a lentas agonías. Cada día que se retrasaba esa decisión humana, cristiana y ética, la Iglesia permitía que se infectasen en ignorancia o por prevenir el acceso a los preservativos, seis mil personas.

Si la ocasión se presentaba, también hablarían de la responsabilidad moral de la Iglesia de enfrentarse a los monopolios enajenados por la avaricia, que anteponían negocios billonarios a la vida de las personas. Habían escrito a la revista ecuménica *Contact* para publicar un artículo con toda esta información.

Además del reto de intentar dar un golpe de timón al mando de la Iglesia, que sabían estaba más con Ratzinger que con el Papa mismo, Patxi se enfrentaba a una emoción muy especial. Ya debían estar sobrevolando los Grandes Lagos, cuando saco un sobre con ellos de Bruselas:

> *Kaiko Anaya Patxi*
>
> *Ya tenemos los dos más de medio siglo, y la mitad de ese tiempo lo hemos pasado distanciados. Apenas nos hemos visto durante los cumpleaños de padre, y desde que murió, DEP, menos* aún.
>
> *Debo confesar que la culpa ha sido en buena parte mía. Me escribiste algunas cartas desde el seminario, desde África, y preferí no contestarte. Te quiero decir por qué, querido hermano:*
>
> *Como sabes o quizás has sospechado, a través de mis estudios y mi vida en Pamplona, fui metiéndome en el Opus Dei. Fui encontrando en la Obra los valores humanos con los que quería vivir, el apoyo para mis estudios y el rol que quería dar a mi trabajo en la sociedad. Sin embargo, la Obra era muy recelosa de la comunicación con la familia, revisan las cartas y controlan nuestras relaciones. Temí por la vida de Juan Mari: en la Obra había gente muy poderosa y próxima al régimen de Franco. Cualquier carta que hubiese venido con algún comentario a Juan Mari y sus actividades, podría haberle comprometido a él y a toda la familia. Decidí, por ello, mantener distancia, sólo vernos en las celebraciones o reuniones familiares y esperar que en el futuro las cosas fueran más fáciles y rezar cada día por todos vosotros.*
>
> *Llegó después la muerte de Franco, la transición democrática y la nueva vida de Juan Mari. Pero ya la hiedra del silencio había crecido entre nuestras vidas y nos*

había convertido en extraños. Sentí culpa y a la vez vacío al pensar en cómo buscar un reencuentro. Ha llegado el momento. Ya no tengo miedo.

Cuando recibí las cartas de Juan Mari y su lucha contra el tráfico de niños, y tus cartas en que me contabas como os había ido yendo la vida en la misión, y lo que sabias de Josu y de Jon, sentí una mezcla de orgullo hacia mis hermanos y una nostalgia enorme de no estar más cerca. Además, me doy cuenta de que he vivido con un miedo enorme del qué dirán en la Obra. En este último tiempo, e inspirada en tu lucha contra el SIDA, he planteado a la Obra cuestiones de mi trabajo en la Comisión Europea y las consignas que debo seguir. Me siento confusa ante la presión de la Obra y de otros círculos cristianos por favorecer a empresas de su entorno, por apoyar a partidos conservadores que en el fondo favorecen a los ricos y, a través de tus ideas y temores, que comparto, hermano, las posturas frente al preservativo. Ante mi supuesta rebeldía, me han estado citando para hablar con maestros espirituales y hasta me han presionado para que vea a un psicólogo que está vinculado a la Orden. Esta carta no la verán. Anaya, quiero ir dejando la Obra. Me siento como presa.

Además, hay otra cosa muy difícil de explicar y ante la que nuestros valores desde niños y la referencia de la Iglesia, me hace sentir sucia, pecadora e incluso «enferma. «Te la cuento porque creo que me entenderás. Ya he ido sabiendo de NoLwasi y sé que a pesar de la Iglesia o precisamente por ello, apuestas valiente por el amor.

Antes de llegar a Bruselas, conocí a una mujer de Senegal. Fue violada cerca de Pamplona y le ayudé a seguir con su embarazo y a ver futuro con su hijo. Desde entonces, la estoy ayudando. Es otro punto de conflicto, pues doy a la orden todo mi salario y tengo que andar a escondidas para tener otra cuenta, desviar algunas partes del salario y ayudar a mi amiga y a su hijo. Ella ha ido viniendo alguna vez a verme a Bruselas y yo a verles a Pamplona. Y ha ido surgiendo entre nosotras algo más que amistad.

Por eso te escribo ahora, Anaya. Según quiero ir rompiendo cadenas, necesito tu guía y consejo, tu amor fraternal. Tu vida y dedicación a los demás es un ejemplo para mí. Ha influido en mi vida, en mi Fe, en mi vocación. Pero ahora, al igual que tú te rebelas contra la doctrina de la Iglesia en cuanto al SIDA, yo siento dudas sobre la forma de actuar de la Obra, y me siento atrapada. Necesito verte.

Como decías en tu carta que irás a Roma, he sacado un billete para coincidir esos días contigo y hablar de tantas cosas. Espero que tengas tiempo para tu hermana, que te necesita y mucho.

¡Ah! ¡Y en cuanto vayamos juntos al caserío, te apuesto que ya te gano en bajar la escalera desde el desván y coger el primer sapaburu en la poza!

Con todo mi cariño, tu hermana,

Beatriz

Patxi dobló la carta y la metió de nuevo en el sobre. Estaba emocionado. Como cuando le escribió Juan Mari. De alguna manera los tres se habían volcado en sus ideas con compromiso a través de obediencia a estructuras diferentes. Y los tres habíamos ido entrando en crisis con los dogmas, con las jerarquías y con la falta de libertad. Libertad para pensar, para luchar sin miedo.

Y, en el caso de Beatriz y el suyo, para amar.

Le costaba entender la homosexualidad. Por un lado era extraño en su vida, aunque sabía de varios frailes y sacerdotes que tenían relaciones homosexuales. Como hombre, y con una liberada atracción por las mujeres, no concebía la imagen de dos hombres o dos mujeres físicamente unidas, amándose físicamente. Reconocía que sentía una especie de rechazo a esa imagen. Además la Iglesia lo consideraba enfermedad. Pero por otro lado había visto en esos compañeros frailes homosexuales, a grandes personas, llenas de sensibilidad y amor hacia los demás. Y además ¿a quién hacían daño? era igual que su amor por NoLwasi y el tabú ante ese amor era igual de absurdo, injusto y hasta cruel, que el prejuicio hacia el amor incipiente homosexual de su hermana, también llena de amor. Y de valentía.

Llegaron a Roma y se instalaron en una residencia de jesuitas. Poco después llegó Beatriz. Llamó desde la recepción. Al bajar, vio a su hermana, veinte años después del último encuentro en el que coincidieron en el caserío. Había pasado los cincuenta. Tenía el pelo canoso y recogido en una coleta. Sus rizos de niña aún se reflejaban en una pequeña rebeldía rizada en sus sienes. Su rostro era dulce, sereno, con una sonrisa amable, cálida, casi tímida. El tiempo había sembrado de surcos su frente, más que sus mejillas o sus ojos. Imaginó que había tenido más preocupaciones que alegrías, más frentes fruncidas que risas en su mirada o sus labios, quizás más temor que amor. Estaba delgada y vestía de forma que escondía su figura y su feminidad. Curiosamente le dieron ganas a Patxi de salir de paseo con ella, comprarla ropa y hacerla sentirse más mujer, más bonita, más atractiva a los hombres. Bueno, o a las mujeres.

–Mi querida hermana. ¡Qué día tan feliz!

Beatriz le estaba mirando. Veía a su apuesto hermano, fuerte, con un rostro lleno de fuerza y una mirada que brillaba ilusión y vida, como casi nunca veía en su trabajo en Bruselas. Estaba conmovida. Su mirada se humedeció de emoción. No pudo decir palabra. Sólo pudo acercarse y darle el abrazo tanto tiempo anhelado.

Beatriz se instaló en un cuarto de la residencia jesuita. Quería evitar estar bajo el control de la Obra en Roma, lo cual sabía que le traería consecuencias, aunque ya no las temía.

Hablaron de todo, paseando por Roma. Patxi le habló de la familia, de su vida en San José, de su unión a los ndebele, de su lucha contra el gobierno en un

tiempo y la diócesis más recientemente. Y le habló de NoLwasi. Al oírlo, Beatriz se sintió liberada y le contó de su vida, su tiempo en Pamplona, de su trabajo en la Comisión, de las dificultades con la Obra y sobre todo, de Meimuna y del pequeño Mohamed-Jesús, «Moyes».

–¡Vaya dos religiosos pecadores!

Bromeó Patxi. La animó a entrar a un bar en Roma, pidieron un lambrusco y Patxi ofreció un brindis:

–¡Por el amor! ¡Sin miedos, sin barreras!

Kevin había ido a ver a compañeros de su orden y al cardenal de Sudáfrica, con el que, a pesar de su rebeldía, tenía una buena relación y creía que apoyo en su causa. Se encontraron por la noche en el Trastébere, en la Iglesia romana de San Egidio, en la cual Kevin tenía algunos amigos muy comprometidos con la liberación de Mozambique y con la lucha contra el SIDA. En la Iglesia y en todo el barrio, la comunidad de San Egidio acogía inmigrantes indocumentados y hasta les ayudaba en sus reivindicaciones y sus movimientos okupas. En sus proyectos en Mozambique habían colaborado en el proceso de liberación del pueblo y en la paz con la RENAMO, financiada durante quince años por el apartheid de Sudáfrica para derrocar al gobierno africano tras la independencia de Mozambique de los portugueses. En esos días se estaba firmando en acuerdo de Paz entre el RENAMO y la FRELIMO, gracias a la mediación de la comunidad de San Egidio. Comieron con miembros laicos de la comunidad, inmigrantes indocumentados y personas sin techo. Cantaron al acabar de comer con guitarras: «Oh bella ciao, bella ciao».

La Congregación para la doctrina de la fieles había dejado una carta con la agenda del día, muy minuciosamente detallada. Les citaban para rezar las laudes en la capilla del palacio de la Santa Oficina y luego desayunar mientras intercambiaba las primeras ideas con el cardenal y su equipo. Después tendrían reuniones con los cardenales al cargo de las secciones doctrinal, matrimonial y disciplinaria. Patxi y Kevin habían sospechado esas reuniones y se habían preparado argumentos adaptados a cada una de las funciones de esas comisiones. Tras esas entrevistas tendrían una entrevista en el despacho del Cardenal Ratzinger. La nota dejaba claro que no debían hablar con otros grupos ni personas antes de la discusión, y que tras las reuniones de la mañana, las instrucciones quedarían claras. La carta también decía lacónicamente que el Papa lamentaba no poder disponer del tiempo que hubiera deseado para poder recibirles en audiencia.

Del tono y la agenda, sabían que no iba a ser fácil. Seguro que Ratzinger impondría su rol de que eran ellos los que alertaban y corregían desviaciones de la doctrina de la Iglesia, y no recibían argumentos de nadie. No ver a nadie más: miedo al pensamiento y debate en libertad. Ni siquiera a los diez y ocho cardenales miembros de Congregación, lo cual habían solicitado explícitamente.

Y distancia con el Papa para evitar cualquier idea nociva más allá del control del Cardenal.

Beatriz se quedaría en la residencia. A la hora de comer se verían también con Aimsa, la amiga de Rob, quien volaría con ellos de vuelta a Bulawayo al siguiente día.

A la mañana siguiente, se unieron a los rezos de las laudes en la el palacio del Santo Oficio, en el Vaticano. Durante el desayuno ya notaron un ambiente de fuerte sumisión al Cardenal, sin espacio para plantear alternativas a la doctrina, que fue claramente expuesta por Ratzinger, con citas en latín a múltiples encíclicas y a referencias bíblicas. Las reuniones con los cardenales de las comisiones que habían decidido en la agenda fueron también aplastantes, sin espacio para el diálogo. Parecían monólogos de llamada de atención y alerta a la tentación. Pero lo peor de la mañana fue la entrevista final con el cardenal responsable de la comisión disciplinaria: Patxi expuso la situación de la epidemia, de la biología del virus, del paralelismo con otras infecciones y del equivalente del preservativo a las vacunas. Kevin habló de la interpretación del derecho canónico y del concilio. Se atrevieron a decir lo de la responsabilidad de seis mil infecciones y muertes diarias. El Cardenal respondió tajante. Les dijo que sus mentes estaban ofuscadas en la ciencia sin entender la trascendencia de banalizar las relaciones íntimas, reproductivas, bendecidas para dar vida. Que sus ideas podrían llevar a la Iglesia a una quiebra de sus principios de fe y vida. Les dijo que reflexionaran, que no divulgaran aquellas ideas pecadoras y que, de contrario, deberían pensar en dejar los hábitos. También les dijo que el Cardenal Ratzinger tenía «cosas más importantes que hacer», y no les podría ver de nuevo.

Al salir de aquel palacio de opresión, Kevin y Patxi tenían los puños cerrados de rabia. Kevin dijo que debían organizar una revolución dentro de la Iglesia, que no podían tolerar tal dictadura, tal «genocidio pasivo». Patxi le tranquilizó. Lo harían poco a poco, actuando en conciencia, hablando abiertamente desde sus misiones y no en esa Roma del lujo, poder y anquilosis en el pasado. Al fin y al cabo, acababan de salir de la heredera de la Santa Inquisición, la misma que había torturado, quemado y asesinado a decenas de miles de personas por pensar diferente a la Iglesia.

–Patxi. No podemos desanimarnos. La vida de cientos de miles, o millones de personas está en juego. Recuerda como esta misma congregación excomulgó a Galileo, por pensar que el sol era el centro del universo, y no la Tierra.

–¿Has leído que Ratzinger ha dicho hace poco, tras cinco años de trabajo de una comisión, que en la época de Galileo la Iglesia fue mucho más fiel a la razón que el propio Galileo y que el proceso contra Galileo fue razonable y justo? Era la época donde personas no creyentes o que cuestionaban los dogmas, eran torturadas, quemadas y asesinadas por toda Europa.

–No hay que ir siglos atrás, Patxi. Hace poco que Ratzinger habló de la homosexualidad como un pecado, amoral y de alguna manera justificó la violencia contra personas con esas tendencias.

Patxi pensó en Beatriz. Y también en la condena de la Iglesia a quienes no respetaban el voto de castidad, como él mismo con NoLwasi. ¿Qué hacían bajo esas inhumanas jerarquías, tan lejanas del auténtico mensaje del amor de Jesús?

–Sí. Es terrible. El Papa parece más sensible. De hecho hace poco pidió perdón por los errores que hubieran cometido los hombres de la Iglesia a lo largo de la historia, así como por haber dejado de hacer el bien necesario en favor de judíos y otras minorías perseguidas. ¿Has leído la carta que el Papa envió a los cardenales en la que el Papa exhorta a la Iglesia a reconocer los errores cometidos y arrepentirse humildemente?

–No, hace tiempo que no leo el boletín de la diócesis, me produce tristeza.

–Estoy seguro, Patxi, que lo que ahora ocurre, será reconocido en su tiempo.

–Pero Kevin: han tardado cuatrocientos años en reconocer el error en excomulgar y acusar a Galileo. ¿Cuánta gente puede morir en ese tiempo por esta cerrazón con el SIDA? Si es que sobrevive la Humanidad a esta epidemia a la que el poder económico y religioso da la espalda.

Al salir, vieron la Basílica de San Pedro desde fuera. Prefirieron no entrar.

Habían quedado con Beatriz y con Aimsa en la Iglesia Romana de San Egidio.

XLVII

ALIANZAS SIN FOCOS NI GLORIA

Florencia, 1992

Era junio de 1992. Por aquel entonces, Aimsa era ya bien conocida en el activismo contra el SIDA, en favor de los derechos de los seropositivos, y en contra de los monopolios de las farmacéuticas.

La princesa Diana del Reino Unido, participaría en una conferencia en Londres llamando a la compasión y prevenir la discriminación de personas infectadas por SIDA. Los organizadores le habían invitado a Aimsa a participar. Tenía dudas pero aceptó, en su primera escala, camino de su anhelado Zimbabue.

Había muerto Freddy Mercury muy posiblemente de SIDA, poco después de grabar el himno de los Juegos Olímpicos de Barcelona donde participaba la gran estrella americana del baloncesto, Magic Johnson, quien se acababa de declarar infectado por el SIDA. La organización Act-Up le había invitado a dar una conferencia en Barcelona, junto a Magic Johnson, en defensa de los derechos de personas infectadas y las barreras en acceder a tratamientos. También le producía pudor y recelo, el espectáculo que se estaba convirtiendo la lucha contra el SIDA, pero aceptó. Intuía que eran oportunidades para decir con fuerza lo que pensaba.

Jonathan Mann, desde la Ginebra, le había animado a ir al Congreso Internacional de SIDA en Florencia y a trabajar con él en el Programa Mundial de SIDA. Había leído del trabajo y contactado con Marta Santos, líder del proceso que concluyó en la Convención de los Derechos de la Infancia, de paso en Florencia también.

Llevaba más de dos años intercambiando correspondencia con el Padre Patxi y últimamente con el Doctor Jonay, con quien había ido profundizando en lo que más le preocupaba y motivaba en ese tiempo, en su incansable lucha por un mundo mejor: la situación de los huérfanos del SIDA en África. Patxi estaría en Roma hablado ante la Comisión de la Fe de los trágicos efectos de la objeción

de la Iglesia católica al uso del preservativo para prevenir la infección y vencer a la terrible plaga. Sabía también de la lucha del hermano de Patxi contra el tráfico de niños. Había leído un artículo de Donald Woods en Newsweek sobre los horrores del tráfico de niños, donde dejaba en anónimo la figura de un héroe que se enfrentaba a las mafias y que ella sospechaba que se trataba del hermano de Patxi. También había quedado fascinada con la historia del tráfico de órganos y las ramificaciones abiertas de ese horror, que también estaba siendo desenmascarada por valientes anónimos, por una periodista y activista sudafricana con la que sentía una extraña sintonía, Nadine.

Patxi y Jonay le habían invitado a conocer la situación pasando el tiempo que ella quisiera en la misión.

Había tenido sugerencias de muchas de las organizaciones con las que colaboraba en Estados Unidos, para trabajar con sus grupos en África. Sin embargo, prefirió desestimar contratos en proyectos con esta organización u otras. Necesitaba estar desprovista de ningún filtro, incluso de ninguna seguridad, para sumergirse sin protocolos ni normas, en el mundo de los huérfanos del SIDA en África. Sentía que era el grito más desgarrado de la Humanidad, y tenía que estar allí. En el «epicentro de la pandemia», en ese rincón del mundo entre Bulawayo, Soweto y Francistown, donde una de cada tres personas adultas estaban condenadas a muerte por la alianza de un virus y el capitalismo destructor de derechos humanos.

Utilizó casi todos sus ahorros en un viaje de camino a África, de sólo ida, pero con escala en Londres, Barcelona, Florencia y Roma para saber de las últimas esperanzas y luchas contra la pandemia.

Dejó su velero, que acabó heredando de los antiguos propietarios, a unos compañeros de Food First, se despidió del departamento de política y derechos humanos de Berkeley y emprendió su largo viaje. Tomó el Bart que atravesaba bajo el mar donde solía navegar en la bahía de San Francisco, hasta el aeropuerto internacional.

El mundo estaba convulso tras la caída del muro de Berlín. Gorbachov dimitió de la Unión Soviética, declaró su disolución mientras Yelstin presidía Rusia. En pocos meses se estaban formando repúblicas ex soviéticas en el este de Europa y en Asia central. El comunismo se desmoronaba y sólo quedaba una forma política alternativa trenzada con capitalismo galopante en China, y pequeños reductos como Corea del norte, Albania o Cuba, que resistían, comprometiendo la democracia y algunas libertades, a un mundo que ya avanzaba cabalgando en el «consenso de Washington» hacia un capitalismo sin límites.

Mientras volaba hacia Nueva York leyó con interés los acuerdos de paz entre el gobierno de El Salvador y la guerrilla. Recordó la alianza en la que colaboró,

al principio de su etapa en Berkeley, con la lucha por la libertad de aquel pueblo. Sintió una breve ráfaga de ilusión al ver como un pequeño grupo de hombres en un pequeño país, había conseguido doblegar a la dictadura y resistido a la gran potencia americana. Leyó también con interés como un Tratado convertía a una unión económica y comercial en Europa en una Unión Europea con dimensiones también políticas y sociales. Sin embargo sintió cierta inquietud al presentir los gigantes de los Estados Unidos, aliados en bloques capitalistas dominantes y sin oposición de las ideologías colectivas; traicionadas por comunismos dictatoriales y ahora rendidas al capitalismo. Rob le había proporcionado una copia del último número del diario *Pravda*, voz de la revolución comunista soviética durante 80 años. Se certificaba así el fin de una era en la Humanidad.

Aimsa siempre viajaba a las reuniones del SIDA con sus propios ahorros. Sentía que no era honesto utilizar dineros públicos o privados para esos viajes, mientras había tantos pacientes muriendo por falta de acceso a medicamentos. Había seguido utilizando la red de *couch-surfing*, por la cual había alojado en su velero en la marina de Berkeley a varias personas de diferentes partes del mundo.

Ahora había podido conseguir, a través del incipiente sistema de internet, direcciones en sus escalas europeas para evitar ir a hoteles y compartir con personas dispuestas a ello, lo más hermoso del caminar humano.

Cuando llegó a Londres, volvió a alojarse en el barrio de Islington, en una casa antigua de tres pisos donde John, un maestro artesano que a Aimsa le recordaba a la imagen figurada de Gepetto, el noble artesano de Pinocho.Vivía con su mujer, Helen, y ofrecía un cuarto a cambio de tertulias amenas de sentimientos venidos de diferentes partes del mundo.

Asistió a la conferencia en que la prensa y las cámaras de televisión se arremolinaban para grabar a la princesa Diana, quien relataba como venía de visitar a la madre Teresa en Calcuta y se vanagloriaba de «atreverse a dar la mano, de nuevo, «a pacientes con SIDA. Ello se había considerado «heroico» por la prensa; que alimentaba la leyenda de una mujer, a la que también perseguían en las ya abiertas infidelidades mutuas de los herederos de aquella anacrónica «corona».

Le resultó repugnante el espectáculo en torno a esa conferencia, en el lujoso hotel Astoria de Londres. Había considerado que el poder de los medios en torno a gestos y personalidades como aquella «princesa» podían ayudar a des estigmatizar la plaga. Pero se preguntaba: ¿el fin justifica los medios? Y en este caso, los medios ensalzaban a una anacrónica estirpe de poder y lujo.

Aun sabiendo que no la volverían a invitar, cuando le pidieron que dijera unas palabras, explicó la lucha en América por los derechos de las personas infectadas en los últimos diez años. Empezó a ver «cejas elevándose» cuando explicó cómo el poder económico de las empresas farmacéuticas, incluido en los

cercanos edificios de Wellcome, ignoraba el sufrimiento humano por la avaricia sin límites. Cuando ya parecía acabar y los asesores de la Corona, representantes del gobierno británico y la aristocracia invitada, sentir alivio porque dejase de alertarles esa activista rebelde, dijo:

–Déjeme también decirle algo, Señora Diana

Se sintió un rumor en la sala y las cámaras, en ese momento buscando rostros famosos y cotilleando los sastres que habían diseñado los modelos para la ocasión, enfocaron a Aimsa y a Diana:

–El SIDA, como otras enfermedades que matan cada día a miles de personas en el mundo, se debe a las horribles injusticias sociales en el mundo. Hace unos treinta años, un paisano mío que había estudiado Derecho a una milla de aquí, dijo: «cuando tengo más de lo que necesito y mi hermano no tiene los suficiente para vivir, le estoy robando».

En ese momento pausó y miró a la princesa y siguió mirando a la aristocracia presente en ese espectáculo.

–Señora Diana: hay pobreza indigna porque hay riqueza obscena. El patrimonio de su familia política podría pagar todos los tratamientos de SIDA en África. Pero se protege para seguir una vida de lujo y poder, antes que, como debieran hacer también tantas otras fortunas, repartirse para evitar tanto sufrimiento. No puedo entender que desde el lujo se pretenda liderar el alivio caritativo del sufrimiento, ignorando las causas de la injusticia de la pobreza. Como dice el obispo brasileño Helder Cámara: «cuando doy pan a un pobre me llaman santo, pero si pregunto por qué el pobre no tiene pan, me llaman comunista». Sé que este mensaje es «políticamente incorrecto». y le agradezco que me hayan permitido hablar sin leer antes mi discurso. Supongo que no volverá a suceder.

Hubo un rumor. Aimsa clavaba su mirada con una sonrisa de ternura que intentaba atravesar la coraza de protocolo de aquella princesa. Diana, a quien susurraba algo al oído su jefe de gabinete, miraba sonrojada y sonrió levemente a Aimsa. Ella le guiñó un ojo. Sabía que en el fondo, aquella mujer era víctima de esa «jaula de oro». Algunas personas empezaron un tímido aplauso, pero pronto el hábil jefe de ceremonias llamó al estrado al director de la Fundación Wellcome. Al salir del estrado, dos personas pidieron a Aimsa que los siguiese. Se identificaron como agentes de Scotland Yard y le dijeron que necesitaban comprobar su documentación. Le llevaron en un coche a unas oficinas frente a Westminster donde le dijeron que podían procesarla por difamación de la Corona, pero que si se iba pronto del país y no removía más a la prensa, archivarían el caso. Aimsa les dijo que volaba a la mañana siguiente hacia Barcelona pues tenía cosas más importantes que hacer que ahondar en el anacronismo de un lujo hereditario, aunque le hubiera encantado escuchar esa fantasía de «difamación».

En su siguiente escala, Aimsa llegó a Barcelona para participar en otro espectáculo, esta vez en torno a la declaración de estar infectado, del famoso líder del «*dream team*» americano de baloncesto, Magic Johnson. Tenía más interés en esta reunión pues pensaba que la?valentía de declararse públicamente infectado, sin temor a la crítica moralista de algunas partes de la sociedad, merecía reconocimiento y quería animar a muchas personas a seguir ese ejemplo de valentía. Sin embargo, al llegar a Barcelona le recibió una persona del comité organizador y le informaron que «por motivos de agenda» se había cancelado su participación en la reunión. Lo entendió mejor cuando vio que la monarquía española auspiciaba aquella conferencia. Respondió con una sonrisa:

–Ya veo que la comunicación entre la realeza europea es rápida y eficaz. ¿O quizás tiene apoyo de la CIA?

Dedicó su escala frustrada en Barcelona en observar atónita como aquella bella ciudad era el centro de la atención mediática del mundo celebrando los Juegos Olímpicos. Por un lado quedó fascinada con los fastos de tal evento, indudablemente bellos y reflejo de lo que la creatividad y el trabajo humano eran capaces de hacer. Sin embargo, tal gasto al lado de la pobreza de su India natal o la que le esperaba en África, le encogía el corazón.

Se alojó en la casa de un estudiante de violín, Josep, cerca de la Rambla y en lugar de asistir al espectáculo donde fue vetada, paseó por el barrio gótico de Barcelona, deslumbrada por su belleza y los ríos multicolores de razas que fluían por sus estrechas calles. Compró un periódico en el que pudo entender en español las palabras de un escritor, llamado Gala, en su discurso ante un congreso de SIDA: «*pronto habrá más personas que viven del SIDA, que las que mueren del SIDA*». Aimsa pensó que era una exageración si se ponía África en la ecuación, pero verdaderamente reflejaba el espectáculo y el nido de intereses en el que se estaba convirtiendo aquella enfermedad en los países ricos. Sabía que en España la tragedia del SIDA estaba trenzada con la pobreza y marginación causa y consecuencia de la droga y mientras pensaba en ello, escucho la canción «que te puedo dar» de Víctor Manuel. Aún sin entenderla bien, se sintió estremecida por el dolor que transmitía. Por la noche le preguntó por el significado de aquella canción a Josep, y al conocerlo, sintió el profundo dolor de las madres de la droga y del SIDA. Acabaron la noche con una tertulia sobre la belleza y Josep toco la melodía de la lista de Schindler.

Voló al día siguiente hasta Florencia. Se quedó maravillada al pasear por la ciudad, cruzar el Ponte Viecho y admirar aún con su sensibilidad anti–megalómana, la Bella Signora, aquella catedral majestuosa y de blancas piedras, y las esculturas esparcidas por la ciudad. En la casa de los Medici (princesas Dianas de hacía cuatro siglos), pudo admirar las esculturas de Miguel Ángel. Quedó asom-

brada por la perfección de El David, pero sintió algo mucho más profundo al acercarse a La Piedad, en ese momento expuesta en Florencia: al ver la imagen de dolor de esa madre pensó en «qué te puedo dar» y, de nuevo, en el dolor de las madres al ver agonizar a sus hijos. Pensó en los millones de madres que estaban destinadas a ese dolor, a encarnar esa imagen. El rostro de María reflejaba el desgarro más profundo del alma.

Cuando pensaba en ello, casi absorta y paralizada más de diez minutos por tanta belleza y por tal tragedia, pensó en el absurdo moralista de estigmatizar y culpabilizar a tantas personas agonizando por la enfermedad y reflejando tan fielmente la pasión de Jesús. El dolor de su madre.

De allí partió al congreso internacional de SIDA al que Jonathan Mann le había invitado a participar en una mesa redonda de derechos del SIDA. Había sido ya testigo de tal conferencia en Atlanta y en Londres, pagándose sus gastos y diciendo lo que sentía, sin claves ni políticas ni académicas, sino su testimonio de la injusticia. Cada año la conferencia reunía a más personas y empezó a sentir que se estaba perdiendo el sentido. Quiso hablar con Jonathan, pero estaba siempre rodeado de ministros y gentes de poder, inaccesible. Cuando le tocó el turno en su mesa, con otros representantes de asociaciones civiles, de pacientes con SIDA, de gobiernos y de Naciones Unidas, explicó los abusos del derecho de las personas con SIDA por su discriminación. Todo estaba en sintonía con las demás ponencias hasta que siguió con dos argumentos inspirados en su correspondencia con Jonay, que causaron revuelo en el congreso:

–Al igual que defendemos el derecho al acceso a la información, la prevención, el tratamiento y el cuidado y apoyo social de las personas infectadas por el virus del SIDA, debemos hacer lo mismo, con la misma energía, con la misma determinación, en defender el derecho a la salud de todas las enfermedades. Debemos evitar crear un reino de privilegio en torno al SIDA. El derecho a la salud, refrendado por casi todos los países del mundo en el pacto por los derechos económicos, sociales y culturales, excepto por países como del que vengo que vergonzosamente evitan firmarlo, es universal. No podemos preocuparnos por un hombre con SIDA en un pueblo de Malawi, e ignorar en la casa de al lado la misma agonía de una mujer con diabetes.

Murmullo en la sala.

–Y déjenme decir algo incluso más políticamente incorrecto:

Silencio expectante.

–Este congreso ya reúne a casi diez mil personas cada año. Y cada vez más. Si ustedes calculan conmigo los precios de billetes, de la inscripción en el congreso, de los lujosos hoteles o restaurantes donde muchos de ustedes se alojan o comen estos días, podrían acercarse

a unos treinta millones de dólares. Ese dinero podría pagar el tratamiento del millón de personas que hoy necesita tratamiento si las empresas del medicamento del SIDA, que ya ha ganado unas cien veces la cantidad que invirtió en su investigación, lo vendieran con un margen sólo del diez por ciento de su coste de producción o permitir que lo hicieran las fábricas de medicamentos genéricos. Yo no quiero participar más de este despilfarro mientras exista tan inmenso dolor.

Salió de la sala, del pabellón y del congreso. Se sentía mal. Ella no era beligerante y al exponer sus diferencias sentía un dolor de desgarro en la armonía que verdaderamente buscaba con sus hermanos, con toda la Humanidad. Pero tenía que decir lo que sentía cuando peor otras vías siempre era ignorada. Además, su destino estaba en el Sur, con la gente, con su sufrimiento, lejos de esos focos, del lujo obsceno disfrazado de solidaridad.

Siguió caminando por la bella Florencia hasta llegar al que fuera el primer orfanato conocido de la Humanidad en la Piazza della Santissima Annunziata, el Instituto degli Inocenti. Sentía un profundo compromiso con el reto de los millones de huérfanos que empezaban a causar la epidemia. Había quedado allí con una persona que había influido con fuerza en la redacción y aprobación de la Convención sobre los Derechos de la Infancia. Al encontrase en los porches de aquel edificio lleno de historia, vio a una persona menuda, casi se diría que frágil, pero con una bondad infinita a través de su mirada. Le propuso hablar mientras recorrían ese hermoso edificio, con tanta sabiduría del tiempo.

–Marta, he leído sobre tu trabajo durante los últimos diez años hasta que se aprobó la Convención de los Derechos de la Infancia. Te felicito por tu lucha.

–Aimsa, te ruego que no lo veas así. No hago más que miles de personas anónimas en su lucha diaria, sin focos ni gloria. Ellos son los verdaderos protagonistas y los niños que sufren la pobreza, los abusos, el olvido del mundo, son los verdaderos héroes.

–Yo crecí recogiendo basura con mi madre en Bombay y luego sola, al desaparecer mi madre seguramente por violencia en un tren, sobreviviendo con grupos de niños en las calles de Calcuta. Me quiero volcar en luchar contra el SIDA y sobre todo en su impacto en los niños. Quiero que me aconsejes, Marta, que me guíes.

Marta miró a Aimsa, las dos miradas de aquellas mujeres valientes ante un mundo cruel, se fundieron en una conexión profunda y se abrazaron. Sobraban las palabras. La alianza estaba sellada.

XLVIII

LA MADEJA DEL MAL

Qunu, Sudáfrica, 1992

Thulani, ufana wami. (Tranquilo hijo mío)

Haka se había acercado al niño que rescataron de la clínica de trasplantes. Le tranquilizó y le dio agua. Su mirada estaba perdida en el infinito. Siguió durmiendo. Las noticias hablaban de la redada policial a los burdeles de menores y salían imágenes de Jason y sus compinches, y de las niñas liberadas. De la clínica sólo, y de forma desconectada, se informaba de «cierre transitorio por irregularidades».

En ese momento llegó la periodista y activista Nadine. Haka quedó impresionado por su belleza y la fuerza de su mirada. Haka y Kate la pusieron al día, le enseñaron el dossier preparado para la prensa y lo que la policía había hecho con la información.

–Está claro que la policía tenía miedo de que la prensa independiente hable y ponga en entredicho la corrupción o la complacencia con el crimen que afecta a inmigrantes o a círculos revolucionarios. Con Mandela negociando la apertura con De Klerk y el Inkhata atacando al Congreso Nacional Africano en connivencia con la policía, tienen mucho cuidado. Pero el ostracismo sobre la clínica habla de que ahí se tocan intereses o intervenciones directas de altos cargos de la policía o del gobierno. Seguramente han matado ya a algunos niños y tirar del hilo comprometería a altos cargos, incluso fuera del país. Tenemos que transcribir la conversación en hebreo que grabé en la clínica.

–Haka, has hecho un trabajo increíble. Esas niñas volverán a sus casas. Esto ayudara al proceso de liberación de nuestro pueblo. El gobierno no puede seguir sembrando su propaganda de la política «sucia» de Zimbabue o tildando de «terrorista» al Congreso Nacional Africano. Esta noticia ayudará a poner las cosas en

su sitio: negligencia policial, explotación de inmigrantes menores, pobreza y exclusión de mucha gente. Yo seguiré la noticia y complementaré lo que la policía no quiere decir. Pero es esencial vuestro anonimato. A mí me pueden amenazar pero me conocen en todo el país. No se atreverán a atacarme.

–Gracias Nadine. Quiero que te asegures de que aparecen todas las niñas de mi lista. Posiblemente haya más niñas de Sudáfrica, Mozambique o de otros lugares. Kate, quiero que vayas con el pequeño a Zimbabue una vez que hablemos con él mañana y tengamos más información sobre la trama de los trasplantes. Allí quiero que trabajes con Helen desde Bulawayo y en conexión con el Ministro Stamps para que se vayan repatriando todas las niñas, vuelvan a sus casas y se ayude a sus familias. Ayuda al gobierno de Zimbabue para que pida una indemnización fuerte a Sudáfrica y se puedan ayudar a las familias afectadas y a todas las que en el país sufren afectadas por el SIDA. Sugiero que montéis con ese dinero una Fundación para «Niños huérfanos y vulnerables afectados por el SIDA», y expandáis el apoyo a tantos niños, padres y abuelos afectados por la epidemia, pero también otros que sin enfermos en la familia padecen parecidas condiciones de pobreza extrema. Nadine, ¿podrías con el tiempo ayudar a Kate y a Helen a desmontar, quizás por una película, el mito del paraíso de Soweto, que sigue drenando la sangre de Matabeleland? Se me ocurre también un libro con las historias de horror de estas niñas, sin nombres ni fotos, que estremezca al mundo.

–Lo haré con toda mi fuerza. ¿Pero tú qué harás, Haka? ¿No puedes tirar del hilo de la trama del tráfico de órganos a solas?

Dijo Kate.

Jack añadió:

–Yo te ayudaré, Haka. Necesitas al Congreso Nacional.

–Jack, yo creo que debes volver a tu lucha contra el apartheid, tu pueblo te necesita. No quiero que nadie sufra riesgos. Esto puede ser una lucha armada y muy peligrosa. Por mi experiencia, sospecho ramificaciones mafiosas amplias y profundas. Y aquí ya no pueden esconder el crimen.

–Haka, estamos en esto juntos. Sigo contigo. Y sé lo que son las armas.

–Gracias Jack. Pero ya nos deben estar siguiendo el rastro. Dejamos huellas en la clínica y tú debes estar fichado. Lo mejor es que te refugies en la clandestinidad con la que te puede proteger el Congreso Nacional. No creo que la policía sea tan tonta de colgarte el mochuelo informando de tus huellas. Hay demasiado que esconder por su parte.

–No sé si es bueno que saquemos algo de ello a la opinión pública. Aún con tu fama, Nadine, te torturarían para ir a por nosotros. Espero que nadie te haya seguido.

–Conozco mi país. Me he asegurado que no, tranquilo. He seguido una crónica de Nelson Mandela y quiero que él conozca esta historia. Quiero que vengas conmigo, Haka. Antes de tirar del hilo, necesitamos un apoyo muy alto.

–Haka, Nadine tiene razón. Necesitamos informar a lo más alto. Déjame coordinarlo a través de *Gato gris*.

–De acuerdo, pero empezaré a investigar desde ahora. Necesito alguien que hable hebreo e información sobre tráfico de órganos, sobre la clínica, el coche y el médico que detuvimos. Investigaré la información que hemos sacado del disco duro.

Kate habló con Sibindi el día siguiente. Tenía once años, era de un *kraal* a medio camino entre Brunapeg y Plumtree, cerca de la misión de Empandeni. Era impensable que pudiera llegar a estudiar en aquella misión de donde salían los chicos educados, los que podían ir a Bulawayo, tener oficios o negocios. Así que cuando le ofrecieron dinero a sus abuelos y una escuela a él, todos estaban muy contentos.

En el pick up fueron recogiendo a otros niños hasta un total de seis, de otros *kraal* de Matabelelend. Sólo conocía a uno, con quien había ido a la escuela primaria. Al principio les trataban de forma fría, pero sin violencia. En cuanto pasaron la frontera en Beitbridge. Todo cambió. Les empezaron a tratar violentamente ante cualquier excusa.

El vio que pasaban Soweto y entraban en una finca en una zona llamada Lawley. Allí sólo vieron a una mujer bastante obesa y muy ruda con ellos. Les dijeron que tenían que hacerse unos análisis de sangre antes de ir a sus escuelas, y vino un hombre muy delgado y con la cara llena de granos, a sacarles sangre. Después les metieron en un cuarto con colchonetas donde les daban de comer dos veces al día. Tenían un cuarto al lado donde había letrinas y donde cada dos días un hombre que nunca hablaba les lavaba con una manguera. Él llevaba unos cuatro meses allí.

Al principio pensó que esperaban a ir a la escuela prometida. Cuando empezaron a preguntarle eso a la señora, les dijo que ella no sabía nada. Y cuando le decían que querían volver a casa, les contestó que si daban problemas les llevarían a un cuarto aparte, sin comida ni luz. Él insistió un día y se intentó escapar cuando la señora abrió la puerta. Unos perros afuera le atacaron y la señora llamó al hombre que nunca hablaba. Lo llevó a un cuarto sin ventanas, lo empujó vio-

lentamente adentro donde sólo había una botella de agua, y allí paso a oscuras un tiempo que no sabía medir. Al salir nunca volvió a decir nada. Comía, dormía, a veces hablaba con los otros chicos, pero poco a poco se fue instalando en aquel cuarto un ambiente de profunda tristeza que les impedía comunicarse ni pensar. Empezaron a llevarse a algunos chicos, más o menos uno a la semana. Les dio esperanza. Estaban seguros que así empezaba su vida soñada de estudio en una escuela donde empezarían a aprender y con el tiempo volverían a su *kraal* con un oficio y ayudarían a sus abuelos y a sus hermanos.

Al volver a ellos esta ilusión empezaron a pasar las horas imaginando un mundo en que cada uno de ellos era una persona educada: uno era un médico, otro un maestro, otro un ministro, otro tenía una tienda de coches, otro escribía libros, otro un cantante famoso, otro sería un obispo, otro un capitán del ejército y hasta uno dijo que sería un piloto de avión. En un rincón de la pared empezaron a apuntar con rallas los días, y los chicos que iban yéndose. A las tres semanas trajeron otros siete chicos. Hablaban otro idioma y decían que venían de un lugar que se llamaba Mozambique. Así paso unos tres meses.

Finalmente, cuando ya se habían llevado a casi todos los que vinieron con él, le llegó el turno. Se despidió de los chicos de aquel cuarto y le metieron en un coche pequeño. Le llevaron a la clínica de donde le rescató Haka. Le dijeron que tenían que darle unas medicinas para que estuviera fuerte en sus estudios. Ya no recordaba más, entró en un sueño del cual se había despertado en ese cuarto.

Al segundo día, Kate marchó con Sibindi y un pasaporte falso hacia Bulawayo. Allí se reunió primero con Helen y fueron hasta San José para informar a Jonay y NoLwasi. Patxi estaba en Roma. John llegó al siguiente día al apartamento de Kate. Haka no tuvo forma de desanimarle a seguir a su lado hasta que supieran del resto de los niños. En los siguientes días, Haka leyó durante dieciséis horas al día los cientos de documentos y bases de datos de los floppys en que grabaron el contenido del disco duro del ordenador de la clínica. Nadine escribió un artículo aplastante sobre la trama del tráfico de niñas, que se publicó integro en el *Daily Dispatch*, incluyendo un resumen en portada. Ponía en entredicho la pasividad de la policía, la aduana y el gobierno. No desvelaba la acción de Haka, John, Jack, y Helen (*Gato gris*).

Mientras tanto, este fue el resumen que pudo hacer Haka de lo encontrado en la clínica de los trasplantes:

La clínica empezó a funcionar hacía dos años. Se había comprado el local por un precio de dos millones de rands, a nombre de la red de clínicas privadas llamada *Netcare*. Los documentos de constitución de ese centro lo describían como clínica especializada en geriatría. No constaba ningún consejo de administración sino sólo un director de la clínica llamado Larry Gordon. Tenía una

cuenta en el Chase Bank de Sudáfrica. Los ingresos los hacía un grupo de Israel llamado Israeli Transplant Programme. Los pacientes eran todos de Israel y pagaban una media de doscientos mil dólares a un bróker internacional llamado Ilan Perry. En una base de datos de «donantes» aparecían diferentes casos con iniciales y pago por cada una de entre cinco y seis mil dólares, excepto una lista especial en la que figuraban las letras «GM» seguidas de números, desde GM1 hasta GM12. El GM total era de veinte mil dólares. En total había noventa y ocho donantes e igual número de receptores.

Había tambien una lista de catorce médicos que habían practicado las operaciones y los honorarios de cada uno de ellos: diez mil dólares por intervención. Había también listas de medicamentos, reactivos del laboratorio, de salarios del personal de la clínica y de una empresa de seguridad. Otra base de datos llamada Tel Aviv-lista de espera, listaba 389 pacientes, 235 pendientes de trasplante renal, 67 de córnea, 32 de hígado, 43 de médula ósea, y 12 de corazón. El negocio suponía unos cinco millones de dólares en ganancias limpias cada año, y Haka suponía que bajo *Netcare* había varias clínicas en el país, quizá también en otros países. La lista de pacientes en espera mantenía la demanda, la avaricia, y la absoluta falta de escrúpulos en sacrificar a esos niños.

–Jack, esto es horrible. Qué habrá pasado con esos niños, qué va a pasar con los demás.

–Supongo que con la alarma de las niñas, ya no se arriesgarán más a ir a Zimbabue. Seguramente empiecen a traer niños de Mozambique o de otras zonas de Sudáfrica. ¿No te parece que debíamos agarrar a Godfrey y hacer que devele toda la trama? ¿O quizás ir a por ese tal Perry? No podemos esperar más, esto es horrible.

–Sí. Pero, si le detenemos, los verdaderos jefes de este negocio se ocultarán. Aunque tienes razón, al menos podremos parar esta barbarie y que esos mafiosos desaparezcan del mapa un buen tiempo.

–Quédate aquí. Tengo que hablarlo con *Gato gris* y con el contacto del Congreso Nacional Africano de Johannesburgo. Esto es muy serio. Lo atraparemos y lo llevaremos a la finca con *Gato gris*. De la información que saquemos podremos intentar saber qué ha pasado con los niños que ya han pasado por la clínica, liberar a los niños de Lawley y alarmar por Nadine en los medios, para que se tire del hilo.

–No. Creo que ya saben que estamos aquí. Estoy seguro que seguirán a Nadine tras la publicación de su artículo. Tenemos que contactar con ella de forma más segura. Aunque quizás ya le hayan pinchado su teléfono. Llámale y dile que eres un primo, no sé algo, sin relación con su trabajo, y que quieres verla en algún

sitio. La recogeremos e iremos con *Gato gris*, tenemos que pensar en los siguientes pasos.

Fueron primero a por Nadine. Parecía que nadie les seguía. Siguieron los tres hacia la finca de *Gato gris*. Al llegar, les dijo que ya habían intentado ir a agarrar a Godfrey: le habían encontrado en su casa asesinado.

Haka sintió que entraba en un mundo tan profundo y oscuro que pensó en salir de allí, volver a San José, trabajar con Helen, pasear por los *kraal* y atender a lo directo, lo inmediato. Aquel mundo tan complejo y perverso superaba su entendimiento y su concepto de la raza humana, aunque pensaba que ya había visto de todo. Pero la imagen de los niños volvió a él. No podía olvidar ese horror.

–¿Y podemos ir a por Gordon o a por Perry? Es lo único que nos queda –dijo, Haka.

–Ya lo hemos intentado –contestó *Gato gris*– Pero están en Israel, y no creemos que salgan de allí.

–¿No se puede pedir la extradición por sospecha de crimen en Sudáfrica?

–Israel no tiene ese tipo de acuerdos con ningún país, y no le extraditarán.

–Sólo queda ir a Israel, entonces.

–Te enfrentarás al MOSSAD seguramente, y a un mundo que no puedes ni imaginar. –dijo *Gato gris*.

En ese momento hablo Nadine:

–He estado investigando. Tengo una amiga, Nancy Schepper, en un lugar de Estados Unidos llamado Berkeley. Hace tiempo que investiga los lados oscuros del tráfico de seres humanos. Me ha informado de lo que se va conociendo de las redes internacionales. Me ha dicho que la mafia es muy poderosa y que estarán en este momento ya dirigiendo su negocio a otros lugares, muy posiblemente China, donde las leyes de trasplantes de donantes vivos y pagados, son muy permisivas.

–Necesitamos encontrar el contacto de Perry en la policía, en el gobierno. Jason habló de protección por el ejército y mencionó al grupo EO. Y tú, *Gato gris*, hablaste de las conexiones con el tráfico ilícito de diamantes.

–Haka, hemos estado investigando eso. Durante mucho tiempo el ejército sudafricano ha estado apoyando a RENAMO y a UNITA para acabar con los regímenes comunistas de Mozambique y de Angola. Es la política que empezó Reagan hace tiempo, de apoyo a lo que llaman «Freedom Fighters» aunque

se han concentrado más en ayudar a los rebeldes talibanes de Afganistán y a la contra en Nicaragua. Son los mismos grupos que nos han acosado durante toda nuestra lucha por la liberación de Sudáfrica. Son oficiales fanáticos del apartheid y cristianos radicales anticomunistas que ven en el Congreso Nacional Africano, los gobiernos de Angola, Zimbabue y Mozambique al demonio comunista. Se han organizado con tanta fuerza dentro del ejército e infiltrado en el gobierno, que ni el presidente De Klerk puede ni se atreve a tocarlos.

–¿Y qué relación tiene este entramado con los diamantes?

–El poder del dinero es mayor que ningún otro en este mundo. UNITA se ha ido financiando por el tráfico ilegal de los diamantes de las minas que controla. Al principio los vendía a De Beers, monopolio mundial del negocio de los diamantes y dueña de media Sudáfrica. Pero UNITA ha ido vendiendo diamantes a otros precios mejores al gobierno de Zambia y De Beers estaba perdiendo el monopolio. De Beers ahora quiere controlar las minas en Angola, como ya hace con las de Sudáfrica, Namibia y Botsuana. Como el gobierno de Angola está ganando fuerza, ha encontrado petróleo y ha atraído el interés de los países ricos, incluido su antiguo enemigo, Estados Unidos, De Beers, y el gobierno Sudafricano detrás, como en tantos otros asuntos, ha ido restando la ayuda a UNITA y su compra de diamantes. Quieren que desaparezca.

–¿Y qué nexo hay entre todo esto y el trafico criminal de órganos?

–Sospecho que los mismos grupos del ejército que apoyaban a UNITA, vinculados al apoyo económico que proporcionaba De Beers y su lucro por el tráfico de diamantes, eran los que protegían a Godfrey, Gordon y Perry, y las tramas de prostitución y de tráfico de órganos. Pero no lo podemos confirmar.

–Habría que conocer a ese grupo EO dentro del ejército. Ahí está la clave.

–Han sido los principales enemigos del Congreso Nacional. Nelson Mandela lo sabe bien. Y sabe a qué se refería cuando al ser liberado dijo que aún no podía dejar la lucha armada.

En ese momento volvió a intervenir Nadine:

–Creo que necesitamos hacer dos cosas: una, liberar a esos niños. Sólo alguien como Mandela puede hablar al más alto nivel con De Klerk y dar las órdenes al ejercito de Sudáfrica y sus células más reaccionarias para que se desmonte esa mafia. La otra, seguir la pista de Israel y su red en todo el mundo. Nancy en Estados Unidos y otras personas por el mundo están pensando en crear una organización que desenmascare a esa red del horror. Me he permitido hablar personalmente con Mandela, a quien entrevisté a su salida de la prisión y con el que he mantenido una relación muy entrañable.

Unos días después, Haka fue contactado por Nadine, para la reunión con Mandela. Aunque Mandela estaba libre e incluso venía de una gira en Europa donde había recibido premios e incluso animado al equipo de Sudáfrica en los Juegos Olímpicos de Barcelona, sus movimientos eran controlados y Haka y Nadine pasaron varios controles y códigos hasta reunirse con él en su casa de Qunu. Entraron a una sala sencilla, con una mesa y varias sillas alrededor. Esperaron sentados y al rato entró Nelson Mandela acompañado de uno de sus personas de confianza, Oliver Thambo, a quien había sustituido al frente del Congreso Nacional tras su liberación. Haka quedó impresionado por la serena determinación a la vez que una casi perpetua y tierna sonrisa en su mirada.

–Buenos días Nadine, ¿cómo está?

–Muy bien Sr Mandela. ¡Veo que le ha sentado bien su viaje por Europa! ¿Cómo vio a nuestro equipo olímpico en Barcelona?

–Ha sido un año duro, Nadine. Mi separación de Winnie, las tensas negociaciones con De Klerk, la masacre del Inkhata en Boipatong. Pero vamos avanzando hacia la paz, la libertad. No hay vuelta atrás.

–El mundo entero le observa, Sr. Mandela. Tiene detrás a todo un pueblo. Quería presentarle a Haka Beloki. Es quien, desde el anonimato, por humildad y por seguridad, ha desentramado la red de prostitución de niñas de Zimbabue, en Soweto. Y tiene algo aún más grave que contarle.

–Haka, gracias por su valentía. He leído lo que la policía ha dicho sobre el arresto de los traficantes de niñas, y sabía que alguien les habría empujado a hacerlo. He hablado ya con De Klerk y con Mugabe para insistir que esas niñas tengan el mejor futuro, y que se controle en los países y en las fronteras este horrible crimen.

–Gracias Señor Mandela. Creo que sólo hemos desatapado la punta del iceberg. Confío en que cuando el pueblo de Sudáfrica se libere, el gobierno democrático persiga ese horror.

–Se lo aseguro. Pero dígame, ¿puede haber algo más horrible que eso?

–Creo que sí. Se lo contaré en un breve resumen, sé que no tiene mucho tiempo.

–Le escucho.

Haka sabía que esos podrían ser los cinco minutos más trascendentes en su lucha por aquellos niños. Se hizo un esquema mental del hilo argumental y los principales mensajes que quería comunicar a Mandela, quien por su negociación

con la transición Sudafricana, y quizás su prestigio y liderazgo mundial, podría ser esencial en acabar con ese horror.

–A la vez que las niñas de Matabelelenad, fueron también secuestrados muchos niños. Con ayuda de su partido interrogamos a uno de los mafiosos que había secuestrado a los niños y los había traído hasta Soweto. Así supimos que la persona de contacto, el confidente de la policía y traidor al Congreso Nacional, Godfrey, estaba en contacto con una clínica llamada Nuevo Amanecer.

–Sí, la que acaban de cerrar en Johannesburgo.

–Sí. Y le diré por qué. Godfrey entregaba niños a unas personas que dirigían esa clínica: Tenemos una información muy detallada de cómo les extraían órganos y no sabemos si se les sacrificaba o qué es de esos niños. Los órganos se trasplantaban a adinerados pacientes de Israel. Era un negocio millonario. Sabemos que la clínica es parte de la poderosa red de centros privados llamada *NetCare*. Decidimos destapar esa trama denunciándolo anónimamente a la policía y amenazando con informar a la prensa si ellos no reaccionaban, al igual que hicimos con la trama de prostitución. La policía reaccionó deteniendo a la red de prostitución, aunque pensamos que hay muchos otros núcleos que toleran. Pero en el caso de la clínica, se limitaron a cerrarla, y no ha habido detenciones. El director de la clínica y el bróker que negociaba entre un grupo de Israel y NetCare, están huidos a Israel. Y a Godfrey, lo han asesinado. Sabemos que el grupo EO, dentro del ejército Sudafricano, que creo que usted conoce bien,, está detrás de esto y están limpiando toda traza para que se archive el caso.

Mandela se quedó mirándole con una expresión de profunda tristeza.

–Cómo puede el ser humano llegar a tanta maldad. Niñas prostituidas, niños sacrificados. Todo por dinero.

Hubo un silencio. Haka sintió que realmente Mandela sufría el dolor de los niños, y a la vez estaba pensando rápidamente, relacionando mentalmente sus cientos de contactos claves en el mundo y en Sudáfrica para encontrar una estrategia.

–Conozco bien al grupo EO. Desde que me han liberado, la policía y el ejército, bajo De Klerk, están disminuyendo sus efectivos y hemos hablado en especial de las células «antiterroristas» de SWAPOL, el batallón 32 y los asesinos que nos han ido acosando y persiguiendo durante tres décadas. Le aseguro que no son más de trescientas personas las que mantienen a este país en su odio apartheid. Asesinos en la policía y el ejército, medios de comunicación envenenados con odio, y dinero. Dinero, Haka, intereses de dinero que no miran a nada más. Es ahí donde entra De Beers, auténtico cártel de diamantes en el mundo pero

que también controla media economía sudafricana. Curiosamente el rastro de Rhodes aún provoca el dolor y la opresión en esta zona del mundo. De Beers ha trabajado con el ejército apartheid y a cambio ha obtenido el control de la explotación de diamantes por las guerrillas de UNITA y RENAMO, que masacran a nuestros hermanos de Angola y Mozambique. Ahora que UNITA pierde el apoyo americano y a la que Sudáfrica se ha visto presionada a dar la espalda, quieren desmantelarla: no interesa ya políticamente al gobierno ni económicamente a De Beers, quien prefiere mantener su monopolio en acuerdos directos con los gobiernos a los que antes atacaba pagando a las guerrillas. El dinero es lo único que cuenta. *Chevron*, que domina el petróleo y las refinerías entre otros cientos de aspectos de nuestra economía, también ha decidido esa estrategia. Y esos dos gigantes, han creado una empresa militar privada, recuperando el código de los asesinos del apartheid, EO, *Executive Outcomes*. Dinero y apartheid unidos ahora en desmontar las guerrillas que antes apoyaban. Si alguien de ese grupo está detrás de las tramas que has desenmascarado, Haka, lo limpiaran. El gobierno no puede con esos dos poderes.

–Entonces, ¿EO se ha convertido en una empresa «limpia» y liberadora de gobiernos acosados por terroristas y guerrillas? ¿El mundo al revés? ¿Sin ningún escrúpulo?

–Así es, Haka. Y esa misma transformación para seguir manteniendo el poder, es la serpiente que corroe la política, y también las revoluciones.

–¿Qué cree que se puede hacer? Sólo pienso en esos niños.

–Esta semana tengo una reunión con De Klerk. El me prometió que iba a limpiar la policía y el ejército de esos grupos, que ahora gozan de legalidad, prestigio y hasta supuesto humanitarismo, bajo «Executive Outcomes». Le diré que hasta que no estén liberados los niños de la trama de «Nuevo Amanecer» no contará conmigo para nada, y que si no reacciona en un mes, llevaré el caso a las Naciones Unidas y con tu ayuda, Nadine, pondremos nombres y apellidos a este horror.

–Gracias, Sr Mandela. Yo también seguiré mi lucha: voy a ir a Israel. Esta trama infiltra todo el mundo.

Amandla.

Se despidió de Mandela mirándose profundamente y con una complicidad de quien sabe lo que es luchar por un ideal.

John volvió con Kevin, quien había regresado de Roma y había sido, para asombro de muchos, nombrado obispo de Rustenberg. Tenían una lucha para ir promoviendo el cambio de la poderosa Iglesia hacia el amor en el SIDA. Jack y

Gato gris fueron saliendo de la clandestinidad. *Gato gris* ya pudo usar su nombre, Thabo. Haka paso unos días en Ciudad del Cabo, mirando al mar desde *Table Mountain* y escribiendo la historia que acababa de vivir en un hostal de montañeros.

A las tres semanas, la televisión dio la noticia de que la clínica «Nuevo Amanecer» se cerraba definitivamente por haber estado practicando trasplantes ilegales de órganos. Su responsable, Godfrey Johnson, se había suicidado, y los intermediarios de los trasplantes estaban huidos en Israel. Se habían liberado a setenta y seis niños en diferentes fincas clandestinas del país, cuarenta y cinco de ellos de Zimbabue. Otros veinte y seis habían sido encontrados en trabajos forzados en aquellas fincas o en plantaciones del país en las que trabajaban como esclavos y con una enorme cicatriz en el costado. De siete no se sabía el paradero. Todos los niños serían entregados a Zimbabue con una importante indemnización y disculpa formal del gobierno. Los fondos serian administrados por una organización llamada «Apoyo a huérfanos y niños vulnerables por el SIDA» basada en Bulawayo.

Haka sonrió emocionado al ver las imágenes de los niños entrando en un autobús rumbo a Matabeleland.

Misión cumplida. Casi.

Necesitaba volver a San José, y anhelaba el abrazo de Helen.

XLIX

SOBREVOLANDO EL AMANECER DE UN NUEVO MUNDO

Gomera, 1992

Jonay había pasado seis años en San José. Ya hablaba fluido ndebele y tenía su nombre local: *Ulibona* –él nos mira–, por su forma de observar, profunda y lenta, cuidadosa, cuando los atendía como médico. Era muy feliz en la convivencia con Patxi, convertido como en su segundo padre, en la mágica alianza médica y espiritual con NoLwasi, en la colaboración valiente de Anwele y en el compañerismo de Ndlovu. Gozaba también de sesiones de música con Johanna a la flauta travesera, NoLwasi con su *mbira* y Jonay con un violín que consiguió en Bulawayo. Disfrutaba sus paseos por las praderas, visitando *kraal* y compartiendo en aquellas misas ecuménicas de cantos zulú. Leía las novelas de Wilbur Smith, Noah Gordon, Stephen King, León Uris y otros que le traían una vez al mes de la biblioteca pública de Bulawayo, y los libros de Coelho y Tagore que le mandaba su madre desde la Gomera. Se mantenía al día en medicina por artículos que le mandaba Fernando y por su suscripción a *Tropical Doctor*, una revista dedicada al trabajo en los sitios más remotos y donde todo lo que se publicaba era practico, aplicable. Había publicado algunas ideas sobre el test del SIDA y sobre una técnica que inventó para concentrar mejor las muestras y detectar mejor la tuberculosis en el laboratorio tropical. También investigo formas de disminuir la transmisión del SIDA de madres a hijos utilizando clorhexidina en el parto o vitamina A, pero no pudo ver resultados claros. En todo ello, el afán de control del gobierno y las envidias de la jerarquía intentaban bloquearle el trabajo. De alguna manera, su valentía en la medicina tenía las mismas cortapisas que tenía Patxi en la religión.

Estaba en contacto por cartas con sus grandes referencias en la medicina sencilla pero de calidad en el distrito: Monica Cheesbrough en las técnicas de laboratorio, David Morley y sus conocimientos y visiones de la Pediatría tropical,

e incluso se había escrito con Michael Gottlieb, de quien la mujer de Berkeley con quien estaba en contacto, Aimsa,, le había dado su dirección. Pero su correspondencia más desafiante era con Maurice King.

King era un afamado médico inglés que había nacido en Sri Lanka y estudiado entre la elite británica en el Trinity Hall de Cambridge y luego en St. Thomas's Hospital de Londres donde se convirtió en un prestigioso patólogo. Empezó a trabajar en 1956 en la antigua Rhodesia donde ya se hizo conocer por no callarse ante la injusticia: se enfrentó al hecho racista de no poder formar a médicos negros, no le renovaron el contrato y se fue. En 1962 fundó la Facultad de Medicina de Makerere en Kampala, Uganda, y solía decir que «saltó de la placa de Petri a la comunidad». Se prestó voluntario a sustituir a un médico de un hospital rural, se vio en el dilema de la falta de libros para apoyar y guiar ese tipo de trabajo. Así que convocó a todo tipo de personas relacionadas con el trabajo en esos hospitales remotos, aunó todos los documentos y comentarios y se puso a integrarlos en un libro que al año y medio tomó la forma de *Medical Care in Developing Countries*, que se convirtió como en la «biblia» del movimiento incipiente entonces de Atención Primaria, que inspiró la Conferencia de Alma–Ata de la que tanto le habló Fernando a Jonay. Desde Uganda, King siguió escribiendo los libros clave para el médico de un distrito rural: laboratorio en el hospital de distrito, pediatría en el hospital de distrito, gestión en el distrito de salud y su serie con la cooperación alemana de cirugía, trauma, ginecología y anestesia en el hospital de distrito. También le dio tiempo a este médico humanista del siglo XX a escribir sobre los peligros del armamento nuclear. De alguna manera todo ese saber se había concentrado, unido a la medicina interna adaptada a bajos recursos y la medicina tropical en el manual del cooperante de John Gray, con quien ahora, también en Berkeley, también mantenía una entrañable correspondencia sobre los desafíos de la equidad, la desigualdad justa.

Durante los últimos años, sin embargo, Maurice le fue contando a Jonay una visión del mundo catastrofista. En 1988 preparó una conferencia en la Real Sociedad de Medicina, en Londres, sobre la salud en África. Le mandó una copia de su discurso a Jonay. Se había encendido en King una llama de interés y alarma sobre la evolución demográfica en el mundo. Dos años más tarde, le mandó a Jonay el borrador de un artículo que envió a la prestigiosa revista del *Lancet* donde expuso su teoría del atrapamiento demográfico en que la población mundial agotaba los recursos naturales. Llegó a plantear que las medidas de salud pública que él había promovido con tan fuerte liderazgo, podrían, si no se controlaba el crecimiento demográfico, llevar a un mayor sufrimiento humano. King recibió una ola de críticas duras por sus aseveraciones y fue acusado de «infanticidio». Fue escribiendo más, incluso en clave de alegorías de visitas desde Marte y el asombro de alienígenas ante la locura humana del crecimiento demográfico sin límite. Estaba preparando su participación en la gran conferencia sobre la Pobla-

ción y el Desarrollo que se celebraría al año siguiente en el Cairo y compartía con Jonay sus ideas. De forma alarmante le hacía confidencias de cómo sus ideas de un mundo ético de un-niño-por-familia eran perseguidas, y había recibido presiones y amenazas de la CIA. King mostraba una profunda preocupación de lo que la presión demográfica sobre los recursos podría suponer en la zona de los Grandes Lagos, donde preveía guerras de magnitudes aún no conocidas. Jonay le respondía que el verdadero agotamiento de recursos naturales provenía de la enajenación consumista del Norte, más que del crecimiento demográfico en el Sur, pero King insistía en la hecatombe a la que el crecimiento de la población llevaría a la Humanidad.

Su vida profesional, social, intelectual e incluso espiritual, era intensa. Sentía esa mezcla mágica de épica y serenidad que ajusta el alma a la frecuencia de onda de la aventura de la vida. Sin embargo, sentía el anhleo de diluirse en el amor con una compañera. Por las noches sentía ese vacío, esa necesidad de abrazarse en el frio, de sonreír ante la belleza, de reírse ante los absurdos, de ir de la mano antes los retos, de reclinarse en el hombro compañero en el cansancio, de llorar juntos ante la rabia, y de sentir el calor ante la tristeza y los temores. La vida era medio vacía sin esa complicidad de alma gemela. Se sentía, como solía decirse en su intimidad, «naufrago de abrazos, huérfano de caricias».

Además, sentía nostalgia de su familia, de la guía de su padre, fuerte y valiente; de la inspiración de su madre, bella y serena, de la referencia de la vocación profesional de Fernando, de la sencilla nobleza de Tomás, de los barrancos de su querida isla, de la frondosidad mágica del Garajonay y de la sombra vigilante del Teide. Había ido sintiéndose en profunda empatía con el movimiento de eco–aldeas que sus padres lideraban en la isla y conectaban con fuerzas de todo el mundo. Necesitaba estar con ellos, abrazarse, reírse, llorar, acariciarse, soñar. Su ausencia dolía en la piel.

Consiguió que un compañero de Ndlovu le sustituyese un mes en San José y partió hacia La Gomera, pasando por Bulawayo, Johannesburgo, Madrid y Tenerife Sur. Al llegar al aeropuerto canario allí estaban sus padres, John y Umbela, con quienes se fundió en un abrazo emocionado. Aunque las nieves del tiempo iban tiñendo sus cabellos, les vio plenos de belleza y fuerza. Se preguntó cómo podía vivir tanto tiempo sin su abrazo. Fueron hasta el puerto de Los Cristianos donde esperaba Satia. Navegaron hacia La Gomera y según se aproximaron al barranco de El Cabrito, Jonay quedó impresionado y emocionado, como si viese las imágenes de una nueva humanidad incipiente, reencontrándose con la Naturaleza.

Según se aproximaban a aquel mágico y mítico barranco, vio como sus laderas habían reverdecido con terrazas artesanas de piedra volcánica y adivinaba

el maíz, los tomates y otras hortalizas, árboles frutales variados y panales de miel dispersos por las pendientes. Notó que aquellos pequeños huertos en armonía con la naturaleza, estaban cubiertos por mariposas blancas, visibles aún desde lejos. Pequeños caminos serpenteaban las laderas uniendo pequeñas casas de piedra, sencillas, abrigadas por las montañas, los árboles, mirando al mar. Había molinos de viento artesanos, depósitos de agua, veía también algunos perros, cabras y burros entre aquella postal de armonía. En el valle había un edificio redondo de piedra y madera con un gran porche, y otros edificios alrededor, el puerto de Tomás se había remozado y además de la barca de Tomás había otras dos y otro velero de madera. Aún antes de atracar pudo ver gente activa en todo el barranco, trabajando el campo, llevando carretillas de un lugar a otro, vio a un grupo de niños reunidos en círculo bajo una sabina y a otro grupo de adultos reunidos en el porche. Según se fue acercando observó telares al aire libre, una zona donde unas personas se daban masajes mutuamente, otros se bañaban en el mar, desnudos y sin mostrar vergüenza, otros estaban dibujando juntos un gran mural y de una de las terrazas venía una música y pudo ver una mujer vestida de lino blanco tocando un arpa. Sintió que en ese lugar estaba naciendo una nueva forma de vivir sin competir, sin poseer, sin imponer. Una comunidad sin vencedores ni vencidos, sin sabios ni aprendices, sin guías ni guiados en la espiritualidad, sin temor de ser uno mismo, sin miedo a expresar el deseo de amar y ser amado. Jonay estaba emocionado de volver al hogar. Su familia, en su ausencia, se había multiplicado por cien.

Cuando atracaron, encontró a Tomás, que traía en su barca a unas personas de San Sebastián. Se abrazó a él y notó como el mar había curtido aquella piel noble de una forma por la que sentía, sin entender bien, una profunda veneración. Fueron a casa, que aún estaba en la ladera este. Su cuarto estaba como lo dejó. Su violín, sus libros, sus diarios y sus recuerdos. A las fotos de su infancia, sus padres habían ido añadiendo otras de la vuelta al mundo en Satia de sus padres, y otras que Jonay les había mandado desde San José, y una de Yolanda, quien se había casado y tenía una niña. Se contaron las historias más recientes con enorme cariño y fueron a pasear por la comunidad, que llamaban «Ternura».

Eran unas trescientas cincuenta personas, incluyendo unos cien niños, de más de veinte países. Hablaban sus lenguas y una común que iba surgiendo de forma natural entre todos. Se conocían sólo por el nombre, que si era repetido, se adaptaba. Fue comprobando cómo los saludos entre ellos eran pausados, serenos, mirando a los ojos y abrazándose la cabeza de una forma que inspiraba respeto y afecto. No existían relojes en el barranco. Era esencial cuidar de la naturaleza sembrando con los ciclos de la luna, alimentándola con los restos que ella regalaba y moviendo el agua que ofrecía el Garajonay con molinos de viento y acequias que regaban las terrazas. Estaba prohibido matar animales y talar árboles.

Y estaba también prohibido poseer para uno solo la tierra, el agua, el alimento y el conocimiento escrito. Al poco tiempo no fue necesaria ninguna prohibición pues era tan obvio que esos regalos de la vida eran comunes y libres, como lo es el aire, la música o la luz del sol. Cuando había dolor en las personas, por hambre, frio, debilidad o soledad, simplemente cruzaban las manos sobre el pecho, y todos intentaban aliviar el dolor y ayudarse. Sabían de la importancia de abrazarse, mirarse, acariciarse, y lo hacían sin tabúes, sin temores, sin prejuicios, sin barreras de sangre o cadenas en las relaciones. Bajo la sabina, los niños estaban leyendo, pintando y cantando, de forma espontánea. En la casa común había dibujos hermosos, una gran mesa redonda de madera, una chimenea, estanterías con libros de todo tipo, mapas, papel reciclado y pinturas naturales. Vio como las maderas, trenzadas de ramas caídas o podadas a los brezos, sabinas y pinos canarios, brillaban por la cera natural de los panales. Grupos de personas sentados en el porche o en torno a la mesa compartían sueños, ideas y planes para la colonia Ternura. Otros estaban pedaleando en una bicicletas estáticas que juntas cargaban un dinamo. Hacían turnos entre toda la comunidad, la llamaban la energía humana», y les mantenía, además, en buena forma. Alimentaban así una nevera que utilizaban para alimentos y medicamentos muy seleccionados y el único ordenador de la colonia, utilizado en comunidad para repasar información y comunicarse con otras eco aldeas de todo el mundo.

Cada semana cambiaba la persona que investigaba internet y compartía sus hallazgos en las sesiones de comunidad. Un edificio al lado hacía las veces de hostal de visitantes. Más allá, había un grupo de letrinas y al lado un depósito que Jonay supo identificar, como en Brunapeg, de biogás, que alimentaba la cocina en otra pequeña casa, todas de roca volcánica. Otro edificio hacía las veces de granero y despensa de alimentos, en otro había utensilios de labranza, construcción y carpintería. Había también una casa de cuidados con el nombre de «Jonay», donde los dos médicos que se habían unido a la colonia, practicaban cuidados naturales y mantenían una huerta de plantas medicinales, además de la gran variedad que crecía por todo el barranco. Había dos camas donde descansaban personas que necesitaban más cuidados.

En los techos de las casas había terrazas, observatorios con telescopios y jardines, donde vio a varias personas meditando. Había hamacas artesanas por todos lados y lugares de juegos y ejercicios. Un grupo hacia Taichi frente al mar, desde donde ya se adivinaba el atardecer. Jonay sintió que sus padres estaban engendrando una nueva forma de vivir. Superando sin temor las barreras impuestas de fronteras, posesiones, temores y distancias entre personas y entre ellas y la naturaleza.

–Esto es maravilloso, Padres. Me siento tan orgulloso de cómo animáis este nuevo amanecer de la Humanidad.

–Gracias, hijo. Siempre soñamos una vida así. Es un regalo que las olas hayan traído a tantas gentes maravillosas. Fernando ha ido animando una comunidad parecida en Arguamul. Se llama «Valentía». Iremos a verle mañana en *Satia*. Tiene unas ganas enormes de abrazarte y te pedirá que pases unos días con él.

–Claro que sí. Es muy importante para mí. No creo que estuviese en África si no hubiera entrado en nuestras vidas. ¿Cómo está? ¿Y qué tal *Kadiatu* y Lisy?

–Te quiere como a un hijo. *Kadiatu* está bien. Trabaja en la asociación de mujeres Gara, en San Sebastián. Fernando la sigue amando pero ella no desea esta forma de vida. Es muy guapa y muy inteligente, y desea ir superándose, según ella dice, estudiar, tener títulos, propiedades, seguridades que nunca tuvo. Creemos que su origen de la necesidad, alimenta temores y se protege con la quimera de las posesiones. Así vive la mayoría de la sociedad, la presión es muy fuerte. Lisy estudia ya derecho en Tenerife.

–Pero vosotros no necesitáis esos temores, esas dependencias. Tenéis de todo aquí.

–No, hijo –dijo Umbela– El aislamiento sería nuestro fin. Estamos abiertos a dar y recibir, a que entren y salgan de Ternura personas, ideas, conocimientos, propuestas, formas de vivir, de alimentarse, de integrarse en la naturaleza, de sanarse. Pero intentamos estar alerta a las presiones para poseer, para dividirnos en injustas y absurdas jerarquías, y para abusar unos de otros y de la naturaleza. Por eso tenemos un acuerdo con el cabildo, pagamos impuestos con dinero de la artesanía que vendemos o de lo que nos dan voluntariamente en el hostal de visitantes. También utilizamos algo de ese dinero para comprar algunas herramientas pues aquí no tenemos minerales ni herrero. Con ello sabemos que podemos utilizar el hospital cuando es necesario si nuestros remedios naturales no son suficientes, recibir a una maestra que guía para los exámenes de fin de curso a los chicos y conocer y disfrutar de la rica cultura de la isla, de las reuniones con sus gentes. Somos parte de la isla y de la Humanidad. Aspiramos a construir una red de comunidades de una nueva Humanidad. El año que viene tenemos una reunión de eco aldeas de todo el mundo, en Escocia. Esperamos durante este año ir entrando más y más en contacto con quienes son nuestra mayor inspiración: las comunidades indígenas, adaptadas a la Madre Tierra durante miles de años. Estamos muy en contacto con un grupo de Ecuador, y quizás podamos estar con ellos y ellos con nosotros un tiempo.

–Me da pena no compartir con vosotros día a día tanta ternura.

–Nosotros la sentimos, hijo. Cada día. En nuestra meditación, en cada abrazo a cada persona, en la belleza de la naturaleza. Tu vida en San José es también bella. La vida fluye, nos reinventa. Mientras nuestros corazones estén abiertos a

amar y ser amados, vivimos con nuestra energía más auténtica, trascendemos a lo físico, al tiempo y al espacio. Estamos unidos. «*Todos somos la misma energía*».

Pasó una semana con Fernando en su colonia Valentía. Lo abrazó durante un tiempo eterno, emocionado. Pasaron horas y horas hablando de sus experiencias, de sus pacientes, ideas, dudas, restos, estudios.

Jonay le contó a Fernando sus ideas sobre la transmisión del virus, sus técnicas de mejorar diagnósticos en el laboratorio, y su fascinación con el tratamiento «invisible» de NoLwasi. Estaba convencido que la «no-presencia» del virus en las «lágrimas diluidas» tenía un efecto como de «huella» en el agua, y estimulaba al sistema inmune de una forma más allá de nuestra comprensión científica.

Fernando le habló de una investigación que había empezado y que le alarmaba. Había habido dos casos de cáncer de pecho en mujeres jóvenes en Valle Hermoso. Investigó y el cáncer de pecho era casi desconocido dos generaciones antes en la isla. Comparó modos de vida y riesgos que podrían explicar esa nueva enfermedad. Su hipótesis estaba en la carne y, sobre todo, la leche de vaca. Antes no tomaban leche. En todo caso, algunas familias tomaban queso de cabra. Investigó que podía haber en la leche de vaca. Fue a Tenerife, se metió en las granjas vacunas, investigó en los mataderos, de los cuales salió con una profunda tristeza al ver tanto sufrimiento. Pensó, de forma similar a la mágica «huella-en-el-agua» de la que hablaba Jonay, que había algo del sufrimiento animal que se transmitía en la carne. Pero también descubrió algo más concreto, que un 5% de las vacas morían por un tipo de leucemia, causada por un virus. Empezó a investigar y supo de un grupo en California que había demostrado como ese virus, en los humanos, podía causar cáncer de mama. Pero la industria era poderosa y estaba coartando todas las vías para que esa información se difundiese por la ciencia, la sociedad o la política.

Fernando ya tenía su barco, que había terminado de construir con la ayuda de John. Se llamaba Aimsa. Pensó Jonay en la casualidad de la mujer a la que encontraría a su vuelta en San José. Sintió una extraña sensación en aquel barco, un calor, protección, sintonía muy especial.

Cuando llegaron a Ternura le habían preparado una fiesta a Jonay. Un coro de los niños canto una melodía nueva de Michael Jackson, «Heal the world». Luego Johan contó una historia de la vida de Jonay, Umbela le regaló un gorro que ella tejió, y todos en la comunidad habían hecho un dibujo del barranco, por detrás estaba firmado en todos los idiomas con mensajes de paz y de amor. Fue entonces cuando descubrieron algo: bajo una gran tela, había una forma que escondía una sorpresa. Cuando la levantaron apareció una maquina extraña, como una especie de moto-triciclo biplaza. A su lado había una estructura de metal y tela. John, Tomás y Fernando la habían ido construyendo con materiales de San Sebastián, Tenerife y un manual que habían conseguido. Era un «ultraligero».

¡Algo tan extraño en una colonia naturista! Pero demostrando que no estaban aislados del mundo. En el fondo del barranco habían adaptado una pista de unos cincuenta metros, suficiente para elevar aquel pequeño «triciclo volante».

Durante la semana siguiente, Fernando, quien había seguido cursos en Tenerife,enseñó a Jonay a volar con el ultraligero. Aprendieron a planear y apenas gastar gasolina. Ver su isla desde el cielo, el inmenso océano, sentir el viento al planear, como a bordo de Satia. Pensó que algo así lo ayudaría a ir más a menudo a los *kraal*.

Recibió en ese mes una fuerza enorme de Valentía y Ternura, y volvió a San José con renovada ilusión.

L

LA TRENZA DE LOS DESTINOS DEL AMOR

Sobrevolando África, 1992

Era el invierno austral de 1992. Patxi volvía de enfrentarse a un muro de prejuicios en el Vaticano. Kevin volvía hacia Johannesburgo en el mismo vuelo, vía Harare. Volvían con ellos Beatriz y Aimsa. Beatriz había tomado un mes de vacaciones en su trabajo de la Comisión Europea para ir con su hermano y conocer otra forma de vivir la religión, en la misión de San José. Aimsa, tras once años en los Estados Unidos luchando por los derechos del SIDA en aquel país y por conferencias internacionales, por fin llegaba al anhelado destino donde tantas veces había soñado en dedicarse a compartir y ayudar a enfrentarse a los retos más dramáticos de supervivencia: en el epicentro mundial de la pandemia, y donde los medios para combatirla eran más limitados.

Cuando se encontraron en Roma, Patxi reservó dos horas a solas con Aimsa para conocerse mejor. Beatriz fue a dar un paseo por el Trastébere, con los amigos que habían conocido de San Egidio, y con Kevin. Pensó «que forma tan diferente, tan alegre, tan libre, tan auténtica de vivir el mensaje de amor de Jesús».

Patxi había sentido a través de la correspondencia de casi dos años con Aimsa, a una mujer extremadamente inteligente, y a la vez sensible y respetuosa. Casi tanto que pareciera distante. Su interés por los enfermos, las familias, y en especial los niños afectados por el SIDA, eran genuinos. Nunca preguntaba por nada: ni lugar donde estar, ni fechas para llegar, ni actividades que hacer. Patxi intuía que Aimsa, por su información y relevancia –lo sabía por Rob– en el campo de la lucha por los derechos del SIDA, tendría muchas opciones de trabajo. Se preguntaba que por qué tal interés en saber de San José, y, aunque no lo pidiera explícitamente, por venir a ese rincón recóndito del mundo. Con el intercambio de cartas y de ideas sobre la epidémica, sus efectos, Patxi le había insistido en que viniese a pasar un tiempo con ellos. Y ante su insistencia, ella admitió que estaría encantada. Aquí estaban los dos. En las fauces del poder jerárquico y sordo de los supuestos herederos de la filosofía y creencia en el amor, un vasco de caserío enamorado del mundo zulú, y de hecho de una zulú, y una india de las calles de Bombay y Calcuta formada en la vanguardia del conocimiento del mundo. Los

dos conociéndose con miradas limpias, y con fuerza y compromiso para aliarse en contra del sufrimiento de los más orillados del mundo.

Aimsa era una mujer que llamaba la atención. Vestía un sari naranja, sedoso, que caía por un cuerpo esbelto en actitud abierta, segura de sí misma, se diría que casi altiva, si no fuera por la dulce y leve pero penetrante sonrisa de sus ojos y labios. Andaba con tal suavidad que se diría que flotaba ese sari sobre la tierra. Sus ojos eran negros como la noche, y levemente resaltados por la quena, tenía una nariz recta, suave y fina, y un rostro se diría que gentil e iluminado. Algo inefable en ella inspiraba divinidad, fuerza espiritual y alianza con lo eterno.

–Aimsa, estoy muy feliz de conocerte en persona. En San José hablamos mucho de ti. Tu lucha ha inspirado a Anwele, y de tus informaciones sobre los medicamentos, Jonay y NoLwasi han hablado a menudo. Me atrae mucho tu conocimiento de la espiritualidad oriental, también. Pero sobre todo, tus ganas de compartir y conocer el mundo de la misión de San José. Estamos muy felices, pero quiero preguntarte algo.

–Yo soy muy feliz, Patxi. *Ngiyalibona, Baba.*

Patxi comprobó una vez más la inteligencia mental y emocional de ese ser excepcional que entraba en sus vidas. Y había ido aprendiendo ndebele. Al igual que NoLwasi, parecía trascender las dimensiones materiales en las que la mayoría nos sentíamos continuamente atrapados.

–Aimsa, sé por Rob que tus estudios, tus artículos y tu compromiso, te han hecho conocida en Estados Unidos y que por tus contactos podrías trabajar en la lucha a favor del SIDA en organizaciones poderosas, y bien pagada. Nuestra misión es remota, aislada, marginada hasta por la diócesis; aún no tenemos ni luz, el paisaje es una sabana seca y arenosa, las gentes apenas tienen fuerzas y oportunidades más que para sobrevivir a duras penas, y contamos con pocos medios para luchar contra esta plaga.

–Patxi, precisamente por todo eso. Y porque sé que a todo ello lo envuelve una belleza inmensa de almas que anhelan superar el sufrimiento, pero sobre todo, ¿sabes por qué?

–¿Por qué?

–Por vosotros. Nunca he leído de Jonay ni de ti una palabra de desaliento. Siempre de ilusión, de compromiso y de amor a esas gentes. Contagiarme de ello será el mayor salario del mundo. Acabo de hablar en una reunión con políticos y realeza en Londres donde he expresado mi crítica a la hipocresía de la falsa generosidad instalada en la riqueza y el poder. Por ello fui apartada de otra conferencia en Barcelona por la política y los medios, y ayer expresé en Florencia mi tristeza por ver cómo, «en nombre de los pobres afectados por el SIDA», miles de personas se bañan en viajes de, hoteles y comidas de lujo. Vengo de los basureros de Bombay, de las calles de Calcuta, sé muy bien que la pobreza indigna es consecuencia de la riqueza obscena. Y hay ya mucho negocio en torno al SIDA.

Deseo con todo mi corazón compartir vuestras vidas un tiempo. Ya veremos donde la vida nos guía a cada uno. Tendréis mi corazón dispuesto a compartir todo.

Patxi se quedó sin habla. Estaba realmente ante una alma gemela de NoLwasi. ¿Qué podrían hacer esas dos mujeres juntas por el mundo? Dios debía de existir cuando había hecho que esos dos seres tan maravillosos, y además reflejados en una belleza mágica, se entregasen a aliviar el sufrimiento de quienes más olvidados estaban del mundo.

Beatriz estaba preparada para volver a Bruselas. Sin embargo, tras cantar juntos en el Trastévere y oír la lucha de su hermano, necesitaba ir a San José. Necesitaba inspiración. Sabía que entraba en una nueva etapa de su vida. Se decidió aún más cuando llamó por teléfono al trabajo e informó que debía tomar unas semanas de sus vacaciones por «asunto familiar grave». No mentía: grave era que no se hubieran visto y compartido en tanto tiempo, y necesitaba como el aire sentir ese otro mundo en el que su hermano, que desprendía una luz tan pura, había encontrado la paz. Murmuraron pero aceptaron. Pero la llamada más tensa fue con su grupo de la Obra. Su supuesta supervisora le preguntó inquisitoriamente por cada detalle de Roma, por su hermano, por las actividades, las compañías y los planes. Beatriz estaba segura que habían hablado con la Obra en Roma y estaban investigando a ese díscolo Beloki, y su influencia «contaminante» en un miembro de la Obra. Deberían sacarla de esas influencias insanas, y de las dudas que parecían empezar a manifestar, con buenas sesiones psicológicas y «apoyo» (presión) del grupo. Fue tal la inquisitoria presión que terminó la última conversación diciendo:

–Dejadme en Paz. Me voy con mi hermano y no necesito decir más. Adiós.

Durante el largo viaje, Kevin fue hablando con Aimsa sobre la realidad del SIDA en Sudáfrica, las raíces culturales, la pobreza, el racismo, la situación de la mujer, la falta de acceso a servicios de salud, los tabúes de la prevención, la falta de tratamiento alguno, el sufrimiento de la enfermedad terminal y estigmatizada. Le contó también su lucha con Patxi por la promoción del uso del preservativo desde la convicción de su valor en «promover la vida» más que «prevenirla» como pensaba la jerarquía desde sus palacios en el Vaticano. Aimsa le habló de su infancia, de la espiritualidad budista, de la sinergia con la física cuántica, de su compromiso con los derechos de las personas con SIDA en Estados Unidos, de la mafia del beneficio de los medicamentos, de la hipocresía de los ricos y aristócratas mostrando con publicidad, sus supuesta generosidad, de la industria creada en torno al SIDA y los congresos millonarios. Le confesó su profunda ilusión en llegar a San José. Kevin le invitó también en pasar un tiempo con él en Sudáfrica.

Hablaron luego de la lucha de Haka y John desentramando la mafia del tráfico de niños hacia el comercio sexual y hacia el espantoso tráfico de órganos. Kevin estaba preocupado por los riesgos que corrían, a la vez que orgulloso y admirado del compromiso y valentía que demostraban.

Por su parte, Patxi pasó doce horas de vuelo hablando con su hermana Beatriz. Nunca habían pasado tanto tiempo al lado uno del otro con calma para compartir sus vidas, sus ideas y sus anhelos. Patxi le habló de su vida desde que salió del caserío y fue con su tío a la parroquia de Garai. De su tiempo en el seminario. De su lucha por la paz y sus discusiones con abertzales radicales. Le contó, sin los detalles secretos, de su encuentro con Juan Mari y como se fue desvinculando de ETA y llegó a San José. Le habló de su tiempo en Empandeni y de cómo llego a San José, hacía ya trece años. Le contó cómo era la vida de las gentes de esa parte de Matabeleland, sus creencias y costumbres, sus condiciones de vida y sus actitudes sociales. Le habló también de la época de los disidentes y la quinta brigada, de las misas y actividades comunitarias, del trabajo de Jonay en el dispensario, ya convertido en un hospital, de las escuelas, los talleres, el cine, la línea eléctrica a punto de terminarse, y, sobre todo, del SIDA. Le dijo que había tenido que ir atendiendo a más y más funerales, muchos de ellos de padres y madres jóvenes, también más y más de niños. Le habló de la emigración de jóvenes a Soweto y su vuelta enfermos o muertos, dinamitando el ánimo, la alegría e incluso los medios para vivir, de sus familias. Y le habló de NoLwasi…

Cuando le compartió su sentir por NoLwasi, Beatriz sintió que algo se iluminó en la mirada de su hermano.

–Sabía de NoLwasi desde hacía unos cuatro años. Se hablaba de ella como una *nyanga* –médico tradicional– con poderes especiales, y con una generosidad mítica. Pero sólo la conocí cuando alguien me animó a que fuera a oírla a un foro comunitario en el que NoLwasi decidió hablar del SIDA a varias comunidades de la zona. Desde que la vi sentí una profunda unión a ella. No hay nada en esta vida que me haya llegado tan hondo, hermana. Era como si una parte de mi alma latiese en ella. Mi atracción por su espíritu era tan fuerte que trascendía la realidad, el tiempo o el espacio. No era necesidad de verla ni de estar con ella. Sentí desde que la vi por primera vez que era una fusión espiritual que no sólo no necesitaba de dimensiones físicas, bellas pero al fin y al cabo espurias, transitorias, sino que ya estábamos unidos en una eternidad previa y en la por venir. Realmente, en la única eternidad. Te lo confieso Neba , suena místico, esotérico, pero fue, y es, tan profundo…

–Lo que dices es hermoso, Anaya. Es la vibración y la energía del amor, la que todos llevamos dentro, a la que todos pertenecemos.

–Sí. Después pasó un tiempo sin vernos. Vino finalmente a San José, a cuidar de una amiga común que lucha por los derechos del SIDA, por romper estigmas y prejuicios. Se fue quedando, y una noche, nuestras sombras bajo las estrellas se fundieron. Desde entonces vivimos juntos. El obispo, me consta, ha querido retirarme varias veces de mi cargo en San José, pero todo estaba pendiente de esta visita al Vaticano.

–¿Y qué crees que pasará ahora?

–La visita a Ratzinger no podía haber ido peor. Buscaran cualquier excusa para retirarme a un lugar de mayor control, y «meterme en vereda».

–Eso es horrible. Tu mundo es San José.

–Sí. Veo que mi pertenencia a esta jerarquía de Roma tiene los días contados. Aunque, por otro lado, tenemos que luchar más que nunca por la verdad de Jesús: el amor con valentía, sin miedo. Fíjate en Kevin, a pesar de sus ideas, va a ser nombrado obispo, pues el cardenal de Sudáfrica es abierto, y reconoce su carisma, su compromiso y su tremenda humanidad. Hay luces de esperanza. Pero, háblame de ti. ¡Tengo tantas ganas de saber de tu vida después de tantos años sin apenas saber nada!

–Me doy cuenta, hermano, que he vivido en una burbuja. La vida se ha filtrado hacia mi burbuja donde he ido gozando de seguridad, pero sin conocer realmente el mundo, sin ser libre de sentirlo, equivocarme o no, buscar mi propio camino y mi libertad. Bajo el dogma de la Obra, todo se me ha dado: la razón de ser, de vivir, la Creación, el «camino «a seguir, los contactos, los medios, la carrera, como usarla para un fin noble… todo… me han dado todo. Y me han quitado también la esencia de la vida: la libertad: el romper la burbuja y buscar yo, con mi espíritu la razón de mi ser, mi vibración con el universo, mi conexión con la vida, la Humanidad, la Naturaleza, mi propio análisis de la vida, del amor, mis decisiones, mis amigos, mi familia y mi vida!

En ese momento Beatriz tenía los puños cerrados. Un llanto contenido, quizás de muchos años, afloró con la fuerza de un volcán por sus ojos a través de lágrimas sinceras y valientes que también sentía fluir por los poros de su piel, por todos sus sentidos. Patxi sintió como si la necesidad de amar sin barreras, tanto tiempo contenida por una presa de seguridad, prejuicios, dogmas, jerarquías, disciplinas, en una palabra, miedos, se derrumbaba y el amor salía con fuerza, aunque precedido por una vanguardia del lodo de la rabia y dolor por la libertad tanto tiempos robada. Patxi la abrazó con fuerza y le tomó su mano con la mayor ternura.

–No estás sola, Neba, ya estamos juntos. Padre estará viéndonos desde su mundo. Feliz de vernos unidos.

–Tengo que contarte algo más, Patxi.

Dijo Beatriz, superando el temblor del llanto y rabia.

–Sé que me quieres hablar de Meimuna, Neba.

Beatriz le miró con cierta timidez, sin atreverse a adentrarse en las pupilas de su hermano, temerosa del severo juicio contra el mayor de los tabúes.

–Y estoy deseando que me hables de vuestro bello amor.

Beatriz sintió un profundo alivio y sus ojos se llenaron de lágrimas. Éstas ya eran de felicidad.

–Gracias, Anaya. Siento algo muy parecido a lo que cuentas de NoLwasi. Conocí a Meimuna en un grupo de apoyo. La Obra, a través de los ginecólogos en la

clínica universitaria del Opus, refería a mujeres con intención de abortar a grupos de apoyo. Así conocí a Meimuna. Es de Senegal, había venido como refugiada a España con su hermana y trabajaba como camarera cuando un camionero abusó de ella con violencia y crueldad. Cuando la vi, sentí una gran ternura y una atracción física que nunca antes había sentido. No lo identifiqué con nada sexual. Mi mente estaba bloqueada para ni siquiera considerar esa pecaminosa posibilidad. La acompañé durante su embarazo. Al principio desde mis prejuicios católicos, desde mi responsabilidad pastoril, o más bien fiscal, de la Obra. Luego fui haciéndolo desde mi misma. El amor, del cual no era consciente, diluyó cualquier otro filtro en la relación con aquel maravilloso ser humano. Mi amor por ella me llevaba a cuidarla, entenderla, estar abierta a cualquier decisión que ella quisiera tomar, acompañarla, ser su apoyo, su calor, su refugio, su hogar y encontrar en ella el mío.

–Me emociona sentir tu alegría, Neba.

Patxi dijo mientras seguía cogiéndola de su mano.

–Yo era bastante mayor que ella y me debía a mis votos en la orden. Desde mis prejuicios sólo podía pensar en un afecto maternal, guía y protector. Filtros absurdos del amor, que sólo puede ser de igual a igual en lo esencial. Las diferencias no son ni importantes ni de superiores e inferiores. La abrazaba, acariciaba y ayudaba en todo. Así nació Mohamed Jesús.

Beatriz miró a Patxi con solemnidad. Le iba a contar la gran confidencia de su vida, guardada en secreto, culpa y temor ante el resto del mundo.

–Unos días después, estaba en el pequeño piso de Meimuna y su hermana, que estaba trabajando. Meimuna tenía molestias pues le habían hecho la episiotomía y le costaba andar. La acompañé al baño. En lugar de dejarla dentro y cerrar la puerta por fuera, como otras veces, algo tácito entre nuestras miradas hizo que me quedara dentro. Cuando se estaba lavando, la ayudé. La acaricié con ternura. La ternura se transformó en un tímido placer y sin saber cómo ni cómo controlarlo, en pasión. Nuestros cuerpos se unieron en caricias y nuestros labios se buscaron. Desde entonces, sentimos la vida bajo el mismo latido. He ido varias veces a verla, a escondidas de la Orden. Estoy deseando que venga con su hijito a Bruselas. Pero puedes imaginarte lo que dirá la Orden.

–Pues parecido a lo que dirá el obispo de mi unión a NoLwasi. Neba, estamos, tras tantos años, en un camino parecido en la vida: el reto del amor verdadero ante las cadenas de los prejuicios. Juntos romperemos esas cadenas, fruto de generaciones de miedo, de entender la vida en el estrecho camino de la jerarquía y el control. Es como si el ser humano tuviese miedo a soltar definitivamente el ancla de lo material, encadenado al tiempo y al espacio, a la angustia de no entender esas dimensiones, pues, realmente, no pertenecemos a ella. Pero ante el vértigo de trascender a ellas y entregarnos sin miedo al amor, nos angustiamos e imponemos normas, límites y controles. En el fondo, por temor al amor.

–Sí. Y cuando tenemos temor, transmitimos temor, la forma más fuerte de hacerlo es imponiendo normas, ejerciendo poder. El más claro signo de debilidad.

–Sabes, hay un amigo de Rob, del mismo lugar de donde viene Aimsa –la miraron al otro lado de la fila, en animada conversación con Kevin–, donde un físico llamado Perlmutter, está descubriendo que el universo se está acelerando en su dispersión y según los planetas, astros, materia, se alejan unos de otros, más se acelera la dispersión. Es como una aceleración del *big bang* hacia la dispersión final de la materia. Yo creo que estamos entrando en una desunión de lo material y avanzamos hacia una nueva espiritualidad, una vuelta a la energía, trascendiendo la materia. Y claro, sentimos miedo y vértigo.

Hablando de ello, fueron sobrevolando, ya amaneciendo, el maravilloso valle del Rift, el lago Tanganika, el lago Kariba y aproximándose a Harare. El piloto del vuelo de British Airways, dijo:

–Vamos aterrizar en Harare, abróchense los cinturones y atrasen el reloj…¡Cincuenta años!

Nadie lo tomó mal. Era un piropo a una ciudad y un país que por medios y por el aislamiento durante el apartheid de Rhodesia había anclado sus valores, sistema de educación, costumbres inglesas, juzgados, edificios y hasta los coches en los años 50 o 60. Un tiempo tras las grandes guerras que en Inglaterra, sin tener en cuenta el absurdo de la colonización, se sentía con nostalgia de más serena belleza y dignidad humanas.

Al llegar los cuatro a Harare, se despidieron de Kevin, quien seguía hacia Johannesburgo. Quedaron en intentar pasar todos juntos la Navidad, de alguna manera. Tras pasar la aduana, se esperaron en la pequeña sala de vuelos domésticos al avión que les llevaría a Bulawayo. Aimsa sentía la emoción de haber llegado a un destino que cambiaría su vida. El olor del aire, sin saber explicar cómo, como todo lo importante inefable es, se lo hacía presentir. Beatriz también sintió una sensación mágica, un deseo de romper esquemas que afectaban como se movía, como hablaba, como pensaba y como vestía. Como vivía. Romper moldes impuestos y redescubrirse a sí misma.

Al llegar al pequeño aeropuerto de Bulawayo salieron a la sala de llegadas donde aún crujían las enceradas maderas de un edificio pequeño y entrañable de los años cincuenta donde anunciaban las pocas y salidas y llegadas de cada día a través de carteles de madera con letras labradas artesanalmente. Allí estaban Haka y NoLwasi. Los cinco se fundieron en un profundo abrazo. Cinco orígenes y caminos tan diversos de la vida, entrelazados en un destino común, el del amor sin miedo. Faltaba Jonay.

El abrazo, espontáneo y sin palabras dio paso a expresiones de júbilo entre los tres hermanos Beloki, quienes no habían compartido fraternidad desde hacía treinta años.

LI

VOLANDO CON LAS ÁGUILAS N EGRAS

Matopos, 1992

Entre NoLwasi y Aimsa vibraba una energía inefable. Era como si se reconocieran una en el alma de la otra. Al mirarse supieron que estaban pensando lo mismo. Simplemente se sonrieron y se abrazaron. Patxi, en medio de su reencuentro vasco, miró de reojo a aquellas dos mujeres fascinantes. La energía de cada una de ellas no pertenecía a este mundo. Quizás todos lleváramos dentro su energía, pero en ella, latía con una luz que deslumbraba todo lo superficial.

Los hermanos Beloki terminaron, de momento, su abrazo emocionado. Haka saludó a Aimsa.

–Sé de tu lucha contra las mafias en Sudáfrica, Haka. Me honra poder conocerte.

–¡He oído hablar tanto de ti,Aimsa! Creo que tenemos mucho que compartir.

Fueron los cinco en el pick up de San José. Haka le dijo a Patxi que Helen y Kate se habían ido a Matopos ido en el BJ40, al que Haka llamaba cariñosamente «Rufo», de vuelta de sus épicas aventuras.

Haka conducía. Patxi quiso ir atrás para dejar a su hermana y a Aimsa ir delante, en el asiento corrido donde cabían tres. Aimsa insistió que fueran los tres hermanos juntos. Quería sentir el aire de Matabeleland y seguir hermanándose con NoLwasi.

–¿Que va a decir la gente cuando vea el coche de San José con los blancos delante y las mujeres negra y «de color» en la parte de atrás, como en los tiempos de Rhodesia? –dijo Paxti.

–Patxi, ¿desde cuándo te importa el qué dirán? ¿Qué te han hecho en el Vaticano? Respondió Haka.

Se rieron, y emprendieron el camino.

Mientras Beatriz, rodeada por sus dos hermanos queridos, escuchaba sus explicaciones del trayecto por Bulawayo y hacia las mágicas rocas de Matopos, Aimsa y NoLwasi iban en la «bañera» del pick-up, melena al viento y respirando el aire africano. Aimsa siempre llevaba un pañuelo naranja y NoLwasi un pañuelo blanco. No hablaron en todo el viaje, aunque sus miradas lo decían todo. Era como si dos hermanas de tiempos eternos, se hubieran encontrado en la transitoria e ilusoria existencia material. Se miraban. Sonreían con profunda felicidad.

Cuando llegaron a la altura de Matopos, Haka giró hacia la izquierda, desviándose del camino hacia San José.

–¿Dónde vas, Anaya? ¡No estamos para excursiones! Me muero de ganas de volver «ekhaya» (a casa).

–Sigues siendo el mandón de siempre, Padre Patxi. Calla un poco y confía en tu hermano.

NoLwasi, en la bañera, sonreía.

Atravesaron frondosas praderas y vieron búfalos y cebras, manadas de antílopes cruzarse por delante y detrás del pick–up, facocheros, babunes y, a lo lejos, una pareja de rinocerontes. Al ver a una pareja de jirafas en el camino, Haka aminoró la velocidad y quedaron parados observando su marcha grácil y altiva. Patxi pensó en las dos diosas que llevaban atrás y la similitud de esa imagen de poder y belleza.

Patxi empezó a sospechar algo. Llevaban años prometiéndose algo así y el trabajo nunca se lo había permitido. Entraron en el barrio de seis casas del parque nacional de Matopos y aparcaron el coche.

–Ahora dejad el equipaje en el coche y dejaros guiar. Les dijo Haka a Patxi, Beatriz y Aimsa mientras les ponía una venda suavemente en los ojos.

Les guiaron a través de unas gigantes rocas repletas de monos, hasta una casa. Ellos no podían ver el cartel: «El Águila Negra». Entraron en ella y pasaron a un salón donde estaban Anwele, Helen, Kate, Johanna, Ndlovu, Themba y los pequeños Joseph, Thandiwe y Nothando, que ya tenían entre siete y diez años y eran inseparables. Una niña de doce años les acompañaba: Buhleve, fue dada en adopción a Haka, quien finalmente había encontrado a su ángel, como decía la camiseta que llevaba puesta. Les guiaron a la terraza enfrente. La terraza colgaba sobre un barranco que se abría a un increíble valle, surcado por un río. Al valle lo flanqueaban dos laderas de enormes macizos de granito. En el cielo sobrevolaban una docena de majestuosas águilas negras. En el fondo del valle, el lento y dorado atardecer africano tras las majestuosas acacias planas, empezaba a bañar todo de rojo.

NoLwasi era cómplice del plan, de la sorpresa. Y protagonista principal. Pero al ver las águilas negras sintió todo su cuerpo estremecer.

Haka les quitó la venda. Aimsa, Beatriz y Patxi quedaron inundados, sin palabras, por tanta belleza. Los niños les saludaron con cariño y les dieron unos

regalos: un bastón de ébano de *induna* (jefe) pulido por Haka para Patxi, una cesta de paja y colores artesanos pereparado por Anwele para Beatriz y un cuaderno hecho de cortezas de árbol, para Aimsa. Se presentaron emocionados unos a otros y cuando la belleza del lugar hizo que espontáneamente se cogiesen de las manos y asistieran al espectáculo diario majestuoso de la despedida del sol, oyeron un leve sonido de un motor a los lejos. El sonido fue creciendo y se adivinaron entre las lejanas acacias unas dobles alas de maderas y tela. Se fue aproximando hacia aquella terraza, mirador de una belleza única. Las águilas ampliaron su vuelo en círculo, como abriendo paso a aquel pájaro extraño. Patxi pudo reconocer a Jonay, saludándoles a unos cincuenta metros de altura, a bordo de una especie de triciclo de motor que dirigía aquel hibrido entre motocicleta y planeador. Detrás del ultraligero, colgaba una tela que Patxi reconoció como dos sábanas cosidas. Rezaba un saludo:

«*Amhlope, Baba Patxi, Mama NoLwasi*».

Aimsa quedó fascinada por la imagen, la belleza natural, la alianza entre aquellos luchadores contra el dolor y la injusticia, y la imagen de Jonay apareciendo el rojo cielo del atardecer.

Todos miraron a Patxi.

Patxi, más allá del asombro en ver a Jonay volando, empezó a encajar las piezas: ese recibimiento, las personas más queridas reunidas en aquel magino lugar, pero el cartel en los aires dedicado a él y a NoLwasi. Amhlope sólo se usaba en ndebele para una ocasión: la llegada de una nueva vida.

Patxi giró su mirada a NoLwasi, quien estaba a su lado, de su mano. Su mirada denotaba asombro e intriga. Intentaba entender. O confirmar. NoLwasi, con una sonrisa leve y dulce, asintió. Acarició el vientre donde crecía el fruto de un amor eterno.

Patxi, emocionado, la abrazó y le dio un beso que aquella familia de héroes de tantas historias y orígenes, selló con el canto grave y profundo: *Nkosi Sikelele*.

El amor de Patxi y NoLwasi había alumbrado una vida. Una vida que desafiaba prejuicios y cadenas del poder y las jerarquías y que crecía para unirse a un destino de una tierra desgarrada por la sequía, la marginación y una terrible epidemia. Pero era una vida, con toda la belleza y fuerza, y, por lo tanto, toda la esperanza de la eternidad y la inmensidad del universo.

Jonay, Ulibona para los ndebele y kalanga, aterrizó en una explanada cercana, a unos doscientos metros. Todos fueron a verle.

Al volver de La Gomera y de aprender a pilotar el ultraligero y sobrevolar los barrancos de la nueva humanidad con Fernando, Jonay se había encontrado una nota en la misión: debía recoger en un almacén una gran caja, que requería transporte en el pick-up. Pensaba que podrían ser sueros o medicamentos; o qui-

zás una nueva luz para el quirófano, que mandaban de alguna organización en Europa. Cuál fue su sorpresa al leer la nota que lo acompañaba:

Querido hijo:

No podíamos soportar la idea de tener nosotros este invento para recorrer los barrancos y conectar a las comunidades de la Nueva Humanidad y que tú no disfrutases de otro para recorrer esas largas travesías para ver a tus pacientes en sus casas o en los remotos centros de salud que atiendes. Deseamos que lo disfrutes y sientas a tu amada África también como el vuelo de un gavilán. Tus padres y «tu tío» Fernando.

No lo podía creer. Ni lo habría imaginado en el más atrevido de sus sueños. Practicó unos cuantos días, mientras volvían Patxi y Aimsa, ahora acompañados de Beatriz. Fue preparando zonas de aterrizaje en torno a los centros de salud que visitaba. Era fantástico. Tenía dos plazas y había ido enseñando a Haka. Cuando iba sólo, llevó alguna vez de pasajero a niños y a mayores, fascinados por volar con Ulibona como las águilas, frecuentes en Matopos, como los gavilanes en Gomera y El Hierro.

Cuando todos se hubieron saludado y de nuevo estaban en la casa de «El Águila Negra», Aimsa y Jonay quedaron algo retrasados.

Jonay quedó hipnotizado por Aimsa. Su serena belleza, su aplomo suave, dulce, pero firme, aquellos profundos ojos negros que parecieron atravesarle, ese suave sari naranja, que como su ánima, parecía flotar sobre la tierra.

Aimsa vio algo especial en Jonay. Jonay tenía 32 años y había pasado los últimos seis en San José. Sus rasgos reflejaban las raíces celtas de su padre galés, y la mágica mezcla de África, guanches y godos de su madre. De África guardaba un pelo rizado, de los celtas galeses y quizá de los náufragos guanches, el pelo entre castaño y rubio y los ojos marrones casi verdes, de los godos, los rasgos firmes de sus pómulos y sus rectos labios. Su infancia sana cuidada por su madre con cariño y naturaleza en el barranco de El Cabrito, ahora de la Ternura, le habían otorgado un tono vital sereno y sano. Su vida vegana hacia brillar su piel y su mirada. Sus travesías nadando en el Atlántico y navegando a bordo de Satia curtieron su piel y forjaron un cuerpo atlético pero no musculoso. El tiempo en San José había sido de intenso trabajo, pero se había esmerado con disciplina en hacer gimnasia en su pequeña casa-parroquia, y en andar o correr por la sabana seca del Kalahari, cada atardecer. Su mirada, la que desde niño miraba lejos en el horizonte del mar, seguía reflejando la profundidad de quien desea amar y ser amado navegando en la sensación épica de vivir.

–*Welcome* Aimsa.

–*Siyakuthanda; Baba*. Me alegra el corazón verte.

Primera sorpresa. Había aprendido ndebele antes de llegar. Tan importante. Y había traducido el espíritu de saludo en ndebele al español.

–Veo que hablas en plural, como los ndebele. ¿Quiénes me estáis saludando?

–Te saludamos mi presente y las Aimsas que desde hace años han ido subiendo los peldaños de la vida hasta esta etapa. Tan anhelada. Quizás para encontrarte a ti.

–*Lisale kuhle*. (Quedaros en paz)

Dentro, en «El Águila Negra», Jonay sacó el violín que trajo de Ternura, NoLwasi la mbira, Johanna su flauta travesera, Helen trajo su guitarra y repartieron varios *njembes*. Cantaron juntos a la noche mágica, a la estrella del Sur, a la amistad, al valor de perseguir los sueños y aplacar a quienes los ahogan. Cantó a la vida.

Unas semanas después, Haka partió hacia Botswana siguiendo el rastro del horror, que debía terminar de desenmascarar. Helen, muy a su pesar, y Kate se quedaron para seguir desarrollando el proyecto de vuelta a sus casas de las niñas y niños secuestrados por las mafias.

Estaban expandiendo las actividades a otros niños huérfanos, y, en general, a todos los niños de Matabeleland, tan vulnerables ante la pobreza, la sequía y la enfermedad. El Ministro Stamps había ido a Bulawayo y luego a San José para inaugurar las oficinas de la organización en defensa de los niños huérfanos y vulnerables por el SIDA, que llamaron «Jabulani». (nos alegramos). Se había quedado dos días con Jonay pasando consulta, visitas a los enfermos, a las casas de enfermos terminales e hicieron algunas operaciones juntos. Stamps dijo que habían sido los días más humanos de su vida, y desde entonces, pasaba un fin de semana cada mes, haciendo guardia o ayudando en un centro de salud rural.

Beatriz acompañó a Jonay en sus tareas, a Helen y Kate en la organización de Jabulani. investigando todos los marcos legales nacionales, regionales e internacionales y proponiendo acciones para influir en las políticas y las leyes. Descubrió así el mundo autentico, sin cáscaras protectoras ni prejuicios, miedos, poder. Fue incluso cambiando su forma de vestir, dejando aquellas ropas grises y rígidas casi impuestas por la Obra, y compartiendo ropa colorida y suelta con Helen y Kate. Escribió un diario de sus experiencias, incluido un paseo en ultraligero con Jonay, desde donde vio búfalos y jirafas galopar en las praderas. Se abrazaba a aquellos niños, esa generación de valientes que estaban destinados a alumbrar una nueva humanidad, y a aquellos ancianos curtidos en el dolor y la pobreza y que a pesar de ello, o por ello quizás, sonreían con la inocencia y felicidad profunda, sin filtros ni temores, de los niños. Compartía las veladas en el porche de la casa de Patxi, con aquellas maravillosas personas siguiendo el ritmo natural de la luz, sin artificios que alargasen innecesariamente el día, uniéndose a la vida sencilla de *sadza* diaria, asearse con una palangana, usar las sencillas letrinas, lavar su propia

ropa, a veces sin otra cosa de agua y arena, andar por las sabanas, compartir en los humildes *kraal*, y cantar con los graves tonos zulú, en las misas comunitarias de los domingos.

Patxi siguió trabajando en la misión con ilusión. Cuidaba de NoLwasi cuyo embarazo fue avanzando sin impedir que ella siguiese atendiendo a cientos de personas. Continuaba diluyendo y administrando su agua sanadora, con increíbles resultados, aunque en muchos casos, los pacientes terminaban debilitándose. Pudieron terminar el tendido eléctrico y lo inauguraron con una visita del padre Pius.

Después de la ceremonia, el Padre Pius se reunió con Patxi:

–Patxi, sabes que aprecio tu trabajo, tu entrega a estas gentes, mis hermanos. Creo que eres un ejemplo de testimonio del amor de Jesús. Pero tengo malas noticias que darte –y le entregó una carta del obispo.

El obispo había decidido retirarle de su trabajo en San José. Consideraba que su desobediencia con la promoción del preservativo, con cómo alteraba las liturgias de las misas, con su registro nulo de bautizos, bodas, extremaunciones, con su insolente mensaje al Papa y a Ratzinger, y ahora con su relación a plena luz con NoLwasi, embarazada, habían llegado a un límite y consideraba que «era una vergüenza para la diócesis». Decía que estaban buscando un sustituto y que en unos meses le dirían cuál sería su destino. Pius sospechaba que lo pondrían a hacer aburridas tareas administrativas en la catedral, a condición de que abandonase aquella relación con aquella «bruja» nativa.

Poco después, en plena Navidad, Jonay, NoLwasi, Aimsa, Helen y Kate, difundieron la voz de que el obispo echaba a Patxi, Sindisabantu, de San José. Cientos de personas se presentaron ante la catedral de Bulawayo y ante la residencia del obispo. No pararon de entonar cantos zulú de lucha. El *Bulawayo Sun*. publicó un artículo de Helen titulado «El obispo quiere expulsar a Sindisabantu, el símbolo del amor en Matabeleland». El obispo se vio obligado a recibir a un comité de aquellas gentes, acampadas frente a la diócesis. Ante tal presión dijo que el Padre Patxi seguía otra forma de ser testigo de Jesús que la Iglesia no podía reconocer, pero que estaban intentando ver una forma para que siguiese trabajando en San José.

Unos días después Patxi recibió otra carta del obispo en la que le decía que le daba, con extrema misericordia, una última oportunidad para seguir en San José dos años más con una lista de condiciones de orden, sacramentos, celibato, perdón público y promover la prohibición del uso pecaminoso del preservativo.

Dichas noticias llegaron a oídos de un sacerdote de la comunidad de San Egidio en el Trastévere, que conoció a Patxi en su reciente viaje a Roma. Se movilizó aquella comunidad y tomaron una decisión. Escribieron al obispo de Bulawayo y reclamaron los terrenos de San José que mucho tiempo atrás habían

cedido por el simbólico precio de un dólar a la diócesis a la vez que se los cedían a Patxi.

Patxi respondió al obispo:

> *Señor Kahlen:*
>
> *Me entristece que pueda pensar que tiene derecho a obligar a otras personas a vivir como usted piense. Me estremece la visión de su triste figura en la soledad del poder, lejos de los abrazos, de promover la vida, aliviar el sufrimiento, y de no sentir las caricias del amor, la libertad de sentir con los demás y la felicidad de sentirse único en el universo y a la vez conectado, sin jerarquías ni normas, a toda la creación mediante el amor.*
>
> *Usted ha hecho daño a mucha gente con sus cadenas y prejuicios, pero sobre todo se ha hecho daño a usted mismo.*
>
> *Mi humilde consejo es que deje ese ropaje pesado e incómodo, venda el anillo de oro y todas las joyas de la Iglesia, abra la catedral a todas personas sin techo para que allí vivan, recupere su sonrisa de niño, salga a abrazarse con las gentes y déjese enamorar.*
>
> *Entre nosotros, despojado de su supuesta superioridad, como un hermano más, siempre tendrá abierta la comunidad de San José y nuestros corazones,*
>
> *Sindisabantu.*

Los terrenos y edificios fueron devueltos a la comunidad del San Egidio quien se los cedió a su vez a Patxi por el precio simbólico de un dólar. Patxi presentó su renuncia a la Iglesia Católica y convocó a la comunidad para decidir un nuevo nombre para la misión. Seguía sintiendo una profunda inspiración por la vida valiente de Jesús contra el poder, y por eso mismo rompía el yugo. Y también por la humildad de San José. Pero ya no creía en un mundo de reyes y súbditos, de obispos y feligreses, de maestros y alumnos, ni de santos y pecadores. Decidieron darle el nombre de «Ukuzwana», lugar de armonía.

Aimsa fue encontrando en Ukuzwana un lugar de paz, de entrega, de armonía con la naturaleza, tan cruel a veces como bella, de sintonía con personas dedicadas a los demás sin pretender glorias ni aplausos, y con una entrega a aquellos niños huérfanos, para los que fue desarrollando proyectos de todo tipo, junto a «Jabulani», educación, agua, nutrición, huertos, artesanía, librerías comunitarias, talleres y hasta un coro de música que fue reuniendo a más de cien niños, cantando esperanza, amor e ilusión. Pero lo que más llenaba su alma eran los paseos al atardecer con Jonay. Entre los dos fue surgiendo una complicidad más allá de las palabras, de nada que se pudiera explicar.

En el inicio de 1993, Patxi supo que su tío, tocayo e inspirador en la vocación religiosa, el Aita Patxi, había fallecido en su casa parroquial de Garai tras

treinta años dedicado a predicar el amor de Jesús en aquel valle. Fue enterrado en el cementerio de Garai y le recordaba una placa en la Iglesia como el *Aita Pozik* (Padre Feliz). Patxi sintió vértigo por estar tan lejos de sus raíces, de su caserío, de su familia. Tenía una foto con su tío frente al monte Anboto, y rezaba por él cada noche. Habían mantenido una entrañable correspondencia hasta que la vista la fue fallando a su tío dos años atrás. Él si seguía escribiéndole, un ama de llaves llamada Amparo que le tomó mucho afecto le leía sus cartas y le cuidó sus dos últimos años. Al informarle de su fallecimiento, Amparo le dijo que no había nada que le hiciera más feliz que recibir las cartas de su sobrino en África. Había guardado cincuenta y tres cartas y se las hacia leer continuamente. Amparo le confesó que ella también se emocionaba al leerlas. Un sobrino suyo era editor, le había hablado de aquella entrañable correspondencia y le dijo que podrían muy bien ser editadas en un libro como «cartas desde una misión en África». Patxi prefirió que quedaran de momento como algo confidencial entre su tío y el.

Patxi sintió como con la muerte de su querido tío, maestro e inspiración, algo de su alma se iba con él, algo de su tío quedaba en él, su seguidor, y también en la nueva vida que llamaba a la puerta de la familia Beloki–Dube.

Atardecía el 22 de enero y el coro de Aimsa acababa de ensayar en la Iglesia, ahora convertida en la «casa de la comunidad». Justo entonces NoLwasi sintió la llamada de la vida que iba a alumbrar. Aunque valoró estar a solas con Patxi, tenía tal unión y respeto a Jonay, que pidió su ayuda y compañía. En el humilde cuarto de Patxi en la misión, habían puesto recuerdos, dibujos, velas de cerca natural, inciensos, flores. Patxi había escrito en vasco, castellano, inglés y ndebele unas palabras de bienvenida. NoLwasi había dejado dos sillas vacías sin nada encima en ningún momento, durante una luna. Sabía que Mandhla y Masora estaban con ella.

Jonay ayudó a ver la luz al pequeño Adam, «primer hombre» del amor de NoLwasi y Patxi, cogidos de la mano, y unidos en el amor y la valentía y ternura hacia sus gentes, hacia la naturaleza y hacia el universo. Tan intenso era su fluir con el universo que no se les podía diferenciar de él. Eran energía unida, y diluida en la grandeza de lo que veían y lo que estaba más allá de su comprensión.

Era la madrugada del 23 de enero de 1993. Adam nacía ante una Humanidad de cambios vertiginosos, de retos olvidados, de multitud de héroes de sus propias historias. Las del amor.

LII

PIEZAS DE REPUESTO PARA UNA RELIGIÓN

Tel Aviv, 1994

Después de su etapa en Sudáfrica desentramando anónimamente la red de tráfico y prostitución infantil, Haka decidió dejar pasar unos meses antes de seguir tirando del hilo del horror del tráfico de órganos. Quedaban cabos sueltos, a pesar de que, bajo presión de Mandela, muchos de los niños víctimas de la red de trasplantes, fueron liberados.

John se fue con Kevin, quien volvía de su viaje a Roma para iniciar un obispado en Rustemberg, quizás el primero en África comprometido a acabar con los prejuicios del SIDA, a pesar de la cerrazón de Ratzinger.

Kate había viajado con Sibindi a Bulawayo, quien fue el primero de los chicos secuestrados en reencontrarse con su familia al sur de Plumtree.

Nadine y Woods, desde Sudáfrica, habían causado tanto revuelo con sus artículos, que el gobierno de De Klerk, bajo presión también de Mandela, preparo tres autobuses llamados «*Sihamba kulhle ekhaya*» (volvemos en paz a casa) con escolta policial, psicólogos infantiles y enfermeras.

Acordaron con Mugabe y Stamps el dar a cada familia afectada diez mil rands y un total de un millón de rands para el programa de apoyo a huérfanos de SIDA en el país, que el gobierno, muy a pesar del informe «negativo» del ministro del Interior, se los dio a Amani Trust y su programa «Jabulani». Stamps anunció ir, en persona, con Helen, Kate y simbólicamente Sibindi, a recibir a los chicos en Beitbridge. Los gobiernos de Sudáfrica y de Zimbabue quisieron rodear al evento de medios y publicidad pero Helen y Kate se opusieron por defender el anonimato de los niños y la posible estigmatización. Stamps dijo unos días antes que no podría ir por «problemas de agenda».

Haka se reencontró con Helen en Bulawayo. Ella le citó en su casa, en el barrio de Barnice. A Haka le había crecido la barba y su mirada reflejaba la gravedad de lo que había sido testigo, y del tiempo que supo estaba arriesgando su vida.

Helen se puso un vestido de lino blanco. Su mirada limpia, su cabello de rizos pelirrojos, su rostro pecoso y brillante, como un cielo estrellado, habían acompañado muchos sueños de Haka desde incluso antes de conocerla. No necesitaron explicar el imán de sus miradas. Se fundieron en una alianza, una complicidad antes desconocida para ellos. No necesitaban adornar con palabras ese mágico momento. Se abrazaron y fundieron sus cuerpos con una pasión retenida durante tantos años. La mesa preparada para la cena fue testigo silencioso del amor de dos almas valientes. Los guisos se enfriaron y las velas se fueron consumiendo. Desde entonces, Haka vivía entre Bulawayo y Ukuzwana. Buhleve empezó a vivir con ellos en Bulawayo pero no se acostumbraba a la ciudad, así que se quedó en Ukuzwana, con Joseph, Thandiwe y Nothando. Formaban con Patxi, ya liberado de la jerarquía católica, NoLwasi, Jonay, Aimsa y Anhele, una gran familia.

Kate se trasladó a Bulawayo para trabajar en «Jabulani». Además, se sabía acosada en Johannesburgo y era bueno estar un tiempo fuera. Combinaba el trabajo en Amani Trust con Helen, con un taller en el museo de arte de Bulawayo, donde retomo su gran pasión: la pintura. Pintaba imágenes de niños y niñas. Unas oscuras y de dolor, otras llenas de luz y de armonía feliz con la vida.

Uno de esos cuadros formo la portada de un libro llamado *El secuestro de la inocencia*, en el que Helen, Kate y Nadine recogieron cada una de las historias de las 89 niñas. Tres de ellas habían muerto, dos por palizas de clientes violentos y borrachos, una por los golpes de uno de los secuestradores. Anwele les hizo los test y diez estaban infectadas por el SIDA. Cada una de ellas contó historias terribles de su secuestro bajo el terror. Todo se relató de forma anónima y de tal manera que sacar esas historias unidas a la transformación de su presente y la esperanza en su futuro, les liberaba de una parte de su angustia. La contraportada era uno de los cuadros de luz y alegría.

Haka usó otro de los cuadros lúgubres en un libro que tituló «Los rincones más oscuros del alma humana», en los que relataba con nombres y apellidos de los criminales aún en libertad, los horrores de los que había sido testigo sobre el tráfico de órganos. Lo publicó con un anónimo: «*la luita continua*». Cuarenta y cinco niños habían vuelto a sus casas. Diez de ellos con enormes cicatrices. Otros catorce, fueron sacrificados sin compasión. Posiblemente la operación o el post–operatorio fue complicado y los médicos de la muerte decidieron no mantenerles vivos. O quizás los utilizaron para una demanda más intensa de hígados, corneas, corazón. Aunque iba contra toda lógica de supervivencia, su rabia le pudo, y así alertaba a los mafiosos: sólo había destapado la punta del iceberg.

Haka concluía el libro de esta manera:

> *Catorce niños viven ahora en órganos implantados en personas que compraron sus vidas, como depósitos de piezas de repuesto. No significaron más para los secuestradores, para los cerebros de la mafia, para los ricos receptores de los órganos, para*

los médicos que sacrificaron a unos «desechables» para salvar a sus clientes, para que todos ellos perpetuaran su vida de poder y lujo.

Haka recorrió todos los *kraal* que había visitado antes de su cruzada. En cada uno de los catorce que aún esperaban a sus nietos, reafirmó su rabia y fuerza para desvelar las profundidades de la trama. A pesar de la presión de Mandela, los jefes de la mafia, los protectores de EO y los financieros de diamantes, seguían no sólo libres sino expandiendo sus negocios basados en el dolor de los «desechables». Había hilos sueltos: De Beers, Executive Outcomes y los niños de Mozambique.

Haka estaba convencido de que De Beers y Chevron habían financiado silenciosamente al ejercito apartheid en los años 70 y 80, para apoyar a las guerrillas del RENAMO en Mozambique y UNITA en Angola, a cambio de obtener los diamantes en sus zonas de control. De esa manera mantenían el casi–monopolio de la comercialización de los diamantes y uno de los negocios más lucrativos del mundo.

En las cartas que Jonay solía escribir a Fernando en La Gomera, le había contado la lucha de Haka y sus sospechas sobre el nexo con el monopolio de diamantes. Fernando por entonces, además de liderar la eco aldea «Valentía». en Arguamul, iba cada año tres meses a ayudar en el hospital de Lunsar. Un «*big man*» (hombre poderoso), le había ofrecido diamantes por dólares. Era de la zona de Kono, ocupada por la guerrilla del Frente Revolucionario Unido, ligada al sanguinario Charles Taylor, dictador en la vecina Liberia. Fernando había conocido a un joven de Amnistía Internacional que había denunciado como la venta de diamantes dominada por la guerrilla en Sierra Leona se traducía en compra de armas, muchas de ellas venidas desde Rusia, compradas por Gadafi en Libia y vendidas a intermediarios que suministraban a las guerrillas en África y a menudo también a los ejércitos oponentes.

Jonay le contó estos argumentos a Haka y éste se empezó, aún sin conocerle en persona, a escribirse con Fernando. Haka hizo un esquema: unos mil buscadores de diamantes en la zona de Kono pasaban las doce horas de sol tropical y unas seis con linternas, buscando posibles diamantes en las minas de diamantes. Otras mil personas buscaban alrededor de las minas, en los caminos que recorrían los camiones que removían la tierra, en cualquier sitio. Sólo unos doscientos eran pagados cada mes por haber encontrado algo de valor. Los sueldos apenas les daban para un saco de arroz. Si encontraban a alguno irse con un diamante o intentar venderlo, le ejecutaban sin piedad frente a todos los trabajadores. Los diamantes eran entregados a los líderes de la guerrilla. Estos los vendían a intermediarios por un valor de unos cien millones de dólares al año. Ese dinero se usaba para comprar armas y droga a mafias internacionales, y para inflar unas cien cuentas secretas en Suiza y otros paraísos fiscales. La avaricia, droga, armas y las más crueles técnicas de alienación de la población, incluidos miles de niños

soldados, mantenía el horror. Los intermediarios trabajaban informalmente para De Beers, que multiplicaba por diez el valor al venderlos a la red de joyeros judíos de Amberes. El valor se doblaba en las joyerías de lujo de todo el mundo. Aquellos diamantes de sangre adornaban a unas veinte mil mujeres cada año. Haka calculó que cada diamante causaba, de forma tan compleja como perversamente directa, unas tres muertes de inocentes. Haka escribió un artículo y se lo mandó a Nadine. Acababa con el lema que había popularizado De Beers: no sé si «un diamante es para siempre», lo que sí lo son, son sus efectos de muerte, mutilaciones y depravación y destrucción humana. Discutió estas cuestiones con Aimsa, quien recordó los diamantes que lucían la princesa inglesa y gran parte de la aristocracia en aquella hipócrita reunión del SIDA en Londres.

Intentó apartar esta angustia de su mente cuando llegó el reencuentro de los hermanos Beloki y el anuncio de la venida de su sobrino Adam. Todo ello le dio fuerzas para su nueva lucha.

Aimsa había investigado también sobre el tráfico de órganos. Por una amiga de Nadine llamada Nancy, una valiente antropóloga de Berkeley, Aimsa le había contado a Haka que el tráfico de órganos estaba extendido en todo el mundo, y que el golpe de Haka a la red de Sudáfrica había sido eficaz pero la demanda órganos ilegales basada entre ricos sin escrúpulos y pobres sin alternativas, seguiría en otros lugares.

Durante los siguientes seis meses, Haka intento seguir los pasos a Ilan Perry. Aún tenía algunos fondos de Amani Trust para el proyecto, y viajó hasta Israel. De los datos que guardó del disco duro de la clínica «Nuevo Amanecer», había una base de datos en un programa D-base, que tenía códigos de números, fechas y entradas y salidas de dinero. En total había cuatrocientos sesenta y cinco archivos. Comprobó que para «SA» tenía 24 entradas: los diez que sobrevivieron a la extracción renal y luego fueron esclavizados, y los catorce que no pudieron contarlo. Estaba claro que «SA» era Sudáfrica. De las cartas que le había mandado Nancy, dedujo que las siglas de TU, RU, GR, GE, PH, CH, KO, AZ, CO y US correspondían a Turquía, Rusia, Georgia, Alemania, Filipinas, China, Kosovo, Azerbaiyán, Colombia y Estados Unidos. En todos esos lugares había indicios o evidencia de que se hacían operaciones clandestinas de trasplantes de órganos extraídos a personas pobres de otros países. Tras varias veces escuchando la cinta que grabó cuando estaba encaramado a la escalera de incendios de la clínica del terror en Johannesburgo, pudo traducir del hebreo la siguiente conversación:

> *–No se preocupe Señor Goldsmith. Aquí le curaremos su enfermedad. Mientras la ley no cambie en Israel y se interprete de una manera adecuada el Torá, nosotros seguiremos salvando las vidas mediante trasplantes fuera de Israel. Nuestro principio de «pikuach nefesh» –salvar una vida– es la razón de todo lo que hacemos, y aplicamos el Torá a nuestra vida. Amén. No violentamos la integridad*

de cadáveres ni formamos bancos de órganos anónimos. Y el riesgo de los donantes, voluntario, retribuido y minimizando riesgos por los mejores especialistas, se justifica por vidas singulares, que como la suya, se salvarán. Pero mantenemos el anonimato del donante para respetar sus intimidades.

Lo que mantenía, pues, este horrible negocio, era una prohibición religiosa judía, con una interpretación que permitía que fuera de Israel sí que se pusiesen a riesgo otras vidas de forma anónima para salvar la del paciente. Una interpretación tremendamente hipócrita y basada en la sutil presunción de que la vida de un judío era más valiosa que la de otra persona. Realmente lo que se justificaba era que el poder del dinero, el capitalismo en su expresión más extrema e inhumana, servía para interpretar y retorcer caprichosamente a beneficio del comprador, cualquier principio moral. Haka también comprobó que todos los receptores de la lista tenían nombres masculinos, y que los donantes que habían podido identificar, eran todos niños, ninguna niña.

Las imágenes de los niños sacrificados, y la tibia reacción de la policía y la justicia Sudafricana, a pesar de la presión de Mandela, le quitaban el sueño a Haka. Varias veces tuvo que tranquilizarle Helen durante pesadillas por las noches, en que veía a niños correr con sus abdómenes abiertos y vacíos y llorar repitiendo las palabras con las que se despertó Sibindi aquel día: *Omama, Obaba, ngiyalapa*.

Habiendo estudiado la situación, escribió a Nancy diciendo que la única manera de parar este horror, era ilegalizando el «turismo de trasplantes» desde Israel. Necesitaban convencer a rabinos y políticos, hacerles ver el horror que estaban causando las mafias del tráfico de órganos, como la que coordinaba Ilan Perri, ciudadano libre en aquellos momentos en Israel. La prensa internacional y la difusión de aquel horror, mancharía el nombre de la ortodoxia judía y del sionismo, ya ensombrecido por las tensiones con el pueblo palestino. Tenía que intentarlo.

Equivocado, como con el tiempo pensaba que había sido su lucha abertzale tras el franquismo, o no, Haka no podía dejar de luchar contra aquello que consideraba injusto. No podía vivir con la vergüenza de tolerar pasivamente tan horrible perversión y sufrimiento humano.

Sabía que entraba en un estado militarizado y que debía dejar la Makarov bien oculta en Bulawayo, y que ante cualquier despiste o intromisión indiscreta, tendría al MOSSAD, el temible servicio secreto israelí, siguiendo sus pasos. Tenía tan sólo el contacto de un hombre, Aarón, amigo de Nancy. Era un profesor de antropología, residente en Tel Aviv, que había estudiado en Berkeley y había conocido y congeniado con Nancy. Aarón detestaba las interpretaciones sionistas de superioridad frente a otras razas o religiones. Le había invitado a Haka a pasar unos días en su casa. Le fue otorgado un visado de turista.

Los primeros dos días, Haka conversó con Aarón, un hombre de unos cuarenta años, soltero, simpático, locuaz y profundamente avergonzado de la política exterior israelí. Escribía en la prensa sus pensamientos críticos y también exponía los dilemas del sionismo frente a los derechos humanos universales en la universidad. Se le toleraba, pero también se le hacia el vacío en su familia, su vecindario, su trabajo y en la sociedad.

A menudo pensaba en irse del país, volver a Berkeley o a otros lugares del mundo donde podría hablar más libremente. Pero sentía que entonces sería como aceptar ya media derrota. Su «lógica ética» era su arma más poderosa y tenía que seguir intentando doblegar la prepotencia y arrogancia de la terrible combinación de una religión fundamentalista en algunas dimensiones y un estado militarizado, transgresor de resoluciones internacionales y consentido por el mayor imperio militar en el mundo.

Aarón le contó que además de lo que Nancy había averiguado de los judíos que usurpaban con su dinero órganos y vidas de personas pobres en diferentes países del mundo, había en Israel varios grupos religiosos, grupos en defensa de «derechos de los pacientes» y «organizaciones humanitarias» en apoyo de tan horrible tráfico. Aarón y Haka hablaron de leyes internacionales y en Israel, de interpretaciones del Torá, de la historia y de la vida en Israel, del conflicto con Palestina, de los vínculos políticos y económicos con Estados Unidos. Fueron a Jerusalén, y a pesar de su agnosticismo casi militante, Haka sintió una profunda sensación de espiritualidad al visitar aquellos lugares sagrados para las tres grandes religiones monoteístas que, aunque a menudo manipuladas por el poder y el egoísmo humano, habían marcado la historia de la Humanidad posiblemente más que ninguna otra influencia.

Se presentó más adelante como el hijo de un paciente en España cuya vida corría peligro ante la larga lista de espera para un trasplante que le era vital, ante la organización *Kav LaChayim*. Sabía por Nancy que esta organización estaba ligada a buscar financiación para ayudar a los trasplantes de órganos en el extranjero. Fue informado, sin ninguna prueba escrita, que el precio era de doscientos mil dólares, pero que había una lista de espera. Le dijeron que por algo más de dinero «se podía acortar esa lista de espera».

Supo luego por Aarón, que parte de esos gastos, eran reembolsados a los pacientes por el gobierno israelí: la perversión rozaba casi la perfección: los tabús religiosos evitaban «tocar» a los israelíes sanos o a sus sagrados cadáveres, se buscaban pues redes oscuras de hacer lo mismo con «infieles» además de pobres y desesperados, o aún peor, niños secuestrados y sacrificados de Matabelelenad, y se retribuía esa pequeña digresión bendecida por el fanatismo religioso, con dinero público. Como podía la perversión humana llegar a esos extremos. En el fondo, Haka sentía que el alma humana tenía siempre la capacidad del bien. Ese sentimiento lo había ido acrecentando en su vida en Ukuzwana al lado de su Anaya

Patxi. Pero difería con Patxi, en que a veces había que usar métodos de chantaje e incluso amenaza violenta, para salvar a la perversión humana de su espiral de poder y abuso.

Haka fue dibujando en el anverso de un poster turístico del muro de las lamentaciones, nombre muy apropiado, un minucioso esquema de la red internacional de *brokers*. intermediarios en la compra y venta de órganos, gerentes de hospitales, técnicos de laboratorio, oficiales de aduanas, policía, ministerios, e incluso ONGs. El mapa tenía unos trescientos nombres, con fechas, lugares, cantidades de dinero, detalles, y flechas que relacionaban esa compleja y perversa trama. Confirmó que el centro del problema era la permisividad legal, e incluso apoyo oficial, a la «demanda» de aquel terrible mercado. Necesitaba sensibilizar a la sociedad civil, al gobierno y a la ortodoxia religiosa judía, de las consecuencias de dolor de aquel terrible negocio.

También había, como Helen, Nadine, Kate, John, Nancy y Aarón, unas cien personas que luchaban, y arriesgaban sus vidas en desenmascarar este horror. Y seguro que muchas más que aún no conocía. Nancy le mandó un recorte de un periódico de Sao Paulo donde una valiente monja afrobrasileña llamada Elida había denunciado tráfico de órganos de niños de la calle en Sao Paulo. Como ella, tantas otras personas habían visto las consecuencias del horror. Parar el centro de gravedad de aquel horror, en Israel, era esencial.

Por entonces, supo de otra terrible historia.: se trataba de las acusaciones de una madre Palestina, que al recibir el cadáver de su hijo, prisionero en una cárcel israelí por tirar piedras en la intifada, comprobaron que al cadáver le había extraído los ojos. Su hermano había visto una enorme cicatriz en el abdomen y había comprobado con un médico amigo de la familia, horrorizado, que le faltaban el hígado y los riñones. Un periodista sueco llamado Donald, publicaba la noticia. Localizo a Donald a través de amigos comunes en Tel Aviv, y quedaron en una cafetería. Donald le contó que tenía datos de un médico forense que traficaba con órganos de cadáveres palestinos que se apilaban en sus salas de autopsias. Donald le dijo a Haka que estaba siendo amenazado por ultra-ortodoxos judíos, acusado de antisemita y nazi, y que sospechaba que le estaba vigilando el MOSSAD.

Lo peor era que la gente de la calle en Israel, víctimas de su historia y obsesionados con el acoso que siempre habían sufrido como pueblo elegido y pueblo perseguido, interpretaban esas acusaciones de Donald y otros, como campañas antisemitas de difamación. En el mismo café donde estaban había un cartel que llamaba al boicot de productos suecos. Donald abandonaba Israel al siguiente día, pleno de rabia y frustración, por orden policial. Haka se dio cuenta que no era el momento para veladamente amenazar a ningún eslabón de la red del tráfico, con prensa internacional.

Por otro lado, Haka intentó unir aquel complejo entramado del tráfico de órganos con sus diagramas del mercado negro de diamantes y su conexión con las guerras en África.

Una red del mal casi imposible de entender: judíos en Amberes y los diamantes, judíos en Sudáfrica y los órganos, judíos en Estados Unidos dominando el mercado desatado de especulación e inversiones y «derivados» –el incipiente nombre para la especulación financiera–, De Beers comprando diamantes a guerrillas o gobiernos en guerra, o ambos a la vez, poderes económicos encubriendo ambas tramas y en connivencia con el apartheid primero y sus transformaciones posteriores como los mercenarios de Executive Outcome, al servicio de las mismas guerras que alimentaban protegiendo el mercado negro de los diamantes de sus patronos económicos.

¿Estaría Ilan Perry implicado también en las redes de tráfico de diamantes, de armas, de droga? Fue comprobando que los mecanismos de todas esas mafias eran tan similares que sus perversas sinergias los diluían en una gran mafia interconectada del horror.

Avaricia y dolor conectados por perversas y complejas mafias internacionales.

Haka tenía que entender mejor aquella sociedad, aquel ciego fanatismo religioso y aquel gobierno sordo al grito del dolor. Quiso entender el mal desde donde fallaba el bien. Haka desde joven había idealizado el sistema de comunas en Israel. Aarón le puso en contacto con un amigo en un kibutz.

Antes de pasar un mes aislado de la sociedad, mandó una carta a su hermana Beatriz, ya de vuelta en Bruselas.

LIII

. EL AMOR, LA LLAVE DE LA LIBERTAD

Bruselas, 1994

Meimuna llegó con Moyes,. como llamaba a su hijo Mohammed Jesús, quien ya tenía 5 años, al aeropuerto de Bruselas. Habían ido en autobús hasta Bilbao y de allí a Bruselas en avión. Beatriz la recibió con un abrazo anhelado desde que nació Moyes. Era la primera vez que Moyes cogía un avión y miraba a todos los detalles con atención y asombro. Meimuna había venido dos veces durante los últimos cinco años en que Beatriz residía y trabajaba en Bruselas. Una vez habían ido de viaje juntas desde Bruselas a Brujas, y la segunda vez a un precioso pueblo en las Ardenas. Aquellos viajes habían sido tan clandestinos como los que Beatriz había hecho hasta Pamplona, para encontrarse con Meimuna, unas dos o tres veces al año.

Desde aquel día que sus cuerpos se fundieron cuando Beatriz cuidaba de Meimuna tras el nacimiento de Moyes, su amor no había dejado de crecer, superando poco a poco a todos los prejuicios y miedos de cientos de generaciones grabadas a fuego en sus genes, su conciencia, su infinidad de instintos y reflejos trenzados en una forma esperada, aceptable, de ser, de vestir, de hablar, de comer y beber, de mirar, de tocar, de amar. De vivir.

Inicialmente, las dos preferían vivir su amor en secreto, y no sin cierto sentimiento de culpa, de sensación, casi convicción, de estar «pecando». Por eso intentaban evitar el verse, el estar cerca, el hablar o escribir sobre ello. Incluso ambas, en momentos diferentes intentaron distanciarse pensando, o diciendo «esto está mal».

Pero el recuerdo de la ternura que se profesaban aun si verse, la invasión, inigualable a nada más en la vida, de sensaciones que abrumaban sus sentidos y los llevaban a otra dimensión, a otra realidad donde la eternidad y el infinito parecían cobrar sentido, todo ello hacía que no pudieran dejar de pensar en su amor y en anhelar su expresión física.

Además, su amor se fue jalonando de apoyo mutuo, de ir conociendo sus historias y, recuerdos, frustraciones, sueños, sensibilidades, y temores. Lo que les hacía reír y llorar, temblar y vibrar.

Después de un año y medio de vergüenza y temor a compartir su amor sin miedo o pudor ante la familia y la sociedad, lo que desencadenó su valentía a amar sin miedo, valentía y ternura, fue el viaje de Beatriz a Roma y luego a Zimbabue con su hermano Patxi. Vio otra manera de entender la religión, la moral, y el amor. Su hermano había luchado contra parecidos prejuicios sociales, racistas, jerárquicos y proselitistas. En una palabra alienantes. Patxi le enseñó a disfrutar de ella misma, tal y como Dios, si en verdad existiera, le había creado. Recordaba las palabras de Patxi al despedirse en el aeropuerto de Bulawayo:

–Nada más bello que brillar con nuestra existencia única e irrepetible y en armonía con el universo del que venimos, al que vamos, del que somos. Tan inmenso y eterno como la expresión de su belleza en nuestro ser.

Al volver a Bruselas pidió una reunión con su supervisora de la Obra. Expuso su situación personal y su decisión de vivir en pareja con Meimuna. Inicialmente le refirieron a sacerdotes que pudieran sacarla de su «desviación pecaminosa». Fue a las primeras citas con sacerdotes de la Obra pero pronto comprobaron su tozudez y la refirieron a psicólogos y teólogos especializados en «exorcismos». Intentaron de todo, lecturas bíblicas, citas referidas a la perversión homosexual, hasta amenazas con el fuego eterno. Nada. Aunque Beatriz lo tomaba casi como una cruzada para intentar «humanizar la Obra». se empezó a cansar de tanta cerrazón, proselitismo y arrogancia de quien se arrogaba el privilegio de poseer-la-verdad. Empezó a reflexionar sobre los derechos humanos y a investigar sobre el abuso de las sectas, las religiones y en general cualquier dogma, en robar la libertad de las personas de las formas más sutiles hasta las amenazas más crueles.

En el trabajo fue implicándose en las posiciones europeas en cuanto a la salud reproductiva. El ejemplo de Moyes le inspiraba el respeto a la vida humana, que hasta en las circunstancias más adversas, florecía con amor. En sus reflexiones durante sus paseos por el Foret de Soignes pensaba que todos los problemas se debían a «falta-de-amor», y el aborto era uno en que lo veía claro.

Sin embargo también podía entender las tragedias de tantas otras mujeres quienes, ausentes de amor en sus vidas, no podían apreciar ni esforzarse en transmitir el amor a la vida que engendraban. Sabía de las miles de muertes cada año por abortos clandestinos. Había visto dos de ellas es Ukuzwana, por las que Jonay nada pudo hacer. Las historias fueron trágicas, plenas de dolor y desesperación. El hecho también era que si esas mujeres pudieran haber ido a que Jonay les hiciera un legrado de forma segura, estarían vivas aún. Esa muerte clandestina, estigmatizada y maldita por los moralistas desde sus seguras burbujas de «moralidad perfecta» le ocurría a cientos de mujeres cada día en el mundo.

Empezó a defender políticas más flexibles en cuanto a abortos terapéuticos en situaciones extremas, a la vez que planes de apoyo humano, familiar, social,

espiritual sin códigos ni normas. Como el que hizo que Moyes creciera sano y con intensa felicidad y pasión por la vida. La Comisión Europea discutía con sus países miembros las posturas ante la Conferencia de El Cairo sobre Población y Desarrollo y Beatriz empezó, desobedeciendo a consignas de la Obra y de las llamadas de los círculos de influencia de la Obra en el Parlamento Europeo. Recibía también presiones de los lobbies conservadores y poderosos en Bruselas. En aras de la neutralidad europea y las posturas tanto *pro life*, de grupos y de países como Irlanda, y de las llamadas *pro choice*, de otros grupos más feministas y de países como Holanda y Dinamarca, defendió la postura del consenso de apoyar políticas y programas de salud reproductiva incluyendo el aborto seguro según los marcos soberanos legales de cada país. Ello supuso trabajo intenso en preparar una «comunicación» de la comisión al Parlamento Europeo y sus comités de derechos y libertades, y al consejo de los ministros del interior de los países europeos. En torno a ello hubo docenas de reuniones, debates, miles de documentos de análisis, y «*briefings*», la palabra utilizada para definir el dossier de información para el diálogo entre dos políticos de alto nivel, como su director general o el comisario europeo para los derechos y las libertades. A veces esos dossiers tenían que ser tan detallados que hasta ponían literalmente cada palabra en la boca de políticos, sus discursos o sus mensajes a otros políticos, sus «puntos defensivos» para responder a preguntas críticas, especialmente si tocaban los puntos débiles de las políticas y realidades europeas.

Empezó a recibir un aluvión de preguntas del parlamento y de ciudadanos, quienes, por ley, podían preguntar a la Comisión sobre cualquier aspecto y la Comisión debía responder y en el idioma europeo en el que estaba planteada la pregunta. Unas veces era una simple pregunta o preocupación de un ciudadano. Otras veces era una pregunta en la sesión en la que comisión debía defender ciertas políticas o presupuestos ante el parlamento.

Comenzó a ser el blanco de una campaña de difamación en la que algunos medios de comunicación de algunos países europeos acusaban a la comisión de preparar «posturas genocidas ante la declaración de Cairo». En total llegaron a su despacho 765 cartas de toda Europa; venían de ciudadanos y de asociaciones dirigidas al Comisario directamente o desde miembros de parlamento del círculo conservador y próximo a la Obra. Preparó una respuesta centrada en los argumentos de los derechos humanos, de los derechos de la infancia y de la ética de la salud pública.

En los siguientes meses fue desligándose definitivamente de la Orden. Quería seguir viviendo el mensaje de Jesús desde una organización a la que pertenecían miles de buenas personas y que podía hacer tanto por la justicia y por aliviar el sufrimiento. Cuando los intentos de la Obra de «rectificar sus desviaciones pecaminosas» fallaron, su supervisora, otra española llamada Isabel, la convocó a una reunión:

–Beatriz, veo que los teólogos y psicólogos que te han visto están encontrando dificultades en ayudarte y solucionar tu «problema».

–Isabel. Yo no tengo un problema. Lo tenéis vosotros al intentar imponerme unas ideas contrarias al amor.

–Bueno, ponlo así. Pero al menos aceptarás que tienes un problema con la doctrina de la Iglesia en cuanto a la homosexualidad y las consignas de nuestra Obra y nuestro fundador.

–Sí, lo acepto. Y si estoy aún aquí es porque creo que debierais cambiar si de verdad queréis vivir el sentido del amor que nos inspiró Jesús.

–¿No crees, Beatriz, que pecas de vanidad al pensar que tú tienes razón y que miles de sacerdotes, guías espirituales, cardenales y toda la estructura de nuestra Obra, está equivocada? Piensa con humildad en ello, Beatriz. ¿No estarás cayendo en los pozos de la soberbia? ¿Has estado practicando últimamente las indulgencias para recobrar tu humildad?

–No creo en ello, Isabel. No creo que hacer sufrir a nuestro cuerpo, el maravilloso regalo de la Creación que se nos ha dado a nuestro paso por este mundo, sea bien visto por Dios. ¿Acaso le gustaría a un Padre ver a sus hijos hacerse daño? Incluso si se dirige a ser más honestos, más bondadosos, ¿sería ético inducir a nuestros hijos a causarse dolor?

–Beatriz, sabes bien que nuestros cuerpos son templos pero también sujetos a las tentaciones carnales, que dejadas de la mano del hedonismo nos llevan a la lujuria, concupiscencia, depravación, ofuscación del amor puro y de la veneración a la vida.

–Isabel, ¿puedo preguntarte algo?

–Claro, Beatriz, estoy aquí para ayudarte.

–Cuando fue la última vez que diste y recibiste caricias, besos apasionados o el calor de un abrazo toda la noche.

–¡Ave María purísima! Yo nunca me dejé llevar por ese camino. Y si hubiera querido ser «super numeraria» y servir a la Obra desde un matrimonio entregado a nuestra misión, esas expresiones carnales no hubieran llegado antes del matrimonio.

–Pero dime: ¿nunca las has deseado?

Isabel se sonrojó. Unos segundos después su mirada se hizo severa, sus ademanes más defensivos e incluso agresivos y su tono de voz se hizo más grave.

–Beatriz, si estás perdida, al menos no intentes hacernos a las demás perder nuestra paz y nuestra rectitud moral.

–Nada más lejos de mi deseo, Isabel. Sólo te he hecho una pregunta. Vosotras lleváis meses acusándome, tratándome como una pecadora, incluso como una enferma. En el trabajo recibo continuas presiones para que dirija políticas

europeas hacia vuestras ideas. Yo sólo os intento explicar que hay otra forma de entender el amor de Jesús, y ante una pregunta, me acusas de proselitismo. Creo que estas poniendo la realidad a la inversa.

–Bueno, Beatriz. Veo que no cedes en tus posiciones. Pero por el afecto que te tengo, estoy dispuesta a sugerirte algo. Lo he hablado con los círculos más altos de la Obra, en Roma. ¿Por qué no reflexionas durante un año y entonces nos dices si persiste en ti esta tendencia? Lo único que te pedimos es que no hagas publica tu relación con «esa mujer». Si quieres, puedes pensar en conocer a hombres de la Obra que deseen ser supernumerarios y encaminar, si son irreprimibles, tus necesidades carnales, por el camino de la moralidad.

–¡Lo que me propones me da náuseas! «Esa mujer» se llama Meimuna y merece un respeto. ¿Me estás pidiendo que viva, como vosotros interpretáis, «pecando» y que lo haga a escondidas y «mintiendo». ¿Crees que eso es realmente cristiano? Y como alternativa, me sugerís otras relaciones, como si fuerais una agencia de contactos y me aconsejáis un producto «más aceptable». Los enfermos sois vosotros.

–No quisiéramos que fuera así. Es tu elección, y toma nuestra oferta como generosa tolerancia durante un tiempo, con la esperanza de que vuelvas a la armonía que todos deseamos.

–Isabel, esto es absurdo. Llevo mucho tiempo sufriendo. No voy a seguir ni disimulando, ni reprimiendo mi amor más puro y profundo, ni tolerando toda vuestra presión. Escribiré una carta esta tarde diciendo que dejo la Orden.

–Pero eso no es tan fácil.

–Ah, ¿no?

–Ten en cuenta que si estás aquí en esta posición de alta responsabilidad en las políticas europeas, es porque la Obra te ayudó en tus estudios desde que saliste del caserío y luego en tu oposición y en tu guía en Bruselas.

–Isabel. He dado mil veces más a la Obra de lo que he recibido. Os he dado media vida, mi salario, mi dolorosa distancia con mi familia, mi vida. Te aseguro que si queréis hacer algún tipo de chantaje, emocional o legal, para que os siga dando mi salario, llevaré el caso al Defensor del Pueblo y al Tribunal de Justicia Europeo, además de hacerlo público por los medios de comunicación. Esta misma tarde me voy. Mañana informo a la comisión de que pongan mi salario en otra cuenta. Da gracias de que no salgáis mañana en los periódicos.

–Como quieras. Pero como amiga te digo que tengas cuidado. Con esa actitud quizás no puedas «llegar lejos».

–En cuanto dé un paso fuera de esta casa, habré ido más lejos de lo que tú nunca podrás imaginar. O espero que sí. Que algún día puedas imaginar el mundo de la libertad y del amor sin miedo. Si lo haces, estaré siempre con los brazos abiertos para ayudarte y para compartir sin temor.

Beatriz salió esa tarde con sus dos maletas de la casa de la Obra en el pueblo de Tervuren. La perrita Jenny se escapó detrás de ella, como huyendo también de una prisión. Se fue a dormir a casa de una compañera del trabajo a quien ya había contado sus ansiedades. En las semanas siguientes fue recuperando sus libertades. Abrió, por primera vez en su vida y ya pasados los cincuenta años, una cuenta bancaria a su nombre. Domicilió su salario europeo en su cuenta. Firmó, también por primera vez, un contrato de alquiler de una preciosa casa de estilo granja flamenca, que lindaba con el parque de Tervuren. Compró una bici. Siempre sentía envidia de los ciclistas que veía desde el tranvía 44, y que es esforzaban por ir por su propia energía hasta el trabajo, sin contaminar, hermanados en honesta relación, con la naturaleza. Ello también supuso que cambiara der forma de vestir. Las faldas entablilladas por debajo de las rodillas dieron paso a pantalones o faldas con formas o con caída libre y materiales sueltos, libres. Como si reflejaran su propia conquista de la libertad. Le empezaron a gustar las faldas y vestidos de lino. Se dejó el pelo más largo, más suelto, más suyo. Su bici diaria hizo que su cuerpo retomase brío y agilidad. Influida por su «familia en Ukuzwana», y en especial por la inspiración de Aimsa, fue incorporando en su vida la dieta vegana, la meditación y hasta otra forma de respirar en armonía con la naturaleza. Beatriz se fue recuperando a sí misma y fue sintiendo una inmensa alegría de revivir.

En las dos visitas previas de Meimuna, habían decidido la casa y habían comprado algunos muebles en el barrio del Sablón. Otros los fueron consiguiendo por medio de compañeros de la comisión que se iban a otros destinos lejos de Bruselas y vendían o regalaban algunos de sus enseres. Prepararon también la inscripción del Moyes en la escuela europea, en la que, así pensaban podría aprender diferentes lenguas y abrir puertas en su futuro. Adoptaron un perrito abandonado al que llamaron Haki, que fue el compañero de Jenny, y con quienes Beatriz daba largos paseos por el Foret de Soignes.

Meimuna fue adaptándose a la vida de Tervuren y Bruselas. Fue aprendiendo inglés y junto a su francés de Senegal y su español de su tiempo en Navarra, fue consiguiendo algunos trabajos de asistente en lobbies en torno al parlamento europeo. Avanzó también en sus estudios y al bachiller de adultos que había sacado en Navarra, añadió su pase a la universidad libre de Bruselas, donde fue estudiando derecho. Se fue interesando por los abusos de los derechos humanos en el mundo y contribuyendo con estudios para *Human Rights Watch*, además de colaborar esporádicamente con muchas otras organizaciones.

Unos meses más tarde, Beatriz preparó un documento para proponer a su jerarquía. Se trataba de un análisis sobre la situación del SIDA en el mundo, la necesidad de solidaridad europea con los países más pobres y afectados por la pandemia en África y la promoción del uso del preservativo. Proponía una iniciativa –«comunicación»– al consejo y al parlamento, un programa de ayuda a gobiernos y organizaciones comunitarias y un diálogo con gobiernos, Nacio-

nes Unidas, sector privado y las organizaciones religiosas, para promocionar el uso del preservativo, clave para la supervivencia de millones de personas. Jonay y Aimsa le ayudaron con argumentos sobre la enfermedad, y Patxi y Kevin, ya obispo en Rustenberg, cerca de Pretoria, le mandaron ideas para el diálogo religioso. Su jefe en la dirección de derechos y libertades, no le respondió en el siguiente mes. Insistió, y siguió sin recibir respuesta. Un día le vio comer con Isabel y otros funcionarios y parlamentarios próximos a la Obra, y entendió el por qué. Le mandó un mensaje diciendo que si no recibía respuesta tendría que sugerir la propuesta directamente al comisario. El director reaccionó enfurecido y le amenazó con bajarle los «puntos» en su asesoramiento anual. Le dio igual: le escribió al Comisario. Pero tampoco obtuvo nunca respuesta. Aquella valoración de la jerarquía era la mayor obsesión de los funcionarios: subir en los puntos, en el escalafón, en el salario, en la pensión y para ello, a menudo, agradar a jefes que iban alimentando su ego y narcisismo. Un perfecto circulo vicioso de vasallos y reyezuelos que perpetuaba e incentivaba la mediocridad, la cobardía y la inmovilidad de una comisión que a menudo era tan «políticamente correcto» como «tristemente cobarde», pensaba Beatriz.

Pero a la vez había personas valientes y de gran honestidad, para los que subir en aquel perverso juego de puntos, a menudo ligados a influencias y favores, no era la prioridad. Para Beatriz, y conocía a mucha gente maravillosa, inteligente y comprometida en la comisión que compartía esa actitud, el pensamiento de puntos, grados, salarios y pensiones, no ocupaba ni un segundo en su mente. Sus condiciones ya eran muy privilegiadas y le permitían mandar la mitad del sueldo a Jabulani y a Ukuzwana.

Optó por buscar otros lugares donde su trabajo fuera menos bloqueado. Encontró una vacante en el servicio exterior, en la dirección de derechos humanos. A pesar de los «informes negativos» de su jefe, Beatriz atendió a una entrevista en la cual se expresó con fluidez, agudeza y una sólida lógica, ética y conocimiento, a las preguntas del tribunal. El director sabía de las redes conservadoras y los vínculos con las campañas de cartas y acusaciones que también les llovían en su dirección. Antes de ser seleccionada, le citó a Beatriz en su despacho y le preguntó sobre sus ideas y sus aspiraciones. Beatriz le transmitió sus orígenes en los valores cristianos, su aversión a las jerarquías alienantes, su sensibilidad a los derechos de la infancia y al derecho a la salud, con el inmediato reto de la epidemia de SIDA y sus ideas sobre políticas, reglamentos, diálogos y programas. Compartió con él la iniciativa del diálogo sobre la promoción del uso del preservativo. Al día siguiente, el director de derechos humanos en la acción externa le llamó para ofrecerle el trabajo. Su primera tarea sería poner en marcha aquel diálogo y programas sobre la prevención del SIDA.

Unos meses después tuvo lugar el diálogo político sobre la prevención del SIDA. Incluyó una conferencia en el parlamento europeo con dirigentes de de-

nominaciones religiosas. Beatriz intentó que viniera Kevin, representando a los retos del SIDA en el sur de África. La representación de la conferencia episcopal en Bruselas, «COMECE», intentó evitarlo. Al final vino, a la vez que un cardenal del Vaticano, de la oficina de Ratzinger. Hubo también almuédanos musulmanes, rabinos judíos, gurús hindúes, lamas budistas, pastores luteranos y calvinistas, sacerdotes ortodoxos y representantes de creencias indígenas propias. La Iglesia Católica fue la más estricta en defender otras vías de prevención, y en atacar al preservativo como inseguro en la prevención y como estímulo a la promiscuidad y a la destrucción de la familia. Como respuesta, Kevin hizo un discurso aleccionador, ante el cual el representante del Vaticano no pudo contestar, quedando la imagen católica dividida y en entredicho. Kevin dio como nadie una imagen del impacto de la epidemia en las comunidades, en las mujeres, hombres, niños y ancianos. Recordó que el derecho canónico era relevante pues su aspiración era promover la vida. Citó al Concilio Vaticano II y su aprobación de «métodos anticonceptivos para fines médico», exactamente la argumentación del uso del preservativo para prevenir el SIDA. Acabo diciendo estas palabras:

Piensen ustedes en esta realidad: mientras estamos hablando en esta sesión de dos horas, han muerto quinientas personas de sida. Déjenme elegir a la que puede estar muriendo mientras digo estas palabras: es una mujer con tres hijos, trabaja duro en los campos y en la casa, sólo tuvo una pareja en su vida, su marido, acudió a una escuela de una misión católica donde no supo del preservativo, donde no supo de los riesgos para su salud si su marido había tenido otras relaciones. Aunque oyera en la radio algún programa hablando del preservativo, ni lo tenía accesible en el centro de salud ni en el hospital de distrito local, pertenecientes también a la misión, ni si lo hubiera pedido, se habría atrevido a hablarlo con su marido, temerosa de ser expulsada violentamente, de la casa. Fue infectada. No pudo protegerse de ello. Ni siquiera supo cómo podría haberlo hecho. Posiblemente pasaría la infección a alguno de los dos o tres hijos que aún tendría, antes de caer en una enfermedad y debilidad progresiva hasta la muerte en la más extrema caquexia, escondida por vergüenza, temerosa del estigma, en soledad por el miedo de familia y amigos, angustiada ante el futuro aún más incierto de sus hijos, . Uno de los cuales, ya mostraba signos de destino maldito.

Podemos parar esto. Debemos hacerlo. No nos escondamos en nuestros prejuicios morales, desde nuestros despachos de papeles, incluso desde nuestras liturgias y jerarquías. Prevenir el SIDA es una obligación moral y ética, más allá de nuestras creencias o diferentes inspiraciones históricas en la vida del amor, lo que une a todas las religiones, a toda la Humanidad. Promover el hacerse el test y actuar de forma responsable usando el preservativo antes de sábelo o si se sabe positivo, es una obligación moral, es promover la vida, y no prevenirla, como algunos sugieren.

Miró al cardenal acólito de Ratzinger, quien le devolvió una mirada severa, a la vez que avergonzada. Al salir de la reunión, fue llamado a COMECE. Le

dijeron que no podía hablar así en público, mostrando la división de la Iglesia, hablando sin la aprobación de Roma. Contestó que esconder la realidad de la división de la Iglesia era un acto de hipocresía y que estaba seguro de que ni ellos, COMECE, los nuncios, la oficina de Ratzinger ni el Vaticano, eran partidarios de la vida hipócrita. Algo más allá de la jerarquía de Ratzinger le había ascendido a obispo y le permitía hablar con esa libertad.

Beatriz siguió trabajando en iniciativas de derechos humanos en las relaciones exteriores, formando un entrañable hogar y familia con Meimuna y Moyes, y disfrutando de la naturaleza en largos paseos con Haki. Mantenía intensa correspondencia con Ukuzwana y Jabulani y también con sus tíos Josu en Madeira y Jon en Idaho, con su hermano mayor Agustín, en el caserío y sobre todo con su querida «familia del alma» en Ukuzwana. Tenía la foto de todos en el balcón del refugio del Águila negra con el fondo de las águilas y Jonay aproximándose desde las nubes de aquel valle mágico donde empezó a cambiar su vida.

Durante el último año, había investigado el genocidio de Rwanda y las responsabilidades de quienes lo instigaron o permitieron, incluyendo posiciones tibias de belgas, franceses y Naciones Unidas. En aquellos informes para debate entre los servicios, las delegaciones, el parlamento o el consejo de países europeos, su jefe le daba todo el apoyo. Dentro de la comisión, a pesar de lentas burocracias y luchas de intereses y afanes de egos y visibilidad de los cargos más altos y políticos, se podía luchar por ideas nobles, se podía contribuir a enfrentarse a los retos más dramáticos de la Humanidad.

A finales de 1994 recibió la carta de su Anaya Juan Mari, Haka, en la que le contaba sus pesquisas de la trama de tráfico de órganos y los indicios de la trama del tráfico de diamantes. Beatriz ya había estado investigando las redes de tráfico de niños y el derecho internacional. Aimsa le había puesto en contacto con Marta Santos, quien ya dirigía el instituto Inocenti en Florencia, y habían hecho juntas un análisis de la situación incluyendo números, condiciones, finanzas, redes, lugares del mundo donde los criminales vivían casi impunes a la ley, e ideas de cómo combatirlo. Beatriz preparó una conferencia en Libreville, Gabón, con los gobiernos de África occidental, y animó una declaración en la que los gobiernos se comprometían a una serie de medidas de control aduanero, de prosecución de mafias, de prevención de niños más vulnerables y de rehabilitación de las víctimas. Preparó otra reunión parecida en Maputo, Mozambique, en la que, además, intervino Interpol y hubo participación de representantes de niños de la región, y de los grupos más vulnerables, especialmente huérfanos del SIDA y de algunos niños liberados como Buhleve, quien acudió acompañada de Helen.

Pero Haka tenía razón: mientras existiese la demanda en lugares como Israel, las mafias seguirían atraídas por ese mercado y encontrarían vías de evitar los programas contra el tráfico, o sobornarlos, o cambiar temporalmente de países. De hecho, ya había cierta evidencia, según Nancy desde Berkeley, que las mafias se

habían ido yendo de Sudáfrica tras el golpe de Haka, y se habían ido trasladando los reclutamientos de donantes a Brasil, Moldavia y Rusia, y los trasplantes a China y otros países asiáticos, aunque también estaban aumentando en Estados Unidos.

Beatriz habló con los responsables en la comisión de las relaciones con Israel. Demostró que las leyes permisivas de Israel para el trasplante de órganos de donantes vivos –Beatriz pensó para sí: vivos en el momento de extracción– en el extranjero e incluso su subvención por aseguradoras médicas y en ocasiones dinero público, contravenía al menos cinco convenios y acuerdos internacionales. Citó sobre todo a la Convención de los Derechos de la Infancia. También citó los datos que apuntaban a la posibilidad del uso de cadáveres palestinos para el tráfico de órganos. Otra pared construida con ladrillos de intereses. A sus múltiples sugerencias y análisis, Beatriz no obtuvo respuesta alguna. Pero su jefe la defendió, y consiguió, muy a pesar de los responsables de las relaciones políticas con Israel, incluir un punto en la agenda de discusión del consejo.

Beatriz preparó el análisis y argumentos y los expuso en una de las imponentes salas del edificio Justus Lipsus en la plaza Schuman, el corazón de Europa. Unas cincuenta personas representando a los entonces 15 estados miembros de la Unión Europea, a través de los intérpretes en sus cabinas, escuchaban atentos a Beatriz. Algunos países, en especial Suecia, apreciaron la intervención e iniciativa de la comisión. Un periodista sueco había destapado el escándalo de los cadáveres palestinos, y Suecia había permitido la libertad de expresión en los medios suecos, siendo acusada por Israel de promover el anti–semitismo. Otros países permanecieron en silencio. Fue entonces cuando Inglaterra se opuso a cualquier diálogo sobre este tema con Israel, aduciendo «inoportunidad estratégica y política». Beatriz pensó para sí que las llamadas entre Washington y Londres gozaban de buena comunicación.

Pero no tiró la toalla, buscó otras estrategias. Mientras tanto, investigó con profundidad la trama de diamantes. Meimuna, desde *Human Rights Watch*, ayudó en la investigación. Así como la mezcla de fanatismo religioso y pacientes ricos, eran la base del tráfico de órganos, la base de las guerras en varios países de África, era la demanda incontrolada de diamantes por el lujo de occidente, que alimentaba el monopolio de joyeros en Amberes y de comercio de De Beers. Beatriz pensó que un proceso como el que un compañero suyo, Simón, había conseguido poner en marcha para el control de la tala de bosques tropicales **–lo llamaban** FLEGT (*Forest Law Enforcement*, *Governance* and Trade), podría colaborar a evitar el mercado negro y uso sin escrúpulos para enriquecer a los mafiosos y perpetuar las guerras de las cuales traficantes de diamantes, de armas y de droga, sacaban beneficios. Empezó a escribir un análisis y una propuesta que incluía una reunión internacional en Kimberley, Sudáfrica. Sentía ya, como sus hermanos Haka y Patxi, la fuerza y valentía para luchar contra la injusticia.

LIV

UN DECÁLOGO PARA UNA NUEVA HUMANIDAD

Findhorn, Escocia, 1995

Las eco aldeas de La Gomera ya contaban con mil trescientas personas originarias de cuarenta y dos países, y asentadas en cinco zonas de La Gomera: Ternura en El Cabrito, Valentía en Arguamul, Paz en Alajeró, Armonía en Chejelipes y Belleza en Hermigua. John y Umbela fueron elegidos para ir a representarlas en la reunión de Findhorn, Escocia, donde otras comunidades se reunirían con la misma ilusión de armonía con la Tierra y entre los hombres. Les acompañaría Lisy, que había terminado de estudiar derecho en La Laguna y quería aportar ideas para la red internacional.

Fue Robert Gilman quien había seguido el contacto con John durante aquellos años y había ido visitando eco aldeas por todo el mundo y animando a las comunidades de La Gomera a acudir a esta cita.

John y Umbela habían preparado a Satia para una singladura simbólica: cuarenta años después, Satia navegaría a la inversa la misma singladura que le llevó a John a naufragar en La Gomera. John tenía 69 años y Umbela 59. Ya no tenían las mismas fuerzas que cuando desafiaron a la nobleza y las tradiciones de una isla uniéndose por el amor y fueron levantando su hogar en el barranco de El Cabrito. Tampoco tenían la energía de cuando dieron la vuelta al mundo. Pero se mantenían sanos, ágiles e incluso con mayor serena confianza en la vida. Lisy, además, quien había acabado Derecho en La Laguna y les quería como si fueran sus padres, había pedido acompañarles. Llevaban un mensaje de aquella maravillosa red de comunidades que desde cinco años atrás vivían en armonía de sencillez y veneración a la belleza y pureza de la Tierra. Pagaban sus impuestos con la artesanía o excedente de hortalizas que vendían en los mercados de la isla, pero apenas usaban los servicios públicos pues habían ido viendo, con tristeza, como la sociedad consumista iba destruyendo la Tierra y la armonía entre las personas.

Las carreteras estaban plagando la isla, los coches invadiéndola, la escuela enseñaba el camino de la producción y el consumo, y los centros de salud perpetuaban vidas insanas y abusaban de la medicación química.

En cinco años no había muerto nadie con menos de sesenta años en las eco aldeas. Los médicos y enfermeras que las habitaban, habían utilizado remedios naturales, acupuntura, osteopatía y una nueva forma de tratamiento que consistía en intensificar el contacto humano, los abrazos, las caricias, las miradas de ternura, ante las personas cuya energía, física y anímica, siempre conectadas, decaía. Lo llamaban calor humano. Su forma de vida era de constantes saludos con «abrazos de cabeza» y miradas profundas, contactos sin prejuicios y dormían a menudo abrazados entre grupos, sin prejuicios ni monopolios de normas entre sexos, o dentro de edades. Cuando alguien caía enfermo, el calor colectivo hacia aquella persona era aún mayor. El Servicio Canario de Salud había mandado un inspector para hacer una inspección de salud y comprobar el estado de higiene doméstica, de vacunación de los niños, de infecciones por parásitos, de malnutrición y los niveles de tensión arterial, colesterol y de marcadores de tumores. El resultado fue de unos niveles de salud muy superiores al del resto de la población. Insistió, sin embargo, en que deberían vacunar a los niños menores de cinco años y no hacer sus «terapias de abrazos» cuando hubiera síntomas de tos.

Algunos eco aldeanos se opusieron a cualquier tipo de vacuna. Se reunieron en asamblea y expusieron sus opiniones. Concluyeron que mientras no hubiese casos de sarampión, la vacuna sería voluntaria. Las autoridades de la isla quisieron imponerlas pero no pudieron justificar su imposición por problema de salud pública, pues no tenían problemas de epidemias y su salud era mejor que la del resto de la sociedad. Dos casos fueron diagnosticados de apendicitis y operados en el hospital, cuatro niños tenían asma severa y necesitaban nebulizadores que adaptaron con cortezas de calabaza pero no mejoraron con flores moradas de buganvilla, tres adultos diabetes que no respondieron a alimentación sana y precisaban insulina y diez hipertensiones que no mejoraban las hierbas diuréticas. A cambio de estas atenciones del hospital, las eco aldeas de la isla, además de pagar sus impuestos, ofrecían hierbas medicinales y terapias de abrazos en el hospital.

Habían muerto treinta y dos personas en esos quince años, casi todos con más de ochenta años, en sus camas, rodeados de abrazos, caricias, música, historias sobre sus vidas y sobre el mundo, poesías del gran universo infinito y tiempo infinito, en el que se diluían y como toda la comunidad se iba un poco con ellos, y ellos dejaban su huella para siempre en el corazón de los demás. De cada uno había un dibujo, un recuerdo, una escultura, una música, una historia que añadir al libro común. Un diario de la comunidad a cargo rotatorio de sus miembros. También cada uno que partió era recordado por un árbol que se alimentaba de sus cuerpos, en vez de cementerios de piedras muertas, y por el siguiente recién nacido, que llevaba como segundo nombre aquel que partió.

En esos años habían nacido cuarenta y siete niños, para ser exactos veinte y dos niñas y veinticinco niños. De ellos sólo hubo dos cesáreas que fueron programadas y asistidas en el hospital. El resto nació en sus hogares con sus familias y con los médicos y enfermeras naturistas. Incluso cinco de ellos habían nacido en el mar, bañados por las olas en la orilla. En la comunidad de la Ternura tenían la tradición de cantar un himno a la vida durante el nacimiento. Con el tiempo habían ido mezclando el castellano con diferentes idiomas que se mezclaban en sus conversaciones, escritos y canciones. John y Umbela sentían una inmensa armonía y felicidad.

Claro, había también disputas y problemas. Al no existir la propiedad material, no había conflictos de ese tipo. Los turnos en los libros, los aperos, los materiales de escritura y dibujo, los instrumentos de música y los, ya por entonces, cuatro ordenadores, evitaban conflictos. Algunos sí disputaban el uso de una u otra vivienda y fueron necesarios juicios con un jurado popular al azar que decidiera lo que pensaban era más justo en el uso de tierras o viviendas, siempre pensando en el bien común y la igualdad de todos. La mayor parte de las disputas, se daban por celos o engaños en las relaciones de pareja. Coexistían parejas heterosexuales, homosexuales y varios casos de poligamia y poliandria, casi todos en serena armonía. Pero algunos casos de «desequilibrios de afectos» habían desencadenado en tristezas incluso en violencia. John lo atribuía también al concepto de propiedad, que en las mentes o en los genes, también aspiraba a poseer a las personas deseadas.

Durante esos años, se fueron de la comunidad dieciocho personas, diez a otras eco aldeas y ocho a la sociedad moderna. Y habían llegado veintitrés de fuera.

La vida transcurría como las estaciones en el campo y los ciclos de la luna. Celebraban las lunas llenas con cantos y música, y más intensidad de abrazos y caricias en comunidad.

Unas noventa personas seguían religiones históricas, treinta y nueve eran cristianas, dieciséis budistas, catorce hindúes, doce musulmanas y nueve judías. El resto no creían en historias concretas del origen de la vida o los códigos de la misma. Pero todos compartían la ceremonia común cada mes y se sentían parte de un universo tan misterioso como bello.

John y Umbela partieron hacia Madeira en el mes de abril de 1995. Robert y otros insistieron que fueran en avión pero ellos insistieron en guardar respeto a la naturaleza y coherencia con la reunión de armonía eco social. Habían calculado que tardarían unos 40 días incluidas las paradas en Madeira, en Lisboa, en Vigo en Galicia, en Audierne en la Bretaña francesa, en la isla de Wight, en Ipswich, Newcastle y finalmente la bahía de Findhorn.

Se encontraron con Josu y su familia. Hacía un año que ya no navegaba pues durante una fuerte galerna frente a Conakry, había sufrido un fuerte golpe

y se había fracturado el fémur por tres lugares, sin haber recuperado la movilidad necesaria para navegar. Ya tenía cerca de ochenta años. Había fundado una ONG con su mujer Fátima, recaudaban fondos para mandar medicamentos a hospitales de misión por la misma naviera con la que trabajo tantos años. Tenía tres hijos y cinco nietos, pero salvo una hija soltera con una hija de tres años, la reina de la casa, el resto estaban en Lisboa o en Sao Paulo. Josu sintió una emoción profunda al ver a Lisy tan preciosa y fuerte hacia su futuro. Hacía diecisiete años que la había llevado en su barco escapando hacia la libertad, frágil y llena de temores ante lo desconocido. Le contaron las historias de Jonay en Zimbabue, de Fernando entre su colonia Valentía. y Sierra Leona y de Kadiatu en su asociación Gara. Ya sabían por Jonay el encuentro de sus hermanos en Zimbabue. Le explicaron también el movimiento de eco aldeas que había indo animando en la Gomera y su misión a Findhorn, en Escocia.

Fátima y una hermana de ella se interesaron mucho y en el segundo día tenían ideas concretas de dónde y cómo empezar aquella idea en Madeira. Robert había contactado con ecologistas de todos los puertos que tocarían John, Umbela y Lisy, y les esperaban en cada uno para que explicaran el movimiento ecológico de La Gomera y luego cenaran caliente con los grupos locales con compromiso eco social.

Así llegaron, cuarenta y tres días después de zarpar de El Cabrito, a la bahía de Findhorn. El estudio de Robert para Gaia, había concluido en convocar a representantes de comunidades que representaban diferentes regiones y culturas, diferentes estados de evolución y diversas ideas de organización ya relación con sus entornos sociales. Todas ellas, según Robert, compartían una aspiración de armonía natural, de espiritualidad sin dogmas y de unión de la humanidad, sin fronteras ni propiedades. John y Umbela no sabían más detalles. Umbela animó a que las comunidades de la Gomera escribieran en común un manifiesto de diez puntos, sobre «una nueva humanidad». El manifiesto estaba escrito en una corteza de melaleuca de Zimbabue que trajo Jonay y con tinta de cálamo. Tras una introducción de bendición a la vida, decía lo siguiente:

(No utilizaban mayúsculas, en símbolo del sentimiento de ser todos iguales)

primero, la tierra, gaia, pachamama, es nuestra madre y genera y regenera nuestras vidas, todas unidas en una eternidad y en un infinito universo. nuestro más profundo sentimiento es el de amor por nuestra madre tierra, y nuestro primer compromiso es el de escucharla, comprenderla, sentir con ella, cuidarla y amarla. nacemos de ella.

segundo, cada vida, humana, animal y vegetal, es única y sagrada, concentra toda la magia y belleza del universo, y en cada una de ellas vivimos todos. nacemos, crecemos, sentimos, sufrimos, gozamos, morimos, todos en cada uno de nosotros. profesamos, pues, veneración por la vida que engendra y alimenta la madre tierra, y nos entregamos a la armonía entre todos los seres vivos, respetando todas las vidas por igual, que llamamos armonía.

tercero, cada ser humano es una creación única y transmite un mensaje único e irrepetible de la madre tierra. como seres humanos nos sentimos una familia más en la naturaleza, sin más derechos que otras y llamados a la armonía con todas las demás. entre nosotros sentimos una vibración especial a través del sentimiento y el pensamiento, y sentimos la profunda paz a través de nuestra unión física y espiritual que llamamos amor.

cuarto, como unión humana en el amor, nacidos de la madre tierra y armonía con todos los seres vivos, renunciamos al miedo a la soledad existencial compartiendo nuestro calor físico y nuestra luz espiritual, renunciamos al miedo a no sobrevivir compartiendo nuestro trabajo en armonía con la naturaleza para nuestro abrigo, alimento y bebida, que llamamos compartir.

quinto, nacidos de la tierra, armonía con la vida, dilución en el amor y convivencia compartiendo, renunciamos a toda propiedad individual: de personas entre sí, de la naturaleza en su tierra, su agua y su expresión de vida y de alimento, y de lo que transformamos de la naturaleza sin dañarla, en arte, y de nuestro pensamiento en ideas, saberes ya expresiones del sentimiento en arte, escritos o música. a este sentimiento de renunciar a poseer, lo llamamos libertad.

sexto, con devoción a la madre tierra, armonía con la vida, dilución en el amor, compartiendo y uniendo nuestras vidas, aspiramos a recibir y sentir la energía del universo del que somos parte, y en especial la de la humanidad, nuestra gran familia. para ello, aspiramos a abrirnos a todos los seres humanos y sus sentimientos, a sentir con ellos y así poder vivir en amor, solidaridad y libertad. a esta actitud la llamamos empatía.

séptimo, es por la devoción a nuestra madre, en armonía con nuestros hermanos de vida, en amor, compartiendo, en libertad y a través de la empatía, como reconocemos que no hay ningún ser superior o inferior, con más o menos derecho sobre la naturaleza o sobre sus hermanos. es por ello que nuestras decisiones como comunidad surgen de la aprobación de todos, y nuestra representación y responsabilidades en la comunidad son rotatorias. a esta forma de organizarnos y prosperar la llamamos servicio al bien común.

octavo, es en devoción a la madre, armonía con la vida, convivencia en amor, compartiendo en libertad y en empatía y servicio al bien común, como atendemos a las diferencias de opinión y tristezas por incomprensión. renunciamos a cualquier expresión de violencia. resolvemos las diferencias a través del diálogo, la empatía y reflexionando las quiebras de nuestros compromisos. nadie es culpable o inocente, sino todos caemos en debilidades cuando olvidamos nuestra naturaleza y fin común. es entonces cuando más amor necesitamos. a esta forma de resolver conflictos y tristezas la llamamos compasión.

noveno, nacer, armonía, amor, compartir, libertad, servicio y compasión, nos dirigen a buscar nuevas formas de armonía en naturaleza que eviten mejor el dolor, el hambre, la sed, la enfermedad y que aumenten nuestro gozo de sentir, pensar y meditar sobre nuestra existencia. conscientes de que no hay una verdad inamovible, una religión única, así como una medida de belleza ni de bondad, sentimos el gozo de compartir la aventura en conocer y el empeño en soñar y crear, sin por ello creer que superamos el pasado, sino simplemente

fluimos hacia nuevas formas de entender y crear en armonía. a esta forma de desafiar la mente la llamamos descubrir.

décimo, conscientes de la inmensa magia de vivir en devoción a la tierra, en armonía con la vida, en amor, compartiendo en libertad y enempatía, servicio, compasión y descubriendo, vivimos en un grupo humano que nos permite conocernos, rotar responsabilidades y vivir en armonía, pero nos sabemos parte de la gran familia humana con la que deseamos tener intercambios y unión en la felicidad de la armonía con el universo. a esa comunidad de comunidades la llamamos una nueva humanidad.

Umbela había estado pensando en las palabras del decálogo y las había ordenado de la siguiente forma: Compartir-Armonía-Servicio-Amor, Descubrir-Empatía, Compasión-Humanidad-Unión-Nacer. «*Casa de Chun*». Durante la navegación la palabra Chun venía a su mente una y otra vez en formas de melodías que nunca había sentido antes.

Llegaron así a Findhorn y atracaron el barco en el puerto. Desarbolaron el barco, repartieron la comida que les había sobrado con otros marineros en el puerto y fueron caminando con sus mochilas. Siempre viajaban, y vivían, ligeros de equipaje. Llevaban mes y medio de navegación y estarían un mes en Findhorn para luego volver parando en otros puertos, quizás en Holanda y Bélgica. En total estarían fuera unas cuatro lunas y toda la ropa que llevaban cabía en una sencilla mochila donde además llevaban algún libro, que intercambiaban en los puertos, un pequeño botiquín, la harmónica de John y una flauta travesera que tocaba Lisy. Pero sus mochilas tenían exceso de peso en ilusión, pasión por la vida y esperanza en la nueva humanidad que estaba seguro nacería de las cenizas del capitalismo y el consumismo enajenante y destructor. Llegaron al parque de La fundación Findhorn, a apenas una milla de distancia. El parque estaba transformándose de un parque de caravanas a una eco aldea de unas 300 personas, un tamaño similar a la colonia Ternura.

El entorno, de gran frondosidad y colorido en aquella primavera de 1995, estaba sembrado por unas cien casas, talleres y centros de reunión, un centro de arte y dispersos molinos de viento y depósitos de biogás. Se veía la hermosa península de Findhorn por un lado y la costa y dunas de Moray Firth por el otro, coronadas por el pueblo de Findhorn.

Fueron recibidos por una mujer llamada Eileen, de unos sesenta años, como ellos, con un semblante de dulzura y paz. Dejaron sus mochilas en una sencilla cabaña de madera y se unieron a Elileen y a otra mujer llamada Dorothy para tomar un té de hierbabuena de la huerta. Eileen les explicó que en 1962, tras quedarse sin empleo, su marido Peter, ella, sus tres hijos y Dorothy a vivir en una caravana en Findhorn.

Umbela reflexionó que aquella aventura había empezado en torno al nacimiento de Jonay y como es de los momentos difíciles de donde nace la valentía, el ingenio y la fuerza de transformar.

Eileen siguió explicando la historia de aquella comunidad: por pura necesidad empezaron a sembrar hortalizas, en alianza con la meditación espiritual y la armonía con la naturaleza. En el pueblo empezaron a asombrarse de la frondosidad de la huerta sobre las tierras arenosas de la costa. La comunidad fue creciendo en torno a la paz espiritual y empezaron un programa llamado «universidad de la luz» que empezó a atraer a visitantes y a personas interesadas en unirse a la comunidad. Comenzaron su propia imprenta donde fueron publicando sus experiencias y sus visiones de la armonía con la naturaleza. La comunidad fue creciendo y adquirieron el hotel Cluny para convertirlo en residencia de la comunidad. Construyeron la Sala Universal, un centro de arte, un teatro, un café holístico, estudios de danza y grabación, y unas oficinas. En los últimos cinco años, como la colonia Ternura, Findhorn había apostado por el eco sostenibilidad, en armonía con la sostenibilidad económica, cultural y espiritual. Peter había muerto el año anterior. John y Umbela les contaron la historia de las comunidades de La Gomera y su travesía hasta Findhorn.

Pasaron luego a la Sala Universal donde había un grupo que empezaba a acomodarse sentados en el suelo y en torno a una chimenea circular, rodeados por ventanas, a su vez rodeadas por robles, abedules y frondosos rododendros de múltiples colores. Una mujer de cabello rizado pelirrojo tocaba el harpa en una esquina. Lisy la acompañó con su flauta. John y Umbela se sentaron y entre todos formaron un círculo. La sensación de serenidad y paz era tal que no fueron necesarios ningún tipo de saludo convencional. La luz, el fuego, la música del arpa, la sencilla armonía con la naturaleza, invitaban a simplemente meditar. Espontáneamente todos cerraron los ojos y permanecieron así unos diez minutos. De forma mágicamente sincronizada, fueron conectando con sus miradas y creando una complicidad aún antes de hablar. Fueron poco a poco presentándose. Empezaron Elileen y Dorothy presentando a la comunidad anfitriona de Findhorn y dando la bienvenida a todos, siguieron la comunidad de la granja, de Tennessee, fundada por Robert, las de Lebensgarten y Steyerberg de Alemania; la de Crystal Waters de Australia; las Ecoaldeas Rysovo y Nevo, de Rusia; la de Gyürüfü de Hungría; el Proyecto Ladakh de la India; el instituto Manitou de Colorado, la Asociación Danesa de Comunidades Sostenibles y la red de comunidades de armonía de La Gomera, que representaban John y Umbela. En total eran treinta y dos adultos y catorce niños. Durante tres días compartieron sus experiencias e ideas.

Todos sentían la necesidad de crear redes entre comunidades que aspiraban a la armonía humana y natural sin dogmas ni jerarquías. Los resultados del debate fueron presentados a una reunión abierta a la que acudieron una cuatrocientas personas de más de cuarenta países.

Una de las cuestiones que más preocupaban era el equilibrio entre la iniciativa eco espiritual que todos abrazaban, y el vínculo con la sociedad moderna y las naciones. Si actuaban como una comunidad más, pagando impuestos, sentían una contradicción al proteger la naturaleza con su forma de vida, pero atentar contra ella por contribuir a estados con políticas capitalistas y destructivas. Por otro lado, si se aislaban completamente, dejarían de conectarse con el resto del mundo y el progreso del conocimiento. Decidieron crear una red mundial de comunidades, con una base legal que pudiera mantener ese equilibrio. Lisy se comprometió a trabajar en ello.

A la reunión abierta acudieron representantes de muchos lugares. Un grupo que les causó especial impacto a John, Umbela y Lisy, fue el movimiento de los campesinos sin tierra, en Brasil. Un campesino brasileño llamado Joao, explicó los orígenes de aquel movimiento: dijo que el concepto de la propiedad de la tierra y su explotación capitalista era el origen de tanto daño a la Tierra y a la Humanidad. Díez años antes, Joao, con apenas diecisiete años ya era un líder en la denuncia de los abusos de los terratenientes en Curitiba, en el estado de Paraná, donde participó en una reunión, animada por la Iglesia de la liberación. De aquella reunión surgió el movimiento de los campesinos sin tierra y Joao comenzó a liderar la comisión de base de Paraná. Explicó que en el movimiento no había funciones de presidente ni otros cargos. No creían en la jerarquía, tan ligada al concepto de poder y de propiedad. Consiguieron que en la constitución de 1988 se declarara que las tierras no productivas pudieran redistribuirse, pero como ello carecía de definición, los poderosos siempre guardaban todas sus tierras, bien explotándolas y a sus trabajadores, dejándolas yermas o destruyendo su naturaleza talando la selva. El último congreso nacional, celebrado cada cinco años, le había designado para buscar lazos con la idea de comunidades de eco aldeas.

Un belga llamado Martín, habló en representación de una red llamada «vía campesina» de la que era miembro el movimiento brasileño. Representaban a más de cien organizaciones de cincuenta países, defendiendo una agricultura familiar y sustentable. Martín habló del concepto de soberanía alimentaria como el derecho de los pueblos a definir sus políticas agrícolas y de producir alimentos a nivel local y de forma sostenible, manteniendo la biodiversidad denla Tierra y a través de trabajo y gestión en comunidad, antes de ser explotados por los monopolios del mercado y la distribución de alimentos lejanos y manipulados con química, que constituían ya más de tres cuartas partes de la alimentación mundial.

Killari era una mujer quechua de las montañas de Ecuador a quien Robert conoció en su vuelta al mundo y a quien animo a venir a la reunión de Findhorn. A todos impresionó cuando habló de la lucha de su comunidad, junto a «Ecuarunari», red de comunidades indígenas de la Sierra. Contó que llevaban cinco años pidiendo el carácter plurinacional del estado en la Constitución, la educación bilingüe, la legalización de territorios indígenas y una reforma agraria. Explicó

también como se habían movilizado en 1992 en contra de la «celebración» del quinto centenario y el llamado «descubrimiento de América», y habían conseguido agrupar una marcha de miles de indígenas para parar las explotaciones petroleras en el Amazonas que estaban destruyendo la naturaleza y la salud de los pueblos indígenas milenarios.

John tomó la palabra:

–Estamos aquí personas de culturas distintas. Nuestros padres y antepasados de muchas generaciones han hablado idiomas diferentes, han pensado en la Tierra y nuestra vida en ella de formas diversas, y hemos sentido como las naciones que han ido formándose en la tierra y sus gobiernos, han ido haciendo daño a la Tierra y a nuestra relación con ella y entre nosotros, de formas diferentes. Joao nos cuenta como millones de brasileños viven explotados o sin acceso a cuidar y vivir de la Tierra como quisieran, en un país en el que a cada brasileño le corresponderían de media cuatro hectáreas de terreno. Marín nos cuenta historias de todo el mundo en las que luchan por proteger o recuperar formas tradicionales de vivir en grupos sociales solidarios, compartiendo la tierra y cuidando su riqueza, y así vivir de lo que da la Tierra que cuidamos y no venderla, y con ello vendernos, al comercio internacional, anónimo y centrado en la producción y el beneficio, destructor de costumbres, lazos sociales solidarios y armonía con la tierra. Killari nos ha hecho ver cómo el conocimiento ancestral indígena está cuidando de esa armonía y se ha puesto en pie en defensa de su identidad y de la Tierra oponiéndose al sacrificio al que se somete a la Tierra y a sus entrañas. Elileen nos ha contado como en la vuelta a la tierra cientos de personas han encontrado aquí en estas dunas de Findhorn, la espiritualidad, la armonía con la tierra y una alternativa a un mundo feroz obsesionado en competir, producir y consumir, que late a sólo unas millas de aquí. Y Robert nos ha contado como en su gira por eco aldeas de todo el mundo ha visto miles de personas que buscan la vuelta a la Tierra y con ello a nuestra naturaleza de compartir y de respetar la vida. De amar. Tenemos razones diferentes pero todos luchamos para proteger a nuestra madre Tierra, dañada de tantas formas y en tantas partes del mundo. Somos todos hermanos porque todos tenemos la misma madre, y somos todos camaradas porque nos une un dolor común: el daño que hacen a nuestra madre. Todos juntos podremos ayudarnos y cuidar de la naturaleza animado una nueva Humanidad. Propongo una Alianza de comunidades por una Nueva Humanidad.

Umbela descubrió, hablando con unas comunidades budistas del Nepal, que Chun significaba primavera, renovación. Umbela escribió un relato sobre «la casa de Chun» y lo contó en una noche de fraternidad en que aquellas personas ilusionadas en una nueva humanidad, unían sus manos y sus corazones en torno a una gran hoguera en las dunas frente al mar del norte. John entonó con su harmónica, los tiempos están cambiando, de Bob Dylan. Lisy daba un paseo por la orilla con Joao.

LV

SOBREVOLANDO LA INMENSA BELLEZA DEL MUNDO

Cataratas Victoria, junio, 1996

Tras el nacimiento de Adam, Aimsa había decidido pasar tres días por semana en Bulawayo donde empezó a colaborar con Karen y Helen en un proyecto de recuperación de tierras fértiles para pueblos de Matabeleland cada vez más frágiles en su supervivencia por la sequía, reflejo del calentamiento global del que aún el mundo no era muy consciente. La mayoría de las tierras fértiles en la meseta que unía Harare y Bulawayo eran propiedad de blancos «rhodesianos», quienes, a pesar de la derrota del apartheid, mantenían su poder e incluso su racismo dentro de sus haciendas y sus clubs privados. Aimsa hizo un mapa detallado de tierras, producción, poblaciones, grados de pobreza y malnutrición.

También estaba empeñada en que el tratamiento con zidovudina, por el que tanto había luchado en Estados Unidos, llegase a África, a Zimbabue. De todo ello quería hablar con Stamps.

Viajó hasta Harare donde el ministro Stamps, quien la recordaba bien de aquella reunión en Londres, le había dado audiencia. Después de verla en el Ministerio de salud y bienestar infantil, la invitó a su casa donde cenó con su mujer Lucy, de la etnia shona, y con cinco niños adoptados de Zimbabue y diferentes lugares del mundo.

Hablaron de la reforma de la tierra. Los blancos de Zimbabue, el uno por ciento de la población, poseían el sesenta por ciento de la superficie cultivable. Según los acuerdos de Lancaster, la redistribución de la tierra durante los primeros diez años de independencia se intentó por un sistema de ventas voluntarias de los colonos blancos, con ayuda financiara al gobierno de Zimbabue, de la ex-metrópoli británica. Esa fase dio lugar a poca transferencia de tierras, menos de la mitad de lo esperado. Hacía tres años que habían introducido una ley de ventas forzosas de fincas en manos de los blancos, con precio dictado por los juzgados,

pero en tres años no había avanzado apenas el proceso y las desigualdades en el país seguían siendo sangrantes, y el hambre en Matabaeleland, crónica, además de la sangría terrible por la pandemia del SIDA. Los ingleses se negaban a contribuir en la compra de los terrenos de sus súbditos, y el gobierno de Mugabe tampoco lo aceleraba pues la mayoría de sus ingresos procedían de los impuestos de la exportación del tabaco, de las fincas de los blancos rhodesianos. Aimsa cuestionó aquella actitud que mantenía a la gente en situaciones de miseria en las tierras arenosas cada vez más secas de Matabeleland en aras de exportar tabaco, un mal para la salud que mataba cada año a más personas aún que el SIDA. Stamps defendió a su gobierno diciendo que se estaba haciendo poco a poco y que necesitaban los ingresos para ir recomprando las tierras y ofreciendo servicios de salud y educación a la población. Que el cambio tardaría pero que llegaría.

Aimsa le habló a Stamps del modelo de eco aldeas de La Gomera, de la armonía con la tierra, de cómo la agricultura tradicional de subsistencia y en armonía de propiedad colectiva, podría sacar del hambre en que vivía la mitad de la población de Zimbabue. Que la exportación podría dedicarse a otros bienes como la minería sostenible, y mientras tanto incrementar los ingresos de un turismo ecológico. Stamps dijo que era difícil avanzar en la expropiación, que las presiones del Banco Mundial y de los gobiernos americano e inglés con los que Zimbabue estaba endeudado, era demasiado alta.

Pasaron luego a hablar del SIDA. Para entonces ya el gobierno se había implicado activamente en alertar de la epidemia, de las formas de transmisión sexual y de distribuir gratuitamente preservativos. Brunapeg era uno de los diez «centros centinelas» en el país, en los que hacían tests anónimos a mujer embarazadas y calculaban la proporción de adultos infectados. La media en el país era del quince por ciento y en el sur de Matabelelenad llegaba al veinte por ciento.

–Ministro, le quiero agradecer que haya otorgado a Amani Trust y su proyecto Jabulani los fondos que entregó Sudáfrica como compensación del tráfico de los niños de Matabeleland.

–Fue por esa organización y ese español, el hermano del misionero, que se pudo desenmascarar. Quiero hacer una ceremonia para entregarle la medalla de honor del gobierno.

–Dudo que la acepte. Haka no hizo nada de esto para su gloria. Y aún sigue el rastro de niños que no fueron rescatados. Hay una parte del tráfico que sigue escondido y protegido, el de tráfico de órganos de niños, la peor de las perversiones humanas.

–Lo sé, y necesito saber dónde está ese indómito vasco. Quiero ayudarle.

Aimsa sabía que si le decía de su paradero en Israel podría ponerle en peligro. Zimbabue dependía demasiado de la Sudáfrica de Mandela, y esta dependía mucho de De Beers y Chevron, y protegían las mafias que protegían sus mo-

nopolios del diamante además de traficar con todos los negocios posibles y sin escrúpulos. Quizás Haka estuviese obsesionado, paranoico con esas tramas pero sólo escribía a Ukuzwana a través de Beatriz y en código.

–No sé dónde puede estar. Hace tiempo que no sabemos nada de él en Ukuzwana.

–Ministro, le quería hablar del tratamiento del SIDA. Por ahora sólo hay un medicamento eficaz en enlentecer su progresión, ya lo sabe bien, zidovudina. Además, se ha demostrado en varios estudios que un tratamiento corto puede prevenir la infección, y muerte segura, de la mitad de los niños que son infectados por sus madres. En Zimbabue he calculado que ello corresponde a unos diez mil niños al año. Brasil ya da tratamiento gratuito a toda su población y han forzado a que bajen los precios del monopolio de Welcome, además de ofrecer exportar a África el medicamento. ¿No puede Zimbabue importar ese medicamento, o incluso fabricarlo en los laboratorios del gobierno?

–Gracias Aimsa, he pensado en ello. Pero tenemos una presión enorme del gobierno inglés y americano. Si importamos la zidovudina brasileña o la intentamos fabricar, puede que nos pongan sanciones en la recién creada Organización Mundial del Comercio que ya sabes presiona para la imposición de patentes.

–¡Pero eso es criminal! Están muriendo miles de jóvenes, infectando se miles de niños. ¿Son más importantes los beneficios, ya inmensos, de unos pocos llenos de insaciable avaricia? ¿De qué puede tener miedo Zimbabue? ¿De no colocar su nocivo tabaco? ¿Qué mundo es este? ¿Con esos negocios de muerte y esos miedos de a priorizar los beneficios por delante de nada, la vida humana, se puede dormir con la conciencia tranquila?

Aimsa había perdido el control, pensaba en tantas personas que en tan poco tiempo había visto ya morir de SIDA en Matabeleland.

–No es tan fácil, Aimsa, pero te prometo que escribiré a Brasil y lo hablaré con el presidente.

–Sólo le pido que piense en algo: cada día que pasa, mueren en su país casi tres mil personas, en dolor, en silencio y estigma, en debilidad más extrema, a menudo sin ni siquiera una mano amiga.

–Lo sé. Lo pienso cada día.

Algo le hizo sentir a Aimsa que sí que aquel hombre sentía aquel dolor. Pero que estaba maniatado, avergonzado.

–Otra cosa, Ministro, ¿ha oído hablar de David Ho?

–No, ¿quién es?

–Un amigo mío en San Francisco, el Dr. Gottlieb, le conoce, y me dice que está consiguiendo casi curaciones combinando varios medicamentos contra el SIDA. Le tendré informado. Tenemos que conseguir medicamentos para la gente, Ministro. Es cuestión de vida o muerte.

–Cuenta conmigo. Iré a veros a Ukuzwana a final de este año.

Era el invierno austral de 1995.

Aimsa volvió a Ukuzwana. Llevaba ya tres añosen aquella mágica misisónUkuzwana. Desde que vio la primera vez a Jonay en el aeropuerto de Bulawayo, había sentido una atracción muy fuerte. Aimsa tenía treinta y tres años. Sólo había tenido dos relaciones cortas con compañeros de Berkeley que no habían durado mucho, y en las que no llegó a sentir la profunda complicidad que anhelaba. Sentía que tenía que darse por entera a luchar por un mundo diferente, más justo. Y tenía miedo. Había visto mucho sufrimiento desde niña, y se había protegido en su concha. De eso había hablado con Jonay.

Jonay no había dejado de sentir fascinación por Aimsa desde el primer día en que la vio. Ya antes había sentido su inteligencia y valentía por sus cartas desde Berkeley. Luego fue conociendo los detalles de su vida sobreviviendo en los basureros de Bombay y en las calles de Calcuta. Cuando Aimsa le hablaba de su tiempo en el Ashram, de sus estudios budistas, de física cuántica, de filosofía y pensamiento, y de ciencia. Se sentía abrumado. Pensaba que él tenía una cierta idea del conocimiento humano pero al lado de Aimsa se sentía diminuto. Su lucha en Estados Unidos le recordaba al coraje de Haka, la espiritualidad de NoLwasi y la generosidad de Patxi. Y todo ello con una belleza de la que Jonay no dejaba de estar pendiente y deslumbrado.

Después de su ruptura con Yolanda en aquel cruce de caminos que sentenció el Padre Teide. Jonay no había tenido ninguna relación duradera. Había conocido a algunas mujeres ndebele, entre ellas la hermana de Anwele, con quien había llegado a tener una corta relación durante unos meses, pero a quien sólo veía en algunos viajes a Bulawayo y con quien no llegó a compartir profundamente sus ideas y sueños. Desde que había conocido a Aimsa, no podía pensar en nadie más. Pero la respetaba hasta tal grado, que no se atrevía a seducirla. A menudo lo pensaba por la noche, pero cuando estaba cerca de ella, se quedaba sin palabras.

Aimsa había vuelto de Harare hasta Bulawayo y luego hasta Ukuzwana en uno de esas interminables rutas de autobuses por los pueblos de Matabeleland. Su salud era pura como lo era su vida vegana, su disciplina de yoga y sus largos paseos al atardecer, pero este largo viaje le había producido un dolor en la espalda. Al llegar a Ukuzwana, al atardecer, vio como Jonay salía de la casita que hacía las veces de quirófano. Joseph, Thandiwe, Nothando y Buhleve jugaban con el pequeño Adam, quien con apenas dos años ya correteaba por la misión ya sus alrededores.

Jonay se acercó a ella y notó su caminar dolorido:

–¿Qué tal te fue, Aimsa? ¿Te duele algo?

–Me fue bien, Jonay, ¿y a ti? Tengo un leve dolor de espalda. Nada importante. Muchas horas de trayecto del autobús con baches.

Algo hizo que se derrumbaran los muros que inconscientemente habían construido cada uno ante el otro, a pesar de su profunda atracción, casi veneración. Sus miradas se cruzaron de una forma más profunda que nunca. En esa sensación que enmarcó el silencio, Jonay se atrevió a decir:

–Vente a mi casa, Aimsa, te preparo una cena y te doy un masaje. Y me cuentas cómo te fue. ¿Aceptas?

Aimsa se sintió turbada por la invitación, aunque no había nada que desease con más fuerza. En ese momento se acercó corriendo torpemente el pequeño Adam y se abrazó a las piernas de Aimsa. Entre el alivio de ser rescatada de una situación tan deseada como delicada, y la pena por ver diluirse ese momento de magia, Aimsa cogió al pequeño Adam en brazos y se fue hacia la casa de Patxi donde ella tenía su cuarto. Miró varias veces hacia atrás sonriéndole a Jonay.

Una hora más tarde, cuando Jonay estaba descansando en su cama y pensando en ella, llamaron a la puerta. La llamada no se siguió de la habitual llamada de Rose por una urgencia en el dispensario. Jonay sintió un vuelco en el corazón cuando, a través del cristal esmerilado, vio una figura que llevaba tiempo iluminando su corazón.

Abrió la puerta y allí estaba Aimsa con un sari morado y la misma mirada que había atravesado su alma.

–¿Aún está en pie esa invitación?

–Lleva en pie tres años.

Se abrazaron con una fuerza tanto tiempo reprimida. Los dos temblaban. Sus brazos acariciaban sus espaldas y sus cabellos. Sus rostros fueron rozándose tímidamente. Y sus labios fueron buscándose. Se besaron dulcemente, los dos transportados a otro mundo de placer, de paz, nunca conocido. Abrieron de nuevo los ojos, que ahora se miraban a apenas unos centímetros y su fuerza y profundidad les hizo humedecerse de emoción. Hicieron el amor con devoción. Que dio paso a la pasión. Estuvieron abrazados toda la noche, sin hablar. Los dos profundamente emocionados. Las palabras sobraban.

Ya nunca se separarían.

Al mes siguiente, Jonay consiguió una sustitución de dos semanas. Ndlovu había sido designado director de la salud para el sur de Matabeleland y en Brunapeg habían conseguido la asignación de dos médicos internacionalistas cubanos, como lo fue Fernando en Sierra Leona. Aceptaron que uno viniese durante dos semanas a Ukuzwana. Jonay convenció a Aimsa para hacer un viaje que siempre había soñado. Le dijo que preparar sólo una mochila y que vistiera pantalones. Jonay había estado planeando el viaje en su mente desde hacía meses. Ahora lo

había puesto en papel con días, horas, rutas. Y un diario que intuía empezaba un nuevo horizonte en sus días.

Jonay se levantó antes del amanecer y preparó el ultra ligero en la pista, al sur de la misión. Jonay llamo a la casa de Patxi, quien le recibió con una sonrisa entre alegre y pícara y le dio un gran abrazo. Desayunaron juntos todos, eran realmente como una gran familia de ilusiones. Patxi contó las últimas noticias de Beatriz, luchando por causas justas en Bruselas y formando una hermosa familia con Meimuna y Moyes, y de Haka, quien estaba en un kibutz desde donde seguía investigando la ruta del tráfico de niños. Algo que nadie debería saber.

–Bueno Jonay, ¿a dónde os vais?

–Lo siento, Patxi, es una sorpresa para mi princesa india.

–¿Me puedo fiar de este canario, Patxi? –le dijo Aimsa,

–Te puedes fiar de él, te lo aseguro. Me hace muy feliz veros juntos.

–Ten cuidado con estos españoles, Aimsa. ¡Y llámame si necesitas un rescate!

Dijo NoLwasi a Aimsa.

Ya habían instalado la electricidad en Ukuzwana, aunque sólo funcionaba unas pocas horas al día. También habían instalado una línea de teléfono, que funcionaba con manivela y les mantenía conectados con Bulawayo.

Fueron caminando hacia la explanada al sur de la misión. Allí estaba el ultraligero de dos plazas. Subieron a él y Jonay lo puso en marcha.

Se despidieron de Anwele, Rose, Patxi, NoLwasi, y los pequeños.

Aceleró en la pista y levantaron el vuelo. Jonay había utilizado el ultra ligero un par de veces al mes para ir a Brunapeg y a Mayobodo, una clínica donde hacía un año que pasaba consultas cada mes. Pero esta vez la ruta sería más larga y el objetivo del viaje el más importante de su vida: Ver, desde el cielo, el futuro de dos almas que ya se sentían unidas para siempre.

Se trataba de un ultra ligero pendular con dos plazas. Podían volar a unos noventa kilómetros por hora a unos trescientos metros de altura, y tenía una autonomía de unas tres horas. Jonay había hablado con personas, todos ex-pacientes suyos o colegas o misioneros de otros hospitales en Matabeleland, en los cinco puntos donde había planificado las escalas de la ruta: el parque de Matopos, donde dormirían en el Águila Negra, de tan emocionantes recuerdos. La siguiente escala, una llanura dentro del parque de los pantanos de Hillside, en Bulawayo, la pista al lado de la misión de Saint Lukes, en el norte de Matabeleland, una pista enfrente del campamento central de Nantwich, al norte de Hwangue, y otra cerca de las Cataratas Victoria.

Durante dos semanas, Jonay y Aimsa volaron por aquellos lugares de tan inmensa belleza.

Al sobrevolar Matopos vieron manadas de ñus, de búfalos, cebras, grupos de jirafas, dos rinocerontes y pudieron ver también un leopardo en una acacia. Sobrevolaron después sobre los *kraal* del sur de Matabeleland hasta llegar al frondoso parque de los pantanos de Hillside. Allí divisaron dos docenas de especies de aves migratorias, y colonias de miles de pájaros tejedores. En los dos pinos de la misión de Brunapeg, los árboles más altos de toda la región, anidaban dos veces al año miles de tejedores y Jonay, siempre que iba a Brunapeg, los miraba con curiosidad y asombro.

–¿Sabes que normas sigue esta frenética actividad de los pájaros tejedores construyendo los nidos?: Los machos construyen el nido y la hembra lo supervisa: si no lo ve muy seguro, lo rompe y lo tira al suelo. Lo mejor que le puede pasar al macho es que sea aprobado por la «jefa», en cuyo caso... ¡no le será permitida la entrada!

–¡No es un mal sistema!

Bromeó Aimsa.

Durmieron en casa de unos conocidos de Helen en Bulawayo, que tenían una granja de mariposas y un inmenso jardín de cactus y plantas suculentas.

Siguieron viaje unos días después hacia Saint Lukes en el norte de Bulawayo, cerca de un pueblo llamado Lupane. Se quedaron allí dos días visitando el hospital de misión, aunque sintieron la moralidad católica por la que tanto había sufrido Patxi y pronto reanudaron el vuelo. Llegaron a Nantwich. Les fue permitido aterrizar dentro del parque nacional de Hwangue de manera excepcional y gracias a un paciente, trabajador en el Parque, a quien Jonay había operado de una obstrucción intestinal. Nantwich era un lugar realmente mágico:

Llegaron después de atravesar unos cien kilómetros de la parte norte de Hwangue, un inmenso parque nacional frontera con Botsuana donde, entre todas las demás especies mamíferas africanas, vivían unos cuarenta mil elefantes.

Vieron también manadas de antílopes, cebras, miles de búfalos, guepardos cazando, leones vigilando el horizonte, hienas y buitres disputando carroña. ¡Tanta belleza!

Al llegar a Nantwich, ocuparon la casa del centro. Sólo había tres, una en cada colina. Cada una divisaba un horizonte de unos cincuenta kilómetros hacia el este, el atardecer posiblemente más bello del mundo. Allí se quedaron una semana sintiendo toda esa belleza. Abrazados y diluyendo todos sus sentidos.

Habían traído algunos víveres de Lupane y con la nevera de queroseno y la cocina de leña disfrutaron de una semana en casi silencio y levitación en el medio de aquella inefable belleza. Siguieron hacia las cataratas Victoria. Desde cincuenta kilómetros antes pudieron ver el vapor de agua que subía hasta cuatrocientos metros por encima de la abismal grieta de cien metros de profundidad a la que caía el inmenso caudal del río Zambeze.

Al llegar, se quedaron maravillados de tanta belleza y tan majestuosa fuerza de la naturaleza. Sobrevolaron los casi dos kilómetros hasta el puente con Zambia y luego se adentraron unos diez kilómetros en el Zambeze, hacia el frondoso Capribi, en Namibia.

Vieron cocodrilos e hipopótamos. Se alojaron en una de las casas del parque nacional. Por la noche, bajo la luna llena, Aimsa preparó un arroz con salsa de cacahuete, y encendió unas velas en el porche, frente a la orilla del Zambeze.

–Jonay, gracias por este viaje, viendo, como los pájaros, la inmensa belleza de la Tierra. Nunca estuve tanto tiempo simplemente disfrutando de la belleza. Siempre he vivido sobreviviendo o luchando por que otros sobrevivan. No sabía lo que era el descanso salvo fugaces momentos de meditación.

–Yo no he luchado tanto como tú, Aimsa, aunque también siento haber vivido la vida como una carrera, y también angustiado por el dolor, la enfermedad y la injusticia hacia los más pobres. Me siento algo incómodo con el privilegio de este viaje volando sobre lugares tan maravillosos, y durmiendo en estas casas de los parques mientras tanta gente nunca verá esto. Pero creo que los dos, sobre todo tú, lo merecíamos.

–A los dos nos cuesta disfrutar de la vida sin que la mente nos cuestione el privilegio. Tendremos que aprender juntos. La armonía con la belleza es parte de la vida.

–En ti, en tu mirada, veo la nobleza y valentía más profundas. Quiero diluir mi cuerpo y mi alma en ti.

–Yo también lo deseo, Jonay. Aunque no permitamos que el amor nos haga un núcleo cerrado que no fluye hacia el universo, hacia los demás.

–Sé a lo que te refieres. La cadena del amor. La dilución de la angustia existencial de Erich Fromm, la que encadena y no libera. Te amo en libertad y en cualquier forma que la vida nos muestre.

–Ya nos ha mostrado una forma, Jonay.

–Estoy engendrando una vida de nuestro amor.

El siguiente 22 de mayo de 1996 nació en Ukuzwana una niña a la que llamaron NoLwasi, como su madrina. Madre del saber. Era una noche mágica, en la que las estrellas y los planetas se conjuraron para recibir a una niña que se convertiría en unas mujeres más bellas que viera el planeta Tierra.

LVI

LOS REFUGIOS DE LA AVARICIA

Zúrich, 1997

Las primeras investigaciones de Haka indicaban que una o varias redes en Israel organizaban los trasplantes de órganos en varios países, para pacientes israelitas, dada la limitación que imponía la religión al trasplante anónimo o a la extracción de órganos tras la muerte. Además, un médico forense extraía órganos a presos palestinos, para trasplantes ilegales. Lo hacían contradiciendo los principios del Torá –poniendo en riesgo la vida de otras personas y extrayendo órganos a los no judíos– y con la hipocresía de subvencionar dichos trasplantes –cerrando los ojos sobre sus mafiosas y criminales condiciones– por aseguradoras o incluso con dinero público. El MOSSAD había echado del país al periodista sueco que desveló la trama del forense y le seguía los pasos a Haka, por lo que prefirió tomar refugio en un kibutz. Mientras tanto, Beatriz en Bruselas se había enfrentado a un muro inquebrantable al intentar que la débil diplomacia europea cuestionase la política israelita al respecto. «Es políticamente inoportuno», le reiteraban.

Había conseguido plaza de voluntario en un kibutz cerca de la franja de Gaza. Necesitaba tiempo para entender la psicología y sociología judía que aparentemente permitía estos crímenes basados en una supuesta superioridad del pueblo judío, necesitaba poner todos sus datos de personas, fechas, relaciones, sobre las mafias del tráfico de niños en un esquema, y necesitaba sentir, desde joven, la vida en comunidad. Le llamó a Helen para explicarle los planes y al sentir mutuamente un gran deseo de estar juntos. Helen se unió a Haka durante un mes en el kibutz. Buhleve se quedaría con Kate, quien junto a Aimsa mantendrían Amani Trust y el proyecto Jabulani en marcha.

Antes, pasaron diez días en Jerusalén. Haka reflexionó sobre la ironía del nombre –«Princesa de la Paz» a la ciudad que en los últimos dos mil años no había conocido la paz. Campo de batalla entre las tres religiones mediterráneas que habían marcado la historia occidental. Conquistada once veces y destruida cinco

veces en su totalidad, la Jerusalén bíblica yacía en cascotes veinte metros bajo tierra. Haka y Helen eran agnósticos y profundamente escépticos de las creencias religiosas occidentales monoteístas. Pensaban que se basaban en leyendas llenas de fantasía, como el antiguo testamento, que se contradecían en sus mensajes de amor de Dios y entre los hombres y sus premisas de superioridad de unos sobre otros (el pueblo elegido judío sobre los demás, los cristianos y los gentiles, los musulmanes y los infieles) y que se habían aliado con el poder, las jerarquías, las guerras crueles y el capitalismo industrial de los cristianos, especulativo de los judíos y petrolero de los musulmanes, ya todos ellos mezclados en un magma de poder y avaricia, en una madeja con creencias y miedos, que había, y seguía ahogando la vida de más de cien generaciones en la historia de la Humanidad. Helen había optado por la espiritualidad oriental, sin dioses ni jerarquías, que compartía en meditación con Aimsa, como una hermana para ella. Pero Haka no podía sentir esa divinidad difusa y rozaba el ateísmo, escéptico de todo lo que no podía tocar con sus manos, y convencido de que la vida acababa con la respiración y como nos reciclaba la naturaleza era algo que nadie podía pretender saber y aún menos imponer.

Pero algo en los dos les hizo querer pasear en silencio por los lugares cuna de las religiones que habían esculpido la historia y la cultura que marcaron las vidas de sus antepasados y de alguna manera seguían marcando sus vidas.

Empezaron por acercarse al muro de las lamentaciones, restos del templo que sustituyera al de Salomón y donde se colocó el arca con los diez mandamientos hacia dos mil quinientos años, destruido después por los romanos. Era viernes y vieron a cientos de judíos ortodoxos con sus gorros *kipas* y sus mantos *talits*. con sus largas barbas grises y rizos en las patillas, llorar ante el muro por su destrucción hacia dos mil años. Los abuelos maternos de Helen habían sido judíos, pero su madre se casó con un anarquista inglés, miembro de las brigadas internacionales en la guerra civil española, y por amor se alejó de la religión y sus padres de ella.Viendo ese fervoroso llanto, no podía entender aquel dolor por unas piedras construidas por el infanticida Herodes, cuando había tantos niños muriendo por injusticia cada día.

Pasearon luego por la vía dolorosa donde se suponía que Jesús había recorrido el camino entre su condena y su crucifixión, donde el santo sepulcro recordaba el lugar donde fue enterrado.Vieron a cientos de peregrinos rezar en las catorce estaciones que recordaban la pasión de Cristo. Aquí Haka sintió un escalofrío que no pudo ni controlar ni explicar. La historia de Jesús siempre le había fascinado. El mensaje de amor y de humildad le había cautivado siempre, y las vocaciones de Patxi y Beatriz, aunque nunca se lo hubiera dicho, le habían tocado el corazón. Pero había ido acumulando rabia ante los crímenes de la historia de la jerarquía católica y las historias de opresión de las que habían sido víc-

timas sus hermanos, le hacían sentir profunda rabia, parecida a la que sintió Jesús cuando echó violentamente a los mercaderes del templo. Lo que lo diferenciaba de sus hermanos es que él sí que pensaba que la violencia era a veces necesaria.

Fueron luego hasta la explanada al sureste de la Ciudad Antigua de Jerusalén donde se encontraba la Cúpula de la Roca, lugar sagrado para los musulmanes, que oraban en su mezquita El-Aqsa recordando cómo, según su leyenda o creencia, Mahoma fue traído en un mágico viaje nocturno desde La Meca hasta Jerusalén, desde donde ascendió a los cielos hasta la presencia de Dios, para volver de nuevo a La Meca.

Haka no podía entender cómo historias tan inverosímiles habían dominado la vida de gran parte de la historia de la Humanidad y seguían siendo, en la era del conocimiento, causas de crueles guerras entre quienes, en el sentido más profundo y auténtico de las religiones, eran hijos de Dios y hermanos entre sí, unidos por el amor. Haka recordaba sus tertulias con Aimsa en los pocos días que compartió con ella a su llegada a Ukuzwana, sobre el budismo y la física cuántica, la energía común del amor, y la ilusión de la materia, una percepción muy limitada de las muchas dimensiones y multiversos de nuestra existencia. Pensar en ello le producía un profundo sentimiento de paz.

Helen y Haka viajaron después hacia un Kibbutz en el sur, cercano a la franja de Gaza. Era uno de los pocos que seguían la tradición igualitaria y donde se compartía el trabajo, el tiempo y la propiedad. Convivían en él unas trescientas personas, casi todas de ascendencia judía, de Rusia. Habían bebido de la revolución bolchevique pero habían huido de presiones antisemitas, llegando a Israel en su constitución tras la Segunda Guerra Mundial y asentándose en una árida tierra a la que fueron, gota a gota, convirtiendo en un oasis donde cultivaban y vivían de forma casi autosuficiente. Fabricaban excedente de humus, que vendían en Tel Aviv y con ello pagaban el queroseno del generador y de los tres tractores, los medicamentos y libros, y algunas herramientas. Vivían de forma muy sencilla y todas las decisiones se tomaban de forma colectiva.

No existía la propiedad privada y tenían acceso a la educación y cuidado colectivo de los niños, a los cuidados de salud, al agua y al alimento sanos de sus huertas e incluso a algo de tabaco, alcohol, café o chocolate, según elección. Había unos treinta voluntarios, la mitad de Estados Unidos, la otra mitad de Europa. Algunos practicaban sus ritos religiosos pero otros eran agnósticos y no seguían ningún rito, y algunos se sentían ecuménicos o espirituales y practicaban ceremonias conjuntas, en torno a la meditación. Uno de los americanos era cuáquero y le explicó durante una entrañable tertulia a Haka, el movimiento de inspiración cristiana, pacifista, ecológico y vinculado a acciones comunitarias de solidaridad y a movimientos internacionales como Amnistía Internacional y Greenpeace.

Muchas noches se reunían a cantar juntos melodías de paz y al amor, y a discutir formas de organizar mejor el trabajo.

Haka y Helen pasaron un mes muy unidos. Haka trabajó en el campo y Helen en el cuidado de niños en la escuela–guardería. Durante su estancia, Haka entabló amistad con un Yiddish que vivía en Nueva York. Se llamaba Aaron y trabajaba en la banca, pero había ido sintiendo hastío de la vida competitiva y consumista, y cargo de conciencia de los negocios de la banca.

Después de varios días de compartir confidencias y ganar confianza mútua, empezaron a compartir sus experiencias e ideas. Era el mes de diciembre y Aarón y Haka compartían una jornada en la recogida de la aceituna.

–Aarón, te conozco hace apenas dos semanas, pero siento una sincera confianza en ti.

–Yo también, Haka.

–Siento un profundo respeto por tu pueblo, que ha sobrevivido cientos de años a la persecución en tantos países, y entiendo en esta comunidad como vuestro sentido de unión y esfuerzo os ha hecho fuertes ante la adversidad, la sequía, la persecución.

–Tienes razón, Haka, pero esa unión es también nuestra destrucción. Nos hemos cerrado al resto del mundo, nuestros muros han engendrado miedos y complejos. Reflejados en esa creencia absurda de «pueblo elegido» y la mezcla de miedo del desconocido y el orgullo de lo propio, nos ha hecho cerrados, fanáticos y me avergüenzo de la violencia ante el pueblo palestino al que usurpamos, con connivencia de poderes europeos y americanos, sus tierras.

–Te entiendo bien, Aarón. Yo he tardado tiempo en entender el fanatismo nacionalista de algunos grupos en mi pueblo, el vasco. Al que también amo por su nobleza y su valentía. Pero viajar abre la mente, hace que veamos que no hay ni personas superiores a otras sino distintas y únicas en su transitar por la vida, ni religiones superiores a otras sino diferentes formas de intentar entender nuestra existencia en el universo, más honestas cuanto más reconocen la búsqueda y menos la verdad, ni incluso ideas políticas únicas y dueñas de la ética. En lo único que creo es en el respeto entre todas las personas y sus vidas, y en mi caso, en la felicidad de compartir.

–Tienes razón, Haka. ¿Sabes lo que ha propuesto el defensor de los mares, el francés Jacques Cousteau?

–No, dime. Creo que la mayor sabiduría viene de quienes están en armonía con la naturaleza.

–Dice que una mínima parte de gastos en joyas o en armas, podría servir para que todos los jóvenes del mundo pasasen un año de sus vidas en culturas y sociedades distintas a las de su origen. Ello ablandaría los orgullos, diluiría los

fanatismos, aumentaría la empatía, haría más fuerte la solidaridad, acabaría poco a poco con las absurdas fronteras y evitaría las guerras.

–Es una idea maravillosa.

–Aunque disfruto de esta vida compartida, no puedo ahora sólo pensar en compartir en este oasis de solidaridad. Me siento culpable de este privilegio mientras ahí fuera hay tan inmenso sufrimiento.

–Te entiendo, Haka. Después de estos meses, me iré a vivir con una familia palestina en Gaza. Quiero entender su sufrimiento, y luchar contra la opresión del ejército israelí, armado por el dinero americano y aplastando con tanques los gritos de libertad y de angustia de la intifada.

–Mi reto empezó con unos niños en Zimbabue, donde vivía en la misión que lidera mi hermano, en el Kalahari.

Haka le contó sus hallazgos sobre la trama del tráfico de niños de Zimbabue a Sudáfrica, su vínculo con la protección de los grupos más crueles apartheid reconvertidos en mercenarios de guerras africanas y financiadas por De Beers y Chevron para proteger sus monopolios, y con el tráfico de órganos y trasplantes ante la complacencia del gobierno de Israel.

Haka pensaba que aquella trama, que fluctuaba entre los lucros de la prostitución, el tráfico de armas y drogas, y los vínculos con el negocio de los diamantes y otras materias primas estratégicas para las armas, la ciencia y la comunicación, tenían que tener amparo financiero y político.

–Haka, admiro tu nobleza y tu valentía. Pero te enfrentas a un poder inmenso, que urde toda la entraña política y económica de nuestro sistema. Te diré que el banco donde dejé de trabajar por conciencia, tiene inversiones en países con dictaduras, en empresas de armamento, incluidas minas antipersonales, que exportan sin escrúpulos a esos países, en el negocio de los diamantes que extraen guerrillas sanguinarias en África y más aún en la extracción de coltán y las «tierras raras», base de nuestras comunicaciones, en la zona de los grandes lagos, donde empresas como las que me has contado y como el banco donde trabajaba, mantienen las guerras más crueles por su avaricia insaciable. Esas mismas compañías todopoderosas tienen sobornados a jueces y a políticos en todo el mundo. Los gobiernos les pagan sus deudas y nadie les puede atacar. ¿Qué podemos hacer?

–De momento no dormir tranquilos. Hemos podido salvar a unos cuantos niños de las mafias de la prostitución y del tráfico de órganos pero sé que es sólo la punta del iceberg. Necesito luchar contra ello, aunque me vaya en ello la vida. Mi hermana está luchando para que al menos el comercio de los diamantes se regule, como ya se ha conseguido con el de la madera tropical, y al menos se evite parte del mercado negro. Mi hermano está luchando contra la intolerancia arro-

gante de la Iglesia para que se evite el inmenso sufrimiento por el SIDA del que somos testigos en el Sur de África. Y amigos de Canarias, en unión con comunidades de todo el mundo, incluidos algunos Kibbutz como éste, están aliándose para proponer nuevas formas de vida en armonía social y con la naturaleza. Hay rayos de luz, pero el gran comercio oscuro y sucio persiste, el tráfico de armas, drogas y minerales estratégicos continúa, y las víctimas de guerras, esclavitud, prostitución e injusticia, siguen aumentando.

–No sólo esos extremos, Haka. En el día a día, los bancos con sus negocios oscuros y su avaricia sin fin, están creando una inmensa trama de especulación que llaman «seguridades» y «derivados» por las cuales apuestan, a través del internet que se acaba de crear, con dinero virtual y ganan miles de millones en un «gran casino mundia». Esos inmensos beneficios los consiguen hipotecando la vida de los trabajadores de todo el mundo a quienes mantienen esclavizados pagando hipotecas de precios inflados virtualmente por los mismos bancos, también propietarios de constructoras, intoxicados por comida basura proveniente de campos que agotan y campesinos que explotan, y repleta de sustancias químicas que nos están destruyendo nuestra salud, y manipulados por medios de comunicación que ellos mismos poseen y previenen del peligro comunista ante cualquier duda sobre este cruel e insaciable capitalismo.

–Aarón, el mundo necesita una revolución.

–Cuando sepas cómo, cuenta conmigo.

Pocos días después, Helen y Haka celebraron juntos la Navidad. A pesar de sus dudas en la religión, muchas generaciones de sus antepasados lo habían celebrado con devoción, y en su recuerdo estaban las celebraciones familiares. Pero además, la imagen de Jesús, de su valentía contra la injusticia, de su lucha por el amor, de alguna manera, iluminaba sus vidas. Tomaron unos falafel y tortas de maíz con humus. Y brindaron con un vino de la Tierra.

–Feliz navidad, Helen.

–Feliz navidad, Haka.

–Te quería decir algo.

–Dime.

–Desde que te vi, no he dejado de pensar en ti ningún día. Hay algo en mí que me llama a esta lucha contra el terror, pero a la vez hay algo muy profundo que me pide estar a tu lado, tener el hogar que nunca tuve, y amarte y cuidarte con toda mi ternura.

Haka no solía expresar sentimientos, menos aún tan íntimos. En los últimos días, en sus conversaciones sobre la vida, las religiones, la Humanidad, en aquel remoto Kibbutz, Helen había sentido una humanidad maravillosa en la persona a la que llevaba amando nueve años, desde que la vio aparecer en su oficina de

Bulawayo. La mayor parte de ese tiempo lo había pasado en la distancia, mientras Haka trabajaba en Ukuzwana o perseguía mafias en Sudáfrica o por el mundo. Con Kate y con la joven Buhleve, y con las almas gemelas de Ukuzwana, formaban una gran familia, pero Helen anhelaba cuidar y ser cuidada, amar y ser amada por Haka, cada día. Los dos, ella con cuarenta y seis y él con sesenta y cinco años, se habían pasado la vida luchando contra la injusticia, pero anhelando el abrazo y calor cada noche, de la persona con quien derramar lo más íntimo y profundo del alma.

Además temía por su vida, aunque estaba fuerte y tenía una alerta e intuición única, ya tenía edad para descansar y ser cuidado.

–Lo último que haría con la persona que más amo, es enjaularla. Pero sabes que te espero con anhelo, para cuidarnos y amarnos cada día.

–He estado pensando, Helen. Has visto todos mis esquemas. Tengo que ligar un cabo suelto, en Suiza.

–¿Quieres que vaya contigo?

–Prefiero que estés con Buhleve. Kate querrá volver a Johannesburgo.

–De acuerdo. Marcharé mañana a Bulawayo. ¿Podré saber de ti?

–Sabréis por Ukuzwana, por los sobres que os enviará Beatriz desde Bruselas. Cada dos semanas.

Helen volvió al hogar en Hillcrest, Buhleve ya tenía diez y ocho años y había sido admitida para estudiar medicina en Pretoria a donde iría en junio y donde pasaría temporadas con John y con Kevin, estudiando los desafíos del SIDA. Helen siguió trabajando con Aimsa y Anwele en los retos del SIDA, el apoyo a las familias, los abuelos, los huérfanos, y el derecho al acceso tanto a la prevención como al tratamiento. Kate volvió a Johannesburgo y empezó a trabajar con Sun City en una serie de televisión que intentaba tratar el SIDA con naturalidad, ternura y responsabilidad como había visto en Ukuzwana. Allí seguían Patxi con NoLwasi y el pequeño Adam. Crecían ya Joseph, Nothando y Thandiwe, adolescentes. Jonay seguía su trabajo apasionado y cuidaba en amor con Aimsa, de la pequeña Nour. Beatriz seguía con Meimuna y Moyes, que con ocho años avanzaba en sus estudios en la escuela europea en Bruselas y ya dominaba el español, el inglés y el francés.

Haka se sentía feliz de la familia que habían formado esas energías de valentía, de ternura. Pero tenía una misión.

Había hecho un complejo diagrama de nombres, fechas, lugares y relaciones, en las que podía conectar la red del tráfico de niños hacia la prostitución y hacia los trasplantes con *Executive Outcomes* –EO– y estos con De Beers y Chevron y con dos redes de compañías en Sudáfrica y en el Reino Unido, muchas de ellas cotizando en bolsa. A su vez, EO y su grupo de empresas negociaban con

las guerrillas o gobiernos en guerra, a veces con ambos, y estos con el tráfico de armas, amparado por Gadaffi desde Libia, y con tráfico de drogas, vinculado a los cárteles nigerianos y colombianos. Otro vínculo de la red les ligaba a las clínicas privadas de Sudáfrica y a sus inversores, con la red del negocio del trasplante en Israel coordinada por Ilan Perry. Tanto EO como de Beers tenían inversiones en todo tipo de empresas con capital privado o cotizando en bolsa, y había evidencia de importantes evasiones de dinero a paraísos fiscales y a cuentas secretas en Suiza. Varios grupos de explotación minera eran totalmente controlados con el capital de estos gigantescos monopolios, y eran también parte del entramado de EO. A su vez, pudo descubrir en el complejo mundo de inversiones que mantenían los tráficos del terror, que tanto los miembros de muchos comités de dirección como los capitales de las empresas pertenecían a bancos y a la nueva generación de agencias del «mercado de derivados», operaciones virtuales en las que literalmente los bancos de inversión y especulación apostaban a favor y en contra de operaciones arriesgadas y sus seguros. Todo un entramado imposible de entender.

Para simplificarlo, Haka creó cinco grupos; victimas, traficantes, guerrilleros, inversores y especuladores. Las víctimas eran explotadas o sacrificadas por los traficantes de prostitución, armas, drogas, diamantes, minerales estratégicos o derechos de explotación del petróleo. Estos traficantes y sus ejércitos o grupos de terror, a veces ligados a guerrillas que suponían una trama de más de cinco mil grupos en el mundo y cada uno con una media de cincuenta conexiones, protegían a los monopolios de los diamantes, minerales estratégicos, incluido uranio en el mercado negro, o explotaciones petroleras o madereras sin escrúpulos ni humanos ni ecológicos. Por último, estos monopolios que vivían del terror, invertían sus ganancias en otras empresas que a menudo les servían de logística, de tapadera o de influencia en sus negocios o chantajes a gobiernos, y en bancos y agencias de derivados, que especulaban con los billones del terror. Lo más grave es que había un sexto grupo: los ciudadanos de a pie, quienes ignorantes de todo aquello consumían productos de aquellas empresas o invertían sus ahorros en los bancos que especulaban y vivían de estos monopolios con tentáculos en las situaciones más crueles de la Humanidad.

¿Qué podía hacer Haka frente a ese horror? Buscar aliados. Pero las supuestas organizaciones solidarias estaban infiltradas por estas mismas redes, era algo que Nadine había averiguado. Sólo podía hacer dos cosas: mandar información anónima a la prensa libre en lugares estratégicos como Israel, Suiza, Bélgica y Nueva York, e informar a los ciudadanos de empresas y productos que estaban basados en el dolor y el terror. Lo mismo podría hacer con la ecología y con otros tipos de abusos de los derechos humanos. De ello hablaría con Amnistía Internacional, tenía un buen contacto en Londres.

Escribió un artículo sobre la trama de los trasplantes a pacientes adinerados israelitas de cadáveres palestinos y de donantes vivos a sueldo o esclavizados en varios países del mundo. Lo envió anónimo a Arutz Sheva con una nota explicando el riesgo de hacerlo nominal, pero que podrían confirmar todas las fuentes que citaba.

Viajó después a Zúrich. Por la base de datos de la clínica de Johannesburgo y la investigación que hicieron Kate y Nadine, sabía dónde se acumulaba el dinero del negocio de tráfico de niños, trasplantes, diamantes de guerrillas sanguinarias, y las ramificaciones en armas, droga, especulación y tantos otros horrores. Sabía que parte de los fondos de Perry, de EO, de *Netcare* y de De Beers, y de muchas de sus ramificaciones, estaban a bien seguro en UBS y en *Credit Suisse*. Necesitaba tener más datos de esas inversiones y aportar datos para un artículo que tocara las conciencias de los ciudadanos suizos, que se beneficiaban de los impuestos y los beneficios especulativos de esas fortunas extraídas con sangre.

Se alojó en casa de una periodista llamada Sabine, con quien Nadine desde Johannesburgo, le puso en contacto. Su novio, un joven informático de Mónaco llamado Hervé Falciani, trabajaba en el gigante bancario HBSC. Falciani extraía los datos y Sabine había ido elaborando una lista inmensa de nombres de dictadores y criminales que tenían sus fortunas en bancos suizos. Con la colaboración de contactos en todo el mundo, infiltrados en los círculos financieros en torno a un grupo conocido como «banqueros con alma» habían cuantificado cerca de tres millones de millones de dólares provenientes del exterior y blindando el dinero de la fiscalidad o la justicia de sus países de origen. Sabine calculaba que la mitad provenía de África. Ese dinero podría pagar la deuda externa de toda África y sólo sus intereses proveer de medicamentos a todo el continente. Haka compartió su información sobre las tramas mafiosas y Sabine, asombrada por el horror de las historias, preparó una cita al día siguiente en Paradeplatz.

Allí se encontraron con un hombre llamado Marc, quien les guio a su casa, un ático en el centro de Zúrich. Marc conocía bien el estudio de Sabine y preparaba un libro que dibujara el mapa y las rutas de la sangría de dinero, y vidas, de África. Tomó notas de la trama descubierta por Haka, y le aseguró que en un mes ese libro estaría en todas las librerías de Europa, cuestionando la política bancaria Suiza, acusando al gobierno y pueblo Suizos de vivir en el lujo basados en los intereses del robo y del dinero de crímenes en otros países. Incluso hizo un cálculo que cada suizo se beneficiaba de unos tres mil dólares al año por ese dinero negro, además de los servicios sociales pagados con impuestos sobre el dinero que no les pertenecía. Por el contrario, hizo un análisis del coste en vidas humanas de esa sangría de los escasos recursos de África, calculando lo que el dinero podría prevenir en enfermedad y muertes. Concluía que unas diez mil personas morían cada día por acoger Suiza esa corrupción. El libro se titularía: «¿puede usted dormir tranquilo?»

LVII

DOS MUNDOS, DOS EPIDEMIAS

Madrid, 1996

Jonay miraba en la noche a la pequeña NoLwasi. La llamaban Nour Lwasi para diferenciarla de su madrina y por su significado. Nour significaba en arameo, luz, y de esa lengua nacieron el judío, Nurit, el árabe, Nour, y su influencia en el español, Nuria. Y luz era lo que rodeaba siempre a ese precioso ser que la vida había traído a las vidas de Jonay y Aimsa.

El primer dilema fue decidir, al ir a registrar su nacimiento a Harare, en qué consulado inscribirla, en el de la nacionalidad de su padre, español, o de su madre, indio. Aimsa, tras tantos años trabajando en Estados Unidos, sólo había conseguido su «*green card*» tras muchos papeleos en los que Rob ayudo a demostrar la aportación académica y social de Aimsa al país. Muchas veces fue bloqueada y estuvo «invitada» a dejar el país y sólo la salvaron repetidos visados como profesora de Berkeley. Su ya repulsa al concepto de nación, imposición de líneas y fronteras con orígenes a menudo de poder, opresión y violencia, aumentó con aquellos trámites constantes para justificar el estar en un lugar u otro del mundo. Soñaba con un mundo sin fronteras. Valoraron qué hacer, y decidieron darle a Nour, como siempre la llamaba Jonay, la nacionalidad española, por el simple hecho que le facilitaría más la movilidad en el mundo. Pero se prometieron luchar para que Nour pudiera ver en su vida un mundo sin fronteras.

Jonay habló de nuevo con los médicos cubanos de Brunapeg para dos meses de sustitución en Ukuzwana. Ndlovu, director de salud para Matabeleland, le había pedido a Jonay y a Aimsa, que representaran al sur de Matabeleland en la conferencia internacional de SIDA que se celebraría en Vancouver ese julio de 1996. Desde su experiencia en Florencia, Aimsa se había prometido no contribuir a esos enormes gastos que había calculado dejaban de salvar tantas vidas, y menos aún con dinero de laboratorios farmacéuticos que vinculaban, con una aceptada «corrupción de salón» a médicos y profesionales a utilizar patentes, devolver con

creces –por eso lo hacían aquellas poderosas industrias– en beneficios por el uso de aquellos medicamentos blindados por la avaricia en monopolios que Aimsa había traducido en coste de vidas humanas, lo cual era connivencia ante la avaricia frente a la ética de luchar por la vida humana. De nuevo, el juramento hipocrático. Y a menudo hacerlo con dinero público, de contribuyentes que nunca podrían ni imaginar esos viajes y hoteles de lujo de una clase de profesionales y de empresas billonarias instaladas en una corrupción generalizada. Claro caso de cohecho generalizado en cientos de congresos nacionales e internacionales que movilizaban a unos diez millones de congresistas al año en las diferentes especialidades y motivos, y unos veinte mil millones en gastos pagados alimentando esos tratos de favor y el gran negocio de la salud y el medicamento. El de más margen, abuso en precios, de todas las industrias.

Ndlovu había insistido en que fueran. Aimsa podía presentar los estudios que había hecho de los datos del tratamiento de NoLwasi, quien prefería quedarse en Ukuzwana cuidando de Adam y de los muchos enfermos que seguía tratando. Aimsa había trabajado con NoLwasi siguiendo las historias de doscientas treinta y siete personas en las que Anwele había demostrado test positivos, y a las que les había administrado el tratamiento de «agua sanadora» diluida de aquellas lágrimas de Anwele en la noche mágica del amacimbi, unida a las ya conocidas en el país, «hierbas de NoLwasi». Aimsa había conseguido que el ministerio permitiera mandar muestras de sangre a Michael, en San Francisco, quien había conseguido una ayuda de la asociación de pacientes seropositivos, para hacer test del nivel de linfocitos CD4, índice del grado de infección. En los últimos meses habían desarrollado una técnica para medir la concentración del virus en la sangre, llamada «carga viral». A pesar de la insistencia de Michael, Aimsa se había negado repetidas veces a que esos gastos, en total unís diez mil dólares, fueran pagados por empresas farmacéuticas preparadas para, sin escrúpulos, apropiarse del conocimiento y hacer negocio de ello. Los estudios demostraban que el tratamiento aumentaba la inmunidad y disminuía otros signos de su progresión en sangre. En Ukuzwana habían visto que dos terceras partes de las pacientes, en su mayoría mujeres, no habían desarrollado síntomas de la enfermedad, y que en las ciento veinte en que empezaron el tratamiento con síntomas clasificados por la OMS como SIDA, en ochenta y tres los síntomas habían desaparecido o mejorado. Michael había comprobado también que en muestras del «agua sanadora» no había rastros del virus ni de sus proteínas. También había podido estudiar cierto efecto contra el virus cuando lo exponía en el laboratorio a las plantas de NoLwasi.

Aimsa tenía miedo que la evidencia llevara a la comunidad internacional a manipular o aprovecharse de los resultados, y a utilizarlos de forma inadecuada o por beneficios. Además, había ido comprobando y sintiendo de una forma más inequívoca que la ciencia, que NoLwasi transmitía con aquel tratamiento una fuerza y sabiduría de los espíritus que no podía ni explicarse ni demostrarse. Ni

quizás debiera. Lo habían hablado muchas veces las dos. Aquellas dos mujeres de inmensa belleza y valentía, que se habían convertido como en hermanas. Al final venció el deseo de contribuir al alivio de la enfermedad en todo el mundo, ser solidarias en su conocimiento, y no temer la perversión de quienes guiaban sus actuaciones por el miedo convertido en ansia de poder y dinero. Además, había escrito a varias personas vinculadas al mundo de la homeopatía que asistirían al congreso y tenían mucho interés en dialogar sobre los mecanismos de esa dilución y el uso que podría ayudar a millones de personas. Ndlovu insistió, quien siempre fue algo escéptico de los tratamientos *nyanga* de NoLwasi, que también era importante que demostrara los efectos del monopolio de la zidovudina en la vida de miles de pacientes. Aimsa había presentado su análisis escalofriante en las reuniones de salud de Matabeleland Sur, donde había causado una gran conmoción.

Jonay, por su lado, seguía con interés docenas de estudios en África que demostraban que, en ausencia de ninguna intervención, uno de cada tres niños de madres infectadas, adquiría la infección. Eso suponía miles de sentencias de muertes a niños de Zimbabue cada año. Y él había visto morir a varios en Ukuzwana, lentamente, perdiendo toda la energía, llevándose su cuerpo de llagas, sus pulmones de pus, deshidratándose en incontrolables diarreas. Más de una vez había pasado la noche con algún niño cogiendo de la mano, abrazándoles y viendo como una crueldad inexplicable arrancaba a esas inocentes vidas y miradas de la vida. Había llorado muchas veces de rabia en su cuarto. Había leído estudios que en San Francisco habían demostrado que la clorhexidina, un antiséptico no muy caro que utilizaban para desinfectar material en el quirófano, mataba al virus en cultivos celulares que usaban en la investigación, y que su uso era seguro la madre y para el hijo. Había leído también como en el vecino Malawi unos médicos habían bajado algo la transmisión de madre a hijo con dosis seguras de vitamina A la madre. Jonay pensaba que por el gran número de madres infectadas a las que asistía en sus partos, podría aportar más datos sobre si combinado esas dos intervenciones podían salvar vidas. Con la aprobación del ministerio y su consejo de investigación en Harare, combinó vitamina A en la madre durante el embarazo, a una limpieza en profundidad con clorhexidina en las mujeres infectadas. En cien casos había demostrado que la proporción de transmisión de la infección a los hijos era menor, uno de cada cinco, pero aún muy alta. Además, en casi todos utilizaban el tratamiento de NoLwasi, que tenía un efecto en la madre, y seguramente en el hijo.

También representarían a la región en otros estudios sobre la prevención que Anwele había escrito, y sobre el uso de algunos medicamentos en la prevención de infecciones respiratorias o diarreas. Aimsa pensó que sí que era importante, aislándose de los negocios que anteponían el lucro a la vida, participar y hacer alianzas y podían ver cómo mejorar así la vida de miles de personas.

Insistieron en pagarse ellos el viaje, y Beatriz desde su sueldo europeo, y Nadine, cuyo libro sobre las mafias del tráfico de niños había sido un éxito en Sudáfrica, insistieron en contribuir al viaje. Además, Aimsa y la pequeña Nour, pasarían por Gomera para estar en la comunidad de la Ternura y que Nour conociese a sus abuelos. A la vuelta, volverían de Vancouver a San Francisco sin mucho coste adicional, pues hablarían con Michael de los resultados, Aimsa daría una conferencia en Berkeley y le enseñaría a Jonay esa otra parte del mundo. Volarían unas sesenta horas en dos meses y unos treinta mil kilómetros, pero tras pensarlo bien, decidieron que no sería malo para la pequeña Nour, que parecía destinada a recorrer mundos y culturas.

Jonay sentía desde hacía mucho tiempo mucha ilusión en acompañar a Aimsa en su vuelta a la India. había escuchado sus historias de su infancia en Bombay, del viaje en que perdona su madre yendo a Calcuta, de la vida en las calles de Calcuta y los tigres blancos, ahora convertidos en asociación de ayuda a niños de la calle, y de su tiempo inspirador el *ashram* con Sri. Aimsa nunca podía terminar de contar la historia del tren a Calcuta pues el dolor le rompía por dentro. Jonay le hizo prometer que su próximo viaje seria a la India.

Llegaron así en el mes de junio a La Gomera. Les llevaron y despidieron en el aeropuerto de Bulawayo NoLwasi, Patxi, y los pequeños Adam y Nour. Se apuntaron Joseph, Nothando y Thandiwe, ya adolescentes de secundaria del colegio de Ukuzwana. Patxi conducía y llevaba delante a las dos mamas con Adam y Nour. Jonay se unió en la bañera con los adolescentes. Thandiwe no paraba de preguntarle cosas de medicina. Joseph y Nothando no disimulaban su afecto mutuo. Jonay no paraba de saludar a todos los caminantes que se cruzaban. «¡Ulibona!», gritaban todos los niños, persiguiendo unos metros al coche en veloz carrera, descalzo, ligero como el viento. Mientras recorrían las formaciones mágicas rocosas de Matopos y la imagen que tanto había inspirado a Patxi, de la maternidad, Jonay miró hacia delante y vio a su bella compañera y su preciosa hija, vio a aquel hombre valiente al volante y aquella mujer a su lado, con la mayor fuerza espiritual que había conocido, y con el pequeño Adam, lleno de curiosidad en su mirada por el maravilloso mundo que le rodeaba, pensó en el trabajo que llevaba haciendo diez años en aquel rincón del mundo lleno de compromiso y ternura. Pensó en la rabia de cientos de noches cuando volvía a su cuarto en la vieja capilla, impotente por el dolor que permitía la injusticia global. Pero pensó también en los miles de pacientes que habían podido ayudar, las consultas, ingresos, operaciones, el agua de NoLwasi, la verdad de Anwele, la conexión con el perverso negocio de medicamentos que Aimsa descifraba, la valentía de Haka en descifrar las mafias que secuestraban a, quizás, los seres más vulnerables y vulnerados del mundo, los huérfanos del SIDA, la conexión con la gente. Su título más querido, Ulibona, la unión a esos padres y su orgullo y esperanza del proyecto de las eco aldeas, la inspiración de Fernando y su compromiso humano con la medicina. La

valentía humana y social desde la política europea de Beatriz, desde el activismo social de los derechos de Helen y Kate, desde la lucha dentro de la Iglesia de Kevin, desde su carisma en los medios y en la escritura de Nadine. Y como esa generación de valientes que habían ido rodeando su vida, alumbraba una nueva generación de, como decía Patxi, «luñadores», mezcla mágica de soñadores y luchadores. Lisy ahora vinculada a Joao en el movimiento de los campesinos sin tierra de Brasil, Buhleve empezando sus estudios de medicina en Sudáfrica, Thandiwe pensando en leyes, Joseph apasionado de la biología y la química, y Nothando, la poesía y la música. ¿Qué sería de la vida de Adam, de Nour en los brazos de aquellas increíbles mujeres al lado de Patxi?

Pensaba en todo ello y se sintió en profunda comunión con la belleza y la épica de la vida. Humedeciendo su mirada y nublándose la vista según atravesaban Bulawayo. Tan absorto estaba en sus pensamientos que no atendió a las últimas preguntas de Thandiwe, quien insistiendo, le sacó de su estado de ensoñación. .

–¡Tío Jonay! ¿Qué te pasa? ¿Estás triste?

–No. Perdona, simplemente soy muy feliz y pensaba en ello. ¿Qué me estabas preguntando?

–¿Si puedo venir contigo por las tardes a la consulta, o entrar algún día en el quirófano?

–Claro, Thandiwe. Y si te gusta, te ayudaré en todo hacia este camino tan bello de dedicarte a proteger, como un tesoro sagrado, la vida humana.

Se despidieron de aquella parte de su querida familia y tomaron el vuelo a Johannesburgo para seguir después hacia Madrid. Aimsa le daba el pecho a Nour al despegar y aterrizar, quien pasó la mayor parte del viaje durmiendo en los brazos de Jonay, también entrando y saliendo de sueños que no podían acercarse a la belleza de la dulce mirada de Aimsa y al aura de paz del sueño de Nour.

Aimsa leía con avidez los números que pudo comprar en Johannesburgo de *Science* y *Nature*. Leyó con gran interés el descubrimiento de un átomo de anti-hidrogeno, el primer paso a entenderse identificar la antimateria. Leyó también ávida *Le Monde Diplomatique*, y durante el viaje leyó «en diagonal» tres libros que había comprado en Johannesburgo sobre la economía mundial: de Noam Chomski, *Cómo nos venden la moto*, y *Cómo se reparten la tarta*; de Joseph Stiglitz, *Whither Socialism?*; y de Amartya Sen, *Economía del bienestar y análisis de desigualdad*.

Rob le había mandado un CD con cientos de artículos distribuidos en carpetas de los temas que sabía le interesaban: física cuántica, astronomía, biología molecular, nanotecnología, ciencias políticas y sociología. Jonay no dejaba de asombrarse de la inteligencia de Aimsa: tenía memoria fotográfica, una agilidad analítica increíble, una capacidad para abstraer relaciones complejas superior a nadie que hubiese conocido Jonay.

En una pared del cuarto donde vivían había hecho abstracciones moleculares, genéticas y virológicas intentando entender las estrategias del virus del SIDA en el cuerpo humano. Tenía interrogantes en lugares críticos. Uno de ellos se relacionaba con «el agua sanadora». Pero todo aquello, aunque de una complejidad fascinante, era, según Aimsa, demasiado sencillo, «Newtoniano», decía ella. Había relaciones con la física cuántica que debía descifrar. Había energías en torno a claves moleculares de la unión del virus a las células humanas, que trascendían lo material. En otro gráfico había ido descifrando las complejas relaciones que mantenían un SIDA de ricos con acceso a tratamiento y un SIDA de pobres condenados a muerte. Había seguido el acontecer del monopolio de la zidovudina, las conexiones de la forma con las presiones para que la ronda Uruguay pusiera en la agenda la protección de patentes y que se fundara la Organización Mundial del Comercio, nuevo tribunal mundial «allanador» del camino a la avaricia sin límite.

Sabía por Rob de las conexiones entre la industria farmacéutica y la política americana, entre ambas y la banca especuladora, entre las tres y las industrias del petróleo, los minerales estratégicos y los diamantes. Entre todos ellos había vínculos secretos con la industria armamentista y los grupos como *Executive Outcomes* y las guerras crueles en África. Por Haka estaban desvelándose nexos indirectos con el tráfico de armas, el tráfico de drogas, el de órganos, niños y prostitución. Aunque más que nexos se trataba de beneficios comunes y sinérgicos.

También tenía muchos interrogantes en su gráfico, que había ido actualizando con Haka cada vez que volvía de investigar las tramas del terror. Pero además Aimsa tenía una profundidad espiritual inefable. Jonay se había ido uniendo a sus análisis hasta que fue tan superado por su agilidad y rapidez mental que simplemente se maravillaba y alguna vez aportaba alguna idea. Hacía yoga con ella y empezó alguna sesión de meditación, pero no podía sentir esa paz «en la nada» que, decía Aimsa, era nuestro origen y destino, muestra naturaleza más profunda. Le explicaba a Jonay que era en esa paz sin tiempo, espacio ni materia como mejor sentía la belleza, el infinito y la eternidad. Y relativizaba todas las ilusiones mentales y materiales en las que volcábamos, absortos, nuestra vida. Jonay sentía a menudo miedo de ese nivel superior espiritual e intelectual de la persona a la que amaba más y más. Y así se lo expresaba. Pero Aimsa le aseguraba que su compromiso, su conocimiento de la biología humana, su empatía con los demás, su intuición natural en decisiones sobre la vida o la comunidad, eran fuentes constantes de inspiración para ella. Pero que sobre todo, el amor no se medía ni calculaba ni controlaba. Y ella le amaba, cada día más.

Jonay, por su parte, leía todo lo que podía de medicina, Fernando le mandaba artículos sobre nuevos conocimientos y protocolos de tratamiento, devoraba los resúmenes de los tres cientos artículos mensuales del boletín mensual de enfermedades tropicales, seguía con especial interés las guías de la OMS y de ONUSIDA, y no dejaba de leer y de hacer anotaciones en el manual del coo-

perante de Gray. De la biblioteca de Bulawayo había leído todos las novelas de Wibur Smith, de Noah Gordon, de Le Carré y de Dominique Lapierre. Era de éste último del que había traído dos libros para lectura: *Más grandes que el amor*, sobre la historia del SIDA, y *La ciudad de la alegría*. no dejaba de imaginar a Aimsa en cada una de aquellas historias que entrelazaban aventuras épicas en zonas distintas del mundo. Se dijo que él también tendría cosas que decir, en especial de esos seres maravillosos que rodeaban su vida y quienes, desde su humildad, seguramente nunca escribirían sobre sus vidas.

Llegaron a Madrid donde tenían una escala de seis horas antes de seguir hacia Tenerife. Jonay sintió mucha rabia al llevarse él a Nour a la cola de los pasaportes españoles y dejar a Aimsa en la fila de los extranjeros para ser cuestionada con escepticismo y sospecha velada por policías que no sabían ningún otro idioma que el español, ni otra actitud que la superioridad.

Jonay había estado en contacto en los últimos años con un buen amigo de Tenerife con quien había compartido los estudios en La Laguna. Juan se había especializado en medicina interna y en enfermedades infecciosas, convirtiéndose en uno de los especialistas más reconocidos del SIDA en Madrid. Había sabido del trabajo de Jonay por la reunión del décimo aniversario de su promoción y había conseguido su dirección por el colegio de médicos de Tenerife, donde guardaban los datos del Dr. Harris, tras causar baja por dejar las islas. Jonay sentía rabia ante esa obligación gremial y cotizaciones obligatorias hacia un grupo con el que no se sentía muy identificado.

Al llegar a Madrid, Juan les esperaba. Era junio y ya hacía mucho calor. Les llevó a un hotel cercano donde había reservado una mesa para comer algo, al lado de una piscina donde refrescarse. También había pedido un cuarto donde podrían descansar. Aimsa se fue a dormir un rato con Nour, mientras Juan y Jonay les esperaban junto a la piscina.

–Gracias por preparar todo esto, Juan. Nos sienta de maravilla este descanso. Pero no sé si podré pagarlo.

–No te preocupes, Jonay. Sé bien que mi sueldo aquí es unas diez veces el tuyo en Zimbabue, y aunque la vida es más cara, somos unos afortunados.

–Sólo son afortunados los que se sientes felices de vivir y de descubrir toda la épica de esta aventura.

–Siempre fuiste romántico con la vida. ¡Me alegra que sigas así!

–Y yo te recuerdo como el más listo del curso, y con mucha vocación por nuestra profesión. Cuéntame, que ha sido de tu vida.

– Pues cuando acabamos, me presenté al MIR, y saqué buen número. Me vine a hacer medicina interna aquí a Madrid, a la Fundación Jiménez Díaz.

–¿Si? La «Meca» de la medicina interna.

–Sí. Fue un tiempo apasionante la residencia. Se hacían sesiones como de detectives, con historias detalladas de síntomas, exploraciones minuciosas y luego los datos del laboratorio, más biopsias. Creo que aprendí mucho. Aunque también nos hacían trabajar mucho, sobre todo en las guardias. Y me fui metiendo en la sección de infecciosas, que poco a poco se fue llenando de pacientes de SIDA. ¿Qué hiciste tu ese tiempo?

–Pues como estaba decidido a ir a África, me uní a un amigo médico para aprender, hice algunas sustituciones en centros de salud y en urgencias, y me fui a Zimbabue, a un hospital rural en el sudoeste, cerca de Botsuana. Y cuéntame, ¿qué hiciste después de la residencia?

–Bueno, para entonces ya me había casado con Cristina, que era residente también, pero de microbiología, y ya nos habíamos metido en una hipoteca de una casa. Estaba a punto de nacer nuestro primer hijo. Así que buscamos estabilidad en el trabajo. Me ofrecieron una plaza interina en el hospital, a Cristina también, y aquí nos hemos ido quedando. Y tú, ¿cómo fuiste aprendiendo, no tienes especialidad?

–Pues no, no creo que la necesite. Mi trabajo es en un hospital rural, donde mis responsabilidades clínicas, quirúrgicas y de salud pública, hubieran necesitado de residencias en medicina interna, pediatría, cirugía general, anestesia, traumatología y salud pública al menos. Hasta detalles de análisis y rayos.

–¡Pues para hacerlas todas y luego jubilarte!

–Sí. Pero no sólo el tiempo. Sino que todo ello con medios muy limitados, y creo que más de mitad de lo que hubiera aprendido aquí sería con una sofisticación y coste de medios que no hubiera sido útil para mí. Además, también hay diferencias en el tipo de enfermedades, la forma de usar los medicamentos, las relaciones con los pacientes, y sobre todo la dimensión de salud comunitaria. Ya sabes, los principios de Alma-ata.

–Discúlpame. ¿Cuáles son esos principios?

–Para mí son como el ideario de salud. El trabajar con las comunidades, animando su participación en la promoción de la salud, que es lo más importante. Paso mucha parte del tiempo en las casas de la gente, en las reuniones comunitarias. ¿Cómo hacéis eso vosotros?

–Bueno, de eso se encargan los centros de salud, y si te soy sincero, por los amigos que tengo médicos de familia, no mucho. Pero dime, ¿cómo está el SIDA allí? parece que la vida nos ha llevado tratar el SIDA, yo con más o menos medios, y tú, seguro que con menos medios.

–Me alegra mucho tu sensibilidad, Juan. El mundo está muy dividido, y todos nos necesitamos, y debemos construir un mundo más justo.

–Pienso mucho en ello, te lo aseguro. Entre tanta tecnología y tanta seguridad basada en salarios y horarios, facturas e impuestos, normas y leyes, tengo a

veces la sensación que vivimos la vida como conduciendo por una autopista de peaje, con largas rectas y el piloto automático. Todos estamos tan centrados en ese camino, que ni miramos a los lados, se pierde la comunicación y la solidaridad. Es una vida sin apenas riesgo, sin apenas aventura. Creo que estamos perdiendo la pasión de vivir.

–No digas eso, Juan. Cada uno de tus pacientes es un universo, una historia, una oportunidad para la empatía, para compartir, para aprender de su historia, para aliviar el dolor, los miedos. La épica de la vida no se mide en latitudes, ni en pobreza, está en todos los rincones, aunque parezcamos llenos de rutina, protocolos y rutas fijas. El médico que me inspiró en mi vocación, un médico cubano, trabaja en un centro de salud pero se entrega entero a cada caso, a la comunidad, va y viene a Sierra Leona y se implica en todo tipo de compromisos, anima una eco aldea, navega, escribe y vive muy intensamente. Está en nuestra mano.

–Gracias, Jonay. Será que la abundancia nos abotarga. Pero dime, ¿cómo está el sistema de salud allí?

–Pues te lo resumiría así: cuidamos de una población de unos sesenta mil habitantes en unas cinco mil pequeñas fincas zulú que llaman k*raal*. El setenta por ciento de los adultos son mujeres pues hay mucha migración de los hombres a las minas de Sudáfrica. Soy el único médico, trabajo con una enfermera, y hemos ido formando a cuatro asistentes de enfermería, cuarenta camas, un quirófano, sala de partos, un ecógrafo, radiografía y un laboratorio sencillo de hematología y bacteriología de microscópica directa. El presupuesto medio en el país es de unos quince dólares por persona y año, es decir menos de un millón dólares al año para nosotros, con todo, salarios –el mío es de cien dólares al mes–, medicamentos genéricos –muchos fabricados en el país aunque con sustancias que vienen de la India–, antisépticos, la energía para el generador, la comida para los pacientes, la limpieza de sabanas y demás, las vacunas, mosquiteros y campañas de salud pública, el transporte para traer los medicamentos o llevar casos graves que no podemos tratar a la ciudad. Todo. Tenemos que apurar mucho los gastos.

–No entiendo cómo podéis. Nosotros en España gastamos unos mil quinientos dólares por persona y año, es decir cien veces más, la mitad en el hospital. Y seguramente las necesidades sean menos. Los sueldos son veinte veces más y los medicamentos y protocolos son inducidos por la industria farmacéutica, que como recordaras en La Laguna, está infiltrada en todo el hospital y en los centros de salud. La salud comunitaria está lejos de nuestra actividad. Es parte de los programas de atención primaria, creo que muy diferente. Cuando vuelvas a pasar por aquí organizamos una charla con médicos de primaria para que sepan de otras realidades.

–Yo necesito aprender mucho de ellos, llevo mucho tiempo sin compartir y debatir con colegas. Cada mes sí que compartimos trabajo con los médicos, ahora cubanos, de un hospital cercano, y cada tres meses nos reunimos de toda

la provincia, pero la mayor parte del tiempo estoy sólo. Y cuéntame, ¿cómo está el SIDA aquí?

– Pues está aumentando. Te cuento: por el banco de sangre, en el que hacemos *screening* a todas las transfusiones de donantes sanos, estimamos que uno de cada trescientos adultos está infectado. El ochenta por ciento son drogadictos por vía intravenosa, el resto son homosexuales o mujeres infectadas por sus parejas drogadictas. Empezamos a ver casos de transmisión heterosexual sin otras fuentes de infección de uno de la pareja, pero aún son la minoría. Casi ya no hay infecciones en niños pues se trata con zidovudina alrededor del parto y además se suele hacer cesárea. Tratamos a muchos de ellos con zidovudina al poco de diagnosticarles su infección, pues el ONUSIDA ha ido bajando los criterios para empezar el tratamiento. También les damos profilaxis para prevenir neumonías y tuberculosis y a menudo tratamientos prologados para las cándidas, los herpes. En total hemos calculado que por cada paciente gastamos unos tres millones de pesetas y por lo que vamos viendo, calculamos que la mortalidad a los diez años de la infección, la hemos bajado a sólo el diez por ciento.

–Gracias por compartir todo esto, Juan. Mira qué diferente es nuestra realidad: El banco de sangre sólo funciona en la ciudad y ni es muy representativo pues descartan cualquier historia de riesgo. Aun así están infectados el veinte por ciento. Pero la muestra más representativa es la de mujeres embarazadas, a las cuales hacemos test anónimos y estimamos que el treinta por ciento están infectadas. Es decir, unas cien veces más que en España. En nuestro caso casi todos lo son por transmisión entre hombre y mujer, pero más de mala mitad de las mujeres sólo ha tenido un compañero sexual y socialmente sienten mucha presión a no usar el preservativo, ni siquiera a hablar de ello. En cuanto a los niños, es muy triste, pues a pesar de usar un protocolo que explicaré en Vancouver, uno de cada cinco niños de madre infectada, contrae el SIDA. Estimamos que en nuestra comunidad hay diez mil infectados, y unos cien niños infectados cada año. Tenemos mucha rabia, Juan, nos tienes que ayudar.

Jonay prosiguió:

–El monopolio de zidovudina supone que no podemos dar ningún tratamiento ni prevenir las transmisiones de madre a hijo. Aimsa sabe mucho de la política de esos precios altísimos. Nuestros gastos por paciente no pueden ser mucho más que los generales en salud. Les trato de tuberculosis con tratamientos que se dejaron de usar aquí hace cuarenta años como *tioacetazona*, de neumonías con *cotrimixazol*, de cándidas con *tintura de genziana* pues no podemos pagar el *miconazol*, de herpes con lo mismo, pues imposible pagar *aciclovir*. Hay menos neumonías por *pneumocistis carinee* que aquí, pero hay unos espantosos cuadros de granos generalizados y de un horrible picor que sólo puedo tratar con esteroides, empeorando sus defensas más aún pero aliviándoles una agonía terrible. Porque de eso se trata, Juan, no podemos aumentarles mucho su esperanza de vida. Más del ochenta por ciento, hemos calculado, mueren antes de los diez años de su

primera infección. Nos debemos a aliviar su dolor, sus diarreas, suciedad, dolores, picores, sequedad de boca. Y sobre todo, su soledad y angustia. Fíjate, hemos concluido que lo que más necesitaban es limpieza y compañía de los demás. No sabes cuantas veces lloro de rabia.

En ese momento Juan le miraba fijamente, imaginando la situación, sintiendo vergüenza del privilegio, injusticia de esos laboratorios que le pagaban los congresos, como ahora en Vancouver, y con una enorme tristeza por el dolor que transmitían las palabras de Jonay.

–Jonay. Te parecerá absurdo lo que te voy a pedir: quiero que me ayudes.

–No es absurdo. Y cuenta con ello. Dime cómo.

–Aún no sé los detalles, pero quiero que compartamos tu situación frente al SIDA y la mía. Que humanicemos la nuestra aquí con vuestro ejemplo, y que aliviemos la vuestra allá con nuestra abundancia. No, miento. Con justicia. Déjame pensar en qué forma. Te llevaré un plan a Vancouver cuando nos veamos allí en un mes.

Juan y Jonay se levantaron, se miraron fijamente a los ojos, y se dieron las manos sellando un pacto para aliviar esa profunda, injusta y dolorosa brecha entre el SIDA de los países ricos y el SIDA de los países pobres.

En ese momento apareció Aimsa con la pequeña Nour, descansadas, duchadas, sonrientes y con hambre. Tomaron fruta y horchata, y Juan les llevó al aeropuerto a seguir su ruta.

Llegaron a las seis al aeropuerto de Tenerife Sur. Allí estaban John y Umbela con un cartel en ndebele: «*Amhlope, Ulibona, Aimsa, Nour*».

LVIII

AIMSA ENCUENTRA A SU FAMILIA

Comunidad de La Ternura, Gomera 1996

Aimsa miró emocionada a su nueva familia, de la que tanto había oído hablar por Jonay. John ya tenía setenta años muy curtidos en la mar y en la naturaleza. Aunque su larga cabellera, su tez curtida, su cuerpo atlético y ágil, pero sobre todo su mirada llena de brillo, entre inocente y apasionado, le hacían rebosar de vida. Umbela tenía ya sesenta años, un cabello gris que recogía en una coleta y lo cubría en parte con un pañuelo, como Aimsa, un rostro que ya mostraba la huella del tiempo, una mirada que se derretía en ternura, tímida sonrisa que inspiraba libertad en su linda tez trigueña, y un cuerpo esbelto y erguido, dentro de un sencillo vestido de lino blanco. A sus brazos abiertos Aimsa acudió como si hubiese encontrado a su madre.

Algo entre las dos hizo que, sin palabras, se supieran unidas para siempre. El silencio pasó a una larga mirada. Y luego Umbela le dio el «abrazo de cabez». de la comunidad de la Ternura cuya costumbre ya se había ido extendiendo a otras eco aldeas en la isla, en otras islas y en otros lugares lejanos.

Mientras tanto, Jonay se había abrazado a su padre con fuerza, y John había cogido en sus brazos a la pequeña Nour, que miraba todo con asombro.

–Aimsa, ¿me vas a dejar un poquito de mi madre? –preguntó bromeando Jonay.

Cuando Umbela abrazó a Jonay y cogió luego a la pequeña Nour en sus brazos, ya su mirada estaba totalmente nublada por la emoción.

Tenían a *Satia* varada en la?bahía del puerto de los Cristianos. Un marinero les acercó a remo y después de enarbolarla rápidamente, partieron hacia la Gomera cuando ya el sol se ponía al horizonte, tras el Garajonay y la más lejana caldera del Taburiente. Llegaron tarde en la noche al embarcadero de El Cabrito: En el cuarto donde creció Jonay, con sus cosas de niño y de joven, Umbela había preparado un lugar precioso para los tres.

A la mañana siguiente tomaron gofio y miel con Tomás y Fernando, y hablaron horas de las historias del pasado y de la ilusión de trenzar sus vidas. Aimsa llevaba en una tela a la espalda a Nour, aunque Umbela constantemente le pedía que se la dejara para cuidarla entre toma y toma de pecho. Visitaron primero la tumba de los padres de Umbela, en Hermigua, a donde fueron andando y cruzando el mágico Garajonay donde Jonay sentía la presencia de María y Ramón. Luego visitaron cada detalle de la comunidad de La Ternura. Las casas, la casa comunitaria, la biblioteca y la sala del ordenador por turno, los talleres, la sala de energía común con el invento de las bicis estáticas aplicadas a un generador, los molinos y placas solares, el comedor, las despensas, el horno de pan, el telar, el horno de cerámica, la escuela, las salas de arte, de música, los cultivos orgánicos y antropomórficos siguiendo ciclos lunares y la riqueza de la tierra, el telescopio en la noche, las tertulias comunitarias frente al fuego y los árboles que recordaban a quienes había dejado la vida desde Ternura.

Aimsa y Nour fueron recibidas la noche siguiente con una ceremonia de música y poesías, y obsequiadas con unos dibujos de los niños, una cerámica, un tronco de sabina brillante de cera natural y con forma de una madre con su hija, y una manta hecha en el telar. Aimsa sintió en aquella comunidad una alegría de vivir y de compartir, que nunca antes había sentido. No sólo se sentía a gusto, y no sólo veía esa alternativa como una opción hermosa de vida. Pensaba, en su agilidad mental, en algo mucho más trascendente. Al día siguiente, le pidió a Jonay que le dejara un tiempo a solas con su padre. Jonay se fue con Nour y con Umbela a pasear hacia el Roque Nublo.

–John. Sabes que yo nunca tuve un padre. Y en sólo unas horas ya te siento como uno. Jonay siempre habla de ti y dice que es de tu ejemplo de valentía y de la ternura de Umbela, de dónde saca quien es él. Y yo le amo con todo mi corazón. Me gustaría contarte como es él en Ukuzwana, a donde tenéis que venir.

– Gracias Aimsa. Desde hace tres años, en cada carta Jonay nos contaba algo de ti. Sabíamos que su corazón estaba latiendo con el tuyo. Hablaba de tu belleza, de tu inteligencia, de tu profundidad espiritual. Y ¿sabes lo que me dijo en una carta?

–No. ¿Qué dijo?

–Que nunca había conocido a nadie así y que deseaba compartir su vida contigo, pero que tu belleza, tu historia épica, y tu inteligencia y fuerza para luchar por un mundo mejor, le hacían sentirse menor, distante, como no merecedor de tenerte sólo para él, en el sentido íntimo. ¿Y sabes lo que le dije?

–No.

Aimsa se sentía un poco vergonzosa pero a la vez con una extraña y rápida complicidad con John.

–Le dije que mi hijo era un valiente. Y que si sentía por primera vez esa unión tan profunda por alguien y no era capaz de ser valiente y expresar sus sentimientos por miedos absurdos, pues todos tenemos nuestro valor único en el universo, que fuera cambiando de apellido. Claro se lo dije en broma, pero creo que le ayudé a quitarse miedos. Quiero que me cuentes de la red de eco aldeas, de la reunión de Findhorn. Tengo una idea que está hirviendo en mi cabeza.

–Ya te habrá dicho Jonay. En Findhorn creamos una red global, la coordina ahora la comunidad de Gaia. Pero es sobre todo para intercambio de experiencias. A mí me preocupa la relación con los estados de los que somos parte legal, cada vez nos ponen más dificultades. Es difícil ser autosuficientes y a la vez contribuir con impuestos, que además nos los aumentan, porque molestamos. Pero además es contradictorio cuando con nuestros impuestos se financian actividades que degradan la naturaleza o que van contra nuestros principios como las guerras, la industria de armamentos, los derivados financieros o las manipulaciones genéticas de alimentos o procesos químicos tóxicos. Fíjate al extremo tan perverso al que hemos llegado que hemos creado una nueva enfermedad, la de las vacas locas, por hacerlas tener una alimentación caníbal. También hay una industria tóxica en el negocio de lácteos. Intentamos hablar de ello, por reuniones, movimientos ciudadanos, acudiendo a los plenos municipales o del cabildo. Pero nos bloquean todo.

–¿Y no habéis pensado en crear una red independiente que tenga identidad legal ante Naciones Unidas? Una nueva red de eco aldeas solidarias que vaya aumentando, atrayendo y facilitando iniciativas de todo el mundo. Me encantaría colaborar en ello. Y creo que sé cómo podría ayudar. Te puedo preparar una propuesta mientras viajo ahora a Vancouver, lo revisaré con expertos de derecho internacional en Berkeley y te lo mando.

–Es una idea maravillosa, y más aún contando contigo.

Jonay también le pidió a Aimsa un día para compartir a solas con su inspiración profesional, Fernando. Mientras Aimsa y Nour se quedaron en la comunidad, compartiendo con otras dos mamas con bebes en la playa, la casa de la música, y recibiendo masajes mutuos, Jonay fue hasta Arguamul, donde había empezado, en su acompañar a Fernando, la vocación que le había ido llenando de tanta felicidad. Se fue en una guagua, quería darle una sorpresa.

LIX

REENCUENTRO CON EL MAESTRO

Arguamul, 1996

Jonay fue en guagua dando la vuelta por el sur, para ver el Occidente de su isla. Atravesó Valle Gran Rey y siguió en dirección a Vallehermoso, viendo la desviación hacia Alojera, Tazo ya otros barrancos. Por toda la isla había carteles indicando caminos con siglas EAE (eco aldea espiritual) y diferentes nombres: libertad, armonía, brisa, eternidad, bondad, amor, unión, alma. Dejó la guagua en la desviación a Arguamul / EAE Valentía. Al cabo un kilómetro dejó el camino asfaltado para tomar la pista de tierra en descenso. A dos kilómetros de distancia dejó a la derecha el desvío hacia la ermita de Santa Clara y siguió otros dos kilómetros tomando la desviación hacia Tazo / EAE Luna. El camino dejó la desviación a Tazo y siguió colgado en la ladera de la montaña con unas vistas maravillosas hacia el Teide al sudeste y al inmenso océano hacia el norte. Llegó unos dos kilómetros después a una bifurcación que dividía el barrio alto, donde el cartel anunciaba la EAE Valentía, que se divisaba diseminado por el barranco de San Juan. Numerosas palmeras y huertas adornaban el paisaje de Valentía. Con estructuras comunitarias, molinos de viento y una actividad parecida a la que había liderado Ternura. Se cruzó con varias personas y se dieron el saludo de cabeza, respetando el silencio con que Jonay quería rodear ese momento mágico de reencuentro con su maestro. Siguió otro kilómetro hacia abajo donde estaba la casa reconstruida por Fernando viga a viga orillada por el mar.

Cuando llegó, eran las tres de la tarde. La casa estaba vacía. Jonay vio desde fuera que el porche estaba finalmente terminado, con seis majestuosos mástiles de naufragios, traídos por la mar. Jonay sabía muy bien el esfuerzo de subir cada uno de esos troncos macizos de unos trescientos kilos de peso, desde la playa de «su acantilado». El techo también estaba reforzado con la teja árabe que seguramente había ido recogiendo de casas en ruinas. Estaba encalada y Jonay notó el tono añil. Las contraventanas estaban pintadas en azul. La huerta que rodeaba la casa

lucía frondosa de espinacas, acelgas, bronco los, tomates, vainas verdes, lechugas, y plantas de zanahorias, patatas, cebollas y ajos. Había gallinas sueltas y dos perros muy cariñosos que se acercaron a saludarle. Desde una casa de al lado se asomó una mujer rubia, de unos cuarenta años, quien le saludó con acento extranjero. Se llamaba Linda y al rato salieron dos chicos de unos siete u ocho años y empezaron a jugar con un balón.

Jonay le explicó su amistad con Fernando y que venía desde Zimbabue. Linda le dijo que Fernando hablaba mucho de él y se sentía muy orgulloso de Jonay. A los pocos minutos se notó llamar, Fernando venía por el camino, con una mochila:

–¡Jonay!

De la pura emoción soltó la mochila y fue corriendo hacia Jonay, quien también fue corriendo hacia su amigo y maestro. Se fundieron en un abrazo emocionado.

–¡Vaya sorpresa! ¡Me hace tan feliz verte!

–A mí también, Fernando, te recuerdo tantas veces. Las cartas nos tienen en contacto. Pero no es lo mismo. Soy la mitad de lo que soy por tu inspiración.

–No digas eso. Yo sólo te conté historias de África. Tu vocación, tu pasión y tu valentía, ya estaban dentro de ti hace mucho tiempo. ¿Por qué crees que propuse este nombre a esta comunidad?

–Por ti, Fernando. Tú sí que has sido valiente. Me tienes que contar muchas cosas de tu tiempo en Sierra Leona, de la vida aquí, de *Kadiatu* y Lisy, de la comunidad Valentía.

–Sí. Y tú a mí. Estoy impresionado por Aimsa, y por la pequeña Nour. Me hace muy feliz veros unidos a los tres. Verte tan feliz como padre.

En ese momento, notó una sombra en la expresión de Fernando.

–Pero déjame empezar por presentarte a Linda, mi vecina y amiga de alma.

Jonay notó que entre ellos había algo más que amistad, y se alegró por ello, pero no sentía amor profundo. A menudo pensaba en la soledad de su gran amigo, después del dolor del desgarro de su ruptura con *Kadiatu*. Fernando le dijo a Linda que estarían poniéndose al día en casa. Entendió que necesitaban su espacio, su tiempo. Dentro, Fernando también había ido acabando las paredes encaladas, el suelo de cemento pulido, los pocos muebles tratados con Linaza, y algunas fotos que el enmarcaba con ramas de sabina, de Cuba y su familia, de Sierra Leona y el hospital en Lunsar, de Vallehermoso y la de *Kadiatu*, de cuando la conoció por primera vez. Jonay notó que seguía mirando aquella foto con la misma expresión que hacia tantos años, cuando le habló por primera vez de ella y tramaron el rescate desde el barco de Josu en el que Jonay casi perdió la vida.

–¿Sigues pensando en ella, Fernando?

–Todos los días.

–Nunca entendí qué le pudo pasar. Siempre quisiste compartir toda tu vida con ella, todo tu esfuerzo.

–Precisamente por eso, Jonay. Con el tiempo me he dado cuenta que le ofrecía toda «mi vida». No era la suya. Vino sin nada y la ahogó mi entrega. Le ofrecía todo, sí, pero era mi casa, mi profesión, mi forma de vivir.

–¿Hubieses cambiando de vida por ella? Fernando, tú amas Arguamul, tu playa, tu barranco, tu valle, tus pacientes en el pueblo.

–¿De qué me vale, Jonay, estar en el paraíso, si estoy sólo?

–Te entiendo.

–¿Aún la quieres?

–Mucho. Pero ya hace mucho que no nos vemos ni hablamos. Lisy se ha ido a Brasil, y ella tiene una pareja, un hombre que le proporciona un piso en la ciudad, un coche, una tarjeta de crédito, vacaciones en Tenerife o incluso en la Península y ropa de marca. Sé que necesita esas seguridades desde la vida frágil y precaria que tuvo antes. Y yo no se las supe dar, estaba demasiado convencido que lo que yo le ofrecía era lo mejor.

–Pero tú no podrías vivir una vida de burgués, acomodada, Fernando. ¿No le gusta la vida en la colonia?

–Ella vivía así, antes. Yo buscaba el compromiso solidario y la vida sencilla. Ella ni tuvo otra opción en su vida y buscaba la seguridad, el poder. Nos encontramos en un mismo lugar, pero nuestras direcciones eran diferentes. Lo tardé en entender.

–¿Y si lo hablas con ella ahora, Fernando?

–Ya es demasiado tarde. Ella es feliz con su pareja, está segura, a gusto, protegida. Yo, mírame, pasados los sesenta, medio salvaje. ¿Qué puedo ofrecer?

–Lo más bello y valioso, Fernando: amor.

Fernando se quedó pensativo durante medio minuto. Los dos miraban fijos a la vela, como queriendo encontrar las respuestas en el fuego.

–Aún desde mi torpeza. Te doy un consejo. Sabes que te quiero como a un hijo.

–Y yo te quiero como a un segundo padre. Dime.

–He visto en la unión entre Aimsa y tú algo precioso. Cuídala, Jonay, que no te pase como a mí. Ella es, como dices en las cartas, un ser excepcional. Está claro que está destinada a revolucionar el mundo. Por su inteligencia, por su valentía, por su espiritualidad. La vida en Ukuzwana debe ser preciosa, pero ella pertenece al mundo. Dale su espacio. Que no se marchite su flor de guía hacia una nueva Humanidad. Lo puedo presentir.

–Gracias, Fernando. Pensaré en ello. Realmente el centro de mi vida son Aimsa y Nour.

–¿Y tú? ¿Tienes algún calor de ternura en tu intimidad?

–Linda me hace buena compañía.

–Me alegro mucho, Fernando. Aunque no la miras como a la foto de *Kadiatu*.

–Así es la vida, Jonay, no se puede tener siempre todo lo que uno desea.

–Yo estoy feliz de que Lisy esté abriéndose camino como abogada y en la red de eco aldeas y el movimiento sin tierra en Brasil, y *Kadiatu* está dirigiendo ya la organización Gara en defensa de los derechos de la mujer. Ha conseguido fondos del gobierno canario para luchar controla mutilación genital femenina en Sierra Leona, aunque ahora la guerra está devastando al país y no puede empezar ningún proyecto.

–¿Si? ¿Cómo está la situación?

–Se está poniendo muy tensa. Pero siento que tengo que ir allí a trabajar y a ayudar. Después de ayudar a *Kadiatu* y Lisy a escapar, es posible que su familia me acuse, pero necesito volver con los hermanos al hospital de Lunsar. Después de la muerte de Ricardo, otro hermano, Fernando, trabaja día y noche y quisiera ayudarles, las tensiones del país están aumentando, y sigue siendo uno de los lugares más necesitados del mundo. Aquí en Vallehermoso hay muchos médicos jóvenes con ganas de cubrir mi plaza. Yo ya tengo sesenta años, comparto todo en esta hermosa comunidad de Valentía, Nancy es una mujer muy dulce y compartimos las ideas de una vida natural. Pero necesito ir temporadas a Sierra Leona para comprometerme con quienes no tienen nuestros privilegios.

Jonay pensó en esa palabra. «Privilegio». Fernando vivía en extrema sencillez, en armonía con la naturaleza, y sin embargo, se sentía privilegiado ante aquellas gentes que sufrían la enfermedad y no accedían a tratamientos vitales. En comparación con el complejo de soledad–obesidad–depresión o desidia que infiltraba una sociedad moderna abotargada por la abundancia. Entendía muy bien su necesidad de sentir la épica en su vida. De volver a ser médico sumergido en la lucha por la vida y la lucha por la justicia, sin las cuales. Fernando vivía a «medio gas».

–Te entiendo, Fernando. Y entiendo tu consejo sobre Aimsa. Has sido guía en mi vida y lo seguirás siendo. Pero, te pido que tengas cuidado. Escríbete con Haka. Conoce las tramas del tráfico de diamantes, que condiciona tanto la lucha en Sierra Leona.

Se dieron un profundo abrazo, y Jonay volvió a La Ternura, donde le esperaban sus dos princesas para atravesar el mundo.

LX

UN MENSAJE EN LA MECA DE LA MEDICINA TROPICAL

Londres, 1996

El Boeing 747 cruzaba ya el Atlántico norte, acercándose a Groenlandia. Jonay, Aimsa y la pequeña habían vuelto a Los Cristianos navegando en la fiel Satia, y habían tomado un vuelo hasta Londres. Durante un tránsito de unas seis horas, Aimsa le mostró a Jonay y a Nour sus sitios entrañables de Londres: Gandhi en la plaza Tavistock, el hotel Russell frente a la plaza del mismo nombre, los «*buskers*» de Covent Garden, los discursos de *Speakers' Corner*. la casa de los amigos de los cuáqueros, la inmensas librerías Foyles y Dillon's y la Escuela de Medicina Tropical, que Jonay contempló con veneración. Aquel lugar área la Meca de la medicina tropical que había sido su vocación desde que comenzó a aventurarse en la aventura de ser médico.

Sabiendo de su veneración, Aimsa le animó a entrar sólo en aquel templo durante una hora, mientras ella se fue con Nour a la espalda a ver un ensayo en la escuela de danza «The Place».

Jonay entró a aquel edificio mítico en su estudiar y trabajar desde hacía veinte años. Fue a la biblioteca, tomó un original de hacia cien años de la revista de la escuela y se sentó unos minutos en uno de los desgastados sillones Chester al lado de las grandes ventanas por donde se filtraba el escaso y preciado tesoro de unos rayos de sol londinense. Sintió con admiración aquella medicina épica que lucho con escasos medios durante un siglo contra parásitos de una inteligencia para sobrevivir, fascinante, aliados con insectos, verdaderos dueños del planeta tierra. Sintió también pena al comprobar como muchos de aquellos médicos estuvieron al servicio del ejército colonizador inglés. Por otro lado, la mayoría de las enfermedades que mataban a la gente en países pobres, mejor dicho, empobrecidos, no eran tropicales sino pandemias, que en contextos sin recursos económicos, resultaban ser letales. Sentía como las jerarquías de la medicina, también

la medicina tropical, a menudo permanecían en sus altares del poder y del saber, ajenos a la realidad, al derecho a la salud, a su vínculo con la justicia social. Había empezado a sentir, incluso por su buena amiga Anwele, que todo el empeño se limitaba a luchar contra el SIDA, y a los activistas del SIDA parecían importarles poco las muertes de niños por diarrea, de mujeres durante el parto, o de campesinos por neumonías. Desde que Fernando le habló de Alma Ata y luego asistió a las discusiones con Aleida Guevara, o supo de la lucha de Maurice King, su ilusión por la medicina, por la salud, estaba ligada a esos principios, inspirados en el derecho a la salud y vinculados al compromiso que todos repetían desde los años 80 y 90: Salud para Todos en el año 2000.

Durante los años 60 y 70 los países de África, recién independizados, habían ido tomando préstamos del Banco Mundial, creado para la reconstrucción europea tras le guerra y después había ido buscando nuevos clientes para sus inmensos préstamos, bien ligados a la filosofía del mercado global como «motor del desarrollo». Aquellos jóvenes países, condicionados por sus relaciones con las metrópolis coloniales y el imperio económico y militar americano, seguían siendo proveedores de materias primas cuyos precios eran bien controlados por las bolsas y especulaciones de Londres, Nueva York, París, Frankfurt y Chicago, sus economías siguieron siendo periféricas, incapaces de acumular el capital que se iba concentrando en los especuladores capitalistas del Norte, y endeudándose más y más para pagar las deudas de ese «modelo de desarrollo». Los préstamos fueron llegando en los 80 y 90 con la filosofía del *Structural Adjustment Program*, «SAP» (programas ajuste estructural). El Banco Mundial, con otro árbitro aún más feroz creado después, el Fondo Monetario Internacional, prestaban más dinero a cambio de imponer normas para que los gobiernos limitaran sus gastos, sobre todo los gastos sociales como la salud. Así reducían la necesidad de impuestos, y de esa forma facilitaban las inversiones de las multinacionales del Norte, ávidas de más y más negocios y beneficios, y convencidas de que el desarrollo y la felicidad venía con la producción y el consumo sin límites. Los países pasaron a ser ejecutores de las recetas SAP. El tradicional saludo a la nueva vida en las zonas remotas de Matabeleland, «Amhlope», paso a ser «bienvenido al mundo SAP». Los gastos en salud, incluso de gobiernos socialistas africanos como los de Nyerere, Kaunda, Mugabe o Rollings, comprometidos con la lucha por los derechos sociales universales como salud y educación de sus poblaciones, oprimidas tanto tiempo por jerarquías y sistemas racistas, fueron encogiéndose. Además, con pocas excepciones como Nyerere, el poder fue corrompiendo aquellas ilusiones libertarias iniciales y fueron germinando nuevas jerarquías opresoras.

Todo ello fue creciendo a la vez que el timón económico del mundo en Estados Unidos, fue tomado por Reagan, acérrimo antisocialista, quien resumió su visión del gobierno en una frase: «lo que el gobierno haga por la gente, la gente no lo hará por ella misma». Su alianza con otra líder antisocialista liderando

el gobierno británico, la dama de hierro Margaret Thatcher; y la caída del muro de Berlín en 1990, habían extendido por todo el mundo el «sistema neoliberal». Primaba así la «libertad» del movimiento del adorado «capital», como si de un espíritu de «desarrollo y dignidad humana» se tratara. En realidad era el caballo galopante del enriquecimiento de los que mejor sabían especular con esos movimientos cada vez más rápidos y más grandes, en lo que fue convirtiéndose el mundo: un gran casino de especulación por el poder económico insensible a las libertades, derechos y dignidad reales de las personas. Jonay iba conociendo por Haka y Aimsa, el entramado de jugadores importantes en esa gran mesa de poder.

Reflexionando sobre aquellas cuestiones, escribió una nota y la puso en el tablón de anuncios de aquella «meca» de estudios de la salud, supuestamente, de los más pobres:

A quien pueda interesar:

Me llamo Jonay Harris. Soy médico rural en Zimbabue. He seguido con admiración los trabajos de este templo del saber de la medicina tropical, durante mis estudios y mi trabajo. Quiero ante nada expresar mi admiración por su trabajo liderando el conocimiento de las enfermedades exóticas para los climas meridionales. Pero también quiero compartir una reflexión: en la seguridad de que todos los esfuerzos de este lugar y tantas miles de personas relacionadas con la investigación y el conocimiento en salud, desean ir encaminados a una mejor salud para todos, quiero recordar que sólo el diez por ciento de la carga de enfermedad en los países de ingresos bajos, está relacionada con enfermedades tropicales. La mayor parte del sufrimiento y pérdidas de vida no es por la latitud, sino por la actitud de políticos y sociedades que mantienen un mundo de ricos en abundancia obscena y pobres en necesidad indigna. Debemos luchar todos por vidas saludables y en armonía entre las personas y con la naturaleza, por el derecho a la salud concreto y reclamable por las personas y no a expensas de la benevolencia de políticos, académicos, fundaciones de fortunas o grupos sociales movilizados por lo general por causas y poblaciones muy focales. La salud hoy depende de la justicia social, de la armonía natural y de las relaciones solidarias entre los pueblos.

Por una alianza de personas para un mundo más justo, saludable y ecológico.

jonay.harris@hotmail.com

www.Ecolovingcommunitiesnetwork.com

Llegó a The Place. Allí estaban sus dos princesas viendo aquel ensayo maravilloso de los estudiantes de danza. Era el momento de seguir viaje.

LXI

JONAY SIENTE EL DESTINO DE AIMSA

San Francisco, 1996

Siguieron en un vuelo a Vancouver vía San Francisco, donde, de nuevo, consiguieron una escala de seis horas, suficientes para ir a visitar la mítica plaza de las Naciones Unidas. De nuevo Aimsa hizo de guía para Jonay, quien sólo había vivido en Canarias y Zimbabue. Nour había dormido bien y habían podido usar, tras pasar la aduana, unos baños donde refrescare los tres. Dejaron el equipaje facturado para Vancouver y salieron con una mochila. Cogieron el metro «BART» y llegaron a la estación de *United Nations Plaza*. Jonay notaba que Aimsa estaba emocionada. Empezó a relatarle la historia de aquel lugar y de una idea que parecía latir en ella desde que nació, quizás antes.:

Hace exactamente doscientos años que Kant propuso una idea de paz perpetua y una liga de naciones que controlara los conflictos y promoviera la paz entre los pueblos auto declarados estados libres de respeto a sus ciudadanos y a visitantes. Más de un siglo después se firmaron las primeras «reglas del juego», leyes internacionales, como la convención de Ginebra para proteger la ayuda humanitaria durante las guerras, y las convenciones de La Haya, a principios del este siglo, que pretendían poner límites a las crueldades durante las guerras y establecer formas de resolución de conflictos internacionales.

Por entonces surgieron dos pacifistas, un parlamentario inglés, Cremer y un ex ministro de Napoleón, Passy, fundaron la Unión Interparlamentaria, que incluía a parlamentarios de veinte y cuatro países, destinada también a evitar guerras. Sin embargo, poco después dos alianzas en Europa entraron en una guerra en que por primera vez los avances de la revolución industrial se utilizaron para la acción bélica, causando más de veinte millones de muertos.

–Recuerdo eso bien, Aimsa. Mi abuelo paterno fue soldado en la guerra. Mi padre solía hablarme de ello y de la postguerra. Tuvo un profundo impacto en Europa y un sentimiento pacifista. Se llamó «la guerra para acabar todas las

guerras». Investigaron las causas de la guerra: carrera armamentista, alianzas entre bandos, diplomacia secreta y la libertad de los estados soberanos de entrar en guerra para su propio beneficio.

–Sí, fue entonces cuando el presidente americano entonces, Wilson, propuso sus catorce puntos para la paz, de los cuales el último proponía una asociación general de naciones de garantías mutuas para la independencia política y la integridad territorial.

–Sí, ¿pero sabes quién fue el principal aliado de Wilson?

–Sí, lo sé, Smuts, el bóer racista que presidía entonces Sudáfrica y mantenía la esclavitud de los africanos. Pero curiosamente tuvo mucha oposición de los republicanos. Poco después del Tratado de Versalles, que sellaba la paz tras aquella horrible Primera Guerra Mundial, se celebró el primer consejo de la Liga de Naciones y ese mismo año se trasladó al Palacio de las Naciones, en Ginebra.

–Sí, Aimsa, pero en menos de una década de La Liga de Naciones no pudo prevenir la Segunda Guerra Mundial.

–Es cierto. Por ello precisamente y por la crueldad de la Segunda Guerra Mundial con más de cincuenta millones de muertos, fue entonces Roosevelt el que habló por primera vez de las «Naciones Unidas» para describir a los aliados que habían ganado la guerra. Los veintiséis países que habían vencido en la guerra, firmaron la Carta Atlántica y convocaron en 1945 a la conferencia constituyente de las Naciones Unidas, con cincuenta países miembros entonces. Precisamente aquí, Jonay, donde estas pisando. Aquí se ven las placas de todos los países de aquel inicio de un gobierno mundial por la paz.

–Sí, Aimsa. Pero era una organización dominada entonces y ahora por unos pocos países poderosos que habían ganado la guerra. Aún sólo son miembros del consejo de seguridad los Estados Unidos, Rusia, China, Francia e Inglaterra. Es anacrónica. ¿Qué democracia es esa?

–Lo sé, Jonay. Por eso tenemos que mejorarla, para la nueva Humanidad que está naciendo.

Jonay sintió un escalofrío. Sabía que esa intuición, pensamiento, casi certeza, de Aimsa, era lo que en verdad esperaba al mundo. Y sabía, aún sin saber cómo, que Aimsa sería clave en esa nueva humanidad naciente. Pensó, con orgullo y a la vez cierta pena, en el consejo de Fernando, que no podía seguir limitando a Aimsa, a un rincón del Kalahari. Ella pertenecía al mundo, y el mundo la necesitaba. Y por el amor que tenía en ella, haría lo que fuera y donde fuera.

Pero aún ni se lo diría, les esperaba un hermoso reto compartido en Vancouver.

LXII

LLEGA LA ESPERANZA. ¿PERO SÓLO PARA ALGUNOS?

Vancouver, 1996

Jonay, Aimsa y Nour viajaron de San Francisco a Vancouver. Se alojaron en una casa de un pintor a través de la red *couch surfing.* Llevaban un mes viajando por Madrid, Tenerife, Gomera, Londres, San Francisco y Nour parecía ir acostumbrándose. Casi todo el tiempo la llevaba Jonay en una mochila en su pecho, o a caballo sobre sus hombros. Nour se mostraba casi siempre sonriente y tranquila aunque a veces tenía genio y se calmaba al rato tomando el pecho. Jonay, en conciencia por compensar el esfuerzo de Aimsa en darle el pecho día y noche, era el encargado de pañales y baños. Cada vez sentía con más fuerza la imagen de Aimsa como una líder destinada a contribuir a una nueva Humanidad, y le dejaba más espacio para sus lecturas, pensamientos, meditación. Aimsa fue notando ese empeño de Jonay. Entre ellos no hacían falta las palabras. Jonay esperaba a que terminasen sus tareas en el congreso para hablar con ella de su futuro. Él sentía un amor de veneración. Ella sentía un amor de complicidad. Nour les miraba y sembraba en su corazón una convicción de que le vida, en ojos de sus padres y en las miradas entre ellos y para ella. Era una aventura épica.

La ciudad de Vancouver era una de las más «desarrolladas» del mundo, según los índices de desarrollo humano. Combinaba una poderosa industria limpia, una naturaleza fascinante hacia el Pacifico y hacia los inmensos bosques del Norte, un modelo social que garantizaba salud y educación libres, muy diferente al vecino del Sur, y una mezcla racial por su acogida a refugiados e inmigrantes de todo el mundo, que denotaba su tolerancia.

La ciudad estaba empapelada de posters del congreso que rezaban «*One World, One Hope*» (Un mundo, una esperanza).

Sin embargo, la familia Harris fue descubriendo que en los grupos participantes, las comunicaciones científicas, incluso en las reivindicaciones sociales, había dos mundos bien diferenciados. Quizás nunca antes fue tan patente la brecha

entre los ricos y los pobres del mundo. El SIDA de los pobres mataba, la mitad de los estudios en África simplemente describía fríamente el drama: cuanta gente moría en el tiempo, de que morían, cuántos niños se infectaban. El SIDA de los ricos iba dejando de matar, la mayoría de los artículos demostraban supervivencias con los tratamientos similares al de otras enfermedades crónicas bien tratadas como la hipertensión o la diabetes.

Jonay se dio aún más cuenta de la fuerza del destino de Aimsa cuando la saludaban gentes de todo el mundo por los pasillos del congreso.

Al rato de llegar, se encontraron con Michael, el amigo de Aimsa que describió los primeros casos en San Francisco y que les había ayudado a seguir la efectividad de los tratamientos de NoLwasi y las combinaciones de prevención de transmisión de madre a bebe, que intentaba Jonay en ausencia de acceso a tratamientos. Estaba conversando con un hombre de rasgos orientales. Algunos fotógrafos les rodeaban aunque ellos parecían ausentes a ese interés de los medios.

–Hola, Michael, me alegra mucho encontrarte. Gracias por tu apoyo a nuestros esfuerzos en Zimbabue.

–Hola Aimsa. Es lo menos que puedo hacer. A menudo siento vergüenza y rabia de vivir en el privilegio y saber de la injusticia que mantiene a la mayor parte de los pacientes en un destino letal.

–Te presento al Dr. Harris, mi compañero. Ha dedicado los últimos diez años a intentar, sin los tratamientos antiretroviarles, aliviar el sufrimiento en el epicentro del SIDA, el triángulo de la muerte entre Zimbabue, Botsuana y Sudáfrica.

–Encantado Dr. Gottlieb. Es un honor conocerle, y muchas gracias por su ayuda.

–Dejad que os presente a mi colega y amigo David Ho. Os aseguro que sus estudios revolucionaran este congreso y la historia del SIDA a partir de ahora.

–Exageras, Michael. Tú descubriste la enfermedad, los demás seguimos tu estela. Ahora debo ir a una entrevista con la revista Time, pero sería un placer volver a encontrarles un rato durante el congreso. Me preocupan mucho las condiciones en África y quisiera saber de su experiencia, Dr. Harris.

–El placer será mío.

Cuando David se fue, Michael les invitó a Jonay, quien llevaba plácida y curiosa a Nour en su pecho, y Aimsa, en su sari azul, a un jugo de frutas en un rincón de aquel congreso donde casi diez mil personas de todo el mundo revoloteaban en reuniones, conferencias en más de diez salas a la vez, encuentros, cientos de stands de la industria, organismos internacionales y asociaciones civiles, en un murmullo y deambular intensos. Aimsa, combinando su intensa percepción de los sentidos y su capacidad de abstracción, imaginaba la visión desde unos cien metros de altura e incluso percibía los movimientos de las personas a cámara

rápida e intuía los nudos estratégicos de contactos y las salas donde se estaban concentrando las atenciones y los movimientos.

Michael les habló acerca de aquel pequeño oriental que estaba entrevistando la revista Time:

–David nació en Taiwán al huir sus padres de la China de Mao al final de los cuarenta. Taiwán era uno de los pocos países que no son miembros de las Naciones Unidas, por oposición de China en el Consejo de Seguridad.

Jonay miro a Aimsa. De nuevo, sintió una fuerza inenarrable en su mirada. Nour estaba molesta y necesitaba cambio de pañales. Jonay insistió en que Aimsa se quedase charlando con Michael y él se encargaría un rato de Nour.

–A los doce años, su madre emigró con él a Estados Unidos, para reunirse con su padre, quien les había estado esperando durante una década. David creció en Los Ángeles, donde estudió y destacó en ciencia y física. Se trasladó luego al «San Francisco del Este», Boston, donde estudió medicina. Volvió después a Los Ángeles y compartimos la especialidad de medicina interna y compartimos los retos de describir los primeros casos de la epidemia, hace ahora quince años, como bien sabes tú, Aimsa. Se ha ido dedicando más a la investigación del comportamiento del virus y conoce como nadie sus mecanismos de reproducción. Lo que realmente va a cambiar el panorama se la epidemia, es la evidencia que está logrando de que atacando al virus en varias mecanismos de su reproducción, de forma simultánea, se consigue no sólo mejorar rápidamente las defensas del paciente, sino hacer desaparecer todo rastro del virus en la sangre.

–¿Te refieres a una curación?

–No lo sabemos, pues hay zonas donde sabemos que el virus se protege, y es prematuro para el tratamiento aún. Pero seguro que es un paso a la curación.

–¿Quién tiene las patentes de esas moléculas y sus combinaciones, Michael?

–Me temo que ahora es todavía más grave que en la década de los ochenta. Ya no sólo es Wellcome y su zidovudina sino otros también. Abbot, Hoffman, Roche y otros van blindando sus moléculas, a menudo usurpadas a precios de ganga a la investigación pública, invierten en los ensayos clínicos y protegen sus monopolios con precios astronómicos. Veras los stands de tus amigos de Act–Up con información sobre este negocio. Yo sólo puedo seguir dando el tratamiento que mejor puedo en el sistema que protege a una parte de la sociedad y mirar por ese grupo. Pero cuando viene a mí con más fuerza la conciencia del mundo que queda afuera de esta esperanza, siento mucho dolor. El mundo te necesita aún más, Aimsa.

–Nos necesita a todos.

–Mira esto, Aimsa. Lo siento en el alma.

Michael le entregó un sobre a Aimsa que rezaba «Anwele Moyo, carga viral y CD 4».

En ese momento llegó una pareja a saludar a Michael. Aimsa reconoció rápidamente a Bill y Melinda, dueños de una de las fortunas más grandes del mundo. Aimsa le había visto en fotos de artículos y en entrevistas y reportajes en la televisión. Había leído artículos sobre su rivalidad con Steve, y su «cuchara-mando». ahora conocida mundialmente como ratón, y sus proyectos de ordenador, con el símbolo de una fruta. Aimsa detectaba algo confuso en su forma de enriquecerse tan rápido, y tanto por el monopolio de combinar sistemas operativos y accesos a internet, y a través de comprar y vender ideas, patentes y negocios, acaparando gran parte del poder mundial de la información, que cabalgaba ya hacia el nuevo siglo en internet.

–Hola Bill, Melinda, sentaros con nosotros un momentos. Quisiera presentaros a una buena amiga, Aimsa. Es una de las luchadoras más tenaces por los derechos de las personas afectadas por la epidemia, tanto en América como ahora en África.

–Gracias, Michael. Y encantado, Aimsa. No somos científicos, venimos a aprender y a apoyar la lucha en el reto global de la epidemia.

–Es muy generoso por su parte. ¿Cómo quieren ayudar?

–La vida me ha sonreído y mis esfuerzos e ideas en la informática y la comunicación, nos han llevado a una vida privilegiada. Mi madre murió hace poco y sus últimas palabras me han inspirado a *give back* (devolver) a la sociedad.

–En nombre de tantas personas en extrema pobreza y sufrimiento, le agradezco su solidaridad, aunque si pudiera serle sincera...

Michael temió una de las provocaciones elocuentes, sinceras, inteligentes de Aimsa. Él, como David y muchos otros, empezaban a vivir del apoyo de la incipiente Fundación Gates.

–Desearía que un mundo más justo no permitiese riquezas tan extremas como la suya ni pobrezas tan extremas como las de cientos de millones de personas. Me cuesta creer que su inteligencia o su esfuerzo, medido por su dinero, supera al de más de cincuenta millones de pobres, esforzados en sus día a día en campos, minas, talleres, mares y plazas por todo el mundo.

–Agradezco su sinceridad, Aimsa. En mi país creemos en las oportunidades, en luchar por ellas con ingenio y riesgo, y en retribuirlas por las reglas del mercado, iguales para todos.

–¿Cree, de veras, que las reglas del mercado son respetadas por sus operaciones de *trust* y de monopolio de las comunicaciones? Soy la primera que admiro su ingenio y que aprecia su solidaridad. Pero le repito, me duele que dependa de su buena voluntad, y no de un mundo más justo, la vida de millones de personas.

–No soy yo quien ha dictado o mantiene estas reglas del juego, pero confío en ellas, e intento compensar sus efectos de injusticia, compartiendo buena parte de nuestro privilegio.

–¿Entiendo que ha puesto miles de millones en inversiones y que su Fundación trabajará con sus intereses?

–Así es. Incluso ello supone que no dejaremos herencia de esta fortuna a nuestros hijos, sino una buena educación y condiciones de vida. Ellos deberán luchar por su destino. Mantenerlo invertido es la forma de no agotar en poco tiempo el patrimonio que genera estos fondos de solidaridad.

–¿Y está usted seguro que las inversiones no harán más daño a la salud que la bondad que pretende con sus intereses? Por ejemplo, sus vínculos económicos con las industrias farmacéuticas que blindan precios inasequibles para los pobres, les condenan a muerte y gozan a la vez de beneficios de miles de millones anuales, puede que causen más dolor que todo su esfuerzo solidario.

–No entiendo, Aimsa, su agresiva actitud, estamos aquí para ayudar, podríamos estar protegiendo nuestros ahorros ajenos al mundo.

–Le reitero mi reconocimiento por ello. Otra pregunta: ¿sabe usted el precio que tienen los monopolios de las patentes en vidas humanas? Mañana presentaré un análisis sobre ello y estaría muy honrada de su presencia para el debate.

Aimsa notó una cierta preocupación y enojo en la mirada de aquel ser humano tan poderoso por los azares del mercado. Pero captó también una mirada humana, genuinamente sensible, vulnerable a la verdad. La pareja Gates se fue, reclamada por sus ayudantes, y vio que se acercaban al Dr. Mann, quien reconoció a Aimsa y la saludó en la distancia.

–Aimsa, no sé si presentarte a más gente. Las pones contra la pared, demasiado directo, demasiado rápido. Espero que no me retiren la subvención para mi investigación. Y pensaba en pedirle apoyos a vuestros estudios y esfuerzos, pero me temo que has esfumado esa posibilidad con tu actitud desafiante. En América dependemos de este «*give back*» de los que tienen éxito económico en la sociedad, para generar conocimiento.

–Sí. Que vuelve a ser usurpado por las inversiones billonarias para evadir impuestos públicos y acumular más y más, y daros las migajas. Este sistema, Michael, se acabará en poco más de una década.

–En cualquier caso, Aimsa, me encanta seguir sintiendo tu fuerza.

En ese momento volvía Jonay con Nour, fresquita y sonriente. Se despidieron de Michael y fueron a comer a un restaurante vegana cerca del congreso. Aimsa le contó las conversaciones con Michael sobre David y con Gates.

–¡Caramba! Si te dejo un poco más ¡despachas con Clinton y con el Papa!

–Ni quiero saber de nada ni de nadie si no estoy con los dos seres con los que mi alma esta trenzada para siempre.

Se abrazaron con emoción. Nour quedó mágicamente en el medio de aquel abrazo de profundo amor y respeto.

En los días siguientes presentaron sus trabajos y estudios. Jonay presentó su estudio sobre la prevención de transmisión de madre a hijo con clorhexidina y vitamina A en una sala con apenas unos cuarenta participantes. Al lado de las salas donde David Ho y otros presentaban los avances científicos a dos mil personas llenando la sala principal y a otros tantos en salas satélite con pantallas en directo. Justo al acabar su presentación, Jonay pudo asistir a otras conferencias de David y Michael sobre la esperanza de las terapias combinadas.

Al concluir, no encontró a Aimsa y Nour, y entró en una sala en la que un panel exponía varios estudios en Europa, América y en Tailandia, que demostraban la enorme reducción de la transmisión de madre a hijo con determinados protocolos de zidovudina.

Jonay había perdido de vista a Aimsa, con Nour. Sentía una rabia contenida al oír esas noticias de esperanza, vetadas para los pobres del mundo. Entonces, en el turno de preguntas en aquella inmensa sala, vio en la distancia como a una mujer con una fuerza que brillaba con intensidad, con un vaporoso sari azul celeste y un pañuelo del mismo tejido cubriendo su melena negra y con una niña durmiendo unida a su espalda por otra tela blanca. Se levantaba al entregarle una de las azafatas del congreso, un micrófono. Todo el mundo centró su atención en aquella mujer, que Jonay observaba con profunda admiración, con profundo orgullo y responsabilidad.

–Me llamo Aimsa Harris.

Era la primera vez que Jonay la escuchaba decir así su nombre. Sintió un vuelco en el corazón. Se reprimió las ganas de decirle al de al lado con orgullo: «¡es mi compañera!»

–Les agradezco su brillante trabajo y su elocuente exposición. Es evidente que ya ha habido docenas de estudios que demuestran que la zidovudina salva vidas, retrasa la muerte en los infectados, y disminuye las infecciones en los niños de madres infectadas. Y es evidente que en ausencia de zidovudina y de otros tratamientos aún más esperanzadores que estamos conociendo en este histórico congreso, la infección del SIDA conlleva una condena de muerte y uno de cada tres recen nacidos de madres infectadas, compartirán la misma condena. No es la condena de un virus, es la condena de un mundo que mira a otro lado y lo permite. Wellcome ha ganado desde el inicio de su patente más de diez mil millones de dólares, más de cincuenta veces el dinero que invirtió en usurpar la molécula y aplicarla en ensayos clínicos. Ese beneficio proviene de precios hasta cien veces el coste de producción. Si la avaricia de este monopolio de sangre, se hubiese agotado al recuperar «sólo» cinco veces su inversión y se hubiese limitado a mantener beneficios pero «sólo» de unos cien millones de dólares al año o a permitir que otros laboratorios la fabricasen a ese justo margen, el tratamiento hubiera llegado a los países de economías marginales y dependientes de las que, con un casino mundial, controlan precios, intercambios, valor de las monedas e intereses.

Ello hubiese salvado en los últimos diez años la mayoría de las diez millones de muertes en extrema debilidad, tristeza y dolor que el mundo «ha permitido» en este tiempo. Cada mil dólares de beneficio anual, señores de Wellcome y sus miles de accionistas, tiene el precio de una vida humana, de un hombre, mujer o niño agonizando. Pero sus oídos no oyen ese grito de angustia, sus ojos no ven esos cuerpos esqueléticos. Yo vengo aquí a gritar por ellos. ¿Cuántos de ustedes han tenido a una de esas personas víctimas de la avaricia sin límites, muriendo en sus brazos?

Unas pocas manos se levantaron en las filas de atrás y en un hombre, ya canoso, y con camisa blanca que la miraba emocionado desde el otro lado de la sala. Un murmullo se oyó en la sala, los ponentes miraban, incómodos, al suelo o a sus papeles.

–¿Y cuántos de ustedes tienen acciones en esta compañía? ¿O en las otras que ya están blindando sus monopolios billonarios hacia los nuevos tratamientos de aún mayor esperanza? ¿O en las compañías donde a su vez esos centros de avaricia tienen inversiones? ¿O a través de sus ahorros en bancos que invierten en ellas? Les aseguro que pocos en esta sala podrían dejar de levantar la mano si supieran las raíces profundas que nutren la abundancia y el privilegio de los países dominantes. Piensen en ello. Mientras he querido transmitir esa voz de los ausentes que sufren la avaricia del sistema, han muerto tres personas. Ustedes laten la bondad de la humanidad bajo sus piel, todos la sentimos, dejen la fluir y romper las crueles barreras de la avaricia.

La sala quedo enmudecida, Aimsa estaba mirando fijamente al panel, sin severidad pero sin humillación, no mendigaba. Clamaba justicia. No demandaba. Apelaba a la humanidad que a todos unía. El silencio se fue transformando en un rumor y en algunos aplausos aislados con gritos de «¡tratamiento para todos!».

El moderador del panel tomó la palabra:

–Este es un congreso científico. A todos nos duele la pobreza en el mundo. Pero no es nuestra función aquí solucionarla. Ni podríamos hacerlo. Les ruego que limiten sus preguntas a los aspectos científicos que estamos tratando y respeten la honestidad de estos científicos que se esfuerzan en descubrir formas de luchar contra esta epidemia.

Aimsa salió lentamente de la sala. Jonay salió por otro pasillo. Se encontraron en la salida y se dieron un abrazo emocionado.

–Ni en mil vidas habría encontrado a nadie con tu luz para el mundo, Aimsa. Debes estar en el centro del cambio hacia una nueva Humanidad, y yo estaré siempre a tu lado. Mientras lo desees.

–Lo haremos juntos, Jonay. Los tres. Sin vosotros nada tendría sentido.

Un grupo de unas veinte personas le rodeaban a Aimsa. Jonay se fue retirando del abrazo y llevándose a Nour, mientras representantes de diversas organizaciones rodeaban a Aimsa y le hacían preguntas.

Las palabras de Fernando volvieron a hacer eco. Jonay sabía que adaptaría su vocación profesional, su vida entera, a esa mujer que llevaba la fuerza de la humanidad en su alma.

Se mantuvo discreto a unos cincuenta metros, sentado en el suelo y mirando por las ventanas del centro de conferencias al inmenso Océano Pacifico. Nour se había despertado asombrada y curiosa ante ese sonido parecido a la lluvia que salía del golpear de manos de todas aquellas personas. Aimsa se reunió con ellos unos diez minutos después.

–Es maravilloso lo que has dicho Aimsa. Has traído la voz de los olvidados a este gran circo de vanidades e intereses, que en nombre del SIDA, mantiene un gran negocio.

–Hablo con tu fuerza en mi alma, Jonay.

–Pero dime, Aimsa: ¿nos queda el agua de NoLwasi, no? ¿Cómo vamos a presentar los resultados en este templo del dinero, las moléculas y los «dobles ciegos»?

–Jonay. He estado leyendo sobre las posibles bases moleculares que explican el efecto del agua de NoLwasi. Creo que se debe a un efecto de las primeras moléculas de las lágrimas de Anwele, infectadas por un virus galopante entonces en su cuerpo. Esas moléculas han sido diluidas hasta tal extremo que sólo han quedado en ese agua mágica la «huella» y su influencia en la distribución espacial y energética del agua. Cuando entra en la sangre, esas estructuras geométricas y energéticas paralizan al virus por simetrías magnéticas. Tiene relación con la expresión material de las dimensiones cuánticas. Pero aún la ciencia no ha avanzado para entenderlo y simplemente lo rechaza. Hay algo mágico e inexplicable en lo que rodea al tratamiento de NoLwasi. Nadie lo entendería aquí. Ni lo respetaría.

–Bueno, al menos tenemos esa esperanza y la del maravilloso mundo mágico de NoLwasi. Aunque aquí no lo puedan entender. Podemos aliarnos con los movimientos de homeopatía.

Aimsa se quedó mirando al suelo, con expresión grave. No pudo disimular su dolor. Desde que había leído el sobre que le había entregado Michael con los resultados de Anwele, no sabía cómo decírselo a Jonay.

–Jonay. Tengo algo que decirte. No son buenas noticias

–¿Qué ocurre?

–Michael me ha entregado los últimos resultados de los análisis de sangre de Anwele. El virus está invadiendo de nuevo su sangre, su inmunidad está debilitándose rápidamente, el agua y las hierbas de NoLwasi han dejado de funcionar. No sé por qué. Por eso también hablé aún con más fuerza en esa sala.

Jonay no dijo nada. Le pidió a Aimsa dar un paseo él a solas. Tras abrazarla a ella y a Nour, salió en dirección al océano. Desde niño tenía la costumbre de llevar un bañador como ropa interior, con el que en cualquier momento o lugar podía correr o nadar. Corrió por la costa hacia el sur buscando una entrada al mar. Encontró una pequeña cala. Dejo su ropa oculta en una roca y entro en el frío océano. Sus lágrimas de rabia se diluyeron en el inmenso océano. Como las de Anwele en la mágica dilución de NoLwasi. Mientras nadaba, pensaba en Anwele y su lucha, en Nothando abrazada a ella en la cama del dispensario, en los cientos de pacientes que tenían en tratamiento, en el espíritu de NoLwasi uniendo la sabiduría y magia de los antepasados con la esperanza de su pueblo para sobrevivir a la plaga. ¿Qué sería de ellos? Lloró con rabia mientras nadaba hacia alta mar. Agotado por el esfuerzo y entumecido por el frío océano, paró y gritó con todas sus fuerzas rodeado por la fuerza del mar.

–¿Por qué? ¿Y ahora qué? ¿No tienes suficiente.?

Se dio cuenta de que increpaba a Mkulumkhulu como sus hermanos ndebele y kalanga.

Volvió a la cala donde había dejado la ropa, dejó que la brisa del mar le secase, y volvió con una extraña sensación de fuerza y paz, hacia el congreso. Encontró a sus dos princesas sentadas a la entrada.

–Discúlpame, Aimsa, necesitaba llorar de rabia, sólo, lejos.

–Te entiendo, Jonay. Ahora llora conmigo y apóyate en mi fuerza, recibe mi calor, funde tu alma dolorida en la mía.

Se abrazaron y salieron del congreso para dirigirse a la casa del pintor.

Al día siguiente, se acercaron con pocas ganas al congreso. Si no había justicia, la ciencia sólo aumentaba la injusticia. No querían ser cómplices de un mundo cruel. Al entrar vieron a Juan.

–¡Aimsa, Jonay! ¿Cómo estáis?

–Algo decepcionados, para serte sinceros.

–No pude ir a la conferencia de transmisión de madre a hijo pues exponía sobre los efectos tóxicos de los antiretrovirales. Pero he oído ya a tres personas hablar sobre el mensaje de «la mujer del sari». Has causado más impacto del que crees, Aimsa. Aunque no hayan reaccionado y este y todos los congresos sigan vinculados y pagados por la industria del monopolio, has sembrado una semilla fuerte en las conciencias de miles de personas. A mí me habéis hecho pensar mucho. Quiero proponemos algo.

–Gracias Juan, dinos.

–Yo trato enfermos de SIDA en el rico norte. Vosotros intentáis aliviar enfermos de SIDA en el sur empobrecido. Quiero que unamos esos dos mundos. El acceso a tratamientos que preservan la vida en mi mundo, y el sentido de la

vida que preserva la solidaridad, la unión, en vuestro mundo. Nos necesitamos mutuamente, y el puente debe prender o aliarse a movimientos de justicia.

–Todos estamos unidos, todos somos la misma energía. Atrapada y disgregada en trampas del tiempo y lo que nuestra mente crea como realidades –dijo Aimsa.

–Eso es. No llego a tu profundidad espiritual. Pero creo entenderte, Aimsa. Lo que planteo es quizás banal, menor, pero la semilla que sois capaces de plantar en las conciencias de las gentes, debe llegar a muchos más. Querría organizar médicos y otros profesionales para que pasen temporadas en vuestro hospital, aprendiendo y a vuestras ordenes, y traer medicamentos y cualquier cosa que sea útil. Estoy convencido de que cada uno de ellos, al conocer aquella realidad, sería una fuente de solidaridad ya de movimiento por la justicia. Y mientras tanto, traeremos medicamentos aunque haya que saltarse muchas barreras. La lucha por la vida lo justifica todo. Está en nuestro juramento hipocrático.

–Gracias Juan. Es una idea preciosa. Tendremos que ver buen la logística, viajes, donde acogerles, los registros como médicos en el país, la importación de medicamentos. Pero intentemos lo. Te lo agradezco con el corazón.

–Soy yo quien agradece vuestra entrega a los más necesitados.

Fueron a varias sesiones menos científicas, más sociales. Cuanto más se hablaba de justicia, más oscuro era el color medio de la piel de los asistentes.

Asistieron a conferencias demoledoras: si seguía en la tendencia actual la epidemia, modelos demográficos hacían predecir un descenso de la esperanza de vida setenta a cuarenta años en Zimbabue. De ser el sistema modélico de salud en África, al país de menor esperanza de vida saludable en el mundo. Ante cierto conformismo doloroso de la ausencia de acceso a los nuevos tratamientos combinados, tampoco a la simple zidovudina y a menudo ni siquiera a antibióticos con los que prevenir o paliar infecciones oportunistas, muchos estudios en África se centraban en la prevención. En Tailandia habían disminuido de forma muy clara la transmisión del virus mediante la intensa distribución de preservativos. Algo parecido parecía empezar a verse en Uganda. Pero la sangría humana aumentaba año a año en África y era difícil no sentir más y más rabia al ver la brecha entre los dos mundos, entre la vida, y la muerte.

Al salir ese día, Aimsa se encontró con James, un activista conocido de Act–Up. Les animo a ir a un acto en el que Erik pronunciaba un discurso y luego se entregaban, simbólicamente, urnas de oro, a actores que causaban o perpetuaban la injusticia del SIDA. Entregaron esas vergonzantes urnas a la las compañías de Abbott beneficiándose de precios altísimos del *ritonavir*, *serono* y BTC por los mismos abusos económicos con la hormona del crecimiento y la *oxandrolona* respectivamente, que paliaba el efecto de diarrea crónica y caquexia, debilidad extremas, a Hoffman La Roche por lo mismo con el *saquinavir* y a Merck con

su *crixiban*. También criticaron a Francia, Canadá, Estados Unidos y Rusia, por exigir el test del SIDA a los inmigrantes y negar la entrada a los infectados. Claro, ninguno de los agraciados acudió al acto.

Al salir de la reunión, se acercó a Aimsa un abogado llamado Zachie con una camiseta de la campaña de acceso al tratamiento, Treatment Access Campaign (TAC), de Sudáfrica. Le acompañaba un hombre de unos cuarenta años llamado Eric y que llevaba una camiseta de la organización Médicos Sin Fronteras.

–Enhorabuena por su intervención de ayer. Ha emocionado a unos cuantos y sembrado cuestiones de conciencia en muchos más.

–Yo sólo digo algunas conclusiones sobre la injusticia y la salud. Y no sólo en SIDA, sino en todas las enfermedades. Quien realmente trabaja día a día por aquellos que el mundo ignora es mi compañero e inspiración, aquí a mi lado, el Dr. Harris.

–¿Dónde trabajan?

–En el sur de Matabeleland, en Zimbabue. ¿Y ustedes?

–En los arrabales de la Ciudad del Cabo. Sobre todo en uno llamado Kaleyitsha. ¿Cómo están luchando en Zimbabue para el acceso al tratamiento?

–Intentamos hablar con el ministro Stamps y animar a la importación desde la India o a la fabricación en parte por los laboratorios públicos llamados PLABS, pero aún no tenemos respuesta. Parece que aún hay una cierta negación de la epidemia, unida a una tensión creciente por expropiaciones de tierras a los blancos,, extrañas intrigas de Mugabe apoyando a Kalinda en la guerra de Congo y casos de violencia contra miembros de la oposición. Son momentos estos de mucha turbulencia, y al SIDA no se presta la importancia que merece. Incluso lo han llegado a asociar con la homosexualidad y a esta con una desviación perversa y castigada con cárcel.

–¿Vosotros qué hacéis? –dijo Aimsa.

–También vivimos una etapa confusa, con ideas desde líderes del Congreso Nacional Africano de que el SIDA es un invento occidental y se cura con dietas, hierbas, ajos. Pero creemos que tenemos a Mandela como aliado. Además, hemos conseguido que en cuatro años se celebre el congreso internacional en Durban, y los políticos querrán dar una buena imagen –dijo Zachie.

–¿Pero cómo estáis intentando conseguir accesos medicamentos?

–Ahora de dos maneras, a ver si aliamos fuerzas: presionamos al gobierno de Sudáfrica para que importe medicamentos de India y de Brasil, que fabrican genéricos de las nuevas patentes a cuyos propietarios ha entregado Act-Up la «urna de oro». Podemos conseguir medicamentos de Brasil, hasta cinco veces más baratos que los protegidos por patentes y de India, incluso diez veces más baratos algunos de ellos. De entrada el gobierno parece estar decidido a importar zidovudina de Brasil, y otros de la India –dijo Zachie.

Siguió Eric:

–Nosotros vamos a dar tratamientos mediante la importación directa de zidovudina de los laboratorios públicos de Brasil, Farmamanguinhos.

–¿Y cómo han reaccionado los laboratorios? –preguntó Jonay.

–Pues han amenazado de llevar al gobierno de Sudáfrica a juicio. Pero mientras tanto, debemos conseguir medicamentos para la gente, importándolos o incluso pidiendo a Aspen, una gran empresa de fabricación de genéricos, que lo fabrique a bajo coste.

Aimsa recordó con su memoria fotográfica que Aspen era una empresa billonaria, estaba ligada de forma indirecta a De Beers, a Netcare, y además parecía que evadía impuestos y blanqueaban dinero en cuentas ocultas suizas.

–Vigilar de cerca los acuerdos de Aspen con las patentes –dijo Aimsa.

–Os mantendremos informados, debemos unir nuestras fuerzas. Podríamos importar zidovudina para Zimbabue también, y toda la región.

–Lo hablaremos con el Ministro Stamps en cuanto volvamos.

Se despidieron como compañeros en lucha, y se fueron del congreso. Sentían que ya no tenían más que decir en un lugar donde la ciencia y el dinero parecían ignorar a la justicia y las personas.

Aprovecharon dos días para visitar las islas de la costa oeste frente a Vancouver. Se encontraron con un escritor canadiense al que habían acogido un año atrás en su excursión por Matabeleland. Se llamaba Tony. Aimsa le había ayudado a pensar en una iniciativa para su «*give back*». Habían comprobado dos cosas en Matabeleland: que las mujeres andaban unas tres horas de media al día, yendo a por agua, leña, al mercado, a los campos, a la escuela, al mercado y a otras tareas y lugares. Y en segundo lugar, que tenían excelentes habilidades haciendo jerséis de punto. Idearon pues un sistema por el cual daban en Ukuzwana agujas de punto, ovillos de lana, clases de hacer punto, prácticas de hacerlo mientras caminaban, y un sistema de precios para venderlos en Canadá para darles la mitad a quien lo hacía y la mitad para la cooperativa en su compra de materiales y en programas de desarrollo local. Había ido estableciendo en Canadá una red de tiendas interesadas que compraban por veinte dólares canadienses cada jersey de lana, informando del origen de dichos jerséis y el apoyo a las mujeres y sus proyecta de desarrollo.

Fueron a su casa, una pequeña cabaña de madera, pero con una avioneta y una pista de tierra para despegar y aterrizar. Tony tenía depresiones desde que se separó de su mujer y un hijo adoptado de tribus indias originales de Canadá, se había ido hundiendo en el mundo de las drogas. El médico le había prohibido volar sólo hacia el Norte, hacia los inmensos bosques nórdicos. Temía que la inmensidad y la belleza le absorbieran y nunca volviese. Pero con Jonay, Aimsa y Nour, viajaron durante tres horas hacia el norte en la pequeña Vissner roja. Jonay

y Aimsa aún recordaban su viaje de unión en el ultraligero por encima de las cataratas Victoria.

Sobrevolaron inmensos bosques, ríos y lagos plenos de pureza glaciar, praderas donde pudieron aterrizar, montañas majestuosas. Durmieron dos noches en una tienda de campaña en medio de aquella inmensa y virgen naturaleza. Hablaron de la vida, de la naturaleza, del amor como la única autentica armonía con la belleza.

De alguna manera, la rabia que sintieron en el «congreso de la injusticia» se tamizó con la belleza a inmensidad de la naturaleza. En sus almas sabían que aquella alianza con el amor y la belleza trascendería a las miserias y perversiones de quienes vivían con el miedo y sus espirales de avaricia, propiedad e injusticia. Tenían que derretir la armadura de miedos que ahogaba la auténtica naturaleza de amor y compartir.

Plenos de esperanza en la vida se despidieron de Tony y emprendieron viaje hacia Berkeley.

LXIII

¿CONOCIMIENTO SORDO AL GRITO DE LA POBREZA?

Berkeley, 1996

Apenas habían llegado Jonay y Aimsa a casa de Rob cuando recibieron una llamada de Patxi informando les que Anwele, estaba grave. Decidieron reducir su estancia a dos días en los que Aimsa le mostró a Jonay los lugares clave de su vida en aquel centro del pensar. Pasearon por Shattuck y Telegraph, subieron al Rose Garden para ver la vista de la bahía y el Golden Gate, comieron en el café de la gratitud, vieron su viejo barco en la marina y, sobre todo, pasearon por el campus de la universidad bajo la atenta mirada del Campanile. Fueron a una charla sobre los daños del cambio climático y asistieron a un concierto de Handel.

Sally, su amiga de la calle, había muerto el invierno pasado. Falleció en el «parque de la gente», abrazada a una foto del hijo que consumió la droga. Con él se fue el alma de Sally mucho antes que quedase dormida en el parque para siempre. Como llevaba consigo el primer teléfono y dirección de Aimsa en Berkeley, la casa de Rob, le llamaron a él, quien fue el único asistente a su funeral. Aimsa mandó a Rob desde Zimbabue un dinero para un gran ramo de violetas y para los gastos de una sepultura. Al menos muerta, Sally tenía su lugar entre la sociedad y una frase que decía «ya estamos juntos, James».

Se reunieron el segundo día a cenar en casa de Rob y Kathy, con algunos amigos entrañables comunes, como Richard y Marc, quien tenía carga indetectable de virus en sangre al estar en tratamiento combinado y estaban sanos y más enamorados de la vida y entre ellos que nunca; Michael quien había vuelto también de Vancouver, Frank, uno de sus amigos ecologistas y quien ahora vivía en el antiguo barco de Aimsa y Henry, del grupo de apoyo al Salvador, ahora vinculado a otros procesos de liberación en Latinoamérica, en especial en Guatemala. Vinieron también dos amigos del departamento de ciencias políticas; Steve, el genio de los ordenadores que ahora poseía una gran empresa con el símbolo de una

fruta; Carol, con quien Aimsa había compartido debates a su llegada a Berkeley en el café «free speech» sobre la evolución de la vida, Gordon, un amigo de Rob y de Steve, y otro amigo común llamado Raymond.

Gordon, un hombre de unos setenta años, había contribuido en los años cincuenta a descubrir el papel semiconductor de la arena y fundar Fairchild, en el origen del incipiente Silicon Valley, al sur de Berkeley. Silicon Valley se había convertido en la fuente del conocimiento que había revolucionado la comunicación multiplicando la velocidad con que el mundo generaba y transmitía su información y conocimiento. Explicó su famosa ley de Moore que llevaba casi medio siglo confirmándose: cada dos años se duplicaba el número de transistores por circuito, llevando a un crecimiento exponencial de la capacidad de comunicación.

Raymond intervino para decir que según dinámicas de quantum de un inglés llamado Penrose, la capacidad de proceso de los ordenadores aumentaría de forma mucho más rápida hasta superar a la capacidad del cerebro humano.

Jonay, incómodo por esa aseveración, dijo:

–Ray, creo que cualquier máquina que podamos desarrollar, no podrá acercarse a la maravilla del cerebro humano. Tenemos cada uno unas veinte mil millones de neuronas, y cada una unas diez mil conexiones que registran, de forma única, toda experiencia sensorial, consciente o inconsciente, pudiendo registrar la información correspondiente a veinte millones de libros. El registro más dinámico, que además da forma a como nuestro cerebro funciona e interpreta el mundo, ocurre en el primer año de vida, durante el cual se triplica de tamaño. Por eso le estamos escribiendo un libro a Nour, en el que le describimos lo que ocurrió a su alrededor en este tiempo tan intenso en su crecimiento que no puede guardar ninguna memoria consciente, sino en formas mucho más profundas de su pensar, que condicionaran su existir.

Aimsa, con Nour en sus brazos, recordando su discurso hace ya tantos años en el Ashram, añadió:

–No sólo nuestra mente es profundamente compleja y maravillosa. Apenas desarrollamos una mínima parte de su potencial, ni de nuestra capacidad de sentir, de amar y de conectáramos con la espiritualidad. Somos más energía que materia, energía sin dimensiones de tiempo ni espacio. Una energía que une todo el universo ya todos los multiversos que crea la razón. Transcendiendo al atrapamiento en materia conectamos con nuestra autentica naturaleza, más allá de la limitada realidad y limitada razón. Pero más que nada, ¿de qué nos vale nuestra razón si nos lleva a destruir la naturaleza y a crear enormes diferencias y sufrimiento entre seres humanos? Mientras estamos hablando en este privilegiado rincón de recursos y conocimiento, están muriendo personas en donde vivimos en África, por falta de la más mínima solidaridad.

–Por eso, Aimsa, tenemos que seguir explorando los límites del conocimiento para permitir vidas más saludables y felices para toda la Humanidad. En su estado material, esos quantum que transitan entre la dualidad de la materia del pensamiento y la energía espiritual nos permiten desarrollar la inteligencia artificial a extremos de la complejidad del pensamiento, la creatividad y hasta el sentimiento humanos. Yo he estimado que tal capacidad en su conjunto planetario, se alcanzará en unos treinta años.

Rob, el anfitrión y nexo común entre aquellas mentes privilegiadas de aquel momento histórico de la Humanidad, se dirigió a Ray:

–Pero, Ray, como dice Aimsa, ¿para qué? El progreso también ha causado inmenso dolor, injusticia y destrucción del planeta.

–Cada vez menos. Esta nueva Humanidad basada en el conocimiento inteligente. Por ejemplo, estamos desarrollando aplicaciones en la lectura de textos y otros adelantos para los invidentes.

Contó su reciente encuentro con Stevie Wonder y las ideas que le había inspirado. Le dijo a Jonay que estaba desarrollando muchas técnicas de ayuda en la distancia a la práctica médica y que estaba convencido del futuro de la nanotecnología medica que repararía los miles de continuos defectos del DNA, el origen de muchas enfermedades y del envejecimiento.

Carol recordó sus discusiones con Aimsa diez años antes sobre la base de la vida y las proteínas que descubrió en el laboratorio por entonces, con apenas veinte y tres años, llamadas telomerasas, y de su función en añadir trozos de DNA a los extremos de los genes, evitando el envejecimiento del que hablaba Ray.

Steve explicó cómo su empresa intentaba llevar esa capacidad de facilitar nuestra vida por la computación, a cada hogar, cada persona, pero el mundo comercial estaba lleno de intereses y egoísmos. Desde que vio a Aimsa la última vez había desarrollado los ordenadores son aquella cuchara convertida en el ya famoso «ratón» y una forma gráfica de interactuar con el ordenador de forma intuitiva, hasta divertida. Pero había tenido que vender sus acciones, menos una, y cambiar de trabajo. Había desarrollado esta vez un programa de animación y estaba preparando películas animadas que revolucionarían la historia del cine y la diversión. También contó que estaba considerando volver a levantar la empresa del nombre de la fruta y llegar a un acuerdo con Bill para hacer compatibles los dos mundos que dominaban el mundo de los ordenadores.

Aimsa volvió a decir lo peligroso de crear mundos virtuales ignorando la maravilla de la naturaleza, y los retos humanos auténticos. Frank recordó la barbarie que la industria agroalimentaria hacía con la salud de las personas y del planeta, y Henry habló del genocidio del gobierno americano a pueblos que luchaban por su libertad en Latinoamérica. Relató la actividad, a su juicio criminal, de la llamada «Escuela de las Américas», y la hipocresía de mantener dictaduras

sanguinarias y pregonar a la vez democracia y declaraciones internacionales de derechos humanos que continuamente evitaba firmar.

Todo ello creó un clima algo incómodo entre aquellos líderes del conocimiento humano y sus horizontes de llegar a controlar el cerebro y la biología humanas, pero ajenos, desde sus Palacios del saber a la cruel realidad de la pobreza, los intereses del poder y la violencia en el mundo

Para suavizar el debate, Gordon habló de su actividad reciente en una compañía llamada Gilead, dedicada al descubrimiento de nuevos medicamentos, y de las esperanzas en nuevos fármacos contra el SIDA.

Jonay había aprendido en Arguamul algunos acordes de guitarra con Fernando, y animado por Rob canto a la guitarra la canción de *Imagine*, intentando transmitir a esas personas, que aceleraban en el mundo el potencial tanto de seguridad como de autodestrucción, las claves de la unión de la humanidad, sin fronteras de religiones, países y sobre todo, en la génesis de toda esa frenética actividad innovadora, de propiedades e inmensos beneficios. Mientras cantaba, sentía como algunas de las personas presentes en aquella discusión, estaban amasando inmensas fortunas personales que se invertían más y más en un conocimiento y acumulo de poder saciable, mientras otra parte del mundo, como su querido Ukuzwana, seguía ignorado y hundiéndose en el dolor.

Al día siguiente Jonay se levantó con unas molestias de espalda, posiblemente de tan largos viajes. Aimsa mantenía con el yoga más ágil y flexible su cuerpo. Rob le convenció y, mientras Aimsa acudía con Nour a un templo budista, le llevó a una sesión de acupuntura en una clínica comunitaria de Oakland, de camino a una reunión en la universidad de Ukuzwana. Allí conoció a una mujer de mirada gris y dulce, llamada Lisa, que le trató con gran dulzura y por la voluntad. Jonay sentía, como le había dicho tantas veces Aimsa, las contradicciones de aquel mundo tan injusto como solidario, tan innovador como destructor. Lisa le preguntó sobre su salud y sus molestias, le tomó el pulso y exploró la lengua, poniéndole después unas agujas en los tobillos y en las muñecas. Después de la sesión, y mientras Rob volvía, Jonay le invitó a Lisa, interesada en saber de la situación en África, a un café. Sentía gran curiosidad por ese saber ancestral ausente de su formación como médico. Aunque no sabía su futuro en Ukuzwana, y se sentía «en transición», intuía que la acupuntura podría hacer mucho bien en África

–Dime, Lisa, ¿hay un sólo tipo de acupuntura?

–No, aunque tienen fundamentos comunes, hay japonesa, coreana, y la acupuntura china clásica

–¿Y tiene conexiones religiosas o filosóficas?

–Sí. Está relacionada con el confucianismo, centrado en el hombre en la sociedad; el taoísmo, que gravita en torno a la armonía con la naturaleza, y el

budismo, basado en la tolerancia y la confianza en nosotros mismos. Todos estos pensamientos filosóficos tienen en común que conciben el mundo como un todo que se relaciona entre sí. Y así aplican la medicina tradicional china, basada en los *zang fu*, órganos del cuerpo, y los cinco elementos: madera, fuego, tierra, metal y agua.

–¿Y cómo funcionan los canales de energía y las agujas que me has puesto?

–La energía de la vida, llamadas *ch'í*, o *qi*, fluye por el cuerpo a lo largo de unos catorce canales llamados en chino *king* y que relacionan a los doce órganos además de reflejar el canal de la concepción, en la línea media de nuestro frente, y el gobernador, en la línea media de nuestro dorso.

–¿Y cómo identificáis los puntos donde ponéis las agujas?

–Hay más de trescientos cincuenta puntos en los canales llamados *Jing Xue*; otros fuera de los meridianos llamados *Qi Xue*; y los puntos dolorosos o *Ashi Xue*.

–Y dime, Lisa, ¿cómo funcionan las agujas en esos puntos?

–La medicina china considera que la enfermedad es un desequilibrio entre las dos formas de energía o *qi*, el yin y el yang. Cuando te he aplicado las agujas intento reequilibrar la energía.

–Supongo que, como la medicina tradicional en África, ¿es una práctica privada de curación?

–Pues te diré que tenían un buen sistema de control: en la antigüedad, los médicos chinos cobraban por mantener sanos a los pacientes y si enfermaban, dejaban de cobrar, además de caer en desprestigio. Por ello, se esforzaban en promover formas de vida saludable. Ahora, como tantas cosas, se ha ido mercantilizando aunque aún quedan lugares donde se mantienen las viejas y nobles tradiciones. Pero dime, Jonay, ¿crees que yo podría ser de utilidad en algún lugar necesitado en África rural?

–Claro que sí. Si lo deseas, podrías venir a Ukuzwana y podemos seleccionar algunas enfermedades que tratemos a la vez. ¿No sé si habéis ido tratando a pacientes con SIDA aquí con acupuntura?

–Pues sí, tratamos muchos de sus síntomas, como el cansancio constante, la diarrea, los picores, e incluso hay gente que dice que aumenta las defensas y que en algunos casos ha curado las infecciones de hongos o tumores como el Kaposi.

Se despidieron y quedaron en escribirse para ver cómo podría Lisa ir a Ukuzwana y ayudar con esas técnicas milenarias. Jonay hablaría con el ministro Stamps para considerar si se podía introducir la acupuntura como forma de tratamiento en el sistema de salud en Zimbabue, y si Lisa podría dar una charla sobre ello.

Al día siguiente, Jonay, Aimsa y Nour tomaron el avión de nuevo. Esta vez iban directos, sin largas escalas, a Londres y de allí a Johannesburgo. Algo les hacía sentirse tristes de haber visto el contraste entre dos mundos, la injusticia de como

uno anclado en la abundancia desoía al otro, hundido en la pobreza. Sentían que aquel dinamismo del norte de California, la región del mundo con más patentes, iniciativas, innovaciones y nuevas propuestas para el conocimiento y la vida más segura y materialmente cómoda de los hombres, parecía desconectado de las necesidades de sobrevivir de la gran parte del mundo, ajeno a esa vorágine del saber y del consumir. Y todo ello se reflejaba en el sombrío destino que esperaba a su buena y valiente amiga, Anwele.

En el aeropuerto de San Francisco, Jonay pudo conseguir un diario español y leyó con asombro las cifras millonarias de los traspasos de futbolistas entre equipos. Tomó papel y lápiz, hizo unos cálculos siguiendo el ejemplo de Aimsa, y escribió una carta en que contrastaba esas cifras millonarias para que una persona cambiara el color de su camiseta mientras daba patadas a un balón, mientras otras morían sin acceso a tratamientos. Calculó que un traspaso de un famoso jugador de La Coruña al Barcelona, costó tanto como hubiera costado el medio millón de tratamientos a las madres embarazadas e infectadas durante tres años para prevenir una buena parte de los casos de transmisión de madre a hijo, y así prevenir unas ochenta mil infecciones en niños y sus trágicas sentencias de lentas y angustiosas muertes.

¿Valía más que un hombre cambiara el color de su camiseta al dar patadas a un balón, que la vida de ochenta mil niños? Parecía que en la sociedad enloquecida que dominaba el mundo… así era.

LXIV

LA HUELLA DE LA VALENTÍA DE ANWELE

Ukuzwana, 1996

Los Harris volaban entre San Francisco y Londres. Mientras Jonay se dedicaba a cuidar de Nour y a escribir la carta al periódico español sobre el contraste entre los traspasos millonarios del fútbol y la pobreza y la muerte por SIDA en África, Aimsa leía un informe que Rob le había dicho debiera conocer.

Se trataba del segundo informe del panel inter–gubernamental sobre cambio climático, que llevaba trabajando durante la década de los noventa en analizar la evidencia científica del efecto del hombre en el clima y la tierra. Ya el primera informe en 1990 fue revelador, pero Rob le recomendaba a Aimsa que leyese el segundo informe recién publicado y que viese como podría contribuir. Los informes se preparaban mediante la aportación voluntaria de miles de científicos, para las Naciones Unidas. En principio Aimsa se sintió incomoda al sentir que entrar con pasión y profundidad en otro reto humano le podría alejar de su compromiso con la lucha contra el SIDA y la trama de avaricia mundial causando tanta injusticia e inmoralidad. En nada parecía el SIDA relacionarse con el clima y la ecología.

Pero Aimsa tuvo una intuición.

Era agosto y sobre volaban el norte de Canadá, Terranova y cruzaban Groenlandia. Por su memoria fotográfica pudo intuir que en su vuelo de ida un mes antes, la superficie glaciar era mayor. A pesar de la altura del vuelo, vio una imagen que parecía la de un oso polar aislado en un islote aislado de hielo en el océano. Abrió el informe y comenzó a leer los tres volúmenes del informe, empezando por el de la «evidencia científica». Mientras lo leía, su atención fue creciendo e invadiendo sus sentidos. La evidencia parecía muy sólida demostrando que los crecientes niveles de dióxido de carbono a consecuencia de la forma de vida humana, era el factor que más contribuía al aumento de la temperatura de la Tierra.

Imaginó entonces a la Tierra como a la pobre Anwele, hacia quien volvían con temor de enfrentarse a su sufrimiento y destino.

El cuerpo de Anwele había sido invadido por el virus transmitido desde fuera, por el semen infectado de otra persona y por un acto mágico de unión, pero mancillado por la falsedad. La Tierra había sido invadida por la Humanidad, producto de la evolución de miles de millones de años de vida, esa firma de existir basada en la diversidad genéticas of la reproducción, mezcla de genes y de su adaptación para perpetuarse. Esa génesis de vida parecía proceder de materiales transmitidos a la tierra por un meteorito procedentes de otros sistemas solares.

A juzgar por los estudios que Michael había hecho, Anwele tendría unos cinco mil virus por cada mililitro en sangre, es decir unos veinticinco millones en la sangre pero muchos más ocultos en las células por todo el cuerpo, y blindados a todo ataque en el sistema nervioso central. La población de virus de Anwele se había multiplicado por diez en el último año. La Tierra estaba invadida por la Humanidad, por unos seis mil millones de personas y había doblado su población durante el tiempo de la vida de Anwele.

Los virus del SIDA invadían las células del cuerpo de Anwele. Utilizaban a las partes del cuerpo humano, sus células y sus recursos genéticos y metabólicos, para reproducirse de forma exponencial, enloquecida. De esa manera, destruían más y más células e iban acabando con la vida de Anwele, buscando a su vez una forma de invadir otros cuerpos y continuar su proceso de reproducción y destrucción. De manera similar, la Tierra era invadida por los seres humanos. Utilizaban sus recursos de los campos y del mar, minerales y biológicos, a un ritmo exponencial y destruyendo a su generoso huésped, en el que se agotaba la vida poco a poco. También la especie humana buscaba otros planetas, quizás conscientes de su efecto destructor y la agonía de su generosa madre Tierra.

El virus del SIDA en Anwele tenía una actividad especialmente dañina: atacaba a una parte del cuerpo, el sistema inmunológico, que había ido almacenando la memoria de la vida de Anwele en relación con lo que le rodeaba, con la vida exterior. En la Tierra, los hombres habían ido descubriendo el tesoro de los fósiles de la vida en la Tierra, almacenados cuidadosamente durante miles de millones de años. La avaricia humana estaba quemando, destruyendo sin escrúpulos, ese tesoro de la Tierra, el cementerio de su vida, venerado en sus entrañas, en un tiempo equivalente a una millonésima parte del tiempo en ser creado.

El cuerpo de Anwele, destruyéndose por el efecto de reproducción y consumo enloquecido de miles de millones de virus, reaccionaba con sustancias acopladas al virus, que producían fiebre, un calentamiento de su cuerpo para intentar detener la invasión destructora de su cuerpo. La Tierra, destruyéndose por el efecto de reproducción y consumo enajenado de miles de millones de seres humanos, reaccionaba a una sustancia producida en exceso por la destrucción del tesoro fósil, el dióxido de carbono, que acoplada a la atmósfera de la Tierra

producía un efecto invernadero y un proceso de calentamiento. La Tierra tenía fiebre.

NoLwasi y Jonay habían intentado diferentes tratamientos para paliar ese efecto destructor del virus. Desde la química de sustancias de hierbas o medicamentos derivados, para parar sus efectos o los de sus aliados, infecciones oportunistas, a la mágica acción del agua de NoLwasi, que llevaba grabada la marca del virus y actuaba por un efecto geométrico y energético aún desconocido para la especie humana. Muchas comunidades indígenas en armonía con el medio ambiente, y otras más recientes como las eco aldeas espirituales de Valentía y Ternura, habían ido proponiendo formas de vida en armonía, pero sus voces eran ahogadas por la avaricia de poseer y destruir de una parte de la Humanidad que dominaba al resto y dañaba irreversiblemente al planeta.

¿Cuál era la esperanza de Anwele? Aimsa sabía que dependía de la conciencia humana de sensibilidad ante el sufrimiento de otras personas y de la justicia de evitar el daño de quienes lo perpetuaban. Precisaba de hacer llegar los avances del conocimiento, los nuevos tratamientos combinados, de momento blindados por los que preferían el beneficio y el poder, a la vida y la solidaridad. Lucharía por ello con todas sus fuerzas.

¿Cuál era la esperanza de la Tierra? Dependía también de la conciencia humana, de la sensibilidad al sufrimiento de la Tierra, y de la justicia de evitar el daño de quienes no la respetaban. Precisaba de un sistema que volviese a la armonía de los seres humanos entre ellos y con la Tierra, volviendo a equilibrios anteriores o utilizando con inteligencia, respeto y equilibrio, los recursos de la madre Tierra. Lucharía por ello con todas sus fuerzas.

Antes aún de leer el informe, Aimsa había estructurado la lógica de las relaciones eco humanas, y las había vinculado mentalmente a la física cuántica, la biología, la antropología, la filosofía, la socio política, la economía, las ciencias de la información, la biotecnología y las relaciones internacionales.

El informe estimaba proyecciones de futuro sobre el aumento de temperatura media mundial y la subida del nivel del mar. Estimaba también las consecuencias de estos y otros procesos relacionados con la producción enfermiza de dióxido de carbono, en la vida del planeta, incluida la vida humana.

Llegaron así, tras escalas en Londres y en Johannesburgo, a Bulawayo, donde les esperaban en el aeropuerto Haka y Helen. NoLwasi y Patxi se habían quedado en Ukuzwana, algo que extraño a Jonay.

–Dime, Haka, ¿es por Anwele que no han podido venir, verdad?

–Sí, Jonay, está muy débil, estamos temiendo lo peor.

La tristeza les invadió a todos y apenas sin hablar avanzaron hacia Ukuzwana con sus miradas nubladas por el dolor.

Para intentar distraer a la mente, Haka los puso al día de su trabajo desde que había vuelto de Israel y Suiza. Había sembrado aquellos países y también muchos otros a través de los artículos de Nadine, de artículos anónimos y libros sobre las tramas de tráfico de niños y de órganos para ricos sin escrúpulos, de recursos naturales en monopolio, de especulaciones bancarias parásitas del esfuerzo humano noble. Pero había preferido estar junto a Helen y a la familia de Ukuzwana.

El número de niños huérfanos había ido aumentando en todo Zimbabue y ya rozaba el millón. A pesar de haber conseguido presionar al gobierno para legislar en favor de su protección, su escolaridad libre y en perseguir a quienes traficaban con ellos o incluso les despojaban de las tierras de sus difuntos padres o de sus pocos recursos, el sufrimiento iba en aumento. Aunque las familias extendidas a menudo acogían a los niños, el proceso de relacionar a los niños con familiares que a menudo vivían lejos o ni habían tenido contacto por un tiempo, dejaba a la mayoría de los niños en situaciones muy precarias durante muchos años. Además, al menos un tercio de los huérfanos no tenían ni padre, ni madre, ni abuelos ni otros familiares cercanos que se pudiesen identificar.

Por ello, y con los fondos de los libros, que iban destinados a la cuenta de Amani Trust habían ido construyendo hogares para acogida de niños huérfanos, mientras, en la mayoría de los casos, eran integrados en familias. Los hogares funcionaban como las eco aldeas espirituales, en armonía entre las personas y con la madre Tierra. Los primeros se habían llamado Sibindi (valentía) y Ukuthanda (ternura). Haka les contó cómo habían ido siguiendo los consejos de John desde Gomera y de la red de eco aldeas espirituales. En total tenían ya había veintitrés comunidades de huérfanos y sus cuidadores, por toda Matabeleland, acogiendo a más de cinco mil niños y animados por seiscientos adultos que habían abrazado esa forma de vida natural y en armonía, sin propiedades ni agresividad destructiva entre personas ni con la Tierra, además de compartiendo su vida con aquellos niños, quizás el grupo humano más marginado del mundo.

Jonay sintió una profunda emoción al oír la historia de Haka. La maravillosa historia de Haka, había ido forjando a un auténtico héroe de la Humanidad, ya con casi setenta años, una cabellera y barba blancas, y una mirada que había ido llenándose de ternura con el tiempo, sin minar un gramo de su asombrosa valentía. De nuevo, valentía y ternura, Sibindi y Ukuthanda, las expresiones de la misma energía del amor, que a todos los seres humanos unía, aún que algunos no la supieran sentir aún.

Aimsa notó que Jonay tenía un nudo en la garganta pensando en Anwele, y fue ella quien hizo el relato de sus viajes, encuentros en Madrid con Juan, en Gomera con los Harris, su paso por San Francisco, su lucha en Vancouver y la tertulia en Berkeley.

Así llegaron a Ukuzwana. Varios chiquillos corrieron al lado del viejo BJ-40 de Haka gritando: «¡Haka! ¡Ulibona!»

Entraron en la casa de Patxi y NoLwasi, quienes les recibieron con profundos abrazos emocionados. Sin palabras. Adam ya tenía tres años y les empezó a hablar en una mezcla de ndebele, vasco e inglés. Joseph, Thandiwe y Nothando estaban en la escuela secundaria, ya preparando sus «*A levels*» para irse al mundo, como había hecho ya Buhleve. Rose, quien llevaba unís años ya en Bulawayo con su familia, había vuelto a Ukuzwana al enterarse del estado de Anwele. Ndlovu también había dejado la dirección provincial de salud de Matabeleland unos días, para estar al lado de Anwele, en lo quien, todos sabían, serían sus últimos días. Saludaron a todos. Nour se quedó jugando con Adam, eran como hermanos. Entraron en el cuarto donde Anwele estaba acostada.

Jonay se acercó con NoLwasi. Había entre ellos como un pacto de fuerza. Anwele con su prevención valiente, NoLwasi con su espiritualidad mágica y Jonay con su atento –de ahí Ulibona– cuidar de los enfermos, formaban una unión mágica contra la epidemia, a pesar del dolor y el desánimo que a menudo causaban en ellos los inevitables estragos de la enfermedad. Pero este golpe era demasiado fuerte.

Jonay tomó la mano de Anwele y la observó con ternura, dolor y detalle. Estaba dormida. Notó su olor a acetona, por el prolongado ayuno, que posiblemente se debía a voltios que dejaban olor ácido también. Su piel estaba brillante, sudorosa, pálida y a la vez levemente amarillenta y daba aspecto de fragilidad. Sus pestañas habían crecido. Miró a NoLwasi por ese signo que hacía tanto tiempo habían observado con la epidemia. No necesitó descubrir más allá de sus hombros para comprobar una extrema delgadez, casi esquelética y una dificultad para respirar mezclada con leves estertores. Sólo precisó tomar el pulso y sentir su frente para adivinar que estaba infectada por neumonía o tuberculosis, que tenía diarreas crónicas, acidosis por los efectos de la infección generalizada y que su cuerpo reaccionaba con fiebre y pulso y respiración débiles y aceleradas.

Mientras se sentaba, como tantas miles de veces con sus pacientes, en el borde de la cama y tomaba su mano, Ndlovu le contó los tratamientos que habían iniciado, todos los posibles, sin respuesta alguna. NoLwasi le dijo que habían seguido dándole el agua sanadora y su receta de hierbas, y que había implorado a los amakhosi con toda su fuerza y a menudo con gran enojo, durante las últimas semanas.

Aún sin despertar del todo ni abrir los ojos, Anwele apretó la mano de Jonay y dijo aún sin haberle oído ni visto:

–*Umulaphi wami, ungane wami, ubudi wami*. (mi médico, mi amigo, mi hermano.)

Jonay siguió en ndebele, con la mirada nublada de lágrimas e intentando superar la tristeza que bloqueaba su garganta.

–Estoy aquí, hermana mía. Estamos juntos. Toda tu familia te acompaña.

Anwele abrió levemente los ojos y puso toda su poca energía en una leve sonrisa y en apretar la mano de Jonay.

Aimsa miraba discreta y respetuosamente desde una esquina de la habitación, también con profunda emoción y tristeza. Cuando los demás se fueron yendo y sólo quedaban Jonay y ella en el cuarto con Anwele, se acercó y se sentó en el otro lado de la cama, tomándole la otra mano. Jonay y Aimsa se unieron con las otras manos, como intentando crear un triángulo de amor y energía con aquella vida que parecía irremediablemente irse a otro mundo.

Aimsa sintió el dolor de Jonay y cuando Anwele volvió a cerrar los ojos y NoLwasi volvió a su lado, fueron a dar un paseo. Mientras andaban de la mano por las áridas llanuras que rodeaban Ukuzwana, Aimsa le develó un secreto:

–Jonay, no te lo había dicho, pero ciega por la rabia de la injusticia, cuando fuiste a nadar en el Pacifico en Vancouver para diluir tus lagrimas por Anwele en el océano, me colé en varios stands del congreso y tomé muestras de los nuevos tratamientos combinados. Tenemos suficientes pastillas para intentar tratar a Anwele durante un mes. Espero que me entiendas. También siento inmensa rabia y dolor.

–Gracias, Aimsa. Te entiendo. Yo hubiera hecho lo mismo. Es un lógico y honesto signo de afrenta a quienes anteponen la avaricia a la vida.

–Tenemos que intentarlo. Si mejora, podemos ver la forma de seguir consiguiendo tratamientos. Michael me ha dicho que en una muestra de enfermos, han conseguido dejar indefectible la carga viral en sangre. Estoy seguro que él nos ayudaría.

–Gracias, Aimsa, hablaré con Anwele.

Esa noche, ya en su cama, en la humilde ermita donde habitaban en Ukuzwana, Jonay y Aimsa se abrazaron con una nueva sensación de vulnerabilidad ante el mundo, unidos por la tristeza y la rabia. Nour dormía plácida entre ellos, con un juguete de trapo que le había regalado Adam. Tenía la forma del frágil cuerpo de Anwele. Lo apretaba con fuerza, como no dejando que se deslizase entre sus dedos.

Al día siguiente, Anwele tenía un poco más alerta su conciencia y Jonay pudo hablar con ella a solas.

–Hermana querida. Estoy aquí, contigo.

–Gracias hermano. Te quiero con toda mi alma.

–¿Cómo te encuentras hoy?

–Ndlovu, Rose, NoLwasi, me dan lo mejor. Para el dolor, el picor, la sequedad, las náuseas. Sois las mejores personas y cuidadores del mundo.

–Lo que tenemos es profundo amor por ti. Poco a poco, hermana. Ten fuerza… Amandla. Tú eres la mujer más valiente de Matabelelenad.

–Jonay. Sé bien mi situación. Sé que es el final. Quiero hablar de Nothando y su futuro. Y quiero partir en paz, rodeada de vuestro amor, dejando parte de mi alma en vosotros, llevándose parte de vuestra alma al otro mundo donde os esperaré.

–No tiene que ser así, Anwele. Quiero decirte algo: en Vancouver, hemos aprendido que hay nuevos tratamientos que pueden detener al virus. Hemos traído muestras para unas semanas. Si mejoras, intentaremos buscar más. Tienes que luchar.

Anwele se quedó mirando fijamente a Jonay. En unos minutos resumió las imágenes de su vida y las mezclo con sus valores e ideas, con su unión a aquellos maravillosos seres humanos. Esos minutos intensos con las pocas fuerzas que le quedaban, le hicieron sentir profundamente su destino, decidir su final, y, de una extraña manera, sentir una profunda paz.

–Jonay. Hemos luchado juntos contra esta epidemia, con todas nuestras fuerzas y con dos principios nobles. ¿Recuerdas?

–Sí. La verdad y la justicia.

–Exacto. Y quiero morir con esos principios también. No podría mirar a los ojos de mis hermanos ndebele recibiendo un tratamiento que gracias a vuestro amor, yo puedo recibir y mantener mi vida un tiempo más, otros no.

Jonay no supo qué decir. Sólo pudo sentir sus lágrimas ya irreprimibles, bendecidas por la valentía y nobleza de aquella persona a quien tanto amaba.

–Llama a NoLwasi y a Aimsa, hermano mío.

Jonay explicó a Aimsa la decisión noble de Anwele.

Cuando estaban los tres a su alrededor, Anwele les hablo sus últimas palabras:

–NoLwasi, has sido mi hermana y dejo mi alma de armonía con el universo contigo.

Intentando alegrar aquellos rostros plenos de tristeza, bromeó.

–Aimsa, me robaste al hombre más increíble que he conocido, pero le diste el amor que él siempre anheló. Eres una guía para una nueva humanidad y te confió el valor de mi alma para que siempre te acompañe.

–La llevaré siempre conmigo. Guíanos desde tu nueva vida. Te escucharemos cada día.

Anwele sonrió asintiendo.

–Jonay, has sido mi aliado, mi inspiración en nuestra dedicación a aliviar el sufrimiento de los demás. Dejo contigo mi alma en armonía con el amor.

–A los tres os pido algo: cuidad de Nothando como vuestra hija, ella os siente como su familia. Y seguid luchando con la verdad y por la justicia. Haced que esos tratamientos lleguen a quienes lo necesiten, a todos nuestros hermanos

ndebele en recuerdo de los que ahora nos despedimos de vosotros. No nos olvidéis. Os llevo conmigo.

Los tres le prometieron cuidar de Nothando con todo su amor y el recuerdo y ejemplo de la vida valiente y noble de su madre. También le prometieron que seguirían luchando con todas sus fuerzas por ello, en su recuerdo y honor.

–Ahora llamad a toda mi familia, quiero que nos despidamos con una música de nuestras almas, sin palabras, y sintiendo nuestras manos unidas. Luego quiero estar a solas con Nothando.

Así se apagó la vida en la Tierra de aquel maravilloso espíritu de valentía. Anwele. Era septiembre de 1996.

Miles de personas acudieron a la celebración por la vida de Anwele. En la iglesia de Ukuzwana, convertida en encuentro de amor entre los pueblos, Patxi guio una ceremonia de veneración a la vida de Anwele. Entonaron cantos zulú y graves sonidos del alma .mmmmmmm., que transmitían dolor, admiración, gratitud y de una firma incomprensible esperanza. Alternaban relatos sobre la vida de Anwele, anécdotas épicas, tiernas y también graciosas de su vida, de su lucha por la verdad y la justicia.

En todos ellos quedó el recuerdo de una mujer valiente. En todos ellos prendió una nueva luz valiente hacia un nuevo mundo.

LXV

EL ABRAZO AL ÁRBOL

Kioto, diciembre, 1997

Tras la triste muerte de Anwele, Aimsa puso todo su empeño en el acceso a tratamiento en África. Escribió artículos a muchos periódicos de Estados Unidos, Europa y África, trabajo a distancia con Nadine en un libro titulado *La mayor vergüenza del mundo*, y coordinó acciones con el grupo que estaba creando la campaña de Acceso al Tratamiento (TAC), en Sudáfrica.

Siguió en contacto con el abogado, Zachie, quien, como Anwele, se negaba a conseguir tratamiento por el sistema privado hasta que todos los sudafricanos que lo necesitaran, pudieran tenerlo. Un tiempo después, Médicos Sin Fronteras, aliados con el TAC, consiguieron importar del gobierno de Brasil zidovudina a precios diez veces menores que los de Wellcome, por entonces ya fusionado en Glaxo-Wellcome. Ello animó al nuevo gobierno de Mandela a pasar una ley que permitía licencias para fabricar en Sudáfrica medicamentos genéricos copias de las inasequibles patentes, o importarlos de otros países. Las poderosas empresas dueñas de patentes de medicamentos contra el SIDA y otros, pusieron, a través de la asociación de empresas farmacéuticas de Sudáfrica, un pleito contra el gobierno de Sudáfrica.

Aimsa sabía, por contactos de Nadine en Pretoria, que el gobierno americano y la CIA presionaban para que Sudáfrica respetara las patentes, temerosos que las mismas justificaciones podrían aplicarse a tres mil millones de personas viviendo en países de ingresos medianos. A pesar de todos esos empeños, pasaban ya diez años desde que los enfermos de SIDA y las madres infectadas en los países ricos, tenían acceso a zidovudina, y los millones de personas que lo necesitaban para sobrevivir en África, eran privados de ello.

Aimsa, que seguía manteniendo el hogar de huérfanos, los tigres blancos, en Calcuta, compartió su preocupación con sus antiguos compañeros de calle en

Calcuta y les preguntó sobre la situación del SIDA en India. A las tres semanas recibió una carta que podría cambiar la historia del SIDA en África, en el mundo:

Mi querida hermana Aimsa,

Tus cartas siempre nos alegran. Estamos orgullosos que desde nuestro pobre grupo sobreviviendo en las calles de Rambagan. Tu dinero nos ayudó a tener el orfanato y a tener educación y trabajo. Anhelamos el día en que vuelvas a Rambagan y veas todo lo que se ha podido hacer gracias a ti.

En mi caso, yo pude estudiar en una escuela de adultos, administración. Después conseguí un humilde trabajo en una tienda de herramientas. Cogí experiencia y el jefe me tomó afecto, animando me a estudiar más y a aspirar a puestos de mayor responsabilidad. Así lo hice y fui contratado por una empresa de distribución de ruedas por toda la India. Unos americanos compraron parte de la empresa y nos ofrecieron cursos intensivos de dirección de empresas a unos pocos.

Hace unos meses que he cambiado de trabajo. Ocupo ahora un puesto de dirección de producción y exportaciones en la empresa de medicamentos llamada CIPLA. Mientras no tengamos que aplicar las obligaciones de la Organización Mundial del Comercio de dar el monopolio de la producción y venta de medicamentos bajo patentes, podemos fabricar estos medicamentos, como los caros medicamentos contra el SIDA que cuentas en tu última *carta, y exportarlos a gobiernos de África. Ya hemos copiado zidovudina y la vendemos diez veces más barata que Glaxo–Welcome. Como* tú dices, no hay que preocuparse por ellos, ya han ganado mil veces lo que invirtieron. Alguna ley debiera poner coto a su codicia, y si *no, nosotros lo haremos demostrando a precios mucho más bajos, el abuso de estos monopolios de poder. He leído muchos de tus artículos, algunos han sido publicados aquí en la India, y me hace sentir un buen orgullo. El año que viene tendremos preparados los genéricos de y los diferentes medicamentos para la terapia combinada.*

Cuenta conmigo para agilizar que lleguen a África estos medicamentos que pueden salvar la vida de tantas personas, ahora marginadas por la codicia de las patentes.

En nombre también de mi mujer y mis tres hijos, y todos los amigos de los tigres blancos, te mando un saludo con todo nuestro afecto,

Alin

Aimsa releyó la carta varias veces. Aquel delgaducho jefe de los tigres blancos, se había convertido en directivo de CIPLA y amenazaba al negocio inhumano de las patentes. Tenía que conseguir convencer a los gobiernos de Sudáfrica, Zimbabue y otros para importar estos medicamentos y legalizar su uso en el país. ¡La vida por encima de los negocios! por la memoria de Anwele. Calculó que la compra anual de la cantidad de zidovudina necesaria en Zimbabue costaría unos treinta millones de dólares para el tratamiento de unos trescientos mil enfermos en la fase más avanzada de la enfermedad, y ocho millones para la prevención en

unas ciento cincuenta mil madres infectadas por el virus. Pero el gobierno no podía pagar esos casi cuarenta millones de dólares.

Necesitaban movilizar más fondos? Era importante hablar con Médicos Sin Fronteras y otras organizaciones para convencer seres de la emergencia humanitaria que suponía el SIDA. Preparó un folleto explicativo tan agudo y a la vez humano, que, a través de Rob, consiguió unos diez millones de dólares en donaciones en Estados Unidos, la mitad de grandes fortunas de Hollywood. Lo hacía a través de una fundación que creo Rob en Berkeley llamada Life First, a imagen de Food First.

Pasó aún más de un año, en el que Aimsa se reunión a menudo con el ministro Stamps, antes de empezasen los tratamientos, primero con el programa con zidovudina para embarazadas infectadas.

Jonay comprobó que a pesar de ofrecer un medicamento que podía salvarla vida de sus niños, la mayor parte de las mujeres embarazadas no querían hacerse el test del SIDA. La muerte de Anwele les había afectado mucho y no veían ninguna razón en saber su estado de infección si la conceda a muerte era certera. NoLwasi había dejado de diluir las lágrimas de Anwele y sólo daban sus hierbas, pero con poca esperanza. Los funerales seguían multiplicándose por todo el distrito. Hizo varios grupos de discusión y entendió bien que apenas tenían incentivos para saber su estado de infección, y sobre todo temían las reacciones de sus maridos, quienes las podían culpar y echar del hogar. Sabía de algunos casos de violencia en el hogar a raíz del test. Jonay comprendía muy bien ese temor y desesperanza, y escribió una carta a la prestigiosa revista *Lancet*, que tituló « el derecho a no saber».

Jonay compartió estas preocupaciones con Aimsa y NoLwasi. De momento la vida de miles de niños dependía de que las madres se hiciesen el test y tomaran el medicamento. Incluso una dosis ya tenía efecto, y un estudio reciente en Tailandia demostraba que tomándolo desde unas semanas antes del parto hasta una semana después, se evitaban la mayor parte de las infecciones.

Jonay propuso lo siguiente a Aimsa y NoLwasi:

–Entendemos que las mujeres necesiten tiempo y apoyo, idealmente con consejo a la pareja a la vez, consejos de cómo prevenir más infecciones y esperanza en el futuro con los nuevos medicamentos. Pero a la vez, cuando las vemos en la consulta prenatal, necesitamos saber su estado y preparar el tratamiento adecuado. ¿Por qué no preparamos un artilugio que haga el test, no sean informadas de su estado de infección hasta que estén confiadas y preparadas, y, mientras tanto, reciban el tratamiento que necesitan o, si no lo necesitan, un «placebo», o simplemente vitaminas? Se hace este doble ciego en investigaciones médicas con mucha menor justificación o necesidad. Podemos llamar al artilugio «take you time».

Aimsa y NoLwasi estaban de acuerdo que era una buena idea mientras promovían que todas las personas se hicieran el test actuaran con responsabilidad

y amor hacia los demás, respetaran y apoyaran a los que se sabían infectados y todos juntos lucharan por el acceso al tratamiento. Tenían que organizar marchas de miles de personas en Harare, pedir el medicamento que salvara sus vidas antes que carreteras, coches oficiales, gastos militares y tantas otras cosas.

Joseph ya estudiaba en un taller de electrónica en Bulawayo, y diseñó la máquina. Era una caja de madera, del tamaño de una caja de zapatos, donde se introducía la mano y el dedo índice en una zona especial. Un botón activaba un pinchazo de la pulpa del dedo índice. La sangre caía en un cartón de test rápido del SIDA. A los tres minutos, se activaba un sensor lumínico sobre el test y reconocía si era positivo o negativo activando la liberación de tratamiento o de placebo con sólo vitaminas. La persona podía ver el resultado si así lo deseaba y en privado. . La máquina se hizo conocida en muchos centros de salud y hospitales de Zimbabue. Joseph fue desarrollando un taller para su producción y fue empleando a varios chicos de Ukuzwana. La máquina permitía además saber, al rellenar las pastillas, cuál era la proporción de mujeres embarazadas infectadas por el virus. Repartieron máquinas en más de doscientos centros de salud y hospitales de Zimbabue y se corrió la voz en Sudáfrica y otros países vecinos recibiendo cientos de pedidos. Joseph montó varios talleres en las comunidades eco espirituales de huérfanos y formó a unos cien jóvenes de entre catorce y dieciocho años para su producción.

Ante el éxito de aquel método y el bien que estaba haciendo en prevenir infecciones y muertes en niños, Jonay llamó a una reunión de la gran familia de Ukuzwana. Propuso crear una asociación que promoviera la prevención del SIDA con valores humanos, como lo hizo siempre Anwele. Haka y Helen propusieron unir la fundación Amani en la nueva asociación. Los beneficios de las máquinas se invertirían en las comunidades de huérfanos y en campañas de prevención.

Mientras tanto, Aimsa no dejaba de pensar en la dualidad del SIDA y el daño a la Tierra que había pensado sobre volando el Ártico. Lo habló con John y le escribió proponiendo una acción de la red de eco aldeas en la conferencia que sobre el cambio climático había de realizarse en Kioto ese mismo año. Tras hablarlo con Haka y Helen y en la junta de la asociación Anwele, decidieron también pedir la incorporación de la red de eco aldeas de huérfanos, llamadas ahora red Sibithanda, a la red mundial de eco aldeas espirituales.

Un mes después, recibió la siguiente respuesta en un sobre con remite de «comunidad de la Ternura, La Gomera, Canaria».

Mi querida hija Aimsa,

Gracias por tu carta llena de cariño hacia nosotros y también de fuerza y esperanza hacia el mundo.

Espero que estéis bien y que Nour haya celebrado en vuestra hermosa familia de Ukuzwana, su primer cumpleaños con felicidad y amor. Nosotros estamos bien, aunque ya se notan los años. os echamos de menos y esperamos veros pronto por aquí de nuevo.Ya sabes que a nosotros nos es difícil viajar, tanto por nuestra no–economía, como por el recelo de contaminar a nuestro planeta. Preferimos que el viento nos lleve con Satia*, pero ya tenemos que planear con cuidado nuestros viajes por los océanos. Fue maravilloso que nos acompañase Lisy la* última *vez. Ella está feliz con su pareja, Joao, en Porto Alegre, colaborando con el movimiento de los campesinos sin tierra y promoviendo la red de eco aldeas por Latinoamérica. Fernando ha partido a Sierra Leona, donde la guerra está estallando y dejando a los más pobres sin acceso a ningún tratamiento. Nos preocupa que a su edad se meta en situaciones tan difíciles, pero no hubo manera de pararle. Es muy cabezón, pero sigue a su gran corazón y sólo podemos admirarle y esperar que vuelva sano.*

Respecto a tu idea de que la red empiece a tener una voz fuerte en reuniones internacionales y en defensa de la Tierra, te diré lo siguiente. Tiene que ver con nuestra conversación del año pasado aquí en Ternura:

Después de nuestra conversación, mande una carta a la junta directiva de la red. Les expuse tu idea, que la comparto.Te diré que ya somos seiscientas eco aldeas en ochenta y tres países. No sabes cuánto me ilusiona la inclusión de la red Sibithanda. Si alguien merece liderar la Humanidad hacia un nuevo mundo son esos niños llenos de coraje y de esperanza.

Aunque al principio había quien opinaba que era preferible mantenerse al margen de cualquier discusión política, otros pensábamos que ni es ético limitarnos a nuestras pequeñas islas de armonía e ignorar el sufrimiento de la Humanidad y de la Tierra. Hay quienes crean que nuestro ejemplo es nuestro diálogo, pero otros pensamos que hay que involucrarse también en las propuestas hacia una nueva Humanidad. El poder de la avaricia y del poder, aliados con las estrategias de alienación de la educación y de los medios de comunicación, es demasiado grande para ignorarlo. Les dije que debemos ser valientes y consecuentes, y actuar localmente pero también pensar globalmente.

Fue entonces cuando empezamos a pensar quién nos podría representar. ¿Quién conoce nuestra realidad y la siente, quién conoce el mundo de las relaciones internacionales, quién puede hablar en varios idiomas, con pasión e inteligencia, con honestidad y también con asertividad? Con valentía y ternura. Les propuse que tú serias la persona indicada, la voz de un nuevo mundo. Les hablé de tu historia, de tu compromiso contra el sufrimiento y por el amor, de tus estudios y las luchas que has emprendido. Les mandé unos cuantos artículos tuyos. Queremos que tú nos representes en Kioto y que consideres proponer formas de alzar nuestra voz en la comunidad internacional.

Hija mía. No te diría nada de esto si no hubiera recibido una carta de Jonay casi a la vez que la tuya. Proponerte viajes y trabajos lejos de Ukuzwana podría

suponer poner distancia con tu familia o de Jonay con su profesión y su pasión por Ukuzwana. Pero te diré que Jonay te admira y siente, como yo, que tienes un destino de guiar a este loco mundo a un destino humano y de armonía con la naturaleza y el universo. Tu veras como hacerle saber que te lo he contado, espero que no se enoje, me decía que tú serias la mejor embajadora de la red de eco aldeas espirituales. Me decía que se sentía culpable de robarle al mundo, por su egoísmo de tener tu belleza, tu calor, tu constante inspiración, a alguien que puede hacer tanto bien a otros niveles. Y que él te seguiría donde fueras, ya buscaría que hacer y como compartir retos.

Por todo ello, mi querida hija, piensa si quieres representar a una nuestra manera de sentir y pensar la vida y el mundo en Kioto, y luego piensas si puedes llevar nuestra voz más allá. Todas nuestras comunidades y tu familia, te apoyaremos en lo que tú decidas.

Toda la comunidad, con la que hable hace unos días de esta idea, te manda su cariño y afecto. Verás en este sobre los dibujos que te mandan los niños.

Umbela y yo, plenos de amor por vosotros, os enviamos nuestro más profundo abrazo del alma.

John

Tras leer la carta, Umbela se quedó mirando al infinito, emocionada de tanto amor y tanto respeto. Pensaba también en el noble encargo de alzar la voz de quienes aman a la madre Tierra y de quienes viven en la armonía liberada de la propiedad y la avaricia.

Se ponía el sol y teñía todo de rojo. Vio acercarse a Jonay, quien venía del dispensario y traía de la mano a Nour y a Adam, que ya correteaban por toda la misión.

–¿Te has vengado de mi audacia de los medicamentos, eh?

–¿A qué te refieres?

–Tu padre ya es mi padre. No tiene secretos para mí.

–Vaya. Nunca te fíes de un Harris.

–Te amo. No podía imaginar un acto de amor tan grande. Pero no permitiré que dejes tu pasión, ni alejarme de vosotros.

–¿De lo segundo ni te preocupes, no te libraras de nosotros, a que no Nour? de lo primero, ya me encargo yo. A tu lado, donde nos diga la vida, tengo mucho que hacer y siento contigo toda la fuerza del mundo.

Al final de aquel año de 1997, Aimsa partió hacia Kioto. Nour ya tenía año y medio y estaba feliz en su gran familia de Ukuzwana, donde se había convertido en la reina. El día de su nacimiento, Jonay había plantado una jacaranda que ella misma aprendió a cuidar. Aimsa pasaría antes una semana en Copenhague,

reunida con representantes de la red de eco aldeas y recibiendo su título oficial de representante en Kioto. También le pidieron que tras Kioto les propusiera, si lo deseaba, un plan de alzar su voz en otros foros internacionales. El decálogo de Umbela en Findhorn era ahora la constitución común y esos valores deberían representar y promover.

Aimsa llegó a mediados de noviembre de 1997 a Kioto. Había volado desde Frankfurt a Tokio, con escala en Bangkok. Desde Tokio había viajado en un moderno y veloz tren hasta Kioto. Se alojaba por *couch surfing* en casa de una pianista llamada Yoko. Dedicó dos días a recorrer la ciudad e inspirarse en su historia y cultura. Kioto fue la capital de Japón durante más de mil años. Camino hacia el centro de la ciudad y visito el Palacio Imperial. A pesar de su relativa simplicidad, Aimsa sintió, como siempre que visitaba monumentos del poder, un sentimiento mixto de admiración de la belleza y de rechazo a la jerarquía ya el poder. Llegó luego al barrio Higashiyama y visitó un templo con mil una estatuas de madera dorada de Kannon, la diosa de la misericordia. Meditó unos minutos pensando en el concepto de misericordia. Pero desistió de encontrar armonía en aquel concepto. No es misericordia, ni de los Dioses, ni de los poderosos, lo que necesitaba la Humanidad, sino justicia y responsabilidad. Quedó luego absorta de la belleza de las vistas desde el Templo Kyomizu. En autobuses locales visitó después los templos de Kinkakuji y Ryoanji. Sintió una especial paz en el jardín de Ryoanji. En su bella simplicidad de rocas y arena blanca, meditó sobre el destino que la esperaba, sobre al amor a su familia, sobre el recuerdo de su madre.

La red de eco aldeas le había proporcionado un ordenador portátil. Era su primer ordenador. Le habían grabado en un CD todos los documentos de la cumbre de la Tierra de Río en 1992, donde se originó la convención marco de las Naciones Unidas para el cambio climático. Leyó también cientos de documentos y estudios científicos relacionados con el cambio climático y otros efectos nocivos de la actividad depredadora humana. Fue escribiendo una propuesta de promoción de las eco aldeas, y un sistema de desgravación de los impuestos en relación a los gastos no ecológicos, además de un estatuto de autonomía en muchos países que atentaban contra la Naturaleza. Planteó una estrategia de cómo conseguir recursos para intercambio y formación de redes de eco aldeas.

En los primeros días fue conociendo a representantes de la sociedad civil, funcionarios de Naciones Unidas y a delegados de muchos países. Rob le había dado algunos contactos y a través de ellos fue conociendo a más y más. Su singular belleza, su sari azul y su capacidad de abstraer ideas, concretar planes innovadores y debatir con argumentos de una lógica tan aplastante como dulce y respetuosa en su dicción, cautivaban cada día a más y más representantes y delegados a la conferencia.

Había estudiado con profundidad la química, dinámica, situación y proyecciones del dióxido de carbono, el gas metano y el óxido nitroso, todos ellos con

efecto invernadero. También había analizado la situación de los gases hidrofluorocarbonos, perfluorocarbonos y el hexafluoruro de azufre. Había hecho gráficas de sus efectos sobre los rayos solares, sobre la temperatura, humedad, ciclos del agua, vientos, océanos, la biodiversidad, y las energías electromagnéticas, estimando efectos en la armonía cuántica, más allá de la física newtoniana en la que se centraban los informes oficiales. En sus esquemas, Aimsa sospechaba un efecto a través de la destrucción biológica, de una alteración de la dualidad materia–energía que debía investigar en profundidad. No sólo la física del planeta y su vida estaban siendo dañadas, sino su misma alma, la que conectaba la ilusión material con su profunda identidad de energía, en sintonía con la energía universal.

Durante las discusiones, Aimsa presentó la propuesta de las eco aldeas espirituales y la forma de vida sencilla en armonía con la naturaleza, intercambiando en su creatividad ideas hacia limitados bienes globales para la vida y su sustento, la madre Tierra. Al presentar estas ideas, notó actitudes de asombro en muchos, de indiferencia en otros e incluso de mofa y desprecio en algunos. No importaba, ella sabía que representaba al único futuro digno y posible de la Humanidad y lucharía por ello.

El acuerdo final fue de reducir tan sólo en un 5% las emisiones basales de 1990, para el año 2012. Aimsa insistió en que la reducción necesaria para preservar la vida en el planeta era de al menos cuarenta por ciento pero no consiguió doblegar la inercia depredadora de las sociedades industriales. Aun así, tras la firma, se requeriría que los países lo ratificaran y que fueran más de cincuenta y cinco países los que lo hicieran y fueran causantes de más del cincuenta y cinco por ciento de las emisiones de carbono. Era como una partida de poder en que nadie movía ficha si nos demás no lo hacían.

Aimsa se sentía tan profundamente triste. La especie humana a la que pertenecía destruía el planeta y a sí misma. Cuando la evidencia era tan obvia, los poderosos se reunían viajando en caros y contaminantes viajes y hospedándose en hoteles lujosos, para firmar papel mojado. Los países más contaminantes, como Estados Unidos decían que incluso bajar, a lo largo de los siguientes doce años, tan sólo un cinco por ciento de las emisiones «no era realista».

Aimsa necesitaba salir de aquella sala dominada por la hipocresía, la insensibilidad, la avaricia de crecer, depredar a la madre Tierra, destruir. Sólo se sabía crecer, más y más, seguir destruyendo. Como las infecciones, como los tumores.

Salió a la calle y corrió hasta que encontró un parque. Se abrazó a un árbol pidiéndole perdón por pertenecer a una especie tan cruel.

LXVI

LA MENTIRA MÁS BELLA

Ukuzwana, Matabeleland, marzo, 1998

Era diciembre de 1997. Acababan de recibir noticias de Aimsa desde Japón y su rabia por la hipocresía ante el daño de la naturaleza. NoLwasi estaba esperando un segundo hijo. El fracaso del agua sanadora y la pérdida de su amiga y compañera del alma, la valiente Anwele, habían dejado en ella una huella de tristeza. Patxi había sentido por primera vez en NoLwasi, quien ya tenía cuarenta y tres años, momentos de fragilidad y de angustia existencial. Aquella luz de espiritualidad y de nobleza, se mostraba por primera vez vulnerable ante los golpes de la vida.

Patxi ya tenía sesenta y cuatro años pero seguía brillando con fuerza en su pasión por la vida, por el amor a NoLwasi y a Adam, por la dedicación a aquella misión sin religión, un centro simplemente de amor, en el que se había convertido Ukuzwana desde que llegara de sus valles vascos, hace ya quince años. Jonay esperaba a Aimsa con devoción, sabiendo bien su destino a seguir los pasos de aquella fuerza de la Nueva Humanidad, y cuidaba de la pequeña Nour quien ya recorría la misión. Jonay pasó a ser ZakaNuri, y el pueblo ndebele aún respetaba más a Ulibona, quien además de su alivio del dolor, había traído al pueblo ndebele una princesa del saber y la belleza, de la que ya se hablaba en muchos pueblos de aquella árida orilla del Kalahari.

Jonay había recibido cartas de Juan, desde Madrid, y de Lisa desde Oakland. También estaba en continuo contacto con Buhleve, a quien cada semana escribía contándole casos clínicos e ideas de tratamientos y de planes de mejorar la salud en la comunidad. La carta de Juan le sorprendió:

Estimado amigo y colega Jonay,

Fue un placer reencontrarte en Madrid y conocer a tus dos princesas, Aimsa y Nur-Lwasi y volver a veros en Vancouver. Espero que vuestra vuelta a Ukuzwana fuera bien.

Nosotros estamos bien. Cristina sigue en el laboratorio y yo en las consultas, las salas, las urgencias, ya sabes… Vamos pasando a todos los enfermos que teníamos en zidovudina a la terapia combinada y la verdad es que de dos a tres muertes que teníamos al mes para toda nuestra zona de cobertura, ahora llevamos seis meses sin nadie fallecido.

En verdad, desde que os conocí en Madrid y luego sentí la fuerza de vuestro mensaje en Vancouver, casi un grito de justicia, no me lo puedo quitar de la mente. Como te dije, tenemos dos niños aún *pequeños, de cinco y tres años, y queremos dedicar unos años a mostrarles, y a nosotros mismos, otra forma de vida. Por lo que me contaste de Ukuzwana, desearía profundamente conocerlo y ver las posibilidades de ir colaborando y, si lo crees útil, trasladarnos como familia un tiempo allí. En comparación contigo yo soy muy limitado, como lo somos todos los especialistas aquí en Europa. Bueno, y los no especialistas: no sé hacer una cesárea, casi me dan miedo los partos, no reduzco fracturas, no pongo anestesia, no sé hacer una placa de rayos, ni mirar muestras en el laboratorio, no he tratado a niños y estoy acostumbrado a que cada enfermo tenga unos veinte análisis bioquímicos y varias pruebas sofisticadas antes de tomar una decisión. Sé humildemente que cualquier enfermera en Matabeleland puede hacer un trabajo diez veces más útil que yo, además de conocer el idioma y la cultura. Pero lo que si te dio que tengo, Jonay, es una ilusión enorme en ser útil. Por mi puesto en excedencia aquí se pelearán diez médicos por reemplazarme, y allí tenéis un trabajo inmenso y con tan pocos medios…*

Te diré que también he estado hablando con el colegio de médicos, con laboratorios farmacéuticos y con cátedras de la universidad sobre cómo podemos ayudar para que te lleguen tratamientos para el SIDA. Pero no tengo una idea clara. Los laboratorios quieren hacer algunas donaciones, claro, unidas a estudios. Desconfío… Dime que se te ocurre. Puedo hablar, si te parece, con alguna ONG…

Lo he hablado con Cristina y es ella ahora la que no para de presionarme para que te escriba y para que vayamos preparando cómo ir a estar contigo. No para de leer cosas de Zimbabue y de África.

Jonay, te quería decir lo siguiente: podríamos ir preparándonos para ir a verte dos semanas de febrero. Si podemos ver un plan de estar más tiempo, podríamos prepararnos para venir en verano y quedarnos unos años, si crees que es posible y bueno. Sé que los trámites son lentos y por eso quisiéramos empezar cuanto antes.

Si esto no fuera posible o si «reformarme» profesionalmente sería demasiado difícil o largo, lo entenderé, y podrás contar conmigo de cualquier otra forma en que creas que pueda seros de utilidad.

Espero tus noticias.

Un fuerte abrazo y todo el ánimo del mundo para vuestra noble labor,

Juan

Jonay se quedó pensando. La carta de Juan venía en el mejor momento. Estaba seguro de que a pesar de la frustración de Kioto, Aimsa podría llevar la voz de la red de eco aldeas espirituales a los foros internacionales y empezar a liderar un movimiento mundial de valores humanos. Si Juan le sustituyese unos años, daría tiempo a Buhleve a que terminara los estudios. Y después vendría Thandiwe. Había hospital de Ukuzwana para varias generaciones. Y estaban por venir los tiempos mejores: conseguirían tratamientos para recuperar de la agonía a los miles de jóvenes que seguían cayendo por la terrible plaga. Estaba seguro que lo conseguirían. Ya estaba esperando otro vendaval de ideas de Aimsa a su vuelta.

Fue a hablar con Patxi esa misma noche, en el porche de su casa.

–Hola, Aita.

Lo llamaba así, cariñosamente Padre, en vasco. Pero en verdad lo sentía como un segundo padre, como a Fernando.

–Dime Jonay, ¿cómo va todo?

–Muy bien. ¿Cómo va NoLwasi? La última ecografía decía que vais a tener un segundo chico ¡y ya muy pronto!

–Sí, me preocupa que ya me pilla mayor, e incluso es un poco tarde para NoLwasi, pero tenemos una profunda ilusión. El que no está tan convencido de compartir su trono es Adam. Ya tiene bastante con aguantar como toda la atención de veinte kilómetros a la redonda se la lleva tu princesa.

–No te preocupes. Todo va a ir bien. Lo haremos con la ternura y cuidado con que nacieron Adam y Nour, aquí, en este bello hogar que has ido forjando todo este tiempo y que nunca olvidaré.

Patxi sintió en esas últimas palabras el sentido de marcha inminente. Muchas veces había pensado que la profesionalidad de Jonay aspiraría a otros lugares con más medios, e incluso lo habían discutido, pero Jonay siempre le decía que no podía imaginar un lugar más humano para ejercer su pasión de médico. Pero desde que llego Aimsa, algo le hacía sentir a Patxi que llegaría el momento que aquel médico y amigo, como un hijo, con quien tanto había compartido, acabaría yéndose a otros destinos más altos.

–Sabes, Jonay, que tampoco yo olvidaré nunca nuestra amistad, nuestra unión por la entrega a los demás. Hemos luchado juntos contra la epidemia, contra la malnutrición, por traer los palos del alumbrado y el teléfono, ¿recuerdas? Por romper los tabúes del obispo, hemos llorado juntos de rabia y tristeza a veces, y hemos cantado, rezado, celebrado. Jonay, hemos vivido intensamente una parte de nuestras vidas, codo a codo. Y le daré siempre gracias a Dios por haber cruzado nuestros caminos.

–Gracias, Aita. Y por eso te quería decir algo. Sabes bien lo que amo a Aimsa, ¿verdad?

–Si… Y lo mucho que te costó decírselo, ¡bribón!

Recordaron aquellos años en que tan deslumbrado se sentía ¡que no le salían las palabras al estar cerca!

–Siento, Aita, que Aimsa está destinada a algo grande. Su inteligencia y su valentía son increíbles. Me hacían antes sentirme abrumado, diminuto a su lado. Más aún si dejo mi vocación de médico en zonas remotas y con pocos recursos como en este, el rincón más hermoso del mundo. Pero sé que debo animarle a ser la líder que sé que el mundo necesita. Sabes que ha ido a Kioto representando a la red de eco aldeas espirituales y si pasa como en el SIDA, habrá dejado huella. Si le ofrecen seguir representándolas, no podre ni debo pararla y tampoco quiero vivir lejos de ella. Estamos unidos en lo más profundo del alma. Somos el núcleo, el protón y el neutrón, ¡me temo que yo el neutrón!, y el resto orbita en nuestras vidas. ¡La quiero tanto!

–Te entiendo, Semea (hijo en vasco). Te diré otra cosa: la comunidad de San Egidio ha ido comprobando cómo hemos ido desarrollando nuestra comunidad de Ukuzwana, el sentido espiritual sin religión, el compartir la tierra y el trabajo, la energía que usamos del viento, el sol, el biogás y la armonía de las gentes, nuestras formas de organizarnos en comités, de decidir. Quieren seguir un modelo así en muchos centros del mundo y hay más y más comunidades religiosas de otras órdenes que han respondido a un artículo que escribieron sobre Ukuzwana en una revista italiana. Creo que como Sibithanda, podemos ir creando comunidades eco espirituales de esperanza. Quiero decírselo a tu padre. Deben venir a vernos, conocer Sibithanda y animar esta transformación de las misiones. A ver si le convencemos que tomar ese avión, conseguiremos fondos, es un mal menor por lo que contamina, pues será por un noble fin. Poco a poco vamos a ir infectando el mundo de pequeñas comunidades de amor. Una epidemia de amor en contra de las del dolor, el poder y la avaricia. Y tienes razón: necesitamos a Aimsa liderando nuestra voz en los foros internacionales, animando a una nueva forma de existencia humana, un nuevo amanecer. No habrá nada que me duela más que verte ir lejos de aquí, pero tu espíritu seguirá aquí con nosotros, en el dispensario, en todo lo que hemos hecho juntos desde que el quirófano era un viejo almacén, ¿recuerdas? Pero entiendo bien vuestro destino y si Dios lo quiere, seguiremos cruzando nuestros caminos.

–Parece que todo podría encajar bien: tengo un compañero de carrera, Juan, que quisiera venir a pasar unos años a Ukuzwana. Tendré que acompañarle unos meses para que se haga a los recursos y necesidades de aquí y pierda el miedo en las operaciones de urgencia y todo eso. Pero estoy seguro que pondrá todo su corazón. Su mujer es microbiólogo y puede ayudar también en el dispensario, las salas, el quirófano y mejorar el laboratorio. Y después de ellos tenemos ilusionadas en venir a Buhleve y a Thandiwe.

–Como no vengas de vez en cuando a sustituirles y ayudarles, te retiraré la palabra.

–Estaré deseando venir, al menos cada año. ¡Tengo que ver que crece la jacaranda de Nour!

–Te echaré de menos, Semea.

Patxi no pudo reprimir su emoción. Jonay tampoco. Aquellos dos hombres que habían cruzado caminos, ilusiones, esfuerzos, rabias, amor por los demás, se abrazaron bajo la cruz del sur.

Estaba llegando la navidad y las vacaciones escolares. Joseph ya tenía dieciséis años. Había ayudado a diseñar la maquina «take your time», y colaboraba en la asociación Anwele desde la oficina que habían adaptado de la antigua sede de Amani. Helen dirigía la organización y Haka la red de centros de huérfanos Sibithanda. Había aprendido de NoLwasi a tocar el Mbira y cantaba con los sonidos graves guturales zulú, canciones ndebele y zulú. Nothando tenía catorce años y atendía el instituto de Ukuzwana. Desde la muerte de su madre se había vuelto muy introvertida, tímida, temerosa. Pasaba muchas tardes en las rocas donde NoLwasi sentía a los espíritus. Pensaba que allí podía hablar mejor con su madre. Fue la última de la familia Ukuzwana en estar con Anwele, y permaneció abrazada a ella la última hora de su vida. Aún recordaba cada respiración, cada movimiento, el calor en su piel, el débil aliento de su madre en su frente. Era más que tristeza lo que sentía. Era un vacío frio y doloroso que parecía llamarla a otro lugar lejos de aquella vida. Su pasión por la poesía y la música la llevaban a un mundo ajeno a lo material, donde su vértigo era a menudo insufrible. Jonay le había enseñado a tocar su violín y pasaba tardes enteras tocando mirando al horizonte e imaginando la sonrisa de su madre. Joseph, que no ocultaba su especial afecto por Nothando, apenas podía animarla cuando venía los fines de semana de la ciudad para verla y pasear por las llanuras. Thandiwe era algo mayor, tenía la misma edad que Joseph y deseaba con fervor emular a Jonay y ser algún día médico en Ukuzwana. Se escribía con Buhleve, que ya estaba estudiando el tercer año de medicina en Johannesburgo, viviendo en cada de Nadine. Ella tocaba los tambores zulú con un ritmo mágico y profundo. Aquellos adolescentes habían vivido la crudeza de la pobreza, la epidemia, la pérdida de sus padres y el futuro incierto. Pero habían encontrado en la familia Ukuzwana un hogar cálido, lleno de amor y de esperanza. Esperanza labrada en el esfuerzo y en la entrega a los demás. Decía Patxi, que esa entrega era la verdadera fuente de felicidad.

En los siguientes días fueron llegando Buhleve y Nadine de Johannesburgo, Haka y Helen de Bulawayo y vinieron a pasar la Navidad Beatriz, Meimuna y Moyes, quien ya tenía casi nueve años, desde Bruselas. Y llego, justo el día de Navidad, Aimsa, desde Kioto.

Celebraron la vida junta. Sin ritos ni verdades. Sólo con la indescifrable fuerza, indescriptible belleza e inefable fuerza del amor.

En recuerdo de su madre, Nothando había compuesto una bella canción. Los tambores de Thandiwe, los *mbiras* de NoLwasi y Joseph, el violín de Jonay, el

chistu de Patxi, Helen con su guitarra y Aimsa con su flauta travesera, la acompañaron…

Madre, siempre conmigo,
Madre así ha de ser…
Nuestro amor baña todo de color
Como el sol del atardecer
Madre, tu valentía
Me da fuerzas para seguir…
Nuestra unión será eterna
Y ya no tengo miedo a morir
Madre, tu esperanza
Hasta en tu último aliento
Me hace sentirte
En cada momento…

Esa noche, Jonay buscó a Aimsa bajo las estrellas. Aimsa le había contado con rabia, pero con mil ideas, su frustración en Kioto. Tenía una carta preparada para John, sobre una forma de solicitar el reconocimiento de la red de eco aldeas espirituales (REAE) como una asociación reconocida por las Naciones Unidas.

–Aimsa, necesito hablarte.

–Qué ocurre, Jonay.

–Estoy cansado de estar aquí. Todo es maravilloso en esta gran familia y en este reto humano, pero necesito ir a un lugar como Nueva York, a estudiar, a conocer qué está pasando en el mundo.

Aimsa lo miró a los ojos. Notó inmediatamente la belleza de aquella mentira. Ocultaba su amor para que ella no sintiese carga por ello. No podía imaginar una actitud más noble. ¡Y a través de una mentira! Una mentira tan claramente cierta que rezumaba belleza. No sabía si desvelarle su contradicción o si seguirle el juego, pero no podía, por otro lado, no dejar de apreciar su maravillosa ofrenda. No merecía no ser reconocida. Además, con su aguda intuición, sentía que algo maravilloso también esperaba a Jonay en la siguiente etapa a la que se acercaban.

–Jonay. Te conozco como a mí misma. Latimos a la vez. Estando lejos o cerca. Sé que amas tu profesión y a este rincón del mundo, con todo tu corazón. Y sé lo que me estas ofreciendo. Sólo te pido una cosa:

Jonay se dio cuenta, una vez más, de la profundidad de pensamiento de la persona a la que más amaba.

–¿Qué es?

–¿Qué si en nuestra nueva vida, luchando por que la REAE lidere una nueva Humanidad, sientes soledad, tristeza, nostalgia de tu día a día con los pacientes, o hastió del mundo de las palabras o las trampas de la abundancia, me lo hagas saber. Con la misma generosidad que hoy me tomas la mano para una nueva etapa en nuestras vidas, volveremos a este, el que será siempre nuestro primer y más bello hogar.

–Te lo prometo.

El amor que sintieron en aquel momento era tan intenso, que, extrañamente, no podían abrazarse, sólo hipnotizarse el uno en el otro con sus miradas de ternura que poco a poco se fueron nublando de la emoción más profunda.

Dos meses después, llegaron Juan, Cristina y sus dos niñas, Ángeles y Daniela. Jonay les enseñó cada detalle de la vida y del trabajo. Se sintieron muy felices y decididos a registrarse y aplicar a sustituir a Jonay en su trabajo, a pesar del sueldo local: unos cien dólares al mes. Sólo le pidió a Jonay que compartiesen al menos un mes, veinte partos, diez cesáreas, diez fracturas, diez laparotomías, tres amputaciones, y al menos un mes a su lado en las consultas y las visitas a los ingresados y a los *kraal*. Si no hubiera suficientes casos para que Juan fuese ganando confianza, estaría adscrito en el hospital de Bulawayo unas semanas. Jonay le animó a no tener temor, sino simplemente cautela y voluntad de hacer siempre lo mejor por el enfermo. Juan y Cristina leían con asombro y curiosidad cada página del manual de Gray, esa otra medicina del compromiso, la imaginación y la unión con las comunidades y los pacientes. Cristina también hacia esquemas leyendo los manuales del laboratorio de Cheesbrough. Daniela y Ángeles fueron jugando con Nour y con Adam, sin pilas ni plásticos, sin luces ni pantallas, sólo con la naturaleza y su inmensa imaginación. ¡Lloraron amargamente cuando tuvieron que volverse hacia Madrid!

Y llegó el gran día. Era medio día del 7 de marzo de 1998. Jonay ayudaba a NoLwasi. Los jóvenes tocaban música en el porche. Patxi tomaba de la mano a NoLwasi. Aimsa la aliviaba con toallas húmedas. Unai, pastor en vasco, llegó a aquella familia de amor y esperanza. Su destino estaba escrito en su nombre. Su mirada fue hipnotizando de ternura a quien se acercaba. Todos se llenaron de felicidad. Aunque Adam miraba con curiosidad a su hermano mientras apretaba con más fuerza de lo normal, su coche de madera preferido.

LXVII

SAIDU VUELVE A LA VIDA

Lunghi, Sierra Leona, julio, 1999

Hail Mary, atrápame, si me voy
entremos en lo profundo de la mente solitaria de un hombre enojado
que grita en la oscuridad, le atacan los demonios
mis enemigos me ven desaparecer
activo mi odio, dejo que se escape, como una llama
me alisto, vaciando toda la carga, sin dejar de apuntar bien
algunos dicen que este juego esta corrupto y jodido
pero mi madre me dijo que no me detuviera hasta conseguir lo que quiero
¡que se Joda el Mundo si no se puede adaptar a mí!

Era octubre de 1998. Black Rambo tenía trece años. Cantaba rap compulsivamente los versos de su héroe, Tupac Shakur, muerto tres años antes en un ajuste de cuentas entre bandas en Las Vegas. Llevaba dos años en el grupo guerrillero *West Side Boys*. Fue entonces cuando un grupo de niños de entre ocho y dieciséis años, liderados por *Black snake*, entró en la casa de su familia cerca de Kono. Sus recuerdos de aquella noche eran vagos. Cada vez que intentaban venir a su memoria, bebía compulsiva mente vino de palma, fumaba marihuana y esnifaba cocaína para llevar su mente a otro mundo. Las canciones de Tupac le ayudaban a evadirse. Pero cuando caía la noche, las drogas no hacían todo su efecto y las imágenes eran más claras: recordaba la violación de su madre, la muerte de su padre y como le obligaron a descargar más de cien balas de un AK-47 en el cuerpo de su madre, que yacía medio inconsciente tras la agresión enajenada de *Black snake*.

Haka había recibido una carta de Fernando, de Sierra Leona. Le contaba los horrores de la guerra y los vínculos entre los diamantes, las armas y la droga. Haka había decidido alejarse de aquel mundo al que persiguió durante una dé-

cada, y vivía en paz con Helen ayudando a la red Sibithanda crecer y alumbrar la esperanza entre los cientos de miles de huérfanos del SIDA en Zimbabue. Pero fue por esa sensibilidad al sufrimiento infantil por la que Haka no pudo dejar de aliarse con Fernando en desentramar otra maraña de terror, la de los niños soldados en Sierra Leona.

Black Rambo había sido tiroteado en un ataque del principal grupo guerrillero en aquella guerra que llevaba seis años asolando al país más pobre del mundo en salud, educación y nutrición, pero uno de los más ricos en diamantes. Casi todos sus compañeros habían muerto y habían sido mutilados antes o después de agonizar. Black Rambo fue llevado por *Abú*, un campesino *temne* de los arrozales de la isla de Lunghi que le encontró moribundo en una cuneta. Aunque tenía el odiado tatuaje de los West Side Boys y su nombre Black Rambo también tatuado, *Abú* era un fervoroso cristiano y no dudó en asistirle y llevarle a la clínica de los hermanos de San Juan de Dios en Lunghi.

Fernando, junto con tres misioneros, había sido secuestrado mientras operaba una hernia estrangulada por uno de los grupos del ejército que habían fracasado en un golpe militar, seis en los cinco últimos años, y se aliaron con las otras guerrillas en el terror. Fueron llevados al bosque de Masiaka y ocultados bajo unas palmeras bajas mientras entendían que los rebeldes pedían la retirada del ejército de Nigeria, aliado del gobierno, y la liberación de su líder, algo que estaban seguros no ocurriría. Fue la mediación del obispo de Makeni, un italiano Javierano que conocía a todos los poderosos de la región, como fueron liberados. Mientras tanto, el hospital de Lunsar, que tanto esfuerzo había costado levantar y mantener durante cuarenta años desde que el hermano Ricardo llego a aquel país, fue destrozado por los rebeldes. Los religiosos levantaron una clínica transitoria en la isla de Lunghi, a la espera de obtener fondos para reconstruir el hospital de Lunsar.

Cuando llegó al dispensario, Black Rambo tenía tres heridas de bala en la pierna derecha y una en el flanco derecho del abdomen. Estaba semi–inconsciente, deshidratado y malnutrido, además de en shock hemorrágico por la hemorragia interna. Fernando calculó que había perdido litro y medio de sangre y que las heridas habían sido producidas hacia unos tres días. Había signos de infección y por uno de los agujeros de bala en su muslo derecho, salía pus.

En el momento en que le estaba explorando con la ayuda de una enfermera en la sala de entrada del dispensario, entraron unos diez hombres y mujeres armados con palos y machetes gritando en criollo y temne: «Muerte al asesino, muerte». Fernando se puso en medio:

–Si le matáis, me tendréis que matar antes a mí.

–Apártese, doctor. Este niño ha matado a sus padres y a muchas personas más. Merece recibir lo que ha estado dando.

–Seguramente tenéis razón, y entiendo vuestra rabia, pero miradle: es raro que sobreviva y si lo hace, ya nunca podrá hacer daño. ¿Qué ganáis con matarle? ¿Venganza? ¿Creéis que eso os hará más felices, os traerá más paz?

–Usted no lo entiende doctor. Este chico ha mutilado y asesinado a mucha gente. Su grupo de West Side Boys necesita saber que no les tenemos miedo. Verán en la entrada a nuestro pueblo sus manos, con las que asesinó a tanta gente, colgadas de un palo. De esa manera nos protegeremos.

–Os aseguro que estos chicos están continuamente drogados y que la violencia, la sangre y las provocaciones como la que cuentas, les hace aún más violentos. Empezaron sufriendo en su carne la violencia, siendo secuestrados, drogados, sus mentes ni han funcionado de otra manera, su alma no ha recibido amor. No le quito la culpa, pero le debemos curar y recuperar como persona, sacarle de esa mente violenta y desesperada. Sólo eso os hará libres. Sólo así Sierra Leona recuperará su paz.

Así les pudo convencer y pudo operar a Black Rambo. Empezó poniendo dos litros de suero. Sabía que necesitaría una transfusión de sangre pero pedir voluntarios para eso ya era demasiado. Comprobó por las pruebas cruzadas en el rudimentario laboratorio del dispensario que sus sangres eran compatibles y le donó medio litro. Le puso luego antibióticos en los sueros y con la ayuda del hermano Agustín, anestesista, empezaron a operar. Primero abrió el abdomen. La bala había desgarrado el bazo y lacerado el colon ascendente. Tuvo que extirpar el bazo y unos veinte centímetros de intestino dejando luego una colostomía hasta que pudiese preparar una reparación limpia. Las heridas de la pierna estaban gangrenadas. Intentó limpiarlas y reparar la circulación, pero según fue desbridando fue comprobando gangrena galopante. Tuvo que amputarle la pierna por encima de la rodilla. En los días siguientes fue recuperando la conciencia, pero no el habla. Miraba fijamente al techo y cada dos tres horas tenía unos temblores y sudoración profusas. Fernando pensó que podría ser malaria, especialmente por haber perdido sus defensas por el bazo, pero no respondía al tratamiento y no vio los parásitos en las muestras de sangre. Concluyó que era el síndrome de abstinencia de la heroína y el alcohol y Dios sabía qué otras drogas. Le mantuvo sedado con los pocos viales de *diacepam* que tenían en el dispensario. Al mes le volvió a operar y pudo cerrar la colostomía. Los otros pacientes y sus familias le reprochaban a Fernando que no sólo le salvase la vida, sino que además le diese tantos cuidados a aquel niño asesino.

Cuando Black Rambo se recuperó, Fernando fue enseñándole a usar las muletas. Comprobó que nunca sonreía y que su mirada siempre era de pánico. Llegaba el momento de darle el alta. Sabía que duraría muy poco vivo una vez saliese del hospital. Fue a hablar con él:

–*Sheke* (saludo en *temne*)

–*Sheke you*.

–*How the body*? (Forma criolla de preguntar cómo estas)

–*body fine*.

–entonces tendrás que salir del hospital ya, no?

–Sí

–¿Dónde vas a ir?

–Sé que me van a matar.

–Tienes miedo.

–No. Quiero morir.

Fernando no obtuvo ninguna otra respuesta que esa a sus intentos de animarle a reemplazar una nueva vida, a pedir perdón, a buscar a la familia que le quedase. Insistió durante largas sesiones a su lado durante tres días. Tampoco mencionó nunca su pierna. Era como si quedarse sin ella hubiese sido un alivio. Al cuarto día, se lo llevó a su casa. Le escondió las muletas. No podía dejarle entregarse a la muerte o a seguir matando. Y tampoco podía entregarle al ejército de Sierra Leona, tan sanguinario o más que los rebeldes. Durante dos semanas fue cuidando le, dándole de comer sano, y mostrándole afecto. Sintió poco a poco por él, el cariño por el hijo que nunca tuvo.

Poco a poco, Black Rambo empezó a abrirse, a sentir confianza en Fernando. Fue saliendo también de su síndrome de abstinencia y ganado fuerza. Empezó a hacer ejercicios para fortalecer sus brazos, y a limpiar la casa, lavar la ropa y hacer la comida. Su nombre de niño era Saidu. Venía de un pueblo de Kono donde su padre era un maestro de escuela. Tardó varios días en contar la historia del ataque a su casa y como le obligaron a matar a su madre. Al principio lo decía rápido y sin apenas mostrar sentimientos, como si saltara sin mirar por encima de una profunda fosa. Luego fueron hablándolo con más calma y lloró amargamente durante varios días. Fernando sabía que necesitaba recuperar conciencia antes de entrar en un largo proceso hacia la paz y la esperanza. Como el país entero.

Fue entonces cuando Fernando escribió a Haka. Su intención inicial era la de contarle la historia de Saidu y de miles de niños soldados en Sierra Leona, y buscar ideas como las de Sibithanda para un futuro en aquel país, que parecía salía poco a poco de una de las guerras más crueles de la historia de la Humanidad.

Haka le respondió con ideas. Además, la asociación Anwele tenía fondos pues la nueva organización de Naciones Unidas para el SIDA, ONUSIDA, había mostrado interés en el artilugio «take your time», y después de usarlo de forma piloto en varios países, les habían hecho un pedido de cinco mil unidades para extenderlo por África. Joseph diseñó unos talleres con diez trabajadores para fabricar unos doscientos diarios, y recibieron el pago adelantado. Haka le dijo a Fernando que podrían ayudarle con un primer hogar para huérfanos de la guerra y ex-niños soldado.

Intrigado por la situación, Haka sacó sus viejas notas y el mapa de algunos de los hilos sueltos que había dejado en Sudáfrica, Mozambique, Israel y Suiza. Ya tenían internet en la oficina de la asociación Anwele y pudo leer acerca de la guerra en Sierra Leona, además de consultar textos de historia en la vieja biblioteca de Bulawayo.

Todo había empezado hacia unos ocho años. El guerrillero y dictador sanguinario de Liberia, Charles Taylor, había instigado y apoyado a la guerrilla del Frente Revolucionario Unido (FRU) liderado por Foday Sankoh, para tomar el poder del país bajo una expansión de África Occidental. Algo así como un Hitler en África. Consiguió que el FRU tomara control de las aéreas productoras de diamantes. Ante la debilidad del gobierno, desprovisto de los ingresos por diamantes que antes utilizaban para mantener incentivado al ejército y satisfechas a las clases pudientes y opulentas dentro del país más pobre de la Tierra, un grupo del ejercito –Consejo Nacional Provisional de Gobierno (CNPG)– dio un golpe de estado y reforzó su lucha contra el FRU. Haka había constatado como en 1993, el ejército de Sierra Leona había contratado a… ¡sorpresa! Executive Outcomes, para aumentar su fuerza contra el FRU.

Por supuesto, tal apoyo se pagaba con concesiones en la explotación de diamantes, que, como no, sería controlada por De Beers. El ejército de Siaka Stevens comenzó a ejercer la misma violencia que la población. Diamantes, dinero, drogas y armas. Sólo hacía falta caer la primera vez, ya no se salía del ciclo. Un ciclo bien alimentado por los poderosos del norte que adornaban los cuellos de sus damas y damiselas, alimentando el negocio billonario de De Beers y a la vez, a sus sanguinarios intermediarios y a los negocios indirectos de tráfico de armas y drogas. Todo se vistió de aparente democracia cuando se celebraron elecciones y el FRU firmó un acuerdo de paz que comprometía también al gobierno a que Executive Outcomes abandonase el país. Para mantener esa frágil paz, las Naciones Unidas habían decretado un embargo de armas a Sierra Leona, a las dos facciones.

Pero las armas seguían fluyendo y alimentando el horror, al igual que los diamantes, que en su mayoría pasaban de estraperlo a los países vecinos desde donde entraban en los canales del lujo y la codicia de De Beers, que multiplicaba por mil los ingresos a través de sus redes de joyeros en Amberes, pulidores en China y cadenas de joyerías de lujo en el mundo de la sorda abundancia. Haka identifico redes en el tráfico de las armas. Nadine le ayudó e incluso paso una semana con él en Bulawayo, cuando vino en unas vacaciones con Buhleve.

Nadine estaba en contacto con una organización llamada Gunfree South Africa. Sabían de sospechosos de tráfico de armas. Le dieron confidencialmente la lista de los principales traficantes en África: Lenoid Minin, un israelita-ucraniano ligado al comercio de madera en Liberia que aparentemente era una tapadera, Victor Bout, un ruso ligado a compañía aérea de cargo con mercancía no muy

clara, Talal El–Ndine, un hombre de negocios libanes próximo a Charles Taylor y Sanjivan Ruprah, un keniata sospechoso de tráfico de armas en el Este de Europa.

Haka no podía soportar la idea de que esos gánsteres estuvieran alimentando las masacres en Sierra Leona. Tenía que ir. Aunque ya tenía bien pasados los setenta, se encontraba fuerte. Hacía cada día una hora de gimnasia y cuidaba mucho su alimentación. Pero sobre todo, su ira contra esas mafias, le llenaba de fuerzas para la lucha. Tenía que ir a ver a Fernando en Sierra Leona. Se lo explicó a Helen. Inicialmente le dijo que iría a ver como ligar Sibithanda con los proyectos de casas y comunidades de acogida de niños de la guerra en Sierra Leona, Pero no podía mirarle a los ojos y guardarse nada ante Helen, a quien amaba profundamente.

–Te confieso, Helen, que también quiero atar algunos cabos de las redes de tráfico. Estoy convencido que están conectadas. Y no puedo dormir tranquilo sabiendo que están sueltos esos criminales.

–Haka, para eso está la policía, la Interpol. Sé que eres capaz de desentramarles como hiciste en Sudáfrica, en Israel, en Suiza. Pero te juegas la vida. Sierra Leona está en guerra, la vida allí no vale nada.

–Las policías en Europa y los países de origen de esos traficantes, y la Interpol no son eficaces. Sospecho que hasta toleran esos negocios. No puedo entender que sigan impunes. Necesito hacer este último viaje. Confía en mí.

Helen sintió un temor que nunca había sentido antes pero no podía encadenar a ese hombre determinado a ir hasta el final de las tramas del dolor y terror contra los niños. Pasaría la Navidad en un lugar remoto y peligroso. Sintió que posiblemente nunca le volvería a ver. Las últimas noches se abrazó a Haka cada minuto de la noche, cada centímetro de su piel, contando cada respiración, cada latido.

Haka preparó el mismo equipaje que llevó a Sudáfrica, pero esta vez, también consiguió un chaleco antibalas. Llegó a Freetown vía Johannesburgo, Nairobi, Londres, Bruselas y Banjul. En el aeropuerto de Lunghi estaba esperándole Fernando. Se habían escrito entre ellos o a través de Juan y de Jonay durante varios años. Tenían edades parecidas, espíritus revolucionarios frustrados por sus orígenes, y un sentido de la justicia que traspasaba los límites del miedo.

Llegaron al dispensario de Lunghi donde conoció a los hermanos de San Juan de Dios que allí trabajaban, a las dos enfermeras y a otras personas del mantenimiento y la administración. Luego fueron hasta la pequeña casa de Fernando, anexa al dispensario. Allí estaba Saidu, con sus muletas y preparando el arroz.

Después de comer, se sentaron Haka y Fernando a hablar.

–Haka, me alegra tu compañía, Jonay es como un hijo para mí y te considera como su tío, eso nos hace hermanos. Además Josu, tu hermano de sangre, fue como un hermano también para mí. Nos llamábamos Anayas. Murió el año

o pasado rodeado del cariño de su familia de Madeira. Pero este es un momento muy peligroso, ya te lo advertí.

–¿Y qué haces tú aquí?

–Yo intento tratar enfermos, aquí estamos más seguros que en Lunsar. Y el aeropuerto está cerca. Podemos hablar de una comunidad de huérfanos y ex niños soldado en esta isla. Quiero que me cuentes como os organizáis en Sibithanda.

–Lo haremos, Fernando. Además tenemos unos treinta mil dólares para ayudaros y movilizaremos más en Sudáfrica y en España. Pero también quiero averiguar cómo se mantienen estos grupos criminales. Conozco algo de la red de diamantes y de sus aliados mercenarios. Si averiguamos algo de la trama, ponerla a la luz ayudará a parar esta masacre.

–Es muy peligroso, Haka. Saidu me ha dicho que sabe por conversaciones que tuvo su grupo con el FRU, que sus cincuenta mil guerrilleros sanguinarios, bien armados por Taylor y rebosando alcohol y drogas, están preparando una campaña que llaman «ni un alma viva». Te aconsejo que de momento no te muevas por el país a solas.

Pasaron unos días de Navidad contándose sus vidas, con sorprendentes sincronicidades, ideas comunitarias, rechazo a las jerarquías, valentía contra el terror y la corrupción y tremenda ternura por los niños y Haka por la familia de Ukuzwana y Sibithanda – y Fernando por las comunidades Valyter . Escribieron juntos cartas a las comunidades de Ukuzwana, de Sibithanda, de Valentía, de Ternura.

Pasada la Navidad, el FRU comenzó su campaña sanguinaria. En sólo un mes estimaron que mataron a diez mil personas y mutilaron a otras tantas. Enfurecidos por las elecciones que supuestamente daban legitimidad al gobierno de Tejan Kabbah, llegaban a los poblados y les ponían en fila a los que no mataban directamente. Luego, como un juicio sumario, los guerrilleros del FRU, borrachos, drogados y enloquecidos, preguntaban: ¿«manga larga o manga corta» y ante el terror de los inocentes reos, les insistían en que respondiesen o les mataban. Si tenían suerte, les amputaban con un machete el brazo con el que habían votado.

Esa semana llegaron al dispensario más de cincuenta adultos con sus brazos amputados. Varios desarrollaron tétanos, otras septicemias, en otros casos las hemorragias fueron tan masivas que llegaron desangrados. Murieron veinte y dos de ellos. En el resto, Fernando se esforzó en dejar muñones más o menos funcionales, para lo cual tenía que anestesiarles, limpiar la herida, cortar algo más de hueso y dejar más tejido blando almohadillando el muñón. Pero lo que más les encogió el corazón fue ver a quince niños amputados, entre ellos tres recién nacidos. Haka, que ya había asistido algunas veces a Jonay, aprendió a ayudar a Fernando en el quirófano con las amputaciones, pero cuando vio a aquellos ni-

ños, algo se rompió dentro de su alma. Le pidió disculpas a Fernando y salió, a pesar de las alertas de peligro, hacia el mar.

Sentía la rabia y dolor más profunda que nunca había vivido. Pensaba que el horror del tráfico de niños, de la clínica nueva amanecer, de las tramas de prostitución. Había llegado a las simas más profundas de la naturaleza sombría del ser humano, pero esto superaba todo ¿Cómo podía existir algún alma humana capaz de arrancar con un golpe de machete el brazo de un recién nacido? Su tristeza y rabia explotaron en él. Lloraba con la rabia de una eternidad. Quizás la rabia contenida de generaciones y generaciones de llanto reprimido, de la energía del amor encarcelada y ahogada por la crueldad. Sentía dentro de su alma el grito más desgarrador. El llanto más amargo, el golpe más helado a la esperanza.

En los siguientes días habló en profundidad con Saidu. Al sentir la profunda tristeza de Haka, y al ver a esos niños con sus brazos amputados, las lágrimas de Saidu arrastraron aún más secretos ocultos en su atormentada alma. Fue así como le dijo que el líder de los West Side Boys, Foday Kallay, le llevó una vez a comprar droga. En arreglos con el FRU, tenían ciertos privilegios y diamantes de la zona de Kono a cambio de sembrar el terror. Llegaron a intercambiar con el FRU manos o incluso calaveras de soldados del ejército capturados y torturados y asesinados, por diamantes. Con aquellos diamantes, Foday sabía cómo localizar a una persona que les suministraba drogas. Le conocían como Minin.

Leonid Minin. El israelita–ucraniano ¿sería la clave del nudo de diamantes por dinero, por drogas, por armas? ¿Cómo podía desentramarlo? En sus apuntes constaba que Leonid Minin era propietario de una docena de empresas por todo el mundo, camufladas como empresas madereras, de transporte y de comunicaciones. ¿Pero cómo seguirle los pasos y desenmascararle? Se sentía sólo e impotente ante tal red de terror.

Esa noche, se acercó una patrulla de mercenarios de Sandline International, otra empresa similar a *Exceutive Outc*omes, con base cerca de Londres. También tenía unas notas de aquella compañía: «propiedades comunes» e inversiones uno en otro, con *Executive Outomes*, y, de nuevo, el vínculo fatal: su presidente Tony Buckingham, ex fundador también de Executive Outcomes, poseía varias compañías, entre ellas, *Diamond Works*. Se acababa de descubrir que el año anterior *Sandline Internacional* había sido contratada por el presidente Kabbah, en el exilio, a través de un indio, Saxena, quien pagó una suma inicial a Sandline para operaciones militares y venta de armas no respetando el embargo de Naciones Unidas, a cambio de la promesa de Kabbah de concesiones en las explotaciones mineras, ligadas a las empresas de Tony Buckingham. Con el dinero que les sobraba a estos buitres de la sociedad, jugaban a especular con «derivados», el nombre con que sutilmente se describía al gran casino mundial que iba parasitando la economía global.

Se acercó a uno de los mercenarios, llamado Ralph, que montaban guardia alrededor del dispensario. Consiguió romper el hielo al hablar de fútbol. Era un forofo del Manchester, ex hooligan, y consiguió hablar de un partido hacía unos años con el Barcelona. De ahí pasaron a hablar de música, fan de los *Sex Pistols*. Así fueron intimando y Haka siguiéndole la corriente. Cuando acabó su servicio, Haka lo invitó a una cerveza en un bar local. Poco a poco le fue hablando del horror que habían visto en los niños amputados, y de las conexiones de las compras de armas y de diamantes. Ralph sabía de armas. Con la cerveza y la rabia de la masacre del FRU, Ralph empezó a hablar de cómo aquella guerrilla conseguía las armas. Lo había oído a sus mandos. Las armas que habían requisado a guerrilleros prisioneros, venían de Ucrania.

Consiguió conectar por internet y aunque sospechaba que no era seguro, escribió en un código acordado con Nadine en el que cada una de las organizaciones del mapa del terror, tenía un número, y cada persona una letra, los países una planta, y los objetos un animal. Mandó el código de pino (Ucrania) y rata (armas) en una frase: «¿has leído el libro de los pinos y las ratas». Recibió una respuesta: «¡Lo vi el 27 de septiembre, y fue mucho!». «2, 7 y 9» y en «f y m», equivalían a *Spetstenhonexport,* en Kiev, Aviatrend, intermediaria de armas y transportes, y Exotic Tropical Timber Enterprise y a Valery Cheny, presidente de Aviatrend, y Leonid Minin, dueño de la tapadera maderera. Días más tarde, Nadine le mandó otro email: «el 9 voy a ver cerezos». ¿Burkina Fasso?

No sabía qué podía encontrar, pero cogió un avión de Air Afrique hasta Accra y luego otro de allí a Ouagadugu. Se instaló en un pequeño hostal. Durante su tiempo en las montañas creyendo en el movimiento de liberación de su pueblo, había sentido una profunda fascinación por Thomas Sankara, el Che Guevara de África. El único jefe de estado en la historia que cambio los mercedes por pequeños Renault, igualo los salarios de políticos y funcionarios a los de la población, nacionalizo la tierra para dar de comer a su pueblo, negando la ayuda exterior y diciendo: «el que te da de comer, será tu dueño». Siguió viviendo en su humilde casa, se negó a usar aire acondicionado e iba en bici al trabajo. Fue a visitar su pueblo, y a inspirarse en su vida. Pero necesitaba encontrar las conexiones entre Minin y el dictador militar de Burkina Fasso en ese momento, Robert Guei.

Un día, vio transitar unos camiones con el logotipo de «Exotic Tropical Timber Enterprise (ETTE), Monrovia». Estaba claro que esos camiones llevaban armas vendidas por Minin al gobierno de Burkina con el pacto de que se derivarían en su mayor parte a Liberia y Sierra Leona. Al día siguiente tomó un vuelo a Monrovia. Al llegar, hizo fotos de las oficinas de De Beers y de ETTE en Monrovia. Se escondió en un taller de enfrente que alquiló por treinta dólares al día a un empresario gallego pleno de humanidad llamado Nito. Al siguiente día, vio que llegaba a las oficinas de ETTE en un Mercedes negro. Vio bajarse del coche a

Leonid Minin, de quien había visto fotos en internet en Bulawayo. Tendría unos cincuenta años, un cuello grueso y seboso y unos andares burdos, desafiantes.

Haka había alquilado un *pick-up* y lo pudo seguir después. Se dirigió al hotel África. Haka dejo pasar media hora de despiste y entró a preguntar si podía comer allí. Se sentó en la mesa al lado de Minin. Estaba sentando con otros cuatro comensales: uno tenía acento sudafricano, otros dos ruso o ucraniano y el cuarto era un africano vestido con traje bajo el que Haka pudo ver parte del tatuaje de RUF en el brazo derecho. Oyó a Minin hablar de que marchaba el lunes siguiente a Milán.

Haka tomó otro vuelo hasta Milán dos días antes. Allí pudo contactar con más libertad con Nadine. Necesitaba saber toda la información posible de Minin. Nadine le dijo «que ella se encargaría»; que sólo tenía que lograr que el mochuelo fuese detenido un día… M de Mochuelo.

Alquiló un Fiat cinquecento. Esperó camuflado en el aeropuerto el martes de madrugada, al vuelo procedente de Monrovia, vía Dakar. Allí llego Minin. Le pudo seguir por el tráfico milanés hasta su hotel: Hotel Europa. Pudo observar cómo se registró como Manfred Morales, de nacionalidad boliviana. Ocupaba la habitación 341. Haka consiguió una habitación colindante. No tuvo que esperar mucho a que Minin llamase a varias prostitutas a su cuarto. Estaba seguro de que habría drogas y otros asuntos para retener al «mochuelo» unos días.

A medianoche, hizo una llamada anónima a la policía del distrito milanés de Cinesella. Dijo que un hombre estaba traficando con droga y manteniendo retenidas a prostitutas en la habitación 341 del Hotel Europa. Para aumentar la alarma dijo que había oído lo que parecía ser un disparo. La policía milanesa arrestó esa noche a Minin por tenencia de treinta gramos de heroína y diversas armas. También le encontraron diamantes y una cantidad de treinta mil dólares. A esa comisaría llegó el día siguiente un email de un Hotmail anónimo llamado blooddiamondsinsierraleone@hotmail.com. Como anexos tenía escaneados faxes entre Minin con el gobierno de Burkina, con Aviatrend y con Diamond Works.

Haka mandó una postal a Fernando:

Mi querido Anaya. Misión cumplida. Espero haber secado la fuente del RUF. No se rezar pero pediré por esos niños. Me siento orgulloso de tu amistad. Pronto te llegara el dinero para el proyecto de Sibithanda en Lunghi. Ojala Saidu pueda dirigirlo un día…

LXVIII

LA MIRADA CLANDESTINA

Ukuzwana, Matabeleland, septiembre, 1999

Los papeles del registro de Juan permanecían en el montón de la bandeja de entrada de la secretaria del consejo de profesionales de la salud, en Harare. Llevaban tres meses y aún no habían preparado el resumen para que fuese discutido por el comité de supervisión de los nuevos registros de médicos en el país. Por un lado, el gobierno y el colegio de médicos, veían con sumo cuidado cada expediente desde que dos años antes fuera demostrada la vinculación de un cooperante médico americano con el ensayo ilegal de medicamentos para el SIDA. Pero lo que realmente enlentecía y a menudo bloqueaba el proceso era la desidia de aquellos funcionarios, esperando un soborno para sacar del fondo del montón la solicitud, y, aún peor, el celo corporativista de los médicos de Zimbabue, que no querían competencia, ni real en sus lucrativas clínicas privadas de las ciudades ni moral por médicos de fuera que hacían un buen trabajo y eran apreciados por las comunidades rurales.

Aunque también había muchos médicos como Ndlovu, apasionados por su trabajo y su servicio al país.Y enfermeras como Rose, que sacrificaban incluso el tiempo con su familia por dedicarse a los más necesitados. Jonay pidió la ayuda para agilizar el registro de Juan a Ndlovu, pero por aquel entonces la tensión política entre el ZANU–PF de Mugabe y el MDC de Tsvangirai hacia que todo estuviese polarizado, incluso los colegios profesionales. Ndlovu, simpatizante del MDC y crítico a las prácticas dictatoriales de Harare, era ignorado en Harare y ya tenía los días contados como director provincial. Aimsa llamó personalmente al Ministro Stamps, quien insistió en reunirse con ella, a quien apreciaba y recordaba desde su intervención valiente en la conferencia de Londres unos años atrás.

Poco antes de viajar a Harare, Aimsa había recibido respuesta a sus cartas a Médicos Sin Fronteras y la Campaña de Acceso al Tratamiento, en Ciudad del Cabo, y de nuevo de su hermano tigre blanco al frente de CIPLA en su sede central en Bombay.

Antes de dar los pasos hacia su representación de la REAE, necesitaba que Jonay fuera sustituido por Juan y que el camino para el acceso a tratamientos vitales para el SIDA, estuviese trazado en su ya querido Zimbabue. Habían pasado casi dos años desde la conferencia de Vancouver y la evidencia del tratamiento combinado vital para millones de africanos condenados a muerte, y, salvo los pocos casos de prevención de transmisión de madre a hijo, aún no había ninguna esperanza de tratamiento en Zimbabue, ni la mayoría de países en África.

Eric, de Médicos Sin Fronteras en Kaleyitsha, uno de los suburbios pobres que rodeaban Ciudad del Cabo, le animó a que fuera a visitarles para intercambiar ideas. Ellos estaban luchando para importar zidovudina brasileña genérica y de laboratorios públicos sin ánimo de lucro, estaban ayudando al gobierno en defenderse de la demanda de cinco multinacionales farmacéuticas contra la ley de acceso a tratamientos, y estaban también en conversaciones con empresas indias para animar la producción de las terapias combinadas que podrían salvar las vidas de miles de personas muriendo cada día en el continente. Le informó también de los perversos planes de la Organización Mundial del Comercio en torno a las patentes y los beneficios de los poderes económicos, y como estaban preparando aliarse a movimientos de denuncia y demanda ante la próxima reunión en Seattle, a finales del año. Le dio también el contacto de Anna, una amiga a quien acababan de nombrar responsable del SIDA en Médicos Sin Fronteras desde Barcelona. Habían compartido un taller de formación hacia poco y sabía que la sección española de Médicos Sin Fronteras buscaba lugares donde su colaboración fuera necesaria y bienvenida para iniciar programas de SIDA. Aimsa había escrito a Anna y había recibido la siguiente respuesta:

Querida Aimsa,

Tu carta, como te recomendó nuestro amigo común Eric, me llena de alegría. Veo con la fuerza que argumentas la importancia de que Médicos Sin Fronteras se involucre en la lucha contra el SIDA. Dices en tu carta que el SIDA en muchas regiones de África, como la que trabajas, tristemente cumple ya la definición de emergencia humanitaria de una muerte por cada mil personas y día. Estoy asombrada de vuestro diagnóstico de salud comunitario y las estimaciones en el distrito, y también del trabajo de Anwele, de quien habíamos oído hablar en varias reuniones de SIDA, de Jonay y sus esfuerzos con la prevención de la transmisión del virus de madre a hijo, y con los esfuerzos de NoLwasi *desde la medicina tradicional. Con todo ello me siento muy identificada en ideas, mis experiencias anteriores en África y Latinoamérica y en la actitud de compromiso y respeto a las comunidades con las que trabajéis. La verdad es que me dan ganas de tomar el primer vuelo e ir a conocer vuestro trabajo y ver juntas como podemos enganchar a MSF en esta prioridad humanitaria, pero es más justo que tú vengas, nos des una conferencia en Barcelona,*

y hablamos de los siguientes pasos. No tengo ninguna duda que con tu mezcla de ética sin concesiones y lógica sin fisuras, conseguirás la alianza de esta organización. Para ello ya tienes a una aliada en Barcelona. Podemos pagarte el viaje y si me dices tus fechas con un mes, organizare una agenda de unos tres días que compense tu tiempo y esfuerzo en venir.

Un abrazo con toda mi admiración y afecto,

Anna Mitin

Responsable de proyectos de SIDA

Médicos Sin Fronteras

Barcelona

Alin le escribió en un papel con membrete de CIPLA y de forma oficial y dirigiéndose a Aimsa como la «responsable de estrategia» de la Asociación Anwele en Zimbabue, le invitaba a ir a Bombay para discutir posibles acuerdos de colaboración para la producción de anti retrovirales genéricos en India y el acceso al tratamiento en Zimbabue.

No sabía qué hacer con todas aquellas invitaciones.

Por otro lado, en respuesta a su informe exhaustivo de la conferencia de Kioto y como represento a la REAE y alzo la voz de alarma y socorro de la naturaleza ante la depredación humana, el comité de dirección de la REAE le había solicitado que desarrollase una propuesta para la representación institucional de REAE en la comunidad internacional. Había preparado un dossier, tras muchos días y noches trabajando en Bulawayo en la casa de Haka y Helen y con acceso a internet y documentos de la biblioteca pública. El dossier explicaba el proceso de formalización de asociaciones civiles en las Naciones Unidas, la pertinencia de la voz de REAE en la Asamblea General inicialmente como miembro asociado, pero aspirando, por representación de población soberana, a un puesto como un estado miembro más. Aimsa había ideado un plan que basado en jurisprudencia compleja de derecho internacional, podría usar para que REAE tuviera en el futuro carácter de «Estado», y pidiese alzar su voz en la comunidad internacional con fuerza, inspirando una nueva Humanidad. El informe también describía las agencias de Naciones Unidas donde la REAE debiera pedir su asociación, como en salud, agricultura, medio ambiente, cultura y derechos humanos, entre otras. Por último, detallaba fechas, cronograma, presupuesto, estrategia organizativa y de comunicación y redes de alianzas con asociaciones relacionadas con el espíritu de REAE. En concreto, solicitaba si podría escribir en nombre de REAE para intercambiar ideas y buscar alianzas, al Dalai Lama en su exilio de Nepal y con su incansable mensaje de espiritualidad budista, a Nelson Mandela en el gobierno de Sudáfrica (por mediación de Nadine y de Haka), al hermano Roger en la comunidad ecuménica de Taizé, Francia, al gurú hindú Sri Sri Ravi Snakar en la India, a Yusuf Islam, el controvertido cantante occidental que abanderaba el

humanismo islámico, a Amartya Sen en París, Noam Chomski en Nueva York, a Marta Santos, luchadora sin par por los derechos de la infancia desde Florencia y a la líder maya indígena Rigoberta Menchu.

Mientras tanto, Jonay seguía trabajando con ilusión y entrega cada día. Lisa, de quien recibió tan humano trato por la acupuntura en Oakland, había llegado como voluntaria y les ayudaba con algunos tratamientos, incluso anestesias, en el hospital. Aimsa había preparado un exhaustivo y convincente dossier para Stamps justificando el uso de la acupuntura en el servicio público de salud de Zimbabue, cada vez más debilitado por el aislamiento que producían las políticas belicosas de Mugabe, aliado de Kabila en la cruel guerra de Congo, y agresivas en su justa pero violenta recuperación de tierras de los colonos blancos que a menudo aún vivían en su mundo racista de Rhodesia.

Nour ya tenía tres años y jugaba sin descanso con Unai, a quien todos llamaban Unai, que con dos años correteaba por toda la misión en un triciclo de madera, y esperaban a Adam cuando el volvía de la escuela primaria que, a sus seis años, acababa de comenzar.

Patxi y NoLwasi en Ukuzwana, Haka a su vuelta de su última lucha contra el mal en Sierra Leona y Helen en Bulawayo, Lisy desde Brasil y sus fascinantes cartas sobre el derecho a la Tierra, John y Umbela desde Ternura, Fernando entre la Valentía y Lunghi, Nadine y Buhleve desde Johannesburgo, Kevin y John desde Pretoria, la nueva generación de Joseph, Thandiwe y Nothando, y sus alianzas con Rob en Berkeley, Marta, ya dirigiendo el instituto de derechos de la infancia en Florencia, los amigos activistas del SIDA, la ecología, la espiritualidad, los conocidos líderes de la ciencia y la tecnología, los pensadores de una nueva humanidad y los nuevos contactos que empezaban a florecer por otros países, formaban un rico universo de sentimientos, armonía, belleza y fuerza sobre el que Aimsa meditaba disciplinadamente cada amanecer y cada atardecer. Empezó a dibujar complejos esquemas del orden mundial en negro, de las fuerzas negativas de avaricia y poder en rojo, de las alianzas para la solidaridad y la justicia en azul, de la armonía con la naturaleza en verde y de nuevas ideas para una nueva humanidad con una tiza blanca que sólo se veía en la oscuridad cuando el resto del complejo entramado de más de mil conceptos, instituciones, políticas, organizaciones y personas, con más de cinco mil flechas que las relacionaban entre sí, se oscurecía con la noche.

Ante el retraso del registro y por lo tanto sustitución de Juan, Jonay, quiso hablar del futuro con Aimsa. Nour, como ocurría con frecuencia, dormía con Unai y Adam en casa de Patxi y NoLwasi, eran realmente como tres hermanos. Salieron a dar un paseo con la luna llena, hasta el *kopje* del agua sanadora de NoLwasi donde ahora habían puesto un lindo monumento de piedras en memoria de Anwele.

–Aimsa, pasa el tiempo y se retrasan los papeles de Juan. ¿Qué te ha dicho Stamps?

–Iré a verle la semana que viene a Harare, pero me ha prometido que antes se ocupara de ello. Aun así, creo que como han pasado ya seis meses, Juan tiene que mandar más documentos actualizados. Cálculo que no estarán antes de Navidad.

–Y veo como tus propuestas para la REAE, y las actividades con MSF, CIPLA y la red de contactos claves para un mundo mejor en tu «mapa del futuro» se multiplican. Ahora ya no necesito mentiras. Te digo que tu lugar en el mundo no es éste en este momento. La Nueva Humanidad te necesita en su centro.

–Mi lugar está a tu lado y el de Nour.

–La distancia no afectará a nuestra unión, nuestro amor. Si quieres adelantarte e ir luchando por esos retos y preparando nuestro hogar donde pienses que sea mejor, dímelo. No hay nada más bonito en mi vida que volver del trabajo y encontrarte o esperarte en nuestro hogar. Pero de cualquier otra forma que pienses, también será bello.

–Sin ti a mi lado, no sé si tendré las fuerzas que necesito. Te propongo algo.

–Dime.

–Iré a Harare a ver a Stamps, luego a Ciudad del Cabo a hablar con Eric, a Barcelona a conocer a Anna, a Bombay a encontrarme con Alin, seguiré hacia Seattle para llegar en torno a la reunión de la OMC, seguiré a Nueva York, donde creo que puedo coordinar un encuentro con Marta y volveré para noviembre. Estaría en total dos meses fuera y para entonces veremos cómo están los papeles de Juan y que propuesta os traigo para la nueva etapa de nuestra familia. Lo haremos por votación, ¡Nour para entonces ya sabrá votar! ¡y no hagas campaña en mi ausencia!

Jonay, una vez más, observaba asombrado aquella fuerza. Cuanto más unía en su existencia la fuerza, la inteligencia, el compromiso y la valentía, más belleza brillaba por todos sus poros. Muchas veces Jonay despertaba por la noche sólo para observarla. Esa noche volvió a hacerlo.

Su larga melena azabache ya mostraba algunas nieves en las sienes. Recogida en su pañuelo blanco, o azul a juego con su sari de las ocasiones, se liberaba en la noche y se esparcía en la cama como reflejo de su fuente de amor. Su rostro de belleza sencilla, plena, dulce, liviana, casi frágil prevalecía con los años, y las leves huellas del tiempo en su frente y enmarcando sus ojos, la hacían aún más serena. Aquellas líneas del tiempo hablaban de miles de horas de ilusión y fuerza en una visión del mundo que Jonay sentía iba a invadir toda la humanidad. Le gustaba observar aquellos ojos cerrados con la leve manta del sueño, e imaginar tras ellos la mirada de belleza y valentía que se clavó en él desde que la vio aterrizar en Bulawayo.

Lo que no sabía era que Aimsa conocía su clandestina costumbre, y la sentía como la muestra más dulce de amor.

LXIX

LA AVARICIA ACAPARA LA TIERRA…

Bahía, Brasil, noviembre, 1999

Lisy llevaba ya cuatro años en Brasil, después de sentir un flechazo por Joao durante la reunión de Findhorn, a la que navegó con John y Umbela.

Desde que llegó con once años a La Gomera a bordo de *Satia*, Lisy había ido tomando confianza en la vida y se había convertido en una mujer bellísima y, aunque tímida, muy asertiva y valiente por los derechos humanos y la justicia global. Cuando dejó Sierra Leona tenía aún las secuelas de una úlcera tropical que le invadía toda su pierna derecha, la amenaza de la mutilación genital y un miedo mezclado de culpabilidad de haber dado la espalda a la religión, la tradición y la familia. Pasó tres años con su hermana y Fernando en Arguamul, hasta que tanto la relación entre *Kadiatu* y Fernando se enfrió como el romanticismo de la vida en aquel aislado acantilado se llenó de vacíos. Fueron después a San Sebastián donde *Kadiatu* consiguió un trabajo con la asociación de mujeres Gaia y se fue convirtiendo en una líder de la lucha contra la circuncisión femenina, dando conferencias primero en Canarias, luego en el resto de España y luego en otros países. Montó una organización que obtuvo financiación para iniciar proyectos, escribió un libro sobre «el rito alternativo», manteniendo los valores africanos de familia, tradición, antepasados, ritos, responsabilidad, unión a la comunidad y la naturaleza, pero cambiando el acto quirúrgico por un lavado con unas hierbas que además sabía eran antisépticas. Por la universidad de adultos y a distancia fue estudiando antropología y ciencias políticas y consiguió un trabajo en UNICEF, primero en el centro de investigación de derechos de la infancia en Florencia, y luego en la sede en Nueva York. Tras un tiempo en que el desamor y las expectativas mutuas frustradas –*Kadiatu* de protección, y Fernando de unión– dolió profundamente, ella y Fernando fueron apreciando su épica y valiente alianza y cada uno hablaba del otro con profunda admiración.

Lisy atendió el instituto, primero en Vallehermoso luego en La Gomera. A los catorce años ya hablaba perfecto español, a los dieciséis dominaba el lenguaje de los silbos y a los dieciocho entro en la facultad de derecho de La Laguna con una beca del gobierno canario. Los esfuerzos de injertos de piel en la pierna ulcerada en Sierra Leona evitaron males mayores y aunque dejaron cicatrices y una cierta cojera que no le evito aprender a navegar e incluso competir en la clase Europa. Jonay le había enseñado un poco de violín y en La Laguna hizo amistad con un chico que le introdujo al violoncelo. Ahorró con trabajos ayudando en la panadería de la amiga de Jonay, Yolanda, con quien había hecho entrañable amistad, y se compró su chelo con el que tocaba largas horas la lista de Schindler y soñaba en una Humanidad de amor.

Joao tenía cuarenta y cinco años. Su abuelo huyó de Portugal durante la dictadura de Salazar y se instalaron en Río donde abrió una librería progresista llamada Justicia y Libertad. Su padre se casó con una mulata de Bahía y fueron allí a vivir. La dictadura brasileña empezó a acosarle por sus ideas anarco-socialistas que combinaba con un cristianismo libertario.

A los catorce años, Joao sintió una profunda emoción cuando los movimientos de resistencia a la dictadura brasileña secuestraron al embajador estadounidense para canjearlo por quince militantes de la resistencia con la condición de la lectura de declaración contra la dictadura en cadena nacional de radio y televisión. Tras la revolución de los claveles su padre volvió a Portugal donde abrieron un pequeño hotel en el Algarve. Joao tenía entonces diecinueve años y estaba vinculado ya a grupos universitarios en la lucha contra la dictadura militar brasileña. Con veinte años se unió a la Ação Libertadora Nacional fundada por Carlos Marighella, por quien sentía gran admiración.

Por la influencia católica de su padre se acercó a la Comisión Pastoral de la Tierra, en pos de transformaciones de las desigualdades sociales y que empezó a animar a e luchas por la tierra y en contra de los inmensos latifundios de las familias poderosas de Brasil. Antes de su marcha a Portugal, su padre se hizo amigo personal de Leonardo Boff y Joao fue testigo de tertulias y conferencias en la librería. Lideró luego una de las Comunidades Eclesiales de Base en Bahía. Por sus ideas cristianas, estaba en contra de la violencia y de los secuestros de embajadores que cometían otros grupos como Vanguardia Popular Revolucionaria, lo que no quitó para que se manifestase por la liberación de presos políticos, se encadenase con compañeros frente a la sede del gobierno de Brasilia y fuese detenido e hiciese varias huelgas de hambre.

Tenían contactos en el extranjero y Joao fue responsable dentro del movimiento estudiantil de seguir el apoyo que daba la CIA a la dictadura brasileña. Tras la llegada de la democracia, Joao, ya terminados sus estudios de ciencias políticas, fue animando movimientos de lucha por la tierra, que comenzaban a multiplicarse en el país. A los treinta años, participó en el congreso de Curitiba donde

se constituyó el MST y Joao fue nombrado coordinador de la comisión estatal de Bahía y encargado, en la comisión nacional de asuntos internacionales. Aunque su mayor obsesión, desde que a los catorce años oyó aquel discurso libertador en la televisión, era conocer como la CIA luchaba contra los movimientos sociales en Latinoamérica, fue interesándose en el lado positivo de las alianzas y tenía mucha ilusión en un movimiento global de eco aldeas en contra de la propiedad privada de la naturaleza y en armonía con ella.

Por eso fue a Findhorn. Y allí se enamoró profundamente de Lisy. En la noche después en que la armónica de John entonaba «The Times They Are A-Changing». Lisy les pidió a John y a Umbela si podía volver Joao con ellos en el velero. Hizo una especial amistad con John con quien pasaba largas noches de guardia al timón y le amenizaba con bossa nova a la guitarra. Volvieron los cuatro con gran armonía y Joao pudo sentir en mayor profundidad en espíritu y sentido de las eco aldeas. En La Gomera, Lisy presentó a Joao a su hermana Kadiatu y al que sentía como su padre, Fernando, en la colonia Valentía. Se unieron a una pareja que pasaba por La Gomera en un precioso barco alemán de madera de roble de los años 50, y que necesitaba tripulación para cruzar el Atlántico. Así llegaron a Bahía a finales de 1995.

Al llegar a Brasil, Lisy fue ayudando a Joao en las tareas estatales del MST y fue también aproximándose y colaborando con el Foro Social Global de Portoalegre y con otros movimientos del continente como vía campesina. Intentaba ligar estas vanguardias revolucionarias de Latinoamérica con el concepto y la red de eco aldeas espirituales REAE, que ya iba extendiéndose por todo el mundo. La nombraron delegada para Latinoamérica y fue animando la fundación de comunidades por el continente, inspiradas en el decálogo de Umbela.

Unos meses después apoyaron un asentamiento que reclamaba tierras improductivas de la hacienda «Macaxeira», en el Dorado dos Carajas. Joao había liderado un sentamiento similar en Canudos, en el Estado de Bahía, y fue requerido para ayudar a la demanda en «Macaxeira». Por entonces, el área ocupada por tierras improductivas de terratenientes, era de más de trescientos cincuenta millones de hectáreas, unas diez Españas. La mayoría eran propiedades inmensas de más de mil hectáreas, mientras la mayoría de los brasileños carecían de tierra y vivían en la pobreza.

Así ayudaron a montar un campamento que fue acogiendo a casi tres mil familias sin tierra. Lisy compartió el «decálogo de Umbela» para ir organizándose en armonía. Había una profunda unión, cantos, solidaridad. Ella sentía que la semilla del amor y la concordia latía unida a l de la demanda de justicia. Había muchas personas mayores, trabajadores y niños, los «sin tierrita».

Por entonces, los poderosos terratenientes habían ido presionando a los círculos del poder en torno al gobierno de Brasil, que accedía a ir bajando los impuestos y resistir el movimiento social del MST. Por la noche, frente a una

gran hoguera de ramas secas, Joao animaba con su guitarra a cantar «Grandola Villa Morena» y recordar a su padre

Después de varias semanas reclamando la expropiación, el MST decidió bloquear la carretera. Poco después llegó la policía y lanzó bombas lacrimógenas ante lo que los campesinos respondieron lanzando piedras y palos. Un campesino al que llamaban el «sordito» porque oía mal, no se percató de las balas y cayó herido de una bala en una pierna para ser luego rematado con un tiro en la cabeza. La policía disparaba a matar, y remataba en el suelo. Lisy vio como la policía identifico a Oziel, un joven líder del MST en la región y lo ataron a una camioneta. Fue torturado por más de cuatro horas rematado después con tiros en el oído. Le oyeron decir sus últimas palabras: «¡Viva el movimiento de los Sin Tierra!» Joao escapó de milagro y desde entonces sentía un peso de culpabilidad de estar vivo. A menudo tenía pesadillas por la noche en las que se veía atado a un coche de policía y sentía todo su cuerpo inmóvil hasta que la misma respiración se paraba y despertaba con una profunda angustia.

Pero no podían desesperar, ni claudicar.

Al siguiente año, Lisy participó en la reunión anual nacional del MST y colaboró en estudiar los artículos de la constitución que ligaban la tierra a su función social y permitían la expropiación en su ausencia. Propuso un análisis de todas las propiedades privadas que por no ser productivas debían impuestos a menudo mayores que su valor y así fueron recuperando millones de hectáreas, a menudo de forma transitoria a la espera de que el gobierno, a través del Instituto Nacional de Colonización y Reforma Agraria (INCRA) determinase si las tierras ocupadas son improductivas. Pero a la vez, la bajada de impuestos a los terratenientes y las policías corruptas sobornadas por terratenientes alimentaban una guerra larvada en todo el país.

Joao y Lisy siguieron luchando por el derecho a La Tierra. Joao lo hacía más por reivindicación y justicia social, y sentía tan profunda rabia desde los hechos de Macaxeira, que empezó a considerar si la violencia podía estar justificada. Seguía liderando comunidades eclesiales de base y acudía al menos una vez al año a Rio para atender a una clase de Leonardo Boff y charlar un rato en su casa de Petropolis. Lisy mantenía el origen de su compromiso por la armonía con la Tierra sin propiedad. Cambiar la propiedad de unos terratenientes por la de otros campesinos, aunque fuera en menor y más justa medida, seguiría manteniendo el absurdo e injusto reparto de un bien sagrado que no podía ser esclavo de nadie, ni de ricos ni de pobres.

Mientras Joao se iba aliando a movimientos sindicales cada vez más radicales, Lisy fue uniéndose a movimientos que desde la ecología entendían la nueva sociedad no desde la lucha social sino desde el cambio de valores para vivir en comunidad renunciando a la propiedad contra-natura de la Tierra.

Lisy fue nombrada delegada de la red de eco aldeas espirituales en Latinoamérica a final de 1996 y comenzó a promover activamente el decálogo de Umbela y estudiar en cada país los aspectos fiscales y legales de asentamientos alternativos y ecológicos. A los dos años, ya había promovido la creación de casi quinientos asentamientos por todo el continente.

Convocó una reunión con movimientos por el derecho a la tierra, movimientos reivindicativos indígenas, sindicatos obreros, las comunidades eclesiales de base el MST y vía campesina, para explorar principios comunes hacia un modelo alternativo de sociedad. Para ella, las fronteras y las propiedades, eran incompatibles con la armonía social y ecológica. Joao se había ido distanciando pues consideraba que los argumentos de Lisy debilitaban las reivindicaciones sindicales y obreras, y además llevaban a utopías sin salida. Entre ellos fue muriendo la llama que había prendido en Findhorn cuatro años atrás.

En aquella reunión conoció a un líder indígena aimara, de Cochabamba. Se llamaba Kurumi (arco iris) Daza. Era un aimara de rasgos indígenas y tez oscura, pelo azabache crespo, una mirada profunda, inquisitiva, y una sonrisa plena desde su mandíbula plena, fuerte, como segura de cada paso. Reflejaba el significado de su nombre en su poncho de lana de llama y tintes naturales. Le habló de la Pachamama. Una semana después, Lisy viajo a Cochabamba para aprender más sobre la unión mística a la tierra de las comunidades andinas, y para ver a Kurumi, con quien sentía una profunda amistad. Su corazón estaba dividido pues seguía sintiendo una atracción química a Joao pero una ternura y empatía espiritual aún más profunda con Kurumi. La despedida de Joao fue triste. Los dos sabían que se abría una brecha profunda en su unión.

LXX

…Y TAMBIÉN LA LLUVIA…

Cochabamba, Bolivia marzo, 2000

Lisy llegó a Cochabamba para la Navidad del 1999. Kurumi la recibió en la estación de autobuses y fueron a casa de sus padres pues vivía con ellos, una hermana y dos sobrinos. Tenía un hijo con una mujer de Santa Cruz que le consideró con el tiempo «demasiado indígena «para su blanca piel… A la cena de bienvenida vino el hermano menor de Kutumi, al que llamaban Víctor Hugo. El padre de Kutumi, un humilde obrero aimara de la construcción, había aprendido a leer en una escuela de la misión católica y había leído Los Miserables, sintiendo una profunda emoción en cada una de sus páginas. De ahí el nombre del hermano pequeño de Kutumi. Desde que empezó a sentir la cultura andina, Lisy sintió una profunda fascinación. Esa misma noche fueron a unos tres kilómetros andando y bajo las estrellas, Lisy empezó a entrar en un nuevo mundo…

–Kutumi, dime ¿qué es para ti la Pachamama?

–Cada uno debe sentir en su interior lo que es. Pacha es la Madre Tierra, de dónde venimos, a donde iremos.

–¿Qué no es la Tierra? ¿No lo es todo?

–Sí… Aunque nos habla más claramente donde sentimos sintonía con su fuerza, con su belleza… Yo la siento más clara en los manantiales…de ahí sale su fruto más puro… el agua.

–¿Y cómo hablas con ella?

–Yo hablo cada día… Como se habla a una madre…

–¿Y qué le dices?

–Sobre todo le pido sustento, a veces me disculpo por alguna falta o por no apreciar todo lo que nos provee…

–Y además de hablarle… ¿cómo te relacionas más con ella?

–Como a una madre también… la cuido, la acaricio, la observo, la escucho y sigo sus consejos. Y a menudo le doy regalos también. Ella me da mucho, y debo darle yo también. Verás que cuando comemos, cosechamos, le sacamos agua, leña, alimento, piedras… le damos también una parte. No sólo en los rituales, sino en el día a día. Como a una madre.

Lisy sintió de repente un frio helado en su corazón. Dejó a su madre hacia tanto tiempo… Huyó de tradiciones que temía. Pero dejó atrás mucho. A menudo pensaba en volver, en descubrir, en no tener que someterse, ni huir, sólo amar.

–Y dime ¿a veces hace daño la Pachamama? ¿A veces se enoja?

–Sí. También como las madres. Nosotros pensamos que la Pachamama tiene hambre a menudo y si no recibe lo que necesita, o si se ofende, nos manda enfermedades.

–Y dime, Kutumi ¿qué le dais en ofrenda?

–Pues en algunos rituales, se sacrifican animales, llamas sobre todo, para derramar su sangre.

–Eso me produce tristeza.

–Es la tradición, pero está abandonándose. A mí también me entristece. Creo que la vida animal es también sagrada. Hace tiempo que no como su carne, y la quinoa y otros regalos de la Pachamama nos dan suficiente nutrición.

–¿Y qué le ofreces tú?

–Yo le ofrezco, aquí, bajo las estrellas, aquello que aprecio. Los auténticos regalos no son las sobras sino lo que uno aprecia y comparte. Le doy sobre todo hojas de coca, un poco de mi bebida cuando tengo sed, un poco de mi comida cuando tengo hambre.

–¿Y tenéis celebraciones comunes? ¿O vivís vuestra veneración de forma intima, personal?

–Sí, hay celebraciones, pero, por ejemplo, cundo las llamas expulsan fetos, se los ofrecemos a la tierra para que aumente su fecundidad. Los Martes de Challa la gente entierra comida, dulces y quema incienso.

–Y dime ¿la Madre Tierra está sola en su divinidad?

– El Dios Sol, Inti, y su esposa, la Luna Mama Quilla, engendraron a la Madre Tierra… Dice la leyenda Inca que Inti enseñó a su hijo Manco Cápac y a su hija Mama Ocllo las artes de la civilización, para que fueran respetadas por la Humanidad.

A Lisy le costaba creer en esas imágenes tan concretas que parecían rodear a todas las religiones, pero sí veía profundamente en la armonía con la naturaleza, de donde venimos y a donde, después de aquel ensamblaje transitorio de moléculas, iríamos…

Celebraron la Navidad, pues se relacionaba a la Pachamama con la Virgen María del catolicismo colonial. Unas noches después, el primer viernes de enero, Kutumi y Lisy, asistieron juntos al ritual de la Pachamama, llamada challa Las ceremonia era dirigida por una anciana venerada en la comunidad a quien llamaban '*Yatiri*'.

Lisy dio algunas conferencias a comunidades campesinas sobre la idea de las eco aldeas espirituales, estableciendo los vínculos con su sagrada Pachamama. Explicó que el mundo sufría por una infección de ciudades y fabricas que la estaban dejando sin su sangre negra, sin su piel verde, sin sus cabellos de selvas, hacían que respirase mal por los humos, que sudase por el calor atrapado por esos humos y que su latido fuese débil y triste por sentir tanto daño de sus hijos, enloquecidos por la producción y el consumo... la red de comunidades que aman a la Tierra la salvaría de ese daño...

Pero ante sus planes de empezar a promocionar redes entre comunidades y de explicar los aspectos legales y fiscales, e incluso discutirlos con el gobierno en la Paz, algo ocurrió que agitó profundamente el corazón de Cochabamba, quizás el de toda Bolivia, el del todo continente, el de todo el mundo. La avaricia de estaba llegando a los límites de la vida y la iba a hacer reaccionar con fuerza, dignidad y determinación...

Ante la subida de los precios del agua, las asociaciones de vecinos, cooperativas de campesinos, de cocaleros, de obreros, se empezaron a movilizar. Kutumi era un conocido líder de campesinos y había estudiado el caso en profundidad. Ante unos quinientos quechuas y aimaras, explicó lo siguiente en una reunión nocturna e ilegal en una escuela.

Eran los tiempos en que presidia, esta vez tras fraudulentas y manipuladas elecciones, el dictador Banzer.

Hermanos y hermanas,

Con el respeto a la Pachamama.

Su agua, está siendo robada por unas empresas extranjeras ávidas de poder y de dinero. No tienen suficiente en sus países y vienen aquí a quitárnoslo, y quieren secuestrar al agua de las entrañas de la Madre Tierra, apropiársela, y vendérnosla...

Hubo un murmuro de enojo.

Hace unos meses, una empresa americana llamada Bechtel acordó con el presidente Banzer, aconsejado así también por el Banco Mundial, que nuestra agua seria de su propiedad. No sólo compran la red municipal del agua, SEMAPA, sino que se apropian también de nuestros sistemas comunales. Esta empresa le ha dado dos mil millones de dólares al presidente y le ha dicho que terminara la presa de Misicuni y la conectara con Cochabamba

haciendo una profunda herida en la Cordillera Tunari… a cambio, él les ha dado nuestra agua para los siguientes cuarenta años…Y esta empresa ni siquiera trabajaría para ello. Haría trabajar a otra empresa que conocéis, las Aguas del Tunari, cuyos dueños son europeos y americanos, quien nos cobraría el dinero. Así, como ya se creen dueños del agua, han ido subiendo los precios a casi el doble…Casi todos ya debemos pagar 20 dólares al mes, cuando nuestro sueldo está entre cincuenta y cien para la mayoría…

Más murmullos, esta vez con gritos de algunos que decían no poder pagar esos precios… Otras explicaban como tuvieron que a retirar a sus hijos de las escuelas o a dejar de ir al médico por el dinero que habían tenido que pagar por el agua…

Y ante nuestra rabia, lo que ha dicho el señor americano Geoffrey Thorpe, encargado aquí de esta empresa es que nos cortaran el agua si no pagamos…

Muchas mujeres y personas muy humildes, hasta tímidas, dijeron con una inocencia que conmovió a Lisy:

–¿Y cómo podremos vivir…?

Y no sólo nos secuestran el agua de la madre Tierra, sino que ¡se nos prohíbe recoger el agua de la lluvia!

Tras esa reunión, comenzaron las manifestaciones de los campesinos regantes y muchos otros grupos, sindicatos, estudiantes, indígenas… la furia llenó las calles de Cochabamba. Lisy se sentía unida a ese grito por la vida.

En los días siguientes, los jóvenes, entre los cuales Víctor Hugo fue tomando un papel de líder, comenzaron a intentar asumir el control la plaza principal y a formar barricadas en las entradas a la ciudad. Tras los campesinos y los jóvenes, los obreros, los comerciantes y los estudiantes de la universidad de Cochabamba acudieron con pancartas contra las políticas de privatización del Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional. De esa forma, los manifestantes consiguieron parar la ciudad de Cochabamba por cuatro días.

Poco después, tropas del ejército venidas de Oruro y La Paz se unieron a la policía para reprimir a los manifestantes. Inicialmente tiraron gases lacrimógenos y balines, pero al rato empezaron a oírse disparos. En ese momento, Lisy vio a un hombre vestido de paisano disparar con un rifle. Pudo hacerle una foto entre el caos. Lo que no supo hasta un tiempo después es que cuando fue calmándose el caos y la gente corrió despavorida por los disparos, un joven yacía en el suelo, acribillado por las balas.

Entre el caos había perdido contacto con Kutumi, y fue directa a la casa de sus padres. Allí estaban sus padres y su hermana y sobrinos, esperando con preocupación.

Una hora más tarde, oyeron un rumor aproximarse a su casa... Abrieron la puerta. Era Kutumi. Traía en sus brazos el cuerpo sin vida de Víctor Hugo.

Lisy sintió profunda tristeza y rabia y se unió al profundo dolor de una madre que abrazaba a su hijo, muerto por resistirse a que le quitaran el agua de la vida. El dolor era demasiado profundo. Lisy notó en las lágrimas, la mirada incrédula, los brazos temblorosos, el llanto ahogado por el dolor, las fuerzas desaparecer en aquella, madre, aquel padre, aquel hermano y hermanas, y los puños de rabia mientras el ejército y la policía se retiraban a sus barracones y el presidente Banzer informaba en la televisión que las «fuerzas del orden» cumplían su deber y el ministro de información sembraba la acusación de que los manifestantes eran traficantes de droga.

Víctor Hugo era un joven lleno de vida, de amor por sus padres, de cariño a las tradiciones, de ilusión en la vida, en enamorarse de la naturaleza, de las personas... Esa vida arrancada, por reclamar que el agua de lluvia no es de nadie tenía que cambiar el curso de una Humanidad enferma. Lisy no podía dejar de pensar en ello. Si no, ¿cómo encontrar sentido a una sociedad así?

Lisy mando la foto a Joao. A las dos semanas recibió una carta:

Querida Lisy,

Os envío mi más profundo pésame y el del pueblo de Brasil por la muerte del camarada Víctor Hugo. Sé que será un mártir de la Nueva Era que ya está comenzando en todo el continente.

Tras varios meses de tu ausencia he ido comprendiendo que es lo mejor para los dos. Siempre recordare nuestro tiempo en Findhorn, en Canarias, cruzando el Atlántico, y en nuestra lucha juntos por el derecho a la Tierra, como una de las partes más bellas de mi vida. Tenemos sensibilidades diferentes, culturales o ideológicas, pero en el fondo queremos los dos una nueva Humanidad más justa. Te deseo lo mejor con Kutumi y siempre seréis bienvenidos a casa. Estoy seguro de que el futuro unirá todos nuestros brazos y liberara del yugo capitalista al pueblo oprimido.

Un abrazo con todo mi cariño,

Joao

PD: Te mando en anexo la investigación que he podido hacer de los hechos que me cuentas de Cochabamba. Os ruego que eliminéis la información y no citéis nunca mi fuente, una vez la hayáis leído.

En otra hoja se resumía la investigación de Joao, conocedor de las conexiones de los ejércitos con la CIA, los servicios de inteligencia de las dictaduras y los vínculos con los poderes económicos. Explicaba que aquel hombre parecía tratarse del capitán Robinson Iriarte de la Fuente, graduado de la «Escuela de las América». De su sede en Fort Benning, en Estados Unidos, salían «formados» más de mil soldados al año supuestamente como «profesionales de la defensa de la libertad y los derechos humanos». Su misión principal era «fomentar o servir como instrumento para preparar a las naciones latinoamericanas a cooperar con los Estados Unidos y mantener así un equilibrio político contrarrestando la influencia creciente de organizaciones políticas de ideología marxista o movimientos de corte izquierdista». Los más de cuarenta mil soldados formados hasta entonces habían alimentado a regímenes dictatoriales aliados de Estados Unidos. Banzer, Galtieri, Somoza y la larga lista de dictadores sanguinarios del continente, habían sido alumnos destacados de aquella fábrica de odio y terror. En esa escuela se adiestraba en métodos de tortura, asesinato y represión.

Lisy imagino al capitán Robinson acudir a esas clases, cegado por el temor y odio al comunismo y forjado en no dudar en disparar un certero tiro en la cabeza a un joven que gritaba para poder beber.

Quizás había olvidado aquella escuela el derecho humano a lo más básico, al agua que nos brinda la madre Tierra, el derecho a la vida.

LXXI

EL OFICIO DEL AMOR EVANESCENTE

Harare. octubre, 1999

Aimsa partió en octubre de 1999 a una vuelta al mundo para explorar alianzas y la forma de lanzarse a una nueva década que, estaba convencida, cambiaría para siempre la Humanidad.

Tras un emocionado abrazo en el aeropuerto de Bulawayo, Jonay le despidió con la trascendencia que sabía tendría ese viaje en sus vidas:

–*Lihambe kuhle* (ve en paz)

–*Lisale kuhle* (quedad en paz)

Su viaje inicial fue a Harare donde visito al Ministro Stamps.

Stamps le recibió en su casa donde quiso hospedarla y poner a su disposición un coche oficial con chófer. Desde que la conoció en Londres sentía la fuerza de esa mujer y sentía una especie de ciega confianza en su visión. Por otro lado, la alianza de Aimsa con el grupo de valientes de Ukuzwana que desmontaron la mafia de prostitución y tráfico de órganos en Sudáfrica aumentaba su admiración por ella y en general por el grupo que ya se iba conociendo en todo Zimbabue de «Sibithanda».

Aimsa, sin embargo, prefirió buscar un lugar sencillo y transportarse, como la mayoría de los ciudadanos de Zimbabue, en las atestadas y destartaladas camionetas–taxi. Por un lado, detestaba el mundo de los privilegios del poder, ya por otro lado, no aprobaba las políticas de opresión del gobierno de Zimbabue a pesar de la causa justa de reformar el aún pendiente desequilibrio en favor del reducto de blancos racistas de la época de Rhodesia. Pensó en la conexión histórica entre Rhodes y el racismo del sur de África, y su legado en forma económica a través de De Beers, que de forma sutil e indirecta, seguía dominando la vida de los africanos por monopolios de poder económico ligados a las tramas del terror. Su mapa del mundo identificaba esa sutil trama de poder y avaricia y veía como

se iba infiltrando en la política y dominando incluso al líder más apreciado en todo el mundo, el ex-preso Nelson Mandela.

Prefirió mezclarse de forma más profunda que lo que el sistema *couch surfing* le permitiría en Harare, prácticamente sólo conocido por la minoría privilegiada blanca. Al llegar a Harare en el tren desde Bulawayo, buscó a una persona en la que intuyera sencillez y sensatez, que ella llamaba «sencitez», para decidir dónde se quedaría a dormir los siguientes tres días de este inicio de su vuelta al mundo para guiar la siguiente década de los Harris.

Se acercó a un hombre de unos cincuenta años, pelo canoso recortado, gafas de pasta reparadas con celo en una patilla, bien afeitado, una mirada entre sabia y cansada, un traje gris ajado por el tiempo pero que vestía con leve orgullo y no tan leve dignidad. Estaba esperando una camioneta de transporte, llamadas en Harare «Tshovas».

–*Kanjani*.

Aimsa inició la conversación en shona, pues sabía que dirigirse directamente en ndebele causaba tensión dada la rivalidad entre los shona de Harare y Mashonaland, por lo general más próximos al ZANU-PF de Mugabe, y los ndebele de Matabeleland, reivindicativos de un cambio y próximos al MDC de Tsangirai, acosado por el régimen.

–*Kanjani*.

–*Muri Rayiti*? (¿cómo está usted?)

Si estuviera en un pueblo de cualquier zona de Zimbabue, tendría que pasar unís cinco minutos preguntando por la familia, los campos, la lluvia y la salud. Pero tenía poco tiempo antes de subirse con su mochila a la camioneta–taxi.

–¿Me puede recomendar un hostal sencillo donde pasar tres días, sin pagar mucho pero estando segura y bien comunicada con la ciudad?

Aimsa tenía un sistema para aprender a expresarse en un idioma tras sólo seis horas de, como decía ella, «absorción intuitiva». Ella observaba cómo las personas de diferentes países y culturas normalmente almacenaban en su memoria ligada a conceptos, unas cien mil palabras y las combinaban en alrededor de un millón de frases diferentes. Cuando quería sumergirse en una lengua, se retiraba unas seis horas a un lugar donde no se oyesen palabras, ninguna voz humana. Las primeras dos horas las dedicaba a un diccionario o guías más seleccionadas de palabras, elegía unas mil. Lo hacía con su memoria fotográfica y haciendo simultáneamente selección de nombres, adjetivos y verbos, unos trescientos de cada tipo, y que cubriesen las circunstancias más habituales de un día cotidiano. En una hora almacenaba esa información en su memoria, y utilizaba intuitivas formas de asociación entre palabras, sonidos, significados y lenguas diferentes, para retener lo aprendido. Hacia asociaciones etimológicas entre lenguas diferentes

y así entendía significados subconscientes de palabras y conceptos que incluso los nativos de esas lenguas, desconocían. Las segundas dos horas repasaba formas verbales, artículos y adverbios, y combinaba palabras con esas «articulaciones» del lenguaje. Creaba combinaciones al azar y múltiples, dejando volar su imaginación. Lo hacía a un ritmo de una frase cada tres segundos, ligadas una con otra, hilando en su prodigiosa mente unas dos mil frases relacionadas con un espectro de situaciones que la podrían esperar. Las últimas dos horas las utilizaba informándose de costumbres, tradiciones, tabúes y sensibilidades de la lengua y cultura con la que iba a tratar. Consideraba esencial hablar en las lenguas nativas de las personas. Ciertos grados de comunicación no eran posibles o fáciles en otras lenguas que las que modelaban desde la infancia, y en especial mientras el cerebro multiplicaba por dos sus células y conexiones, en el primer año de vida. Llevaba un tiempo poco expuesta a lenguas y culturas diferentes y sentía como hambre de sumergirse regularmente en nuevos retos culturales, según ella, la forma más natural de flexibilizar el pensamiento y hacerlo fluido, dúctil, ágil. Lo veía como representado en su complejo maña de colores de dinámicas en el mundo. Cada lengua y cultura que integraba, producía unos, casi gráficos, efectos de fluidez y nuevas relaciones lógicas entre las estructuras de aquella imagen que Aimsa visualizaba de forma abstracta.

Así llegó a la pensión «El Rino», en un barrio cercano al centro de Harare, plagado de jacarandas preñadas de millones de flores violetas que llenaban de color y vida a la primavera austral. La pensión era una antigua casa de clase media, con un porche de madera blanca elegantemente tallada y suavemente envejecida por el paso de los tiempos. A la entrada había una mujer obesa y sonriente a la que saludó en shona con más pausa que al hombre de la parada de los Tshovas. La mujer se identificó como la responsable de las habitaciones y le dio la habitación número tres de un total de seis que daban todas al patio de afuera donde había letrinas y cocinas comunes, y tres frondosos mangos. A los pocos minutos, Aimsa noto signos diversos que le hacían sospechar una situación inesperada: dos viejos camiones estaban aparcados en el exterior, varias sillas vacías estaban puestas frente a las habitaciones, una mujer salía de una habitación con rulos en su crispado cabello y labios pintados llamativamente, había varias botellas vacías de cerveza frente a las puertas y la regenta del lugar la miraba de forma pícara e inquisidora. Una mujer salió de una habitación en ropa interior apenas oculta por una bata imitando a seda, y se sentó en la silla cruzando las piernas y mirando al infinito. ¡Aimsa se había instalado en un prostíbulo!

En lugar de cuestionar su intuición y buscar otro lugar donde alejarse esos tres días, pensó maravillada que su sensibilidad hacia la epidemia del SIDA la había llevado a una fuente de infección donde se entrelazaban fugazmente vidas de personas que de otra forma no conocería normalmente.

Reflexionó también sobre los círculos en los que se relacionan las personas y construyen su visión del mundo, sus ideas, y sus mecanismos para sentirse seguros y para dibujar una frágil lógica a la realidad existencial, tan incompatible con la razón o al menos los límites de la razón humana. Esos círculos normalmente incluían unas trescientas a quinientas personas, de ahí el concepto de «tamaño humano» de las eco aldeas espirituales. Era imposible que esas personas representaran al amplio espectro en la humanidad. Tampoco ese grupo de seres humanos que se diluían en nuestra existencia de formas mucho más profundas que las físicas o sensoriales, podía representar el inmenso universo de personalidades y formas en que la prodigiosa mente humana percibía su realidad e interactuaba con ella.

Aimsa sentía verdadera fascinación por cada ser humano que conocía, y veía en las personas su profundidad, única e irrepetible, de mágica conexión con el universo. Veía también que las personas vestían varias capas de protección a su ser más auténtico: su nombre, nacionalidad, profesión, familia e imagen de ellos mismos, constituían una primera capa, en gran medida artificial, impuesta y arbitraria que les daba una falsa pero conveniente identidad para relacionarse en la sociedad. Esa capa se cubría a su vez de formas y modos aceptables en su entorno, desde el uso de sonidos y palabras, las formas de vestir, los gestos en el rostro y las manos, las formas de comer, de beber, de andar, de mirar. Esa capa estaba relacionada con una aún más trascendente: como esas identidades impuestas nos condicionaban en nuestra necesidad más esencial, la de amar y ser amados: ese flujo de luz y energía que se relacionaba con los múltiples significados que las culturas y sociedades daban al amor, era modulado por las casas anteriores de forma que controlaba, como un sistemas riguroso de luces de tráfico en una ciudad, a quien amar, como amar, cuanto amar, donde amar, cuando amar e incluso, si amar.

Aimsa veía esas capas en las personas. Y las veía con colores, rojos y azules oscuros cuanto más pesadas y adheridas eran las capas, tenues blancos y amarillos cuanto más leves, sueltas y fluidas. Veía el número ya el grosor de las capas, y observaba como las personas de capas parecidas en grosor, en número, en color, en rigidez se atraían entre sí, se unían y reforzaban sus colores. Usando dos colores parecidos se paseaban, aumentaban su rigidez y su peso, pero si las capas ligeras, claras, livianas, se mezclaban con otras, las suavizaban, las liberaban. Había pocas personas con capas casi blancas y al viento que Aimsa sabía identificar e incluso intuir antes de verlas.

Hizo una hora de yoga y meditación, visualizando su vuelta al mundo en ocho semanas a través de la cual pretendía ver con más claridad el reto de animar, de «almar» una nueva humanidad, esa llamada que sentía desde que de muy pequeña aprendió a sobrevivir buscando comida en los basureros de Bombay y en las calles de Calcuta. Harare, Ciudad del Cabo, Madrid, Barcelona, Bombay,

Seattle, Nueva York y vuelta a casa. Pensaba incluir una última etapa pero tenía que planificarla con detalle. En esos lugares vería ministros, activistas, académicos, empresarios, y todos ellos en un hermoso mar de culturas, lenguas y personas con sus calas de colores y sus vuelos mágicos y únicos por la vida.?ya echaba de menos a Jonay y a Nour, y también al resto de su familia de Ukuzwana, de esos maravillosos «Sibithanda» que, estaba segura, iban a propagar una epidemia de amor y armonía en la Humanidad, enferma y contagiando a la naturaleza. Pensó en ese concepto de enfermedad, no como exceso de algo, o incluso presencia de algo. Sino como falta de algo, realmente, falta de amor. Y curiosamente, esa falta de amor, como causa primigenia de la falta de armonía vital, anímica, física. Llevaba a «exceso de «sucedáneos del amor», quimeras que intentaban en vano suplantarle, poder, dinero, posesiones, títulos, glorias, prestigios, elocuencias, creencias, ruido. Por eso a menudo se preguntaba y preguntaba ante la falta de felicidad real: «¿qué te falta para ser feliz?»

De esta manera transcurría su pensar cuando alguien toco en su puerta. Abrió y vio a una mujer ligera de ropa y pesada de maquillaje:

–*Kanjani*, hermana.

–*Kanjani*

–¿Tienes tabaco?

–No, no fumo, lo siento.

Cierta leve sonrisa entre ellas las animó a seguir hablando.

–¿De dónde eres? ¿Nunca te he visto por aquí?

–Nací en la India. Vivo en Matabeleland, me llamo Aimsa, ¿tú?

–Yo vengo del norte de Matabeleland, de Hwangue, me llamo Sibongile, pero me llaman Nancy.

–Encantada, Nancy.

Tras una pausa de mirada inquisidora, Nancy preguntó:

–¿Estás en este negocio? ¿Eres nueva? Te puedo ayudar.

–Me imagino que te refieres al trabajo de satisfacer relaciones íntimas. Amor fugaz por dinero, lo que llaman prostitución.

Aimsa eligió esas palabras, ahora en ndebele, con sumo cuidado y respeto. Se dio cuenta una vez más del poder de las palabras, las connotaciones que tienen y como se pueden convertir, sin apenas percibirnos de ello, en dardos con los que defenderse, o en manos tendidas para unirnos. Dijo por eso, con todo su sentido y respeto, «trabajo». Poco había conocido de ese mundo, pero lo respetaba incluso más que a muchos otros mundos y oficios «respetables». Aun sin conocerlo bien sentía que circunstancias duras, a veces heroicas, eran las que llevaban a esas personas a esas actividades. Por otro lado, sentía un respeto, casi admiración, a la

capacidad de entregar el cuerpo, inevitablemente ligado al alma, a extraños. Sí, por dinero, pero ni de forma remota equiparable al valor de esa, la más profunda de las ofrendas. Era curioso que quienes más repartían amor, aunque fuera a menudo tan denostado por la sociedad y concentrado de forma compulsiva en el acto físico, más fueran marginadas y despreciadas por la sociedad. Era una constante de todas las culturas y todos los tiempos. Relacionó ese hecho con una flecha roja en su mapa abstracto, flecha de conflicto, con el concepto de propiedad. Propiedad desde lo más artificial a lo más artesano, hasta lo que da la naturaleza e incluso pretensiones de poseer la naturaleza espiritual del ser humano. Propiedad abstracta, basada en convenciones de papeles y garabatos que decían dar «propiedad» de materias, de tierras e incluso de personas mediante matrimonios y tantos otros tipos de contratos, de ataduras. Pensaba que si la unión era voluntaria y en armonía, no necesitaba de ningún papel. Y si no lo era, el papel, la convención de propiedad sólo servía como cadena que ahogaba la libertad. Era la reflexión que más se repetía en su visión del «mapa del mundo», qué absurdo y dañino el concepto humano de propiedad. Pero qué instintivo y defensivo al mismo tiempo desde la vulnerable debilidad humana ante el instinto de sobrevivir y ante la angustia existencial de no entender ¿de dónde?, ¿a dónde?

Esos pensamientos la tuvieron absorta dos minutos, cuando de repente oyó la voz estridente de Nancy:

–¿Te pasa algo? ¿No estarás tomando drogas, verdad?

–No, Nancy. Estaba pensando. Me alegra conocerte.

–Tú, ¿a qué te dedicas?

–Busco como mejorar este mundo.

Lo dijo con la inocencia con lo que lo pensaba desde su tierna infancia. Y no se arrepintió. Pensó en repetido cada vez que con esa pregunta quisieran encasillarla, etiquetarla.

Nancy soltó una risotada.

–¿Cómo se hace eso? ¿Y quién te paga?

–Se hace con mucho amor. Y no siempre te pagan. De hecho el dinero es una de las causas de nuestra oscuridad.

–Pues dime, ¿cómo puedo sin dinero pagar la comida y escuelas de mis hijos? Cuando hayas preparado un mundo sin dinero, ¡me avisas!

Se rieron juntas. Nancy pensó así que Aimsa bromeaba. Luego hablaron durante una hora sobre la vida de Nancy.

Había nacido en una familia de padre de Malawi y madre de un pueblo cercano a Hwangue llamado Lupane. Su padre trabajaba en las minas de carbón de Hwangue. En el año 72, cuando Sibongile contaba con tan sólo tres años, una gran explosión en el pozo número dos de la mina mato a su padre y a otros

cuatrocientos mineros. Su madre quedó sin ingresos y con vergüenza de volver a Lupane donde su familia la había repudiado por casarse con un hombre no ndebele. Intentó varios trabajos en Hwangue pero no resultaron. La mina le quitó la casa, una neumonía de Nancy se llevó todos sus ahorros para pagar el ingreso en el hospital católico de St. Mary, y un minero conocido de su difunto esposo le ofreció un cuarto en su casa. Al poco tiempo aquel hombre empezó a abusar de ella sexualmente, y ella, paralizada por el miedo a morder la mano del amo, se fue sometiendo. Esa sumisión sexual iba ligada a sumisión de trabajo en la casa y de todos los aspectos de la vida.

Aimsa atendía a esa historia con fascinación y profunda empatía. Sentía estar aprendiendo más que en una clase magistral de Berkeley.

Nancy siguió relatando que con el paso del tiempo su madre, sin ánimo de vivir, sin el aire de la libertad ni la luz de la dignidad, empezó a beber y a dejarse invitar y abusar por otros hombres. Se fue con Nancy a un cuarto que alquilaba y donde empezó a recibir clientes para poder tener dinero con que comprar comida, pagar la matrícula de la escuela, uniformes y libros para Sibongile, y también para su adicción a la bebida. Pronto ese orden de prioridades empezó a cambiar.

Nancy dejó la escuela con once años y ayudaba a su madre en la casa a limpiar. A los trece años, Nancy fue acosada por un cliente de su madre, con el consentimiento de ella. Después de aquel hecho, su madre perdió la cabeza. Se pasaba el día llorando o mirando al techo de su cuarto. Nancy tuvo que aprender a robar para pagar el alquiler del cuarto y traer algo de comida apara las dos. Robaba sobre todo a los turistas que paraban en Hwangue en su camino al Parque Nacional y a las cataratas Victoria.

Un día, cuando volvía con comida a su casa, no encontró a su madre. La buscó por toda la ciudad. Una persona le dijo que creía haberla visto tomar un autobús para Bulawayo. Pagó un billete y se fue con una bolsa de plástico con dos libros que aún guardaba de la escuela, una foto de sus padres antes del accidente, y un poco de ropa y jabón, hacia Bulawayo. Allí siguió buscando a su madre. Nunca la encontró. Ella también empezó a beber.

Tenía dieciséis años. Así empezó a prostituirse, para comer o para olvidar. Pero no conocía otra alternativa de vida ni el camino para ello. Le contó a Aimsa que llevaba dos años en Harare, aunque pasaba temporadas en Kariba y en Mutare. Tenía unos doscientos clientes regulares y muchos más a los que sólo veía una vez. Atendía a unos seis clientes al día, por el equivalente a un dólar por cliente. Aunque Nancy había oído en la radio del riesgo del SIDA, la mayoría de sus clientes la exigían no usar el preservativo. Tenía un hijo, de un padre no conocido. Decidió no abortar cuando se supo embarazada pues tuvo un sueño en que su padre y su madre miraban llenos de alegría a un bebe sonriente. Siguió teniendo relaciones durante todo el embarazo. Dio a luz en una clínica de Mutare y se

trasladó a Mbare, un suburbio del sur de Harare. Allí alquilo un cuarto y cuidaba de su hijo, recibiendo también a clientes en el mismo cuarto. Una mujer de uno de sus clientes entró en su cuarto una noche y casi la mató a palos. Dejó Mbare y se trasladó a Mashvingo, donde siguió haciendo lo único que sabía hacer en la vida. Su hijo, al que llamo como su cantante favorito, Alpha Blondie, estudiaba ya con trece años en la escuela de la misión católica de Empandeni, al sur de Plumtree. Ella daba su vida por los estudios de su hijo y por otro futuro que el que ella tuvo. Y mientras tanto, trataba con ternura a todos los corazones solitarios que buscaban el calor de su abrazo.

Aimsa se sintió emocionada con la historia. Vio en esa historia más heroicidad que en muchas otras «respetables» e incluso «prestigiosas». Vio valentía, vio ternura. Vio también esperanza, vio armonía. Las capas de Sibonguile, de Nancy. Era de un color pálido y volaban al viento, como el velo de su madre en el tren entre Bombay y Calcuta.

A la mañana siguiente, Aimsa visitó el hospital Paryenatwa, donde Ndlovu le había puesto en contacto con un médico a cargo del departamento de medicina interna, donde atendían a enfermos con SIDA. Comprobó como atendían a más de cien nuevas consultas diarias de enfermos que venían de otras clínicas o de hospitales de distrito, con enfermedades relacionadas con el SIDA. A casi todos acababan tratándoles de tuberculosis, herpes labiales, candidiasis faríngea, diarreas sin causa clara, exantema pruriginoso también de causa desconocida y una cuantas condiciones más que si no tenían al consultar, las desarrollarían con el tiempo. Pero sobre todo, porque era lo único que podían hacer.

El amigo de Ndlovu, Dr. Chengeta, le explicó su gran frustración de atender a cientos de enfermos, miles cada mes, sin poder evitar su lenta agonía. Vio en él y en su equipo dignidad, compromiso y un profundo deseo de ayudar a todas esas personas y familias que vagaban de clínica en clínica con la vana esperanza de aliviar la galopante debilidad que les iba apagando la vida. Conocían las hierbas de NoLwasi y también las usaban, y habían oído hablar de la red Sibithanda y de los intentos de Jonay de reducir la transmisión de madre a hijo.

Aimsa les explicó la situación en Ukuzwana, los intentos de mejorar las vidas de los pacientes, la ilusión que tuvieron un tiempo en el efecto del agua sanadora de NoLwasi, los efectos de unos diez tratamientos con hierbas tradicionales para los muchos síntomas durante la enfermedad y la historia de la sabana de plástico y el calor humano como primera prioridad en el SIDA. Luego les contó las discusiones del año anterior en Vancouver y los esfuerzos desde Sudáfrica por conseguir medicación que pudiese realmente llegar a la gente que lo necesitaba. Les explicó que hablaría esa tarde con el ministro Stamps, y en los siguientes días con organizaciones en Sudáfrica, en Europa, laboratorios de medicamentos genéricos en India y políticos en Seattle y Nueva York, deseando acelerar los pasos para el tratamiento en Zimbabue. A la conferencia asistieron unos cien médicos y

enfermeras del hospital, y muchos de ellos se sintieron emocionados por la fuerza y sensibilidad con la que hablaba Aimsa. Ella también al verles.

Esa noche, un destartalado taxi le llevó desde la pensión de El Rino, a la residencia del Ministro, en uno de los barrios ricos de Harare. La casa estaba custodiada por guardias armados. Stamps, con su larga cabellera blanca, la recibió con afecto y le presento a su mujer y a sus hijos, varios de ellos adoptados de otros continentes. Pensó en la contradicción de las adopciones internacionales, cuando casi todos los países que «importaban» huérfanos, seguían teniendo huérfanos en los orfanatos y calles de las ciudades. En Zimbabue entonces había ya medio millón de huérfanos, muchos de ellos sin una familia que les acogiese, lo sabían bien por Sibithanda, donde estaba creciendo una nueva generación: la generación de la esperanza.

Stamps le habló de su frustración al ver como la inflación galopante en el país estaba destruyendo el sistema de salud que había animado a desarrollarse tras la independencia, modelo de sistema público en toda África. Apenas podían pagar las facturas de medicamentos importados y los salarios de los médicos habían bajado en valor real por la inflación y estaban emigrando. Habló con rabia como el sistema nacional inglés, necesitado de médicos por la falta de vocaciones o porque migraban a tener salarios aún mayores a Australia o Nueva Zelanda, venía a Harare y activamente buscaba médicos, los entrevistaban y les ofrecían condiciones diez veces superiores a las que Zimbabue les podía ofrecer. Cuando a su vez venia la agencia de cooperación inglesa a ofrecerles cooperación, sentía una rabia que debía contener pues ante la necesidad y la muerte de la gente, se veían obligados a aceptar toda ayuda, aunque fuese envenenada de esas conferencias o las que se aliaban con el monopolio de patentes y blindaje de lucros billonarias de la industria farmacéutica.

Aimsa le puso al día de la asociación Anwele, de la red Sibithanda, de los libros de Nadine, de la situación de los huérfanos, el éxito del artilugio «take your time» y el trabajo en Ukuzwana. Luego le preguntó sobre el estado del registro de Juan. Le explicó sus planes de vincularse al debate internacional de nuevas alternativas de sociedad, el concepto de la REAE, los retos más concretos y urgentes de los planes de la Organización Mundial del Comercio y las leyes en Sudáfrica y sus tensiones con la industria.

Stamps le dijo que entendía la urgencia de empezar a prevenir la infección a niños y hacer asequibles los tratamientos combinados, pero que el gobierno estaba pasando por tiempos difíciles económicamente por las injustas agresiones externas en especial del Reino Unido y los Estados Unidos. Entre otras cosas, había tenido que privatizar la empresa nacional de producción de medicamentos y dependían del pago con divisas de importaciones.

Aimsa fue muy franca y le dijo que ella no podía aprobar el uso de la fuerza y violencia en las fincas de los rodesianos, por el ejército o por los veteranos pagados por el gobierno, y el acoso a la oposición del Movement for Democratic Change. Tampoco podía entender el gasto y coste de vidas del apoyo de Mugabe a Kabila en Zaire.

Stamps, acostumbrado a esas críticas, de forma mucho más feroz, por la prensa internacional, en especial británica, respondió que es cierto que la rabia contenida veinte años había explotado y la política estaba llena de tensiones e intrigas que detestaba. Estaba cansado y no creía que durase mucho en ese trabajo. Pero antes haría todo lo posible por que el tratamiento para el SIDA llegase a la gente. Le dijo que le tuviese informado de cada paso.

Hablaron de un posible proyecto en Matabeleland ante lo cual le dijo que sería difícil justificarlo sin hacerlo en toda la nación o combinando regiones de Mashonaland, por otro lado, Aimsa pensó que el SIDA no se trataba de «proyectos» sino, como toda la salud, de «servicios públicos» iguales para todos. Y lo que el tambaleante sistema de salud de Zimbabue necesitaba era medicamentos vitales para el SIDA, secuestrados por la avaricia y alimentando lucro a cambio de pérdida de vidas humanos.

Dinero con sangre.

Aimsa le dijo que haría un informe a su vuelta sobre un plan para introducir en todo el país, y no por proyectos aislados, la medicación para el SIDA y que volvería a verle antes de la Navidad. Stamps le propuso nombrarla «embajadora del SIDA» para el gobierno de Zimbabue. Aimsa declinó la oferta:

–Ministro: no creo ni en propiedades ni en jerarquías. Todos somos iguales. Si alguno mereciera distinción son los miles de enfermos que ahora están muriendo en Zimbabue, sin ayuda ni esperanza. El mundo del SIDA está lleno de egos que buscan la gloria, de intereses que buscan el lucro, y, tristemente, de egoísmos que limitan cualquier ayuda al SIDA, restringida a esa enfermedad. El privilegio siempre ha generado egoísmo, y temo que la gran atención al SIDA, necesaria, nos haga olvidar que no sólo está sino todas las enfermedades, merecen ser atendidas por igual, mediante el derecho universal a la salud.

–Quería pedirle algo más antes de irme, Ministro: he estado hablando con prostitutas en Harare. Son forzadas a no usar el preservativo. Podría pensar en una ley que obligue a usar el preservativo cuando no se conozca el estado de infección o este sea positivo. El SIDA esta encadenado al estigma, silencio y a un actuar irresponsable, que ignora la trascendencia de que se está jugando con la vida y la muerte.

–Te aseguro que lo pensaré. Hablaré con los tribunales. Hay mucha presión por los grupos de infectados, a mantener confidencialidad de los test y así nunca

podremos desvelar comportamientos criminales. Lo miraré con detalle y consejo legal y lo hablamos a tu vuelta.

Stamps le agradeció su esfuerzo y le prometió hacer todo lo posible con su ayuda para hacer que el tratamiento llegara, y a través del servicio público y no «infectando» el país de proyectos aislados.

Aimsa pasó el último día en la pensión de El Rino hablando con Nancy y otras compañeras de oficio, a quienes animó a siempre usar el preservativo. También les dijo que si querían cambiar de oficio, con todo el respeto al de ellas, habría trabajos en las comunidades de Sibithanda, cuidando de la nueva generación de la esperanza.

LXXII

¿EL HOGAR O EL MUNDO?

Ciudad del Cabo, octubre, 1999

Aimsa tomó el vuelo de Harare a Johannesburgo. Allí le esperaba Nadine. Al saber de la llegada de Aimsa a través de Helen, había tomado un vuelo para ir a verla. Intuía que detrás de su viaje había una historia que el mundo debía conocer. Además, sentía una extraña conexión con Aimsa, por sus raíces comunes en la India, por su lucha contra las tramas de la avaricia y del poder. Le puso al día de las aventuras de Haka y de sus averiguaciones de las tramas y relaciones de De Beers, Angloamerican, Aspen y otras empresas que dominaban la economía del país, protegían sus monopolios y beneficios, y alimentaban directa o indirectamente tramas de armas, droga, guerra y destrucción. Estaba mandando le una idea de un guion a un escritor llamado Charles en Estados Unidos. Las películas eran lo que más llegaba a la gente.

Fueron a encontrarse con Eric, un perseverante médico belga que a través de un programa de Médicos Sin Fronteras Bélgica, intentaba establecer, en uno de los suburbios más pobres que rodeaban Ciudad del Cabo, una clínica en la que los pacientes con SIDA, la mitad de todos los enfermos adultos en el país, recibiesen con dignidad el tratamiento que necesitaban.

Eric trabajaba codo a codo con Treatment Access Campaign, una asociación creada el año anterior y liderado por Zachie, el abogado a quien conocieron en Vancouver, infectado por el virus, que se había negado a tomar ningún tratamiento hasta que fuese de acceso para todos en Sudáfrica. Zachie acompañaba a Eric.

Fueron los cuatro para comer en un restaurante de la famosa Long Street, llamado Mama Africa. Eric le contó los planes para importar genéricos de zidovudina desde Brasil y empezar a prevenir las infecciones de niños en Khaleyitsha, por encima de trámites, permisos y leyes, que si no lo permitían, demostrarían que iban contra la vida.

Zachie explicó cómo la ministra Dhlamini–Zuma se oponía a que introdujesen la zidovudina y cómo en el entorno del Congreso Nacional Africano parecían prevalecer ideas alternativas sobre el origen y transmisión del SIDA que cuestionaban la relevancia de los medicamentos.

Nadine comentó que esa actitud no ayudaba a mitigar la tragedia del país y de millones de enfermos, pero que se basaba en evidencia bastante plausible de como experimentos de vacunas en África o de bioterrorismo en varios ejércitos del mundo, habían originado el virus del SIDA. Mencionó el libro que acababan de publicar de un periodista inglés llamado Hoope, titulado *El río*. Aimsa mencionó haber leído un artículo de Hooper el año anterior en *Nature*.

Zachie, quien mostraba un aspecto saludable, prosiguió diciendo que lo realmente urgente era que cada día más de mil personas morían en Sudáfrica por el SIDA, y que mientras los enfermos en países ricos empezaban a tener calidad y cantidad de vida parecidas a enfermedades crónicas en África todos estaban condenados a morir.

Subieron luego en el teleférico a Table Mountain (La Montaña Mesa). Aimsa sintió con dolor el contraste del centro turístico de Ciudad del Cabo y el «*water front*» con su frondosa vegetación, restaurantes, hoteles de lujo y las mansiones en las calles altas de la ciudad, con la miseria de los suburbios que los rodeaban. Desde allí veían Rodhen Island, de donde fue liberado Mandela hacia diez años. Pero los contrastes de una sociedad dividida por razas y clases sociales, perduraban. Esa tarde, Eric recibió una llamada a su teléfono móvil desde Bruselas: le habían concedido a Médicos Sin Fronteras el Premio Nobel de la Paz.

Le dieron la enhorabuena, si bien Aimsa sentía mucho escepticismo de ese premio, en especial tras su concesión dos veces a presidentes de Israel con historial muy violento y sin respeto alguno por resoluciones de Naciones Unidas, y al secretario de Estado Americano Henry Kissinger responsable de la operación Cóndor, aliada con dictaduras de Latinoamérica y responsable de decenas de miles de asesinatos y desapariciones.

Por otro lado, la gloria de organizaciones de MSF, con su famoso logotipo y sus campañas en los medios, dejaban en la sombra a decenas de miles de personas como Patxi, que llevaban todas sus vidas en lugares remotos y con las poblaciones más necesitadas, sin logotipo, ruido ni gloria alguna, labor callada y comprometida día a día. Había conocido a activistas y cooperantes desde los Estados Unidos y desde Europa, ir unos pocos meses a algún país, no aprender la lengua, no integrase por la cultura, no compartir las formas de vida de las comunidades donde vivían. Vivir, de alguna manera, en pequeñas burbujas de expatriados aislados de la pobreza, pretendiendo un efecto salvador, una medalla de cruzados de la nueva sociedad y más subvenciones para más proyectos para no cambiar nada.

Pero por otro lado, sentía admiración por muchos cooperantes que dejaban sus seguridades y buscaban humildemente aportar tanto como recibir, enseñar

tanto como aprender, respetar y compartir las formas de vidas locales, hablar sus lenguas, cantar sus canciones y compartir las cosechas y guisos. Juntos plantear nuevas formas de relacionarse entre los pueblos, más justas. No era caridad, ni siquiera solidaridad. ¡Se trataba de Justicia! No quería empañar la alegría de Eric ni la oportunidad de que el mundo pensase más en el sufrimiento de muchos pueblos y en la necesidad de justicia, pero comento de esta forma:

–MSF tiene ahora una importante responsabilidad. Cientos de miles de personas han dedicado sus vidas a la cooperación internacional, muchos de forma anónima, callada, y compartiendo las condiciones más duras, sin organización ni logo alguno que los proteja ni les dé un «marchamo de gloria». MSF decidió irrumpir en la ayuda humanitaria con su demanda del derecho de injerencia humanitaria y de denuncia. Esperamos que sepa compartir este premio con humildad con tantos esfuerzos de tantos años en tantos lugares, con menos imagen., y que lo utilice para que el testimonio y la demanda lleven a un mundo más justo.

Eric asintió pensativo. Después dijo que propondría que se utilizase el premio en luchar por el acceso a medicamentos.

Eric y Zachie les explicaron después la situación del acceso a medicamentos en Sudáfrica desde que lo discutieron el año anterior en Vancouver: el gobierno de Mandela se mantenía firme en la propuesta de ley para autorizar fabricación de genéricos o importación de otros países, como ellas sabían, en aras de la asequibilidad de estos medicamentos vitales para la vida de millones de Sudafricanos y a precios hasta diez veces menores de los actuales monopolios. Cuarenta empresas multinacionales se habían unido en la demanda al gobierno de Sudáfrica. Los gobiernos de los países ricos estaban presionando a Sudáfrica para revocar la ley y evitar el juicio. Le acusaban especialmente al gobierno por haber aprobado la fabricación genérica de una medicación para el cáncer de mama. Lo más perverso del caso es que esa medicación, llamada *Taxol*, había sido desarrollada por los Institutos Nacionales de Salud de Estados Unidos, es decir con impuestos de contribuyentes. Este era a menudo el caso de los nuevos descubrimientos, típicamente ingeniados por brillantes investigadores e incluso estudiantes pasando largas horas en laboratorios, y en universidades financiadas con dinero de los contribuyentes. Todo lógico: dinero público, para un bien público. Hasta que alguien decidía regalar esos inventos a empresas, en este caso *Brystol Myers*, capaces de invertir cientos de millones en los ensayos clínicos, pero, sobre todo, ávidas en ganar miles de millones por sus monopolios sobre esos inventos. En este caso la Unión Europea también había mandado cartas de alerta a Sudáfrica. Los lobbies transatlánticos que impulsaron la creación de la Organización Mundial del Comercio y su protección de los poderosos, seguían funcionando.

Con la información que tenían, escribieron una carta al vicepresidente americano, Al Gore, para que cejase en su presión al gobierno de Sudáfrica y su alianza con las grandes multinacionales, todas ellas con beneficios billonarias y presionando para que ningún intento antepusiese la vida a sus monopolios, fuen-

te de inmenso lucro. Mandarían el borrador de la carta a organizaciones civiles de lucha por el acceso a medicamentos.

Acordaron coordinar esfuerzos en las negociaciones con CIPLA en India, en la protesta en Seattle y en la presión para que la Organización Mundial del Comercio no antepusiese la avaricia de beneficios al derecho a la salud y a la vida.

Cenó luego con Nadine un arroz que cocinaron en un apartamento donde una periodista australiana, Beth, les acogía dentro de la red couch–surfing. Aimsa se sentía algo inquieta. Y Nadine lo notó.

–¿Cómo te encuentras, Aimsa? Te has comprometido a muchos viajes y en cada uno de ellos tienes tanto que leer, que discutir, que planificar. Me maravilla tu fuerza.

– A veces me falla la fuerza.

–¿Si? Me sorprende. Siempre parece que tienes las ideas claras y la valentía lista para argumentarlas, defenderlas y luchar por ellas. Te confesaré que he pensado escribir sobre tu vida, si tú me lo permites.

–Prefiero que no lo hagas Nadine. Soy una persona como todas. Todas valen igual en su belleza y magia únicas. Debemos huir de la trampa de la vanidad en creernos por encima de las demás.

–Bueno. No puedo estar totalmente de acuerdo. Pero, dime, ¿qué te ocurre?

–Apenas ha pasado una semana y ya hecho mucho de menos a Jonay. No sabes cuánto. Ver todo este activismo de cartas, logotipos, manifestaciones, premios. Me hace recordar el trabajo callado, humilde, anónimo de personas como Patxi y Jonay. Me siento tan bien en esa paz, me da tanta energía esa dulce y sencilla armonía. Temo, Nadine, que ir al centro de la vorágine de estas luchas políticas amargue mi alma, y se coma el bello espacio de armonía con Jonay. Temo también que le arranquemos a Nour de sus hermanos Adam y Unai. Son una piña. Corren por la misión, por los campos, conocen los animales, los árboles, las estrellas, las canciones, cantan en la reunión de la vida los domingos, saludan a todos y todos les conocen, saben de dónde sale el agua, los alimentos, como ayudará los enfermos, como celebrar en gran familia. ¿Tengo derecho a arrancarles a todos de una vida tan bella?

–Tú lo debes decidir. ¿En qué has quedado con Jonay?

–En que lo medito estos dos meses y le hago una propuesta. Él quiere que nos vayamos y que lidere el movimiento de la REAE y salte al mundo del diálogo político hacia una nueva humanidad. Fue siempre mi sueño, pero ahora tengo dudas.

–Te entiendo bien, Aimsa. Yo me he dedicado con pasión a escribir, investigar, luchar por causas que considero justas, y me he ido quedando sola. Tengo ya cincuenta años y la mayor parte de mis noches y de los momentos en que estoy cansada o temerosa del futuro. No siento una mano amiga, un hombro en el que

apoyarme. Pero por otro lado, no podemos ir contra nuestra naturaleza. Y si me permites decírtelo, tú tienes dos fuerzas enormes que te acompañan.

–¿Cuáles?

–La fuerza de tu inteligencia y valentía que el mundo necesita, y el apoyo incondicional de Jonay. Me consta. Haka, con quien estoy muy en contacto, me lo cuenta a menudo, con admiración.

–Tienes razón. Por eso precisamente no quiero hacerle daño.

–Podéis probarlo un tiempo, y siempre ser muy sinceros. Vuestra casa siempre será Ukuzwana, y vuestra familia Sibithanda, que va invadiendo el mundo y tú puedes liderar esa invasión.

«Liderar la invasión». Eso le gustaba. Pero seguía reflexionando sobre las vanidades, el liderazgo, el poder. Que sutil diferencia la de animar, liderar y mandar. Qué espacios tan resbaladizos entre ellos.

–En cualquier caso te quiero proponer un plan. Deja que te cuente, necesito tu complicidad.

Al día siguiente Nadine tomaba de vuelta el tren hasta Johannesburgo. Aimsa se despidió de ella y retraso su vuelo a Madrid. Necesitaba meditar y sabía quién era la aliada que siempre la esperaba para darle fuerzas: la naturaleza. Consiguió una guía y volvió a subir a *Table Mountain* pero esta vez andando y escalando por la garganta de Plattekilp. Cuando llegó arriba, estaba empapada de sudor y con algunos rasguños. Su cuerpo seguía siendo atlético y ágil. El yoga, la vida sana y su constante actividad y esa mezcla de alerta, compromiso y fascinación por la vida, la mantenían plena de fuerzas pero sintió que necesitaba unirse más a la naturaleza y a sus fuerzas. Se lo diría a Jonay. Lo anotó en un pequeño bloc en el que fue anotando lugares, a veces los dibujaba, actividades, personas. Y sobre los lugares especiales a los que quisiera volver con Jonay. Sería un regalo ende Navidad.

Al subir a la cima recorrió la meseta y fue parando en cada mirador para ver desde el oeste hacia Rodhen Island, hacia el sur y el inmenso océano que se perdía donde ya no habitaban más seres humanos, y hacia el oeste donde el cabo de buena esperanza definía el paso de los navegantes al oriente. A ese otro mundo de donde ella venia y donde estaba a punto de volver tras treintena años de ausencia.

Y mirando al horizonte y queriendo ver su destino, creyó ver una silueta en el horizonte del mar. Pensó en la leyenda del barco fantasma del *Flying Dutchman* (El Holandés Volador) con preciosos tesoros en su interior y de quien se decía que nunca llegó a puerto y fue condenado a navegar para siempre.

Siguió su exploración del futuro mandando con el aire el abrazo más dulce a Jonay.

LXXIII

CON LA REINA DEL SWING

Barcelona, España, noviembre, 1999

Tomó después un tren hasta Johannesburgo, y un vuelo directo hasta Madrid, donde vio de nuevo en un tránsito de cuatro horas a Juan y le dio nuevos formularios para el registro médico en Harare, diciéndole que con ayuda del ministro esperaban tener su registro listo para la Navidad. Juan le confirmo su deseo, su comprensión de la lentitud de los trámites y la ilusión de su familia y de él en ir a Ukuzwana. Insistió en intentar convivir unas semanas ante lo cual Aimsa dijo que Jonay seguro que lo haría pero que ella no sabría si podría. Le dijo también que le podría en contacto con Anna para que se encontraran en Barcelona, si salía adelante el proyecto de acceso a tratamiento en el distrito de Ukuzwana.

–Juan, nos hace muy felices que puedas empezar tu ese proyecto, y ver como la vida vuelve a tanta gente desesperada, a un pueblo que lleva veinte años de inmenso sufrimiento.

–Sin vuestro compromiso, nada sería posible.

Juan le llevó hasta la estación de Chamartín. Aimsa se sorprendió por la densidad de carteles publicitarios hasta la ciudad y por los amplios paseos de El Prado y de La Castellana. Durmió en una cama litera durante la noche y llego a la estación de Sants en Barcelona donde la esperaba Anna.

Anna era una catalana alegre, de mirada entre pícara, tierna y mimosa. Su brillo ya demostraba su mundo mágico, mezcla de continentes y culturas, danzas y músicas, sueños y retos, valentía y ternura. Había impulsado ya desde la carrera movimientos estudiantiles internacionales para promover los intercambios y el conocimiento entre culturas y realidades. Ya entonces se había enamorado de un país en el que guardaba una parte de su corazón: Ghana. Siguió estudiando medicina tropical y volvió a Ghana para desarrollar un hermoso programa de Atención Primaria a casi cien poblados de un distrito remoto donde cuando llego, ni el cinco por ciento de los niños tenían su vacunación completa. Vivió allí en una misión, entre religiosos, trabajadores, voluntarios y gentes del lugar de las que se enamoró.

También vivió con ella la pequeña Luchi, una chimpancé huérfana a la que quiso como una hija y por quien sufrió profundamente cuando sus fechorías en el hospital obligaron a llevarla a una reserva, con un apuesto chimpancé chico. Anna sintió aún más roto su corazón cuando supo que Luchi realmente había acabado en un zoológico. Supo por otro médico que conocía a fondo la psicología animal que la agresividad de los animales enjaulados era difícil de rehabilitar. Nunca se perdonó del todo no haber liberado a su querida Luchi. Pensaba a menudo en la misma trampa de barrotes y cadenas en las que caían los hombres y mujeres de la sociedad moderna, y la agresividad larvada, sutil, educada que mostrábamos, por ejemplo a través de feroz competividad, desaforada producción y enajenado consumo.

Pero Anna sobre todo trabajó en Ghana con profunda pasión, recorriendo caminos, compartiendo reuniones con comunidades en los pueblos, cruzando bosques y ríos, compartiendo con la empatía que sólo fluye de los corazones sin prejuicios y sin miedo. Vinculó la medicina tradicional con los programas de salud oficial, animó la construcción de centros de salud, de un centro nutricional y de atención a la salud infantil, formó cientos de trabajadores de salud y consiguió que algunos de ellos continuaran sus estudios con becas para formarse como enfermeras y volver a ese distrito remoto para seguir dedicándose a la salud de sus gentes.

Con su esfuerzo, aumentó la cobertura de vacunación, disminuyó la proporción de niños malnutridos, se mitigaron los efectos de endemias locales como la ceguera de los ríos y la bilarzia. Se ganó así el corazón de mucha gente local y fue nombrada «*queen-mother*», un honor a una mujer importante para los pueblos. Algo que nadie con ese tono de piel había tenido antes. Con uno de los proyectos de atención primaria más hermosos de toda África, en marcha, siguió su camino y trabajó en Brasil otra larga temporada y viajo a la mitad de los países del mundo promoviendo la salud y colaborando con asociaciones civiles, universidades y grupos locales. Nunca le abandonaba su sonrisa, su fuerza por luchar por un mundo mejor. Hacía un año que se había incorporado a Médicos Sin Fronteras –MSF– para ligar las acciones de la organización al reto del SIDA. Vivía en un pequeño piso en El Carmelo, recorría las calles de Barcelona en su scooter, atendía entusiasta a clases y prácticas del baile swing y soñaba con juntar a amigos del alma en una comunidad en el campo y también ligada al sueño de un mundo mejor.

Desde que se conocieron, Aimsa y Anna sintieron una conexión muy especial. Aimsa veía en Anna a una persona sin filtros entre su mirada y su alma, y casi ninguno entre sus palabras y sus sentimientos. Aimsa, en su mente prodigiosa de percepción, análisis, síntesis e ideas intuitivamente veía en las personas sus filtros para ser ellas mismas, sus armaduras, los asociaba con colores, los adivinaba en sus marañas de mentiras marrones o intereses grises, tan frecuentes en los cargos de poder, pero sobre todo en sus amarillos prejuicios, rojos miedos o dolores azules. Entre esos filtros fluía entorpecido el verde del sentimiento puro, que Aimsa sabía intuir en la profundidad de las miradas, en las palabras pausadas, en los momentos de empatía profunda, emocionante.

Anna vio en Aimsa a una mujer de inmensa valentía, serenidad, seguridad en sí misma, y a la vez ternura. No alcanzaba a identificar ninguna sombra de vulnerabilidad, algo que le producía una mezcla de admiración y lastima. Sin entender bien porque, pensaba que la vulnerabilidad es necesaria para el amor. Aunque la ternura y dulzura de Aimsa denotaban un corazón abierto, amado y amante. Pero lo que más le sorprendió fue su profunda inteligencia. Su percepción era veloz y aguda, su análisis parecía tener tres o cuatro más dimensiones de complejidad que lo habitual y sus conclusiones sencillas y poderosas eran brillantes, provocadoras, sólidamente éticas y lógicas.

Hablaron durante dos días en las oficinas de MSF y en el pequeño piso de Anna en El Carmelo al que volvían juntas en el scooter atravesando aquella tan bella como orgullosa ciudad, reina del mediterráneo desde su coronación durante las olimpiadas, cuando Aimsa evitó ser utilizada en espectáculos políticos del SIDA.

Aimsa dio una conferencia en el salón del ático de la sede de MSF, sobre la situación del SIDA en Zimbabue y el mapa complejo de poder e intereses que bloqueaban el acceso a los derechos más básicos, incluido el de la salud, y en él, el del acceso a los medicamentos. Animó a MSF a utilizar el dinero y prestigio del premio Nobel recién concedido, para luchar por el acceso universal a medicamentos vitales, por encima de intereses de lucro, pero a tomarlo en su más amplia dimensión del derecho a la salud. Un grupo de unas diez personas entre las que estaba la directora médica, una mujer llamada Gloria, de una ternura integra y noble, la animaron a seguir una charla más distendida en el bar Glaciar, lugar de reunión habitual de cooperación en la animada Plaza Real. En ese pequeño grupo Aimsa desveló con cierta preocupación que empezaba a sentir cierto corporativismo egoísta de grupos activistas por los derechos del SIDA.

El último día se sentó con Anna para trazar un proyecto de acceso a tratamiento para el SIDA en Zimbabue. Hasta entonces, MSF sólo trataba el SIDA como un «aspecto transversal «en los proyectos humanitarios de ámbito más amplio y de poco tiempo, normalmente seis meses. Este sería el primero proyecto de MSF dirigido específicamente a aliviar?el sufrimiento del SIDA, al considerarlo una emergencia humanitaria según los datos y los argumentos que había defendido Aimsa. Quedaron en que Juan pasaría a verla a Barcelona para preparar la misión exploratoria de Anna, aunque ya le podían mandar casi todos los datos y podrían informar al Ministro Stamps.

–Anna, han sido tres días fantásticos. Tenemos que mantenernos muy unidas. Podemos estar en contacto, intentare conectarme al menos cada tres días al email, recuerda aimsaharris@hotmail.com. Te tendré informada de lo que puedo discutir en Bombay.

–Sí, dime lo que te ofrecen. Hemos recibido una idea de Eric para usar el dinero del premio Nobel para una campaña de acceso a medicamentos.

–Sí, me lo dijo en Ciudad del Cabo.

–Montaremos delegaciones en Brasil y en India, de donde vienen los medicamentos a precios dignos, lucharemos ante la organización del comercio y presionaremos a las farmacéuticas y a los países ricos y poderosos que por sus beneficios egoístas, estrangulan la vida.

–Suena bien. Unir testimonio, análisis ya denuncia. Contad conmigo. Te contaré que pienso que podemos hacer para desafiar los planes de la Organización Mundial del Comercio en Seattle, ya te lo diré mientras estás en Bombay.

–A la vuelta a Ukuzwana, intentaré ir al menos una vez a Bulawayo para seguir en contacto e intentar poner este proyecto en marcha cuanto antes. Entiendo bien a Stamps cuando me dijo que no sería bien visto si sólo empieza el acceso al tratamiento en Matabeleland. Piensa, Anna, si podríais como MSF ayudar a movilizar fondos que permitan el suministro de genéricos antiretrovirales de la India a través de la farmacia central del Ministerio, y para todo el país. ¿Quizás uniendo secciones diferentes de MSF? Me cuesta ver a la vez la universalidad del derecho a la salud y proyectos aislados para enfermedades aisladas, para lugares aislados.

–Tienes razón. Pero MSF no puede cubrir todas las necesidades. Por eso hacemos proyectos y luego esperamos que el gobierno, los países ricos, las agencias internacionales, los extiendan a toda la población.

–Pero Anna. Y si en lugar de mandar coches, muchos extranjeros, teléfonos satélite, ordenadores, viajes, todo eso. ¿Ponéis todo en medicamentos? Los que quieran venir a trabajar, que se registren, como Jonay y como Juan. ¿No te parece?

–La verdad es que sería la mejor forma de apoyar al servicio público, pero es una revolución para las ONGs. Vivimos de los proyectos, de nosotros gestionar y comprobar que el dinero llega al medicamento, que lo toma el paciente y que salva su vida.

–¿Entonces es por desconfianza?

–De vosotros no. Pero hemos tenido muchas decepciones con muchos gobiernos.

–No sé. Se pueden ver formas de asegurar que el dinero, los medicamentos y sus efectos llegan a la gente. Estoy seguro de que Stamps os permitiría estar en contacto con los médicos de los distritos.

–Te diré una cosa, Aimsa: estoy de acuerdo contigo. La justicia no se consigue por un ejército de «salvadores», sino por la dignidad de las personas, que accedan a sus necesidades básicas. Desde Alma Ata sabemos que la salud más esencial está en el distrito y a ese nivel ni la sofisticación ni la especialización que domina los países ricos es necesaria. Ni buena siquiera. Voy a proponer estos cambios en MSF y en la coordinadora de ONGs. Sembrar pequeñas parte del mundo de miles de proyectos no protege el derecho a la salud ni hace fuerte al servicio público universal, igual para todos. De alguna manera, con las mejores

intenciones, estamos aumentando las diferencias dentro de los países y desautorizando a sus gobiernos.

–Mira, Anna, he calculado que necesitaríamos unos cien mil tratamientos este año para personas que de otra manera podrían morir este año. Y ciento cincuenta mil tratamientos cortos para madres embarazadas e infectadas. Cuando tenga el precio que podríamos negociar con CIPLA. Seguro que podemos bajarlo mucho si hacemos grandes pedidos.

–Cuenta conmigo, Aimsa Te entiendo muy bien. Yo también creo en el sistema público, y en los recursos locales, y desconfío de personas que vienen a mandar, vigilar y juzgar, a un lugar que no conocen y donde sólo están un tiempo corto y a menudo sin hablar la lengua, sin compartir las viviendas, comidas o costumbres locales. He visto a menudo en Ghana esas actitudes. Detesto los cocteles o barbacoas de expatriados, en sus burbujas de lujo en el país, y desde donde se sienten superiores, limpios de toda crítica y preparados para criticar y desconfiar continuamente de lo todo local. En verdad que si quisiésemos un sistema de derecho a la salud garantizado por el estado, tendríamos todos que poner todos los recursos solidariamente en el sistema público y no crear ningún sistema paralelo, aislado, privilegiado, que distorsiona y debilita al servicio público.

–Para mí, Anna, el sistema ideal es del trabajo solidario y la propiedad colectiva. Te voy a dejar copia del decálogo de Umbela que ahora inspira el movimiento de eco aldeas espirituales que está multiplicándose por el mundo. Pero la solidaridad sólo es duradera si no se basa en empatía, conocimiento y respeto. Nada que sea impuesto, ni siquiera la solidaridad misma, es bueno para la dignidad y el futuro de los pueblos.

Se dieron un gran abrazo. Empezó a crecer entre ellas una alianza muy fuerte. Aimsa empezó a sentirse más segura de su destino.

Esa noche, Anna llevó a Aimsa a su favorito pasatiempo: el baile de swing. En una plaza popular del barrio de Gracia, se juntaron unas trescientas personas con pan y tomate, música y muchas ganas de dejarse llevar por el ritmo en buena compañía.

Anna era la reina de la noche. Bailaba sin descanso y con unos y otros, y con otras también. No paraba de sonreír con su mirada, de inventarse nuevos pasos, de reírse de la vida, de ella misma, de sentir. Decía:

–La vida es bella y merece nuestra más profunda sonrisa, de nuestros labios riendo, de nuestra mirada mirando, de nuestro cuerpo bailando, de nuestra alma viviendo.

Aimsa se sintió muy feliz. Desconectaba a veces su mente por la meditación, el yoga o la armonía con la naturaleza. Pero esa noche, entre gentes sencillas y alegres, con su nueva buena amiga y aliada, con los ritmos suaves y alegres del swing, dejó su cuerpo volar.

LXXIV

LA CAPA DEL MAESTRO

Rishikesh, noviembre, 1999

Continuó viaje hacia Bombay. Había ido retrasando el viaje a su país muchos años. Tenía tantas sensaciones mixtas: dolor y anhelo, pasión y rechazo, rabia y cariño…

La última vez que salió de Bombay tenía tan sólo siete años, hacía ya treinta, y fue para perder a su madre para siempre.

Había soñado cientos de veces en volver a tomar ese tren y encontrarla. Soñaba a menudo que la encontraría como una mujer venerable, canosa y vestida con distinción, en uno de los compartimentos de primera clase. En ese sueño su madre le decía que le había estado esperando y había leído todos sus artículos y los relatos de América y África se su lucha por la vida. En el sueño le decía también que se dirigían a un bello palacio donde meditarían rodeadas de músicas de arpas. La última imagen de ese sueño era siempre del velo del sari de su madre, saliendo por una ventana del tren.

Mientras pensaba en ese sueño, avanzaba hacia la puerta de llegadas del aeropuerto de Bombay. Allí le esperaba Alin.

Hacía más de veinte años que no se veían. Alin tenía unos cuarenta años, vestía traje y corbata y tenía un aire de autoridad, seguridad y «clase». Sin embargo, Aimsa pudo ver en él las huellas de los años en la calle. No sólo era su cicatriz en la mejilla y su cadena plateada en el cuello, la misma que hacia veinte años, sino que Aimsa observó sutiles y constantes gestos de alerta a lo que rodeaba, la mirada errante, cierta inquietud en sus manos y en su andar, leves y múltiples signos de inseguridad que Aimsa pudo grabar en las primeras imágenes de su reencuentro. Su capa era definitivamente azul oscuro.

–*Namaste* (saludo en hindi) ¡Aimsa! ¡Qué alegría reencontrare!

–*Namaste*, Alin. Doy gracias a la vida por poder reencontrarme contigo.

–Estas muy bella, y se te ve muy sana. He leído tus artículos, hemos seguido tus pasos. Eres una leyenda en Rambagan.

–No exageres. Simplemente tuve suerte. Y he intentado compartirla con vosotros.

En verdad, Aimsa había conseguido en la distancia constituir una organización. Empezaron por un hogar de niños de la calle. Aimsa mandaba la tercera parte de lo que ganaba a una cuenta por Western Union, a nombre de Anil. Otros tres jóvenes de los tigres blancos trabajaban en la casa de acogida y le mandaban cartas contando le la situación, Aunque a menudo había pequeñas discusiones, nunca se alteró la paz y la ilusión.

La «casa de los tigres blancos» se hizo conocida cuando Aimsa publicó un sencillo relato de la vida en las calles. Utilizó las imágenes de su libro de los dioses, el que había rescatado con su madre en el vertedero en Bombay. Pidió a Sri, a quien escribió al Ashram de Rishikesh que escribiera el prólogo. Escribió el prólogo y mandó una recomendación para la misma editorial donde solía publicar Tagore. El libro se hizo conocido y se vendieron doscientas mil copias por todo el país. Los ingresos iban para una fundación que creó: los tigres blancos. Aimsa fue, siempre en la distancia, como con miedo de volver, organizando la creación de nuevos centros de acogida de los tigres blancos. El libro siguió reeditándose y vendiéndose también en otros países. Tenían ya cuarenta y siete casas de acogida «los tigres blancos» por toda la India. Los centros tenían acuerdos con las escuelas, con músicos y con maestros espirituales, para seguir un camino que en lugar de aprendizaje o educación, llamaban de «descubrimiento». El concepto era que el mayor tesoro del saber y del sentir, está dentro de nosotros y por lo tanto el objetivo más importante es descubrirlo y sacarlo a la vida, hacerlo fluir, brillar. Para ello se inspiraban en ciertos ejemplos de valentía en el saber, en expresarse con arte, y en el sentir nuestra belleza única, eterna e irrepetible en el universo. A lo largo de ese descubrimiento, iban conociendo y se presentaban a exámenes del sistema de educación y luego a oficios o profesiones con los que independizarse. La única condición de ser acogidos en los centros era que al salir deberían dar al menos el diez por ciento de sus ingresos y de su tiempo durante cinco años, a las casas de acogida. Cuando una casa tenía más de veinte mentores, iniciaban la constitución de la siguiente. La mayor satisfacción de Aimsa es que la mayoría seguía contribuyendo después de diez años. En total habían salido de las casas de los tigres blancos un total de seiscientos jóvenes que ahora ejercían todo tipo de profesiones y seguían haciendo crecer aquel sueño que comenzó en las calles de Rambagan.

–Aimsa, antes de que vayamos a CIPLA, quiero enseñarte algo.

Subieron en su motocicleta y atravesaron las bulliciosas calles de Bombay. Aimsa observaba absorta como se había modernizado la ciudad. El antiguo vertedero donde creció, era ahora un centro comercial. Sin embargo vio una vida

acelerada, competitiva, contaminante. Aimsa pensó en la red Sibithanda, y la inspiración de las eco aldeas.

Alin la llevó al centro de los tigres blancos en Bombay. Aimsa sintió una gran emoción. Salieron a recibirla unos treinta niños y jóvenes de todas las edades, y unos diez adultos, mentores ya del centro. Le cantaron «*aavo ni padharo hamare des*». Visitó las habitaciones, cuatro, cada una con tres literas de dos camas, la cocina, la biblioteca, baños, la sala de meditación, la de pinturas y música. Se hicieron fotos con todos. Había una foto de Aimsa que habían recortado de una revista y la tenían en un marco, como la fundadora de los tigres blancos.

Sintió una gran alegría. Pensó que su madre estaría feliz de su esfuerzo. Eso era lo más importante. Y eso bastaba. Su sonrisa desde donde estuviera. Estaba segura de ello.

Quedaban dos heridas sin cerrar, pero no podían ensombrecer la emoción de tanto afecto, las caras de ilusión por el futuro de esos niños.

Siguieron luego a las oficinas de CIPLA en 289, Bellasis road. A la entrada estaba el retrato del Dr. Hamied.

–Aimsa, como sabes, esta empresa fue fundada por el Dr. Hamied. Fundó la compañía en 1935 después de estudiar química en Alemania y donar todas sus patentes. Durante veinte años trabajo en un pequeño apartamento en este mismo edificio, pero fue dedicándose a la fabricación de genéricos de calidad y exportándolos a todo el mundo. En India no se impone la patente de la molécula final, y podemos fabricar bajo lo que llaman licencia obligatoria, copias genéricas por diferentes rutas químicas. Veremos el año que viene hasta cuando nos permite la Organización Mundial del Comercio seguir fabricando genéricos.

–Lucharemos por ello, Alin. Se os aprecia mucho en el mundo. En África, la mayor parte de los medicamentos vienen de vuestras fábricas.

–Eso me hace muy feliz. Funcionamos como una empresa, claro, con beneficios y reinversiones. El año pasado ganamos cien millones de dólares tras vender casi mil millones de dólares en medicamentos en todo el mundo. Y en el caso de los medicamentos del SIDA, hemos decidido venderlos a precio de coste, sin beneficio. Ya hemos conseguido sintetizar los tres fármacos que combinados sabemos, desde Vancouver, que previenen la progresión ya enfermedad, y salvan la vida de la personas con SIDA. Son la zidovudina, la *estavudina* y la *lamivudina*. Además hemos sintetizado el mes pasado *nevirapina*, que ha demostrado una eficacia enorme en prevenir las infecciones en los recién nacidos, sólo tras una dosis durante el parto. Podemos vender ahora los tres medicamentos en la cantidad necesaria para el tratamiento de una persona al año, por unos cien dólares, comparado con doce mil dólares de los precios de los monopolios. Esas empresas tienen otra filosofía. Compran patentes de investigadores, invierten en ensayos clínicos, muy caros, no entiendo por qué, y patentan los medicamentos poniendo

precios de hasta diez veces lo que les cuesta fabricarlos, como hemos demostrado con los medicamentos contraen SIDA. Por eso estas empresas tienen más de una cuarta parte de sus ventas en beneficios. Las seis grandes son las americanas Pfizer y Johnson, la inglesa Glaxo, las suizas Roche y Novartis y la francesa Sanofi. Todas ellas venden más de cuarenta mil millones y tienen beneficios de más de diez mil millones de dólares al año, pero no es suficiente para ellos y sus accionistas. Siempre quieren más. Y sobornan a políticos y a lobbies de todo tipo para proteger sus patentes, monopolios, derechos al lucro extremo. Hay estudios que demuestran muy bien que el sistema de patentes con derecho al abuso sin límite de margen y durante veinte años, no crea más innovación. Los únicos beneficiados son los capitalistas y especuladores.

–Me alegra mucho oírte hablar así. Yo luché mucho en los años 80 por el acceso a zidovudina, blindada por *Wellcome*, ahora Glaxo. Y aún sin acceso en África. Calculé los miles de millones de sus beneficios y los millones de muertes permitidos por el lucro y lo dije con fuerza en Vancouver.

–Lo sé, Aimsa. Tus palabras me inspiraron a buscar este trabajo. Me hace muy feliz tenerse aquí y ver cómo podemos hacer que lleguen nuestros medicamentos a África.

–Pero dime, ¿no tenéis acuerdos con las empresas de genéricos en Sudáfrica?

–Lo intentamos, pero están siendo, presionadas, o incluso sobornadas o vendidas, para no fabricar con licencia obligatoria y hacerlo con licencias voluntarias dando royalties a la grandes empresas farmacéuticas.

–Creo saber por qué. Sabes, quien no tiene escrúpulos ante la vida humana, ni tiene límites.

–Pero cuéntame. ¿Qué fue de tu vida?

–Pues fui con Sri a Rishikresh.

–Sí. Eso te sacó de las calles. Sri vio en ti un alma y una inteligencia iluminadas para salvar el mundo. ¿Recuerdas cómo nos reímos de ti cuando viniste al grupo y dijiste convencida: «quiero luchar por un mundo mejor y que desaparezca tanto sufrimiento».

–Sí. Lo recuerdo. Y tú me preguntaste que como iba a conseguirlo. Y te respondí: «mi madre, desde su luz en las estrellas, me guiará».

–Y así es, Aimsa.

–Te diré, Anil. He hablado con el ministro de Salud en Zimbabue y con Médicos Sin Fronteras en Barcelona. Necesitamos cien mil tratamientos de adultos al año y ciento cincuenta mil prevenciones de transmisión a recién nacidos. Cuánto costaría eso.

–A precio de coste sin ningún beneficio, que puedo defender ante el comité de dirección, serían unos cien dólares por paciente al año, y unos diez dólares

para cada prevención en los niños. En total, unos once millones y medio de dólares al año.

–Un traspaso de un futbolista medio.

–¿Qué quieres decir?

–Nada, no me hagas caso. Locuras de Europa.

–Necesito que mandes una carta que se refiera a nuestra conversación y que certifique que para un pedido de la cantidad que te he dicho, el precio total año sería ese, y en el que especifiques cuando estarían los envíos preparados, como está la situación de certificación de vuestra calidad de producción y producto, garantías, etc. Necesito que lo mandes al Ministro Stamps en Harare y a la Doctora Mitin en Médicos Sin Fronteras, Barcelona, en estas direcciones.

Aimsa le entrego tarjetas con esas dos direcciones. Quiero también que estemos en contacto cada semana, los viernes, por email, usa el mío aimsaharris@hotmail.com.Vamos a tener que luchar mucho este año contra los planes de protección de monopolios de la Organización Mundial del Comercio. Necesitamos intercambiar mucha información.

–Cuenta con ello.

Aimsa dio una conferencia en una sala de la empresa, a unos doscientos trabajadores y directivos, sobre la situación del SIDA en Zimbabue en los últimos veinte años y los esfuerzos desde Ukuzwana para combatirlo. Consiguió emocionar a directivos con la historia de Anwele, símbolo de la tragedia en que seguía sumido el SIDA de los pobres veinte años después. Les animó a seguir ganando cuarenta veces menos que cada una de las grandes multinacionales farmacéuticas, pero a llegar a cuarenta veces más de personas pobres para los que su trabajo significaba la vida y la esperanza.

–Ahora quiero invitarte a cenar Aimsa. No me has contado nada de tu vida personal.

–De acuerdo.Y cuéntame también ¿qué fue de tu vida?

–Ahora lo veras.

–Llegaron a un restaurante en Thardeo, llamado Swati snacks. Alcanzaron hasta una esquina donde había una mujer sentada a la mesa, Tenía un sari verde oscuro, la cara medio tapada y miraba hacia otro lado. Al oír les llegar, volvió su rostro levemente hacia Aimsa. La miró con vergüenza y a la vez emoción. Su mirada se le clavó adentro. Dejo caer el velo de su rostro.

–¡Inaya!

Se levantó y se dieron un profundo y largo abrazo. Inaya estaba emocionada. Aimsa llevaba treinta y dos años de vida en el límite y pensaba que el dolor desde la pérdida de su madre le había hecho algo fría, distante, en especial con los tratos esporádicos, efímeros. Pero esta vez estaba, como Inaya, profundamente emocio-

nada. La última vez que la vio estaba siendo prostituida y luego desapareció sin dejar rastro.

–Aimsa, te presento a mi mujer. Inaya. La niña quien te trajo a los tigres blancos hace ahora veinticinco años.

–¿Estáis casados? ¡Enhorabuena! pero cuéntame, Inaya. ¿Qué fue de ti? Estábamos tan preocupados.

–Me avergüenza hablar de aquella etapa tan oscura de mi vida. Sólo te digo que escape a la muerte.

–Descuida, Inaya, entiendo tu sensibilidad. Ya hablaremos de ello cuando sea, a solas, con paz.

Aimsa pensó en su primera preocupación pendiente: las mafias que la abdujeron de niña y la metieron en el comercio sexual. Pensó en Nancy en Harare. Pensó en los niños que desaparecían de las calles de Calcuta. Tráfico de órganos. Posiblemente los mismos hilos de los que tiro Haka en Soweto, estaban deshilachados aquí en Bombay y esperando a ser desentramados. Pero ahora no podía hacerlo, ni tampoco decírselo a Haka. Tenían un plan.

–Después de cenar, fue invitada a quedarse con Alin y con Inaya. Le pidió a Alin hacer una llamada a Rishikesh.

–No sabía cómo decírtelo. Aimsa.

–¿Falleció Sri?

Su segunda gran angustia…

–Sí. Hace poco más de un año. Desde que escribió para tu libro y ayudó a difundirlo, venía cada año a la asamblea de los tigres blancos. Le nombramos guía espiritual. Siempre hablaba de ti como «la luz que guiará la Humanidad». Te admiraba y te quería. Siempre se emocionaba al recordarte. Cuando faltó a la asamblea el año pasado investigué. Me dijeron en el Ashram de Rishikesh, que se había ido a meditar en la montaña y tras tres meses sin saber de él, fueron a buscarle. Le encontraron sin vida y rígido por el frío. Estaba en posición de *Arda Padmasana*, y con una expresión de inmensa paz en su rostro. Sus ojos cerrados con sutil levedad, una leve sonrisa en sus labios. Todos en Rishikesh dicen que llegó al Nirvana.

–Debería sentir alegría. Pero deseaba tanto verle y decirle cuanto cambio mi vida desde que me llevó a Rishikesh. Su imagen de bondad anónima y humilde sabiduría le acompañaron en cada paso en su vida. Le llevaba tan dentro.

Necesitaba ir al lugar donde Sri llegó al Nirvana.

Viajó en avión hasta Dehradun y luego fue en autobús hasta Rishikesh. Fue después andando hasta el Ashram donde paso sus años de meditación y de inspiración hacia una nueva existencia. Fue allí también donde expuso sus ideas del universo y de la energía única que al todo une ante el escepticismo de los monjes

budistas. Y fue allí donde conoció a Rob y empezó su camino hacia donde Sri sentía que iría desde que la oyó contar las historias de su madre con los dioses en las calles de Calcuta.

Caminó después hasta el sencillo altar ante el mundo donde Sri, su eterno maestro, pasó a otra vida, o al Nirvana. Después de una vida que había iluminado el mundo. Su «capa» era la más blanca, leve y suave que nunca vio. Estaría ya en las estrellas, con su madre. De extraña manera les veía juntos en las Pléyades. Ambos guiándola. Les necesitaba. Y ya sentía su fuerza. Se sentó en el trono donde Sri miró al mundo por última vez y meditó toda la noche.

Cuando amaneció, Aimsa sabía su destino.

LXXV

EL MUNDO COMIENZA A DESPERTAR

Seattle, diciembre 1999

Aimsa voló de Delhi a Seattle, donde se encontró con Zachie, Eric, Anna y sus viejos compañeros del activismo del SIDA de los años 80 en San Francisco. Se quedó en casa de una profesora de arte de la red couch–surfing.

La conferencia ministerial de la Organización Mundial del Comercio (OMC) se reunió sin un acuerdo en la agenda por profundas brechas entre el Norte y el Sur sobre la ronda de negociaciones comerciales llamada «la ronda del milenio». En cinco años de existencia, la OMC había ido estructurando más de sesenta tipos de acuerdos que pretendía coordinar, como los referentes a aduanas y aranceles (GATT), a servicios (GATS), o a patentes (TRIPS). La alerta de muchas organizaciones se agrupaba en un sentimiento de «antiglobalización» por los efectos de invasión de mercados (*dumping*) de las multinacionales y la supresión de mecanismos nacionales para proteger a sus campesinos o trabajadores de invasión de productos mucho más baratos por contextos diferentes, especialmente laborales, o para proteger los precios de los servicios básicos. Aimsa reflexionaba, que la filosofía de las eco aldeas protegería de forma natural de esos efectos invasores y devastadores de lo local, del comercio a gran escala, pues la ausencia de propiedad, de explotación natural y obrera, de producción acelerada y consumo enajenado, impediría el efecto depredador del capitalismo des regulado. Sin ese cambio estructural fundamental, el capitalismo llamaba a la libre circulación del capital como uno de los mecanismos de crear acumulación y fuerza capital, la base de ese sistema para generar movimientos. Pues eso, el movimiento del capital, conocido como «crecimiento económico» era la base y el objetivo del sistema.

A Aimsa le preocupaba en especial por el SIDA el acuerdo sobre patentes. Si la REAE se mantenía fuerte en sus principios, sería inmune a la globalización cada vez menos regulada, espejo del modelo desregulador y neoliberal emanado del consenso de Washington entre Reagan y Thatcher. Realmente los gobiernos

teóricamente de izquierdas y de pensamiento más social como los de Blair y Clinton, no habían puesto coto al vuelo libre, invasor y destructor del capital, que dominaba a los derechos de la personas, a la mínima dignidad de muchas, que vivían por debajo del mínimo mientras otras se enriquecían de forma obscena. En las últimas décadas, desde la caída del muro de Berlín, los índices de desigualdad y de injusticia habían acelerado en todo el mundo.

En los días previos a la cumbre, Aimsa acudió a varias reuniones informativas y de debate sobre los acuerdos de propiedad intelectual. Acudió después a reuniones asamblearias en las que representantes de más de ciento cuarenta países y de mil organizaciones sociales, hacían propuestas de contenido y forma para llevar a la OMC y los representantes de sus más de ciento cincuenta países miembros que estaban ya llegando a la ciudad.

Aimsa, traía dos voces. Hablando por la REAE, había hecho análisis con detalle y profundidad, sobre el efecto en la ecología de las propuestas para la ronda de negociaciones comerciales del Milenio. En nombre de la Asociación Anwele, y en coordinación con MSF, TAC y otros, hizo propuestas legales muy concretas que podrían permitir anteponer las necesidades de salud pública a los monopolios y beneficios de las patentes.

Aunque Aimsa temía que las más de sesenta mil personas llegadas para protestar ante los planes del mercado mundial y sus efectos en las personas y la naturaleza, desembocaran en actos violentos. Ella era partidaria de marchas silenciosas como la de la sal de Gandhi. Venia de sentir el nirvana de Sri y sentía que el verdadero cambio de la Humanidad no vendría de la confrontación, sino de la creación.

Una sociedad fuerte y unida que fuese desencadenándose de la producción enloquecida, del consumo enajenado y de las inversiones especulativas de los ahorros, paralizaría el efecto depredador del capitalismo sin control, al que Aimsa llamaba «el casino mundial de la avaricia» –CMA–. Aunque eran representantes de gobiernos del mundo capitalista los que acudían a Seattle, por detrás estaban las grandes multinacionales y fortunas. En su esquema mental de miles de factores, actores y vectores de diferentes colores, veía la estrategia del CMA: por un lado protegían sus monopolios de precios por las patentes, por otro lado usaban toda su fuerza en invadir los mercados de todo el mundo con producciones baratas a gran escala, a los costes menores de producción mediante condiciones laborales más penosas y sin límites a la destrucción del medio ambiente.

Aimsa contactó por email con antiguos compañeros de matemáticas y estadística de Berkeley, expertos en el análisis complejo y multicausal. Estaba en relación con genios de software de proceso de datos y representaciones temporales y espaciales. Tenía también un amigo de Berkeley, en la escuela HAAS de negocios, que tenía acceso a bases de datos de más de treinta millones de empresas en el mundo y de las relaciones entre ellas. El mismo era parte de una empresa que

tenía la propiedad de los datos de tarjetas de crédito VISA y American Express de más de quinientos millones de personas en el mundo.

Hizo un esquema mental de relaciones complejas. Su esquema mental de más de mil puntos y unas tres mil flechas, no dejaba de fluir. Y era sólo una aproximación a la complejidad mundial. Intuía que la concentración de poder se limitaba a una pequeña parte del mundo, y que la evolución de los colores y fuerzas iba concentrando en unos pocos nodos el poder depredador. Sus primeros análisis apuntaban a unas cien empresas poderosas con relaciones entre ellas, que dominaban más de la mitad de la economía mundial formal, y sobre todo, la informal, la más dañina. Los tráficos de armas, drogas, minerales estratégicos, personas, influencias. Se unían poco a poco a una fuerza que iba dominando todo lo demás.: La especulación compleja. Esos poderes se estaban especializando en especular con esas grandes y destructivas producciones ya no sólo a través de la bolsa, esa gran mesa de juego póker del mundo, sino de formas mucho más complejas, oscuras, perversas, ocultas. Calculó que cada día más de cinco millones de millones de dólares eran simplemente cambiados de manos, de países, de monedas, de acciones, de acciones sobre acciones, de seguros de acciones, de seguros de seguros de acciones. Era un mundo tan virtual como perverso: el mundo que elegantemente se llamaba «derivados» y que progresaba, como la epidemia de, SIDA, insensible al dolor y la destrucción., invadiendo el mundo y concentrando el poder del dinero, auténtico dueño de la Humanidad en esta triste y oscura fase de la historia, en unas pocas manos….

Hizo un esquema inicial y lo compartió con ese grupo de matemáticos, informáticos y economistas, sensibles a la tragedia social y ecológica a la que se iba precipitando el mundo. Lo llamo el grupo ACP –análisis complejo de la perversión–. Tony, el contacto informático, preparó un sistema secreto de comunicación y transmisión de datos entre ellos. Tony también era un experto en descodificar fuentes de información y comunicación, y estaba en contacto con un colega australiano llamado Julian Assange, que ayudaría a completar informaciones. Al principio de su idea, Aimsa dudo si sería honesto acceder a información confidencial del comercio, pero luego concluyo que dicha información era esencial para desvelar el origen del dolor de quien no tenía la necesaria honestidad para ser transparente en sus negocios o acciones, debería ser desvelado. Sabía que entraba en un mundo complejo, peligroso y que traspasaba las reglas del juego legal. Pero al menos en el análisis, debía contar con esa información. No podía dejar de pensar en los cientos de millones de personas hambrientos mientras otros, celosos de la «confidencialidad de sus negocios» nadaban en la más obscena abundancia y lujos.

En los siguientes días, las sentadas y manifestaciones unieron a miles de voces sociales y ecológicas. Por primera vez caminaban de la mano sindicalistas y ecologistas en defensa de otro mundo, más humano, más natural. Aimsa sentía

como en el filo del nuevo milenio, todo estaba cambiando. Las fuerzas destructoras y las alianzas hacia una nueva humanidad, ambas concentraban fuerzas. Tenía que estar en ese campo de batalla y tenía que animar que fuera el amor, la más profunda energía humana y universal, la que venciese. Sentía profundamente que nada que viniese de la violencia engendraría paz, luz y armonía.

Se unió a las manifestaciones. Intentaban evitar que se celebrase la reunión ministerial y que se replantease el concepto y objetivos de la OMC, en el seno de las Naciones Unidas y basado en la declaración de los derechos humanos. Tenían impedir que entrasen en el lujoso Teatro Paramount de Seattle los tres mil delegados de ciento cincuenta países y organizaciones internacionales. Utilizaron las mismas estrategias que el movimiento obrero en la Gran Depresión, con masivas sentadas que abrumaban el poder de la policía.

Había personas provenientes de más de ciento cuarenta países, eran sindicalistas, ambientalistas, estudiantes, pacifistas, representantes de los pueblos indígenas, campesinos del Tercer Mundo, granjeros, luchadores por los derechos humanos, iglesias. Todos unidos ante el capitalismo depredador. A la mañana siguiente, mientras líderes sindicalistas se reunían en el estadio Memorial, dos grandes grupos, uno de estudiantes y otro de representantes del «Tercer Mundo» al que se unió Aimsa, convergían en el centro de Seattle.

A la vez, algunos cientos de anarquistas empezaron a bloquear cruces estratégicos de calles. Todo ello hizo imposible la circulación entre los hoteles y el teatro Paramount, donde se realizaría la inauguración. Los representantes de los gobiernos y Naciones Unidas quedaron atrapados en sus hoteles. Afuera los colores, razas, religiones, ideas de una humanidad unida ante la injusticia, entonaban cantos y consignas.

Aimsa lideraba con un megáfono cantos adaptados de «all we saying, is give peace a chance», sucediendo las palabras *peace, love, us, light, truth, earth, life*. Allí conoció a una joven africana vestida con ropa andina y gritando consignas del derecho de la naturaleza, la tierra y el agua con un grupo aimara. Se cruzaron las miradas, luego se fijaron sus miradas, se acercaron, se saludaron. Se llamaba Lisy, era de Sierra Leona, había crecido en Gomera, vivía ahora en Cochabamba.

–Ya sé porque me atrajo tu mirada. Somos como familia. Soy Aimsa, ¡la compañera de Jonay! estoy representando a la REAE.

–¡Sí! me lo dijeron. Yo las estoy promoviendo en toda Sudamérica. Sería tan hermoso, Aimsa que nos representes ante las Naciones Unidas.

–Lo haré.

Era la primera vez que lo tenía claro. Y la primera vez que lo decía.

Se dieron un gran abrazo y marcharon juntas, codo a codo. «All we are saying».

A la orden del presidente Clinton, las fuerzas de seguridad iniciaron una violenta represión. Aimsa recibió varios golpes de porra pero se quedó, como muchos cientos en torno a ella y su megáfono del amor, sentada, impasible. Empezaron a llegar entonces los miles de manifestantes sindicales que estaban concentrados en el estadio Memorial. La OMC decidió suspender la inauguración. La policía seguía intentando desalojar a los manifestantes con gases lacrimógenos y las autoridades declararon estado de emergencia y el toque de queda.

Al día siguiente, el primer día del último mes del milenio a la policía se unió la Guardia Nacional y los grupos SWAT, que tomaron una «zona de exclusión». La presión social animo a gobiernos del Sur a unirse y bloquear acuerdos injustos. El lema que empezó a invadir todos los espacios de diálogo fue: «Comercio justo, no comercio libre».

En la segunda noche de movilizaciones, Aimsa se unió al grupo Latinoamericano, que latía con tremenda fuerza y donde se decidió crear un foro alternativo a los foros económicos de los poderosos, Davos, el G8, la OMC. Lo llamarían el Foro Social Global.

Tal fue la presión social que no se acordó una declaración ministerial.

Pero no sólo se pudo parar un plan de hacer del mundo un gran comercio, dominado por poderes del CMA, que Aimsa empezaba a analizar con su grupo ACP, sino que la idea de un mundo alternativo, empezó a vislumbrarse.

Empezaba a sentir que la rabia de las muertes ignoradas del SIDA, los planes de enfrentarse a los monopolios de los medicamentos, la defensa del derecho a la salud para todos, la ilusión ya esperanza de la red de eco aldeas, de Sibithanda, de los tigres blancos, la inspiración de la paz en el amor y la armonía de Sri, la capa blanca de su maestro, el velo al viento de su madre, el amor de Jonay y la dulce y alegre inocencia de Nour y sus hermanos, en la gran familia de valentía y ternura que se extendía por el mundo, alumbraban un camino hermoso por el que deseaba caminar de la mano de su compañero.

Sus últimas etapas de esta vuelta al mundo, cobraban más sentido.

LXXVI

EN LA JUNGLA DEL PODER

Nueva York diciembre, 1999

Aimsa voló de Seattle a Nueva York. Marta, su amiga de UNICEF, defensora de los derechos de la infancia, estaba en reuniones de trabajo, y aprovechó para estar con ella dos días y explorar cómo podría ser el trabajo en las Naciones Unidas y la vida para los tres en Nueva York.

Se alojó por *couch surfing* en la casa de James, un filósofo aficionado a la talla de figuras de madera, en Brooklyn.

A la mañana siguiente dio un paseo sin rumbo, quería sentir la vida en la ciudad, quería imaginarse a Jonay y a Nour allí. Necesitaba verles sonrientes, necesitaba saber que su pasión por la vida seguirá brillando. La casa donde se alojaba estaba entre Wythe y 8th street. Aunque estaba a unos cien metros del puente de Williamsburg que unía Brooklyn con Manhattan, el lugar no era ruidoso. Las casas eran bajas y había un cierto ambiente de barrio. Había una guardería pública cerca, el parque de Epiphany y unos cuantos centros sociales. Comió con James, quien le explicó cómo era la vida en el barrio, y las actividades que empezaban a surgir de economía solidaria, de bancos de tiempo, de intercambio de ideas, conocimientos, de compras colectivas de comida orgánica, de ayuda entre todos.

Calculó luego los transportes y tiempos a la zona de las Naciones Unidas y al Hospital Bellevue, conocido centro público de asistencia a las clases necesitadas. Era el barrio perfecto, apenas diez minutos al hospital y veinte a las Naciones Unidas. Cuando siguió paseando por el barrio pudo ver a Nour jugar con niñas en el parque de Epiphany, a Jonay corriendo por las avenidas del puerto frente a la bahía de Wallabout, a los tres yendo de paseo y saludando en el barrio a quienes conocerían intercambiando ideas, tareas, bienes. Pensó en la belleza del intercambio de iguales, el trato humano que supone, las oportunidades de solidaridad y de aprecio mutuo, en contra de los intercambios basados en el papel con un dibujo

de alguien desconocido y unos números y claves que hacen que lo veneremos y valga para todo. Y para nada.

Pensaba en todo ello mientras miraba tras las ventanas de la casa de comidas Patricia's, cuando James la saco de sus pensamientos:

–¿Qué piensas, Aimsa?

–Imaginaba la vida con mi familia aquí.

–Pues si así lo deseas, tengo algo que proponerte.

–¿Si? dime.

–Voy a dar la vuelta al mundo en mi velero. Y necesito alquilar mi piso. Si cuidáis de mi perro Sam, que se marea en los viajes, y de las plantas, os lo dejo en quinientos dólares al mes. ¿Qué opinas?

–Te lo agradezco mucho, James. Y me parece un lugar perfecto para que disfrutemos la vida de familia ya de barrio, e ir y volver del trabajo fácilmente. ¿Puedo darte la respuesta el 20 de diciembre?

–De acuerdo. Te espero.

El piso tenía tres habitaciones, un baño, una sala que daba a un patio interior con jardín, y una cocina americana. Sam era un alegre fax terrier. Todo parecía ir encajando.

Al día siguiente fue al edificio de UNICEF, en la Plaza de las Naciones Unidas. Allí había quedado con Marta, quien la recibió con gran alegría después de que se vieran hacía ya ocho años en Florencia.

–Qué alegría verte, Marta. ¿Cómo estás?

–Muy bien. Ya sabes que me hicieron directora del Instituto Innocenti, en Florencia y estamos impulsando la investigación sobre la situación de los niños en el mundo, con ello alimentamos los argumentos en favor de los derechos de la infancia. Además vengo aquí cada dos o tres meses para reuniones con UNICEF y para el comité de seguimiento de la convención de los derechos de la infancia. Además aquí está trabajando mi marido.

–Me alegro mucho. Es muy importante que gente con tu humanidad y tu compromiso social estéis es estos lugares.

–Por eso tenéis que venir, Aimsa. He estado siguiendo tu trabajo con los tigres blancos, con Sibithanda, tus artículos y declaraciones en Vancouver y tu artículo sobre la red de eco aldeas tras la reunión de Kioto. Tienes que estar en el centro de los debates, de la concepción de un nuevo mundo.

–Gracias Marta, todos debemos estar. Todas las personas serán esenciales. Y no es bueno que unos nos consideremos más capaces que otros. Me hace sentirme incomoda.

–Y ¿por qué lo acabas de decir de mí?

–Bueno. En los organismos internacionales tenéis procesos de selección y he conocido mucha gente que no siente ilusión por lo que hace, por los que representáis, por el noble oficio del servicio a los demás, que es lo que debiera realmente ser la política. Saber de tu esfuerzo y de tu compromiso es un rayo de luz muy poderoso.

–Pues parecido en la sociedad civil, Aimsa. También conozco ese mundo, y no todo son fines nobles. En tu honestidad, sin afectar a tu humildad, debes aceptar que tienes una inteligencia poco común, que has visto y convivido con las situaciones más marginales entre los niños de las calles de la India y entre los huérfanos del SIDA en África.

–De acuerdo. Pero te diré que me preocupa arrancar a Jonay de su vida apasionada por los enfermos en Ukuzwana.

–Te diré algo. Debió oírte hablar de mí, porque averiguó mi dirección y me escribió. Claro que tiene una pasión enorme por su trabajo, por su dedicación a los más necesitados. Pero tiene una pasión aún más grande, que eres tú. Y sabe mejor que nadie que el momento de la historia es este. Y tú eres clave.

Aimsa sintió una profunda emoción. No le valió a Jonay su mentira bella, sino que intentaba facilitarle la decisión de forma anónima a través de personas queridas y nobles.

–Vendré. Marta. Y te necesitare como aliada.

–Ya lo somos, ¿no? Además, ya hemos registrado a Sibithanda como organización asociada a UNICEF y ya tienes un despacho como investigadora asociada aquí y en Florencia. Ya puedes venir con permiso de residencia.

–Gracias Marta. Aunque intentaré relacionar mi trabajo con el objetivo central del movimiento de eco–aldeas espirituales. Aún no somos miembros asociados de las Naciones Unidas, tenemos que pedirlo formalmente ahora que ya representamos a más de cinco mil eco–aldeas por todo el mundo y más de dos millones de personas.

–¡Qué maravilla, Aimsa! Estaré en todo a tu lado. Sé bien que es desde la armonía humana y natural como la Humanidad acabara con el inmenso sufrimiento.

–Sí, Marta. Sobre todo en los niños.

–Estamos preparando una idea con Kofi Annan, que llamamos «los objetivos del milenio», con metas claras, formas de progresar y prioridades de educación, salud y medio ambiente. Tienes que venir pronto para impulsarlo, Aimsa, te necesitamos. Y desde aquí estaremos mejor preparados para los nuevos planes de la OMC en Doha. Se avecinan tiempos muy intensos para la humanidad, llenos de trampas, pero llenos también de oportunidades.

Aimsa ni dijo nada. Sonrió. Por dentro iba prendiendo en ella una fuerza que ni siquiera ella había sentido antes.

Fueron a dar un paseo a Central Park y luego siguieron hacia el gigante árbol de Navidad en el Centro Rockefeller. Caminando por las calles de Nueva York en la plena vorágine consumista de la Navidad, Aimsa reflexionó en la profunda dificultad de desarraigar el culto al dinero, de los valores humanos. La Navidad era el caso más claro y el más contradictorio. En nombre del amor y de la vida sencilla, humilde y solidaria de Jesús, se gastaba enloquecidamente, se comía compulsivamente y se vinculaba ese ejercicio comercial, de objetos de origen desconocido, de frecuentes efectos depredadores de hombres y árboles.

¿Con el amor entre las personas, en las familias.?

Vio también grupos de vagabundos y de gente pidiendo en la calle, y pensó en Jonay, en su dedicación apasionada a aquellas personas más necesitadas y las que le daban el mejor salario del mundo, el de las sonrisas y agradecimiento del alma.

Por la noche, Marta invito a Aimsa a cenar en su casa, en Manhattan. Su marido estaba de viaje, pero pudo sentir una ternura muy especial entre los dos y con sus hijos. Sabía que ellos tres también podrían ser felices una etapa de sus vidas, aunque fuera en aquella jungla de cemento y prisas. Sabrían encontrar nidos de ternura, retos de valentía, aliados en el amor.

Su última etapa entre Nueva York y Ukuzwana la mantuvo en secreto.

LXXIV

UN NUEVO AMANECER PARA EL NUEVO MILENIO

Ukuzwana, enero, 2000

Aimsa había llegado el quince de diciembre a Bulawayo, donde la esperaban Jonay y Nour,

Los tres se abrazaron emocionados. Nour, quien ya tenía tres años y medio y estaba llena de alegría, curiosidad por todo, hablaba en español, en inglés y en ndebele sin problema. También decía algunas cosas en hindi, y algunas canciones que su madre le enseñaba. Jonay estaba tan feliz y hablador como siempre. Ya tenía el pelo casi blanco y el trabajo intenso y el sol del Kalahari habían acelerado la huella del tiempo en su rostro. Aimsa le había imaginado a su lado en cada paso, en cada momento de la noche, en cada viaje. Prefería no hablar. Sólo mirarle. Había tanto que sentir con sólo mirar.

Mientras conducía hacia Ukuzwana con Nour entre ellos en el sillón corrido del *pick-up*, Jonay le fue poniendo al día de la gran familia: las reuniones comunitarias de Patxi, las últimas peripecias de Haka en Sierra Leona, la marcha de Sibithanda, la fuerza espiritual de NoLwasi, los progresos en la escuela de Adam, los juegos por toda la misión de Nour y Unai, el trabajo en la fábrica de Joseph, la música y poesía de Nothando, los estudios de Thandiwe, ya en Sudáfrica con Buhleve, que pronto se graduaría, la memoria de Anwele, a quien iba a ver a su lugar de descanso con frecuencia. Le contó también acerca de sus padres, de quien había recibido carta.

Aimsa se sonrió.

–¿Y tú? ¿Tan callada? ¿Cuéntame cómo ha ido todo?

Aimsa le hizo un resumen de lo más importante en Harare con Stamps y en la pensión de El Rino, con lo que estuvieron riéndose un buen rato, lo cual a su vez contagio la risa en Nour. Le siguió contando de Ciudad del Cabo y las luchas por el acceso, MSF, TAC, las conversaciones con Nadine y la escalada a Table Mountain. A cada poco le decía cuanto hubiera compartido esos momentos

con él. No quería volver a separarse tanto tiempo. Siguió contándole su etapa en Madrid con Juan, pero sin muchos detalles, y luego su tiempo con Anna en Barcelona y el proyecto de acceso al tratamiento que podrían financiar. Jonay le iba preguntando todo tipo de detalles que Aimsa prefería contar con calma en casa. Le contó con más emoción su vuelta a su país, la ilusión de ver el centro en Bombay de los tigres blancos, su reencuentro con Inaya, las conversaciones en CIPLA y su peregrinación al Nirvana de Sri, donde quería volvieran los dos juntos.

Jonay vio como Aimsa se emocionaba y le tomó la mano mientras conducía. Ya no se la soltaría hasta Ukuzwana. Lo hacían a menudo cuando viajaban, ¡ya ella cambiaba las marchas con ayuda de Nour!

Siguió Aimsa hablando de la lucha en Seattle y el nacimiento de lo que ella pensaba iba a ser el nacimiento de un imparable movimiento social.

No habló de sus dos últimas etapas.

Llegaron a Ukuzwana. NoLwasi la saludó emocionada. Entre ellas había una unión especial. Patxi y Jonay lo habían hablado a menudo, se sentían unidos a mujeres con una fuerza más allá de su entendimiento. Patxi le confesaba a Jonay que a menudo sentía vértigo por ello, pero el amor les unía con más fuerza que el universo parecía reclamar de sus compañeras.

En la noche del 19 de diciembre, Aimsa sabía que Jonay seguiría su costumbre de todos los años. Le miró sin que se diese cuenta mientras, al pasar la media noche, celebrase en solitario su nueva vuelta al sol. Escribía en un diario su sentimiento de la vida, sus recuerdos de lo vivido, sus ilusiones por el futuro, y, sobre todo, su profunda alegría de vivir.

Amaneció el lunes 20 de diciembre de 1999. Jonay se puso su «pijama» blanco de médico y se dirigió hacia el dispensario como cada mañana. Se extrañó al no ver la sala de espera llena de pacientes esperando a consulta, como de costumbre. Además, Aimsa ya no estaba en casa y se había ido con Nour. Fue hacia la casa de Patxi y tampoco encontró a nadie. Todo era muy extraño.

–¡Papi!

Oyó la voz de Nour que estaba jugando con un coche de alambres que seguro era obra de Adam. Se acercó a ella y se arrodillo a su lado.

–¿Donde esta Mami?

–Ven.

Nour le llevó de la mano a su padre hacia la Iglesia de Ukuzwana, convertida desde el cisma de Patxi en un «espacio de armonía» donde se reunían aún comunidad para trabajar, para cantar, para celebrar, para dar gracias a la vida, para planear juntos el futuro, para protegerse de las fuertes lluvias o para ofrecer posada a transeúntes, en el mismo lugar donde hace ya casi veinte años se protegió la comunidad del ataque de la quinta brigada.

Haka había trabajado en la Iglesia en sus primeros años. Por fuera tenía dibujos geométricos zulú, y el tejado fue rehecho con paja al estilo zulú también. Por dentro cambiaron la forma de las filas de bancos ante el altar por una forma de anfiteatro de círculos concéntricos y en suave descenso hacia un centro donde había una mesa con la Biblia ya otros libros o inspiraciones de amor y armonía.

Al entrar, vio que la iglesia estaba llena de gente. Pensó que se había olvidado de alguna celebración. Todos se pusieron en pie, mirando a Jonay avanzar por el pasillo con Nour de la mano. Empezaron a entonar *Nkosi Sikelele*. Jonay no pudo ocultar su emoción. Mirando a cada lado pudo ver los rostros sonrientes y agradecidos de cientos de pacientes, ancianos, adultos, niños, familias enteras. Vio también representantes de muchas comunidades de Sibithanda mirándole con profundo aprecio mientras entonaban con aquellos profundos mmmm zulú que tanto hacían vibrar lo más profundo de su alma.

Según se aproximó al centro, vio que Patxi le esperaba con los brazos abiertos. Cuando se abrazaron, toda la comunidad aplaudió emocionada. Patxi tomó la palabra, en ndebele:

–Hoy celebramos otra vuelta al sol de alguien muy especial para Ukuzwana. Jonay, Ulibona, Zaka-Nour, lleva catorce años entre nosotros, dando todo su cariño y su inteligencia para aliviar el sufrimiento y devolver la salud. Todos te estamos profundamente agradecidos.

Aplausos y expresiones de aprobación.

Un anciano, una mujer y una niña, en representación de la comunidad, explicaron cómo se sintieron como pacientes de Ulibona.

–Sabemos que lo que más aprecias es la ternura entre las personas, por eso van a decirte unas palabras personas especiales para ti. Fueron entrando por la puerta trasera personas esenciales para la vida de Jonay y contando alguna anécdota de su vida:

Empezó Aimsa. Habló de su timidez durante dos años para expresar sus sentimientos por ella. Se unió luego a su lado y le susurró de forma pícara:

–¿Ves lo que te ocurre por empezar el juego de guardar secretos?

Siguió Nour, que con su bella inocencia contó una historia que les pasó cuando iba sentada en los hombros de su papá por el campo y empezó a llover.

Unai se acercó y en lugar de hablar le dio un dibujo de un coche.

Adam ya tenía seis años y medio y contó como un día su «tío Jonay» le enseñó a hacer coches de alambres, y le regaló uno que él había hecho.

NoLwasi contó aquel día en que juntos y con sus visiones diferentes de la vida y la salud, atendieron con amor a la buena de Anwele.

Un silencio emocionado en su recuerdo, llenó el lugar.

Siguieron Joseph relatando la idea del «take your time» y Nothando leyó una linda poesía sobre Ulibona, ulithanda. (Nos observa, nos quiere.).

Hablaron después Rose quien trabajaba ahora en Harare, Johanna, de Brunapeg y Ndlovu, que ya había sido cesado por hablar sin miedo, en Bulawayo, y volvía a ser un médico feliz y entregadora sus pacientes en Brunapeg. Contaron historias sobre cómo algunos pacientes no querían ir a Brunapeg sino ¡que les devolvieran con Ulibona a Ukuzwana!

Lisa explicó sus trabajos juntos en acupuntura.

Entraron Haka y Helen, de Bulawayo y contaron historias de como conocían a Ulibona en todo Matabeleland y de sus esfuerzos en la red Sibithanda.

Haka le leyó una carta de Beatriz, Meimuna y Moyes.

En ese momento entraron Thandiwe, Buhleve, Nadine y Karen, que venían de Sudáfrica para la ocasión. Thandiwe y Buhleve explicaban que su vocación por la medicina fue inspirada Jonay, Nadine hablaba de como Haka y Aimsa hablaban de él.

Cuando parecía que las emociones ya se habían acabado, entraron por detrás Juan y su familia. Patxi lo presentó como el nuevo médico para Ukuzwana. Juan explicó la valentía de Jonay y de Aimsa en Vancouver.

Jonay miró sorprendido a Aimsa: ella había conseguido, con la ayuda de Stamps, agilizar el registro y que estuviesen ya en ese día para quedarse.

Jonay sintió una mezcla de emociones. Tanto amor de tanta gente, de tantos pacientes. No podía imaginar mayor felicidad en la vida. Ni en ningún otro tipo de existencia. A la vez, ver a Juan suponía ya que su próxima fase ya estaba empezando, miró a Aimsa, a su lado, y se cogieron fuerte de la mano. Aimsa miro inquisidora. Jonay asintió. Ya había empezado su nueva vida.

Cuando ya parecía que la maravillosa celebración sorpresa había acabado, empezó a sonar una música. Jonay sintió un escalofrío.

La música era «Para eso son los amigos» («That's What Friends Are For»), de Stevie Wonder. Y venía de una armónica que había acompañado la infancia de Jonay, sus sueños y su pasión por la vida.

Entró John tocando aquella melodía ante el silencio de todos, admirando y sintiendo la emoción. Le acompañaba Umbela a su lado. Se abrazaron los tres con la emoción anhelada de tanto tiempo.

Por fin venían sus padres al lugar donde descubrió tanta magia y amor. La canción seguía y Fernando, quien también había venido desde Gomera, acompañaba con la guitarra. Su mentor, su maestro, venía con un joven de unos quince años que andaba con muletas: te presento a mi hijo, Saidu.

Fernando contó historias del comienzo de la pasión por la medicina de Jonay y el momento en que casi se lo traga el mar cuando rescataron a Kadiatu y Lisy, quienes le mandaban una carta.

John habló de sus travesías juntos en el mar de La Gomera, de sus escaladas al Roque Nublo, de las noches bajo las estrellas. Lo resumió diciendo:

–Poderte tener en mis brazos y verte crecer y hacerte un hombre bueno para el mundo, es lo más maravilloso que me ha ocurrido en esta vida. Unido al amor de tu madre. Umbela entonces explicó la emoción de ser madre, como fue creciendo Jonay y la felicidad y el orgullo de verle seguir sus sueños, a pesar de sentirle tanto tiempo tan lejos.

Siguió Umbela en clave de humor, diciendo que, a pesar de tantos elogios, ¡todo era por su cumpleaños! Pero que realmente Jonay, como todo el mundo tenía defectos que no deberíamos olvidar. Habló en clave de humor de sus despistes, de sus enfados, ¡de como nunca aprendió a silbar ni a chasquear los dedos!, ¡de como era de cabezón!, de su desastre como cocinero, e incluso de su torpeza en el amor, concluyendo que por eso y mucho más, le amaba con todo su corazón.

Cantaron otra canción que le gustaba a Jonay cantar con los niños de la misión: «Heal the World». No había mayor belleza para Jonay, que la dulce inocencia y dulzura de un coro de niños cantando a la vida. Y más de cien, entre ellos Adam, Nour y Unai cantaban los versos «We Are The World, We Are The Children».

Entonces, Jonay quiso hablar y darles las gracias a todos. Empezó en ndebele:

–*Ngiyalithanda. Mukulu, Ugogo, udade, ubudi, afana, abatana, ungane* (Os doy las *gracias, abuelos, abuelas, hermanas, hermana, niños, niñas, amigos.) Hace veinticinco años estaba sentado sobre mi roca preferida, en mi isla, de La Gomera, mirando al mar.*

Según dijo estas palabras se dio cuenta que para casi todos los que le escuchaban, las palabras «mar» o «isla», no eran comprensibles.

–El mar es una inmensa llanura de agua. Como la presa de Ingwesi pero miles de veces mayor. No se ve el final. Es como el tiempo antes y después de la vida. Y las islas son las tierras que están como flotando en el mar. Son como la vida. Algunas son más grandes como África. Otras más pequeñas, como mi isla, La Gomera.

–Hace veinticinco años mi pelo era negro y no usaba gafas, nadaba y corría horas sin cansarme, y las mujeres lindas de la isla buscaban mi compañía. Ese día, la mar estaba brava, como un elefante macho solitario cuando le atacan. El sol se reflejaba en el mar agitado y provocaba como dibujos en rápido movimiento. Imaginé a Gara, una bellísima princesa en tiempos muy remotos de mis antepasados, lejos en el mar, aproximarse a la isla, como decían las leyendas de mis abuelos.

–Yo crecí en un valle hermoso de mi isla. Mis padres, que hoy conocéis, me dieron los mayores tesoros: el amor a la naturaleza y a todo lo que en ella vive, y la libertad para sumergirme en los misterios de la vida. Y lo hicieron a través de los dos valores que nos dan la armonía con la vida: la Valentía y la Ternura. Valentía para abrir nuestras almas siempre y a todas las personas. Ternura para hacer fluir el amor de nuestra alma hacia lo que nos rodea en la vida. Si no sentís vergüenza, que es una forma de miedo a lo que digan de nosotros, y sois valientes para tomar la mano de quien está a vuestro lado, y lo hacéis con ternura, mirándole a los ojos, acariciándole con cariño, como el abrazo de cabeza que os he contado otras veces y que mis padres han ido extendiendo por todo el mundo, estaréis haciendo que el amor de vuestra alma salga hacia fuera y al salir hace que también llame a más amor que nos llena. Es como cuando sacamos agua del pozo. Más y más agua, y cada vez más fresca, lo vuelve a llenar.

En ese momento, Jonay tomó la mano de Aimsa a su derecha, de su madre Umbela a su izquierda. Aimsa dio la mano a Nour y fue encadenándose a Unai, a Adam, a NoLwasi, a Patxi, a Joseph, a Thandiwe, a Nothando. Umbela dio la mano a John quien tomo la de Fernando, y siguió la cadena con Haka, con Helen, Buhleve, Nadine, Rose, Juan y su familia. Y así por ambos lados, la cadena fue uniendo a los cientos de personas que estaban celebrando la vida de Jonay.

–Sentid ahora con valentía el amor que estáis dando, sobre todo si nunca habíais acariciado con la mirada y con las manos a quien tenéis al lado. Entre nosotros ahora fluye sin miedo y sin barreras la ternura y el amor. Podéis sentir como se extiende por nuestras manos, brazos y almas en alegre baile, con la fuerza del mar, con el calor del sol, con la pureza del viento. Ahora sentimos que todos estamos hechos de esa energía del amor, que separados en nuestros cuerpos, no somos nada. Que unidos por el amor, somos todo. Valentía y ternura. Todos somos la misma energía.

–Así crecí. Apasionado por la vida. Por vivirla con amor, como me inspiraron mis padres. Y el mar me llamaba a descubrir otras islas, a unir mis manís y mi amor a otros mundos lejanos.

–Supe por Patxi, Sindisabantu, nuestro padre guía en «no-tener-miedo-de-amar», que entre vosotros mis deseos de al aliviar el dolor de las enfermedades, sería bienvenido. Y aquí vine hace quince años.

–Entre vosotros he sentido ese amor que late en nuestras almas, fluir con fuerza y pureza. Lo he sentido en las miradas, en las palmas de agradecimiento según la tradición shona *y malanga, en vuestros cantos mmmmm que me llegan a lo más profundo del corazón. De mil maneras. Hemos luchado contra la plaga del SIDA con la valentía que nos inspiró Anwele.*

Jonay hizo una pausa pues la emoción le ahogó las palabras al recordar a su amiga. También la emoción nubló la vista de NoLwasi, Rose y Nothando. Todos empezaron a aplaudir en su recuerdo. Joseph tomo con aún más fuerza la mano de Nothando.

–Y además de vivir dando y recibiendo tanto amor entre vosotros, tuve la inspiración del vínculo con los espíritus del tiempo, ese mar inmenso que rodea las islas de nuestras vidas, de NoLwasi. Tuve la guía de Rose en mis primeros pasos como «torpe-médico-blanco» en Matabeleland, tuve el apoyo de Patxi, Sindisabantu, en ir creando el hospital que hoy tenemos, vine casi a la vez que Juan Mari, Haka, y sentí siempre su fuerza y valentía en buscar y luchar contra las fuerzas del mal. Cada uno de vosotros me habéis dado tanta inspiración para sentir el aire y el sol desde esta tierra. La vida, y mirar al este en el horizonte del mar del pasado, de donde viene y vuelve el sol cada mañana, y al oeste en el horizonte del futuro, donde se pone el sol cada atardecer, con la armonía y confianza de sentirnos parte de algo inmenso, bello, invencible, llamado amor.

–Pero entre tanto que he vivido, lo más bello en mi vida llego a Ukuzwana hace ocho años.

Miró a su derecha y alzó su mano, unida a Aimsa.

–Aimsa llegó a mi vida, como Gara vino a por mí en La Gomera hace veinticinco años. Sentí la unión del amor, la armonía de la belleza, la magia del mar inmenso del universo y la eternidad. Todo ello en su mirada. Tarde mucho tiempo en tener la valentía de expresarle lo que sentí desde el primer día que la vi, y de no sentirme vanidoso ni injusto en querer ser yo quien más de cerca sintiera su bella luz. Nuestra unión trajo a la vida a Nour, mi otra princesa en esta vida.

–Pero la vida tiene momentos en que debemos saber tomar caminos, seguir la llamada de nuestra alma. Como el mar me llamó a venir a Ukuzwana hace quince años, ahora me llama a otros lugares. El mundo está sufriendo la avaricia de los hombres, que destrozan la naturaleza y la vida en ella, y que rompen la cadena de amor porque ponen barreras de egoísmo, construidas con poder, con dinero, con propiedades. Todo ello viene del miedo de estar solos y ni saber, simplemente, coger las manos y hacer que fluya el amor. Como ahora sentimos nosotros.

–Y hay una persona que es la que mejor puede hacer que el amor y la unión venzan a la avaricia y al egoísmo, que la armonía entre las Humanidad derrita las fronteras de países, propiedades y religiones, que la armonía con la naturaleza venza la falsa belleza y seguridad de someterla a nuestros miedos. Esa persona es Aimsa. Ha sido mi más fiel compañera y apoyo cada día de mi entrega a vosotros en la salud. Llegó el momento en que yo sea su más fiel compañero en su lucha por una nueva Humanidad.

–Pero ni la distancia de los horizontes de la tierra, ni el tiempo de los horizontes de mar, nos alejaran de Ukuzwana, nuestro querido hogar, de vosotros, nuestra querida familia. Siempre os llevaremos en el corazón, vuestros cantos serán nuestra fuerza, el recuerdo de vuestra miradas nuestra confianza, y sentiremos siempre la armonía de vivir con nuestras manos unidas, como ahora.

Siyalithanda. Lisale kuhle.

Cenaron la gran familia unida de Valentía y Ternura, de Ukuzwana, de Sibithanda. Recibió regalos del alma. Siempre decía que sólo quería regalos que no costaran dinero sino ternura, que no vinieran de las tiendas sino del alma, ni de fábricas lejanas sino de las manos de quien los daba. Aimsa le regaló una libreta hecha de hojas de maleleucas y cubierta de corteza de la jacarandá de Nour. La contraportada tenía escrito el decálogo de Umbela. La primera página decía: 421 Whyte avenue, Brooklyn, Nueva York, Uno de febrero del año 2000.

John le dio su diario de navegación antes de naufragar en la Gomera, guardado en secreto hacia cuarenta años.

Umbela le hizo otro jersey de nuevo en su color favorito, azul marino y un símbolo de las eco aldeas, un triángulo de las fuerzas de armonía espiritual, humana y natural.

Fernando le regaló una rama de Sabina pulida durante cientos de horas con la forma de dos manos unidas.

Patxi le dio una cuerda finamente trenzada con una cruz de madera de mopane y NoLwasi le dio la cascara de semilla donde guardo por primera vez las lágrimas de Anwele y de donde surgió durante varios años la esperanza de las aguas sanadoras.

Jonay les dejó a sus padres el diario que escribió desde que miró al mar y al Teide y sintió la llegada de Gara.

Les dio a Patxi y a NoLwasi otro que había ido rellenando desde que llego a Ukuzwana hacia quince años. Eran inconstantes, pero en ellos cada veinte de diciembre había un largo y sentido escrito que reflexionaba sobre la vida, y tenían muchos dibujos de sus experiencias en la vida.

A Fernando le dio el primer modelo que hizo con Joseph, de «take your time».

A Haka, Joseph y Nothando, que no se habían soltado las manos desde las palabras de Jonay, les dejó a cuidado el ultraligero, para visitar y sembrar de belleza con la poesía y canciones de Nothando, las islas de esperanza de Sibithanda.

A Nothando le dio su estetoscopio y a Buhleve su manual de J. Gray con cientos de notas que lo corregían y actualizaban, para que Buhleve escribiera uno mejor «donde no hay especialistas».

A Aimsa no le dio nada que se pudiera tocar ni guardar en un bolsillo o en un cajón: le tocó una melodía que había compuesto para ella al violín: una melodía tan bella que hizo que todos en torno a la mesa se emocionaran. Se repetía en torno a su nota preferida: MI menor. Y enredaba el alma con embrujos de suaves danzas de notas entrelazadas. Como las manos de aquella familia de almas valientes. Aimsa sintió en aquel momento el velo de su madre abrigarla, y un mar de capas blancas, suaves, casi transparentes, invadir el aire y rodear todo de luz.

Esa noche, Aimsa le contó los detalles ocultos de su vuelta al mundo. Su acuerdo con Stamps y con Juan y su última escala en La Gomera para arreglar, con fondos de su la venta de su libro en la India, el viaje de sus padres y de Fernando a, entonces San José,. También le contó los detalles de la casa y del barrio donde podrían vivir en Nueva York, y que James tan sólo esperaba una llamada de confirmación. Y de los tramites de residencia y trabajo en Naciones Unidas, todo listo para viajar el 31 de enero. Le explicó también detalles de las actividades solidarias en el barrio, de la guardería de Nour, de las oportunidades en el hospital Bellevue.

–Pero todo esto es tan bello como quedarnos aquí. Mientras estemos juntos todo es luz en mi vida. Si quieres pensarlo más despacio, retrasarlo o que nos quedemos aquí. Podemos también ser muy felices y contribuir a ese nuevo mundo de otra manera.

–¡Que cabezona eres! ¿Después de la que has montado? ¡Hagamos esa llamada! ¡Y tenemos sólo seis semanas para poner a Juan en la órbita de Ukuzwana!

Al día siguiente, aún había una sorpresa más. Anhelada durante veinte años.

En el hospital de Ukuzwana había ya sesenta camas de pacientes. Unas veinte estaban ocupadas por enfermos de SIDA. Casi cada semana moría uno. Y era una mínima proporción de la tristes y agónicas muertes en toda la zona, a pesar del calor humano en torno a sus planes de las sabanas de plástico con que lavar, cuidar y fundar ternura a los enfermos.

Aimsa había conseguido traer de CIPLA, y con la aportación de Stamps, dosis para empezar el tratamiento de cien enfermos, mientras conseguían, con Anna desde Barcelona, empezar los proyectos con el ministerio. Con la ayuda de Beatriz, ya habían conseguido financiación de la Unión Europea y se garantizaban los medicamentos necesarios para cinco años. Todo estaba hablado con Juan, quien había conseguido un manual de J Gray y llevaba tres meses estudiando, y todos los protocolos del EDLIZ en Zimbabue. Necesitaba sólo las manos ya la confianza de algunas operaciones de urgencia, que esperaba compartir con Jonay en enero y tres periodos de cinco días en el enorme hospital Mpilo, de Bulawayo.

Así fue como el primer tratamiento para el SIDA llegó a Zimbabue. *Livukile* (despertamos), una mujer de treinta y tres años, madre de cuatro hijos, viuda de un minero ndebele en Egoli, en extrema debilidad, invadida de manchas azules

en la piel, blancas en su boca y haciendo estragos en cada respiración, recibió de manos de Jonay y NoLwasi, profundamente emocionados, la primera dosis de zidovudina, lamivudina y nevirapina. Eran de origen genérico de la India, a precios cien veces menores que los de los monopolios de las empresas para las que beneficios veinte veces mayores que todos los presupuestos públicos para la salud en todos los países de África no lograban saciar su avaricia. Contra ello y tantas cosas más lucharían de la mano de Aimsa en Nueva York.

Llegaron con toda esa ilusión de un nuevo mundo pleno de esperanzas, al cambio de milenio según el calendario cristiano. Lo celebraron todos en el *Black Eagle* de Matopos y brindaron por una nueva Humanidad que se anunciaba. John, Umbela y Fernando volvieron a las comunidades de Ternura y Valentía, que ya eran la forma de vida normal en las islas.

Jonay pasó todo el mes de febrero con Juan, quien fue acostumbrándose a los protocolos, a empezar a hablar algo de ndebele, a las operaciones más necesarias, a trabajar con pocos recursos materiales y muchos de ilusión ya trabajo en equipo. Entre Ukuzwana y Mpilo ayudó en cinco cesáreas, hizo otras diez ayudado y cinco sólo. Y un número parecido de cirugías urgentes abdominales, traumatológicas y torácicas. Con ello y la referencia de Ndlovu en Brunapeg, ya se sentía seguro para soltar la mano de Jonay.

Siguieron dando el tratamiento a diez enfermos de la sala. Tuvieron después una reunión en Bulawayo organizada por Ndlovu y a la que acudió Anna desde Barcelona, Beatriz desde Bruselas y el ministro Stamps. En la conferencia de prensa anunciaron los primeros tratamientos y los planes de ir llegando en breve a todo el país. Anna, aliada con Aimsa, había conseguido que para ese momento histórico y tan anhelado por Jonay, NoLwasi y tantos más, viniera un músico muy especial para Jonay: Phil Collins, y adaptara su canción «It's Not Too Late» al nuevo amanecer de esperanza de vida de miles de personas en Zimbabue, y millones en el mundo.

El 31 de enero de enero del año 2000, Nour se abrazaba en el aeropuerto de Bulawayo a sus hermanos del alma Adam y Unai, Juan le daba un abrazo agradecido a Jonay, Aimsa se abrazaba en la mirada a su hermana espiritual NoLwasi. Después Haka, Helen, y Joseph y, Nothando les daban también sentidos abrazos.

Patxi se apartó unos minutos con Jonay:

–Jonay. Ya has visto la huella que has dejado en Ukuzwana y en nuestras almas. La despedida es dura. Se me va lejos una mezcla de hijo mayor, hermano menor, amigo del alma, compañero en el trabajo y camarada en la lucha. Te recordare cada día de mi vida, y estarás en mis oraciones, ya sabes, a mi manera, cada amanecer.

Lihamba kuhle.

Lisale kuhle, Ubaba wami (padre mío)

ÍNDICE

I.	Los Beloki sienten la vida	7
II.	Sipho brota de las arenas del Kalahari	12
III.	Una misión en la selva africana	15
IV.	El espíritu *nyanga* entra en Sipho	22
V.	Patxi busca su camino	26
VI.	Luchando por la vida	31
VII.	El mirador de NoLwasi	35
VIII.	Los sueños de los tigres blancos	40
IX.	La mar llama a Jonay al mundo	44
X.	Un cubano en África	49
XI.	Patxi cumple su promesa en Urkiola	59
XII.	Las dudas de la fe	66
XIII.	El plan de la libertad. Arguamul	75
XIV.	El budismo y la física	86
XV.	La furia del mar y la libertad	91
XVI.	Aimsa abre sus alas	98
XVII.	Una extraña enfermedad en Matabeleland	105
XVIII.	La marcha a Egoli. Sudáfrica	111
XIXa.	Las fronteras de la religión	119
XX.	Descubriendo la magia de la medicina	125
XXI.	Las trampas de la vergüenza	133
XXII.	Un imperio de contrates	142
XXIII.	El amor en los límites de la vida	150
XXIV.	El dilema del amor y el destino	160
XXV.	Furia contra los espíritus	167
XXVI.	La jerarquía ahoga al amor	174
XXVII	Una epidemia de miedo y prejuicios avanza en el mundo	180
XXVIII.	Unas plantas para un virus	188
XXIX.	Jonay llega a su destino	193
XXX.	Los buitres de la Humanidad	198
XXXI.	Un desafío para la valentía	203
XXXII.	Jonay vuela en su sueño	210
XXXIII.	Si hay amor hay esperanza	217
XXXIV.	Un abrazo sin tiempo ni espacio	222
XXXV.	El lucro o la vida	229
XXXVI.	Los tentáculos del horror y los «prescindibles»	239
XXXVII.	Dos visiones de la salud, se entrelazan	247

XXXVIII. El agua que limpia el miedo 256
XXXIX. Sería una buena idea... 262
XL. Aliados contra el terror 270
XLI. La pasión por la salud 279
XLII. Amores sin prejuicios 289
XLIII. Brotes de una nueva Humanidad 299
XLIV. Los dogmas, la vida y la libertad 305
XLV. Al rescate del dolor 316
XLVI. Un brindis por el amor sin temores 327
XLVII. Alianzas sin focos ni gloria 334
XLVIII. La madeja del mal 341
XLIX. Sobrevolando el amanecer de un nuevo mundo 352
L. La trenza de los destinos del amor 360
LI. Volando con las águilas negras 367
LII. Piezas de repuesto para una religión 375
LIII. El amor, la llave de la libertad 383
LIV. Un decálogo para una nueva Humanidad 393
LV. Sobrevolando la inmensa belleza del mundo 402
LVI. Los refugios de la avaricia 410
LVII. Dos mundos, dos epidemias 419
LVIII. Aimsa encuentra a su familia 430
LIX. Reencuentro con el maestro 433
LX. Un mensaje en la Meca de la medicina tropical 437
LXI. Jonay siente el destino de Aimsa 440
LXII. Llega la esperanza. ¿Pero sólo para algunos? 442
LXIII. ¿Conocimiento sordo al grito de la pobreza? 455
LXIV. La huella de la valentía de Anwele 461
LXV. El abrazo al árbol 469
LXVI. La mentira más bella 477
LXVII. Saidu vuelve a la vida 484
LXVIII. La mirada clandestina 494
LXIX. La avaricia acapara la Tierra 499
LXX. …y también la lluvia… 504
LXXI. El oficio del amor evanescente 510
LXXII. ¿El hogar o el mundo? 521
LXXIII. Con la reina del swing 526
LXXIV. La capa del maestro 531
LXXV. El mundo comienza a despertar 538
LXXVI. En la jungla del poder 543
LXXVII. Un nuevo amanecer para el nuevo milenio 547

Este ejemplar único de *Valyter. Primera parte*,
novela de Juan Garay, fue confeccionado a mano
en los talleres de La Ballena Codorniz,
con el favor de la Pequeña Providencia
en La Habana, 2022